MARC FERRO

LA COLONIZACIÓN

UNA HISTORIA GLOBAL

siglo veintiuno editores

traducción de
ELIANE CAZENAVE-TAPIE

LA COLONIZACIÓN
Una historia global

por
MARC FERRO

Acceso
Abierto

siglo
veintiuno
editores

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, s.a.
PRÍNCIPE DE VERGARA 78 2º DCHA. MADRID, ESPAÑA

esta obra ha recibido el apoyo para la publicación
que otorgan el ministerio francés de relaciones exteriores
y la embajada de francia en méxico

portada de maría luisa martínez passarge

primera edición en español, 2000
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 968-23-2222-7
(cc)(by)(nc)(=)
primera edición en francés, 1994
© éditions du seuil, paris
título original: *histoire des colonisations. des conquêtes aux indépendences, xiiie-xxe siècle*

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico / printed and made in mexico

ÍNDICE

PRÓLOGO 13

I. COLONIZACIÓN O IMPERIALISMO 19
El oro o Cristo, 19; Expansión colonial, imperialismo: ¿qué rupturas?, 29; Civilización y racismo, 43

II. LAS INICIATIVAS 47
Primero los portugueses, 47; El orgullo de los españoles, 53; La Iglesia entra en escena: las misiones en el Extremo Oriente, 62; En Francia, ¿la pesca o la aventura?, 66; Y luego los holandeses, 70; Inglaterra, la piratería de Estado, 72; El zar ruso: multiplicar los contribuyentes, 75; También en el siglo XVI, los japoneses colonizan, 77

III. CONFLICTOS POR UN IMPERIO 79
Prefiguraciones, 79; Supervivencias y nuevos terrenos de rivalidad, 96

IV. UNA NUEVA RAZA DE SOCIEDADES 143
Los mestizos de América, 144; Los anglo-indios: evolución de las relaciones con la colonia, 156; *Pieds-noirs* y árabes, 160; Figuras emblemáticas, 167; Experimentos coloniales, 183

V. LEYENDA ROSA Y LEYENDA NEGRA 211
De la literatura de viajes a Julio Verne, 212; El relevo del cine: *La carga de la brigada ligera*, 214; Bartolomé de Las Casas y la defensa de los colonizados, 217; Contra la trata de los negros: las razones y los sentimientos, 220; Los socialistas y la cuestión colonial, 225; Los intelectuales y la guerra de Argelia: ¿después de la batalla?, 229; Los silencios del discurso anticolonialista, 232

VI. LA VISIÓN DE LOS VENCIDOS 237
En las Américas, el traumatismo causado por los invasores, 237; "Intercambio de enfermedades", 238; Desestructuración y formas de resistencia, 240; En São Tomé, como en Perú, el folklore denuncia..., 243; Contrahistoria de la resistencia africana: Samori, Chaka 245; El pasado colonial visto por el cine argelino, 251; La rebelión de Abd el-Krim, una memoria enterrada..., 253; En Vietnam, el armamento moral frente a los franceses, 256; La historia revisada: en la India, la visión de K.M.Pa-

nikkar, 259; Dominio musulmán, dominio inglés, 263; Historia y contrahistoria , 264

VII. LOS MOVIMIENTOS DE INDEPENDENCIA-COLONO 265
Un precedente, el movimiento pizarrista en la América española (1544-1548), 266; 1776, los colonos norteamericanos: ¿independencia o revolución?, 268; El movimiento criollo en América latino-india, 277; Rhodesia: la independencia-colono, "fase superior del imperialismo", 281; Argelia 1958. Un movimiento colono captado por el gaullismo, 288

VIII. EL GERMEN, LOS INCENTIVOS 297
Nuevas élites y movimientos populares, 298; Los movimientos independentistas árabes, 308; La Internacional Comunista y los pueblos coloniales, 314; El desarrollo antiguo del panafricanismo, 319

IX. INDEPENDENCIA O REVOLUCIÓN 325
¿Qué objetivos?, 325; El impacto de las victorias japonesas, 327; Vietnam, la independencia y luego la revolución, 328; Especificidad del movimiento nacional en la India, 332; Indochina-Magreb: la política francesa tetanizada, 342; Los caminos de la "revolución" argelina, 352; En Angola: los partidos políticos instrumentalizados, 366; El "Sendero Luminoso" de Perú: un movimiento sincrético, 369

X. LIBERACIÓN O DESCOLONIZACIÓN 375
El punto de vista de las metrópolis: ¿son rentables las colonias?, 377; La identidad de la nación y el papel de las dependencias, 383; El contexto internacional: Suez y el eclipse de los imperios, 386; Churchill y De Gaulle frente a la descolonización, 399; De Gaulle y la descolonización del África negra, 405; Congo Belga y Costa de Oro, un contraste, 409; Ex URSS, una implosión más que una fragmentación, 412

XI. EL CHOQUE DE FRENTE DE LA DESCOLONIZACIÓN 421
De la hegemonía europea a la hegemonía norteamericana , 422; De las relaciones poscoloniales al imperialismo multinacional , 424; Aspectos y efectos de la unificación del mundo, 427

ANEXOS
Cronología, 441; Selección filmográfica, 448; Bibliografía, 450

ÍNDICES 469
Índice de nombres, 471; Índice geográfico, 485; Índice temático, 497

MAPAS

El Imperio árabe, siglos VII-X, 22-23
El asentamiento indio de América en 1492, 59
La repartición del mundo y el comercio triangular, siglos XV-XVIII, 80-81
La India en la época de la rivalidad franco-inglesa, 92
El Imperio turco, siglos XV-XVII, 100-101
El África política precolonial, siglos X-XVI, 108
La división del Imperio turco según los acuerdos entre las potencias aliadas, 134
Variaciones efectivas de las fronteras en el norte de Japón (1855, 1875, 1905, 1945), 141
Principales focos de revueltas en el siglo XX colonial, 300
La división del África negra, 301
Divisiones administrativas y nacionalidades en la Unión Soviética, 1944-1987, 414-415

En memoria de Jean Cohen
con quien, en Orán, en la época de Fraternidad Argelina *(1954-1956),*
nos interrogábamos acerca del destino de las colonizaciones.

Al amigo
que de la política pasó a la poética; autor, en 1966, de una obra
maestra, Estructura del lenguaje poético.

PRÓLOGO

En la época de las colonias, se presentaba la vida color de rosa... Desde luego, el colono trabajaba duro en ellas: perseguido en su propio país antes de partir, había llegado para instalarse allí donde Dios lo condujo; tenía la intención de cultivar la tierra, de crecer, de multiplicarse. Mas "le había sido necesario defenderse de los agresores, rebeldes y demás puercos". ¡Qué grande había sido su gloria, y qué meritorio el sufrimiento de ser un conquistador!

Hoy día, el tono ha cambiado; la mala conciencia tomó el relevo. En lo sucesivo, acantonado en la extrema izquierda en Francia, entre los antiguos liberales al otro lado de la Mancha, el anticolonialismo ocupa todas las gradas. Pocas notas discordantes. Ante el tribunal de la Historia son juzgados, cada cual a su turno, los horribles crímenes de la trata, el balance trágico del trabajo forzoso, y quién sabe cúantas cosas más. Balance de la presencia francesa u holandesa, o inglesa: no existe naranja que no haya sido contaminada, ni aceituna no agriada.

Así, como una última exigencia de orgullo, la memoria histórica europea se aseguró un privilegio final: el de poner por escrito sus propios crímenes y evaluarlos ella misma, con una intransigencia inigualada.

Sin embargo, esta audacia plantea problemas. Cuando la tradición anticolonialista afirma que... si no hubo cochecillos chinos tirados por hombres en la Exposición de 1931, fue "gracias" a la acción de la Liga de los Derechos del Hombre, lo pongo en duda. ¿Acaso algunos años antes, en la Feria de Marsella, los anamitas no habían jurado no fungir como coolíes "y que, si se les obligaba a hacerlo, incendiarían el Parque de las Exposiciones"?

En resumen, aquellos anamitas, aquellos negros, aquellos árabes, también desempeñaron un papel. Conviene cederles la palabra, pues, así como no han olvidado los crímenes de los que hablamos, también recuerdan con emoción a su maestro y a su galeno, la malaria y a los Padres Blancos. Pues la colonización, también fue eso. De igual manera, la lucha por la independencia no fue sólo una "descolonización".

En efecto, tradicionalmente, las historias de la colonización expresan los diferentes puntos de vista de la metrópoli. Como ya lo estima-

ba Frantz Fanon, "por ser la prolongación de esta metrópoli, la historia que el colono escribió no es la del país despojado sino la historia de su propia nación".

Ahora bien, aquí desearíamos adoptar un plan diferente.

Primero, en efecto, parece necesario tomar en cuenta el pasado de esas sociedades, pues la relación entre colonizadores y colonizados dependió mucho de él. Hoy día ya no se considera, como ayer, que estos pueblos no tuvieron historia; ya no se habla de "siglos oscuros", sino más bien de "siglos opacos" (Lucette Valensi), porque eran ininteligibles para quienes entraban en contacto con ellos.

Esos pueblos no eran semejantes, uniformes so pretexto de que aún no habían sido colonizados; y, así como una colonización pudo diferir de otra, también la respuesta de las sociedades conquistadas varió en relación con su pasado y su identidad propia.

Además, sería difícil comprender por qué el análisis histórico reproduciría una visión del pasado que europeíza el fenómeno colonial. Sin duda, durante cinco siglos los europeos lo encarnaron bien, y de ese modo consolidaron la unificación del mundo. Mas otras colonizaciones contribuyeron también a dar forma a la imagen actual del planeta.

Antes de Europa, desde luego existió la colonización de los griegos y de los romanos, pero también la de los árabes y de los turcos, que conquistaron las costas del Mediterráneo, una parte del África negra y del Asia occidental, hasta la India, que, a su vez, a principios de nuestra era había colonizado Ceilán, una parte de la península indochina y de las islas de la Sonda. Sin hablar de los chinos, que exploraron las costas orientales de África, en el siglo XV y colonizaron el Tíbet, y hasta de los japoneses, que conquistaron y colonizaron Yeso justo antes de que los rusos llegaran a Sajalín y los franceses a Canadá.

En realidad, nuestro proyecto no consiste en establecer un inventario de todos los fenómenos de expansión, o de colonización, o en presentar como trivial el fenómeno colonial europeo; sino más bien, llegado el caso, en confrontarlo con otros.

Esta decisión de mundialización es un deseo de no reproducir una visión de la historia centrada en Europa. Lo que, a su vez, determina otras.

En primer lugar, considerar la colonización como un fenómeno que no podría ser aislado del imperialismo, es decir, de formas de dominio que hayan podido encarnar, o no, el símbolo de la colonización. En efecto, por una parte, para las poblaciones sometidas sin interrupción del siglo XVI al XX –en la India, en Angola, en las Antillas–, hubo con-

tinuidad en la dependencia –y no ruptura–; aun si, en la época del imperialismo, es decir, desde fines del siglo XIX, esta dependencia adquirió nuevas formas. Por otra parte, otros conjuntos, históricos o geográficos, que no eran colonias –el Imperio otomano poco antes de 1914, Irán, algunos estados de América Central o del Sur, etc.–, vivieron su historia como la de una lucha en contra de las potencias imperialistas.

Otra decisión: no someterse a la ortodoxia que hace que se sucedan de manera uniforme la historia de la colonización y la de la lucha de los pueblos por su independencia. Éstas pudieron ser sincrónicas, en Benín tanto como en Birmania o en Vietnam, por ejemplo. Y si es cierto que el discurso colonial pudo enmascarar la visión de los vencidos, esto no significa que, en la época en que estaban sometidos, estos últimos hubieran perdido la idea de recuperar el dominio de su propia historia. A ello se debe también que, en este libro, el término de descolonización no se emplee más que con circunspección, pues entraña cierta supervivencia del eurocentrismo.

Última decisión. Al analizar estos problemas, nos pareció urgente sacar a la historia de la colonización del gueto en el que la tradición la ha encerrado. ¿Acaso no es sintomático que, en las grandes obras de reflexión acerca de la memoria o del pasado –de Francia–, jamás se aborde el tema de las sociedades coloniales?, ¿se trata de una omisión, de un acto fallido, o de un tabú?

Sin duda, en lo que se refiere a la colonización europea, numerosos trabajos han analizado a fondo algunos de sus efectos recíprocos, sobre todo económicos. Pensamos en los estudios acerca de Sevilla, Burdeos, Bristol, Nantes, etcétera.

Pero casi no nos hemos preguntado si todos los tipos de relaciones entabladas con las colonias eran específicos, si no debían ser comparados con otros. Así, primera pregunta: el ejemplo del Imperio ruso permite preguntarse si el problema nacional y el problema colonial son diferentes. ¿Es el estatuto particular de los pueblos sometidos, la no participación de las élites en el poder central, lo que los diferencia?

Sobre todo, una segunda pregunta sigue abierta: ¿no hubo acaso en la misma Europa algunos régimenes que se comportaron con las poblaciones sometidas de la misma manera que se procedió en las colonias...? Se ha podido observar que el racismo se acentuó con el tiempo. ¿No creó situaciones similares a las que instituyeron los nazis? ¿Merece la pena hacer la pregunta? Algunos indicios invitan a ello.

Cuando se observan las imágenes de la presencia británica en la India, y sobre todo las del Gran Durbar, de 1911, conservadas en el Na-

tional Film Archive de Londres, se apodera de nosotros una analogía sacrílega: ese desfile, esos cascos, esa disciplina, el espacio teatral sabia y estéticamente ordenado en picada hacia el emperador Jorge V, el público mantenido a distancia por cordones de centinelas –irresistiblemente, esa coronación parece una especie de prefiguración de lo que fueron, 20 años después, las ceremonias hitlerianas. ¿Es fortuito?[1]

Otro paralelo, inverso, es el que estableció Aimé Césaire en 1955: "Lo que el burgués muy cristiano del siglo XX no perdona a Hitler, no es el crimen en sí, el crimen en contra del hombre, no es la humillación del hombre en sí, es el crimen contra el hombre blanco [...]; el haber aplicado a Europa los procedimientos colonialistas a los cuales, hasta entonces, sólo se sometía a los árabes, a los coolíes de la India y a los negros de África" (*Discours sur le colonialisme*).

Última analogía sacrílega, reciente: la propuesta hecha por el primer ministro de Australia occidental en 1993 de someter a un referéndum popular una decisión de la Corte Suprema de restituir algunas de sus tierras a los aborígenes despojados de ellas en el siglo pasado. "El gobierno del Estado utiliza métodos nazis", declaró el arzobispo anglicano de Perth... Este recurso a la voluntad "democrática" en contra del llamado a la equidad, al justo derecho, ¿no es también una de las prácticas del totalitarismo, uno de los problemas de nuestro tiempo?

Tales premisas dan cuenta del plan de esta obra, que aborda cada problema desde su aparición en la historia, tanto si se trata de las conquistas, los repartos o las rivalidades –que son examinados desde los siglos XII y XIII hasta el conflicto actual sobre las islas Kuriles–, como de la visión de los vencidos, de su resistencia, de la leyenda negra o rosa de la colonización, de los movimientos de los colonos, de la constitución de nuevas sociedades, etcétera.

Sin duda, este plan rompe en cierta manera con el saber tradicional que examinaba primero los descubrimientos, luego la expansión colonial hasta el siglo XIX, después el imperialismo, y por último, la "descolonización". Pero creemos que ayuda a comprender mejor la complejidad de algunos fenómenos, sobre todo la naturaleza de ciertas naciones, su aparición o desaparición en la historia, las mentalidades que se forjaron lentamente hasta nuestros días...

[1] Cf. otra similitud que revelan las ficciones, pp. 216-217.

Al situarnos en el punto de vista de los diferentes protagonistas de esta historia, no hemos pensado que la intersección de estas diversas memorias bastara para dar cuenta de los múltiples problemas que plantean la colonización y sus consecuencias, sino que ellas constituyen uno de sus datos esenciales, en la medida en que lo imaginario es parte de la historia tanto como lo es el hecho histórico; y que la memoria, incluso si está equivocada, constituye al mismo tiempo un elemento y un agente de la historia.

A eso se debe que esta obra, de índole comparativa, se organice para dar cuenta de las situaciones y de los problemas en lugar de obedecer a la costumbre de una construcción formal.

I. COLONIZACIÓN O IMPERIALISMO

EL ORO O CRISTO

La colonización se asocia con la ocupación de una tierra extranjera, con su cultivo, con el asentamiento de colonos. Si se define de esta manera el término de colonia, el fenómeno data de la época griega. De igual modo, se habla de "imperialismo" ateniense, luego romano; ¿ha cambiado el sentido de la expresión?

La tradición histórica occidental fecha sin embargo el hecho colonial en la época de los Grandes Descubrimientos. Así, en *L'histoire de la France coloniale*, publicada en 1991, la "verdadera aventura colonial" empieza con los exploradores del siglo XV, cuando Juan de Béthencourt recibe de Enrique IV, rey de Castilla, las Canarias como feudo; la exploración y los descubrimientos en América –se lee– son más tardíos, habiendo sido ocupadas la bahía de Río de Janeiro y la costa de Florida hacia mediados del siglo XVI, antes de que el interés se orientara, durante el reinado de Enrique IV, y gracias a Champlain, hacia Canadá. Esta manera de analizar es igualmente válida para Portugal, España e Inglaterra: la tradición histórica asocia la expansión de estos países con el descubrimiento de tierras lejanas en las Indias occidentales, luego con la instalación de factorías en las rutas de África, de la India, de Asia.

Así, términos tales como colono y colonización desaparecen del vocabulario histórico durante el periodo que va de la época romana al siglo XV. Las excepciones, en esos 12 siglos, son las colonias y las factorías de Venecia o de Génova al otro lado del Mediterráneo o en el Mar Negro, pero siempre lejanas.

Sin embargo, el caso de Rusia debería hacer reflexionar. "La colonización es el factor esencial de nuestra historia", escribía el historiador Kliuchevski en 1911. "Su desarrollo explica al mismo tiempo el crecimiento y los cambios que enfrentaron el Estado y la sociedad desde Rus, la Rusia de Dniéper": las incursiones de Novgorod, luego de Suzdal hacia el Ural y más allá, iniciadas desde el siglo XII, habían resultado en la sumisión de los mordvos y de otros pueblos más: fueron interrumpidas por la invasión tártara (1220), pero prosiguieron en 1390, en cuanto los tártaros fueron expulsados tras la victoria de Kulikovo.

Mas, ¿se trata, en sentido propio, de expediciones "coloniales"? Sea lo que fuere, Novgorod enviaba a sus hombres hasta el Petchora desde principios del siglo XI. Esta región, llamada del Zavoloch'e, al este del Duina, abundaba en zorros y martas cibelinas por los que había que pagar tributo. Los colonos residían en Matygory, Ujto-Ostrov, recibiendo sus instrucciones de los funcionarios de la gran ciudad, los *posadniki.*

Hasta el siglo XII, la expansión se llevó a cabo sin enfrentamientos dignos de mención, pero eso cambió en cuanto el principado de Suzdal-Rostov se emancipó de Kiev e interceptó el tráfico entre Novgorod y sus colonias. En 1169, este principado suscitó su secesión, y sus colonos se unieron a Suzdal. Simultáneamente, Suzdal-Rostov atacaba a los búlgaros entonces agrupados en la región del actual Perm, en los Urales, ellos mismos enfrentados a los "autóctonos", esos "yura" o "yugia" de las crónicas de la época; pronto, los rusos acabarían por conquistar el territorio de los mordvos.

Fue entonces cuando surgieron los tártaros. Éstos llegaron hasta Nijni-Novgorod, fundada en 1221, a los territorios ex mordvos y a las regiones del Duina. Sólo la ciudad de Novgorod, en el occidente logró oponerles resistencia (1232).

Así pues, el caso de Rusia significaría que, entre la expansión territorial hacia Siberia y la conquista de los países tártaros y turcos existe, sin duda, una ruptura, pero asimismo una similitud, salvo en la dificultad para vencer. Expansión territorial y colonización son casi sinónimos cuando en Occidente se establece entre ambos términos una cuidadosa distinción –en la que el espacio del mar constituye supuestamente la diferencia entre la primera, que es parte de la cuestión nacional, y la cuestión colonial como tal.

La ruta de las especias, ¿qué valor tiene esta explicación?

¿Es un buen criterio este espacio del mar? Aquí, el caso de España y de Portugal es problemático. En efecto, en esos países se considera a las Américas una tierra de conquista, de colonización. Mas, ¿sucede de otro modo con las últimas avanzadas de la Reconquista, más allá de Granada, en el Riff y en las costas atlánticas: desde el Algarve portugués, es decir el Al Gharb, hasta Tánger y Mazagán –conquistas proseguidas por Don Sebastián, y que resultan en 1578 en la derrota catastrófica en Alcazarquivir– la batalla de los Tres Reyes? Esta tenta-

tiva, tanto como la avanzada rusa más allá del Volga, se sitúa en la continuidad de antiguas empresas, no hay ruptura.

De manera que, como se ha comprendido, no se podría hacer comenzar la historia de la colonización con los grandes descubrimientos allende el mar, es decir, con la búsqueda de una ruta hacia la India. Sin duda, los descubrimientos modificaron la evaluación del fenómeno de la colonización, y a veces su naturaleza, pero el expansionismo le es anterior. La necesidad de dar un rodeo para evitar el Imperio turco, con sus consecuencias, no da cuenta por sí sola de las diferentes dimensiones del fenómeno expansionista colonial.

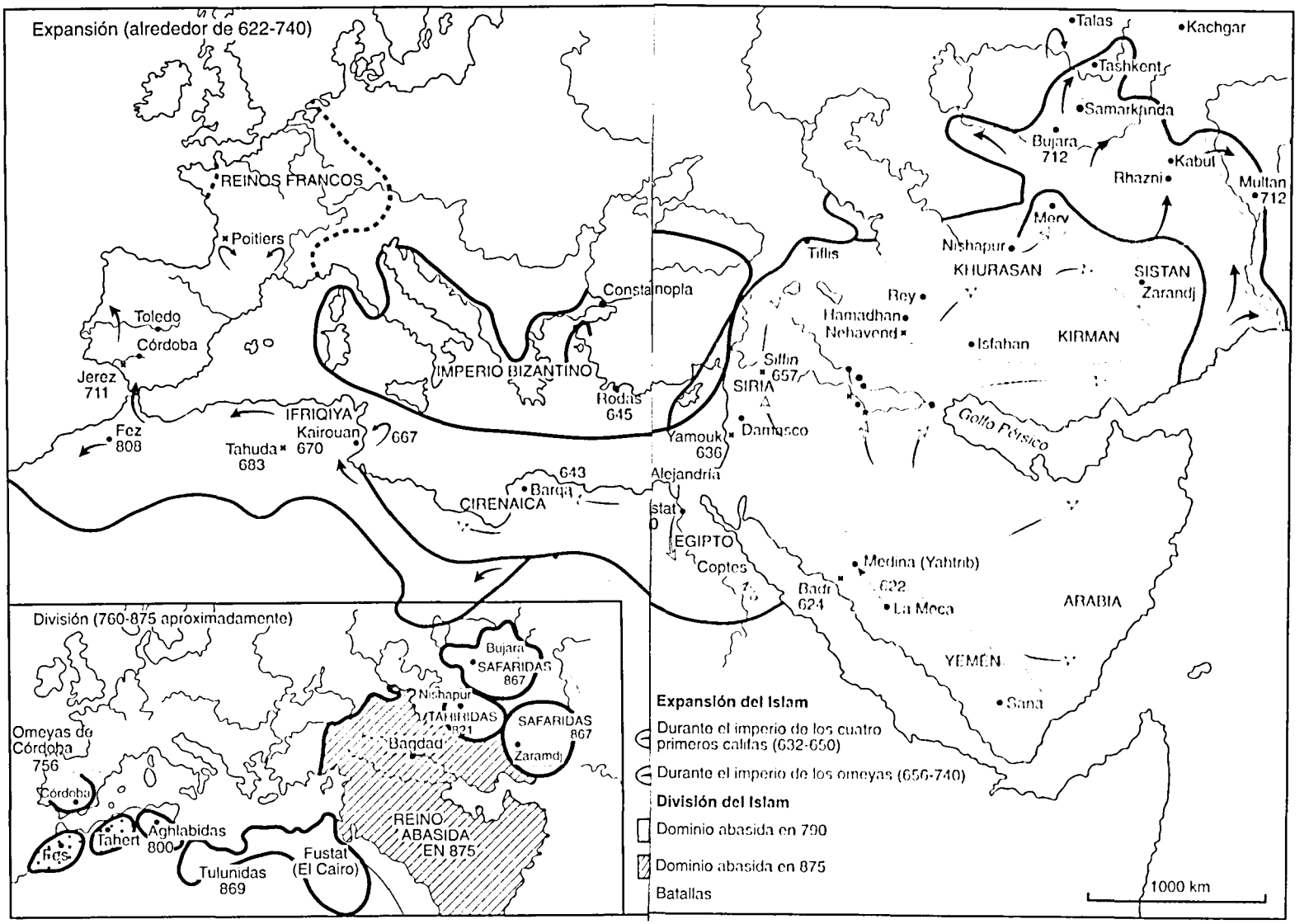
Esto es en efecto lo que sostiene la tradición árabe. Los árabes consideran que la expansión europea se inicia con las cruzadas, primera expresión del "imperialismo"; mientras que la tradición occidental estima, por el contrario, que las cruzadas son una tentativa de reconquista de la Tierra Santa sobre el Islam, que se había apoderado de un territorio cristiano. Así pues, en todo caso, una historia europea de la colonización parte necesariamente de estos contornos de la cristiandad.

Desde el siglo VII, el Islam árabe había reunificado la mayor parte de este mundo mediterráneo, fragmentado desde la división del Imperio romano y amputado por la penetración de los "bárbaros". Al este y al oeste, Bizancio y el Imperio carolingio constituían, frente al Islam y los árabes, los dos polos de resistencia del cristianismo. Pero, para los defensores de la bandera musulmana, los reinos bárbaros de Occidente casi no contaban;[1] sólo el Imperio romano de Oriente representaba un verdadero obstáculo para la reunificación total del espacio mediterráneo: para los musulmanes, Bizancio encarnaba la supervivencia de un Estado al que dominaba una religión caduca, el cristianismo. En los siguientes siglos empezó la descomposición del Imperio árabe, bajo la presión de los conflictos internos, teológicos o dinásticos, entre los chiitas y los sunnitas, pero como resultado asimismo de la fragmentación de los espacios económicos y de la dificultad de controlar un mundo tan amplio, de la India al Extremo Occidente.

De tal manera que, poco a poco, los espacios cristianos lograron emanciparse: al oeste, a partir de Asturias; al este, gracias a la acción

[1] La batalla de Poitiers (732) se menciona apenas en las crónicas árabes de Egipto. No aparece en la historiografía más que posteriormente.

EL IMPERIO ÁRABE, SIGLOS VII-X



FUENTE: Tomado de Atlas Hachette, *Histoire de l'humanité*, © Hachette, 1992.

de los Bagratian, aquella dinastía que "liberó", por un tiempo, a Armenia y luego a Georgia. ¿Debe hablarse de una liberación?, ¿de una descolonización? Luego, conforme a la tradición cristiana, vino la era de las cruzadas, "para la reconquista de la tumba de Cristo". De las primeras expediciones, Ibn Al-Athir, historiador árabe contemporáneo de los acontecimientos, presenta la siguiente descripción: "La primera aparición del *Imperio* de los francos [cursivas del autor], su invasión de la tierra del Islam aconteció en 478 [1086 de la era cristiana] cuando se apoderaron de Toledo... Luego atacaron Sicilia, África y por último, en 490, Siria." De nuevo en el siglo XX, la formación de los estados francos de Siria es percibida como una premisa de las "invasiones" futuras, la de Israel en último lugar... Además, la última cruzada fue realmente la de San Luis a Túnez, en 1270, se pudo hablar posteriormente de la "13ava cruzada" cuando, tres siglos después, bajo la égida del papado y de Felipe II de España, las flotas cristianas derrotaron al Islam en la batalla de Lepanto (1571). Entre tanto, los turcos habían tomado el relevo de los árabes, habían destruido su Imperio para someterlos, un trastorno dramático que todavía hoy la tradición arabo-islámica calla cuidadosamente, como si los destructores de la grandeza pasada de los árabes hubieran sido, no los turcos, sino los occidentales quienes, en la época del imperialismo, habrían vuelto al ataque.

En realidad, cuando los turcos otomanos, tras haber vencido a los árabes, los remplazaron, se lanzaron a una nueva *djihad* que culminó, en 1453, en la caída del Imperio romano de Oriente –Bizancio–, seguida de la marcha sobre Viena, capital de los Habsburgo. Jamás el Imperio turco, musulmán, había sido tan poderoso como en la época de Solimán –las guerras de Felipe II y la batalla de Lepanto constituyeron un alto para la segunda expansión del Islam.

¿Hay que hablar de una conquista, o de una colonización?

Las cuatro rutas

El contraataque de la cristiandad tuvo lugar en otra parte y de otra manera. Por un lado, como se sabe, para poder comerciar con la India y China, bien conocidas desde los viajes de Marco Polo, había que encontrar nuevas rutas para dar un rodeo al Imperio otomano. Pero la expedición de Vasco de Gama no dejaba de tener una connotación religiosa: llegado a Calicut tras haberle dado la vuelta a África, el na-

vegante declaró "que había venido en busca de los cristianos y de las especias". Y, al igual que los portugueses, los otomanos asimilaban el comercio vinculado con los grandes descubrimientos con una de las formas de la guerra santa: "Hagamos un canal en Suez –decían entonces– y llegaremos a la India y a Sind para expulsar de allí a los Infieles y traer valiosos productos".

Así, el contexto de la guerra santa no podría ser ignorado en una investigación de los orígenes de los "descubrimientos" y de la historia de la colonización. Desde luego, alrededor de 1580, como lo demostró Fernand Braudel, las actividades esenciales del comercio y de la política pasaron del Mediterráneo al Atlántico. Sin embargo, la herencia de los conflictos anteriores no deja de estar viva en la memoria de quienes no rompieron con ese pasado al mirar hacia otros mundos. Bernard Lewis demostró que, en el mundo musulmán, el recuerdo de la grandeza pasada se ha conservado tanto mejor cuanto que el Islam dispone de una lengua dominante única, el árabe, que asegura la omnipresencia del Corán, mientras que "la memoria y el saber de los Infieles se dispersan entre más de 25 lenguas". Ahora bien, esta manera de juzgar al otro se observa, varios siglos después, en los colonizadores ingleses en la India, los franceses en África negra, o los rusos en el Cáucaso. De tal manera que, cuando, en 1798, el cristiano reaparece en Alejandría, luego en 1830 en Argel, para el musulmán ha seguido siendo el Infiel, siempre despreciado e ignorado. Cuando se instala, dirige, coloniza, esto es lo que crea un traumatismo que se expresa con una rara violencia:

> Humillamos a emires más poderosos que tú. Se arrodillaron ante nuestras lanzas, sus mujeres fueron nuestras alfombras.
>
> El galope de nuestros caballos hizo estremecerse a las montañas de Jemanah.
>
> Plantamos nuestras tiendas en Vutulú y en Damasco.
>
> Expulsamos de esta región, como a hienas, a todos los enemigos que nos hostigaban.
>
> Vi lo que pasó ayer, sé todo lo que sucederá mañana.
>
> *Cantos de guerra y de amor del Islam*

¿Acaso este resentimiento no da cuenta de la violencia de los acontecimientos subsecuentes...?

En cuanto a los esfuerzos de exploración hacia las Américas –la *segunda ruta*–, su naturaleza no carece de vínculos con los anteriores. Lo atestiguan los escritos del propio Cristóbal Colón. Desde luego, da tes-

timonio de que el oro, o más bien su búsqueda, está omnipresente a lo largo de su primer viaje. El 15 de octubre de 1492, escribe en su *Diario*: "No quiero detenerme a fin de llegar más lejos para visitar muchas islas y descubrir oro."

Cristóbal Colón no sólo cuenta con enriquecerse personalmente, él y sus marineros; desea también enriquecer a sus comanditarios, los reyes de España, "a fin de que puedan comprender la importancia de la empresa". Entonces, la riqueza le importa primero porque significa el reconocimiento de su papel de descubridor. Pero, más aún, esta sed de dinero se explica por una vocación religiosa que es nada menos que la expansión del cristianismo. En su *Diario*, en la fecha del 26 de diciembre de 1492, explica que "espera encontrar oro, en tal cantidad que los reyes puedan antes de tres años preparar e iniciar *el ir a conquistar la Santa Casa*".

La reconquista de Jerusalén, éste fue uno de los objetivos de Cristóbal Colón, obsesionado con la idea de cruzada. Se podría observar que sucedió lo mismo en lo que se refiere a la *tercera ruta*, la que debía llevar a la India por el África interior, y de la que se preguntaban si existía en realidad. Como lo demostraron los trabajos de Geneviève Bouchon, el llegar a la India por el Reino del Preste Juan tenía como objetivo aliarse a Etiopía para tomar por el flanco el Imperio de los moros. La reina Elení consideraba, también, que había que aflojar la opresión del Islam, que controlaba todas las salidas de su reino hacia el Mar Rojo y el Océano Índico. Las preocupaciones políticas de la soberana se asemejaban a los intereses religiosos del metropolita copto, cuya nominación estaba bajo el control de los egipcios; quería acercarse a Roma. Por ello fue decidida aquella embajada de Mateus, metropolita de la Iglesia de Etiopía, quien, desde Etiopía, *vía* la India, debía llegar a Lisboa.

Mateus pudo llegar a ver a Albuquerque en la India; éste comprendió todo el interés de la empresa pero también el carácter ilusorio de las relaciones que el Negus podría establecer con el rey de Portugal. El relato de la partida de Mateus de Etiopía, en secreto, da testimonio de la ubicuidad de los agentes de Egipto y del temor que los etíopes sentían por los árabes. Según el relato referido por Damiao de Gois, la reina Elení dio a Mateus y a su joven compañero Ya'qob cartas de recomendación para el *barnagas* (cf. Geneviève Bouchon), virrey de la provincia marítima, "a fin de que los ayude tan secretamente como sea posible en todo lo que fuera necesario, fingiendo que eran mercaderes que venían a él por los negocios de ella". "Mateus actuó duran-

te cierto tiempo (*aliquamdiu*) con toda libertad, no confiando jamás sus proyectos a nadie y no difundiendo ni lo que tenía que hacer ni a dónde debía ir. Se hacía pasar por un mercader de pieles para cumplir con mayor seguridad lo que se le había encargado ejecutar. Sin embargo, de vez en cuando, compraba joyas indias que enviaba a escondidas a la reina Elení. Con este pretexto recorría diversas regiones de diversos países, haciéndolo con seguridad a fin de que, protegido de las emboscadas de los enemigos, a través de los reinos y estados de los numerosos adversarios con nombre lusitano, pudiese llegar a los portugueses y cumplir el deber de la embajada emprendida, ya que no tenía otro medio de ejecutar la cosa..."

Una *cuarta ruta*, la del norte, empezó a trazarse a principios del siglo XV. Unos rusos que vivían bajo el yugo mongol, enviados a Pekín en calidad de guías de cacería, de guardias... descubren las riquezas de China, luego las de la India al volver por Samarcanda. La información circula hasta Tver, en donde Afanasi Nikitín organiza, a partir de 1466, una primera expedición hacia la India. En esa fecha, Astracán, con Bujara y Kiva, constituye el punto de contacto todavía tenue entre los productos de China o de la India por una parte, y los de Rusia o del Báltico por la otra... Posteriormente, Zotov podría entonces escribir en la Corte de Rusia que "esas ciudades nos convendrían mucho, pues en ellas se encuentran las riquezas de China y de la India"...

Esta ruta es la única que, en esta fecha, no da pie a ningún resabio de cruzada. Pero esto cambió después: en la época del imperialismo, fue en nombre de la ortodoxia como el zar pretendió colonizar al extremo Oriente.

Una causa social: la decadencia de la nobleza

Se conoce el inventario de las circunstancias que dan cuenta de los descubrimientos y de la colonización: pasión religiosa, afición por la aventura, revancha conquistadora, etc. ¿Explica este abanico de razones, por sí solo, el ímpetu que representó ese gran momento de los siglos XV-XVI?

Sí, sin duda, en lo tocante a los comportamientos individuales, conscientes o no. Pero existen asimismo circunstancias más importantes, que predeterminan la capacidad de unos, más que de otros, a actuar...

Los conflictos de los siglos XIV y XV –la Guerra de los Cien Años

entre otros– habían tenido como efecto desplazar las grandes rutas del comercio; en parte se había tenido que abandonar la ruta terrestre, sobre todo entre Flandes e Italia, para tomar la del mar, entre Génova, Barcelona, Lisboa, Brujas, Amberes, Amsterdam. Por ello Ceuta se vuelve en esa fecha un punto estratégico... Gracias a ese desplazamiento, los puertos de las costas atlánticas se enriquecieron considerablemente, y en particular Lisboa, cuya "nación" se instaló en Brujas a partir del siglo XIV. De manera que siempre había en Lisboa mercaderes italianos, sobre todo de Génova, con la mira puesta en el comercio de Oriente, pero pocos medios para organizar expediciones de cierta amplitud. Además, éstas corrían el riesgo de ser bloqueadas por los venecianos, a menos que lo fueran, como se sabe, por los otomanos.

Había capitales en la Península Ibérica; ahora bien, la ruta que llevaba al gran Norte no desembocaba más que en bosques, cuando en el sur los lazos con el Islam seguían activos a pesar de las guerras; además, la navegación era fácil hasta el sur de Marruecos. Por otro lado, en aquella época Castilla y Portugal eran estados en vías de fortalecimiento, en tanto que Francia, Borgoña y el Imperio se desgarraban. Así, se interesaron en esas empresas comerciales de enriquecimiento aquellos cadetes de la nobleza portuguesa o castellana, sin tierras, que necesitaban emprenderlas para no ser expulsados de su clase. Se asociaron con los mercaderes.

Este fenómeno social interviene entonces, en forma colateral a las circunstancias propiamente científicas o técnicas –vinculadas con el Renacimiento– y a las circunstancias económicas o religiosas. El historiador polaco Marian Malowist se ha preguntado si la colonización por Portugal, España y Génova, allende el mar, las guerras de Italia por Francia, la expansión hacia el norte y el este por los germánicos, hasta por los polacos y los rusos, no son fenómenos paralelos con un mismo origen: la necesidad por parte de la nobleza de regenerarse tras su decadencia vinculada con las guerras de los decenios anteriores.

Primero se rebajó en Portugal y en España, al asociarse con los mercaderes. Posteriormente (en el siglo XVII), los países de Europa con un desarrollo más antiguo, sobre todo Holanda, Inglaterra luego Francia, poseedoras de un equipamiento político que se solidifica, toman el relevo... Así, la expansión holandesa, luego la inglesa, y hasta la expansión francesa, más débil, no tuvieron el mismo sistema de causas que había impulsado a la colonización portuguesa y española, a la colonización polaca, incluso a la rusa, hacia el este.

El aumento demográfico también desempeñó un papel; el incre-

mento de la población castellana en los siglos XV y XVI ayudó al movimiento de emigración, como en Mazuria y en Rusia. Además, se sabe que en el siglo XVII, la victoria fácil obtenida por los holandeses sobre los portugueses se explica en parte debido a que los holandeses disponían de un excedente de población, pues podían movilizar no sólo a sus conciudadanos, sino también a una parte de la población alemana.

EXPANSIÓN COLONIAL, IMPERIALISMO: ¿QUÉ RUPTURAS?

Las grandes empresas en las que había participado la monarquía portuguesa, desde Juan el Perfecto, constituían una alternativa a la política de reconquista y de cruzada que había conocido un fin trágico en la batalla de Alcazarquivir –en 1578–, el mayor desastre de la historia de Portugal. En una espléndida película, *No, o la vana gloria de mandar*, Manoel de Oliveira percibió claramente el lazo entre el fracaso de las tentativas portuguesas de unificar la Península, o de implantarse en Marruecos, y el auge de esos viajes, su valorización, que sustituyeron los objetivos anteriores de los soberanos –al mismo tiempo que se proseguía, pero en otras partes, la obra de evangelización y de conquista.

La glorificación de los grandes descubrimientos portugueses tuvo entonces como función desviar a Portugal de la lucha frontal contra los moros, una terapéutica del olvido que duró varios siglos, pues, para Portugal, se dio una segunda humillación más tarde, cuando fueron sus rivales –los Príncipes de la Corona de España– quienes vengaron Alcazarquivir en la batalla de Lepanto –antes de apoderarse del propio Portugal, en 1580, para unificar la Península... De esta terapéutica del olvido, Lucette Valensi estudió sus modalidades y su recorrido en las *Fables de la mémoire*.

Ahora bien, esta función de contrapeso y de transferencia fue poco después relevada por otras –desarrollo comercial, evangelización, colonización, sometimiento de los pueblos, etc.–, hasta el punto en que la memoria histórica occidental acabó por olvidar cuán capital había sido el motivo de la lucha contra el Infiel. Sólo, en el siglo XVIII, el abad Raynal percibió con fuerza cuál había sido el principal motivo (G. Brisvert). Pero la voluntad de olvido borró su huella.

Ahora bien, algo similar observamos en Francia, en la época llamada del imperialismo, en la que, por una transferencia de la misma na-

turaleza, la III República se orienta hacia una política imperial conquistadora para olvidar y borrar la derrota de Sedán, la quiebra de la política europea del Imperio y la pérdida de Alsacia-Lorena. La caricatura de Hansi dirigida a Jules Ferry, promotor de las conquistas imperiales en Indochina y en Túnez, lo expresa claramente: "Perdí dos hijos, usted me ofrece dos sirvientes."

El mismo juego alternativo se dibuja en el Imperio ruso, en donde, en el siglo XIX, al no haber podido, en dos ocasiones, imponer su voluntad a la Europa Central, el zar transfiere su voluntad de dominio al Cáucaso, y luego al Extremo Oriente. Después de la guerra de Crimea, esta etapa expansionista estuvo caracterizada por el final de la conquista y la "pacificación" del Cáucaso, la conquista de Tashkent (1865), de Samarcanda (1868), de Kiva y Kokand (1876), luego de las regiones del Amur y del Usuri.

Por segunda vez, luego de haberse puesto término a esos conflictos en los Balcanes por medio de un acuerdo con Francisco José en 1897, el zar desea "compensar" ese fallo impuesto al paneslavismo, desplazando el centro de interés de Rusia hacia el Extremo Oriente y el Pacífico. No se consideró que la intervención en China y el conflicto con Japón entrañaran un "peligro de guerra", sino que fueron presentados como una expedición colonial... (1904-1905).

Otra característica atribuida al imperialismo fue la bulimia territorial, de la que el reparto de África, en 1885-1890, fue la expresión más visible. Se trataba, para las potencias rivales –Francia, Alemania, Inglaterra, Portugal, Bélgica– de asegurarse, en el mapa, el mayor número posible de territorios para impedir toda tentativa de que un rival se los apropiara un día –nunca se sabe. Es lo que se llamó la "carrera a campo traviesa"...

Ahora bien, este comportamiento se manifestó mucho antes de la era del imperialismo. En el momento de la ocupación de Canadá, por ejemplo, Samuel de Champlain justificaba sus ambiciones en un informe de 1615, en el que escribía al rey: "Si nosotros no nos instalamos, serán los ingleses o los holandeses [es decir, protestantes] quienes vendrán a Quebec." De manera que la primera colonia francesa fue una conquista "preventiva", aun cuando haya tenido otros objetivos: el descubrimiento de un paso hacia el oeste del Pacífico y Japón, el asentamiento y la valorización, la conversión de los indios.

Esta manera de apoderarse de los territorios sin pertenencia antes de que otros les pusieran las manos encima se justifica o critica, en la era colonial como en la época imperialista, con los mismos argumentos.

Desde la época de Pufendorf y de Jean-Jacques Rousseau, se condenan las ocupaciones ficticias: "Para autorizar un derecho de primera ocupación, escribe este último en *El contrato social*, hay que tomar posesión no mediante una vana ceremonia, sino con trabajo y cultura." En 1805, el abuso de la práctica de la anexión fue un hecho en Estados Unidos, que, en Louisiana, estimaba que la ocupación de la desembocadura de un río creaba un derecho sobre el conjunto de la cuenca (John Quincy Adams). Esta *doctrine of continuity* valía también para la ocupación de los territorios que se encontraban tierra adentro de las costas.

De la *continuity*, del *hinterland*, a las "esferas de influencia" no había más que diferencias de grado, que el derecho se encargó de hacer legales. La expresión "esferas de influencia" apareció por lo visto, en el acuerdo anglo-alemán de 1885.

Desviación/sustitución, política alternativa, apetito de conquista, ¿predominarían las semejanzas entre las diferentes fases de la expansión sobre las desemejanzas? Una característica suplementaria compara la era de los descubrimientos con la del imperialismo... se observan las mismas etapas en los procesos de dominio. Bien se sabe que en el siglo XIX, la era de los descubrimientos y de los pioneros –los Brazza, Stanley, etc.– precedió a la de los gobiernos que tomaron su relevo; ahora bien, se observa que lo mismo sucedió en los siglos XV y XVI. Embelesada por las empresas finales de Diego Cão, Cristóbal Colón, Magallanes, etc., que, como sabemos, fueron respaldadas por los monarcas, la historia tradicional casi no tomó en cuenta la acción de los pioneros que los precedieron. Tanto como el producto de un proyecto visionario –la Ruta de las Indias por el oeste o por el este– o el efecto de una voluntad enérgica que permitían los nuevos medios técnicos, la expansión y los viajes fueron, en realidad, el resultado acumulativo de decenas de pequeñas tentativas que emanaron de simples mercaderes y aventureros –Luis Fernão Gomes, Eustache de La Fosse, etc. Y, según de Barros, sólo cuando, al visitar Benín, los marineros portugueses se enteran de que el reino del Preste Juan es accesible pasando por ese país, la Corona portuguesa decide tomar a su cargo el gran proyecto de Diego Cão para penetrar en África, o rodearla (de Barros, citado en Thornton, *Africa and Africans...*, p. 35).

En cuanto a Cristóbal Colón, también tuvo predecesores, como Fernão Dulmo, quien obtuvo del rey privilegios para toda la tierra descubierta al oeste de las Canarias y de las Azores, aquella verdadera plataforma de los descubrimientos, y más tarde de las conquistas, pero sin el mismo éxito.

De manera que esta expansión en dos tiempos se reconoce tanto en el siglo XVI como en el XIX.

¿El mercado o la bandera?

Así, en la época imperialista, se observan comportamientos que se asemejan a la era de las grandes conquistas coloniales. Sin embargo, a partir de 1870 se generaliza el sentimiento de que se ha iniciado una nueva era. ¿Cuáles serían sus características?

En primer lugar, se pone de manifiesto que si, hasta entonces, la expansión no ha tenido una solución de continuidad desde hace un siglo –que haya resultado, como la de Francia en Argelia o en el Senegal, o que haya fracasado–, el incremento del poder colonial de los diferentes estados europeos no siempre ha sido el fruto de una voluntad política explícita. Más bien ha sido provocado por las circunstancias. Además, las nuevas colonias fueron de buen grado pobladas por sublevados, delincuentes, presos políticos –sobre todo en Argelia, en Australia, en Nueva Caledonia–, lo que no los valorizaba a los ojos de la opinión. Pero, ¿no había sucedido lo mismo con las primeras colonias portuguesas?

En Francia, el cambio aparece sin embargo cuando los nuevos territorios adquiridos empiezan a tener una identidad: Cochinchina, por ejemplo, que la marina desea para enfrentar a Gran Bretaña y disponer de una buena base al oeste del Océano Pacífico... Lo mismo acontece pronto en Argelia, después de los combates "heroicos" contra Abd el-Kader. El ejército se identifica con ese país. Como lo escribió Raoul Girardet: "Al mismo tiempo que una fracción del ejército se 'colonializa', para una parte de la opinión, la idea colonial se militariza." Ahora bien, si el ideal colonial y la vocación misionera se empalman, como en los siglos XVI y XVII, la novedad es sin duda que se dio un deslizamiento de sentido. En lo sucesivo, la cristianización se identifica con un deber de civilización, pues ésta no podría ser más que cristiana. Mientras en *Les Missions catholiques*, Monseñor Miché, vicario apostólico en Saigón, estigmatiza a "esos rebeldes que durante largo tiempo detuvieron el desarrollo de las conversiones", Monseñor Lavigerie, nombrado obispo de Argel, llega "para brindar su ayuda a la gran obra de civilización cristiana... que debe hacer surgir de las tinieblas y de los desórdenes de una antigua barbarie a una nueva Francia". Civilizar, colonizar, hacer resplandecer su cultura,

extenderse, éstos son los resortes del imperialismo, y la colonización constituye el "poder de reproducción" de un pueblo a través de los espacios.

Último recurso de la grandeza para Prévost-Paradol, fuerza generadora para Leroy-Beaulieu, el imperialismo se inspira en instancias ideológicas, desde luego, pero que no dejan de ser respaldadas por objetivos más materiales. Por lo demás, son ellas el origen de la formulación más difundida de este nuevo estilo de política colonial, que tuvo éxito. Jules Ferry lo enunció así en el momento de la conquista de Tonkín: "La política colonial es hija de la política industrial. Para los estados ricos... la exportación es un factor esencial de la prosperidad pública [...]. Si hubiera podido establecerse, entre las naciones manufactureras, algo como una división del trabajo industrial, una repartición conforme a las aptitudes [...], Europa habría podido no buscar fuera de sus propios límites los mercados para su producción. Pero todo el mundo quiere hilar, forjar, destilar, fabricar azúcar y exportarla." Con el advenimiento de las nuevas potencias industriales –Estados Unidos, Rusia, Alemania– la necesidad rige entonces esta expansión allende el mar.

A esta razón Jules Ferry agrega dos más, ya identificadas: el argumento humanitario que obliga a "las razas superiores" a llevar a cabo su deber con respecto a las "razas inferiores" aún no encaminadas por la senda del progreso; y el argumento nacionalista, enunciado en forma dinámica: "Que Francia se retire de estas empresas, y España o Alemania nos remplazarían de inmediato, la política de 'al calor de la lumbre' no puede ser más que un encaminarse por la senda de la decadencia... Resplandecer sin actuar, es abdicar."

A decir verdad, Gran Bretaña tuvo que enfrentar problemas algo similares, pero mucho antes que Francia. Para ella, las victorias de la Guerra de los Siete Años constituyeron un primer gran giro decisivo que modificó su relación con la colonias. Hasta entonces, el Imperio era pequeño, relativamente homogéneo, muy inglés, protestante, y estaba *centrado en el comercio.* De golpe, después de los tratados de 1763, adquiere Quebec, la Florida, Tobago, todos católicos, y otros territorios más, de tal manera que Gran Bretaña se volvía dueña de un inmenso imperio, desproporcionado con respecto a sus medios y, sobre todo, heterogéneo (L. Colley).

Mientras que hasta entonces el Imperio costaba poco, seguía siendo manejable y casi no influía en la manera de gobernarse de los ingleses, bruscamente se volvió una carga, esencialmente militar; sobre

todo su conservación se tornó incompatible con los principios de las libertades inglesas –lo cual inquietaba a Burke–, ya que reinaba sobre poblaciones hostiles.

¿Es fortuito que Gibbon haya escrito su obra acerca de la caída del Imperio romano inmediatamente después del tratado de París?

Ahora bien, el gran choque que enfrentó Inglaterra tuvo otro origen: fue la independencia norteamericana, es decir, una guerra civil que puso, en Inglaterra como al otro lado del Atlántico, ingleses frente a ingleses, ya que en ambos lados la opinión estaba dividida. A guisa de compensación, los ingleses comprobaron la lealtad de Escocia, cuyos pioneros desempeñaron además un papel militar importante en todo el resto del Imperio, como Warren Hastings, Gordon, etc. Así, a las colonias *inglesas* iba a suceder el Imperio *británico*, animado por un patriotismo revanchista, que culminó en una reacción en contra del laxismo de las épocas anteriores: el India Act de 1784, el Canada Act de 1791, el Acta de Unión con Irlanda en 1800 equivalen a las manifestaciones de esta política de enderezamiento, de dominio, un rasgo que constituye *una* de las características del imperialismo.

El otro rasgo, que rivaliza con el anterior pero viene a armonizar con él, es esa necesidad, nueva para Gran Bretaña, de reconversión de su visión de las relaciones económicas con el resto del mundo, ahora que perdió América –y que se transformó en una potencia industrial. Más que el monopolio de un comercio allende el mar, de tipo mercantilista, que le ha permitido acumular dinero, Inglaterra necesita mercados y materias primas. Requiere otra América –será Australia–, otra India –y pone sus miras en China–, otra África, distinta de aquella que proveía esclavos a las Antillas y a América del Norte.

¿Es una casualidad que, con una diferencia de pocos años, Gran Bretaña envíe a Pekín su primera gran embajada (1797), la de Mac Cartway, que se cree la African Association; que proponga al doctor Mungo Park explorar el centro de África hasta las fuentes del Níger; y que se funde la North West Company al norte de Canadá, mientras James Cook se establece en Botany Bay, en Australia? Esta explosión ocurrió luego de un largo periodo de conflictos internacionales: anunciaba una reactivación colonial, la del imperialismo, como se la llamó.

El ejemplo de Mungo Park es simple, y claro. Este personaje explica que recibiría de sus comanditarios su sueldo de 15 chelines por día "sólo en caso de que lograra hacer conocer mejor la geografía de África, abrir a su ambición, a su comercio, a su industria, nuevas fuentes de riqueza".

En lo sucesivo, las necesidades de la industrialización, las necesidades del mercado, rivalizan con la exigencia de dominio. Pero ésta, poco a poco, puede más que las demás.

¿Schumpeter o Hobson?

A principios del siglo XIX, la voluntad de dominio prevalecía en Gran Bretaña, hasta el punto de que en 1919, Joseph Schumpeter, al hacer el balance del imperialismo británico durante ese siglo, estimaba que existe un imperialismo en la medida en "que un Estado manifiesta una disposición, *carente de objetivos* [cursivas del autor] a la expansión por la fuerza, más allá de todo límite definible", es decir, cuando la actividad guerrera o conquistadora se expresa "sin ser realmente el medio para ningún fin que no sea el implicado en su ejercicio mismo"; lo que Max Weber llamaría poco después la racionalidad instrumental. Para demostrarlo, Schumpeter elige el ejemplo de Disraeli, bien definido como el portavoz y la encarnación de la expansión imperialista desde su discurso de 1872 en el Palacio de Cristal, quien, sin embargo, antes había hablado de "aquellas malditas colonias que son para nosotros una rueda en torno al cuello". Ahora él pretendía crear la Federación Imperial, haciendo de las colonias unidades autónomas de un Imperio constituido como unión aduanera. Las tierras no ocupadas de las colonias debían ser reservadas a los ingleses. Un órgano central en Londres estaría a cargo de la coordinación de dichas operaciones. Joe Chamberlain volvería a este plan de acción algunos años después. Ahora bien, es sorprendente que el término "preservación" del Imperio, utilizado en este caso, implicaba en realidad una extensión territorial. El cambio de posición de Disraeli se debía a que este lema del imperialismo revelaba su eficacia en la medida en que desviaba a los ciudadanos de sus preocupaciones cotidianas a las que los anteriores dirigentes conservadores no habían sabido responder; y ya no tenían proyecto político. Desde luego, el lema imperialista tuvo éxito porque ofrecía ventajas a toda una serie de grupos de intereses, sobre todo una tarifa arancelaria protectora para todos aquellos industriales a los que amenazaba la política de *dumping* de los exportadores alemanes. Pero también tuvo éxito porque adulaba el amor propio y el orgullo de quienes nada tenían. De tal manera que se observa este contraste: mientras que, a principios del siglo XIX, la opinión pública inglesa se había vuelto cada vez más

hostil a la expansión colonial, de buen grado identificada con el tráfico de esclavos[2] y con las humillaciones vinculadas con la creación de Estados Unidos, ella se tornó favorable al imperialismo en la medida en que éste adulaba y defendía los intereses ingleses, tanto en los confines de la India en contra de los "saqueadores" y de los ladrones, como en Sudáfrica, en donde, durante la guerra de los bóers, "no había un mendigo que no hablara de nuestros súbditos rebeldes". Observamos los mismos comportamientos en Francia cuando los "cochinos" de los confines marroquíes "atacan a nuestros colonos" de Argelia, a principios del siglo XX.

En Rusia, por una situación similar en los confines del Cáucaso o en Asia Central, se vuelven a encontrar en el príncipe canciller Gorchakov, en 1864, palabra por palabra, los argumentos de los imperialistas ingleses y franceses:

> La situación de Rusia es la de todos esos estados civilizados que entran en contacto con nómadas sin organización estatal bien establecida... Para impedir sus incursiones y actos de pillaje, hay que subordinarlos y controlarlos de cerca... Pero hay otros más lejos... entonces estamos obligados a llegar también más lejos... Es lo que sucedió con Francia en África, con Estados Unidos en América, con Inglaterra en la India. Se camina hacia adelante tanto por necesidad como por ambición (citado en Vernadski, III, p. 610).

Siempre se trata de esta "preservación del Imperio", definida por Disraeli.

Varios acontecimientos en la historia de Gran Bretaña atestiguan de qué manera el aspecto simbólico de la dominación contó tanto como los intereses propiamente materiales: desde el mantenimiento del protectorado sobre las Islas Jónicas, de 1815 a 1863 –cuando en Londres se consideraba inútil la posesión de esas islas indefendibles– hasta la expedición militar para la defensa de las Islas Malvinas por la señora Thatcher, mientras que la pérdida de la totalidad de la India, del Caribe y del África negra, entre 1947 y 1962, no había causado tanta emoción. La misma situación paradójica se observa en Rusia, en donde la pérdida del Imperio, en 1990-1991, dejó a los ciudadanos indiferentes –mientras que ellos se movilizan para la defensa de las Islas Kuriles.

El apoyo popular dado a la expansión es uno de los rasgos específicos de la época imperialista –aun si existen fuertes corrientes hostiles;

[2] Cf. p. 220 *ss.*

un respaldo que va de la mano con una prensa de gran tirada, desarrollada en el siglo XIX y producto ella misma del auge industrial, el *Daily Mail* en Gran Bretaña, el *Täglische Rundschau* en Alemania, los *Novoe Vremja* en Rusia, *Le Petit Parisien* y *Le Matin* en Francia constituyen su expresión más conocida. El imperialismo es entonces un fenómeno público –lo que no siempre era la expansión de los siglos anteriores– aún si ciertas operaciones se hacen bajo cuerda, defraudando incluso esa opinión, como las expediciones de Jules Ferry a Indochina.

El interés económico no deja de ser uno de los respaldos y de los motores esenciales del imperialismo, bien situado por John Hobson en *Imperialism, a study*, en 1902, y luego por Rudolf Hilferding en *Das Finanz Kapital*, en 1910. Más tarde, estas ideas fueron popularizadas por la obra de Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, que se inspiró en ambos textos y fue publicada en 1916; su traducción al alemán y al francés data de 1920.

Sin embargo, existía una diferencia entre las tesis de Hobson y las de Lenin. El primero veía en el imperialismo británico "la voluntad de los intereses industriales y financieros fuertemente organizados de garantizar y desarrollar, en perjuicio de la población y por la fuerza pública, mercados privados donde verter sus excedentes de mercancías y donde invertir sus excedentes de capitales". Dicho de otra manera, Hobson consideraba el imperialismo como un regreso al mercantilismo, ya que la fuerza que lo impulsaba era la necesidad de amasar un capital nacional para competir con potencias rivales. Lenin, por el contrario, se situaba en la fase final del desarrollo capitalista, monopolístico. Polemizaba con Kautsky quien pensaba que, en esta fase, los conflictos entre imperialistas ya no serían rentables, mientras que según Lenin se volvían ineludibles.

Sin duda, el punto importante es que, para Lenin, el imperialismo tenía varias caras y era efecto de las diversas fases del desarrollo histórico. Desde luego, el imperialismo había preexistido al capitalismo (cf. el Imperio romano), pero también había existido durante su desarrollo, por ejemplo, en el momento de la constitución de los imperios austro-húngaro, ruso, etc. De manera que las luchas nacionales no constituían más que un fragmento del combate universal contra el imperialismo: la de los países bálticos contra los rusos se volvía así el equivalente de la de los irlandeses o de los indios contra los ingleses. La guerra de 1914 ponía fin, según él, a la distinción entre expansión colonial e imperialismo (1916).

Pero existía otra divergencia, más decisiva.

El imperialismo de finales del siglo XIX y el del siglo XX eran diferentes, tanto por la intención de conquista o de dominio de las épocas anteriores y por la expansión colonial de los siglos previos, como por esta característica: este imperialismo está más vinculado que los demás con el capital financiero, y la colonización o la conquista no constituyen las únicas expresiones de su existencia. Desde luego, la colonización y la conquista territorial pueden ser imperialistas; pero, en el siglo XIX y hasta la Gran Guerra, el imperialismo tiene medios de acción que pueden adaptarse a la independencia política: eso sucede con la penetración del capital financiero en China o en el Imperio otomano, también en Rusia.

En las diversas épocas de la historia, la colonización adquirió formas que pudieron diferir, pero que asimismo se sobrepusieron unas a otras. En efecto, asegurar el dominio sobre los demás pueblos fue el motor de la expansión, cualquiera que haya podido ser el motivo declarado de aquel "imperialismo", religioso en la época de los árabes, religioso también en las expediciones cristianas contra los Infieles, de nuevo religioso cuando católicos y protestantes pretendieron garantizar la expansión de su fe, en los siglos XVI y XVII.

El interés político pudo ser el compañero de todas estas formas de cruzada. Por primera vez manifiesta su autonomía en la época de Francisco I, quien concluye *Capitulaciones* con el turco para combatir a Carlos V; se manifiesta cada vez más a partir de la Guerra de los Treinta Años cuando un cardenal, Richelieu, se alía a un hugonote, el rey de Suecia, contra el Santo Imperio.

El interés económico se manifiesta con claridad antes de la época llamada imperialista, y se afirma sobre todo cuando, con las Actas de navegación (1651), la expansión allende el mar es considerada un monopolio de la *nación* inglesa *en su totalidad* –y no sólo el interés de sus comerciantes. Asimismo se podría considerar a esas Actas una de las raíces del imperialismo, pues éste pretende actuar en nombre de toda la nación, del Estado-nación.

Antes de la época del imperialismo, la doctrina mercantilista, cuyo primer teórico fue Bodin –y que pronto fue aplicada por Colbert–, ponía la mira, por su parte, en asociar al Estado con las empresas allende el mar para garantizarse el monopolio de los intercambios y el máximo de ingresos en oro y plata.

Al prohibir a los colonos producir "ni siquiera un clavo", los mercantilistas darían un pretexto a su rebelión, en Estados Unidos como

en la América española –lo que puso fin a este tipo de relaciones. Aplicadas a los indígenas, las prácticas mercantilistas arruinaron a los pueblos colonizados, como lo demuestra el ejemplo de los textiles de la India, citado más adelante. Con todo, estas prácticas persistieron hasta cierto punto e incluso se desarrollaron por medio de la fuerza en la época de la revolución industrial. Es en este sentido como Lenin pudo escribir que el imperialismo era la fase suprema del capitalismo.

La colonización británica integró bien esas variables y esas variaciones. Garantizó la fortuna de un grupo social que supo asociar la riqueza de su suelo y de su subsuelo con una práctica financiera y comercial que le aseguró un dominio mundial. Pero durante mucho tiempo, el capital industrial siguió desconectado del capital bancario.

La industria se desarrolló entonces *colateral* al Imperio, más que gracias a él o por él, salvo cuando, después de la crisis de 1929, la "preferencia imperial" se volvió una verdadera política global (Cain y Hopkins).

Las altas finanzas fueron casi siempre las animadoras de la política imperialista: así, en 1882 tuvo lugar la expedición de Egipto, no para adquirir mercados o anexar territorios, sino para evitar que los dirigentes egipcios pudieran impunemente dejar de reembolsar esa deuda; lo que crearía un precedente. Asimismo, por el bien de la City, había que impedir, en Sudáfrica, que los bóers ayudaran a los alemanes a poner las manos sobre las reservas de oro, en una fecha en que el patrón-oro garantizaba la preeminencia de la libra esterlina.

Efectos comparados

En sus efectos, la diferencia esencial entre la expansión colonial de los siglos XVI-XVIII y el imperialismo que le sigue es en realidad que la revolución industrial da a éste medios de actuar que modifican por completo la relación entre metrópolis y colonias.

En cierta manera, el primer modo de expansión colonial se asemejaba a las colonizaciones del tipo anterior (las de los turcos, de los árabes, hasta de los romanos, etc.), en el sentido de que la distancia económica, militar y técnica era poca entre colonizadores y colonizados, y escasos los intercambios. La diferencia entre el nivel de vida de Europa y el de sus colonias, en Asia por lo menos, era al principio sólo del orden de 1 a 1.5 más o menos, en la medida en que puede tener un sentido este cálculo. Para los colonizados, el deterioro se presentó

en forma brutal con los efectos de la revolución industrial y del imperialismo. De nuevo según los cálculos de Paul Bairoch, la diferencia en el nivel de vida pasó de 1.9 con respecto a 1 hacia 1860, a 3.4 hacia 1914, y a 5.2 hacia 1950. Señalemos ya que no dejó de incrementarse desde finales de la época de las colonias.

Sobre todo, esta diferencia en perpetuo crecimiento reveló ser efecto de los cambios estructurales que la colonización implicaba y también del cambio de las relaciones de fuerza.

Además, hasta el siglo XVIII, el consumo de los productos extraeuropeos representaba sólo entre el 2% y el 10% del consumo total europeo.

Por último, salvo en la América española, la primera colonización rasguñó sólo las estructuras de las sociedades conquistadas o dominadas, y sus cimientos eran frágiles. En la India, por ejemplo, poco importaba que las mercancías fueran vendidas a portugueses o a árabes. La ventaja de los portugueses era que entregaban armas nuevas...

Ahora bien, con las exigencias del imperialismo económico, la segunda colonización suscita profundas transformaciones estructurales. Dos de estos cambios son esenciales: la desindustrialización y la especialización agrícola no alimentaria.

El ejemplo de los textiles en la India es emblemático de este primer cambio. En el siglo XVII, las telas ligeras de algodón representaban del 60 al 70% de las exportaciones indias. Con la industrialización, Inglaterra produjo máquinas 350 veces más activas que un trabajador indio. Gracias a su posición dominante, Inglaterra pudo introducir libremente las telas de algodón en la India. El resultado fue que, en menos de un siglo, la industria de las indianas casi había desaparecido. El proceso de desindustrialización se observa en muchas otras colonias; con la especialización a ultranza en los cultivos no alimentarios, constituye el segundo aspecto del cambio que el imperialismo impuso a las colonias, fuesen antiguas o nuevas.

En el África negra, reveladora del segundo cambio, la situación colonial suscitó una oposición entre la economía de subsistencia, base tradicional de las sociedades, y la economía de mercado. Impuesto por la administración, el cultivo del cacao, por ejemplo, tropezó entre los agni de Costa de Marfil con una oposición claramente marcada que Henri Raulin observó: cada noche, iban a verter agua hirviendo sobre las plantas de cacao que se les había obligado a plantar. Sólo posteriormente comprobaron que aquel alimento les producía algo de dinero que podían utilizar. Estos mismos agni eran considerados ineptos para el trabajo manual, y hasta para todo trabajo: la realidad es que tenían una etiqueta

complicada, y el respeto de dicha etiqueta les impedía, sobre todo a las clases superiores, trabajar en público; se los definía como "perezosos" aun cuando demostraron que podían ser muy activos. La inadaptación al "progreso", tal cual lo entendía el colonizador, podía expresarse en otras formas de "resistencia" cultural... Así, entre los masikoro, los bara de Madagascar, como entre los peules, el intercambio de una res tiene un significado particular: el ganado tiene un valor social, y vender ganado se vuelve indicio de decadencia, pues ese bien forma parte de un juego de intercambios específicos, externo a la economía monetaria; así como se conserva fuera de la economía monetaria, entre los beté, el monto de la futura dote, que es considerable. Asimismo, el cultivo del algodón fracasó entre los peules, los bambara, y tuvo buenos resultados entre los minianka y los senufo, porque los primeros habían constituido sociedades históricas a las que la colonización desestructuraba, mientras que los segundos, menos conscientes de su identidad, estaban más disponibles y mejor dispuestos a cambiar de vida.

Las imitaciones técnicas del Occidente fueron el motivo de un conflicto entre la aspiración al progreso y la resistencia de las tradiciones. Éste fue el caso, por ejemplo, del cultivo del ñame. Algunos cultivadores senufo de la región de Korhogo adoptaron muy pronto el arado tirado por bueyes. En lugar de hacerse en montículos con azadones, el cultivo de los tubérculos se hizo en lo sucesivo en caballones, con el arado. La economía de mano de obra fue muy apreciada, pero, como los nuevos ñames eran menos rechonchos, más alargados, el consumo los rechazó, y el arado fue abandonado.

Entre colonización y neocolonialismo

El dominio de los colonizadores y sus consecuencias dieron origen a varias situaciones tipo; algunas de sus características pudieron sobrevivir en parte hasta a la descolonización. Así, se pueden distinguir en primer lugar:

– la *colonización de tipo antiguo*, de tipo expansionista, en una fase de libre competencia del desarrollo capitalista. El caso de Argelia, conquistada en 1830, representa uno de sus últimos ejemplos;

– la *colonización de tipo nuevo*, vinculada con la revolución industrial y el capitalismo financiero, que atañe a la mayoría de las conquistas francesas posteriores a 1871, sobre todo Marruecos, aun si se relacionan con otras consideraciones. Esta forma de colonización es también

evidente en la política de expansión de Gran Bretaña y de Alemania en África oriental y en Sudáfrica, etcétera;

– el *imperialismo sin colonización*, por ejemplo en el Imperio otomano –a título provisional, como lo atestigua el caso de Egipto en 1881. Se desarrolla de manera más pura –es decir, sin la idea de instalar allí colonos– en América Latina, en donde la City impera tanto en Argentina como en Perú, antes de ceder su lugar a Estados Unidos. Este imperialismo sin bandera sobrevivió a los movimientos de independencia de la segunda mitad del siglo XX.

Así, las diferentes formas del imperialismo y de la colonización se empalman y se penetran mutuamente.

Lo mismo sucede con los fenómenos llamados de descolonización y de independencia de los pueblos, con su liberación. La mayoría se emancipó entre 1945 y 1965, pero si la colonización en el sentido estricto de la palabra terminó en efecto con la derrota de los franceses en Vietnam o en Argelia, de los ingleses o de los holandeses en la India y en Indonesia, el dominio occidental sobrevivió, en una u otra forma, llamado aquí neocolonialismo, allá imperialismo sin colonos.

A decir verdad, este fenómeno existía antes de que los europeos perdieran sus posesiones allende el mar –era producto de Estados Unidos, que había sabido crear colonias sin banderas, sobre todo en Latinoamérica, a reserva de enviar a sus *marines* aquí o allá en caso de "necesidad", como a Haití en 1915. Es un poco la política que Francia siguió, llegado el caso, en el África negra, después de 1965.

Ahora bien, la "descolonización" se limitó a menudo a un cambio de soberanía. Sustitución de un poder político por otro, desde luego, pero con la supervivencia de todo tipo de vínculos económicos que perpetuaron la antigua dependencia, de otra forma y en beneficio conjunto de estas metrópolis y de nuevas "burguesías" locales. Por otro lado, los flujos humanos originados en esta ruptura aumentaron, y las antiguas relaciones se perpetuaron entonces, aunque transformadas: colaboradores franceses en Argelia y trabajadores inmigrados argelinos, en Francia. Se observa el mismo juego de corrientes entre Inglaterra, por una parte, y por la otra el Caribe o la India, entre Alemania y Turquía, etcétera.

Simultáneamente, desde los años sesenta, los progresos de la mundialización de la economía desembocaron en una imbricación y una integración de las economías de tal magnitud que hoy día una parte de los países ex colonizados se encuentran en una posición de dependencia o de pobreza peor que la que enfrentaron antaño (cf. cap. XI).

Por su parte, las propias antiguas potencias colonizadoras descubren a su vez, hoy día, que el dogma del liberalismo sobre el que se fundaban antaño para legitimar su dominio, podía voltearse contra ellas, en provecho de las nuevas potencias, financieras o industriales, como Japón, o de antiguas colonias como Taiwán, Singapur o Corea.

Sin embargo, no se podría limitar el análisis de los procesos vinculados con la colonización a estos efectos que son herencia de la dominación económica o técnica.

Los efectos de rechazo pudieron tomar otras formas vinculadas con el creciente papel del petróleo en la economía mundial, con los contactos entre civilizaciones, con el racismo que entonces se desarrolló...

CIVILIZACIÓN Y RACISMO

"Creo en esta raza...", decía Joseph Chamberlain en 1895. Cantaba un himno imperialista a la gloria de los ingleses y celebraba a un pueblo cuyos esfuerzos superaban los de sus rivales franceses, españoles, etc. A las demás poblaciones, "subalternas", el inglés brindaba la superioridad de su destreza, de su ciencia también; la "carga del hombre blanco" consistía en civilizar al mundo, y los ingleses mostraban el camino.

Esta convicción y esta tarea significaban que, en el fondo, los demás eran considerados representantes de una cultura inferior, y que competía a los ingleses, "a la vanguardia" de la raza blanca, educarlos, formarlos –al mismo tiempo que se mantenían a distancia. Si bien los franceses también consideraban niños a los indígenas y, desde luego, inferiores, sus convicciones republicanas los conducían, en cambio, a hacer declaraciones diferentes, por lo menos en público, aun cuando no necesariamente estuvieran en conformidad con sus actos.

Lo que, sin embargo, asemejaba a los franceses, a los ingleses y a otros colonizadores, y los hacía conscientes de pertenecer a Europa, era esa convicción de encarnar la ciencia y la técnica, y de que ese saber permitía a las sociedades que ellos sometían realizar progresos. Y civilizarse.

Ahora bien, la historia y el derecho occidental habían codificado lo que era la civilización –y también su vínculo con el cristianismo. Sucesivamente, Henry Wheaton, Lass F. Oppenheim y De Malten –respectivamente norteamericano, inglés y ruso–, habían definido los fun-

damentos del derecho, en el momento de la firma de tratados "desiguales" con China, Siam, Abisinia, el Imperio otomano.

Así, un concepto cultural, la civilización, es un sistema de valores con una función económica y política precisa. No sólo estos países garantizarían a los europeos los derechos que definen a la civilización –y que, en realidad, aseguraban su preeminencia–, sino que su salvaguarda se volvía la razón de ser –moral, se entiende– de los conquistadores.

Ahora bien, quienes no se adaptaban se transformaban en criminales, delincuentes, y por consiguiente, castigables. Entonces, en la India, por ejemplo, los ingleses llaman "tribus criminales" a grupos sociales enteros –que además no eran necesariamente tribus–, lo que legitimaba una intervención cuyo fin era sustituir con la legislación colonial los usos tradicionales y la jurisprudencia en vigencia: de manera que se definía como "criminales" a hombres y mujeres que no habían roto de ninguna manera con su grupo social de pertenencia. El Criminal Tribes Act, de 1871, luego el Criminal Castes and Tribes Act de 1911, marcan el giro decisivo de este dominio que culmina tanto en la condena del *sati* (el suicidio de las viudas), como en la eliminación de los tugs y demás "salteadores de caminos". El término elegido, que confunde casta y tribu permite excluir a grupos humanos completos, como los kuravar de la región de Madrás, definidos como "ladrones hereditarios" (Marie Fourcade).

¿No oculta esta manera de reprimir cierto resabio de racismo?

Ahora bien, en este siglo XIX, las ideas de Darwin ejercen una verdadera fascinación: la obra de Marx lo atestigua, y la lucha de clases constituye la versión humana de la lucha de las especies analizada por Darwin. En cuanto a la colonización, parece ser la *tercera vertiente* de esta convicción partidaria del cientificismo: por su bondad, el hombre blanco no destruye a las especies inferiores, las educa, a menos de que no sean "humanas" –como los bosquimanos o los aborígenes de Australia a quienes ni siquiera se dio un nombre– y, en este caso, las extermina.

La fuerza de convicción imperialista deseaba que este movimiento asociara al mismo tiempo a los portavoces de la razón y del progreso que, en historia, creían en el carácter inevitable del desarrollo de las sociedades, también en su inteligibilidad, y, por el otro lado, a hombres que ponían el instinto por encima de la razón y consideraban la necesidad de acción como una circunstancia esencial de la vida. La primera corriente, animada en Inglaterra por el neoidealismo de Ox-

ford, concebía el universo como un organismo al que animan su fuerza moral y su voluntad. El Imperio, el de los británicos, desde luego, se encuentra entonces en la fase más elevada de la organización social; Spencer Wilkinson fue uno de los principales defensores, cuyas declaraciones marcaron a hombres como los ingleses Alfred Milner, Toynbee, Haldane, y, en Alemania, a los discípulos del historiador Ranke.

El Imperio debe primero ocupar su verdadero lugar en el corazón de sus propios súbditos... Éste no procede de la afirmación de que la fuerza tiene prelación sobre el derecho, lo que es el credo del despotismo; ni de que el derecho pasa por la fuerza, error frecuente entre los entusiastas superficiales; sino de la convicción de que el Universo es la manifestación de un orden inteligible, inseparable del orden revelado por el mecanismo del pensamiento (Spencer Wilkinson, *The Nation's Awakening*, 1896).

Naturalmente, los historiadores ingleses veían en el Imperio británico una hazaña histórica. Curiosamente, oponían a los marxistas, y sobre todo al alemán Franz Mehring, un modelo de desarrollo histórico paralelo y diferente. Mientras que los marxistas definían las fases de la esclavitud, el feudalismo, y el capitalismo como anunciadoras del socialismo, los imperialistas ingleses –en particular J.R. Seeley, pero sobre todo J.A. Cramb en *The Origin and Destiny of Imperial Britain*– aislaban otras etapas del desarrollo histórico: el Estado-ciudad, el Estado feudal, el Estado de clases, el Estado nacional democrático. El Estado británico es entonces la coronación de una historia en conformidad con los ideales de libertad y de tolerancia nacidos durante la Reforma.

A esta corriente se agregaba una visión del hombre que tendía a glorificar las hazañas, la acción, como la *Lebensphilosophie* de la que Wilhelm Dilthey, Oswald Spengler y Max Scheler fueron los portavoces, imperialistas los tres y, al igual que Nietzsche, favorables a la idea de cierto darwinismo social orientado hacia el exterior; en torno a esta corriente biologista, se encontraban los partidarios del cientificismo, sociólogos, eugenistas que volvían a algunas de las ideas de Gobineau. Como Gidding, glorificaban a los superhombres del mañana. Aseguraban la unión entre el neoidealismo, sobre todo inglés, y este biologismo, sobre todo alemán; con Houston Stewart Chamberlain –aquel británico que se volvió súbdito de Guillermo II– en el papel de *go-between*.

Esta filiación permite comprender mejor la relación entre el imperialismo y el racismo nazi.

En la época del imperialismo, los conquistadores lograron hacer triunfar la idea de que la expansión era la meta final de la política. Si no es que, a partir del momento en que los pueblos sometidos ya no tuvieron que manejar la misma ley que los vencedores, esta opresión de los demás, en el exterior, amenazó con volverse una predisposición a la tiranía en el interior. Como lo había sentido Burke antes que cualquier otro, el caso de Irlanda era ejemplar.

El Imperio británico no fue el equivalente del Imperio romano más que en sus dominios, en los que un inglés conservaba sus derechos de ciudadano como si se encontrara en el Lancashire. Fuera de éstos, representaba una especie de dominador que no podía sobrevivir y prosperar más que destruyendo los usos y las instituciones de los pueblos conquistados. El Imperio francés, desde luego, se declaró diferente; en los discursos, pretendía serlo al querer que la ley fuera la misma para todos; pero, sin importar si el territorio se llamaba municipio, protectorado o colonia, este proyecto tropezó con los colonos o con diversos intereses. Los franceses allende el mar consideraban inaceptable tener que justificar su preeminencia sobre los indígenas a los ojos de la metrópoli.

La dicotomía entre el imperialismo y la nación surgió cuando el centro de la vida política ya no fue la suerte de los bretones, de los mineros, de los galos o de las víctimas de la guerra, sino la de Fachoda o Bechuanalandia. La expansión colonial se volvió la solución a todos los problemas interiores: pobreza, lucha de clases, exceso de población. Se hacía valer que representaba el interés *común*, que estaba *por encima* de los partidos. Por lo demás, en la colonia, el administrador o el colono quiere ser visto ante todo como francés, o inglés; ni de izquierda, ni de derecha. Es la raza lo que lo define, no su actividad o su función social. Es la raza la que define a la élite, justifica la opresión.

Sin duda, existieron teorías de la raza antes de la colonización, antes del imperialismo, pero tenían poco eco. El imperialismo les dio cuerpo y vida, las difundió.

Se aplicaron hasta en Europa continental, donde la ideología racista dio origen a un totalitarismo particular que legitimó el poder total de una "élite", de una raza superior, sobre otros europeos, pero con argumentos similares.

II. LAS INICIATIVAS

PRIMERO LOS PORTUGUESES

"*E se mais mundo houvera, là chegara*" –y si la tierra hubiera sido más grande, también le habríamos dado la vuelta.

Al ensalzar sus descubrimientos, esta orgullosa aseveración portuguesa expresa claramente lo que fueron los viajes de aquellos grandes exploradoras de los que, todavía hoy día se vanagloria la tradición. De Vasco de Gama a Serpa Pinto, por mar o por tierra, llegaron a las extremidades y al corazón del planeta, "trayendo consigo la civilización"

En su *Crónica de Guinea*, escrita a mediados del siglo XV, Gomes Eanes de Zurara ya enunciaba las "cinco y una razones" de esas expediciones. El infante Enrique, que las organizó, "es impulsado por el servicio a Dios"... Él considera que en esos países hay cristianos; se podrán traer de ellos mercancías; que, si no las hay, sabremos hasta dónde llega el poder de los Infieles... que tal vez algún señor extranjero estará dispuesto a ayudarlo en su guerra en contra de los enemigos de la fe, que grande es su deseo de extender la Santa Fe de N.S. J.C.

Además, es al rey Juan de Portugal a quien Cristóbal Colón solicitó, hacia 1484, que le proporcionara lo necesario para llegar a Cipango (Japón) por el oeste, pues, en efecto, era de Portugal de donde partían todos los viajes. El monarca consultó a sus cosmógrafos, quienes lo disuadieron de apoyar aquel loco proyecto. Como escribió Fernand Braudel, "los portugueses siempre prefirieron las certidumbres científicas a la quimera... Así perdieron América. Cuando descubrieron Brasil, era demasiado tarde".

En realidad, habían sido los primeros en lanzarse hacia el sur, pero provistos de todas las garantías y, sobre todo, de aquellos mapas náuticos con rosas de los vientos: el de Pedro Reinel, fechado en 1485, describe con gran precisión las costas de Europa y del África atlántica hasta el punto extremo al que llegó Diego Cão (Cam) más allá del golfo de Guinea. Después de haberse desarrollado merced a los italianos, la cartografía se volvió la ciencia portuguesa por excelencia, como la llamó el vizconde de Santarem. Produce sus primeros atlas de ocho mapas en el siglo XVI. Otra seguridad: las diferentes carabelas

que remplazan a aquellas *barcas* con las que Gil Eanes había doblado el Cabo Bojador en 1434. Al disponer del doble de superficie de velas utilizada hasta entonces, las carabelas podían navegar de bolina, es decir modificar constantemente su velamen para progresar en zigzag, contra el viento si era necesario. Con la aparición de los galeones, más amplios y adaptados a la guerra en el mar, Portugal se transformó en el centro europeo de las construcciones navales.

Para los negros de la costa occidental de África, la llegada de los navegantes blancos, portugueses e italianos sobre todo, era un descubrimiento, al igual que sus bombardas y sus candelas. Para los portugueses, el hecho de ver a los negros comer en el suelo, habitar en casas de paja, etc., dio origen de inmediato a un sentimiento de superioridad. Observaron que, mientras menos contacto tenían con los musulmanes, más oscuro era el color de su piel. Muchos se decían vasallos del emperador de Malí.

Uno de los primeros reyes africanos encontrados, Battimansa, en Gambia, se declaró vasallo del emperador de Malí, pero eso no impresionó a los portugueses; debido a la pobreza de los africanos que encontraron, no vieron el interés de penetrar y ocupar las tierras interiores. Ya eran amos de Madera y de las Azores –la isla de los azores–, habían ido más allá del mar tenebroso y del Cabo Bojador de donde, hasta entonces, no se volvía, porque los alisios del noreste empujaban hacia el Atlántico; gracias a la carabela, pudieron llegar, en 1444, a Cabo Verde, luego a los ríos de Guinea y, en 1460, a Sierra Leona. Cuando Juan II subió al trono, el tratado de Alcaçovas se había firmado dos años antes, en 1479, resolviendo la sucesión de Castilla y delimitando las zonas de influencia al sur de la Península Ibérica: el golfo de Guinea estaba reservado a Portugal. En 1483, Diego Cam llegó a Zaire y envió emisarios al rey de Congo. En 1487-1488 Bartolomé Díaz dobló el Cabo de las Tormentas, en lo sucesivo llamado Cabo de Buena Esperanza, y llegó a la región del actual Puerto Elizabeth, la baia dos Vaqueiros, o bahía de los Vaqueros, llamada así porque los negros se dedicaban a la cría de bovinos. Luego los portugueses se lanzaron hacia la India.

Con la llegada de Cristóbal Colón a una de las Islas Lucayas –las Bahamas– y justo antes de que Vasco de Gama llegara a la India, el papa Alejandro VI intervino para poner fin a la competencia desenfrenada que acababa de surgir entre los portugueses y los españoles. Las amargas discusiones que tuvieron lugar en el momento del tratado de Tordesillas (1494) para fijar el límite de las posesiones portugue-

sas, no a cien leguas al oeste de las Azores, sino a 370 leguas al oeste de Cabo Verde –lo que les hacía abarcar parte de Brasil–, plantean un problema: ¿fue por una cuestión de principio que los portugueses obtuvieron ese desplazamiento hacia el oeste, o bien porque presentían que existía una tierra en aquellas zonas –Brasil, "descubierto" seis años después, en 1500? Diferentes indicios habían permitido suponerlo desde la llegada a Príncipe y São Tomé, en el golfo de Guinea, descubiertos en 1471 y colonizados a partir de 1493... por judíos y criminales. São Tomé carecía de habitantes. *Fue la primera colonia*, vinculada con la aventura de los grandes descubrimientos.

Cuando Vasco de Gama llegó a aguas indias, en 1498, algunos soberanos locales como los zamorinos de Calicut y los sultanes de Gujerate, ejercían su autoridad pero sin controlar el océano, que seguía en manos de los árabes. Llegado a Calicut, Vasco de Gama reclamó para su rey la soberanía de los mares indios, lo que desde luego rechazaron los zamorinos, pero sus rivales, en Cochín, se aliaron a los recién llegados cuya flota era impresionante. El sultán de Egipto respondió al llamado de los zamorinos, pero, tras una victoria naval, su almirante volvió a casa. Habiendo regresado con fuerza, los portugueses de Albuquerque ocuparon entonces Goa, luego la isla de Socotora, Ormuz y Malaca, asegurándose así el control de toda la parte occidental del Océano Índico. Goa fue el eje de aquel dispositivo, muy fortificado y constantemente consolidado, y Albuquerque fue su alma.

Lo que deseaban los portugueses no eran tierras, sino el imperio del comercio marítimo. Deslumbrados por las riquezas de la India, pretendían acaparar su tráfico y, negando a los demás el derecho de navegar en esta parte del Océano, confiscaron en lo sucesivo el cargamento de cualquiera que no hubiera obtenido su permiso: todo barco que navegara sin esa autorización, las *cartas*, fue tratado en calidad de pirata y capturado. Así, inundaron Europa, *vía* Lisboa, de aquel calicó de Calicut, de pimientas y demás especias.

El poeta Luis de Camoens fue el primero en dejar testimonio de la opulencia súbita de aquellos marineros rústicos y poco preparados para este cambio de vida. Muchos siglos después, tras la retirada definitiva de los portugueses, un autor indio quiso referir los combates de Rani Abbakka, reina de los ullal, que los habría expulsado a partir de 1623, una fecha mítica. En ese relato, los portugueses son descritos como seres corpulentos y burdos, que despreciaban a la mujer, incapaces de comprender el arte y la cultura, sensibles sólo al lengua-

je de la fuerza. Esta representación es diferente, como podemos imaginarlo, de la que los navegantes tenían de sí mismos, exceptuando la corpulencia. Ahora bien, lo que impacta es que los indios, al enumerar esos defectos, omiten el único que los propios portugueses se atribuyen: la codicia. La razón es simple: evocar sus rapiñas equivaldría a reconocer que, en lugar de haberlos expulsado, los indios tuvieron que padecer su ley, aun provisionalmente, y dejarse despojar. Sería asimismo recalcar la decadencia actual, en la que la opulencia ya no es sino un recuerdo.

Es el Islam, de nuevo él, lo que los portugueses descubrieron al llegar a las Indias... El fin trágico de la infanta Santa, muerta en un calabozo de Fez, en 1443, el sitio de Granada en el que habían participado los portugueses, todavía estaban en la memoria cuando Vasco de Gama llegó a Calicut. A decir verdad –Geneviève Bouchon lo demostró–, lo que no era musulmán, en la costa de Kerala, casi no contaba: las prohibiciones relativas al mar afectaban en efecto a la población hindú, lo que ya había señalado Marco Polo. En el momento de las negociaciones emprendidas en Calicut, en 1500, Pedro Álvares Cabral había mantenido a bordo de sus barcos a notables en calidad de rehenes, a cambio de los portugueses que habían permanecido en tierra. "Gentilhombres, no podían ni comer ni beber en esos barcos." Fueron sustituidos por musulmanes. También en Cochín, los cronistas portugueses vuelven a hacer referencia a aquellos rehenes hindúes que se relevaban a bordo de sus barcos para ir a purificarse y a comer en tierra. Todo lo que era marítimo, y aún más negocio, era objeto de suspicacia por parte de los brahmanes.

Así es como el comercio pasó poco a poco a manos de una nueva comunidad, los mappilla, originarios de los barrios más miserables de los puertos de Malabar y que se habían islamizado para evadir el sistema de las castas. Ocupaban el rango más bajo debido a su contacto con los extranjeros o con el mar, o porque eran fruto de aquellos matrimonios temporales (*muta)* que el Islam toleraba –y sigue tolerando. "Cuando una nayar se aventura a ciertos barrios, se vuelve musulmana" –este dicho expresa que, excluidas de su casta, aquellas mujeres debían convertirse.

La conversión elevaba en la escala social a un intocable o a un hombre de baja casta. Esta práctica tuvo como resultado incrementar la fuerza de la comunidad extranjera –aquellos mercaderes árabes de paso, que, arraigados, acababan por ocupar en la sociedad un lugar honorable, en la medida en que, a cambio, evitaran a las castas supe-

riores, los hindúes, las mancillas de los viajes marítimos al mismo tiempo que les traían una parte de los beneficios.

Sin embargo, señalaba el geógrafo árabe Ibn Battuta, un siglo antes de la llegada de los portugueses, la mayoría hindú sólo expresaba un desprecio condescendiente hacia la riqueza temporal de los musulmanes.

Activos, también, a lo largo de las costas de la India, los chinos confirmaron que, cuando los árabes extranjeros llegaban a la India, se les daban asientos fuera de las puertas y se los albergaba en casas separadas –para evitar la mancilla. Los alimentos les eran servidos en hojas de plátano; los perros y las aves se comían lo que quedaba. Según Ibn Battuta, "los Infieles [es decir, para él, los hindúes] desviaban su camino en cuanto nos veían"...

Sin embargo, la situación cambió cuando las invasiones musulmanas procedentes de Delhi provocaron al mismo tiempo una reacción brahmana y la islamización de algunos príncipes indios, desde Gujerate hasta Malaca, es decir, a lo largo de la ruta de las especias. Poco a poco, el bloque brahmánico de la India dravídica era invadido por el Islam; pero cuando al norte tropezaba con una potencia territorial anclada en Dehli, estaba rodeado por otro lado de comunidades islámicas de mercaderes y de marineros cada vez más solidarias de sus correligionarios. De entre ellas, poco a poco los gujarakis habían predominado sobre los mappilla de Kerala, pero estos últimos, volviéndose soldados o marineros de la flota de guerra, se integraban cada vez más a la sociedad india; cuando estallaban conflictos entre Cochín y Calicut, algunas veces desempeñaban el papel de intermediarios. También jugaron ese papel, durante un tiempo, con los portugueses, y fue con ellos con quienes tuvo que vérselas Vasco de Gama.

Los portugueses querían pelear con los moros de la Meca –los árabes– a los que buscaban eliminar del Océano Índico, aun cuando tuvieran que tratar con algunos de los moros de Terra –los musulmanes de la India–, los de Kerala sobre todo.

Pero cuando Albuquerque pretendió controlar todas las rutas, y ejercer sobre ellas su monopolio, haciendo de Goa el centro nervioso de su imperio, de inmediato los musulmanes de Malabar se volvieron hostiles a él.

Albuquerque y Mamal de Cananor

"Los Príncipes son como los cangrejos y se comen a sus padres"; este

dicho indio explica en parte los éxitos de los portugueses que supieron sacar provecho de sus querellas, sobre todo Albuquerque. Las victorias de Duarte Pacheco le abrieron el camino, resultaron en la restauración del reino de Cochín, que no dejó de estar bajo la amenaza de una ofensiva del Samorín de Calicut, respaldada por el sultán de Egipto y por Venecia –una alianza "vergonzosa"– que veía con mal ojo desarrollarse las empresas de Portugal.

Para controlar mejor el tráfico, explica Geneviève Bouchon, don Francisco d'Almeida había reforzado la fortaleza de Sant'Angelo de donde era fácil apoderarse de los cargamentos. El descontento de los mercaderes indios llegaría a su máximo; en Cochín, ellos asesinaron y quemaron al Feitor de Kollam y a doce de sus compañeros refugiados en una iglesia. Las represalias fueron inmediatas, y el hijo del virrey destruyó toda la flotilla de los mercaderes: 27 barcos ardieron con su rico cargamento de especias, piedras preciosas, caballos y elefantes. Las tripulaciones portuguesas cenaron a la luz de las llamas. Los musulmanes de Cananor exigieron venganza, y el sitio de aquella fortaleza aceleró el ciclo infernal de los atentados y de la guerra. La flota de Calicut respondió al llamado, pero la precisión de los artilleros portugueses consagró la superioridad de la flota del rey Manuel (1505). En tierra, les fue más difícil salir victoriosos de ese sitio, pues los musulmanes se protegían de la artillería por medio de inmensas pelotas de algodón en las que se amortiguaban los obuses –hasta el día en que los portugueses tuvieron la idea de incendiar aquellas pelotas...

A los portugueses les faltaba ganar, en alta mar, a la flota mameluca, anclada en Diu, lo que hicieron en 1508, asegurando durante largo tiempo la hegemonía de las flotas de Albuquerque, y abriendo así la India, una vez ocupado Diu, al rey Manuel.

Pero los reinos indios y las comunidades musulmanas, animadas por Mamal de Cananor, encontraron el remedio a las ambiciones de Albuquerque. Éste pronto comprendió que existían fugas en el control de los convoyes de especias procedentes de Ceilán y del Extremo Oriente. Quiso por consiguiente controlar su recorrido, navegando río arriba. Se aseguró entonces el estrecho de Malaca, conquistando esta posición e instalando ahí a sus guarniciones. Ahora bien, los mercaderes indios utilizaban el recorrido de las Maldivas para evitar los controles y conservar su monopolio. Ahí estaba el origen de un conflicto con Mamal de Cananor, quien poseía en ese lugar derechos e intereses. Éste disponía de otras cartas para combatir a Albuquerque: muchos portugueses cuestionaban su política belicosa y conquistado-

ra, lamentaban la época de Almeida en la que el comercio, y sólo el comercio, animaba las relaciones entre los cristianos y la India, sin que la guerra interviniera más que llegado el caso... mientras que con Albuquerque la ocupación de territorios –Cananor, Diu, Malaca– se volvía el principio de su política, las premisas para la creación de una especie de imperio territorial. De contragolpe, esto hacía entrar a los portugueses en el juego de las rivalidades entre príncipes indios, de lo cual se regocijaba el musulmán Mamal porque debilitaba al mismo tiempo a sus rivales y a los portugueses; sin embargo, en este juego, Albuquerque fue el mejor... Pero Mamal no lo había perdido todo, pues, gracias al relevo de las Maldivas, conservó el monopolio del comercio de las especias con el mundo árabe...

Una vez bien implantadas sus factorías en la India, Albuquerque tuvo la idea, después de haber aplastado la flota mameluca, de arruinar a Egipto utilizando un ejército de picapedreros; perforaría la montaña y secaría las fuentes del Nilo, guiado por los consejos de los etíopes. Simultáneamente, desde Adén, iría a apoderarse del cuerpo del Profeta en La Meca, y luego lo cambiaría por los lugares santos.

La Cruzada, siempre la Cruzada.

EL ORGULLO DE LOS ESPAÑOLES

"Como ya lo dije, nuestros españoles descubrieron, recorrieron, convirtieron una cantidad enorme de tierras en 60 años de conquista. Jamás ningún rey ni ninguna nación recorrió y subyugó tantas cosas en tan poco tiempo como nosotros, ni hizo o mereció lo que nuestra gente hizo y mereció por las armas, la navegación, la predicación del Santo Evangelio y la conversión de los idólatras. Por esa razón los españoles son del todo dignos de alabanza. Bendito sea Dios que les dio esta gracia y este poder. Es la gran gloria y el honor de nuestros reyes y de los españoles el haber hecho aceptar a los indios un solo Dios, una sola fe y un solo bautismo, y haberles retirado la idolatría, los sacrificios humanos, el canibalismo, la sodomía y otros grandes y aviesos pecados más que nuestro Buen Dios detesta y castiga. Asimismo, se les retiró la poligamia, vieja costumbre y placer de todos aquellos hombres sensuales; se les enseñó el alfabeto sin el cual los hombres son como animales, y el empleo del hierro, tan necesario para el hombre. Asimismo se les enseñaron varios buenos hábitos, artes, costum-

bres civilizadas para poder vivir mejor. Todo ello –y hasta cada una de estas cosas– vale más que las plumas, las perlas, el oro que les tomamos, sobre todo porque no hacían uso de esos metales como moneda –que es su uso adecuado y la verdadera manera de sacarles provecho–, aun si hubiera sido preferible no haberles tomado nada y contentarnos con lo que se obtenía de las minas, de los ríos y de las sepulturas. El oro y la plata –que son más de 60 millones [de pesos]– y las perlas y las esmeraldas que sacaron del mar y de la tierra son mucho más que el poco oro y plata que tenían los indios. Lo malo en todo esto, es haberlos hecho trabajar demasiado en las minas, en las pesquerías de perlas y en los transportes" (López de Gómara, *Historia general de las Indias*, citado en Romano, pp. 112-113).

El encuentro con los indios

Esta reseña histórica, gloriosa pero crítica, es sin duda uno de los primeros textos teóricos que justifican la conquista y legitiman la violencia.

El itinerario de los encuentros entre los españoles y los indios da mejor cuenta de la realidad de los primeros contactos, por lo menos tal cual se vivió. Cristóbal Colón, que los precede, es necesariamente el primer testigo.

"Este rey y todos los suyos iban desnudos como su madre los había parido, y sus mujeres del mismo modo sin ningún apuro. Son todos como los canarios, ni negros ni blancos..." Este rasgo es el primero que impacta a Colón, pero asimismo el hecho de que carecen del sentido de propiedad y del valor de las cosas: "Todo lo que tienen, lo dan a cambio de cualquier bagatela que se les ofrezca hasta el punto de que toman a cambio hasta pedazos de escudilla o de vidrio roto... Por cualquier cosa que se les dé, sin jamás decir que es demasiado poco, dan de inmediato todo lo que poseen [...]" "Carecen de codicia hacia los bienes ajenos... Dan tanto oro como un calabacino..."

Pero que se les ocurra robar y Colón les hace cortar la nariz y las orejas... Esos buenos salvajes se volvieron todos ladrones...

"Todos creían que los cristianos venían del cielo y que el reino de Castilla se encontraba en él", considera Cristóbal Colón, pero son sus propias creencias las que les atribuye. "Vienen del cielo y están en busca de oro", habría dicho un indio a su rey. Mas, ¿qué comprendió Colón si no entendía su lengua? Lo cree porque lo hace: trae su religión y se lleva a cambio el oro...

El que les traiga la religión, es porque los considera hombres, iguales e idénticos a él y a quienes va a convertir. Pero que no se dejen despojar y ya estima que conviene someterlos, por medio de la espada, si es necesario: "Son adecuados para ser mandados." Los que aún no son cristianos, no pueden más que ser esclavos. Lo mismo sucede con las mujeres: Miguel de Cuneo, compañero de Colón, relata:

Mientras me encontraba en la barca, capturé a una mujer caribeña muy bella, y habiéndola llevado a mi camarote y ella desnuda conforme a su costumbre, concebí el deseo de obtener placer. Quise llevar a ejecución mi deseo, pero ella no quiso y me trató con sus uñas de tal manera que hubiera deseado no haber empezado nunca. Pero, al ver esto, tomé una cuerda y le di una buena tunda, a continuación de lo cual ella elevó aullidos inauditos, no hubieras podido creer tus orejas. Finalmente llegamos a un acuerdo tal que puedo decir que parecía haber sido educada en una escuela de putas.

El interés del libro de Tzvetan Todorov, *La conquista de América*, es mostrar a través de los textos de los primeros descubridores y conquistadores que los rasgos esenciales de la historia de la colonización ya están ahí, como embrionarios, y que sólo se desarrollarán. Se encuentran en él la conversión, el intercambio desigual, la violencia sexual, una visión del otro que alternativamente hace de él otro nosotros mismos al que desearíamos asimilar –se le cristianiza–, o un esclavo.

A ello se agrega una táctica permanente que observamos en la mayoría de las conquistas de los siglos XVI a XIX: las de los españoles en América del Sur o de los rusos en Asia Central como en el Cáucaso, de los franceses en el Magreb o de los ingleses en la India: cuando una fuerza de resistencia organizada se presenta, el conquistador negocia con ella para después romperla mejor, ganando a menudo para su causa a una parte de sus rivales, esos notables que garantizan posteriormente su dominio sobre el resto de la población.

Los conquistadores: Cortés, Pizarro, Valdivia

El establecimiento de los españoles se había iniciado con la ocupación de la isla de Santo Domingo, La Española. En 1509, el hijo de Cristóbal Colón inició la conquista de Cuba, que fue concluida en 1514 por Diego Velázquez. De esta isla se lanzarán expediciones hacia la tierra firme, que supuestamente oculta riquezas fantásticas.

En 1519, con 11 navíos, 100 marineros y 600 soldados, 10 cañones y 16 caballos, Hernán Cortés desembarca en la isla de Cozumel, el 18 de febrero. Impresionadas por esos hombres salidos del mar y que sobre sus caballos parecen centauros, las tribus se someten, y Cortés funda la Villa Rica de la Vera Cruz, un nombre simbólico pues en ese lugar el oro es vecino de la cruz. Ignorando las instrucciones de Diego Velázquez, Cortés crea entonces un establecimiento con el nombre de su rey, y, para manifestar su voluntad de autonomía, destruye sus propios navíos a fin de ya no depender de Cuba. Carlos V, avisado por Diego Velázquez, envía una flota para combatirlo, pero entre tanto Cortés había destruido y conquistado un imperio.

Primero se impone sobre los tlaxcaltecas y hace de ellos sus aliados en contra de los aztecas, que los oprimían. Para desviar al conquistador de la ruta de México, Moctezuma hace llevar al Dios de allende el mar los tesoros de Quetzalcóatl y le da a entender que se somete a Carlos V, a quien pagará tributo. Habiendo descubierto un complot, Cortés hace ejecutar en dos horas a tres mil hombres. Encuentra por fin a Moctezuma, quiere que éste destruya sus ídolos, lo hace prisionero y pronto gobierna en su nombre, mientras lo mantiene encadenado. Durante esos meses, se reúnen 600 mil pesos, de los cuales una quinta parte es enviada a Carlos V (el quinto), el resto es distribuido entre sus soldados quienes, locos de alegría, destruyen todos los ídolos. Después de una rebelión que estalla a pesar de las arengas de Moctezuma, los españoles deben huir por un puente portátil, y el resto de su ejército, bombardeado en sus acantonamientos por flechas encendidas, encuentra refugio entre los tlaxcaltecas.

La segunda conquista fue entonces una expedición punitiva. Cortés organiza el sitio sistemático de México, haciendo montar pieza por pieza una flotilla de 13 barcos a los que dispone en la laguna de la ciudad. Una hazaña que Werner Herzog reconstruye, en el cine, pero situándola en otra parte. Cortés interrumpe el funcionamiento del acueducto que la abastece de agua, destruye las 1 500 canoas aztecas, hace padecer hambre a la ciudad y ejecuta, se dice, a 67 mil hombres –más de 50 mil ya habían muerto de hambre o de enfermedad. Grande fue la decepción del conquistador ante un botín finalmente bastante magro, pero suficiente para que el emperador lo reconociera capitán general de la Nueva España. Cortés transforma de inmediato el Teocali azteca en una catedral dedicada a San Francisco.

¿Cómo explicar una victoria tan fácil?

Cortés la obtuvo gracias a su alianza con Xicoténcatl, jefe de los

tlaxcaltecas, enemigo de los mexicas, reprobado por los habitantes de Cholula: "Mirad a esos infames tlaxcaltecas, cobardes y dignos de un castigo. Como se ven vencidos por los mexicas, van a buscar gente para defenderlos. ¿Cómo habéis podido, en tan poco tiempo, envileceros tanto? ¿Cómo os habéis sometido a gente tan bárbara y sin fe, a extranjeros a quienes nadie conoce?" (citado en Todorov).

Cortés había vencido con un puñado de hombres que, muy pronto, dispusieron de aliados en contra de los aztecas: una verdadera coalición –la de los totonacas primero, la de la vieja nación guerrera de los tlaxcaltecas después de la caída de la ciudad de México. Tal coalición provee cerca de 6 mil guerreros cuando Cortés no tenía ni 500. Si supo tan bien jugar con las alianzas, fue, se dice, gracias a Doña Marina, a quien los aztecas habían vendido a los mayas, y luego llegó a ser la amante de Cortés; sedienta de venganza en contra de los suyos, que la habían deshonrado, conocía, por sus altos orígenes, la topografía política del país y pudo dar a su amante la información necesaria para conducirlo a la victoria.

Pero Cortés había triunfado también –como poco después otros conquistadores, y sobre todo Pizarro en Perú– gracias a la larga espada, gracias al caballo –al que los mexicas intentan matar más que a los humanos–, gracias sobre todo a las armas de fuego –pero que a menudo se enmohecen, en tanto que la pólvora se moja–, gracias por último a la ballesta, que atraviesa las túnicas, y al escaupil, esa túnica forrada que no pueden penetrar las flechas.

Los datos técnicos o políticos no bastan para explicar el que a veces los españoles logren triunfar siendo uno contra cien. Una de las razones es que los mayas y los aztecas tuvieron la sensación, ante los inauditos hechos que se producían, de que los dioses ya no les hablaban. "Pidieron a los dioses que les otorgaran sus favores y la victoria contra los españoles y sus demás enemigos. Pero debía ser demasiado tarde porque ya no obtuvieron respuesta de sus oráculos; entonces consideraron a los dioses mudos o muertos" (citado por T. Todorov). Ahora bien, los reyes aztecas no se comunicaban más que con sus dioses, por intermedio de sus sacerdotes-adivinos, no con los seres humanos. El principal mensaje que Moctezuma envía a los españoles es que no desea que haya intercambio de mensajes.

Al escuchar los relatos de la llegada de los españoles,

quedó como muerto o mudo. Hace saber que está dispuesto a otorgar a los españoles todo lo que desean, pero que renuncien al deseo de venirlo a ver,

pues los reyes jamás deben aparecer en público... Ahora bien, mientras más oro y joyas daban los aztecas para que el extranjero se fuera, más el extranjero, fascinado, penetraba en el país, deseaba capturar a su rey... Acostumbrado a comunicarse con los dioses, no con los hombres, el rey convoca a sus sacerdotes y a sus brujos, que no pueden no haber previsto esta conquista, esta derrota, percibida como un acontecimiento sobrenatural.

Única manera, en cierto sentido, de integrar el pasado azteca al presente.

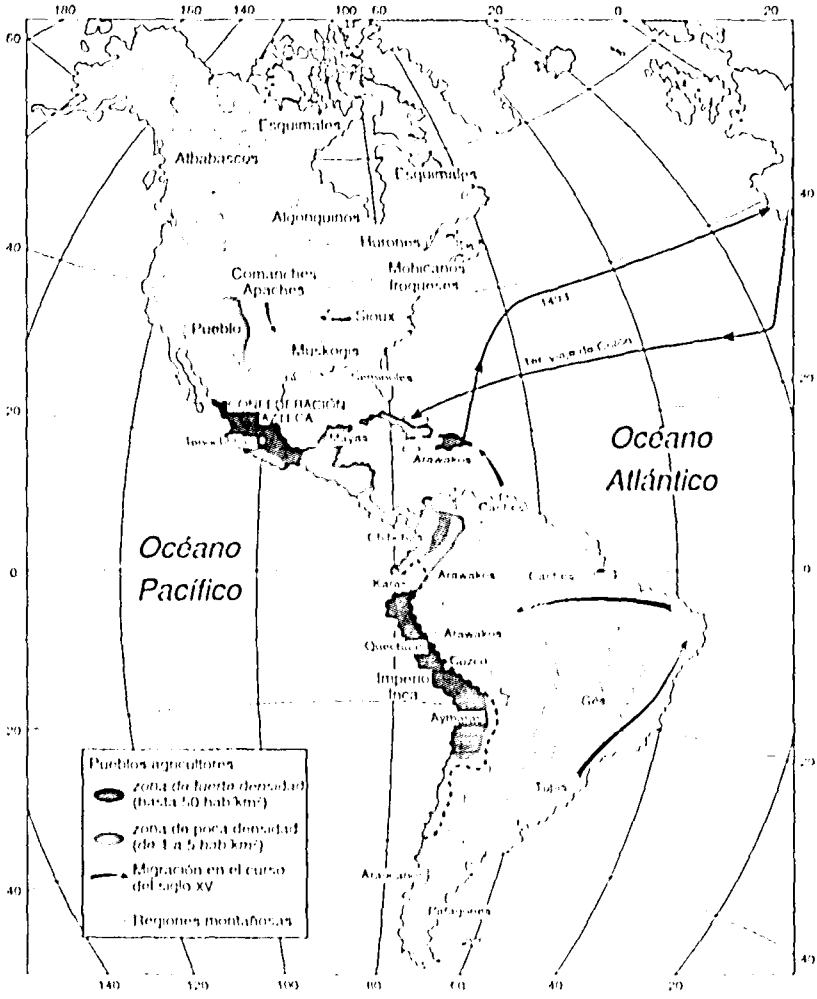
Mas los españoles no emplearon un procedimiento equivalente con los vencidos: al imponerse por su superioridad material y técnica, al haber sabido comunicarse con aliados, al catequizarlos, se privaron de la capacidad de integrarse al mundo de aquellos a quienes llamaron salvajes.

En Perú, se observa una coyuntura similar. El gran Estado quechua, o Imperio inca, un verdadero mosaico de pueblos desplazados, reúne estos elementos heterogéneos en torno a un centro situado en Cuzco; este imperio está socavado por conflictos internos, sobre todo entre los dos hermanos enemigos que se disputan la soberanía, Huáscar y Atahualpa. Francisco Pizarro, que sueña con imitar las hazañas de Cortés, procede de la misma manera que su héroe. Salido de Panamá, fleta con Diego de Almagro dos navíos para explorar esos países del Sur que, se dice, poseen fabulosas riquezas. Con una docena de hombres, llega al emplazamiento actual de Guayaquil, y luego, informándose sobre la naturaleza del Estado inca, vuelve a Panamá para preparar la gran expedición que proyecta, una vez obtenida la autorización de Carlos V.

La expedición se pone en marcha en 1532, en el momento en que Atahualpa ha triunfado sobre su hermano Huáscar. Francisco Pizarro encuentra al ejército inca en Cajamarca e inicia negociaciones con su jefe. Su idea: hacerlo prisionero por sorpresa, de la manera en que Cortés había procedido con Moctezuma. El golpe tiene éxito, y, conociendo la sed de oro de los invasores, Atahualpa, en su prisión, ofrece pagar, como rescate, todo el oro que pueda contener, hasta la estatura de un hombre, la habitación en la que se encontraba. Pizarro acepta, y una vez entregado el rescate, hace ejecutar a Atahualpa por el crimen que este mismo cometiera al hacer matar a su hermano.

La muerte de Atahualpa, quemado vivo con gran ceremonia ante los soldados, quedaría inscrita en la memoria del pueblo. Al igual que la de Moctezuma, marcaría la transferencia del poder a manos de los

LA POBLACIÓN INDIA DE AMÉRICA EN 1492



FUENTE: Jean Meyer, *L'Europe et la conquête du monde*, Paris, Armand Colin, 1975-1999, p. 101.

españoles. Pizarro había saqueado en oro y plata el equivalente de 50 años de producción europea. Contaba con que el Estado inca seguiría proveyéndole así de metales preciosos. Pero para ello había que controlar todo el país, y el Imperio inca no se desplomó de un golpe, como el de los aztecas, aun después de la caída de Cuzco (1533). Pizarro puso a la cabeza del Estado al medio hermano de Atahualpa, Manco Inca; ahora bien, éste aprovechó las disensiones que oponían a Pizarro y a Almagro para intentar levantar a su pueblo. Por otro lado, al instalar su capital en Lima, en la costa, Pizarro perdió contacto con el corazón del país, lo que retrasó la terminación de la conquista.

El Imperio de las montañas no fue vencido sino hasta 1572. Cuando murió Túpac Amaru II, un último "Inca", en 1781, su recuerdo permaneció vivo, también, en la memoria india, al igual que la muerte de Atahualpa.

Los imperios centralizados habían caído de un golpe: al capturar sus cabezas, Cortés y Pizarro pudieron controlar todo el edificio, aún si, en Perú, la resistencia armada duró todavía medio siglo. En México, el Yucatán de los mayas resistió más tiempo, sin duda porque el esfuerzo por conquistarlo fue menor –no era tan rico. La misma desilusión, dificultades aún más grandes marcaron la aventura de Diego de Almagro, quien se había separado de Pizarro, y la de Pedro de Valdivia cuando intentaron conquistar el sur del Perú y luego Chile. Se enfrentaron a los mapuches, después a los araucanos, quienes, desde luego, no habían constituido un Estado centralizado, pero no por ello dejaban de ser guerreros temibles, que supieron de manera inmediata, cómo apoderarse de los caballos de los españoles y utilizarlos, al menos para ser los primeros en derrotar al ejército de Valdivia en Tucapel, en 1553. No obstante, los conquistadores se instalaron, poco a poco, pero el oro era escaso, la plata también, y se transformaron en granjeros, un poco a semejanza de los rancheros de las colonias inglesas del Lejano Oeste. Su suerte era que Chile tenía una posición estratégica tal, cerca del Cabo de Hornos, que el rey tuvo que enviarles constantemente los refuerzos que requerían.

El Río de la Plata fue el tercer punto de anclaje de los conquistadores españoles. Fue descubierto por Juan Díaz de Solís, cuando buscaba el mítico paso entre el Atlántico y el Pacífico. Esta inmensa desembocadura de agua dulce fue navegada río arriba, en 1527, por Cabot, quien instaló en ella el fuerte de Sancti Spiritus. Llegó hasta Paraguay, y descubrió que la plata de los indios de esas regiones procedía de Po-

tosí, en el Perú; el estuario del Paraná y del Uruguay fue llamado Río de la Plata.

Mas, cuando la Corona española lanzó, en 1533, una gran expedición de conquista militar al mando de Pedro de Mendoza, éste, que fundó Nuestra Señora Santa María del Buen Aire, se enfrentó, más al norte, con los indios guaraníes, quienes, también, pretendían conquistar los altos de los actuales Bolivia y Paraguay, en torno a la costa de Asunción, creada en esos años. Eran temibles guerreros, maestros del lazo, y las pérdidas que infligieron a los españoles fueron considerables. En su avanzada, los guaraníes habían repelido, procedentes del este, a las tribus de arawaks, y, después de haber conquistado uno de los jirones del ex Imperio inca, se enfrentaron a los españoles: dos conquistadores se encontraban frente a frente. Para resistir mejor a los extranjeros, se llevó a cabo una inversión de alianzas, que vio unirse a las tribus indias bajo la égida de los chiriguanos, los más activos de los guaraníes. Los españoles tuvieron entonces que armar difíciles expediciones para derrotar a esos indios, pero se necesitó más de un siglo para que la ruta de Buenos Aires a Lima, pasando por Paraguay, fuera realmente controlada.

Esos inmensos espacios conquistados (a los cuales pronto se sumaron las Filipinas) fueron anexados a la Corona española por un puñado de hombres; marineros andaluces y vascos, conquistadores procedentes de la pequeña nobleza –aquellos hidalgos sin dinero–, o también soldados improvisados que pudieron servir en Italia y se lanzaron a la aventura. El ejemplo de la conquista de Chile es significativo. Pedro de Valdivia dispone de 143 hombres, entre los cuales hay cuatro caballeros, 34 hidalgos, nueve mestizos, un esclavo, nueve hombres "de honor", y 86 individuos cuya condición se ignora. La mayoría procede de Extremadura, los demás, sobre todo de Castilla. Cuando se confronta a esa pequeña cantidad, que acaba por alcanzar entre 50 mil y 100 mil personas un siglo después de la conquista, con el millón de muertos que su llegada suscitó, con el desplome demográfico de la población indígena que habría pasado de 11 millones a menos de un millón, se observa necesariamente que, jamás en la historia, tan pocos hombres hicieron tantas víctimas, ya sea voluntariamente –por medio de masacres– o de otra manera.

En estas condiciones, se comprende que la España cristiana haya podido dar origen a otra raza de aventureros, los misioneros y los mártires.

LA IGLESIA ENTRA EN ESCENA: LAS MISIONES EN EL EXTREMO ORIENTE

Los textos que estigmatizaron las crueldades de los conquistadores tuvieron poca influencia en el comportamiento de los estados y de los hombres. Pero la Iglesia tomó posición, y de manera cada vez más enérgica, contra los excesos de la colonización. Después de Francisco de Vitoria y de Las Casas, el franciscano Juan Da Silva, influido a su vez por el teólogo jurista dominicano Domingo de Soto, había enviado varios *Memoriales* al rey de España, Felipe II. Tenía una misión espiritual que cumplir en el Nuevo Mundo, en virtud de la Bula de Alejandro VI. Pero no debía ejercerse ninguna coacción en materia de fe; había que cumplir con las órdenes de Cristo, que había enviado a sus apóstoles "como ovejas en medio de lobos". Ahora bien, en México, el emperador Moctezuma había sido muerto aun antes de que se propusiera el Evangelio a los indios. Actuar de esa manera, "es seguir el detestable ejemplo de Mahoma para propagar su secta inicua". Es verdad que, los indios podían masacrar a algunos predicadores si no estaban acompañados por soldados, "pero la Iglesia necesita, para nacer, la sangre de mártires". Se necesitan métodos "suaves", agrega Juan Da Silva, como pudo hacerse en Florida y hasta en el Perú.

Estas controversias encuentran eco en Roma, donde, desde 1568, el Papa Pío V instituye comisiones que son el origen de la Congregación de la Propaganda. Desde luego, se trata de prevenir las violencias criminales, pero asimismo de coordinar, bajo el control exclusivo de la Santa Sede, la acción de las misiones católicas en el mundo. En 1659, las *Instrucciones* de Alejandro VII prohíben toda colusión de los transmisores del Evangelio con las autoridades políticas. Recomiendan el respeto de las tradiciones locales, prescribiendo asimismo el uso de la lengua local.

Instrucciones que los jesuitas habían aplicado más y mejor que otros, sobre todo en Extremo Oriente. Francisco Javier (1506-1552) es uno de los primeros en entrar en Japón, en lo que considera ser un mundo inviolado. Lo seduce la concepción del honor cultivada por esa nación. En las Molucas, había caminado en la jungla, con un canto malasio en los labios para atraer a los indígenas. En Japón, avanza descalzo en la nieve, durante un viaje de varias centenas de kilómetros que lo lleva a Kioto.

Pero tanto en Japón como en China, no todos adoptaron el mismo comportamiento.

Extender el Reino de Cristo

Para propagar el cristianismo, los primeros misioneros –en China o en otros países del Extremo Oriente– construyeron hospitales, escuelas, etc., en pocas palabras, penetraron la sociedad por medio de sus prácticas sociales más que por su enseñanza propiamente religiosa, un poco a la manera en que el propio budismo se había introducido. Y fueron tanto las novedades de carácter técnico –relojes mecánicos, instrumentos de óptica y de música– como la enseñanza de las matemáticas y de la astronomía lo que contribuyó mejor a dicha penetración que, desde el punto de vista religioso, pronto se transformaría en una confrontación. Existieron entonces, al mismo tiempo, formas eruditas y formas populares de adaptación del cristianismo. Entre los letrados, por ejemplo, se manifestó un interés por todo lo que, en la enseñanza misionera, se relacionaba con la moral y los métodos de autodisciplina; de ahí el interés de la obra publicada por Diego de Pantoja, *Las Siete Victorias* (contra los siete pecados capitales) (Pekín, 1604). Mateo Ricci relata que, durante su paso por Nankín en 1599, "era costumbre constituir congregaciones en las que se daban conferencias sobre cuestiones de moral". En los medios populares, en cambio, fueron las actividades de carácter milagroso de ciertos misioneros –sobre todo las curaciones– las que garantizaron la implantación del cristianismo.

La acción de los jesuitas llegó a su apogeo durante la primera mitad del siglo XVII. La época del final de la dinastía Ming abrió un periodo de inestabilidad que concluyó con la instauración de un nuevo régimen, cada vez más desconfiado de los misioneros de origen extranjero. La orden de los jesuitas sería suprimida en 1773 (Y. Ishizawa, en Forest, pp. 17-34, y J. Gernet, en Forest, pp. 34-46).

¿Fueron las persecuciones producto de una voluntad de injerencia de los misioneros en los asuntos del país, de un celo evangelizador que suscitó represalias, o del cambio de régimen que se llevó a cabo en China en la época de los Ming?

Según el jesuita portugués Álvaro Semado, que publicó en 1643 en Roma una *Relazione della grande monarcha della Cina*, se pueden catalogar 54 persecuciones desde 1583, fecha de la entrada de Mateo Ricci a China, hasta mediados del siglo XVII. Lo que permite establecer una medida válida para el siglo XVIII, o aproximada.

En la provincia de Fu-Jian, por ejemplo, la persecución nace de un conflicto entre los propios misioneros. Los primeros en haberse insta-

lado, los jesuitas, estimaban que las ceremonias tradicionales de los chinos en honor a sus antepasados eran totalmente laicas, y que, por consiguiente, los chinos evangelizados podían participar en ellas. Por el contrario, considerándolas "escandalosas" y sangrientas, y asimilándolas a supersticiones, los franciscanos y los dominicos se las prohibieron... Así, corrió el rumor de que el cristianismo ignoraba el culto a los antepasados y no respetaba a Confucio. Pronto, cuando un joven converso rompió la cabeza de un ídolo para demostrar su impotencia, una multitud sobreexcitada marchó contra la iglesia, la devastó y golpeó al converso con bambúes. Los misioneros hubieron de evacuar sus establecimientos de Fuan, los conversos abjuraron, y se impidió la estancia de los propios jesuitas. Obstinado, el dominico Diez volvió a la plaza de Fuan para rasgar la inscripción que prohibía el cristianismo. Pero el martirio fue para uno de sus correligionarios, Capillar, acusado por las autoridades de suscitar la agitación, de oponerse al culto a los antepasados y, sobre todo, de desviar a las jóvenes del matrimonio –al pretender constituir comunidades de religiosas. Capillar fue decapitado el 15 de enero de 1648.

El problema de los ritos chinos era el meollo de las querellas: en 1704, el papa Clemente XI había prohibido a los cristianos chinos asistir a toda ceremonia tradicional. El emperador de China decidió entonces no otorgar el permiso de estancia (*yinpiao*) más que a los misioneros que no se opusieran a ellas... Pero los demás males subsistían; sobre todo, se acusaba al cristianismo de pervertir las exigencias de piedad filial, ya que hombres y mujeres se negaban a tener hijos –cuando sin embargo se les reunía en comunidades mixtas–; todo ello era contrario a las buenas costumbres, sobre todo porque para construir iglesias, esos chinos conversos echaban el dinero por la ventana... Las persecuciones se multiplicaron, y los misioneros entraron en clandestinidad, ocultados muy a menudo por conversos a quienes las autoridades infligieron horribles torturas, sobre todo el *zanzi* que aprieta los dedos entre cinco junquillos de madera atados por una cuerda de la que se jala. Las mujeres opusieron a menudo resistencia, en tanto que a los hombres se les infligía asimismo el *jiagun*, que acuña los tobillos con una tabla sobre la que se pega con un martillo... Había que denunciar a los conversos y a los misioneros. La entereza de los perseguidos provocó admiración y multiplicó las adhesiones...

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, ya no sólo se trataba para el Estado de controlar la actividad de los misioneros. En 1746, se les consideró rebeldes que conspiraban con el extranjero. "¿Tiene us-

ted la intención de apoderarse de China para gobernarla?", se le preguntó al catequista Guohviren antes de ahorcarlo... (1746).

Una pregunta premonitoria...

Una pregunta que se planteó inmediatamente en Japón. En ese país, el primer encuentro con Europa –debido a la llegada de los portugueses en 1543– fue sinónimo de la introducción de las armas de fuego. Esto modificó por completo las condiciones de la lucha por el poder en este periodo de guerra incesante: un señor de la guerra, Oda Nobunaga, le sacó el mejor provecho, y Toyotomi Hideyoshi, su sucesor, pudo entonces ponerle fin. Durante aquellos años, subsecuentes a la llegada de san Francisco Xavier en 1549, el cristianismo se había desarrollado como había podido. Inspeccionando las misiones en calidad de visitante del general de la Compañía de Jesús, el padre Valignano redactó una obra destinada a establecer los principios de la evangelización del país: *Advertimentos e avisos acerca dos costumes y catangues de Jappão* (siglo XVI), en la que formulaba recomendaciones: saludos, modales de mesa, contactos entre las personas que habitaban en la misma casa, etc., consignas precisas y minuciosas que partían de la idea de que había que tener conciencia del juego de los estatutos sociales, y hasta tomar como ejemplo el comportamiento de los sacerdotes zen.

El padre Valignano comprendió que era necesario que los misioneros se adaptaran al estilo de vida del país. Mas el poder consideraba que, en una sociedad sintoísta, el cristianismo era una religión "aberrante", peligrosa para la identidad de los habitantes, y, a largo plazo, para el poder en su principio (*kogi*), ya que la autoridad suprema era controlada en la cima por Hideyoshi. Después de su muerte, una frase de los españoles puso en alerta a su sucesor, Tokugawa Ieyasu. Durante una audiencia otorgada el 5 de octubre de 1604 a los enviados del gobierno de Manila, se recalcó el siguiente texto que se encontraba en la carta del gobernador de Manila: "En nuestro país, la Castilla, el Emperador y todo su pueblo adoran a Dios. La visita de Padres a vuestro país no está motivada por la búsqueda fútil de oro y de joyas, sino por el deseo de difundir la enseñanza de Dios para la salvación de las almas..."

"¿No era, interrogó un erudito japonés, para trabajar en pro de la decadencia del país, del trastocamiento del régimen?"

El 1 de febrero de 1614, una disposición del *Bakufu*, el sistema shogunal, decidía la expulsión de esos misioneros, llegados con el pretexto de comerciar, pero que en verdad pretendían destruir la fe búdica y cambiar la ley política en Japón.

Dos decenios más tarde, el país se cerraría al Occidente (1639).

Entre tanto, ante los trastornos cuyo origen podían ser los grupos de cristianos, se concibió una alianza con los holandeses para montar una expedición punitiva contra las Filipinas.

EN FRANCIA, ¿LA PESCA O LA AVENTURA?

En Francia, es la pesca del bacalao, más que la afición por la aventura o la lucha contra el Islam, lo que fue el origen de la primera colonización en las Américas. Asimismo, es la pesca la que provoca conflictos entre marineros oloneses, vascos, bretones, castellanos. A partir de 1497, Cristóbal Colón tuvo que resguardarse de ellos en Madera. Por lo demás, Francisco I solicita ver "la cláusula del testamento de Adán" que, según el papado, lo excluyó de la repartición del mundo. En realidad, durante largo tiempo se careció de los medios para montar un gran dispositivo comercial, y en el siglo XVI nadie tiene en verdad la intención de hacerlo. Se necesitó que sobreviniera la guerra de corso para que Saint-Malo, Nantes, etc., tomaran su impulso, pero varios decenios después de Portugal y España, y con menos determinación que Inglaterra. Sobre todo se requería que al Estado lo embargara un deseo de tener colonias.

En realidad, en la época de las guerras de religión y de la lucha contra España o Inglaterra, los objetivos de la guerra colonial son puramente militares. Desde luego, en Canadá, las primeras aventuras de exploración financiadas por Francisco I abren el camino a Jacques Cartier quien, en 1535, descubre la ruta del San Lorenzo, esta vía de penetración que considera ser hacia Japón –cf. el nombre "La China" dado a las cascadas. Una situación que persiste hasta que Champlain prepara el terreno para un verdadero establecimiento colonial, con una intención antiinglesa. Pero es la pesca la que alimenta al asentamiento, y pronto el comercio de las pieles la remplaza.

Ya los ingleses y los franceses intentan apoyarse en diferentes tribus indias –a menos que las combatan pretendiendo simultáneamente convertirlas. La importancia de esos asentamientos queda clara cuando recordamos que, en la época de Richelieu –es decir de las luchas entre los iroqueses, aliados de los ingleses, y los hurones, aliados de los franceses–, Quebec tiene entre 60 y 100 habitantes, y Boston 2 000.

Acerca de las primeras reacciones de los indios a la llegada de los

franceses, se sabe poca cosa, excepto por una tradición oral que se deterioró paulatinamente y que analizó G. Trigger. Los montañeses y los micmacs creyeron que sus navíos eran islas flotantes, y las descargas de sus cañones, relámpagos. La piel blanca y la ropa roja impactaron también. Pero fueron el metal y las cuentas de vidrio lo que los impresionó... así como las campanas, los cuchillos y las hachas de fierro. A cambio, los franceses pedían anguilas y sobre todo castores, una riqueza inesperada. Y, cuando la enfermedad afectó a los franceses –en este caso el escorbuto–, los indios les enseñaron a curarse bebiendo una infusión de cedro blanco.

De hecho, los diferentes viajes de Jacques Cartier fueron una decepción, pues sus compañeros y él pensaban llegar al otro océano navegando río arriba por el San Lorenzo y los lagos; y, en lugar de llegar al Pacífico, permanecieron en el interior de las tierras. Además, habían llevado a Francia mujeres iroquesas que murieron durante el viaje (1536), y su desaparición, de regreso, fue uno de los factores de la desconfianza alimentada en contra de los blancos, quienes, además, traían enfermedades. Así, pescadores vascos españoles se enteraron por los indios que llegaban del estrecho de Belle-Isle para intercambiar pieles de corzo y de lobo a cambio de las hachas y de los cuchillos, que más de 35 de los hombres de Jacques Cartier habían sido masacrados por los iroqueses del San Lorenzo.

Estos incidentes, esta decepción, esta penosa herencia explican el que después de esta colonización abortada, se necesitaron varios decenios para que se elaboraran nuevos proyectos acerca de un país en el que, a manera de oro y de diamantes, se encontraba cuarzo y pirita de hierro.

Una parte de los iroqueses desapareció de esas regiones, ya sea diezmada por esa llegada o a consecuencia de los conflictos con otras naciones indias.

A su vez, los sacerdotes y administradores franceses, por una parte, y los comerciantes, por la otra, tenían prácticas diferenciadas. Cuando los comerciantes manejaban las costumbres indias para apreciar mejor el tipo de intercambios que podían establecer, los administradores, desde Cartier hasta Champlain, trataban a los indios con arrogancia; las relaciones se enconaron hasta el punto de que, en 1629, éstos ayudaron a los ingleses a apoderarse de Quebec.

Durante mucho tiempo, los comerciantes no vieron con buenos ojos a los partidarios de un establecimiento duradero; esto les enajenaba a los indios; sin embargo, cambiaron de opinión cuando com-

prendieron que en cuanto daban la espalda, o volvían a Europa, otros comerciantes –holandeses, ingleses– tomaban su lugar.

En las islas, Pierre Belain de Esnambuc desembarca en San Cristóbal en 1625, después de un combate con un galeón español. En efecto, es la motivación política la que anima a Richelieu cuando ayuda a la formación de la Compañía de las Islas de América para la conquista de las tierras ocupadas por los caribes, pero en donde ya el español y el inglés habían empezado a instalarse. En 1639, los caribes de la Guadalupe habían sido exterminados, y pronto la Martinica, la Dominica –14 islas– serían ocupadas; el asentamiento en Santo Domingo se llevaría a cabo más tarde.

Al principio, no existe una verdadera "política colonial" de la monarquía francesa, como lo muestra claramente Jean Meyer. Después de la época de las expediciones con el fin de encontrar riquezas, Canadá sigue siendo una tierra de "prestigio religioso", una simple colonia católica que oponer a las colonias herejes, y, en 1609, dirigiéndose al futuro Luis XIII, Lescarbot le recomienda convertir a los indios, una empresa digna de Alejandro el Grande, y que vale una cruzada. Por lo demás, la monarquía favorece a los misioneros.

Si debía existir una política colonial, sería para conquistar el Imperio español; lo que, en la época de Felipe II, es sin duda alguna un sueño hueco. Es verdad que el atractivo de los productos tropicales existe, de ahí el interés por las Antillas, que pronto suministran tabaco y azúcar, una manera de interesar financieramente a la monarquía. Pero demasiados obstáculos desaniman las iniciativas: la resistencia caribe, la competencia de los filibusteros y de otros rivales, que se apoderan cada uno de una "isla" –he aquí lo que es decepcionante para la ganancia. Desde un punto de vista mercantilista, estas posesiones cuentan poco; sin embargo, hay que mantenerse en ellas, pues no se puede permitir que los "salvajes" derriben el poder del Gran Rey.

Con el desarrollo de Nantes, y pronto de Burdeos, la monarquía intenta centralizar las actividades coloniales, haciéndolas depender del secretariado de Estado a la Marina, un rasgo que marca la política francesa ya que duró hasta la III República. El giro se da en la época de Colbert, en la que se asumen y se aplican varias orientaciones.

Primero es la tentación asiática, más rica en provechos virtuales. Se traduce por toda una serie de fracasos, hasta de desastres, como fue la pérdida de una flota de nueve barcos equipados con 2 500 hombres, de los cuales 500 sobrevivientes fueron repatriados por los holande-

ses, una humillación (1699). Sin embargo, el primer resultado se logra cuando Francisco Martin obtiene la concesión del futuro Pondichéry (1674).

La segunda orientación, contraria en cierto sentido, es la permanencia en Canadá, menos por el comercio que para perpetuar una colonia real. A fin de consolidar dicha colonización de tipo agrícola, la inmigración de mujeres se organiza a más o menos gran escala. Las expediciones hacia nuevas tierras no dejan de existir, animadas por los "comerciantes de madera", de los cuales el más ilustre era Cavelier de La Salle, quien extendió la presencia francesa hasta el Mississippi. Así, comercial en sus inicios, la presencia francesa en el Canadá se volvió terrateniente, católica, resultando en la constitución de una especie de pequeño imperio militar. Pero esta Luisiana, que en el mapa "encajona" a las colonias inglesas del interior, no adquiere importancia más que en la época de Law (1720).

Por último –tercera orientación– se desarrolla en las Antillas un pequeño imperialismo puramente colonial, que la trata de negros alimenta a partir de 1680, y que los colonos animarán en el lugar, en coordinación con los puertos franceses y la monarquía que los ayuda y los controla, bajo la égida de Seigneley.

Al principio, existe pues un "doble fracaso colonial" de Francia en los siglos XV y XVI... En el siglo XV, porque sus marineros no participan en los grandes descubrimientos; en el XVI, porque está también ausente de la conquista de las bases navales, de las rutas de las grandes ganancias que se llevan a cabo en Asia o en América.

De hecho, la masa territorial francesa, con su fuerte monarquía y su nobleza poderosa, pero ajena al comercio, constituía una especie de polo negativo al oeste de Europa. Los circuitos activos del comercio se habían desplazado y le daban la vuelta: de Venecia a Génova y Barcelona por el mar; de Lisboa a Amberes y Amsterdam por el Atlántico. En lo sucesivo, las grandes rutas terrestres que cruzaban Francia, sobre todo por Champaña, entre los Países Bajos e Italia, fueron abandonadas. Todos estos datos se sumaban para que la expansión colonial, en Francia, no pudiera ser más que voluntarista, emanando de la monarquía. Y ésta, poco respaldada por la sociedad, no fue activa más que con sus propios medios, y en la medida en que luchaba por conservar su existencia en contra de la hegemonía española; o en que, católica, se enfrentaba a los ingleses protestantes.

Y LUEGO LOS HOLANDESES...

Francia se jacta de ser la hija mayor de la Iglesia. Los holandeses reivindican ser los hijos mayores del Océano. Y, de hecho, de todos los pueblos que fundaron colonias, los holandeses y los zelandeses fueron, sin duda, los que estuvieron más acoplados al mar. En efecto, tierra flotante sobre el agua, semiinundada, este país tiene el agua como elemento vital: "Al haber surgido del mar la República de las Provincias Unidas sacó su fuerza de él" (W. Temple, citado en F. Braudel, *Le temps du Monde*, p. 157). La pesca del arenque, la sal, luego el ahumado; el *Vlieboot*, "La Flauta", ese barco con costados abultados, marineros rudos y de gran frugalidad, costos insuperables en los astilleros de Amsterdam gracias a una tecnología más avanzada que en cualquier otro lugar -éstos son los fundamentos de la fortuna de una flota que pronto permite a Holanda recorrer los mares del mundo. Debe poco al Estado –una diferencia con Portugal y España–, pero las ciudades que ayudan a su constitución no pueden evitar una acción común, pues sus intereses las unen a unas con otras.

En el origen del desarrollo, fulgurante, de la expansión holandesa, está primero la ruina de Amberes, durante la crisis de 1576-1609 y la guerra de los Mendigos, que permite la independencia de los Países Bajos; y luego, la ocupación de Portugal por España con la unión de los dos tronos en 1580. A partir de 1595, Van Houtman, de Gouda, obtiene de varios comerciantes de Amsterdam –Compañía de los Países Lejanos– cuatro barcos, 60 cañones, 250 hombres; lleva a cabo una especie de vuelta de las Indias y del extremo Oriente, y vuelve con cargamentos llenos. Es el entusiasmo. Se vuelve a ir, y de inmediato, una, dos, varias escuadras dan la vuelta al mundo por las Molucas. Olivier Van Noort y Van Neek son los héroes de aquellas empresas asumidas por compañías aisladas, que acaban por asociarse, como las ciudades que las ayudan... Su competencia tenía como efecto hacer subir el precio de las especias en la India, y hacerlo bajar de vuelta, en el momento de la venta. Así, en 1602, se unen y crean la Oost Indische Kompagnie, federándose al igual que lo habían hecho las propias Provincias Unidas. Cuando los holandeses se lanzan a recorrer el mundo, su proyecto es simple: ganar dinero. Cristo está ausente de sus preocupaciones, evangelizar no les interesa. Sacan provecho de las flaquezas de los portugueses para sustituirlos; o más bien para comerciar en mejores condiciones, y en su lugar. La Compañía se volvió una verdadera potencia que no duda, si es necesario, en recurrir a su cañón contra los ri-

vales que desea apartar: pues los beneficios se elevan de 15% a 75% en 1606. Los portugueses, los ingleses, los habitantes de Dieppe, son eliminados del panorama... Pero el gobernador de la Compañía en la Insulindia, Jan Pieterszoon Coen, pronto comprende que este comercio con factorías, a la portuguesa, no podría sobrevivir si no se lo fortalece, aparte de sus fortines en Java y Amboina, por medio de un asentamiento permanente. Había que colonizar.

En 1619, la fundación de Batavia marca el principio de una verdadera implantación de los holandeses en Insulindia... J.P. Coen había sabido localizar el emplazamiento de Yakarta, de la cual los holandeses expulsaron al vasallo del sultán de Bantén; destruyeron la ciudad indígena y la mezquita, fundaron la nueva ciudad, luego explotaron la red de sus relaciones con las tierras interiores. Para oponer resistencia a esos "javanos", la Compañía pobló la ciudad de chinos, malasios, macasares, balineses, filipinos de Luzón... Algunos decenios más tarde, los holandeses triunfarían sobre el sultán de Macasar y dominarían en lo sucesivo el sur de las Célebes, sustituyendo a los bugis que hasta entonces habían sido sus principales rivales en el tráfico con las Molucas y más allá. Sin embargo, lo esencial –es decir, el control de Java, obtenido gracias a una política de intrigas entre los príncipes– había sido logrado hacia finales del siglo XVII. En 1681, Batavia cuenta con 2 188 europeos de los 30 598 habitantes.

Era poco, y duró, pues Java y las Indias orientales no se volverían una colonia de asentamiento... En efecto, los holandeses, a diferencia de los portugueses y de los españoles, no piensan, una vez que han hecho fortuna, más que en volver a su país. Además, ser empleado de la Compañía significaba que se perdía una parte de la libertad de acción, ya que la compañía actuaba como una gran sociedad; una vez que se la había dejado, no quedaba para los *vrijburgers* –burgueses libres– más que actividades subalternas, como manejar una taberna, por ejemplo, pues todas las actividades lucrativas estaban controladas por la Compañía.

En Sudáfrica, por el contrario, después de haberse apoderado de El Cabo, los holandeses permanecieron ahí. Conducidos por Jan Van Riebeeck, se instalaron 200 holandeses en 1652, el 6 de abril, que es hoy día la fecha de la fiesta nacional. Al abrigo de un fuerte, este capitán cultiva cereales, introduce el caballo. Desde luego, la Compañía madre ejerce un estricto monopolio sobre los intercambios. No por ello los colonos dejan de instaurar una vida patriarcal y bíblica, dándose a sí mismos el nombre de pueblo campesino para huir de la ci-

vilización mercantil –los bóers. Primer ejemplo de una colonia de asentamiento en África.

Sin embargo, las relaciones con los hotentotes, los xhosas y los cafres son malas, ya que éstos no obedecen a las mismas leyes sobre el intercambio y la propiedad. Para los hotentotes, por ejemplo, la tierra no pertenece a nadie, no se la puede "defender" por medio de un vallado. Pero los conflictos atañen sobre todo al ganado. Credo Mutwa ha explicado que los bóers no saben que, en un trueque con los xhosas, una vaca no puede ser intercambiada por un objeto inanimado, aun si se trata de una gran cantidad de metal o de tabaco. La costumbre es restituir, en el intercambio, una de las crías de la hembra, sirviendo la vaca de prenda. Procurándose de esta manera animales entre los xhosas, los bóers se sorprenden y enfurecen de verlas desaparecer, raptadas en cuanto han dado a luz. Los tratan de "ladrones". Y este desconocimiento del Otro es el origen de conflictos y guerras.

INGLATERRA, LA PIRATERÍA DE ESTADO

También en Inglaterra, hacia finales del siglo XV, se asiste a un movimiento de "nacionalización" de las fuerzas económicas. El Estado estimula y controla los intercambios, por ejemplo, prescribiendo que los vinos de Francia serán importados sólo en barcos ingleses. Asimismo, después de un edicto de Enrique VII, no se podrá cargar barcos extranjeros más que si en los puertos no hay fletes ingleses disponibles.

Ante la expansión de las empresas castellanas o portuguesas, todo el esfuerzo de Enrique VII tiende a la apertura del mar Báltico. Sin embargo, Juan Caboto hace brillar para los ingleses las riquezas del Atlántico, y, nombrado almirante de Inglaterra, al mando de cinco barcos en los que ondea la bandera real, se lanza en 1497 en busca de una ruta del noroeste. Es así como llega a Cabo Bretón y a Labrador. Pero grande es la decepción de no encontrar allí tesoros ni especias.

La creación de la Fellowship of Merchant Adventurers en Londres, en 1486, respondía a otras necesidades. Se trataba de asegurar una posición preponderante para Amberes a fin de ampliar el mercado de la lana y, sobre todo, de las telas. Éste se había creado merced al prodigioso desarrollo de las industrias rurales, en Inglaterra, que garantizaban un precio de costo de las telas menos elevado que en las ciudades: Immanuel Wallerstein demostró en efecto que la fundación de los

Merchant Adventurers fue al mismo tiempo ofensiva y defensiva, teniendo como objetivo salvaguardar la exportación de ese tejido, único producto que la isla podía vender al extranjero, cercano o lejano. Y también la ruta del noreste que buscaba Richard Chancellor cuando atracó en Arkángelsk. En 1555, se otorgó una patente a los Merchant Adventurers de Inglaterra para el descubrimiento de "comarcas, territorios, islas, posesiones y señoríos desconocidos y no comúnmente frecuentados por mar o navegación". Pronto llamada Compañía de la Moscovia, esta sociedad recibió el monopolio del comercio de Rusia y de los países limítrofes. En 1557, habiendo firmado un tratado con el zar, Jenkinson descendió por el Volga, llegó hasta el mar Caspio, y, por Persia, encontró otra ruta hacia la India.

Si para Inglaterra no se trataba, todavía a finales del siglo XVI, más que de rutas y de comercio, se dio un viraje decisivo en la época de Isabel, en la que Walter Raleigh se volvió el teórico de una especie de imperialismo marítimo: "El que manda en el mar manda en el comercio; el que manda en el comercio manda sobre la riqueza del mundo y, por consiguiente, en el mundo mismo..."

La ocasión había hecho al ladrón: Francis Drake llevaba a cabo su guerra de piratería contra la España papista cuando, con otro corsario, esta vez francés, Guillaume le Testu, capturaron los convoyes de mulas que llevaban a Panamá el oro de Perú... Gracias a la complicidad de la reina Isabel, recorre y saquea las costas de Chile y de Perú antes de regresar por el Océano Pacífico, luego el Océano Índico. Ahora bien, en Ternato ofrece su protección a un sultán rebelado contra los portugueses; así nace el primer establecimiento inglés allende el mar. Para festejar estos botines, la reina lo nombra caballero (1581).

A estas empresas, en las que se reúnen las direcciones tomadas desde los orígenes –Antillas, Indias, Atlántico Norte, Rusia– y a las que anima la afición de la ganancia, se añade la idea de establecer colonos ingleses, de "poblar los países paganos o bárbaros no realmente poseídos por ningún Príncipe o pueblo cristiano". La idea viene de Humphrey Gilbert, un gentilhombre educado en Eton y en Oxford, que planteó la doctrina, veló por su realización e hizo instalar una primera colonia en Terranova: Inglaterra enviaría allá a sus desocupados, vendería sus productos, y encontraría su alimento (1583). De manera que *desde finales del siglo XVI, la doble identidad del Imperio inglés ya se manifiesta:* bases navales, o instalación de colonos; es decir, por una parte colonias comerciantes, por la otra, tierras de implantación para

la fe, para el asentamiento de los que nada tienen –una colonización que, a su manera, recordaba y perpetuaba la expansión inglesa en Irlanda. Por lo demás, eran los mismos hombres quienes, en Irlanda o allende el mar, la estimulaban.

En América, a diferencia de la penetración francesa que se había llevado a cabo hacia el interior de las tierras, la de los ingleses se realizó a partir de varios establecimientos costeros, del Hudson a Virginia. Jacobo I concedió a dos compañías el litoral americano del 34° al 38° y del 41° al 45° de latitud norte; 104 colonos desembarcaron entonces en la bahía de Chesapeake, en donde el puerto se llamó Jamestown en honor al rey. Los inicios fueron difíciles, y sobre todo las relaciones con los indios: la cuarta parte de la colonia fue masacrada en 1622, hasta el punto de preguntarse si sobrevivirían a esas pruebas. La colonia pudo superarlas y supo crear un cultivo con un rico porvenir, el tabaco, para el cual obtuvo un monopolio de las ventas en Inglaterra.

Simultáneamente, partió de Virginia rumbo al norte una expedición que descubrió y describió lo que en lo sucesivo se llamó la Nueva Inglaterra. Los Padres Peregrinos que llegaron allí en 1620 a bordo del *Mayflower* habían imaginado desembarcar en Virginia; las tempestades lo decidieron de otra manera. Ahora bien, aquellos *Pilgrim Fathers*, esos puritanos, no eran más que 35 de los 200 inmigrados que desembarcaron en Cape Cod, fundando el puerto de Plymouth. Supieron hacer creer, y sobre todo sus descendientes, que habían sido los fundadores del futuro Estados Unidos (1620). A su manera, lo fueron sin embargo en la medida en que firmaron una especie de acuerdo, el *Compact* del *Mayflower*, que fue la base de una democracia calvinista. Esta colonia de Massachusetts, con su universidad de Cambridge fundada por un pastor protestante de Boston, Harvard, fue poco después un ejemplo de gobierno que las demás colonias imitaron.

Hasta entonces, para los ingleses, el pillaje y el corso habían sido más ventajosos que la toma de posesión de territorios allende el mar. Y luego, tal parecía que los españoles se habían llevado todos los premios gordos. Después del desastre de la Armada Invencible y de la decadencia del poder español, del auge de los Países Bajos, las perspectivas cambiaron... Pronto se modifican en la India, donde, después de una victoria naval de los ingleses sobre los portugueses, sir Thomas Roe, embajador de Jacobo I, era recibido por el Mogol.

Entre los dos imperios, varias diferencias: manejado en el centro

por Castilla, el ultramar español está compuesto por entidades bien separadas. Posterior a la Reforma protestante, el Imperio inglés se deja, por el momento, a la iniciativa de los individuos: católico en Maryland, puritano en Massachusetts.

EL ZAR RUSO: MULTIPLICAR LOS CONTRIBUYENTES

Según los rusos, su "colonización" nada tiene que ver con la de las demás potencias occidentales. En efecto, a partir del siglo XII, los rusos de Novgorod y de Suzdal enviaban colonos a instalarse más allá del río Kama para asociarse con los mordvos, fino-húngaros, en busca de pieles. Hoy día, tan numerosos como los estonios, los mordvos constituyen la población no rusa más dispersa de todas en el interior del Imperio; sólo el 28% de los mordvos se encuentran en su república autónoma, en los alrededores de Saransk, sobre el Volga. Esto es indicio de una total asimilación.

Los dos siglos de yugo mongol interrumpieron esa búsqueda, que se volvió a iniciar en cuanto la Horda de Oro se desintegró después de la toma de Kazán por los rusos (1552).

La conquista de Kazán puso fin al Estado tártaro; permitió asimismo a los rusos extenderse en las dos vertientes del Ural y mucho más allá, en una región que superó el millón de kilómetros cuadrados y que se llamó Siberia, una tierra destinada después a extenderse hasta el Pacífico. El primer avance, en el Kama, al norte, renovaba el auge anterior a la época tártara; pero el movimiento principal, en 1558, se debió a la iniciativa de los hermanos Stroganov quienes obtuvieron del zar Iván el Terrible una carta que hacía de ellos verdaderos soberanos, siempre que defendieran su territorio "contra los nogueses y demás hordas":

> Yo, Iván Vassilivich, zar y Gran Príncipe de toda Rusia, el 4 del mes de abril de 7066 [1558], como me presentó una petición por escrito diciendo que en nuestra patria, sobre el río Kama, río abajo de la gran Permia... el país está desierto, que ningún impuesto llega a mi tesoro [...] que ese país aún no se ha dado a nadie [...] y como Grigori Stroganov presentó la petición por escrito, desea instalar ahí una ciudad nueva, desbrozar, cultivar, llamar gente no pechera buscar salinas, le concedí ese territorio... (citado en Laran y Saussay, p. 208).

Uno de sus primeros actos fue fundar el convento de Pyskor, sobre el Kama, y poblarlo de colonos. Un siglo después, en 1647, había en esta región 2 004 habitantes que, no siendo pecheros hasta entonces... se habían vuelto tales.

Algunos años después, el atamán Ermak surgió con una tropa de 600 hombres. Stroganov le dio arcabuces y cañón, pólvora y plomo. Al navegar río arriba por el Utka, tomó Tiumen... El kan Kutchum, viendo llegar a Ermak y a sus cosacos, dijo: "Caminemos sin temor, esos paganos no pueden hacernos ningún mal mortal ya que los dioses están con nosotros..." Con esas palabras, se precipitó al combate como si fuera a algún festín y el atamán Ermak ordenó disparar.

Así, fueron sometidos los samoyedos, los ostiacos que pagaron el *iassak*, impuesto en cibelinas, la más buscada de las pieles en aquella época: pero asimismo había alces, renos, osos, zorros, glotones, nutrias, castores e incontables peces, esturiones, lucios, gobios... Su suerte nutriría la leyenda histórica de Ermak, especie de héroe aventurero que traería pronto a su zar el módico regalo de un territorio de seis millones de kilómetros cuadrados.

La marcha de los rusos había sido también, a su manera y en menor grado, el equivalente de la ruta del Cabo para los portugueses; se trataba de rodear por el norte lo que quedaba del Imperio mongol para llegar a las riquezas del Extremo Oriente. Iniciada hacia 1465, en el momento en que los portugueses rebasan el Golfo de Guinea, la progresión comercial de los rusos hacia el este fue en lo sucesivo ininterrumpida. De hecho, fue entre 1466 y 1472 cuando el ruso Nikitín llegó a la India.

La progresión se llevó a cabo de un río a otro, en donde se construían fuertes, aunque al principio los zares hayan manifestado reservas. Se llegó al Ob y al Irtich en 1585, al Yenisei en 1628, al Amur y al Kolyma en 1640. Yakutsk fue construida en 1632 –antes Montreal– y en 1649, los rusos llegaron al Kamchatka.

Fue el tope del Imperio manchú el que detuvo esa progresión (tratado de Nerchinsk, 1689). Se debe recordar también que la absorción de esos inmensos espacios, con pocos hombres, precedió a la expansión hacia el Báltico y el Mar Negro: Azov es ocupada en 1701, Livonia en 1710. De ahí la enorme sensibilidad de los rusos a todos los conflictos fronterizos con China y Japón.

TAMBIÉN EN EL SIGLO XVI, LOS JAPONESES COLONIZAN

La expansión y la colonización japonesas son más antiguas de lo que transmite la tradición histórica del mundo occidental.

Según la visión eurocéntrica de la historia, la aparición de los europeos en Japón –primero los portugueses, luego los españoles, los holandeses, los ingleses– marca la apertura de una etapa de ampliación del mundo, y conserva en general la fecha de 1543, cuando tienen lugar los primeros "incidentes de navegación"; luego, plantea que es a mediados del siglo XVI cuando tiene lugar la introducción del cristianismo por Francisco Xavier, y cuando se plantean en Japón los problemas del porvenir y de la identidad de la nación.

Siempre según esa visión, Japón se cierra después a los extranjeros (*sakoku*), enfrenta, a mediados del siglo XIX, una nueva irrupción de los occidentales, se moderniza, luego manifiesta el poder de su conversión imitando al Occidente hasta el punto de ser capaz de volverse a su vez imperialista.

Despojada de esta visión occidental, la historia de Japón pone de manifiesto que la primera colonización japonesa es muy antigua; es sincrónica a las tentativas de Occidente, en el siglo XVI, de asentarse en el Extremo Oriente.

Simultáneamente, en efecto, al mismo tiempo que se libera del yugo chino, Japón establece en torno suyo una especie de sistema colonial. Primero en el norte, donde, desde la época de Kamakura (siglo XIII), el Shogún establece contactos oficiales con los ainús de la isla de Yeso (Hokkaido desde 1869). Organizado en jefaturas, este pueblo tenía su cultura autónoma, que se expresaba en *Yucar*, el poema épico de la nación. En los siglos XIV y XV, los clanes japoneses con el nombre de Hondo extendieron su dominio, paso a paso, en la isla de Yeso, hasta que en 1604 Ieyasu, desde la capital, otorga a la familia Matsumae, un clan vasallo del Shogún, el monopolio del comercio en el norte y le reconoce un derecho de control *al mismo tiempo* sobre los mercaderes japoneses que residían ahí y sobre los ainús que vivían en esas regiones (A. Berque).

Los ainús ya no tuvieron ningún control sobre su propio modo de vida: se les prohibió poseer arrozales, se les confinó a actividades tradicionales, pagaron tributo y algunos de ellos fueron pronto asimilados con vagabundos, con parias. Se rebelaron, sobre todo en 1669, y fueron aplastados.

Simultáneamente, en el extremo sur, los japoneses ponen la mano

sobre el reino de las islas Ryu-Kyu; sobre todo, tienen (ya) la mirada puesta en Corea. A decir verdad, hasta principios del siglo XV, Corea y Japón estaban situados en un nivel diferente en su relación de dependencia con respecto a China. Japón lleva a cabo una primera ruptura de contacto cuando se dirige al rey de Corea utilizando en sus misivas el sistema de fechado japonés, y ya no el chino. Luego, en la segunda mitad del siglo XVI, los nuevos dirigentes de Japón se separan del sistema tributario con respecto a China y se esfuerzan por poner a Corea bajo su dominio. El ministro Hideyoshi llega a enviar un cuerpo expedicionario a la península (1592).

Su sucesor, Ieyasu, lo retira, pero la recepción ofrecida al legado del rey de Corea en 1607 se concibe como el reconocimiento de un vasallaje.

Así, cuando los portugueses organizan entre Macao, Japón y Lisboa una especie de comercio triangular (H. Ninomiya) que reanima el tráfico en el Extremo Oriente, Japón desarrolla una política de control de las bases –las Ryu-Kyu– asociada, en Hokkaido, con una política de expansión territorial. Tres siglos más tarde, no han perdido el recuerdo de aquello.

III. CONFLICTOS POR UN IMPERIO

PREFIGURACIONES...

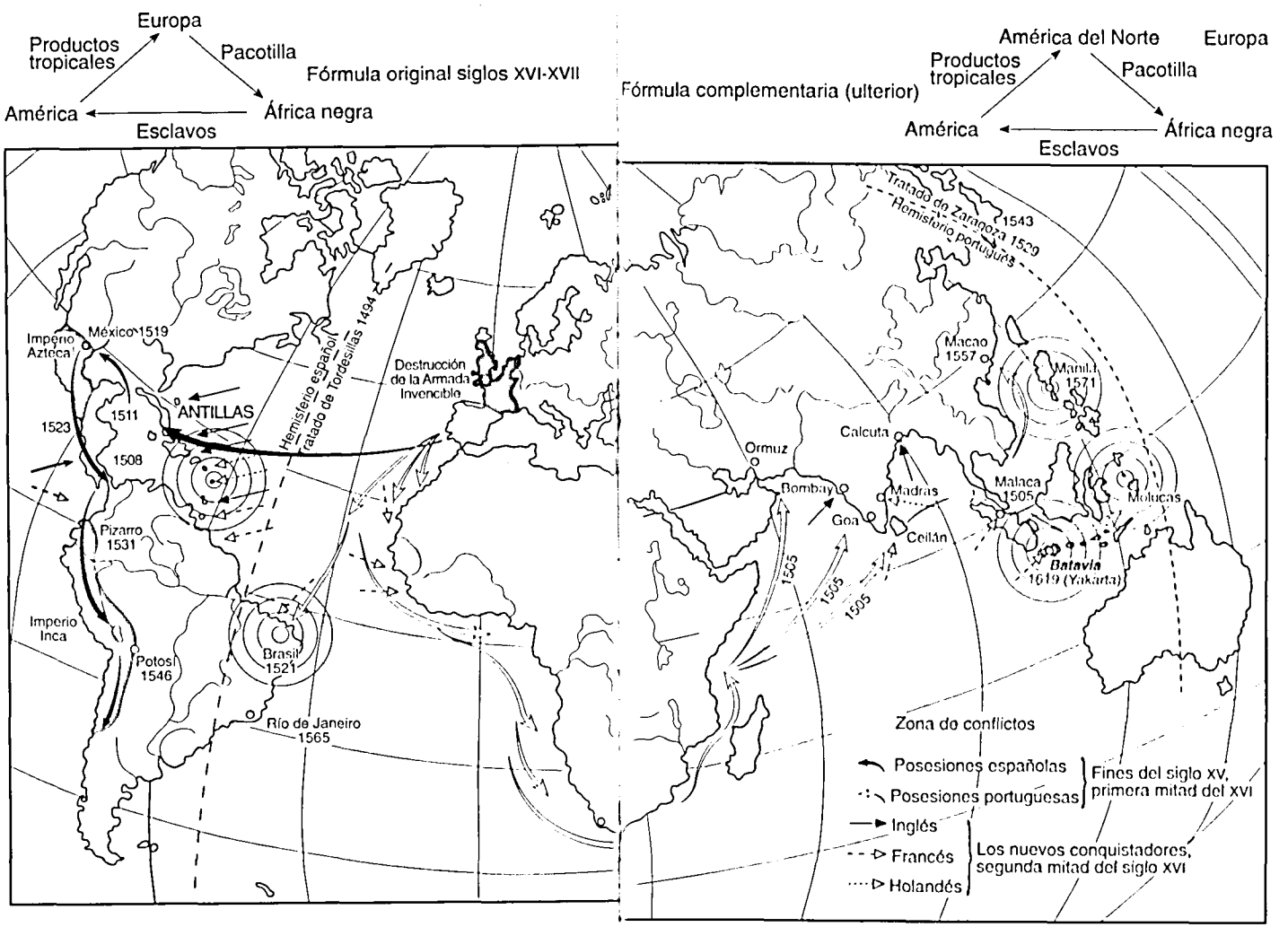
¿Puede hablarse de prefiguración?...

Sin que existiera incluso el término de imperio colonial, las repúblicas-ciudades de finales de la Edad Media tenían uno, en sentido propio, con sus puntos fuertes y los rasgos del capitalismo moderno –y esto mucho antes de los descubrimientos. En lo que se refiere a Génova y Venecia, Fernand Braudel pudo hablar de una "expansión europea" a partir del siglo XII, obra de esas nuevas urbes, ciudades inéditas; en un sentido, estos pequeños universos agresivos se orientaban a los intercambios extranjeros y ya no vivían en relación exclusiva con sus campiñas.

Con el predominio que logró en adelante su vida económica sobre lo agrario, estas constelaciones de ciudades-Estados constituyeron, muy pronto, dos conjuntos, el Sur y el Norte, Italia y los Países Bajos, vinculados por el eje de las rutas mercantiles que tenía su nudo en Champaña. Estas dos constelaciones se complementan y compiten, pero el Norte tiene como fronteras los bosques, y el Sur las riquezas de Bizancio y del mundo árabe. Así, más mercantiles que el Norte, son estas ciudades del Sur las que durante por lo menos tres siglos predominan, sobre todo Venecia y Génova, dominando esta primera microeconomía-mundo, que tiene por límites, además de Brujas y la Hansa, Lisboa, Fez, Damasco, Azov. Después de haber eliminado a Amalfi y Pisa, estas dos ciudades italianas disponen de factorías y posesiones exteriores, desde las costas de Berbería hasta Caffa en el Mar Negro. Una especie de imperio portugués antes de tiempo, pero en el interior del mundo mediterráneo. En la época de las Cruzadas, Venecia deja incluso de meter la mano en el Imperio bizantino, pero Génova restablece en él a los Paleólogos. De las dos ciudades, ¿cuál predominará? Ninguna, pues, divididas, se enfrentan a un muro: el Islam fuertemente instalado en el Levante, que, desde 1282, unos genoveses –los Vivaldi–, desean evitar por medio de expediciones alrededor de África. Empresas que fracasan, demasiado considerables para estados tan pequeños... Pero la idea se perpetúa...

Y Portugal –al que la toma de Ceuta, en 1415, pone en los caminos de África– la hereda. El país se ve estimulado por la acción de Enri-

LA REPARTICIÓN DEL MUNDO Y EL COMERCIO TRIANGULAR, SIGLOS XV-XVIII



FUENTE: Tomado del Atlas Hachette, *Histoire de l'humanité*, © Hachette, 1999.

que el Navegante (1394-1460) y por las hazañas de Bartolomé Díaz, quien llega al Cabo de las Tormentas en 1487. Por lo demás, entre Génova y Lisboa, Florencia y Flandes, los intercambios son múltiples, la transferencia de las plantaciones azucareras, por ejemplo, así como ciertos inventos náuticos que son producto de los italianos.

Lo que asegura una ventaja a Lisboa, es que al lado de una burguesía recién desarrollada, existe una nobleza terrateniente dispuesta a suministrar las personas necesarias para el mando de las plazas fuertes o la puesta en valor de las concesiones de ultramar. Ni Génova ni Venecia disponían de esta nobleza de servicio.

La rivalidad hispano-portuguesa

Desde los primeros descubrimientos, la rivalidad entre Portugal y Castilla estuvo a punto de degenerar en conflicto. Portugal se había reservado el monopolio del comercio del África negra en el tratado de Alcaçovas, firmado con España en 1479; y la construcción del fuerte de São Jorge da Mina, en 1481, del que todos los elementos fueron transportados desde Lisboa, fue la confirmación de dicho monopolio. Pero, después de 1492, el éxito de los castellanos en América condujo a una nueva distribución de otro monopolio reconocido a los portugueses en el Atlántico en la época de Calixto III Borgia, en 1456. *El papado era entonces el único estado que disponía de una autoridad "mundial"*. Fue entonces el papa Alejandro VI Borgia, sobrino por adopción de Calixto III, y de origen español, quien, por medio de la bula *Inter Caetera*, definió las zonas de influencia entre los dos países y otorgó a España las tierras situadas a 100 leguas al oeste de la última de las islas Azores, "tierras firmes e islas descubiertas o por descubrir hacia la India y hacia cualquier otra parte". Ante las reclamaciones de Portugal, la línea de demarcación fue empujada 170 leguas al oeste por el tratado de Tordesillas (7 de junio de 1494). Julio II confirmaría sus términos en 1506.

En esa fecha, los portugueses parecen ser los grandes vencedores de la lucha por el dominio de las rutas, pues al mismo tiempo llegaron a la India por el Cabo de Buena Esperanza y arruinaron el dominio de los navegantes árabes en el Océano Índico. La gloria de Albuquerque supera la de Cristóbal Colón, pues las especias y el oro se anuncian más abundantes en Oriente que en Occidente. Para romper el monopolio portugués, Carlos, rey de Castilla (el futuro Carlos V), firma con Fernão de Magalhaes (Magallanes) una convención que le

da los medios para llegar a la India por el oeste, es decir, por el Cabo de Hornos y las Molucas (1519).

Pero ya América había facilitado a los españoles sus tesoros y, aunque los portugueses habían llegado por su parte a Brasil, la preponderancia de España, unificada desde 1492, se afirmaba ahí sin equívocos.

En América, la rivalidad de España y Portugal no había llegado a su fin con la organización de sus dos imperios, en los siglos XVI y XVII. Portugal logró recuperar los territorios de Santo Sacramento en 1763. La guerra causa estragos en 1774, y, después de los tratados de San Ildefonso (1777) y de Pareto (1778), Portugal recuperó la isla de Santa Catalina pero perdió Fernando Po, en Guinea, que España conservó hasta el siglo XX. En las Américas, perdió de nuevo los territorios de Santo Sacramento, pero recuperó los territorios que el papado había sustraído de los estados, aquellas 7 *Reducciones* de Uruguay de donde pronto son expulsados los jesuitas.

Orgullosos de su grandeza pasada, aminorada por España, luego por los Países Bajos, los portugueses se afianzan en Brasil, Timor y Goa, en la India, donde su territorio se agranda, y, más aún, ulteriormente, en África.

La rivalidad Holanda-Portugal

La rivalidad hispano-portuguesa se perpetuó de 1580 a 1640, aunque las dos coronas, de España y de Portugal, estuviesen sobre la misma cabeza. Pero Castilla es indiferente a los perjuicios hechos a las dependencias de Portugal... Aliado a una escuadra inglesa, Abbas el Persa arrancó Ormuz a los portugueses, mientras Omán el Árabe les tomaba Mascate. En el golfo de Omán, ya no quedaba gran cosa de la obra de Albuquerque.

Pero, para los portugueses, la amenaza mortal procedió de los holandeses.

A decir verdad, su expansión se situaba en el marco de la lucha que los holandeses y las Provincias Unidas llevaban en contra de la España de Felipe II. Habiendo perdido Portugal su independencia, la unidad ibérica permitía una oportunidad única de atacar las posesiones portuguesas. En Malaca, en Ceilán, la Compañía holandesa sólo tenía factorías, pero, en las islas de la Sonda, funda un imperio a costa de los portugueses. Para garantizar la seguridad de la ruta por la punta de África, los holandeses toman El Cabo a los portugueses (1652), punto de partida de la colonización bóer en Sudáfrica.

Al oeste, la Compañía de las Indias Occidentales, creada en 1621, permite que sus corsarios –Willekens, Piet Hein– saqueen las costas de Brasil, ocupen la Guayana y la región de Sergipe y de Maranhão. El apogeo de ese Brasil holandés se sitúa en la época de Mauricio de Nassau, que llega a Recife en 1637 con una misión de urbanistas y sabios; espíritu tolerante, lleva con él una colonia de judíos y de marranos de Iberia que organizan el comercio del azúcar y del tabaco. Así, en Curazao se inaugura la primera sinagoga de las Américas.

Liberados de España en 1640, los portugueses reaccionan y obligan a las guarniciones holandesas a volverse a embarcar, pero los holandeses conservan Curazao y una parte de la Guayana, alrededor de Surinam.

En Insulindia, los portugueses no se habían arraigado en verdad. Estaban asentados en Malaca, pero no pudieron instalarse ni en Atjeh, ni en Célebes. En 1596, fecha histórica, la flota holandesa de Cornelis y Houtman instalaba ahí la VOC (Vereinigte Oost-Indische Compagnie, Compañía de las Indias Orientales) y, poco a poco, los portugueses fueron expulsados. Sus verdaderas dificultades habían sido causadas por los príncipes indonesios que oponían resistencia a su presencia y que habían destruido la dinámica capitalista de los comerciantes de la región de Surabaya. Eliminados, los portugueses no permanecieron más que en Timor, en donde sin embargo los holandeses se instalaron también en 1613, cerca de Kupang, obligando a los primeros a replegarse al norte y al este de la isla. Un tratado, en 1642, delimitó la parte de unos y otros, pero durante dos siglos los opusieron combates intermitentes. Fue en 1859 cuando se llevó a cabo una repartición definitiva, que se concluyó por un tratado en 1904. Después de la ocupación japonesa de la totalidad de la isla, Indonesia independiente recuperó la parte holandesa de Timor, y la parte occidental permaneció como una "provincia portuguesa". Ya no por mucho tiempo...

Inglaterra: justicia sobre Holanda

Este incremento de poder de las Provincias Unidas, esta omnipresencia, estuvo en su cumbre hacia 1625, y la hegemonía que Amsterdam conquistó duró bien medio siglo, en el cual se volvió esta ciudad el "Wall Street" de la época moderna. Immanuel Wallerstein mostró que lo que caracterizó este dominio fue, sin duda, que los holandeses se aseguraron una ventaja en la mayoría de los campos de la vida económica: originalmente, la salazón en el barco y el ahumado de los pescados, la fa-

bricación de aceite de alumbrado y de jabón con la grasa de las ballenas, una agricultura muy intensa y técnicamente moderna gracias a la utilización de los molinos, la capacidad de exportar productos hortícolas y de comprar el trigo sueco a buen precio. A estos triunfos se suma una industria textil que sigue reputada y que hereda la tradición flamenca, encontrándose su centro en lo sucesivo en Leyde, que rivaliza con la East-Anglie. Ahora bien, al floreciente comercio báltico, a los intercambios textiles con Inglaterra, ventajosos, se agrega en lo sucesivo una poderosa actividad en los astilleros, los primeros de Europa, así como en las industrias procedentes de las Indias, orientales sobre todo. Amsterdam posee 60 refinerías de azúcar en 1661, que trabajan para la exportación a Francia y a Inglaterra. Este tráfico del azúcar y de las especias, asegurado por la flota más numerosa de la época, es atendido por esas dos compañías gigantes que hacen la fortuna del país, la *VOC* en las Indias Orientales, más interesada en el comercio y gustosamente pacifista, y la *West India Company*, más agresiva, más belicosa, que funda New Amsterdam, las colonias holandesas de Brasil y de Curazao (1634).

El problema, sobre todo para los ingleses, era que los holandeses los arruinaban en su territorio, pues podían vender los productos del Báltico (madera para la construcción para los barcos, trigo, lino) a mejor precio que los propios comerciantes ingleses. Además, los holandeses eran omnipresentes –Océano Atlántico, Mediterráneo, Océano Índico, Mar Báltico–, y cerraban el camino a las iniciativas de los comerciantes y navegantes ingleses, también en plena expansión.

Había que sacarlos del panorama.

Esta determinación toma cuerpo cuando la guerra civil se consuma en Inglaterra y una especie de unidad nacional se reconstituye con el objetivo de poner fin a la hegemonía económica y marítima de los holandeses. De ello resultan tres guerras anglo-holandesas, en 1652-1654, luego en 1664-1667 y después en 1672-1674 –tomando Francia el relevo de Inglaterra– y, por los mismos motivos, de 1674 a 1678.

El detonador de las hostilidades había sido la promulgación por Cromwell de las Actas de Navegación (1651) que estipulaban que los productos que entraban a Inglaterra debían ser transportados en barcos ingleses, o en barcos del país de origen. Había en ello una "provocación" a los holandeses, corredores de los mares, y que actuaban como transportistas gracias a su flete poco elevado. Las tarifas, que Colbert promulgaría algunos años después, tenían, por otra parte, la misma función, en Francia.

Los tratados subsecuentes a estas guerras se tradujeron, en Breda,

en el abandono por parte de los holandeses de New Amsterdam, transformada en Nueva York –pero, a cambio, obtenían Surinam, lo que sin embargo constituía un alto al poder holandés. Desde luego, éste seguía controlando "Logias" en Moka, Basora y en la India, en la costa de Coromandel; en Bengala contaba con unas veinte factorías; en Bangkok, Malaca, seguía estando presente. Mas, en el siglo XVIII, los dividendos de la Compañía de las Indias Orientales cayeron de 40% a 25%, y a menos aún; y, en el Atlántico, la pérdida del norte de Brasil en beneficio de Portugal que lo recuperó no fue compensado por la conservación de Surinam.

El poder del capital había sido vencido por la fuerza de las armas. A pesar de sus dotes económicas, a pesar de su dinamismo, Holanda había tenido que arriar bandera, al no haber sabido sus flotas combatir tan bien como las de los ingleses. Más exactamente, los burgueses holandeses ya no les proporcionaron los cuidados necesarios desde que ya no eran tan "rentables" como los capitales invertidos en otras partes o de otra manera.

La decadencia holandesa fue irreversible.

Asolada por Inglaterra durante la cuarta guerra de 1780 a 1784, Holanda perdió además Ceilán y El Cabo a consecuencia de las guerras de la Revolución y del Imperio; y siempre en provecho de Gran Bretaña, hasta el punto en que se podía decir, desde el siglo XVIII, que se había vuelto "una chalupa enganchada a una de las flotas de Su Majestad Británica".

Allende el mar, Inglaterra remplazaba a las Provincias Unidas, pero acompañada por Francia: el relevo era entonces conflictivo, y esto, desde la paz de Utrecht (1713). Además, en lo sucesivo se peleaba en el territorio mismo de las colonias, no sólo en el mar, lo que, desde luego, había empezado en Canadá, pero se extendió después a la India, y más tarde a África.

Miras sobre las colonias españolas

El comercio oriental era un buen negocio, pero el oro y la plata de América constituían una tentación a la que los corsarios y las potencias ascendentes –Inglaterra y Francia– podían difícilmente resistirse. En el siglo XVI, Drake había dado el ejemplo, y, desde el desastre de la Armada Invencible, Versalles o Westminster –y los navieros u hombres de negocios de igual manera– se preguntaban qué hacer para

apoderarse de la presa. Capturarla durante la travesía no era más que una solución temporal.

Para Luis XIV, apoderarse del Imperio español debía resultar de una asociación entre el ascendente poder francés y el de los Borbones de España, decadente desde el reinado de Carlos II. En cuanto a los ingleses, su comercio intérlope había empezado a desarrollarse a partir de Jamaica sobre las costas de México, y habían sabido agregar a ese fraude la retroventa de los contratos de asiento que el rey de España había concedido a los comerciantes portugueses. Este arrendamiento de la trata de negros en el mundo ibérico producía ganancias considerables, de manera que, por medio del contrabando y gracias a sus importantes contratos de asiento, deseaban penetrar en las colonias españolas de América más que conquistarlas, pues así sacaban de ellas inmensos beneficios y los riesgos de una guerra eran menores.

La muerte de Carlos II y la sucesión de España, atribuida por testamento al nieto de Luis XIV, volvieron a ponerlo todo en tela de juicio. Europa se coligó en contra de Francia (1701) y la guerra empezó, en Italia, en Alemania, en los Países Bajos, en el mar, en las colonias: Francia fue incluso invadida tras la derrota del duque de Borgoña en Udenarde y la toma de Lille (1708). La victoria de Villars de Denain enderezó la situación de Luis XIV, pero ya se había elaborado un compromiso en Utrecht: Felipe V, el nieto, conservaría España, pero renunciaba a sus derechos sobre la Corona de Francia (1713).

Independientemente de los conflictos de poder que oponían a los Habsburgo y la monarquía francesa –el emperador recibió las posesiones italianas de España y de los Países Bajos–, la guerra había tenido como principal motivo el destino de las colonias españolas de América. En el tratado de Utrecht, permanecieron bajo la soberanía de Felipe V.

Pero Inglaterra ampliaba allí su esfera de influencia.

En primer lugar, obtenía para una compañía privada el monopolio del asiento por 30 años, cláusula garantizada por los dos estados. Luego, obtenía el derecho llamado del "navío de permiso", es decir, de disponer de un navío que podría comerciar libremente en América –y practicar el comercio intérlope. Los ingleses perfeccionaron de inmediato esas ventajas apostando el navío frente a Buenos Aires, mientras los demás barcos iban a Bristol y regresaban, y el navío constituía así una especie de base permanente instalada en el corazón de la bahía. Y como Inglaterra había firmado con Portugal un acuerdo, en Methuen, que le permitía negociar en Brasil, una ruta paralela a la de La Plata le permitiría también traficar por el Paranaguá, Asunción y el

Chaco. Pero las misiones jesuitas crearon obstáculos. Sin embargo, en el otro extremo del Imperio español, los ingleses se instalaban en Honduras, a partir de Jamaica, de donde se esforzaron por controlar Panamá desde el territorio de Mosquitos. El comercio ante todo. A diferencia de los españoles, los ingleses no evangelizan.

De manera que, por un lado, los ingleses se arrogaron el derecho de ejercer el contrabando por todas las entradas del Imperio español; del otro, Madrid castigaba sin consideración, sin atreverse a declarar la guerra. La crisis estalló cuando los comerciantes de Bristol y de Liverpool empezaron a protestar contra la manera en que los españoles zanjaban los litigios suscitados por sus propios abusos... Habían soñado con apoderarse de una parte del Imperio español durante las negociaciones de Utrecht, y las concesiones obtenidas les parecían irrisorias. Robert Walpole se vio abrumado por esta corriente belicosa; la guerra se declaró en 1739, con el cardenal Fleury del lado de España.

Esta guerra anglo-española estuvo marcada por el famoso periplo del almirante Anson, a quien Voltaire glorificó en *Le Siècle de Louis XIV*: habiendo recibido órdenes de desembarcar en el Perú, y estando su flota parcialmente destruida por la tempestad, con el único barco que le quedaba volvió a partir hacia las Filipinas en persecución del galeón de Manila, del que se apoderó, para llevar triunfalmente sus cargamentos a Inglaterra (1744). La paz concluida sobre las bases del tratado de Methuen permitía a los productos ingleses entrar libremente a la península española.

El hecho nuevo, en esas guerras y conflictos de la época de Walpole y de Newcastle, es la intervención de la opinión pública que despiertan los viejos sentimientos antiespañoles y que manifiesta una intención jingoísta, vengativa y conquistadora. El chauvinismo se dirige asimismo contra Francia, en vista de sus avanzadas en Canadá y en la India –cuando en verdad eran los colonos ingleses los que, en América del Norte, avanzaban a empujones. Ahora bien, la toma de la isla del Cabo Bretón, en 1745, es acogida, también, con estallidos de chauvinismo que contrastan con la torpeza que reina a ese propósito en España y en Francia. "Una de las dificultades más insuperables que preveo en toda negociación con Francia –escribe P.D.S. Chesterfield– es nuestra nueva adquisición del Cabo Bretón, que se ha vuelto el objeto más valioso de toda la nación y es diez veces más popular de lo que fue Gibraltar."

Este belicismo antifrancés y antiespañol se observa en las islas del Caribe que son el cruce del "comercio triangular".

La rivalidad franco-inglesa

La rivalidad franco-inglesa en las colonias marcó sin duda, más que cualquier otra confrontación, la memoria histórica de los franceses: está punteada de pruebas que se extienden a lo largo de casi dos siglos, como "la pérdida de la India y del Canadá", Fachoda, etc. Pero esta formulación permite creer que desde el principio se enfrentaron políticas coloniales bien definidas, cuando el Antiguo Régimen francés, por lo menos, no conoció más que una sucesión de políticas una peor que la otra; no es sino en la época del Imperialismo cuando en efecto las dos potencias se enfrentaron en forma constante para la constitución de un imperio. Luego, una visión retrospectiva de la historia hizo partir ese antagonismo del siglo XVIII.

Del siglo XVII a la caída de Napoleón, se asiste más bien a la construcción de esa rivalidad, con motivo de conflictos dispersos, sin que, por el lado francés, se ponga la mira particularmente en Inglaterra. En la época de Felipe II, sería más bien de España de la que se desearía tomar una parte de su Imperio, pero luego se alían con ella para que no sea desmembrada por Inglaterra. En el siglo XVII, en la India, se apunta primero a las posesiones de los holandeses, pero los conflictos armados oponen ahí a franceses e ingleses. Cuando se inicia el brutal ocaso de Holanda, hacia 1670, Luis XIV considera aún, a pesar de todo, a Inglaterra como aliado de Francia, pero débil. Esta subestimación del poder inglés se manifestó entonces muy pronto.

Otro rasgo: el conflicto con Inglaterra no tiene la misma naturaleza en Canadá, donde tiene resabios papistas –religiosos en todo caso– y donde se desató una guerra de religiones; mientras que en la India los objetivos son comerciales, puramente comerciales, antes de ser territoriales.

En las Antillas, el antagonismo franco-inglés se disuelve en el interés bien comprendido de los colonos, que no necesariamente se vincula con su patria de origen.

Otra característica define a este antagonismo histórico: Immanuel Wallerstein puso claramente de relieve que el mismo se desarrolla en el momento en que los conflictos internos de cada uno de los dos países empiezan a contar menos que los conflictos con el extranjero. En pocas palabras, cuando el interés del Estado toma el lugar de los conflictos del monarca con los feudales, con los notables, o también de los problemas religiosos.

Se vuelven conflictos entre naciones; en las colonias, las compañías

que habían sido creadas para su explotación arrían pabellón ante los gobiernos.

A pesar de su decadencia, Holanda seguía conservando la vara alta en el comercio del Océano Índico gracias a la Compañía de las Indias Orientales. Pero ésta enfrentaría la competencia de los *Chartered*, aquellas compañías inglesas, a menudo acreedoras del Estado y bien situadas para hacerse ayudar, que no dejaron de desarrollarse entre 1720 y 1740, a pesar del derroche financiero de la Compañía de los Mares del Sur, de los sobresaltos que la India enfrentó tras la muerte de Aurangzeb (1707) y del desplome del Imperio mogol. El aumento de poder de la nación marata puso en peligro sus factorías en Bombay y Calcuta, y la Compañía tuvo que fingir alianzas con los *subahs* del Decán que, por su parte, habían tomado el lugar de Aurangzeb. La Compañía francesa de las Indias explotaba aproximadamente el mismo dominio, habiendo fundado Mahé y Karikal en 1723 y 1739. Estaba bajo el control del hermano del ministro Philibert Orry, así como la Compañía inglesa dependía de sir Robert Walpole. Pero pronto los agentes de esas compañías en el lugar manejaron una política más activa, que rebasó el marco del negocio. Fueron los franceses quienes dieron el saque.

Mientras que Lenoir, el fundador de Mahé, que había logrado salvar las cuentas de la Compañía en la época de la bancarrota de Law, había sido un administrador, un comerciante sagaz, su sucesor, Dumas, ya no tuvo con los indios el comportamiento de un mercader, sino el de un colonial. Trató con los nababes, interfirió en sus conflictos: salvó, por ejemplo, a la hija y a la esposa de Dost Alí, un príncipe al que amenazaban los maratos. Fue el iniciador de una acción puramente política que fue más allá de la Compañía y requirió el apoyo de los ministros. Lo mismo sucedió con su sucesor, Dupleix: fue su política la que suscitó la réplica de la Compañía inglesa. La idea de Dumas, de 1735 a 1741, había sido organizar una milicia indígena, los cipayos, ponerla al mando de franceses y transformar las factorías en ciudadelas al mismo tiempo que ponía a sus tropas al servicio de los príncipes aliados. Así, al volverse poderoso, se hizo conceder el título de nabab. Dupleix dio una paso más: pensaba que si la Compañía, en lugar de contentarse con el comercio y la ocupación militar de una o varias plazas, tomaba bajo su protección a príncipes, éstos le concederían a cambio, ya fuera tierras para explotar, o el ingreso de los impuestos.

En cierto sentido, fue el *inventor de una concepción del protectorado* que iba a ser imitada, un siglo después, en Egipto y en Marruecos.

En la costa de los circares (Yanaón, Masulipatnam) y de Coromandel (Pondichery, Karikal), se alió al nabab de Carnatic, y cuando los ingleses, decididamente inquietos por ese expansionismo, sitiaron Pondichery, el nabab de Carnatic lo salvó del problema. Un año después, Mahé de la Bourdonnais, que había hecho de la Isla de Francia y de Borbón la gran base naval en la ruta de las Indias, llegó a sitiar Madrás y se apoderó de ella; pero en lugar de entregarla al nabab de Carnatic, devolvió la isla a los ingleses, mediante un rescate. Dupleix anuló la capitulación e hizo encerrar a La Bourdonnais en la Bastilla. Atacado por el almirante Boscawen, Dupleix logró hacer que se levantara el sitio de Pondichery, pero, en la paz de Aix-la-Chapelle, tuvo que devolver Madrás a los ingleses.

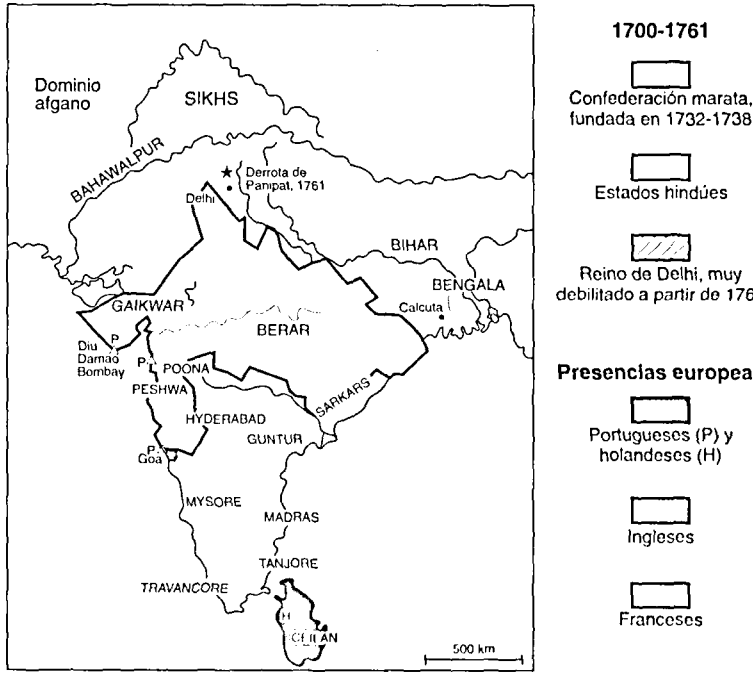
A pesar de ello, por intermedio de príncipes indios, entra de nuevo en el juego de las querellas de sucesión en Carnatic y en Decán, y los ingleses hacen lo mismo; pero el inglés Clive logra predominar sobre los sucesivos *condottieri* de Dupleix. Desde luego, controla amplios territorios, pero sus conquistas son costosas y, tanto en París como en Londres, las Compañías buscan un compromiso. El comisario Godeheu llega a la conclusión de que Dupleix ha sido imprudente y se le hace volver (1754). El tratado que lleva su nombre acaba con la política conquistadora.

Sin embargo, la guerra se reanuda, suscitada por el nabab de Bengala, Suraj-ud-Daula, que ataca Calcuta, la hace capitular y confina a 146 ingleses en un local sin aire, "el agujero negro", en donde las dos terceras partes mueren asfixiados (1756). Con 900 europeos y 1 900 cipayos, Clive vuelve a tomar Calcuta y Chandenagor, y triunfa sobre Suraj-ud-Daula, en la batalla de Plassey (1757). Habiendo rechazado al ejército del Gran Mogol que había llegado al rescate, hace pasar a Bengala, Bihar y Orissa bajo el protectorado de su Compañía. De entonces data la instalación de los ingleses en la India.

Los franceses Lally-Tollendal y Bussy intentan volver a asentarse en la India, pero su tentativa es un fracaso, y de la India, en el tratado de París, no quedan para Francia más que cinco factorías –que, por otra parte, ya había perdido militarmente–, lo que parece ser un logro diplomático de Choisseul...

La derrota de los franceses aconteció debido a que Dupleix, habiendo actuado a espaldas de su Compañía, se vio obligado a no solicitar más que una ayuda limitada, a "farolear" para poner en relieve sus éxitos. Desde luego, éstos eran reales, ya que había ejercido un verdadero protectorado sobre Carnatic y Decán se había vuelto una

LA INDIA EN LA ÉPOCA DE LA RIVALIDAD FRANCO-INGLESA



FUENTE: Tomado del Atlas Hachette, *Histoire de l'humanité*, © Hachette, 1992.

zona de influencia francesa. Hasta 1750, los ingleses más o menos le habían dejado actuar, estimando que Dupleix se embrollaría en querellas interindias. Pero la marcha de Muzaffar y de Bussy sobre la capital de Decán llevó al gobernador inglés Thomas Saunders a detener su avance, y en lo sucesivo Dupleix le salió al paso, tanto en Decán como en Carnatic, un conjunto de territorios que constituía una presa demasiado grande para los franceses.

Según la opinión de Marc Vigié en su obra acerca de Dupleix, éste fue al mismo tiempo inventor del ejército colonial y promotor de una política nueva; pero pecó de obcecación, y su anglofobia reveló ser enfermiza. "Inglaterra condujo en la India a la nación portuguesa a la esclavitud, la holandesa baja la cabeza y pronto padecerá el yugo. También a nosotros desea someternos, escribe. El realismo prudente de sus superiores, en París, le pareció dar muestras de debilidad, de falta de patriotismo, de traición.

También desde este punto de vista, Dupleix fue un precursor, pues después de ser llamado de regreso y de sus fracasos nace el mito de la "India perdida", que "nos quitaron los ingleses", cuando en realidad fue su acción la que los llevó a reaccionar en un momento en que no estaban realmente dispuestos a conquistarla. Aprobado por algunos, como el abad Raynal, criticado por quienes se oponían a la política colonial del rey, como Voltaire, Dupleix se volvió un héroe cuando Francia quiso nuevamente darse un Imperio, después de 1870, y su recuerdo (como el de Montcalm) suscitó otra vez el odio a los ingleses: entre 1881 y 1913 se publicaron 15 obras acerca de Dupleix y la Compañía Francesa de las Indias.

En América del Norte, la rivalidad franco-inglesa opone, esta vez, a unos colonos contra otros. Pero la diferencia esencial de situación entre ambos es que, globalmente, del lado francés, la metrópoli se interesa poco por su suerte, mientras que Londres, al contrario, es muy activa en la defensa de los anglófonos de América. ¿Por qué esta diferencia?

Primero porque, para la opinión francesa, el aprovechamiento de esas regiones no presenta más que un interés limitado. "¿Cuánto valen esas fanegas de nieve?", pregunta Voltaire, mientras el ministro Choiseul considera asimismo, en 1758, que una legua cuadrada en los Países Bajos vale más que todo el Canadá. "La latitud en que esta colonia está situada –escribe un poco más tarde el conde Jean-Frédéric de Maurepas– no puede proveerle la misma riqueza que en las islas de América. Los cultivos que se practican son los mismos del reino, salvo el vino." Es el punto de vista de los terratenientes. Y durante la guerra de Siete Años, cuando el marqués de Montcalm lanza un llamado de auxilio después de la caída del Fuerte Frontenac, el ministro de Marina, N.R. Berryer, le contesta: "Cuando el fuego está en la casa, no se ocupa uno de los establos."

Por el contrario, los ingleses tienen otra visión de América del Norte. Para ellos, los colonos constituyen una mano de obra y una clientela que los proveen de materias primas a buen precio (madera sobre todo) y pieles, y a quienes venden productos manufacturados. El sistema llamado de "lo exclusivo" debe entonces funcionar en ventaja de los empresarios ingleses –pero a condición de que los colonos de América no fabriquen nada ellos mismos, "ni siquiera un clavo", y que compren esos productos a Gran Bretaña.

Así, el gobierno inglés no deja de enviar colonos allende el mar, mientras que los Borbones de Francia permanecen indiferentes –des-

de que se superó el aspecto religioso de la confrontación en el Canadá. De manera que, hacia 1740, cuando las colonias inglesas de América tienen casi un millón de habitantes, se cuentan a lo sumo 80 000 colonos franceses, y algunos miles más en Luisiana.

En el siglo XVIII, no son tanto las persecuciones religiosas las que constituyen un motivo para la emigración (además, cuando protestantes franceses, en el momento de la revocación del Edicto de Nantes, desean partir para las Américas, el rey se lo prohíbe –pero nada demuestra que hayan sido muchos los que partieron), sino que son razones de orden económico, la crisis agrícola irlandesa, la devastación del Palatinado por las guerras, las que son el origen de estas partidas. Agencias de emigración las toman a su cargo; son inglesas u holandesas, no francesas. Así, los emigrantes que afluyen proceden de los países anglosajones y germánicos, ante todo los scot-irish, descendientes de los escoceses que habían elegido Ulster, y los suizos o alemanes de la región renana.

Estos colonos se dirigen hacia el interior de las tierras en donde encuentran a los franceses, instalados en las márgenes del Ohio y cuyos dominios, poblados, obstaculizan el camino hacia el oeste: primer motivo de conflicto. El segundo fue que una parte de los canadienses franceses, sobre todo en la época del gobernador Beauharnais, prospectaban todas las rutas que, por los Grandes Lagos o la Bahía de Hudson, habrían podido llegar al Pacífico. Esta "búsqueda del mar del Oeste" llevó, desde luego, a hombres como La Verendrye a ser los primeros en llegar a las Rocosas, a través de las praderas, pero no explotaron ese territorio balizado, y la Compañía Inglesa de la Bahía de Hudson pretendía apropiárselo.

En Luisiana, por último, en donde reinaba la Compañía de las Indias, los conflictos entre los ingleses de Carolina-Georgia y los franceses degeneraron en luchas armadas en las que se hizo intervenir a los indios. Los ingleses lograron sublevar a los natchez y a los chicachas en contra de los franceses. La incapacidad de la Compañía para defender la Luisiana impuso su retrocesión al gobierno real, en 1731.

Este empuje anglosajón es el origen de los conflictos con los franceses, más que la política de Londres, pero Inglaterra apoya a sus colonos, la opinión pública los anima y se lanza contra los franceses, mientras que Versalles permanece indiferente. Inmediatamente después del tratado de Aix-la-Chapelle (1748), la primera ofensiva es dirigida desde Halifax, en Nueva Escocia, en dirección a Acadia, mientras los colonos de Massachusetts van hacia el San Lorenzo, llegando a la línea

divisoria que separa las dos vertientes, lorentina y atlántica. Simultáneamente, otros colonos, sobre todo irlandeses y alemanes, se extendían hacia Illinois, fundando el Fuerte Pickawillany, y virginianos al mando de George Washington se enfrentaban, en un combate, a los franceses de Jumonville que se veían obligados a capitular en Fort Necessity, habiendo sido muerto Jumonville en condiciones turbias.

Lo que aumenta el resentimiento de los franceses es la medida adoptada por el gobernador Lawrence quien, después de la conquista de Acadia, procede a un "gran desorden", es decir, a la dispersión de los acadianos, enviando 7 mil de ellos (de 10 mil) a Nueva Inglaterra y a las demás colonias inglesas de América.

Cuando se reanudan las operaciones, durante la guerra de Siete Años (1756-1763), los ingleses disponen de una flota muy superior –158 barcos contra alrededor de 60– que se apodera, de entrada, de otros 300 buques franceses, perdiendo entonces la marina francesa 6 mil marineros. La guerra marítima tiene tanto éxito que los ingleses, tras la victoria del almirante Boscawen sobre La Clue, en Lagos, proyectan desembarcar en Francia y ocupan Belle-Isle.

Incapaz de defender las costas francesas, la marina real es entonces impotente para brindar el menor auxilio a los canadienses franceses, ya sumergidos por el número. Las cualidades militares de Montcalm retrasan sin embargo los éxitos angloamericanos. Éstos ocupan primero el Fuerte Duquesne y el Fuerte Frontenac para aislar a Canadá de la Luisiana, mientras en el este la flota de Boscawen ocupa Louisbourg, la fortaleza que simboliza la presencia francesa en América del Norte (1758). En una batalla decisiva al mando de James Wolfe contra Montcalm, los dos jefes mueren frente a Quebec, que cae en manos de los ingleses. En Montreal, por último, el gobernador, el marqués de Vaudreuil, rodeado por las columnas inglesas, debe capitular (1760).

En el tratado de París (1763), el gobierno de Luis XV, que había estado obsesionado por sus preocupaciones continentales, abandona las posesiones de allende el mar y pierde Canadá en beneficio de Inglaterra, haciendo la retrocesión de Luisiana a España. De sus inmensas posesiones americanas, Francia no conserva más que una parte de sus dominios en el Caribe –que prefiere al Canadá: volveremos a referirnos a esta elección.

Al analizar el fisiócrata Bourlamaque, en su época, las causas de esta derrota francesa, vio en ella "una mala organización de los poderes, entre el gobernador, el intendente y el comandante de las tropas, pero así mismo el rechazo de la tolerancia en favor de los protestantes,

la carencia de una política de inmigración a favor de los extranjeros, los excesos de una política de expansión conducida por las órdenes religiosas, la carencia de una política indígena –y, desde luego, la obcecación de la metrópoli".

Con la perspectiva de la historia, se considera que 1763 marca el final del Imperio colonial francés en su primera forma. Pero la mirada de los contemporáneos era diferente: primero, Francia conservaba las Antillas, lo que parecía ser lo esencial; luego, sus ministros contaban con volver a asentarse en el Canadá –Choiseul y Vergennes se dedican a ello.

Es entonces cuando empieza la Guerra de Independencia de Estados Unidos, y la paradoja es que, para desquitarse de Inglaterra, Versalles se alía justamente con los colonos, que habían sido el origen de la derrota francesa. Se comprende que, en estas condiciones, los franceses de Canadá hayan querido permanecer alejados.

SUPERVIVENCIAS Y NUEVOS TERRENOS DE RIVALIDAD

Las rivalidades surgidas con el gran descubrimiento de la ruta de las Indias no llegaron a su fin con los acontecimientos de Estados Unidos en 1776, ni con la Revolución, el Imperio y la Independencia de las colonias españolas en 1821, pero perdieron una parte de su significado.

El desmoronamiento del dominio colonial francés, con la pérdida de la India, de Canadá, de Haití, es el más espectacular; pero el del dominio español no es menor –no le quedan más que las Filipinas, Cuba y algunos miniterritorios. Sin embargo, es Gran Bretaña la que, paradójicamente, fue más sacudida por las consecuencias del tratado de París (1763), la Revolución francesa y el Imperio. Salía victoriosa de todas estas crisis; sin embargo, con la independencia de Estados Unidos de América, ya no podía alegar una de las razones de ser de su naciente imperialismo, como era la existencia de colonias inglesas diseminadas en el mundo, pues éstas acababan de rebelarse. Tenía que reconsiderar esta política de asentamiento británico allende el mar en la que tenía tanto interés.

Y luego, otra amenaza se cernía sobre un segundo tipo de colonias, aquellas con una fuerte relación económica, las islas del azúcar entre otras. Su beneficio había sido considerable y, por ejemplo, del lado francés, jamás fueron tan prósperas como después de la pérdida de

Canadá y de la India, entre 1763 y 1789. Ahora bien, después de 1800, las rebeliones de los negros, la abolición de la esclavitud y de la trata, podían poner en peligro el porvenir de esas posesiones. En París y en Londres, sobre todo, se interrogan y se preguntan –ya entonces...– si no sería preferible que esas colonias fueran independientes y se comerciara ventajosamente con ellas.

En este contexto posterior a 1815, en el que sólo la India e Insulindia dan a los ingleses y a los holandeses ganancias crecientes, las antiguas rivalidades coloniales ya no tenían una realidad inmediata, pero seguían vivas en la memoria.

Además, cuando Francia reanuda su política de conquista, lo hace lejos de las zonas de expansión del antiguo rival británico: en Argelia, en Anam, en el Senegal, y pronto en Túnez. Los ingleses, además, se apropian también de tierras lejanas, Australia, Nueva Zelanda, etc., y el enfrentamiento se produce en el Pacífico.

Un hito: Egipto o Argelia

Liberada de su "leyenda", con lo que eso significa en términos de riesgos corridos, de trampas evitadas, de irracionalidad, la expedición de Bonaparte a Egipto representa el paso de un tipo de expansión a otro. El cónsul se presenta con sus ejércitos en calidad de miembro del Instituto, rodeado por una cohorte de sabios: 21 matemáticos, tres astrónomos, 17 ingenieros, 13 naturalistas, 22 impresores, etc., y entre ellos, personalidades tan ilustres como Monge, Geoffroy Saint-Hilaire, Berthollet. Desea mostrar que desembarca con un ejército que encarna la *civilización* –no se trata *ni de oro ni de Cristo.* Bonaparte dice, además, que respeta, más que los mamelucos, a Dios, a su profeta y al Alcorán" –es decir, al Corán.

El segundo rasgo es sin duda el arraigamiento de esta aventura en una coyuntura más larga, que la historiografía tradicional oculta al dividir el relato de los acontecimientos en secciones cronológicas: Antiguo Régimen, Revolución, Imperio, Restauración. En 1797, en efecto, siempre en el Instituto, Talleyrand había proseguido con un proyecto de Choiseul al reclamar la cesión a Francia de Egipto –país de moda, además, cuya descripción había hecho Voltaire, después de Savary, en su *Voyage en Egypte et en Syrie.* Se trataría de volver a abrir la ruta de la India, para llegar al aliado Tippoo-Sahib, transformado en sultán de Mysore, en 1784 (Y. Benot).

La novedad es que el proyecto se vincula con una idea que surge: desmantelar este Imperio otomano, cuyo desplome se anuncia inminente, y al que Catalina II y José II deseaban sustituir por un Imperio griego, saqueándole de paso algunas porciones. España y Francia tendrían su parte. Ésta recibiría Egipto, o bien el país de los berberiscos. De hecho, en 1802, Bonaparte prevé una expedición contra Argel, "pues esos truhanes son la vergüenza de Europa y de los Tiempos Modernos". Luego, en 1808, imagina nuevamente una reconquista de Egipto para que no lo conserven los ingleses. Así nace la rivalidad a propósito de ese "hombre enfermo", el Imperio otomano, en el que Napoléon no pudo meter la mano, a pesar de sus primeras victorias. Sin embargo, cuando los ingleses, tras haber vencido a los ejércitos napoleónicos, desean instalarse, Mehemet Alí los obliga a volver a embarcar y, con los franceses que han quedado en el lugar, se trama la alianza entre los dos países.

Sobre todo, la expedición a Egipto y el proyecto de Argel expresan claramente un hito en la historia de la colonización, pues sus promotores la declaraban inscrita en la lucha contra la trata y la esclavitud; inauguraban así la argumentación de los conquistadores de África en el siglo XIX.

Un paréntesis: grandeza fugitiva del imperialismo egipcio (1820-1885)

En el momento mismo en que Francia e Inglaterra habían puesto sus miradas sobre Egipto, éste empezaba a emanciparse del Imperio otomano y recobraba las antiguas vías del imperialismo y de la colonización árabes hacia el sur, hacia el Sudán. En esa fecha, su principal fuente de esclavos blancos disminuía, desde que los rusos progresaban en el Cáucaso. Privados de sus circasianos y georgianos, los estados musulmanes tuvieron que voltearse hacia otras fuentes para proveerse de esclavos, y se asistió a un nuevo impulso de ese tráfico a lo largo del valle del Nilo. Ahí se encontraba uno de los principales motivos de la expansión egipcia hacia Etiopía, cuyos esclavos varones, y sobre todo mujeres, eran más apreciados que los *zandjs* (los negros).

Mehemet Alí, virrey de Egipto, para poder utilizarlos en Hedjaz, contaba sin embargo con incorporar a esos negros a su ejército, pues los demás soldados del Nizam Al-Jadid (nombre dado a su ejército instruido a la europea) soportaban mal los calores de Arabia. Se trataba para Egipto de recobrar los Lugares Santos de manos de los waha-

bitas. Así, dueño de El Cairo, de Sudán, de los Lugares Santos, Mehemet Alí reconstruiría el gran Imperio árabe...

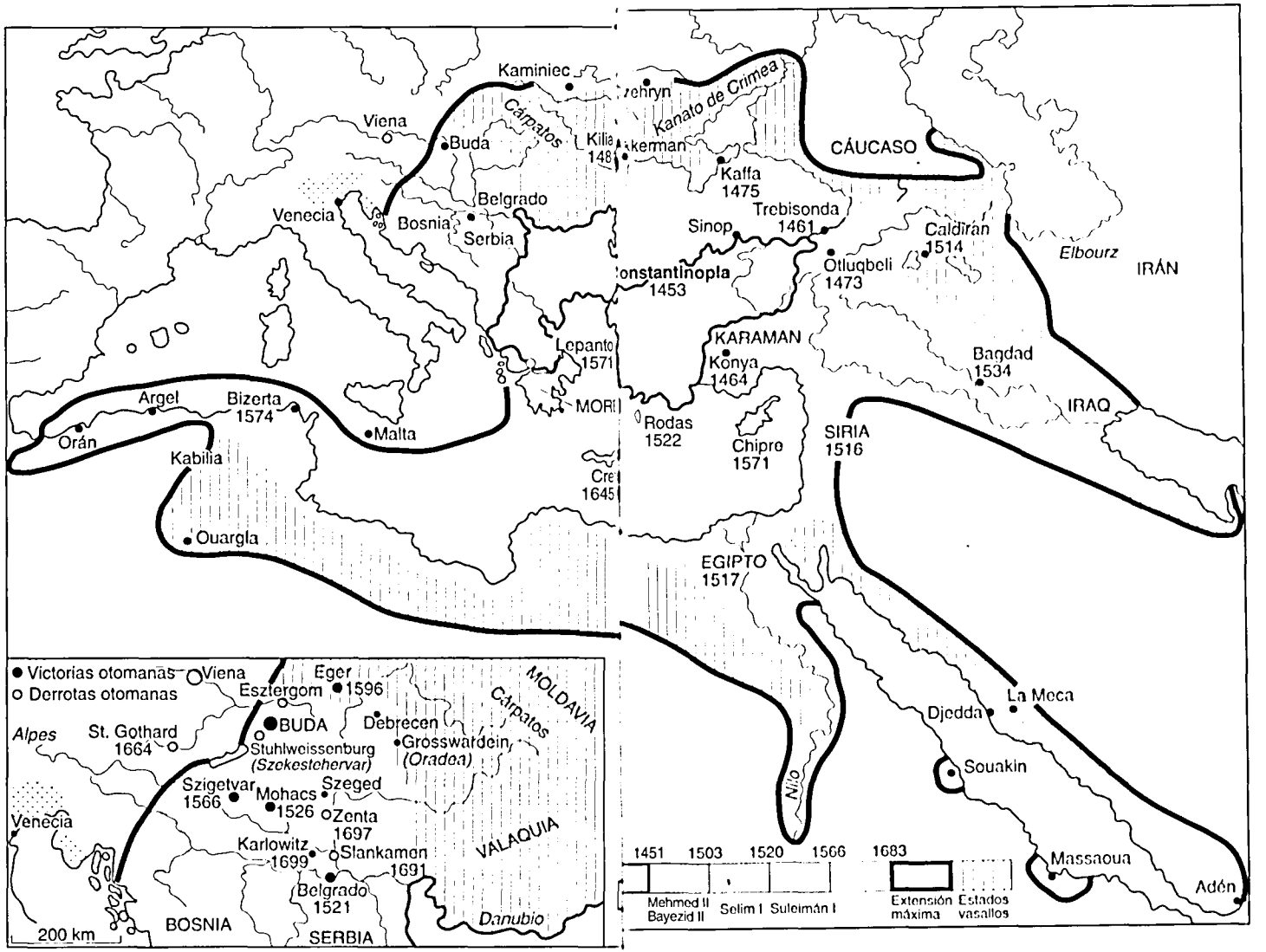
La conquista del Sudán se había iniciado en la época del dominio otomano, en nombre del virrey; se necesitaron varios decenios para que llegara a Darfur –hacia las fuentes del Nilo–, pero lo esencial del país fue conquistado entre 1820 y 1826. En 1824, los egipcios fundaban Jartum, instituían un régimen de impuestos que suscitaría múltiples rebeliones, imponían el turco osmanlí como lengua administrativa. En la tradición del Imperio otomano, el multietnismo de los dirigentes se afirmaba hasta en la colonización ya que, de los 24 gobernadores de 1821 a 1885 –periodo otomano seguido por el egipcio propiamente dicho–, hubo ocho circasianos (cherkesos), dos kurdos, cinco turcos, dos griegos, un albanés, un inglés (el futuro Gordon Pachá) y un solo egipcio. La base de tasación elegida fue la tierra; la unidad tasada era el número de grandes ruedas de agua (*sagiya*) que debían pagar de 15 a 132 piastras por año según la riqueza de la producción. Las tierras no irrigadas estaban mucho menos sujetas a impuesto; las palmeras-datileras también lo estaban. Como los soldados negros morían de enfermedad fuera del Sudán, se los destinó a la colonización de sus propias tierras. No por ello dejaron de formar una casta de mercenarios formados militarmente, pronto llamados nubios, y, a falta de poseer un ejército negro, el Jedive dispuso, en el Sudán, de cuerpos armados eficaces que, más tarde, sirvieron de mercenarios a los alemanes en Tanganica y a los belgas del Congo. Idi Amín Dada es uno de sus descendientes.

El expansionismo egipcio condujo a la localización de las fuentes del Nilo Blanco; se llevó a cabo con facilidad río abajo partiendo de Jartum, tomando en cuenta la debilidad de las tribus negras. Los elefantes abundaban, lo que atrajo a los aventureros y turistas, y el "viaje al Sudán" se tornó en una especie de género literario durante los años de 1860.

Ahora bien, los sucesores de Mehemet Alí, Abas y Mohamed Said, intentaron oponerse a esta penetración europea. Vuelto jedive a título hereditario, en 1867, Ismail quiso modernizar el país, y, como otros monarcas de esa época, cedió ante la fascinación de los ferrocarriles y de los barcos de vapor. Pronto se lanzó a la construcción del Canal de Suez, la obra de De Lesseps.

Ismail hizo de este acontecimiento del siglo una manifestación de la grandeza de Egipto, mostrando así que, en lo sucesivo, el país formaba parte de las "grandes potencias" modernas. A su inauguración

EL IMPERIO TURCO, SIGLOS XV-XVII



FUENTE: Tomado del Atlas Hachette, *Histoire de l'humanité*, © Hachette, 1992.

fueron invitados príncipes, escritores –Ibsen, Fromentin, Zola, etc.–, músicos. En 1869, la emperatriz Eugenia encabezó el primer cortejo de barcos que cruzaron el Canal y, en El Cairo, en 1871, se inauguró la Ópera con una representación de *Aída*, de Verdi, escrita para esa ocasión.

Egipto cedía a "la tentación de Occidente".

Perfectamente consciente de las miras imperialistas de Europa, Ismail recurrió a ingenieros y consejeros militares estadunidenses, y quiso adelantarse a los franceses y a los ingleses que codiciaban el Alto Sudán. En la Exposición Universal de 1878, declaró que su país presentaría un mapa en el que el Imperio africano de Egipto se extendería hasta el Lago Chad, con el proyecto de abrirse un camino hasta el Atlántico.

De hecho, sólo las expediciones hacia la costa de los somalíes obtuvieron cierto resultado; pero poco, pues las tropas etíopes predominaron sobre las egipcias en 1875-1876.

El Jedive había encargado al inglés Gordon Pachá que pusiera fin a la trata, misión que el gobernador de Jartum transformó en una verdadera cruzada. Ahora bien, la trata hacía vivir al país desde hacía casi un milenio, y las caravanas, sin esclavos, se arruinaron a su vez. Sin embargo, los gastos comprometidos en nombre de la modernización de Egipto resultaban en un endeudamiento que, pronto, se volvía mortal, haciendo caer al país en manos de sus acreedores; fracciones completas de su economía fueron puestas bajo tutela. En 1879, el Jedive abdicaba; pronto Arabi Pachá se levantaba contra el dominio europeo sobre Egipto y, en 1882, los ingleses ocuparon el país.

En cuanto al Sudán, marcado por la colonización egipcia o la administración otomana, se volvía a su vez una posesión británica. Fue en estas circunstancias cuando, Gordon Pachá, de regreso en Jartum para defender la ciudad frente a los ataques de un mahdí –Mohammed Ahmed– entró a ella con fuerzas irrisorias y fue muerto –muerte heroica que conmovió a Inglaterra (1885).

Argelia-Túnez: de un tipo de expansión a otro

La conquista de Argelia respondió a objetivos políticos y comerciales, de los medios marselleses en particular: la colonización del país perteneció a una expansión de tipo antiguo, todavía preimperialista, si se puede decir. Este dominio cambió sin embargo de naturaleza, en la

medida en que Argelia se transformó pronto en un coto reservado de capitales franceses –privados–, pero cuyo beneficio garantizaba el Estado. Es por ello que se puede poner en tela de juicio la opinión, muy difundida, de que las colonias y la expansión constituían un pozo sin fondo presupuestario, pues este juicio no tomaba en cuenta más que un aspecto del problema. En efecto, si las colonias costaban caro al Estado, producían mucho para los grandes intereses privados de la metrópoli.

Además –otro factor que se silenció–, los gastos contribuían al enriquecimiento de aquellos ciudadanos que se habían vuelto colonos y que, en la metrópoli, no hubieran tenido las mismas ventajas y no hubieran podido enriquecerse de la misma manera: sería útil calcular cuál fue la progresión del nivel de vida de los franceses de Argelia, incluyendo a los funcionarios, un siglo después de la conquista del país, y compararla con la de los metropolitanos...

También el hecho de mantener a Argelia en una etapa preindustrial garantizaba a los capitales invertidos en la industria metropolitana un mercado sin riesgos, debido al proteccionismo que reinaba en aquellas "jurisdicciones".

Si el extranjero está fuera de la jugada en el dominio argelino de Francia, no lo está en Túnez, en donde las potencias europeas rivalizaban para establecer su influencia por intermedio de sus cónsules: Italia, con Maccio, Francia, con Roustan, Gran Bretaña, con Wood.

El método consistía en obtener concesiones de obras públicas para el país, en dejar al bey contratar préstamos que un día sería incapaz de reembolsar –un método que fue particularmente operativo en Túnez y en Egipto. En Túnez, la rivalidad franco-italiana se mantiene viva; se vuelve evidente cuando la compañía Rubattino compra la concesión del ferrocarril Túnez-La Goulette a una compañía inglesa y elimina así a la compañía francesa de ferrocarriles Bône-Guelma. Estos tres países ocupaban ya un escaño en la Comisión Financiera de la Deuda, verdadero protectorado tripartito sobre la Regencia que garantizaba, con la presencia de un francés en la vicepresidencia –Victor Villet–, la preeminencia de Francia. Por último, habiendo logrado hacer nombrar a uno de sus clientes –Kheredine– primer ministro, los intereses franceses pueden adquirir la propiedad de la *Enfida*, cerca de 90 mil hectáreas. Se forma entonces una especie de consorcio financiero en el que se encuentran al mismo tiempo quienes especulan con los terrenos y quienes especulan con los valores tunecinos. Sus miembros, que constituyen uno de los núcleos del Partido colonial, "fre-

cuentan la casa de Gambetta" y no pueden ignorar lo que se trama en los medios políticos y colaborar en ello, una conexión que pudo identificar Jean Ganiage.

Una frase de Lord Salisbury había producido su efecto: "No puede usted dejar Cartago en manos de los bárbaros", le dijo a Waddington en el momento en que Inglaterra pretendía adueñarse de Chipre (1878). Disraeli lo confirmó, y las dificultades que Wood anunciaba en Túnez mismo podían entonces ser superadas. De hecho, desde que Italia presintió las intenciones francesas, protestó, multiplicó los envíos de colonos, que pronto eran 10 mil frente a mil franceses, movió a Bismarck y a Gladstone –sucesor de Salisbury–, no descontentos de que naciera una rivalidad franco-italiana. Pero Bismarck pensaba que después de la pérdida de Alsacia-Lorena, sería poco hábil que Francia encontrara a Alemania a cada paso en su camino. "La pera está madura", dijo al embajador de Francia, "les toca recogerla".

La Puerta Sublime, téoricamente soberana, jamás había admitido, algunos decenios antes, la pérdida de Argelia como irreversible. Desde entonces, a partir de Túnez, se dieron frecuentes incursiones en Argelia que apuntaban a los colonos franceses que se extendían como una mancha de aceite... Se contabilizaron 2 379, de 1871 a 1881; la número 2 380 fue la buena, pues dio el pretexto deseado al ejército francés para poner fin al "peligro krumir". La facilidad del triunfo sorprendió a todo el mundo; y los alemanes hicieron un gesto para desviar a los turcos de una intervención desde Tripolitania. Italia protestó, hubo sobresaltos en el sur del país que requirieron una segunda expedición; pero el tratado de Bardo firmado por el bey fue ratificado por la Cámara Francesa a pesar de Clemenceau y gracias a Jules Ferry.

Fue seguido, en 1883, por la convención de La Marsa, que establecía el protectorado de Francia sobre Túnez, fórmula nueva, que era una concesión al mismo tiempo a las potencias rivales y al bey, cuyo gobernador general (francés) sería el Ministro de Asuntos Exteriores. El protectorado dependía entonces, en la metrópoli, no del ministro de Marina, sino del Quai d'Orsay. La ficción de Túnez, estado extranjero y "soberano", se ponía en relieve.

En el caso tunecino, las rivalidades de las potencias se habían apenas manifestado, porque la expansión francesa se llevaba a cabo lejos de las zonas codiciadas por los ingleses o los alemanes. Sólo Italia era realmente un obstáculo. Gran Bretaña había permanecido con los ojos semicerrados, y al mismo tiempo Francia desaparecía de Egipto, después

de que la rivalidad corriera el riesgo de ser violenta, sobre todo en ese país en donde explota un nacionalismo árabe en plena efervescencia.

En el caso marroquí, se observa la coyuntura tunecina, aunque con dos diferencias. Primero alentada por Alemania, Francia ve cambiar la situación cuando el káiser adopta una actitud diferente porque entre los años ochenta y el cambio de siglo, sus ambiciones se vuelven más imperiosas debido a que el reparto de África lo dejó insatisfecho. Al amenazar a Francia, pone a prueba la Entente Cordial. La puesta bajo tutela de Marruecos requiere entonces unos 30 años. Otra diferencia parece ser que, en Francia, los intereses económicos y financieros "imponen en el fondo su voluntad al Estado –cuando en Túnez todavía no tenían los medios para hacerlo" (J. Thobie).

Hasta más o menos 1906, los grupos financieros, Schneider y el Banco de París y de los Países Bajos sobre todo, proceden al igual que en Túnez: prestan dinero al sultán, toman el control de las finanzas del país, se abren mercados, etc., mientras los diplomáticos limpian el terreno para abrir espacio a la intervención francesa. Delcassé sigue de cerca la situación financiera; considera que los haberes de Schneider son insuficientes para satisfacer las exigencias virtuales del sultán: así apuesta al Banco de París y de los Países Bajos, el capital financiero conduce el juego. El interés de los bancos franceses tiende entonces a confundirse con la política del gobierno. Las condiciones que imponen al sultán son draconianas, y algunos piensan que una ocupación militar sería la mejor garantía de los préstamos otorgados. El Comité del África francesa subvenciona hasta al general Lyautey para que, desde Orania, compre la ayuda de jefes de los oasis al otro lado de la frontera: Colomb-Bechar, Figuig, Berguent... "Avanzo como barrena", comenta Lyautey que, en Argelia, es apoyado por el gobernador Jonnart.

En efecto, en Argelia, se recuerda que la intervención del Sultán, en 1844, había ayudado a Abd el-Kader a defenderse de Francia y que, a pesar de una derrota militar, había limitado la extensión del territorio de Argelia hacia el oeste. Pero, allí, las fronteras no estaban realmente establecidas; en el tratado de Lalla Marnia se había más bien definido la obediencia de las tribus: a Marruecos o a Argelia, no una línea divisoria territorial. Esto permitía todos los ardides, los que, después de 1960, sobrevivieron a la independencia de esos dos países...

Ahora bien, se tenía la idea de que, en esas regiones, había bajo la roca ricas minas de fosfato.

Desde 1880, en la conferencia de Madrid, Francia se vio obligada a aceptar la internacionalización del aprovechamiento de Marruecos:

España, Gran Bretaña, Alemania. Delcassé distrajo a Inglaterra dejándole las manos libres en Egipto; a España, se le dejó la libertad de ocupar Río de Oro. Quedaba Alemania.

Con ella, el conflicto se complica antes de 1906, fecha de la conferencia de Algeciras: se exaspera en 1911, cuando Guillermo II coloca una cañonera frente a la ciudad de Agadir. La estancia de Guillermo II en Tánger aseguró a Alemania, durante medio siglo, la simpatía de los árabes: el káiser encarnaba el poder sin colonias que se oponía al apetito de los imperialistas franceses e ingleses.

Exacerbación de las rivalidades coloniales en la época imperialista

Hacia finales del siglo XIX, las interferencias entre los grupos financieros e industriales en vías de desarrollo por una parte, y cada Estado, por la otra, agudizan las rivalidades entre naciones industriales que desean colocar sus productos o sus capitales. La colonización se vuelve una de las formas de dicha expansión, pero parece ser la más segura en el proceso de acaparamiento de territorios. No se la considera sin embargo la más ventajosa en todos los casos, y, por ejemplo, en Francia, la expansión económica y financiera, entre 1870 y 1914, se ejerce sobre todo fuera del Imperio colonial: antes de 1882, en el Imperio otomano esencialmente y, después de 1891, en Rusia sobre todo. Lo que no excluye la idea, a largo plazo, o si se presenta la oportunidad, de un dominio con carácter semicolonial: de ello dan testimonio la crisis egipcia de 1881-1882, la de las finanzas tunecinas en 1882, la repartición del Imperio otomano en 1918 y el proyecto de división de Rusia en "zonas de influencia" durante la guerra civil rusa y la intervención extranjera (1918-1920).

Si no existe una correlación absoluta entre la instalación política de Francia allende el mar y la curva del comercio francés, por lo menos se observa una correlación inversa entre el porcentaje de las exportaciones con el Imperio y el retroceso de las exportaciones totales.

Entonces, así como la expansión hacia las colonias se vuelve para Francia una compensación de sus fracasos después de 1871, es asimismo una seguridad de carácter económico y desempeña, una vez más, el papel de una compensación.

Reparto del África negra

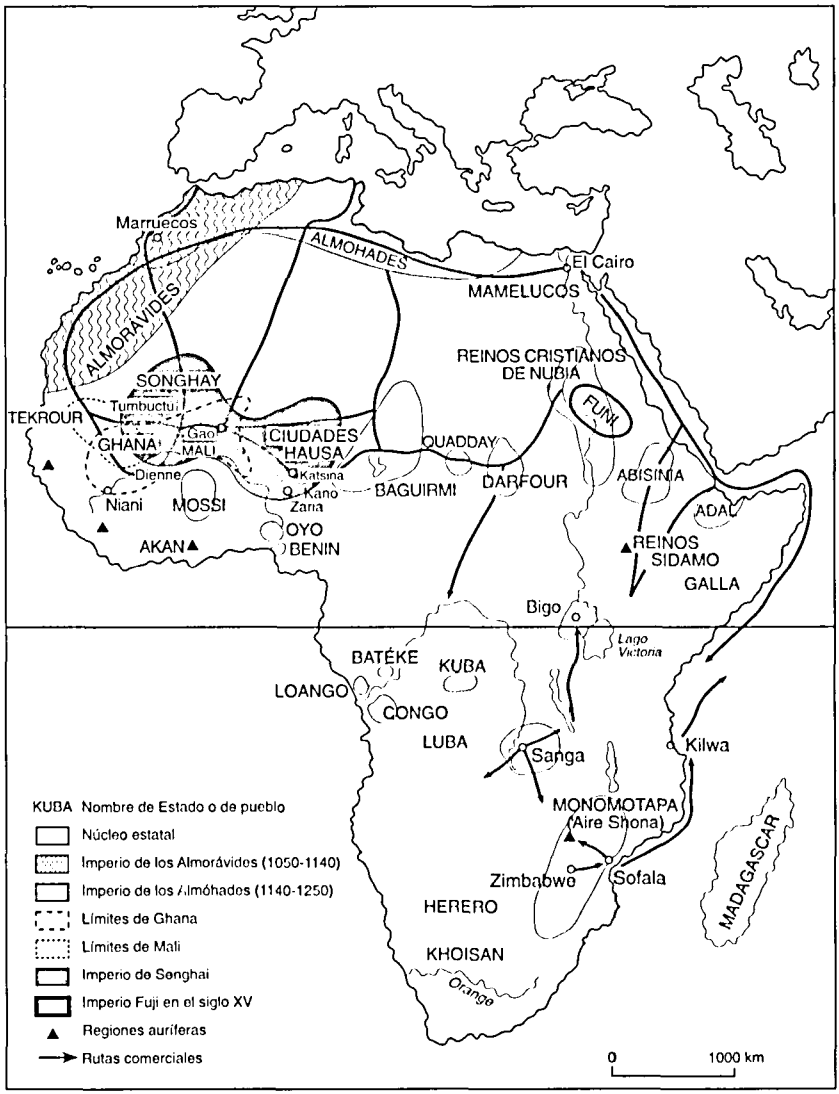
Suscitada por los conflictos en torno al Congo, territorio que se disputaban el rey Leopoldo, a título privado, su agente Stanley, y Brazza en nombre de Francia, la conferencia de Berlín fue organizada, en realidad, por Bismarck, que deseaba confirmar su papel de árbitro en los conflictos internacionales, pero participar asimismo en lo sucesivo en la arrebatiña.

Francia había obtenido un derecho de retracto o de preferencia sobre el Congo para el caso de que la Asociación de Leopoldo lo abandonara; pero Gran Bretaña y Portugal protestaban en contra de esta extensión de las pretensiones francesas que había ilustrado la firma del tratado Makoko, ratificado con gran pompa en la Cámara de Diputados. Portugal invocaba sus derechos "históricos". Por un lado, en efecto, desde la pérdida de Brasil, la conciencia nacional exacerbada de ciertos medios portugueses consideraba necesaria la renovación de un Imperio que no había dejado de achicarse; por el otro, una reactivación económica en São Tomé y en Angola, acompañada por una gran depresión en Portugal, de 1873 a 1896, como además en toda Europa, constituía un llamado a la acción que reanimó una especie de microimperialismo, origen de una nueva oleada hacia África. Ésta se manifestó con fuerza en la conferencia de Berlín y permitió a Portugal obtener una parte del botín, gracias a antiguas posiciones establecidas, pero fuera de proporción con el poder del país. Es cierto que ingleses y alemanes preferían ver agrandarse las posesiones portuguesas hacia el interior en lugar de permitir que Francia se extendiera al infinito: y es lo que sucedió en Angola y en Mozambique.

Catorce potencias participaron en la conferencia de Berlín (1884-1885) que, en lo esencial, estableció una especie de *gentleman's agreement*; las potencias europeas se comprometían cada una a ya no proceder a adquisiciones salvajes sin notificarlo a las demás, para permitirles hacer reclamaciones. Los pueblos o reyes africanos, considerados *res nullius*, ni siquiera eran consultados o informados de todas esas discusiones.

El principal beneficiario fue en realidad Leopoldo, cuyo título de soberano propietario del Congo fue reconocido por todos, lo que le permitió, consideró, integrar a Katanga. En virtud de su derecho de preferencia, Francia dejaba actuar, esperando más tarde recoger la hucha, que en realidad el Estado belga recibió como herencia en 1908.

EL ÁFRICA POLÍTICA PRECOLONIAL, SIGLOS X-XVI



FUENTE: Catherine Coquery-Vidrovitch, *Afrique Noire,* París, Payot, 1985, p. 90.

Después de esa conferencia, las principales potencias europeas que aspiraban a territorios se abalanzaron sobre ellos, a reserva de concluir –entre europeos– acuerdos de delimitación de fronteras; las que sobrevivieron hasta después de la independencia de los estados africanos, un siglo más tarde. Gran Bretaña firmó unos 30 con Portugal, 25 con Alemania, 149 con Francia... En cuanto a los "tratados" con los africanos, Francia había concluido 118, de 1819 a 1880, y todavía 126 más hasta 1914; Stanley concluyó 257, etcétera.

Ya Alemania había definido sus zonas de influencia: el suroeste africano en donde un negociante de Bremen, Luderitz, había desembarcado en 1882, y a donde una flota alemana pronto llevó misioneros; luego Kamerún (con esta ortografía en esa época), y Togo, en donde había operado un explorador, Nachtingal, en 1884; por último, el este africano, ocupado gracias a Carl Peters, quien partió de Zanzíbar con un puñado de hombres. Más al oeste, los alemanes de la Deutsche Ostafrikanische Gesellschaft encontraron allí a los ingleses de la Imperial British East Africa, y el reparto se llevó a cabo entre Tanganica y Nyassalandia, en tanto que los ingleses se instalaban solos en Uganda, y luego anexaban Zanzíbar (1888-1890).

Habiendo partido de Senegal, los franceses avanzan hacia el lago Chad y el Níger (Borgnis-Desbordes funda Bamako en 1882), y, como los ingleses de la Royal Niger Company se instalan en el bajo Níger, los franceses se lanzan hacia Chad, "placa giratoria del continente negro". Es en torno a ese lago donde Francia piensa llevar a cabo la unión de todas sus posesiones: África del Norte, Senegal y Níger, encontrándose Gabón y el Congo reunidos por un lazo con el resto de las posesiones francesas.

La conferencia de Berlín no procedió realmente al reparto del África negra, como se ha dicho, ni siquiera al reconocimiento de zonas de influencia en las tierras del interior: sólo formuló "reglas del juego" que permitieron el desenfreno de operaciones y de anexiones a las que se llamó la "carrera a campo traviesa", con cada potencia europea precipitándose para plantar su bandera en el mayor número de territorios posible... Pero, en Berlín, las potencias se apoderaron efectivamente de África.

Si en Berlín el "reparto" fue un mito, en África los sueños de conquista se volvieron una realidad.

Inglaterra, dueña de los mares, desea ante todo controlar las costas, desde Freetown en Gambia hasta más allá de Zanzíbar, pasando por El Cabo. Luego, estimulada por la acción de Cecil Rhodes en

Sudáfrica y por su reciente ocupación de Egipto, sueña con establecer la unión de El Cabo a El Cairo, pasando por los Grandes Lagos.

Francia, entre Senegal y Níger, desearía que se unieran, en torno al lago Chad, el Sahara, África del Norte y África Occidental. Además, por Gabón, que espera agrandar con el Congo de Leopoldo, pretende llegar a Djibuti, *vía* el alto Nilo. Es en el cruce de esta ruta y del proyecto inglés de El Cabo a El Cairo donde se produce el incidente de Fachoda, entre Kitchener y el capitán Marchand (1898).

Alemania quisiera crear un Imperio de Mittel Afrika que partiera de "Kamerún" y llegara a Tanganica: entre los dos, el Congo de Leopoldo pone un obstáculo. En cuanto a Portugal, sueña con Angola y Mozambique, pero se enfrenta al empuje, hacia el norte, de las repúblicas bóers y de los ingleses.

Varios tratados zanjan estos conflictos de rivalidad, independientemente de las poblaciones africanas implicadas, que reaccionan a su manera.

Los primeros se concluyen entre Alemania y Gran Bretaña, en 1886, a propósito del conflicto en la zona del Kilimanjaro y de la soberanía de Zanzíbar. Mientras el rey Abushiri se levanta en Tanganica contra los alemanes de Emín Pachá (en realidad Edward Schnitzer), los ingleses y los alemanes discrepan acerca de la ayuda que aportarían a este último, y, en 1890, Alemania firma un nuevo tratado con Inglaterra que le concede hacerse cargo de los territorios de la Deutsche Ostafrikanische Gesellschaft. En esa fecha, toda esta región de los accesos hacia Uganda estaba bajo el dominio de los derviches, y fue delimitada de tal manera que los acuerdos concluidos por Carl Peters no amenazaban los proyectos británicos que, desde Sudán, contaban con llegar a Kenia.

Henri Brunschwig considera que este tratado de 1890 es totalmente típico de los acuerdos firmados durante esta fase de imperialismo colonial. El artículo I dejaba a Inglaterra los montes Mfumbiro (Ruanda), de los que dio testimonio Stanley; más tarde se descubrió que no existían. Asimismo, el Río del Rey, que debía delimitar a Nigeria de Camerún, no era más que una escotadura de la costa... Las esferas de influencia se definían de manera confusa, y, a cambio de lo que Alemania abandonaba en Uganda y en Zanzíbar, recibía la pequeña isla de Heligoland a la altura del Mar del Norte, "tres reinos contra una tina" (Carl Peters). Es cierto que, para Bismarck, lo que contaba era Europa, y en 1890 desea reconciliarse con Gran Bretaña. Y además, considera su sucesor Caprivi, "los reinos debían conquistarse, la tina no

tenía más que entrar en el cuarto de baño". Pero los nacionalistas alemanes estaban furiosos.

El primer acuerdo franco-inglés de 1890 acerca de Chad tenía los mismos estigmas, imprecisión de las fronteras, ignorancia de las autoridades indígenas: "Los dos gobiernos admiten que había lugar, en el porvenir, para sustituir progresivamente las líneas ideales que sirvieron para delimitar la frontera por un trazado determinado por la configuración natural del terreno, por puntos reconocidos con exactitud".

Fue la rivalidad naval franco-alemana, al cambiar el siglo –uno de los aspectos de una confrontación por el dominio del mundo–, lo que ayudó a la solución de una crisis franco-británica, originada a consecuencia de la misión de Marchand, hacia el Bahr el-Ghazal y el Alto Nilo. La operación había sido concebida por el residente de Francia en Jibuti, Léonce Lagarde, con la complicidad del emperador de Etiopía, Menelik, que acababa de triunfar sobre los italianos que habían llegado para ocupar Abisinia, en la batalla de Adua (1896). Mientras el capitán Marchand salía del Congo, el explorador Bonchamp se uniría a él, procedente del este, desde Jibuti. Pero, mientras que Marchand llegaba en efecto a Fachoda, en 1898, Bonchamp, habiendo llegado no lejos de ahí un poco antes, agotado, había tenido que dar marcha atrás. Sin embargo, alertados por la batahola en torno a este proyecto "de Sudán a Jibuti", los ingleses declararon que se opondrían a él, y Kitchener, con 25 mil hombres, tras haber derrotado a los mahdistas del Alto Nilo, se apoderó de Fachoda con 3 200 hombres "en nombre de Egipto". Las opiniones públicas se acaloraron tanto en Inglaterra como en Francia, y, para Guillermo II, esto se volvía "interesante". Pero Delcassé reconoció que no tenía más que "razones, frente a soldados", y, como tampoco los ingleses deseaban una confrontación, sino lo contrario, ya que había que hacer frente a Alemania, se concluyó un acuerdo. Marchand recibió la orden de retirarse y Francia resintió la humillación. De hecho, según el acuerdo de 1904, perdió Bahr el-Ghazal pero ganó en cambio Ubangui-Ghari y el Sahara que "apaciguaría" al comandante Laperrine d'Hautpoul.

Se habían dividido África, faltaba conquistarla.

Los nuevos conquistadores

Lejos de ser caras coloradotas con espada, la mayoría se pretenden poseedores de un gran designio. Aunque pasen a cuchillo poblaciones

completas –como Gallieni en sus inicios– o las quemen vivas –como Bugeaud en Argelia–, estas acciones no constituyen a sus ojos más que los medios necesarios para la realización del proyecto colonial, esa misión civilizadora que sustituye a la evangelización tan del gusto de los conquistadores del siglo XVI.

Se pretenden los héroes solitarios de esta gran obra que los distingue de la vida mediocre que habrían llevado en la metrópoli. Se ve mejor el perfil de esta ambición al comprobar que no obedece a motivos interesados o subalternos: la mayoría de ellos son de extracción acomodada. Faidherbe y Pavie son la excepción –oficial pobre el primero, y empleado de correos el segundo, pero los demás son hombres de alto linaje y con cultura. Bugeaud, Brazza, Laperrine, Selkirk, Serpa Pinto pertenecen a familias con títulos; Gallieni, Carl Peters, Lyautey, Wakefield, Milner son respectivamente hijo de oficial, de pastor religioso, de ingeniero, de abogado, de médico –y no es la necesidad la que los guía.

A semejanza de los revolucionarios rusos, constituyen una especie de inteliguentsia. Además, todos escribieron o hicieron investigaciones en ciencias sociales. Pavie es etnólogo, Bugeaud polemista, George Grey bibliófilo; Cecil Rhodes parte en campaña con Aristóteles y Aurelio en su equipaje; Saint-Arnaud lee la *Imitación de Cristo*, Lyautey lee tanto como Lenin –ese gran devorador de folletos y de textos–, pero a Baudelaire, Barrès y Bourget más que los tratados militares. Su divisa es un verso de Shelley: "La alegría de vivir está en la acción."

André Gide, en su *Voyage au Congo*, se sorprendía de la rudeza despreciativa con la que los coloniales se dirigen a los colonizados: se explica por la solidaridad de color y la alta visión que tienen de sí mismos, excluyendo toda relación con el otro que pudiera ser igualitaria.

La dificultad surge debido a que plantaban su bandera en nombre de los derechos del hombre, de la igualdad justamente, del *Habeas Corpus* y de la libertad, sin ver necesariamente que violaban sus principios de acción.

Sin embargo, estas consideraciones no siempre influían en todos.

Bugeaud es el mejor ejemplo. Toda su vida expresa su odio de hidalgüelo hacia todas las novedades sociales y toda expresión de pensamiento libre. Este monárquico activo vitupera la instrucción que se proponía dar al pueblo, y se lo hace saber a Thiers: "La nación no puede vivir más que por un trabajo muy duro que no deje a los hombres de los campos o de las fábricas ni tiempo libre ni fuerza para el estudio"... En otra parte, escribía: "Envíenme a los ideólogos a África

donde me encuentro, para hacerlos matar. Esto sería servir bien al país." La sociedad, según él, descansaba sobre cuatro pilares: trabajo, familia, patria y religión. Había que eliminar a cualquiera que pensara de otra manera.

En Argelia, derrotó a Abd el-Kader en la batalla de Tafna; pero, seguro de sí mismo, no revisó el texto en árabe de la convención que acompañaba el final de los combates. Ahora bien, dicho texto reconocía al emir su dominio sobre toda Argelia. De buena gana, este último concedió al general, además hostil a la ocupación de todo el país, los 100 mil budjus (180 mil francos) que este pidió al árabe... como mordida: para los caminos vecinales de la Dordoña y para sus oficiales. El escándalo no hizo más que hacerlo aún más popular entre sus hombres. Se ocupaba de ellos como nadie, y el bienestar del soldado era su primera preocupación. A cambio de una disciplina de hierro, los dejaba después pillar, violar, divertirse... Y en el combate no los abandonaba jamás: de ahí nació el célebre refrán: "¿Has visto, la gorra, la gorra? ¿Has visto la gorra del tío Bugeaud?" "Jamás ningún jefe de ejército pudo, gracias a su benevolencia y a su autoridad moral, obtener tanto de sus soldados como el general Bugeaud: los habría llevado hasta el fin del mundo, los habría hecho lanzarse al fuego" (C.-A. Julien).

Militarmente, decidió apoyarse en grandes fuertes y utilizar la *razzia* para obligar al enemigo a pedir el *aman*, el perdón de la sumisión.

"En Europa, no sólo le hacemos la guerra a los ejércitos, se la hacemos a los intereses... tomamos posesión del comercio de las aduanas y esos intereses se ven obligados a capitular... En África no hay más que tomar posesión de un interés, el interés agrícola... Es más difícil de tomar que en otras partes, pues no hay ni pueblos ni granjas. Lo pensé mucho tiempo, al levantarme y al acostarme: pues bien, no pude descubrir otro medio de someter al país más que tomando posesión de ese interés."

Bugeaud asoló entonces al país y, por ejemplo en 1842, hizo quemar todo entre Miliana y Cherchell. "No peleamos, incendiamos", escribe de su lado Saint-Arnaud. "Quemamos todos los aduares, todos los pueblos, todas las chabolas... Cuántas mujeres y niños, refugiados en las nieves del Atlas, murieron de frío y de miseria... Asolamos, pillamos, destruimos las casas... los incendios que aún arden me indican la marcha de la columna..." Bugeaud encubrió con su autoridad al general Pélissier, quien ahumó a un millar de árabes en las grutas de Dahra en 1845.

Acabó por derrotar a Abd el-Kader, triunfó sobre el hijo del sultán de Marruecos que había llegado en su auxilio (batalla de Isly, 1844) y nada quiso saber de los requerimientos de París, horrorizado por el eco de esas devastaciones.

Bugeaud inauguró esta tradición: un general, allende el mar, debe actuar a su antojo, sin preocuparse por su gobierno. Éste sin embargo hizo de él un duque de Isly, "por haber dado Argelia a Francia".

A diferencia de Bugeaud, **Faidherbe**, que era igualmente militar, no se pretendía guerrero. Había sido enviado a Senegal a solicitud de los comerciantes de Saint-Louis, quienes, desde que esa tierra fue recuperada de manos de los ingleses, en 1818, deseaban que la presencia metropolitana se perpetuara y, sobre todo, se arraigara por la designación de un gobernador nombrado para un largo ejercicio –18 meses– a fin de que la colonia estuviera en mejores condiciones de desempeñar un papel en el marco africano más amplio.

Faidherbe fue ese primer gobernador.

Politécnico, oficial pobre, amigo de Schoelcher, el liberador de los negros, siguió siendo republicano tanto durante la monarquía como durante el Imperio. Sobre todo, se consideraba investido de la misión de instituir la libertad; en pocas palabras, de hacer de los senegaleses franceses de color, como lo eran los de la Martinica.

Sólo que se enfrentó a dos obstáculos. En primer lugar, después de garantizar la seguridad de los comerciantes mediante la construcción de un gran número de fortines –estrategia que le permitió derrotar a los moros de Mohammed el-Habid–, tuvo que enfrentar un expansionismo rival: el de El Hadj Omar. Procedente de una gran familia toucouleur (pueblo de Senegal y de Guinea resultado del cruce de los fulbe con negros o moros) e iniciado en la confraternidad de los tidjanija, El Hadj Omar, insufló desde La Meca y desde el Sudán, una intención de guerra santa a la lucha contra los infieles. Él encarnaba en efecto al África musulmana, que combatía tanto en contra de los paganos como de los cristianos. Fue finalmente vencido y muerto en 1864, pero siguió siendo un modelo para otros jefes africanos, Samory y Rabah, que lo relevaron.

El segundo obstáculo fueron los propios colonos, quienes deseaban transformar Senegal en una colonia de plantación: consideraban que su hora había llegado, ya que con la desaparición de la trata, las Antillas necesariamente se arruinarían. Su idea era hacer trabajar a los negros en las plantaciones: producirían pistacho, go-

ma, pero sobre todo cacahuate, pronto el rey del Senegal.

Apreciaron a Faidherbe mientras éste puso fin a la piratería aduanal que practicaban los moros, o mientras combatió a los toucouleurs. Pero su política asimilacionista se enfrentó a la resistencia de los propios colonos, poco propensos a admitir, con la aplicación efectiva del Código Civil, que negros y blancos podían ser iguales ante la ley. Quiso ayudar a los senegaleses a volverse productores y proyectó asimismo instruir a los negros; sobre todo, no subordinó sus intereses a los de los blancos; al declarar "que había que tomar como regla de conducta el interés de los indígenas", se enajenó también al ministerio, que lo calificó de salvaje. Los colonos lo apodaban "la momia" y, durante los siguientes decenios, los nacionalismos senegaleses denunciaron su paternalismo.

De todos los conquistadores, el fundador de Dakar fue sin duda el que, con respecto a las ideas de su época, se esforzó con más rectitud por llevar a cabo una política que concordaba con las ideas de la República.

Entre todos los edificadores del Imperio, **Cecil Rhodes** fue quien formuló el proyecto más grandioso ya que, para permitir "el final de todas las guerras", se proponía "poner la mayor parte del mundo bajo nuestras leyes", es decir, bajo la ley británica. La primera etapa debía ser la sumisión de África a la civilización anglosajona; seguía la ocupación de América del Sur, de Tierra Santa, etc., hasta de Estados Unidos, que volvería a ser parte integrante del Imperio Británico con representación en el Parlamento imperial...

Este hijo de pastor religioso, originario de una familia numerosa, plantador de algodón, viaja a Kimberley a los 17 años, al enterarse de que se acaban de descubrir allí yacimientos de diamantes; gana lo suficiente para ir después a buscar oro, y, habiendo hecho fortuna, parte a estudiar a Inglaterra. Tiene entonces 20 años y descubre en Oxford las teorías darwinianas así como la enseñanza de Ruskin. De vuelta en el país, incrementa su fortuna y pronto es dueño del 90% de las minas de diamantes del mundo. Es de esta fortuna de la que se servirá para perfeccionar su programa de conquistas territoriales, pues él mismo gasta poco, y el dinero no le interesa más que en la medida del poder que confiere. Gustosamente cínico, considera que todo se compra, sobre todo las conciencias, y la corrupción se vuelve su instrumento preferido. Considera que el interés tiene prelación sobre todo y hasta sugiere a Parnell, líder del Home Rule irlandés, al que admira

y que tiene dificultades con los sacerdotes católicos, que tal vez "se podría comprar al papa".

Son tierras lo que Cecil Rhodes desea acumular: son tierras lo que El Cabo necesita, no indígenas. "No vamos a dejar África en manos de los pigmeos cuando una raza superior se multiplica... Yo no tengo escrúpulos en tomar el territorio de Bechuanalandia a Mankoarane..." "Estos indígenas están destinados a caer bajo nuestro dominio... El indígena debe ser tratado como niño y la franquicia electoral debe serle prohibida por la misma razón que el alcohol." Respalda entonces el proyecto del Strop Bill que da a los magistrados el derecho de azotar a los indígenas... Naturalmente, las detenciones arbitrarias, las provocaciones destinadas a justificar una guerra, los asesinatos de correos y de mensajeros, son procedimientos que emplea el "Chartered Gang", apodo dado a la British South Africa Cy –o Chartered.

Su plan preveía, en primer lugar, la anexión de Bechuanalandia, "canal de Suez" del tráfico de ese país, que permitiría llegar a Matabelé pasando por el oeste de Orange y de Transvaal. De esta manera se bloquearía el avance de los alemanes desembarcados en el suroeste africano. Elegido diputado de El Cabo, logró aliarse con los holandeses e imponerse a John Mackenzie, nombrado comisario en Bechuanalandia, que pertenecía al grupo de los altos funcionarios "humanitarios" e intentaba promover una política imperial de protección, por lo menos relativa, de los indígenas expuestos al racismo de los bóers. Respaldado de esta manera y libre de actuar a su antojo, Cecil Rhodes pudo utilizar sus prácticas habituales para desposeer a los indígenas de Bechuanalandia de sus tierras, y, en El Cabo, asignarles un lote delimitado, e inalienable, de tal manera que sus descendientes estuvieran obligados a ir a trabajar en las minas. Doble golpe.

La alianza con los holandeses tenía también como objetivo ganarse la confianza de los dirigentes de los estados bóers, a fin de "birlarles" la región de Matabelé, una estrategia que Londres no podía sino aprobar. Pero los británicos no pretendían comprometerse directamente en una acción tan riesgosa. Cecil Rhodes supo utilizar la complicidad del gobernador de El Cabo, sir Hercoles Robinson, y de su amigo Sydney Shippard, comisario en Bechuanalandia, para obtener del rey Lobenguela una especie de monopolio de la búsqueda de minas en su territorio (1888). Se trataba del territorio entre Limpopo y Zambeze, pronto llamado Rhodesia, con Bulawayo como capital. Los extranjeros llegaban masivamente, y, de inmediato, estallaron conflictos sobre el contenido de esta carta, ya que los hombres de Cecil Rhodes se considera-

ban en lo sucesivo propietarios de las tierras sobre las que no tenían más que un derecho de prospección. Lobenguela había escrito a la reina Victoria para protestar, pero sus emisarios fueron asesinados. Se hubiera necesitado menos para que estallaran los incidentes, y luego la guerra –que Jameson, representando a la Compañía, ganó con facilidad, incendiando el kraal de Lobenguela.

En Londres, Lord Roseberry, sucesor de Gladston, concedió a la Chartered, por orden en Consejo de 1894, todos los dominios de Lobenguela. Y había costado poco al Tesoro...

Apodado "el Napoleón de El Cabo", Cecil Rhodes hizo una gira triunfal a Londres. Pero estos mismos éxitos habían inquietado e irritado tanto a los holandeses de El Cabo como a los dirigentes bóers, sobre todo al presidente Kruger, quien no había apreciado esta conquista de Matabelé... una región en la que había puesto sus miras. A decir verdad, toda la política de Rhodes tenía como objetivo último asociarse a las repúblicas bóers para constituir una federación sudafricana, bajo la bandera británica pero sin hostilidad hacia los bóers, pues compartía sus ideas, sobre todo sobre la cuestión indígena. Ahora bien, desde que el diamante y el oro habían transformado la vida en Transvaal, los extranjeros, o *uitlanders*, eran cada vez más numerosos, lo que creaba incidentes con los bóers. Los uitlanders se volvieron una especie de caballo de Troya en Johannesburgo, en cuanto Frankie Rhodes, uno de los hermanos de Cecil, administrador de los Goldfields, se transformó en uno de sus jefes. Impacientes por ver a Kruger dejar paso a su pasión, los dos hermanos Rhodes y Jameson prepararon un golpe de mano que fracasó lamentablemente: fue el desplome de Cecil Rhodes.

Sin embargo, este espectacular fracaso no lo desanimó: entonces llevó a cabo en parte su proyecto de ferrocarril de El Cabo... a El Cairo, que, por lo menos, de El Cabo llegó a Bulawayo. Sobre todo, cambió por completo su posición, y, para vengarse de los bóers, se volvió defensor de los derechos de los negros, conmovido, dijo, por la suerte que padecían desde que había sido reprimida la gran rebelión de los matabelés...

En lugar de la fórmula "igualdad de derechos para todos los hombres del sur del Zambeze", proclamó "la igualdad de derechos para todo hombre civilizado... blanco o negro, a condición de que tenga una instrucción suficiente, una propiedad o un oficio, en una palabra, que no sea holgazán".

"La colonización tiene como meta enriquecer sin escrúpulos y con decisión a nuestro propio pueblo, a costa de otros pueblos más débiles."

Al anunciar públicamente su programa, la Deutsche Ostafrikanische Gesellschaft de **Carl Peters** no pretendía una hipocresía civilizadora. Fulgurante, la epopeya de su fundador terminó mal. No por ello dejó de tener como efecto dar a Alemania su más bella colonia, el Tanganica de ayer, la Tanzania de hoy... Fascinado por la potencia inglesa, celoso de sus éxitos, considera, al igual que Bismarck en 1848 al hablar de la asamblea de Francfort, que la Liga Colonial Alemana *Deutsche Kolonialverein*, no "era más que una asamblea de charlatanes". Por su parte, Carl Peters desea fundar una colonia –solo, si es necesario. En su atlas, las manchas blancas del África oriental lo obsesionan, y, durante un partido de billar, confía al camarero de Guillermo I, Félix Behr-Baudelin, que piensa hacer gestiones y fundar la Gesellschaft für deutsche Kolonizazion, con 24 suscriptores (1884).

Su idea fija: instalarse antes de que otros estados –Bélgica, Inglaterra, etc.– hayan podido localizar esos amplios espacios que se encuentran frente a Zanzíbar. En esas regiones, "de Alemania, los indígenas ni siquiera conocen el nombre... Si Inglaterra no estaba instalada allí, es porque creía ya estarlo: el Canal de Suez parecía ser una empresa inglesa, el Mar Rojo, un lago inglés; el comandante de las tropas del sultán de Zanzíbar era inglés; cruceros ingleses la tenían bajo sus cañones" (M. Baumont, en *Les techniciens de la colonisation*).

Mas, por ese lado, Inglaterra no se había adentrado en el continente.

Haciéndose nombrar cónsul de Alemania en Zanzíbar, Carl Peters desembarca entonces, durante la noche, en la costa de enfrente con cuatro blancos, cinco negros, un intérprete, un cocinero y 36 cargadores. Lleva con él baratijas, telas, viejos dolmanes de húsar.

Lo importante era evitar la mirada del sultán, penetrar profundamente en las tierras, intercambiar algunos dolmanes contra espacio. Doce tratados fueron concertados con jefes indígenas: Peters ofreció de esta manera 150 mil km^2 a su emperador. "Sé que estos acuerdos son una ficción, dice Peters, pero, ¿acaso los demás actuaron de otra manera?"

Segunda expedición, esta vez militar, en cuanto el sultán de Zanzíbar, habiéndose enterado de esto, hace como si protestara. Bismarck había hecho saber que la protección de los ciudadanos alemanes era sagrada: ocho barcos de guerra, a las órdenes del almirante Knorr, apoyaban esa afirmación que valió la cesión, con todos los requisitos, de Dar es-Salam.

Los alemanes ya no eran más que tres, luego dos; uno había muerto de las fiebres, el otro en el norte...

Pronto Carl Peters se lanzaba en auxilio de otro alemán, Edward

Schnitzler, que se había atribuido el título de Emín Pachá y marchaba hacia el lago Victoria... Pero, en 1890, se vio a los ingleses concluir con el káiser un tratado que a cambio de Heligoland cede Zanzíbar y Uganda. El Estado retiraba a la Deutsche Ostafrikanische Gesellschaft todos los derechos de administración y de aduanas.

Es que con la ayuda de los ingleses se supo, entre tanto, de las exacciones del conquistador: ejecuciones sumarias, malversaciones, látigo y palo hasta la sangre... Se decía que Carl Peters abandonaba sus cargadores extenuados a merced de los animales salvajes. El escándalo estalló cuando la prensa católica y socialista denunció al criminal. Carl Peters fue destituido en 1897.

Veinte años después, los nacional-socialistas reconocen en él a un precursor. Además, durante la primera guerra mundial, el Memorándum Wilhelm Solf ampliaba las perspectivas de un dominio alemán en África central. Sin embargo, el general von Epp adoptaba el "Banderín Peters" haciendo de él el emblema de las sociedades coloniales de Alemania. En 1936, al lado de la cruz negra sobre un fondo rojo sembrado de cinco estrellas blancas, se agrega una cruz gamada.

A diferencia de las demás colonizaciones, la del Congo no se llevó a cabo por militares –como en el Senegal– o por hombres de negocios dispuestos a hacer intervenir a las fuerzas armadas –a semejanza de Cecil Rhodes o de Carl Peters–, sino por civiles a los que animaban al principio el espíritu de descubrimiento y la exigencia de civilización; es lo que constituye su originalidad aun cuando la internacionalización del problema hizo posteriormente del Congo un territorio codiciado, luego explotado, como todos los demás.

Los hombres que participaron en ella eran exploradores, como **Brazza**, periodistas, como **Stanley**, hombres de gabinete, como Banning quien ayudó a **Leopoldo, rey de los belgas**, a manejar este negocio y a encargarse de él: este apasionado por la geografía era también un hombre emprendedor.

Al principio fue el descubrimiento del río Congo, que hasta entonces no se podía remontar más allá del Ogoué, lo que desencadenó la puesta bajo tutela de un país en el que nadie se interesaba. Todo el interés de los exploradores –más o menos vinculados ellos mismos con su gobierno– eran las fuentes del Nilo, a las que el médico y misionero Livingstone había intentado llegar y de cuya muerte Camerón, otro explorador, se enteró en 1873. Persistía el misterio acerca de ese país del "Lualaba", y la gran prensa encargó a un inglés americanizado,

H.M. Stanley, quien antaño había conocido a Livingstone, que intentara a su vez encontrarlo. En octubre de 1877, estando desaparecido, luego de haber partido de Zanzíbar, se supo que había llegado al Congo por el este, hipótesis que defendía Banning, el colaborador de Leopoldo, rey de los belgas, apasionado por la exploración y defensor de la lucha contra la esclavitud, pero interesado asimismo en ofrecer una colonia a su país y a su rey. Sin embargo, Leopoldo decidió actuar en calidad de persona privada: "En verdad, este soberano tiene distracciones", comentaba Bismarck, sarcástico.

Simultáneamente, Savorgnan de Brazza, un joven oficial de la marina francesa de origen italiano, solicitó una misión de exploración hacia el Ogoué, en el Gabón, y logró, sin violencia, ganarse las tribus locales, luego recorrer la planicie badeké hasta Alima, afluente del Congo, lo que demostraba que existía una vía de acceso desde el Atlántico hacia la Stanley Pool. Brazza disponía de pocos medios, dos europeos y 16 africanos, y, dijo Stanley, "carecía de todo, salvo de banderas tricolores, de las que había atiborrado sus equipajes". Pero, gracias a su simplicidad y a su bondad, firmó tratados con príncipes indígenas entre los cuales se encontraba Makoko, y, durante una segunda expedición, instaló 26 fuertes en un territorio más grande que Francia. Esas "conquistas" se enfrentaron entonces a las empresas de Leopoldo II.

Éste había convocado, en 1876, a una conferencia en Bruselas que reunía geógrafos y sabios y tenía objetivos bien definidos: "Abrir a la civilización la única parte de nuestro globo en la que ella no ha penetrado." Cada nación actuaría en la esfera correspondiente a sus intereses políticos y coloniales, y se formaría una Asociación entre ellas para apoyar recíprocamente y facilitar la penetración de sus viajeros y agentes. Se debía constituir un comité, en el que operaría la emulación de cada nación. No se trataba de adquisiciones territoriales, sino de "misiones", pues el rey sabía entonces que la opinión pública de su país era hostil a la expansión colonial. Impresionado por la propaganda antiesclavista y humanitaria de la Asociación, Estados Unidos brindó su ayuda a este soberano, quien actuaba en calidad de persona privada y tampoco disponía de muchos medios.

Como los territorios controlados por la Asociación se superponían a aquellos en los que Brazza había enarbolado sus banderas, se había convenido que Francia tendría un derecho de preferencia pero que no obstaculizaría la obra de la Asociación (1884). De inmediato las potencias se inquietaron, y se decidió hacer de la Asociación una especie de Estado supranacional que manejaría los asuntos del Congo. Pero ya Stanley,

en su nombre, protestaba en contra de las tomas de posesión de Brazza, al negarse la guarnición del cabo senegalés Malamine a obedecer al representante de la Asociación. De regreso en Europa, Stanley no ocultaba su acritud, y Leopoldo dio un paso más; presidente de la Asociación, cuyo comité ejecutivo era internacional, creó un Comité de Estudios del Alto Congo que, por su parte, era puramente belga.

Entre tanto, se habían descubierto unas tierras interiores ricas y susceptibles de desarrollo. Gran Bretaña, Alemania y Portugal consideraban que tenían el derecho de intervenir. El engranaje del Congo iba a resultar en el reparto *de facto* del África negra. Hasta en el Congo se había terminado la hora de las iniciativas.

Bastante curiosamente, el "explorador" Stanley se volvía entonces el alma de una especie de *imperialismo anónimo*, con acciones simbólicas, objeto al mismo tiempo de la admiración de unos, de la crítica cruel de otros –una caricatura de D.J. Nicoll lo muestra rezando por un negro al que se acaba de ahorcar, pero el Ángel del Capital, encima de su cabeza, bendice a Stanley–, y que se ponía al servicio tanto de los ingleses en el África Oriental y en el Sudán, como de los belgas en el Congo y de los propios estadunidenses en Zanzíbar.

Al seguir su acción, el imperialismo conquistador, desde luego, ganaba –pues su energía era prodigiosa. Mas, preguntaba la *Pall Mall Gazette*, ¿y la Civilización?

De todos los conquistadores, **Lyautey** fue, sin duda alguna, con Cecil Rhodes, el más prendado de gloria. Más que el de otros, su nombre se vincula con la colonización, y con nada más: su paso por el ministerio de Guerra en 1916 permaneció inadvertido, mientras que sus grandes predecesores, Faidherbe y Gallieni, habían sido asimismo defensores de la tierra francesa, el primero en 1870, el segundo en 1914; pero no Lyautey quien encarna al Colonial, y más aún al marroquí, aunque hizo sus primeras armas en Madagascar y en Indochina.

Animal de acción ante todo, Lyautey es un romántico a quien le gusta el resplandor y el boato. Toma su moral de Shelley: "Me sentía nacido para crear y creo, para mandar y mando." Es profundamente monárquico, creyente; una de sus decepciones es descubrir que el papa León XIII, en el fondo, es republicano, cuando él no acepta la República más que en la medida en que da a Francia un imperio colonial.

Al igual que Gallieni, su maestro, considera que hay que combatir lo menos posible y mostrar su fuerza para no tener que servirse de ella. Lograr la seguridad es su obsesión desde que experimentó los

efectos desagradables, en Madagascar sobre todo, de la técnica de la "lanzada", con incendios de pueblos y rigores ejercidos en masa contra las poblaciones... Hay que sustituirla por la técnica de la "mancha de aceite"... y brindar a esos indígenas esa "parcela de amor", "poniendo un oído sobre su corazón". En Indochina, lo conmueve el reconocimiento que le manifiestan los campesinos de Tonkín, "liberados de los salteadores y quienes le dicen que, por primera vez desde hace 20 años, pudieron cosechar con plena seguridad".

Restablecer el orden en Marruecos conciliaba su necesidad de aventura, fuera de su país, Francia –de la que desprecia el papeleo y, más aún, la afición al palabreo, a las "discusiones vanas"–, y su deseo de construir, un poco como un emperador romano. Poeta, escritor, la belleza de las tierras interiores lo fascina, desde luego; pero más aún la idea de que va a crear Casablanca: "Estoy tan emocionado por esta obra de creación, vivo tanto de mis caminos, de mis pueblos, de mis campos, de mis rebaños, de mis semilleros..."

Lo que es original, en el caso de Lyautey, es esta especie de amalgama política que lleva a cabo entre sus propias ideas de católico, tradicionalista, y las necesidades de su política. Este conservador considera entonces que hay que respaldar el poder del sultán, el Majzén –el Estado marroquí–, frente al desorden del Siba: "Tengo en el corazón un odio feroz, al desorden, a la revolución." Protege entonces a las instituciones marroquíes, y también al Islam, que lo fascina como lo fascinaron las ceremonias budistas en Camboya. Dice que quiere ser enterrado en una kuba blanca con tejas verdes, como las que resguardan a los santos del país, pero con una inscripción bilingüe para recordar que es profundamente católico al mismo tiempo que respeta las tradiciones del país. Declara a los colonos que no se puede barrer con el régimen a causa de los tratados, pero que tampoco se debe: por el contrario, desea realzar su prestigio, el del sultán en particular. Esta obra de restauración –que hubiera preferido llevar a cabo en Francia...– va a la par de una ayuda al Islam, pero también de una promesa a las tribus berberiscas de que sus costumbres serán salvaguardadas.

Desde luego, esta política conservadora no tiene sentido más que en la medida en que se acompaña de modernidad: Lyautey quiere desarrollar la medicina, la enseñanza, y este rejuvenecimiento debe ser obra de la administración francesa; de la administración y sólo de ella, no de representantes de los colonos; Lyautey odia todo lo que podría ser un resabio de parlamentarismo. Considera que la prosperidad programada de esta manera debería hacer que la población aceptara el principio del

protectorado, que podría entonces llegar a ser una solución definitiva.

Pero las oficinas, en París, frenan la acción de este condotiero, cuya afición por los fastos y la homosexualidad desagradan... "No se coloca un ladrillo [en Marruecos] sin que se haya estudiado en París con un año de anticipación, controlado y resuelto con gastos muy grandes", se queja Lyautey. No desearía que Marruecos sea, como nuestras jurisdicciones, "castrado por los prefectos y privado de vida". De hecho, en la metrópoli, la izquierda desconfía del procónsul, la derecha considera que veja a los colonos al proteger así al sultán, al oponerse a una integración a la argelina. Pues Lyautey obra en favor de un desdoblamiento del país, con su patria marroquí y su patria francesa, que colaborarían entre sí.

En Marruecos, el poder monárquico aprecia, desde luego, esta ayuda brindada a su autoridad, este respeto por la identidad marroquí, pero este apoyo debe ayudarlo un día a liberarse del ocupante... Si no es que el levantamiento de Abd el-Krim en contra del español, la guerra del Riff y el contagio que segrega, van en contra tanto del sultán como de Lyautey. Mientras que, este veía en el levantamiento contra España, y sólo contra ella, la prueba del éxito de su política, el acontecimiento se transforma en contraprueba, poniendo en peligro toda la obra que había realizado.

Rusos e ingleses: el Cáucaso y el Asia Central bajo vigilancia

Para los ingleses, lo esencial es la India, cuyo control aseguran hasta sus defensas "naturales". Pero, al otro lado del Himalaya, al noroeste, el empuje de los rusos se dirige hacia el sur. Se vuelve peligroso para Inglaterra después de la guerra de Crimea, en 1854. Si los ingleses vigilaban la expansión rusa, los rusos hacían lo mismo con la expansión británica, esa lucha de "la ballena y el elefante", como se dijo, que duró casi un siglo, de 1829 a 1907; pero tenía algunos antecedentes –los conflictos en el Báltico, la suerte de la Compañía Inglesa de la Moscovia– y dejó huellas aún después de 1907, fecha del tratado de la división de Persia en zonas de influencia entre rusos e ingleses; ahora bien, la alianza en contra de Alemania en 1914, y todavía en 1941, no borró nada, tanto en Irán como en Afganistán; reaparecieron secuelas entre 1950 y 1990.

A decir verdad, el apetito de tierras, en los zares, parece no satisfacerse jamás: ocupaban toda la Siberia, Alaska, y he aquí que en 1821 el zar promulga un ukase: "para reservar a los barcos rusos el mono-

polio del comercio y de la navegación en la costa noreste del Pacífico hasta el grado 51 de latitud norte"; dicho de otra manera, California. Inquieto, el presidente de Estados Unidos envió un mensaje, conocido con el nombre de "doctrina Monroe", en 1823, diciendo que las potencias europeas no debían intentar extender su influencia a ninguna parte de las Américas... "Puesto que nuestros continentes adquirieron su autonomía, su independencia, y pretenden mantenerla ya no se les debe en el porvenir suponer susceptibles de llegar a ser colonias de ninguna potencia europea."

Simultáneamente, el Cáucaso se había abierto en forma oportuna a los rusos, cuando el rey de Georgia abdicó en favor del zar para que su país no pasara a manos de los persas, musulmanes. Una vez, dos veces, los persas reaccionaron, pero el general Paskievich impuso la paz de Tukmandchai (1828), que entregó al zar un pedazo de la Armenia persa. En guerra también con los turcos, el zar logró grandes éxitos, siempre gracias al general Paskievich, y, en la paz de Andrinópolis, la Armenia turca se unió al Imperio de los zares (1829).

De momento, las potencias occidentales no percibieron que esos cambios modificaban el equilibrio de toda una parte del Oriente, en el momento en que el Imperio otomano perdía Grecia, y poco después Egipto. Mas, según las comprobaciones del cónsul de Francia en Trebisonda, el zar había multiplicado los artificios para disimular sus proyectos de conquista. Así, en el tratado de Andrinópolis, el nombre de Abjasia se mencionaba apenas, mientras que Rusia intentaba anexarse esa nación desde hacía casi ocho años –y se la anexó en realidad–, así como una parte de Circasia. Fue a partir de 1830 cuando los rusos se enfrentaron a la resistencia del imán Chamil, que duraría hasta 1859.

Su lucha, en Daguestán, recuerda la de Abd el-Kader en Argelia, un paralelo que se le ocurrió al diario *Le National*, en 1844, a Woeikov el geógrafo, en 1914, y al historiador Gammer en 1991. En efecto, las dos situaciones son similares, con agresores procedentes de la planicie que se enfrentan a un continente de montaña. Éstos dudan en la manera de abordar el problema. Al igual que Desmichels en Argelia, von Klugenau, en nombre del zar, imagina negociar. Entendiéndose con el adversario, por lo menos, se le sustrae la planicie; pero se lo consolida en sus montañas, a reserva de respaldarlo frente a sus rivales. Y luego, una conquista total cuesta caro en hombres –y no se ve la necesidad de obtenerla. De tal manera que los rusos y Chamil pudieron recobrar fuerzas antes de romper la "paz de los valientes" con-

cluida en el Cáucaso –como en Argelia, en el mismo momento. Victoria rusa difícil, de la que se apoderaría la autocracia de San Petersburgo, con la leyenda rosa en honor de Chamil, como la que en París glorificaba el valor de Abd el-Kader.

Esta gloria de Chamil, "que produjo un efecto eléctrico en los habitantes de esas comarcas" (citado en M. Lesure, CMRS XIX [1 y 2]), alerta al Occidente sobre las conquistas de Rusia: "Los Príncipes de Europa deberían intervenir y no dejar a una potencia hostil a la libertad desplegar su energía para destruirla en el Cáucaso." Pues, en realidad, es al zar autócrata a quien condenan los liberales de París y de Londres –quienes, a su vez, ocupan en esa fecha Argelia y Beluchistán. "San Petersburgo teme que el liberalismo se apodere de la causa de los circasianos, como lo hizo con los griegos" (*ibid.*). Se ponen las esperanzas en Chamil y los circasianos durante la guerra de Crimea, pero el desconocimiento de esas regiones es tal que no se sabe cómo llegar a él para combinar un ataque contra los rusos. Más aún, buscan información en la Puerta, ya que los turcos esperan en efecto recuperar la región del norte del Cáucaso, que estuvo bajo protectorado otomano, y la Abjasia, anexada por el Imperio de los zares.

Por primera vez, el Cáucaso entraba así en la "arena internacional": al principio, un diplomático inglés, David Urquhart, había publicado, hacia 1830, en forma anónima, un folleto en francés y en inglés, *Inglaterra, Francia, Rusia y Turquía* (que tuvo tres ediciones en Inglaterra), en el que denunciaba "la invasión progresiva de las costas del Mar Negro" y ponía en guardia a la opinión: después de los estrechos, Rusia intentaría controlar todo el Mediterráneo, y habría terminado la libertad de los mares; había que unirse para "provocar la explosión de todo el Cáucaso... Cuando se piensa que todas las provincias de Georgia no esperan más que una señal para sacudirse el yugo moscovita, que en el Cáucaso cientos de miles de habitantes, valientes y siempre armados, viven en sumisión simulada [...] y están dispuestos a caer sobre los rusos que están a su alcance" (citado en Lesure, *ibid.*).

Paradójicamente, la guerra de Crimea tuvo efectos contrarios a sus objetivos. Era la consecuencia de esas inquietudes, pero también se debía a todo tipo de otras circunstancias, y sobre todo a la voluntad de Rusia, en nombre de la religión cristiana ortodoxa, de proceder al desmantelamiento del Imperio otomano y a la liberación de los pueblos eslavos. Ni Inglaterra ni Francia tenían la intención de dejarla actuar libremente y, haciendo a un lado la solidaridad cristiana y la defensa del derecho de los pueblos a liberarse, se habían puesto del lado

del Imperio otomano –para salvaguardarlo, y tal vez con la idea de desmembrarlo mejor ellas mismas. Victoriosas, las naciones occidentales, una vez detenido el empuje ruso, dejaron que se debilitara la potencia turca en los Balcanes, cuando habían entrado en guerra para respaldarla. Por lo menos, los estrechos parecían ya no tener que caer en manos de los rusos...

Pero, en lo sucesivo, un interés más esencial oponía a Gran Bretaña y a Rusia: el dominio del Asia Central y de los confines de la India. Doble empuje, conflicto ineluctable.

¿A qué objetivos respondía el avance ruso hacia el Asia Central?

La tradición marxista consideraba que la primera fase de este imperialismo (1865-1885) era de naturaleza militar-feudal; después, los factores económicos jugaron un papel cada vez más grande.

En el primer avance, parece realmente que los factores económicos intervinieron poco y fueron resultado de una acción incorporada por el Estado zarista a fin de crear condiciones favorables para el comercio ruso en los kanatos, pero que no fue seguida por los intereses privados. Así, mientras que los acuerdos con los kanatos datan de 1867 (Kodjent) y de 1873 (Kiva), el desarrollo del cultivo algodonero *por los rusos* no empezó sino hacia 1890. Más que una presión de los medios empresariales, intervino el miedo del zarismo de que esos kanatos fueran demasiado débiles para imponerse como estados independientes y que la región cayera bajo influencia extranjera –la de los otomanos, por ejemplo; por ello, era necesario apoderarse de esos territorios preventivamente. Fue entonces la voluntad de mantener a distancia a los extranjeros y de preservar el aislamiento de dichas regiones lo que originó su anexión, pues muy pronto fue evidente para los ministros Giers y Cherniaiev que el balance de esa ocupación era económicamente contraproducente.

Mantener a distancia: así se explican también el mantenimiento, hasta 1910, del veto de San Petersburgo a la construcción de un ferrocarril en Persia, un proyecto inglés; el rechazo de una conexión entre el proyecto del ferrocarril de Bagdad, también de origen inglés, con el Cáucaso; y el acuerdo Scott-Muraviev en 1899, según el cual Rusia obtenía de Inglaterra el compromiso de no construir ferrocarriles, ni ayudarla en ningún proyecto en la región fronteriza ruso-china.

Rusia intentaba instalarse económicamente en zonas tapones, en Persia sobre todo, en Manchuria poco después, pero su comercio progresaba poco, comparado con el de los ingleses en el primer caso, y con el de los japoneses en el segundo, porque el empresario ruso no lo

apoyaba lo suficiente. No obtenía resultados un poco mejores más que en el Imperio otomano (Anatolia y Kurdistán), sobre todo en Sinkiang, también en Persia, donde Alemania hacía su "entrada", y en Afganistán, donde el comercio ruso se triplicó, alcanzando el 38% de las importaciones de Kabul –contra el 62% de los ingleses en 1914. Fue a propósito de ese país que estallaron los grandes conflictos anglo-rusos.

En 1872 y 1873, el zar había afirmado que Afganistán estaba fuera de su "esfera de influencia". Cuando, desde la India, los ingleses, "para mantener a los rusos a distancia", ocuparon Beluchistán, luego pretendieron controlar el régimen de Kabul, y la misión británica fue asesinada (1879), una expedición al mando de Lord Roberts dio por resultado la toma de Kabul. Los rusos ocuparon entonces, en el Uzbekistán y el Tayikistán actuales, Merv, Pendjeh y el paso de Zulficar, que desemboca en Afganistán. Era la crisis. Los ingleses enviaron una escuadra para amenazar a Vladivostok, y, en 1885, un protocolo dejó a los rusos la ciudad de Pendjeh, pero a Afganistán el paso de Zulficar. Luego, durante la convención de Simla, una franja de territorio fue otorgada a Afganistán para que el Imperio ruso y la India no tuvieran frontera común (1895). Este "dedo de guante" afgano estará en el corazón de los conflictos, un siglo después, entre Tayikistán, Uzbekistán, Afganistán y Pakistán.

"Pensar siempre en la India, jamás hablar de ello", había indicado Alejandro III a su hijo Nicolás II, antes de su muerte (1894). Pero el zar también sabía que un conflicto anglo-ruso no beneficiaría más que a los alemanes cuyo expansionismo empezaba a desarrollarse en el Cercano Oriente y hasta más allá.

"Mantener a los rusos alejados" de los mares cálidos, y del Golfo Pérsico en particular, era asimismo uno de los objetivos de la política inglesa. En 1892, Lord Curzon había escrito un libro acerca de Persia para mostrar que ingleses y persas no tenían interés en que Persia cayera en la situación en la que se encontraban Bujara y Kiva. De hecho, el zarismo había ganado ventajas en el norte del país, que estaba influido además por el movimiento revolucionario ruso. Los ingleses deseaban disponer de una zona de influencia equivalente en el sur, en las inmediaciones de la India... En nombre y con el pretexto de la Entente Cordial, concluida en 1904, Francia interfirió para conciliar a "la ballena y el elefante". El resultado fue el tratado de 1907, que estableció la división de Persia en dos zonas de influencia.

Una situación que sobrevivió a este tratado ya que, a pesar de las vicisitudes de la historia entre 1907 y 1918 –y más tarde–, y aunque

Persia transformada en Irán fuera formalmente independiente, los ingleses y los rusos ocupaban más o menos en forma simultánea el país en 1942, y fraternizaban sobre esta primera línea Oder-Neisse en nombre de la alianza recobrada...

El tratado de 1907 ponía fin a una situación conflictiva de agresividad recíproca, una de cuyas manifestaciones había sido el acuerdo concluido por Inglaterra con Japón en 1902, y que, en cierta manera, daba carta blanca a ese país para llevar en Manchuria y en China una política ofensiva frente al Imperio ruso, lo que desembocaría en la guerra de 1904-1905.

The break-up of China.
1: Francia en Indochina

A mediados del siglo XIX, Gran Bretaña abre para sí el mercado chino durante la Guerra del Opio; se asegura la base de Hong-Kong (1842), luego la apertura de puertos chinos, lo que Francia obtiene a su vez. Siempre a mediados del siglo, el capitán Nevelskoj toma posesión del estuario del Amur en nombre del zar, poniendo a Pekín ante un hecho consumado. Esta conquista es reconocida por el tratado de Aygun y marca el principio de la expansión rusa en Extremo Oriente (1858). Antes de esto, el tratado de Koldja (1758) había abierto Sinkiang al comercio ruso: fue el primero de los tratados desiguales impuestos por Rusia a China.

Al mismo tiempo, la marina francesa, aún no repuesta de la pérdida de la India, se interesa en Indochina, donde fueron asesinados misioneros "a pesar de los tratados".

Vieja historia. A mediados del siglo XVII, Alejandro de Rodas, François Pallu y el obispo Lambert se habían puesto en camino, con el título de vicarios apostólicos, para no depender del primado portugués de Goa sino directamente del papa. Las Misiones extranjeras de Francia tomaron a su cargo la operación, fundando Tonkín... una factoría para preparar la evangelización. Fue un primer fracaso, ya que los holandeses, simples comerciantes, denunciaron superchería. Nueva tentativa en el siglo XVIII, en la que, de nuevo, Charles Thomas de Saint-Phalle considera que "el comercio ayudará mucho a la misión... y suavizará la severidad de los decretos que frenan las conversiones religiosas".

Habiendo ayudado al rey de Anam, Nguyên-Ahn, a recuperar su

trono, el vicario apostólico Pigneau de Behaine esperaba que Francia pudiera transformarse en el protector de ese país (1787). Pero los acontecimientos en Europa habían distraído a la metrópoli de esa empresa y los sucesores de Nguyên-Ahn manifestaron un odio feroz hacia "la religión de Jesús", ... "hay que echar al mar a todos los sacerdotes *europeos* de esa religión".

Sin embargo, siempre en nombre de la defensa de la religión, luego de haber intervenido los ingleses y los franceses en China, Napoleón III prescribió al almirante Rigault de Genouilly que actuara en Indochina: bombardeó Tourane, se instaló en una parte de Cochinchina y, en febrero de 1859, ocupó Saigón. Pero los marineros franceses padecerían allí un largo sitio; después de un regreso con fuerza del almirante Charner, el emperador Tu Duc firmó, en 1863, el tratado que cedía a Francia las tres provincias de Saigón, My Tho y Biên Hoa. "No tenemos ninguna intención de hacer de Cochinchina una colonia como las Antillas o Reunión", había declarado Chasseloup-Laubat, ministro de Marina... Como las tres provincias occidentales se volvían el corazón de la resistencia anamita a Francia, el almirante de La Grandière las conquistó a su vez y el emperador Tu Duc tuvo que cederlas. Simultáneamente, Francia proponía al rey de Camboya, Norodom, protegerlo en contra de Anam y Siam, lo que aceptó, no sin titubear...

En verdad, tres fuerzas animan la intervención francesa en Indochina: el celo evangelizador, cronológicamente el primero, pero que sigue estando activo durante todo el siglo XIX; la anglofobia de la marina encarnada por el oficial Francis Garnier, quien desearía dotar a Francia de un imperio colonial en el Extremo Oriente equivalente al de Gran Bretaña, que, de Birmania, avanza hacia Siam; y por último, el mercantilismo de los círculos del tejido y del tráfico de armas que, animados por un hombre de negocios, Jean Dupuis, y los negociantes en seda lioneses, como Ulysse Pila, quieren ocupar Tonkín, y más aún controlar el Río Rojo, al que consideran vía de acceso hacia el mercado chino, ese gran mito del siglo XIX. En este contexto, y después de diversos incidentes, Francis Garnier toma Hanoi, en 1873. Luego encuentra la muerte en un combate contra los Pabellones Negros, y el tratado de Philastre –su sucesor– conduce al reconocimiento definitivo, por Tu Duc, de la cesión de Cochinchina, de un protectorado sobre Anam, de tres fuertes en Haifong y de la apertura del Río Rojo.

"La penetración en Tonkín es una cuestión de vida o muerte para el porvenir de nuestro dominio en Extremo Oriente", consideran los círculos mercantiles y los almirantes de Saigón. Y Gambetta, en 1872,

ve al Río Rojo como otro Suez, "una vía para el comercio general del mundo".

En verdad, ante la oposición a la expansión colonial, "esta traición", la III República quiere ante todo evitar un conflicto con China, que se conserva "protectora" y soberana de Anam. Pero los almirantes y los misioneros empujan a la acción, sobre todo monseñor Puginier, quien repite que "Tonkín está listo para lanzarse a los brazos de Francia": de hecho, era por medio de los misioneros y de sus fieles vietnamitas, cuyo número había aumentado, como los franceses se enteraban de las disposiciones y de la situación del Estado anamita, de su ejército, de los Pabellones Negros, esa especie de ejército de apoyo, al mismo tiempo autónomo y vinculado también con China. "La abstención sería una imprudencia", declaraba La Myre de Vilers, gobernador de Cochinchina. Como consecuencia de una escalada de incidentes, el comandante Rivière es puesto a cargo de la ocupación total de Tonkín, cuyas riquezas están inventariadas en París, en un mapa distribuido a los diputados por los amigos de Jean Dupuis, quien acaba de crear la Sociedad de Minas de Tonkín. El comandante Rivière muere, en el mismo lugar en el que había sucumbido Garnier algunos años antes. Después es decapitado. Como escribe Charles Fourniau: "La muerte de Rivière ocultaba con una reacción patriótica las grandes pepitas de Dupuis."

"Los verdaderos negociadores con los chinos –escribía Jules Ferry, entonces jefe del gobierno– son los bellos y buenos cañones." Pero el gobierno subestimaba al adversario. Practicaba envíos de refuerzos "por pequeños paquetes". En resumidas cuentas, con 25 mil hombres, el almirante Courbet logró varios éxitos, y China firmó el segundo tratado de T'ien-tsin (1885), prometiendo retirar sus tropas de Tonkín.

Pero, al querer ocupar Lang-sön, las tropas francesas hubieron de retroceder. Fue el fracaso, el pánico, el enloquecimiento y, en París, la crisis, y Clemenceau incitando los ánimos en contra de Jules Ferry. En realidad, China había cedido, pero como el acuerdo seguía siendo secreto, Jules Ferry tuvo que dimitir (1885). Sin embargo, la Confederación Indochina había nacido, compuesta de una colonia, Cochinchina, y de cuatro protectorados, entre los cuales estaban Camboya y Laos.

Si, para los vietnamitas, había sonado la hora de la resistencia, les faltaban todavía algunos decenios para poder manifestarla abiertamente.

Los ingleses habían replicado a la anexión de Tonkín con la conquista de la Alta Birmania, cuyo soberano había confiscado los bienes de la Bombay Burma Company. En 1886, diez mil hombres conclu-

yeron la conquista del país y se acercaron a Siam que, por su parte, se oponía a la penetración francesa en Laos –penetración pacífica gracias a la acción de Auguste Pavie, un empleado de correos que redescubrió la civilización jmer. La rivalidad franco-inglesa renacía, una vez más, pero el tratado de 1896 le puso fin: Siam cedía a Camboya la provincia de Angkor.

The break-up of China.
2: La rivalidad ruso-japonesa

A la vez que debía abandonar a Europa tanto concesiones (Hong-Kong, 11 puertos, etc.) como el dominio de sus estados vasallos (Anam, Birmania, Siam), China entraba en conflicto con Japón que, desde 1894, pretendía sustituirla, en Corea esta vez. Vencida militarmente, China renunciaba a toda influencia en Corea, que pasaba a ser protectorado japonés; cedía Formosa y la península de Lia-tung con Puerto Arturo, salida de Manchuria (paz de Shimonoseki, 1895). Esta paz inquietó al gobierno ruso, interlocutor privilegiado de la corte de Pekín y que había dejado a Inglaterra actuar en la región mientras no se tratara más que de bases comerciales. Pero los territorios anexados por Japón amenazaban el proyecto del transiberiano, que debía precisamente llegar a Puerto Arturo, para evitar Vladivostok, bloqueado por los hielos durante cuatro meses. El zar estaba dispuesto a intervenir, pues no le gustaban los japoneses, "esos macacos", y, para él, actuar contra ellos no era hacer la guerra... Pero su ministro Witte lo convenció de que no tenía suficientes tropas en el lugar, considerando que el transiberiano no estaba terminado, y que una intervención colectiva de las potencias europeas sería más impresionante. Japón cedió, abandonó Puerto Arturo –lo que no olvidaría (1895).

Al comprobar la debilidad de China, las potencias le sacaron provecho para adquirir ventajas territoriales y establecer zonas de influencia: mientras Inglaterra hacía que le cediera Wei-Hai-Wei, Alemania, Kiao-cheu, Francia Kuang-cheu-Wan, Rusia obtenía la construcción de un ferrocarril en Manchuria, y prometía a cambio defender a China contra Japón. Los chinos habían reaccionado contra esta penetración de Europa, y después de la insurrección de los boxers (1900) una expedición internacional había venido a "castigarlos". Nicolás II había tenido que seguir, para frenar y controlar a su primo Guillermo II, cuyo ministro en Pekín había sido asesinado... Una vez

concluida la expedición, pensaba llevar a cabo "su gran designio", que el general Kuropatkine reveló: apoderarse de Manchuria, de Corea y del Tíbet; luego de Persia, del Bósforo y de los Dardanelos; por último, transformarse en "Emperador del Pacífico". Pero creyó que sus ministros, Witte sobre todo, se oponían a la "vocación de la Santa Rusia", y prefirió confiarse a "cualquier Bezobrazov", hombre de negocios y poeta de la expansión en Extremo Oriente.

Después de la guerra de los boxers, Rusia retiró su flota, al igual que los demás. Pero mantuvo a sus tropas en Manchuria... "He aquí algo que se parece mucho a un protectorado", comentaba el embajador de Francia.

Cuando, en 1902, se concluye la alianza anglo-japonesa, el zar comprende que hay que retroceder y abandonar, por lo menos en forma provisional, la idea de conservar toda la Manchuria. Se evacua una primera zona. Sus ministros consideraban su "proyecto de reinado" peligroso, oneroso. Pero, más determinado de lo que el rumor lo dejaba suponer, Nicolás II deseaba satisfacer esa ambición, y retiró a su ministro, el conde Lamsdorf, hostil a esas aventuras, el manejo de los negocios en Extremo Oriente. De inmediato Japón comprende que el tiempo obra en contra suya. A falta de una respuesta satisfactoria a una demanda sobre la segunda zona, ataca por sorpresa, sin declaración de guerra, a la flota rusa estacionada en Puerto Arturo y la destruye (1904). El zar, sus generales, sus almirantes, habían subestimado la potencia militar de Japón; tras varias derrotas, firman la paz de Portsmouth gracias a la intercesión de Estados Unidos. Rusia reconocía la soberanía de Japón sobre Corea y Puerto Arturo volvía a ser una base japonesa; Japón se anexaba por fin la parte sur de la Isla de Sajalín, que la URSS recuperó en 1945.

Por primera vez en la historia, un gran país de raza blanca era vencido por un pueblo de color. La repercusión fue considerable en todo el mundo colonizado.

La desmembración del Imperio otomano

La idea de desmembración databa, como vimos, de finales del siglo XVIII, pero las rivalidades entre las potencias habían ayudado a la supervivencia del Imperio, a pesar del apoyo brindado por Rusia a Serbia y a los búlgaros; por Francia a Egipto, por Inglaterra a Grecia, etc. Se habían sumado la anexión por Inglaterra de Chipre –"para ayudar

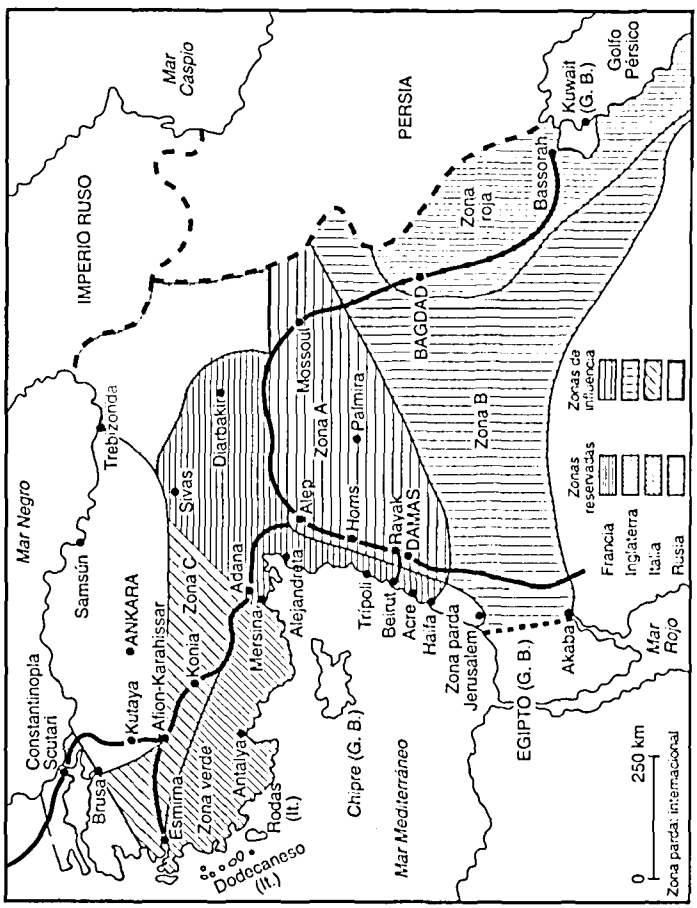
mejor al sultán a defender Constantinopla"–, las de Argelia y de Túnez por Francia, la de Libia por Italia en 1911...

El imperialismo italiano, desde Francesco Crispi, a falta de haber podido apoderarse de Túnez y de Etiopía, codiciaba Libia, tan cercana, cuya Tripolitanía, al oeste, a pesar del nombre de su capital, había sido púnica, mientras Cirenaica, al este, había permanecido más helénica, a pesar de la conquista romana y luego de la árabe. En esas regiones, que recordaban todavía el Imperio romano, el *Banco di Roma* tenía depósitos y, como en Túnez, se procuraba tierras para colonos, presentes o por venir –toscanos y luego sicilianos– en ese país destinado al olivo. El dominio francés sobre Marruecos y el incidente de Agadir, en 1911, dieron por fin al gobierno italiano la oportunidad de actuar. Hizo la guerra al Imperio otomano, ocupando por una parte Rodas, por la otra la costa libia. Sin embargo, en el interior, ante la resistencia de los senusis –la Sanusiyya– fuertemente apostados en el oasis de Kufra e inaccesibles, la conquista no pudo llegar más lejos. No prosiguió sino después de la guerra de 1914, en la época de Mussolini, a costa de una dura guerra de pacificación, onerosa debido a las dificultades de penetrar en ese desierto. Los colonos italianos de Tripolitania no eran menos numerosos que los franceses del sur tunecino –los gobiernos franceses ayudaban más bien a una importante colonización económica mientras que los italianos favorecían el establecimiento de hombres para resolver su problema demográfico.

Cuando los italianos manifestaron sus ambiciones en Tripolitania, en 1911, el movimiento Joven-Turco quiso reaccionar; temía que la pérdida de Libia tuviera un efecto contagioso en las demás provincias del Imperio. Era necesario que los árabes no consideraran que Estambul ya no era capaz de defender a los musulmanes en contra de Occidente. Ya, después de la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría, en 1908, y luego de Creta por Grecia, se habían organizado movimientos de boicot en contra de los productos occidentales; se prosiguieron de manera mucho más intensa, también contra los italianos, después de 1911, como para provocar un cortocircuito en el movimiento nacional árabe, pero sin éxito. De hecho, fue en efecto la rebelión árabe la que, en 1914-1918, dio al Imperio otomano "una puñalada en la espalda".

Sin embargo, el Imperio otomano se había conservado como una potencia a la que acechaban desde adentro los nacionalismos armenio, árabe, kurdo, y desde afuera los apetitos conjugados de las grandes potencias. Pero el control "imperialista" empezaba a operar también en el interior; con el proyecto de construcción del ferrocarril de

LA DIVISIÓN DEL IMPERIO TURCO SEGÚN LOS ACUERDOS ENTRE LAS POTENCIAS ALIADAS



FUENTE: Jacques Thobie, *Ali et les 40 voleurs*, París, Messidor, 1985.

Bagdad, el *B.B.B.*, una iniciativa alemana, el káiser obtenía regenerar el ejército del sultán, mientras los ingleses controlaban más o menos las aduanas, y los franceses "ayudaban" en el manejo de las finanzas...

Se había establecido una especie de equilibrio entre las potencias, pero era inestable, y la guerra de 1914-1918 le puso fin.

Los aliados premeditaron entonces abiertamente una desmembración que garantizara a los árabes una especie de autonomía bajo su égida, y los acuerdos concluidos en 1916 (Sykes-Picot) y 1917 (Saint-Jean-de-Maurienne) preveían una "porción" que se reservaría a Italia. Además, la declaración de Balfour, del 2 de noviembre de 1917, prometía a los judíos el establecimiento de un Hogar en Palestina al que el jerife de La Meca, Hussein, dio su acuerdo.

"Todos hemos dividido alegremente Turquía", declaraba el coronel House, consejero del presidente Wilson. Además de Grecia, de Italia, etc., los principales beneficiarios debían ser los árabes, con la bendición de Francia y de Gran Bretaña.

El instrumento de la regeneración árabe había sido Hussein Ben Alí, descendiente del Profeta, que desencadenó la insurrección de 1916. Pero se manifestó un doble malentendido acerca de las fronteras que controlarían Francia e Inglaterra, y también acerca del Hogar judío en Palestina. En esa fecha, no se le ocurría el jerife Hussein ni al rey Faisal que Palestina sería parte del futuro Reino Árabe: hasta se firmó un acuerdo entre el rey Faisal y el doctor Weizmann, representante de la organización sionista, en el que se entendía que los lugares santos musulmanes permanecerían bajo el control del Islam.

Pero la desmembración del Imperio turco, en Lausana, suscitó una reacción que terminó en el abandono de las cláusulas del tratado de Sèvres: después de una guerra, los turcos de Ataturk recuperaron Smirna, y ya no se trató de la independencia de Armenia. En cuanto a los territorios "árabes" –Siria, Líbano, Irak–, esencialmente bajo dominio de Francia y de Gran Bretaña, se levantaron a partir de 1920 en contra de la ocupación extranjera; al igual que en Arabia Saudita, el descubrimiento de petróleo exasperaría los apetitos.

Franceses e ingleses en el Medio Oriente

No hay duda de que, en el Medio Oriente, fue su rivalidad con Gran Bretaña lo que cegó a la diplomacia francesa y la hizo subestimar el nacionalismo árabe.

Durante la segunda guerra mundial, los árabes de Medio Oriente dirigían naturalmente su mirada hacia los alemanes, quienes, desde el viaje de Guillermo II a Tánger, en 1905, habían sabido jugar a ser los defensores de la libertad de los árabes. Cuando, en 1941, los ejércitos hitlerianos consiguen éxito tras éxito, la naturaleza del régimen de Berlín no molesta en nada; al contrario, al Gran Muftí de Jerusalén, Sayid Amil el-Husseini, dice: "Los alemanes y nosotros tenemos enemigos comunes: los ingleses, los judíos y los comunistas". Pues, en esa fecha, los franceses ya no existen. Ya ni siquiera son deshonrados, sino despreciados, porque en 1936 el gobierno de Léon Blum había firmado un acuerdo que prometía el final del mandato y la independencia para Siria y el Líbano en los tres años siguientes, y dicho acuerdo jamás había sido ratificado. Con Francia vencida, el gobierno de Londres decide no tomar a su cargo las reivindicaciones árabes en Siria y en el Líbano, pero no por ello está dispuesta a permitir que allí se instale el Eje. El alto comisario francés, Gabriel Puaux, siguió primero con simpatía ese lineamiento, pero pronto, por instrucciones de Vichy, acusa a los británicos de estorbar en los intercambios económicos con Damasco, y sobre todo de favorecer un "golpe" de los gaullistas de Catroux para hacer pasar a Siria y el Líbano del lado de la Francia libre. En realidad, Catroux nada puede hacer, y el general Dentz, que remplaza a Puaux, manifiesta su hostilidad hacia los británicos. Sin embargo, éstos consideran que hay que entenderse con los franceses de Siria y del Líbano –sean cuales fueren, vichystas o gaullistas– para impedir un movimiento originado en los medios nacionalistas árabes, lo que inflamaría la región y sobre todo el Irak vecino.

En realidad, fue Irak el que se levantó cuando, al haber ocupado Grecia los germano-italianos, pareció que se acercaba la hora de la liberación... Un golpe de Estado llevó al poder a Rachid Alí, quien, asociado con el Gran Muftí, no ocultaba sus sentimientos hostiles a Gran Bretaña. Ésta jamás había logrado obtener del gobierno de Bagdad, aún antes del golpe de Estado, que Irak rompiera sus relaciones diplomáticas con Italia. En lo sucesivo, Alemania intentaba intervenir directamente, enviando aviones y consejeros militares a Alep, a los confines de Turquía, con el acuerdo de Darlan, quien firma entonces los protocolos de París (mayo de 1941). El general Dentz, en Siria, opone en tal caso resistencia a las fuerzas del gaullista Legentilhomme que apoyan a los ingleses. Damasco cae en manos de los aliados después que Vichy respondiera con un "último combate". Reciprocidad de estos "buenos modales", los ingleses trataron con consideración al gene-

ral Dentz, apartaron a de Gaulle de la negociación de Saint-Jean-d'Acre, sustituyendo así en Siria la soberanía de Francia por la inglesa. Siguió una casi ruptura de las relaciones entre Churchill y de Gaulle. En agosto de 1941, de Gaulle obtenía promesas, de las que tomaba nota en esta carta al ministro de Estado británico en El Cairo, Lord Lyttleton: "Me dan gusto las promesas que usted me da acerca del desinterés de Gran Bretaña en Siria y en el Líbano, y el hecho de que Gran Bretaña reconozca ahí la posición preeminente privilegiada de Francia cuando estos países se encuentran independientes conforme al compromiso que la Francia libre tomó con respecto a ellos."

En Medio Oriente, la situación se había invertido por completo desde la victoria de El-Alamein, que había sido precedida por la puesta en cintura de las veleidades iraquíes, el fin de Rachid Alí y el exilio del Gran Muftí al lado de Hitler. En enero de 1943, el general Catroux, alto comisario de la Francia libre, anuncia el restablecimiento del orden republicano y elecciones en Siria y el Líbano. Los nacionalistas triunfan y, en Beirut, preconizan una modificación de la Constitución cuyos términos eran "incompatibles con la independencia". El representante de Francia, Yves Helleu, se opone a ella; la Cámara de Beirut hace caso omiso y deroga el Mandato francés. El embajador Helleu hace entonces detener a Bechara Khoury y a Ryad Solh, respectivamente presidente y jefe de gobierno del Líbano.

De inmediato, se constituye un gobierno "nacional" libanés en la montaña, al que el presidente de Siria, Choukri Kwaltly, garantiza su solidaridad. Sobre todo, los ingleses reaccionan militarmente apoyando a los árabes. Una vez más, se producía una crisis.

Los franceses acusaron a Spears y a Inglaterra –pretendiendo creer que eran el origen del conflicto. A decir verdad, Catroux y Massigli, asimismo de Gaulle, no querían admitir que la "independencia" era inconciliable con el otorgamiento de derechos específicos a Francia, e inscritos en una constitución. Esta subevaluación de la reivindicación árabe sería repetida por los mismos hombres de nuevo en Túnez, en Marruecos, en Argelia –salvo que en lugar de ver en ella la mano de Inglaterra, que desde luego no había sido inocente, vieron las de la URSS y de Estados Unidos.

Japón, "pueblo superior", contra Occidente

En Japón, la expansión colonial procedió, primero, de la simple ex-

pansión territorial con instalación de colonos: hacia el norte, a Hokkaido-Yeso, luego a Karafuto –la parte sur de Sajalín. Pero, a partir de 1880, este movimiento cambió de intención y un teórico militar, Yamagata Aritomo, justificó su desarrollo por su teoría de los círculos. De acuerdo con esta teoría, cada esfera en el interior de los diferentes círculos que rodean a Japón debía ser sucesivamente consolidada y luego protegida del exterior.

El cambio podía proceder de la nueva orientación de Japón desde la era Meiji, de su alejamiento de la antigua planificación sinocéntrica; pero, sobre todo, se explicaba por la necesidad de imitar el modelo de desarrollo europeo hasta en su práctica colonial. Dominar un imperio se volvía entonces una especie de imperativo que, al principio, no obedeció necesariamente a una exigencia económica. Por lo demás, Japón pegó primero donde percibió una debilidad, una posibilidad, Ryu-Ryu, las Bonin, Corea, China... Fue en Corea donde el interés económico rivalizó, por primera vez, con esta exigencia de dominio en el exterior, justificada por la defensa del país en contra de eventuales amenazas, luego por la "misión" de Japón (tratado de Shimonoseki, 1895).

Para unos, se trata de una misión civilizadora procedente del Cielo... y las colonias se perciben como territorios exteriores, a los que se trata de manera paternalista. Para otros, considerando la naturaleza asiática de Japón, se trata de asimilar las poblaciones, de niponizarlas, lo que es posible debido a sus raíces vecinas, y precisamente, en virtud de los principios de Confucio que exigen que la igualdad reine bajo el mismo dominio –en este caso el del emperador.

Sin embargo, una tercera concepción pronto haría el relevo, en vísperas de la segunda guerra mundial; las conquistas coloniales –más allá de Corea, de Formosa, etc., ya ocupadas– se justificaban sólo en nombre de la superioridad del pueblo japonés. Esta visión implicaba fuertes resabios de racismo.

Entre los manifiestos que definen una política colonial o expansionista –como esos discursos de Jules Ferry o de Joseph Chamberlain en el siglo XIX–, uno de los más explícitos es un monumental informe japonés, de 1942-1943, intitulado "Proyecto de una política global de la que la raza Yamato sería el núcleo". Escrito por unos 40 investigadores del ministerio de Población y de Salud, este informe es en realidad la traducción de un proyecto que se realiza en parte –y no quedará encerrado en cajones.

Dicho proyecto apunta a legitimar la colonización, por parte de Ja-

pón, de una buena parte de Asia y del Océano Pacífico, en nombre de una idea de Asia que Japón renovará en esta "Esfera de coprosperidad".

El término de raza no se entiende en su sentido biológico (*jinshu*), como lo emplearon los nazis. Se trata de algo más amplio, *minzoku*, es decir, una cultura encarnada por un pueblo, con Japón situado en la cima de esa escala cultural y, por consiguiente, destinado a dirigir a los demás gracias a la síntesis que llevó a cabo entre Oriente y Occidente. Sin embargo, en el proyecto de colonización de estos altos funcionarios se ha aceptado que el establecimiento de colonos, previsto en el programa, debe llevarse a cabo por medio de agrupamientos alrededor de "ciudades japonesas" diseminadas por todas partes, y que los matrimonios mixtos deben limitarse al mínimo, "no porque las sangres mezcladas suelen ser inferiores, sino porque dichos matrimonios mixtos destruirían la solidaridad psíquica de la raza Yamato". De esta manera, doce millones de estos japoneses se instalarían en el extranjero, en Corea, en Indochina, en las Filipinas, etc., y entre ellos, dos millones en Australia y en Nueva Zelanda. En esos territorios, cada uno debe "permanecer en su lugar", con los japoneses ocupando la posición dominante, naturalmente; "tendrían descendencia en esos países", lo que permitiría resolver el problema demográfico, preocupación esencial de los dirigentes, ya que en esa fecha, hacia 1942-1943, con el 1% del suelo mundial, Japón contaba con el 5% de la población mundial.

El lema "Ocho direcciones para un solo techo" define bien la concepción japonesa de la colonización de los otros: la esfera de coprosperidad se identifica con una gran familia que dirigiría su hermano mayor. En Japón, esta jerarquía familiar de los derechos y de los poderes es uno de los fundamentos más estrictos de las relaciones sociales. Por lo demás, el papel del hermano mayor se justifica por su superioridad sobre los demás pueblos, lo que todo japonés aprendió en la escuela: "Los chinos, considera el *Informe*, son indolentes o tramposos [*flunky*], los malasios perezosos, los filipinos tal vez son superiores a ellos, pero carecen de una verdadera civilización; los coreanos son aptos para las tareas más duras: se les podría enviar a Nueva Guinea."

Mas, históricamente, los miembros de esta gran familia tuvieron que admitir, desde principios del siglo, los modales del mayor, lo que se debió, para unos, a la educación superior de los japoneses, y para otros, a su aislamiento en un archipiélago. En Europa, la superioridad de los ingleses no se explicó de otra manera.

"Sea lo que fuere –escribía *Asahi*, un importante diario, el 3 de

agosto de 1941–, la pureza japonesa queda por fin demostrada: no hay más que un 6% de los habitantes de ese país afectados por trastornos mentales o psíquicos, contra el 20% en Estados Unidos, en Alemania y en Gran Bretaña."

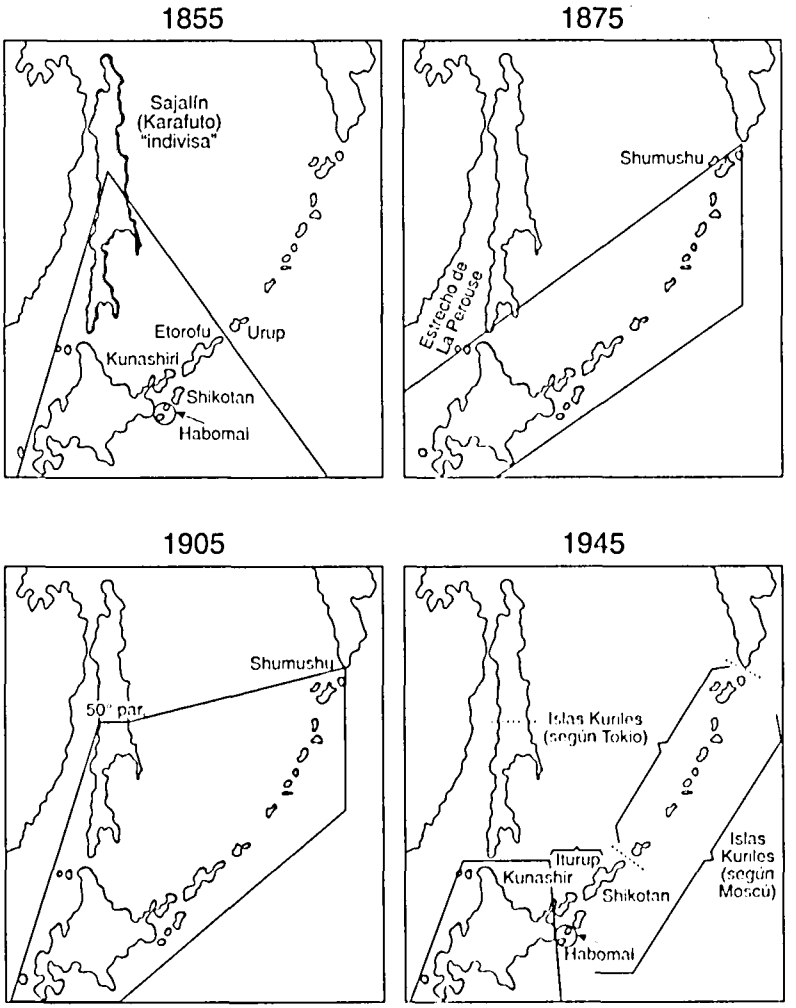
Es esta superioridad, racial a pesar de todo, la que garantizará a Japón el mando sobre Asia para poner fin al dominio occidental. A decir verdad, el proyecto va más lejos. Es tiempo de poner fin a la visión europea de la historia y de la geografía, y, situando a Japón en el centro de los planisferios, de hacer desaparecer el concepto de Extremo Oriente. Cuando el grado cero de Greenwich marcaba simbólicamente, desde 1911, a Inglaterra como el centro del mundo, el profesor Komaki Tsunekichi, de Kioto, propone representar a África y Europa como la parte occidental del continente asiático, transformándose América en el continente este-asiático, y Australia en el continente sud-asiático; en cuanto a los océanos que se comunican entre sí, constituirían el "Gran Océano de Japón". La niponización adoptaría otros aspectos. Así, en la esfera de la coprosperidad, el año de 1942 se volvió, como en Japón, el año 2602 (conforme al fechado vinculado con el establecimiento de la dinastía imperial en 660 a.C., una fecha imaginaria). La fecha de cumpleaños del emperador se volvió una fiesta de Asia (el 29 de abril), así como la de la fundación de la estirpe imperial (el 11 de febrero).

Una supervivencia: el problema de las Kuriles

Último episodio de la rivalidad ruso-japonesa, aún vivo a finales del siglo XX, el conflicto de las Kuriles que se encona en el siglo XIX, cuando simultáneamente pescadores japoneses, procedentes de Hokkaido, y rusos, venidos de Kamchatka, se disputan esas islas llamadas Kuriles en ruso, y Chishima Rettao en japonés (las mil islas). En realidad, esas islas habían sido descubiertas por los holandeses en 1643, y los problemas de rivalidad se habían resuelto una primera vez en 1855, por el tratado de Shimoda. La gran isla de Sajalín (Karafuto) había sido proclamada indivisa entre los dos países, mientras la frontera entre los rusos y los japoneses pasaba, en las Kuriles, entre Urup (rusa) y Etorofu (japonesa), es decir bastante cerca de Hokkaido, tierra de colonización japonesa.

El conflicto surge en el momento de un problema de definición: las dos islas, Habomai y Shikotan, incluidas en Yeso –Hokkaido– ¿cons-

VARIACIONES EFECTIVAS DE LAS FRONTERAS EN EL NORTE DE JAPÓN



FUENTE: Thierry Mormanne, "Le problème des Kouriles, pour un retour à Saint-Pétersbourg", *Cipango*, Cahiers d'études japonaises, *Inalco*, 1, enero de 1992, pp. 59-90.

tituyen una parte de ésta o son las últimas Kuriles del Sur? Al unirlas administrativamente a las Kuriles, la administración de Tokio daría origen a una disputa contenciosa. Ésta se zanjó en 1875 por el tratado de San Petersburgo: Rusia abandona las Kuriles, a cambio de la totalidad de Sajalín; un tratado ventajoso para Alejandro II.

Inmediatamente después de la guerra de 1904-1905, el Japón victorioso se anexa la parte sur de Sajalín, conservando la totalidad de las Kuriles. Pero, en 1945, Moscú retoma ese territorio anexándolo a las Kuriles, lo que se confirma por el tratado de San Francisco (1951). Por carambola, las dos islas Habomai y Shikotan se volvían soviéticas ya que, según la definición de los japoneses, la expresión "grupo de las Kuriles" comprendía todas las islas entre Yeso-Hokkaido y Kamchatka.

Hoy día, la Rusia de Yeltsin se apoya en su victoria de 1945 y en los decretos de la administración japonesa del siglo anterior para conservar todas las islas hasta Hokkaido. Japón desea volver al tratado de San Petersburgo, abandonando sus derechos sobre Sajalín. La antigua línea divisoria, la del tratado de Shimoda, sería la senda de la sabiduría. ¿Pero manda la sabiduría a las naciones?

IV. UNA NUEVA RAZA DE SOCIEDADES

En las Américas, como en Asia y en África, la colonización hizo aparecer una nueva raza de sociedades. Asimismo dio origen a un modo de relaciones económicas y políticas que no tenía precedente, balance de un encuentro entre civilizaciones ajenas las unas a las otras. Así, algunos nuevos personajes colectivos surgieron en la escena de la historia, como los criollos en las Américas –o los *pieds-noirs* (europeos de Argelia) en el Magreb, etc. Se entrecruzaron, o no, con las poblaciones de los territorios que ocuparon –salvo cuando los poblaron con negros llevados por la fuerza desde África, por ejemplo en las Américas. Estos esclavos del otro lado de Atlántico, y pronto esos "cimarrones" que se escapan de esa suerte, son también personajes nuevos, como los eurasiáticos, los mulatos, etc. El racismo que enfrentaron, con el que se instruyó el proceso, ¿es sólo producto de ese encuentro?

En la época del imperialismo, en la que se observa que las discrepancias entre las razas aumentan, nuevos personajes emblemáticos toman el lugar del corsario o acompañan al misionero y al plantador: son médicos, maestros. ¿Tiene razones el discurso colonial para estar orgulloso de ellos?

Por lo demás, las prácticas de la colonización no son similares en todas partes: Angola no es ni la muy cercana Sudáfrica, ni Brasil, tan próximo; África del Norte no se asemeja a Turquestán...

Curiosamente, a fuerza de preguntarse si la colonización fue rosa, o negra –si produjo dinero, o si costó–, se omite observar que una de sus funciones fue librar a las metrópolis de gente "peligrosa" o así considerada, mediante su envío a Guayana o a Siberia, si no a los antípodas. "Fuimos una Siberia, pero bajo el sol", dicen los australianos hoy día. El destino de las sociedades de "delincuentes" abandonadas a sí mismas es una prueba interesante para la Historia, tanto como lo es la suerte de las sociedades mestizas.

LOS MESTIZOS DE AMÉRICA

¿Qué mujeres para los conquistadores?

La primera colonización fue la hazaña de un puñado de hombres. En España, desde el principio, la emigración era controlada por la Casa de Contratación: había que obtener una licencia para poder ir a instalarse en América, y sólo los súbditos de la Corona de Castilla podían obtenerla –los conversos de origen judío estaban excluidos. Oficialmente, en medio siglo, de 1509 a 1559, partieron, en total, 15 480 personas, pero esas cifras oficiales son poco confiables, pues los clandestinos eran numerosos. De hecho, en 1579, en las Américas ya se habrían contado 150 mil blancos; a finales del siglo XVII, se encontraban ahí entre 400 mil y 500 mil personas.

Al principio, sólo los hombres se fueron, pero en México, Cortés no aceptó el asentamiento de 2 mil inmigrantes procedentes de Castilla más que a condición de que en un plazo de 18 meses sus esposas los siguieran... Un texto oficial de 1604 toma nota de la partida de 600 mujeres, cuando la autorización no se dio más que para 50. Por otro lado, en el lugar, los españoles se sintieron tentados por las indias: a partir de 1514, en La Española, 64 de los 684 hombres ya se habían desposado con una. La barraganería, el concubinato, era tolerado en Castilla hasta la llegada de Isabel y de Fernando: fue moneda corriente en las Américas, después de un bautismo para guardar las formas. Los conquistadores se hacían ofrecer las más bellas mujeres por los príncipes aztecas e incas: Cortés, Pizarro dieron el ejemplo... Paradoja: procedentes del país que había inventado la limpieza de sangre y excluido a todos los que tenían antepasados judíos o musulmanes –un criterio religioso, a decir verdad–, fueron estos castellanos quienes, en las Américas, impusieron el mestizaje para garantizar su permanencia en esos países y no enfrentar la suerte de La Española, donde toda la población india había sido asesinada.

"Sus hijos, esos hombres y mujeres 'de bien', no debían ser llamados 'mestizos', se decía entonces, pues era el tipo de vida lo que diferenciaba claramente a los blancos de los mestizos." Los mestizos accidentales, si nos atrevemos a expresarmos así, es decir la mayoría de los hijos de uniones fugitivas, eran cada vez más numerosos... huérfanos abandonados, miserables que entraban al ejército; muy rápidamente llegaron a ser tan numerosos –en Perú, alrededor de 100 mil

contra 38 mil blancos hacia 1570– que se les prohibieron las armas europeas, los caballos y el acceso al sacerdocio. Pronto fueron rechazados tanto por los criollos como por los indios... El índice de hijos ilegítimos declarados alcanzaba el 40% en el siglo XVI, y ascendió hasta el 69% entre 1640 y 1649, en lo tocante a los negros y mulatos.

En la metrópoli, la reacción fue severa: se prohibió a las mujeres solteras embarcarse, así como a los hombres casados que partieran sin sus esposas... A partir del siglo XVII, el 60% de los andaluces que se embarcaban lo hacían en familia... Es México el que atrae más a la gente de Extremadura y de Andalucía –que proveen casi el 90% de los migrantes–, seguido por Perú. Los vínculos subsisten con los padres que se han quedado en el país de origen, que algunos perpetúan; luego esos lazos se relajan, a menos que se espere un maná procedente de Perú... Así sobrevive la leyenda del tío de América.

En América del Sur, el rasgo patente es en efecto la diferencia esencial que existe entre la colonización española y la de los portugueses. Desde los orígenes, la Corona de Castilla había fomentado la partida de mujeres españolas a las Américas: ya habían partido 30 en el tercer viaje de Cristóbal Colón. Con sus sirvientas, ellas contribuyen a la expansión de la civilización española. Las leyes de sucesión les dan derecho a la herencia, lo que incrementa su autoridad cuando son hijas únicas. Debido a ello, los matrimonios interraciales son raros, aún si son frecuentes las uniones de los españoles con las indias. La preocupación de la limpia sangre se mantiene muy vigente, por lo menos para poder acceder a los más altos cargos, y esa pureza de sangre se respeta tanto como se puede, en los lugares en los que dichos cargos se ejercen, en Lima y en México esencialmente.

Es evidente en este contexto que el temor a la violación por parte de un indio, o por un negro, se vuelve una obsesión; como lo fue posteriormente para los europeos de África del Norte.

Sin embargo, las actas de los procesos defendidos en el siglo XVIII ante la real Audiencia de México dan testimonio de que los agresores son, en sólo uno de cada dos casos, indios, y en más de la cuarta parte, españoles, lo que no parece justificar el estereotipo. En cambio, las quejas se refieren esencialmente a agresores y víctimas pertenecientes a las clases populares –los notables son raros: ¿lograban evitar los procesos? La configuración étnica de las violaciones aclara su significado real. Las agresiones más frecuentes, que alcanzan números mucho mayores que las otras, son las de los indios contra las indias, mientras que los españoles no agreden a las mujeres de su país más que muy

raras veces. Así, es la mujer india la que padece el doble rechazo de los indios; mientras que, en el agresor español, al que imitan, se dan los excesos de comportamiento del vencedor: ahora bien, en ambos casos, existe un reto tanto como una necesidad, pues la mitad de los agresores están casados (F. Giraud).

La diferencia entre la política española y la de los portugueses es, en efecto, que esta última permitió que los hombres se establecieran solos allende el mar (las mujeres portuguesas no fueron numerosas más que en Marruecos y en las Azores). De manera que, en Brasil, el concubinato y los matrimonios interraciales favorecieron la inserción de los mestizos, y luego de los mulatos, en la sociedad colonial. Deslumbrados por la belleza de las mujeres indias, los portugueses en Brasil ya estaban muy mestizados; la amante negra pronto remplazó a la india, incorporando a las costumbres de los portugueses numerosos rasgos culturales africanos. Se habló de una integración racial "voluptuosa". Así, se pudo decir que el portugués había conquistado el mundo no por medio de la espada y de la cruz, sino por el sexo –lo que sin duda es excesivo, pues los otros dos instrumentos de dominio jamás estuvieron muy lejos. Con el tiempo, en Brasil, la mulatización se volvió también una forma de defensa de los fundadores del país –los *Brasileiros de quatrocentos anos*–, es decir, los "verdaderos brasileños", frente a los inmigrados, puramente blancos –italianos, alemanes sobre todo– para marcar mejor la identidad de la nación.

El carácter exclusivo de la emigración masculina marca asimismo el asentamiento portugués en la India. En dos siglos, de 1549 a 1750, una sola mujer de virrey acompañó a su marido. Lo mismo sucedió con los gobernadores y demás miembros de su séquito. Hubo que acomodarse a las prohibiciones impuestas a las mujeres no bautizadas, pues, en Kerala, en donde se habían establecido los portugueses, eran las más atrevidas, se decía, de toda la India. El virrey, don Francisco de Almeida, consideró que lo más simple era hacer bautizar a las más seductoras. Es así como se formaron varias generaciones de mestizos, con las mujeres acompañando a su hombre a Macao, a las Molucas, etcétera.

La práctica de las uniones interraciales existió en todos los niveles de la población –tanto en Brasil como en la India–, lo que constituyó un medio de promoción social; las hijas naturales gozaban de dotes y eran muy a menudo legitimadas.

Ahora bien, toleradas al principio de la colonización, estas uniones fueron pronto rechazadas en las clases más elevadas mientras se creaba todo un dispositivo de discriminación: más valía, para un portu-

gués, desposar a una india –de Brasil o de la India– que a una judía conversa o a una mulata. Se dio una reacción, procedente de arriba, y se ejerció presión sobre las hijas criollas para que perpetuaran la pureza de la sangre...

Observaremos más adelante una evolución similar en la India inglesa –lo que cuestiona muchos estereotipos acerca de los diferentes tipos de colonización.

En la historia del mestizaje amerindio, el punto importante es que el grupo de mestizos no tuvo tendencia a la integración y a la asimilación más que rompiendo con los indios puros o los africanos puros, es decir formando un grupo separado. La política que consistía en crear castas por medio del establecimiento de un sistema "pigmentocrático" (Mörner) fracasó debido a que el proceso iniciado no dejó de evolucionar hasta el punto en que la antigua oposición español/indio fue sustituida por la del hacendado/peón, confundiendo al mestizo y al blanco puro en un grupo de ladinos, aquellos indios hispanizados, por oposición a los indios. Lo social interfería con lo racial.

En Brasil, por el contrario, los mulatos constituyeron un nivel intermedio. Sin embargo, a partir de finales del siglo XIX y en el siglo XX, si el mestizaje sigue permitiendo el ascenso social para los más oscuros, se asiste a un enquistamiento, a un bloqueo debido a la resistencia de los mestizos "integrados".

En el vocabulario, el sistema pigmentocrático definió todas las mezclas, todos los mestizajes con sus variables: mestizo (español + indio), castizo (mestizo + española), mulato (española + negro), morisco (español + mulata), albino (morisca + español), tornatrás [descendiente de mestizos y con caracteres propios de una sola de las razas originarias, reaparecidos por atavismo] (español + albina), lobo (indio + tornatrás), etc. En Perú, los términos no son necesariamente los mismos; se habla de cuarterón, de quinterón, de zambo (negro + india), etcétera.

De todas y de todos, es la mujer negra la que sufrió la mayor degradación de su condición, desde los tiempos lejanos de África.

La suerte de la mujer esclava negra más agravada que la de los hombres

La suerte de las mujeres negras se agravó aún más que la de los esclavos hombres[1]... El tema del poder de las mujeres negras en la esclavi-

[1] La trata atlántica comprendió entre 1600 y 1900 a alrededor de 11.5 millones de

tud es un eco de los celos sentidos por los negros –o por las mujeres blancas– cuando un blanco abusaba de una negra o la tomaba como concubina... El contraste es claro con la suerte inversa de las mujeres blancas –si es que la comparación tiene un sentido.

Los emigrantes de origen europeo en las posesiones francesas en el Caribe son muy pocos: así, entre 1695 y 1915, por 6 200 hombres que parten desde La Rochelle, y 1 900 desde Dieppe, no se cuentan más que 90 mujeres. Las únicas mujeres presentes son las esposas e hijas de los dueños de bohíos, y luego las hijas nacidas en las islas. Las mujeres viven también con mucha más libertad que en la metrópoli: acompañan a su marido en sus visitas, por ejemplo, un hecho que en el siglo XVII es raro en Francia... Esposas blancas, concubinas negras, el hecho es frecuente desde luego, y las mujeres blancas se vengan como pueden de una afrenta que se comete a menudo. Con su marido ausente muchas veces, ejercen su poder con dureza.

Pero dejando de lado el destino de las concubinas, y luego de las mulatas, la suerte de la mayoría de las mujeres negras esclavas no deja de degradarse.

En África, entre los congoleses, los yorubas, los ibos y los angoleños –que constituyen lo esencial del mundo de cautivos transportados a las Antillas–, los hombres y las mujeres gozan de una mayor libertad sexual que en el mundo cristiano o en países islámicos. En el matrimonio, los derechos y las obligaciones de los hombres y las mujeres están estrictamente definidos; las mujeres permanecen después dependientes, pero, en la región de Bambara, se mezclan en la conversación de los hombres, aun si unos y otros no comen juntos (como en el país vasco) –las mujeres sirven al marido y comen después, de pie. Globalmente, a los viajeros de los siglos XVII y XVIII los impacta la mentalidad y el comportamiento de la mujer africana, aun cuando una parte de las labores del campo parece estarles reservada, además de las tareas de la cocina cuyo monopolio a menudo tienen. La poliginia reinante crea una solidaridad de las mujeres que no existe en el mundo occidental. Esto no impide el respeto de la mujer hacia cada uno de sus maridos, un rasgo que, en el siglo XVIII, había sorprendido al padre Labat.

personas; 1.8 millones en el siglo XVII; 6.1 millones en el siglo XVIII; 3.3 millones en el siglo XIX. La trata sahariana (árabe), iniciada antes, alcanzó a aproximadamente 4 millones de personas: 900 mil antes de 1600, y, después, 700 mil en el siglo XVII, 700 mil en el XVIII, 1.8 millones en el XIX. Cf. C. Coquery-Vidrovitch, *Afrique noire, permanences et ruptures*, p. 33.

En las Américas, y sobre todo en el Caribe, el problema es saber si los amos pretendían incrementar su capital humano por medio de la trata, o bien favoreciendo los nacimientos en las plantaciones; en 1933, en *Maîtres et esclaves*, Gilberto Freyre escribió que, en Brasil, el interés económico lleva a los amos y a sus hijos a transformarse en garañones para incrementar su capital. Pero esencialmente, salvo durante cortos periodos, lo que prevaleció fue el intercambio económico y la compra. Y el hombre vale más que la mujer –a menos de que ésta sea un objeto sexual.

La degradación de la condición de las mujeres esclavas procede del hecho de que, por ejemplo en los ingenios de azúcar, son descartadas de los trabajos especializados. Al principio, no hay diferencia de condición entre el hombre en el horno y la mujer en el molino, entre el hombre que hace los surcos para plantar y las mujeres que depositan en ellos los granos. Existe un mayor número de hombres calificados, condición que depende de sus capacidades, mientras que en las mujeres el simple valor sexual es determinante, y decae con la edad o la maternidad. Además, se deja a las mujeres el uso de las herramientas tradicionales, como el azadón, el hilo, la aguja, cuando los hombres, habiendo aprendido a construir casas, barriles, aherrojamientos para los esclavos, etc., monopolizan pronto el conocimiento de las técnicas. Arlette Gautier demostró que esta división de las competencias y del trabajo mantuvo y agravó la subordinación de las mujeres, de tal manera que la esclavitud, lejos de nivelar la suerte de hombres y mujeres, condujo por el contrario a un envilecimiento suplementario de la mujer en la familia blanca, y pronto en la familia negra, pues ella ya no gozaba, en una sociedad negra fragmentada y hecha añicos, de las salvaguardas y los privilegios que antaño estaban asegurados en África para la mujer negra.

Negros e indios

En las colonias españolas se había instituido el doble sistema de la encomienda y del repartimiento. Por medio del primero, los conquistadores recibían cierto número de indígenas que les pagaban un tributo; por el segundo, la tierra era dividida entre cierto número de beneficiarios. Al principio, lo esencial era el tributo; pronto fue el trabajo lo que más contó, se disponía de gente para explotar las minas, construir las carreteras... Las guerras y demás masacres, la enfermedad, destruyeron

la totalidad o parte de las poblaciones de caribes, indios, arawaks... Ahora bien, los esclavos que llegaban presentaban muchas ventajas para los colonos: sabían practicar la cría de ganado, montar a caballo, etc., de tal manera que los primeros vaqueros de La Española (Santo Domingo, Haití) fueron los uolofs y los mandingas. En el continente los esclavos de la Costa de Oro y de Angola tenían a menudo una competencia artesanal que las daba valor con respecto a los indios, quienes, finalmente, se mantuvieron más marginales que los africanos en el seno de la economía propiamente colonial. Desde finales del siglo XVI, en las plantaciones de azúcar de Bahía como en las minas de la Nueva Granada, la gran mayoría de los trabajadores era negra, los indios chibchas habían desaparecido lentamente. El gobierno portugués –como el de El Escorial– favorecía además esta lenta sustitución de un tipo de trabajadores por otros, pues el transporte y la venta de los esclavos en el continente conllevaban para la Corona todo tipo de ventajas fiscales, a costa de los colonos e independientemente del *asiento* ya percibido en el momento del viaje desde África. La posición cada vez más central de los negros en estas nuevas sociedades se manifestó por último en el papel que desempeñaban en las milicias locales. En Guayana, los franceses utilizan a los negros contra los caribes, y lo mismo hacen los holandeses, como Peter Stuyvesant en la Nueva-Amsterdam, y los ingleses de Massachusetts, que recurren "hasta a los escoceses y los negros" para expulsar a los indios.

El europeo juega con este antagonismo entre el negro y el indio, desviando así la agresividad de los negros, ya sea en contra de los metropolitanos –por ejemplo, durante las guerras de independencia en América Latina y en Estados Unidos–, pero sobre todo en contra de los indios.

Pues *los indios son siempre reputados libres, mientras que los negros son siempre reputados esclavos.* De tal manera que el indio se vale de ello para despreciar al negro: en Nueva Granada, en el siglo XVI, un indio presenta una queja ante un tribunal, al estar su hija prometida a un negro, "pues nuestra raza, distinta por la pureza de sangre, iguala a la clase de los nobles, de tal manera que mi hija no podría unirse a la clase reputada más vil". Lo que no impide a la india entregarse a los negros: "Se entrega al indio por deber matrimonial, al blanco por dinero, al negro por placer" (Saint-Hilaire, 1821). Por Gilberto Freyre, sabemos que en Brasil las tres razas colaboran a su manera, por lo menos en los molinos de los ingenios de azúcar de la región de Bahía: la blanca tiene la propiedad y la dirección, la negra trabaja, la india de-

fiende los molinos contra los piratas y los demás indios; en el sur, en la época de los *bandeirantes*, en aquellas expediciones que se hacían al interior, "el indio camina delante abriendo camino, siguen los blancos y los mestizos, el negro se mantiene atrás, cerrando la columna, llevando las cargas, preparando las paradas".

Los negros "cimarrones" y la resistencia negra

El traumatismo del viaje es tal que en cuanto desembarcan en el Caribe, los "nuevos negros" desean escapar. Los colonos que lo han comprendido intentan amortiguar el golpe y aclimatan al esclavo antes de integrarlo a su taller. Pero la desesperación de los negros es tal que se mutilan, se estrangulan, mucho más de lo que intentan matar a su nuevo amo. Uno de ellos se estrella la cabeza contra una piedra; hasta hay grupos enteros que se suicidan, como los cimarrones de la isla danesa de San Juan, cercados por las tropas francesas, en 1734; el mismo comportamiento de los cimarrones atacados por los ingleses, en el siglo XIX, en San Vicente. "Treinta se ahorcaron en una sola habitación", refiere Malenfant, en su *Histoire de Saint-Domingue*, publicada en 1814. "Sé de un propietario quien, de 400 negros, encontró a 380 ahorcados al día siguiente", atestigua Xavier Eyma en la misma época. Algunos ibos se ahorcan para volver a su país... Reunir a los "congos", o también a otros, para reducir –se cree– su desesperación, es una primera técnica. Pero el suicidio o la huida constituyen entonces una forma de resistencia a un amo. Sobre todo, para quienes se han "acostumbrado", la cimarronada, es decir la huida, debe ayudar a conquistar la libertad, o a adquirir cierta promoción... Entre los "negros de azadón", destinados al cultivo, y los "negros con talento" o "a jornal", la diferencia se ahonda, y estos últimos intentan integrarse a la clase de los libertos: "Fingiendo hablar bien francés, un poco de español, pretendiéndose liberto, zapatero de oficio, un mulato llegó a la taberna..." (citado en Y. Debbasch). Pero los negros de azadón se escapan asimismo; la alimentación insuficiente y los malos tratos, sobre todo por economía, son el origen del miedo que su descontento suscita en los patrones. A menudo, los negros avisan con una especie de huelga advertencia, luego desaparecen...

Con frecuencia, el fugitivo encuentra escondite con un propietario vecino, que calla, finge no verlo. ¿Pero luego?

Los refugios exteriores son raros, inexistentes en las pequeñas islas,

pero muy pronto funcionan redes que señalan a la Dominica y a San Vicente como tierras de libertad: el asunto es llegar hasta allí. Se intenta asimismo ir a las tierras del español, pues en esas posesiones, la indolencia administrativa permite esperar que se conceda o venda la libertad. A pesar de una serie de acuerdos, sobre todo en Santo Domingo, el riesgo de extradición es más teórico que real. O bien se intenta llegar a Surinam, en Guayana, pues se sabe que en el interior de las tierras se constituyen fuertes colonias de cimarrones.

Una guerra larvada opone la sociedad esclavista a su mano de obra... El cimarrón siempre es un enemigo que "robó al amo su valor" y quebranta el orden establecido. Su deserción debe ser castigada, y el amo pretende recuperarlo para el taller –lo pagó en el mercado de la trata. Pero a veces es necesario amnistiar, con una promesa de emancipación para más tarde; hasta francamente negociar, como lo hacen los ingleses a veces en Jamaica. Ahora bien, la autoridad pública y la autoridad doméstica se disputan la realidad del poder, y no tienen los mismos objetivos. Un reglamento de la policía de Guayana, en 1750, argumenta que "los amos sólo consideraron las infracciones de sus esclavos como personales de ellos mismos, como si la libertad que tienen de poseerlos no les fuera otorgada con las condiciones expresas de velar sobre su conducta con respecto al público". De tal manera que, cuando a finales del siglo XVIII, con la cimarronada, el Código Negro se vuelve a editar en beneficio de los notables, parece inadaptado a la situación. Y los plantadores adoptan otro método: "Cuando logro, a fuerza de cuidados y con algunos castigos, hacer que uno de mis negros sea dueño de un peculio, entonces soy su dueño. El orgullo, el amor propio lo dominan, se vuelve más cuidadoso, raras veces falible... El castigo más fuerte es la privación del tiempo para ir a la ciudad. Es muy eficaz." También se conceden jardines a los esclavos –pero la posibilidad de trabajar en ellos les es tacañamente administrada. De esa manera, el dueño gana, pues eso le cuesta menos que alimentar a esas familias.

Rebelión de los "cimarrones"

En América, las rebeliones de negros fueron muy numerosas –pero, por haber fracasado, salvo la última en Haití, no lograron su derecho de inscripción en la historia: sin embargo, a partir del siglo XVI, se contabilizan tres en Santo Domingo y diez, por lo menos, entre 1649

y 1759, en las diferentes Antillas inglesas; seis, en el siglo XVII y unas 50 en el siglo XVIII en el sur del futuro Estados Unidos. En las Antillas francesas, el norte de Brasil y en Puerto Rico, se multiplican después de la independencia de Haití.

Desde luego, estas rebeliones fracasaron; sin embargo, las de los cimarrones de Guayana dieron origen a "repúblicas de cimarrones" que, si no sobrevivieron, existieron en realidad, en Colombia, pero sobre todo en Guayana. La más duradera fue la de los boni, en Guayana, que se levantaron contra los holandeses, animados por los franceses. Más exactamente, cuando, en 1712, los marineros franceses penetraron en Surinam, los grandes propietarios huyeron y los esclavos aprovecharon para escaparse a la selva, después de haber saqueado las casas de sus amos. En 1749, su jefe, Adoc, obtuvo la independencia, mientras otro jefe negro, Arabi, probablemente musulmán, hizo que se le reconociera la libertad de fundar también una república a condición de no aceptar cimarrones. Asimismo se fundó una tercera república cimarrona en 1762, con un consejero holandés al lado del jefe negro. Pero, habiendo querido los boni expulsar a los blancos de la región, una parte de los negros se alió con los holandeses por temor a su hegemonía. A su vez, los boni tuvieron que firmar un acuerdo con Francia y mantenerse en el Alto Maroni. Desde entonces, ahí sobreviven esos bosh, o bush-negroes, u hombres negros de la selva, cuya civilización es un sincretismo fanti-ashanti de origen africano, en cuanto a la religión sobre todo, mezclado con prácticas alimenticias índicas, y cuya lengua es una mezcla de palabras africanas, holandesas, inglesas y francesas.

En Haití, doscientos años después, en 1991, se sigue festejando el gran levantamiento del esclavo Boukman, en agosto de 1791, que culminó en 1804 en la primera de las independencias de los pueblos colonizados. La victoria se sigue poniendo bajo el signo del vudú, que, en la época de Toussaint-Louverture, dio a los negros la fuerza para combatir y vencer a los ejércitos de Bonaparte, y luego de Napoleón.

Así, la Revolución francesa y el vudú son igualmente considerados los agentes de la libertad, con la bendición de la Iglesia católica, que, bajo la égida del abad Aristide, reivindica hoy día esa herencia y el juramento de la selva Caimán (cf. la película de Charles Najman, 1991).

¿Esta gran victoria de los esclavos –la primera– significó para los haitianos el "final de la historia"? Lejos de ampararse y de utilizar lo que la colonización había creado o aportado, se desviaron de ello y dejaron que esas explotaciones decayeran para reconstituir, en otra

parte, un modo de vida africano, inmovilizándose en cierta manera en el tiempo, como para perpetuar aquel momento único que les envidian los demás pueblos del Caribe.

En las Américas, las formas de resistencia de los negros variaron, desde un extremo, la rebelión y la huida de los cimarrones, hasta el sabotaje del trabajo, que dio origen al mito del negro perezoso –que observamos también en el Sureste asiático con el "indígena perezoso". Entre los descendientes de los cimarrones pudieron existir todas las variedades de sincretismo cultural, como se estudiaron en Cujilla, en México: la conservación de las actitudes –cargar a los niños en la espalda, los paquetes sobre la cabeza, la construcción de casas redondas, la disposición de las esposas, con las queridas viviendo en barrios diferentes. Estas actitudes se debilitan o se transforman, en relación con las demás comunidades; pero se perpetúan gracias a las fiestas y demás "formas de libertad que constituyen el marco institucional de la supervivencia de los cantos, danzas y demás manifestaciones artísticas, sobre todo musicales, de África" (R. Bastide, *Les Amériques noires*). En Nueva Inglaterra, la organización de dichas fiestas llega incluso a transformarse en la matriz de una especie de contrapoder que ejerce el "gobernador" –cuya preeminencia aceptan los blancos–, que a menudo es un descendiente de reyes, y que negocia con el amo. Los amos presentan gustosos a los delincuentes ante esos "gobernadores", desviando así el resentimiento de los esclavos en contra de su propia comunidad. Estas supervivencias son asimismo "religiosas", guardadas "en conserva", donde el blanco es poderoso, pero evolucionando donde desapareció, como en Haití. Aquí, el vudú puede transformarse y volverse una especie de religión campesina nacional, mientras que en Brasil o en Trinidad conservó mejor sus rasgos africanos.

En cuanto a los esclavos conversos, conservaron mejor sus herencias africanas en los países católicos –dando origen a un sincretismo con formas variadas– que en los países protestantes, en donde el negro no es aceptado como miembro de la Iglesia más que en la medida en que su educación es perfecta: la evangelización provocó así la desaparición de los africanismos. ¿Adquirió en verdad el negro un "alma de blanco? He aquí una pregunta que Frantz Fanon abordó en *Peau noire, Masques blancs,* pero que fue asimismo objeto de un debate "científico" entre Herskovits y G.F. Frazier en el que se plantea todo el problema del racismo y de la asimilación.

El nacimiento del criollo

Al solicitar en su testamento de 1547 que, si llegaba a morir en España, sus restos fueran llevados a México y enterrados en el monasterio de las religiosas franciscanas de la Concepción, en *su* ciudad de Coyoacán, Hernán Cortés es en efecto el primero de los criollos en considerar que su verdadera patria es México.

Esta identificación con una tierra diferente de la de sus antepasados constituye el primer indicio de un distanciamiento que se ahondará entre los metropolitanos y aquellos a los que se llama criollos. En estos últimos, españoles de origen, en México, la impregnación del medio, de su cultura, de múltiples rasgos, se lleva a cabo de manera imperceptible y no necesariamente asumida. Así, con una gran agudeza, Solange Alberro, en *Los españoles en el México colonial*, observa que el color de los hábitos de los franciscanos cambia en México: cuando existe por tradición el beige, justamente para la cogulla de los pobres, eligen el azul, el color que los mexicanos asocian simbólicamente con el dios guerrero del Sol, Huitzilopóchtli, cuyo templo en ruinas sirvió de base para los primeros cimientos franciscanos. Esta colonización invertida se traduce por todo tipo de imitaciones, desde la túnica de algodón enguatada, el *ichcahuipilli* hispanizado en escaupil, hasta los alimentos, cuyo inventario es muy conocido: el chocolate, el tabaco, el frijol, etc., la tortilla de maíz sobre todo, pues su cosecha, su molienda, su preparación requieren mucho menos trabajo que el pan de trigo; y su consumo contribuye a esa "pereza" de la que el español se impregna sin esfuerzo. En los pueblos aislados, más que en otras partes, pero también en las ciudades, las costumbres indias "contaminan" a los españoles, cuyos hijos son criados muy a menudo por nodrizas indígenas y a los que también sirven cocineras del país... El empleo tradicional del tiempo se encuentra entonces ocupado por todo tipo de nuevas costumbres; así, se observa desde el siglo XVIII que el criollo come casi todo el día; toma chocolate en la mañana, desayuna a las nueve, come algo a las once, y poco después del mediodía hace una comida. Después de la siesta, vuelve a beber chocolate y cena más tarde. Esta costumbre generalizada de un consumo repetitivo se asocia con condiciones que, a diferencia de Europa, excluyen la conservación –pocas salazones, pocas carnes ahumadas. El criollo vive entonces de frutas, legumbres y productos frescos, y no en la organización de una producción destinada al porvenir. Vive en el presente, en el corto plazo, no en el largo plazo como su primo el español.

Otro rasgo: se reconoce al criollo por su vestimenta, que refleja una pertenencia social y étnica. Mientras que la mayoría de los indios van desnudos –algunos de ellos, deseando ser asimilados a los mestizos, llevan medias y zapatos, y los negros y las mulatas buscan suntuosos atavíos para distinguirse–, el español de sangre debe multiplicar sus afanes de emulación, llevar armas y cubrirse de joyas. Este lujo ostentoso contrasta con la simplicidad indígena, pero es asimismo la réplica necesaria de las antiguas cortes aztecas o incas. Además, con respecto a la metrópoli, debe, al desembarcar en Cádiz, marcar la munificencia de las Américas en relación con España.

Así, en las Américas, el criollo se diferencia poco a poco del metropolitano, tanto por los rasgos que exige su condición, como por imitaciones, conscientes o no, de la civilización de los vencidos.

Sin duda, los indios fueron realmente convertidos, pero no sólo siguieron siendo idólatras, sino que pudieron contaminar a los individuos de sangre mezclada y hasta, algunas veces, a los criollos y sus sacerdotes –de tal manera que se instauró un mecanismo de *colonización invertida.*

¿Es una casualidad que los padres de una identidad criolla, ideólogos de los movimientos de independencia, hayan sido a veces curas, como Hidalgo y Morelos en México, más cercanos que otros a los indios y los mestizos?

LOS ANGLO-INDIOS: EVOLUCIÓN DE LAS RELACIONES CON LA COLONIA

La India inglesa es en efecto uno de los casos en los que se dispone de información antigua acerca del problema de las relaciones entre colonizados y colonizadores, los matrimonios mixtos...

A partir de 1793, Henry Dundas, presidente del Board of Control de la East Indian Company, llamaba la atención sobre el peligro de una presencia demasiado numerosa de ingleses en el país, "pues eso afectaría la idea que tienen los indígenas de la superioridad del hombre europeo". Este juicio apuntaba a los eurasiáticos, cuya multiplicación esta misma Compañía había deseado sin embargo un siglo antes... Ahora bien, una ruptura radical se produce cuando una decisión de 1791 excluye a los mestizos del derecho de ejercer funciones en la Compañía.

Este repentino rompimiento cambió toda la situación.

La razón invocada era que los indios despreciaban a los eurasiáticos y que todo el prestigio de la Compañía padecía las repercusiones. Y luego, viviendo en forma aristocrática, sus directores toleraban mal que una sangre mezclada pudiera acceder a las más altas funciones. Otra razón, no expresada, era que en Londres había llamado la atención que la rebelión de Haití, durante la Revolución francesa, hubiera sido hazaña de los mulatos –había que tomarlo en cuenta.

Después de este cambio, la frustración de los ingleses se manifestó, sobre todo respecto a las mujeres birmanas... que, se decía, estaban al mismo tiempo dotadas de todos los atractivos y de todas las virtudes. Los pastores protestantes no supieron cómo reaccionar, pues la Iglesia estigmatizaba las relaciones fuera del matrimonio, y éstas se desarrollaron en lo sucesivo impunemente. En la época victoriana, Lord Curzon intervino desplazando los límites del interdicto: los que se desposaran con mujeres indígenas debían saber que su carrera se vería afectada; lo mismo sucedería con los que tenían amantes, a las que sería bueno ya no exhibir en toda circunstancia. De otro modo, el contraventor sería transferido. Efecto perverso: muchos militares y civiles, sobre todo de las regiones periféricas, exhibieron en lo sucesivo una amante india: esperaban así ser desplazados a una región más central, Bombay o Delhi de preferencia... "Sin embargo, no sería prudente que semejante reglamento impida a un buen funcionario desposar a su amante...", comentaba un contemporáneo.

Se había planteado un verdadero problema.

Se observa que con el tiempo disminuyó el número de ingleses que vivían con indias. Y no se sabe gran cosa –salvo por las novelas o las películas– de esos raros hombres indios que vivieron con una inglesa.

Estos eurasiáticos son 111 637 en el censo de 1951, de los cuales H.A. Stark, él mismo eurasiático, escribía en *Hostages to India*, en 1926: "Si Inglaterra es la tierra de nuestros padres, la India es la de nuestras madres. Inglaterra es un recuerdo sagrado; la India, una verdad viva... Inglaterra, son nuestras tradiciones; la India, nuestra vida de todos los días." Un análisis, hecho a partir de la *Anglo-Indian Review* (con una tirada de 3 mil ejemplares), y prolongado por una encuesta sobre los años 1926-1959, da una idea de lo que fue la situación de una comunidad, oficialmente reconocida y que tuvo derecho a dos representantes en el Parlamento. Primero llamados sangre-mezclada (*half-breed)*, luego *Chichi, East-indian, Indo-European, Eurasian, Indo-Britons* –el término "angloindio" prevaleció finalmente–, siguen estando marcados por el desprecio de los británicos y por el de los indios, y este rasgo

da cuenta de la inferioridad en la que se mantiene a los angloindios: el inglés escucha más bien los consejos de un indio puro que los de un sangre-mezclada. Esta situación pesa sobre una comunidad que sintió muy pronto la necesidad de dotarse de una condición legal... Se occidentalizó en la vestimenta, en una parte de sus comidas, sobre todo el *breakfast*, en la educación más que nada. La emancipación asociada a la modernidad llevó a los angloindios a entrar, jóvenes, en la administración, el servicio de correos o, sobre todo, en el ferrocarril, donde ocuparon la mayoría de las funciones. De manera que pocos de ellos hicieron estudios superiores, lo que les hubiera tal vez permitido acceder a las más altas responsabilidades.

La época de las grandes luchas políticas, inmediatamente después de la primera guerra mundial, pone a los angloindios en una situación en falso... Habiendo adoptado poco a poco costumbres británicas, temen que, con la independencia, la indianización ponga en peligro su situación, y que la baja general del nivel de vida les afecte primero a ellos, que trabajan en un mundo controlado por los ingleses. Poco practicantes en su mayoría, temen el retorno a la intolerancia religiosa, sin importar si ésta emana de los hindúes o de los musulmanes; por último, y sobre todo, temen que resuciten los tabúes y las obligaciones vinculadas con el sistema de castas de las que habían podido evadirse.

La suerte de los angloindios era algo reveladora de un cambio en la naturaleza de la presencia inglesa en la India.

En el siglo XVIII, estos ingleses eran sobre todo comerciantes, poco numerosos, y había un mínimo de soldados. Ello cambió con los conflictos franco-ingleses, a partir de 1746. Así, en Fort-Saint-David de Madrás había 200 soldados en esa fecha; eran 589 en 1748, 1 758 en 1759, en el momento del sitio, y 2 590 en 1769. Los civiles ya sólo eran 253 en esa época. A esos militares se suman en lo sucesivo los funcionarios de la Compañía de las Indias, cada vez más numerosos. Ahora bien, mientras los primeros están ahí en forma temporal, viviendo aparte en sus cuarteles o en campos, los segundos se ven llevados a estar en relación con los indios, *nawabs* y *zamindars*; poco a poco se indianizan, enriqueciéndose y adoptando los gustos de los nabab. Se contraponen así dos flujos, el de los militares que se europeízan, debido a la condición puramente real del ejército, el cual encarna la tradición, y el de los civiles que se indianizan. Mas la situación cambia con la influencia del gobernador Cornwallis y de una administración cada vez más escandalizada por los métodos de los aventureros y de otros que abusaban de su riqueza, de su poder y se servían del ejército de

Su Majestad. El mal venía, decía un informe, de una excesiva inserción de los ingleses en el mundo indio. La llegada más numerosa de mujeres inglesas que sustituyen con bailes y "parties" las Nautch girls indias y hacen inglesas las "homes", contribuye a la disociación de las sociedades. Como si en lo sucesivo la India no fuera a representar a los ingleses más que a través de este rasgo caricaturesco: "El mayor se puso el pijama y sus sandalias, luego se dirigió a la veranda de su bungalow para tomar ahí una taza de té".

La diferencia entre las dos sociedades se incrementa, y con ello se desarrolla el racismo.

Por lo demás, iniciarse en los misterios de la India es peligroso –explica la novelista Annie Steel–, indecente, más aún: ridículo. Cuando uno de sus personajes, Strickland, el policía, se vuelve *sanyasi* (asceta) para acercarse con más facilidad a su dulcinea, Miss Youghal, se torna en un personaje cómico:

Un hombre extraño, ese Strickland; la gente se alejaba de él: ¿acaso no profesaba aquella teoría "absurda" de que un policía debe saber acerca de la India tanto como los propios indígenas? Se enreda entonces en lugares poco perfumados a los que ningún hombre que se respeta pensaría llevar sus exploraciones... Poco después se le inicia en el Sat Bhai, en Allahabad; aprende el canto del lagarto de los sansis, así como la danza de Hallihuk, que es un cancán religioso de un tipo bastante sorprendente. Pero, ¿por qué, pues, se decía, Strickland no se queda en su oficina?

De todas maneras, no hay que intentar comprender la India. Ésta, piensan los ingleses –y lo hubiese dicho Françoise Sagan–, es como una mujer, no pide ser comprendida sino mantenida.

Algunos decenios más tarde, leyendo de nuevo a Annie Steel, Alice Perrin, o también Rudyard Kipling, se creería que en la India hay más bailes y días de campo que sufrimientos. La India está dividida entre los tigres, la jungla, los bailes, el cólera y los cipayos. Pero, salvo esta participación, el indio ya no aparece, si no es en calidad de palafrenero –y pronto como traidor o ser poco confiable en el cine (cf. *Gunga Din*). O más bien, está presente para encarnar lo contrario de lo que define a un inglés verdadero: disciplina, fuerza física, organización, sentido del honor. La peor vergüenza para esta heroína de una novela de Croker es, en el momento de la rebelión de los cipayos, haberse entregado a un indio para evitar una masacre... Perdió toda su dignidad.

PIEDS-NOIRS Y ÁRABES

"Niños, amad a Francia, vuestra nueva patria", decía el maestro. En Argel, en 1939, se conmemoraba el 150º aniversario de la Revolución francesa: jóvenes árabes y moriscos desfilaban, llevando los primeros la vestimenta de los *sans-culottes*, y los segundos, la frente ceñida con una corona tricolor.

Pues "Francia pretende llevar, a todas partes a donde pueda, su lengua, sus costumbres, su bandera, su genio", decía ya Jules Ferry.

Hoy día, en el Aurès, en el Atlas, uno se pregunta: ¿un siglo, o casi, de presencia francesa, no habrá tenido más efecto que una garrapata en la cola de un camello?

Desde luego, hay espacios de la vida del Magreb que permanecieron inviolados, que en todo momento casi ignoraron la colonización francesa: los zocos de Fez, las mezquitas y medersas ocultas a la mirada del rumí. Es cierto que en la época de Lyautey la ciudad europea vivía a lo lejos, con sus bellas avenidas asfaltadas, lejos de los barrios indígenas, del mercado negro, como se decía en Orán. Una ciudad flanqueaba a la otra; separadas por alguna estación de policía, dos ciudades que se odiaban o que se ignoraban. Frantz Fanon las describió en *Los condenados de la tierra*:

La ciudad del colono es una ciudad sólida, toda de piedras y de hierro. Es una ciudad iluminada, asfaltada, en donde los basureros rebosan de restos desconocidos, ni siquiera soñados. Los pies del colono jamás se vislumbran, salvo quizás en el mar. Pies protegidos por zapatos resistentes, cuando las calles de sus ciudades son lisas, sin agujeros ni piedras... La ciudad indígena es un lugar de mala fama... Es una ciudad hambreada, de carnes, de zapatos, de luz. Es una ciudad en cuclillas, una ciudad de árabes...

La mirada que el colonizado lanza a la ciudad del colono es una mirada de lujuria, una mirada de envidia. Sueños de posesión: sentarse a la mesa del colono, acostarse en la cama del colono, con su mujer si es posible. El colono no lo ignora: "Ellos quieren tomar nuestro lugar." Es cierto. No hay un colonizado que no sueñe por lo menos una vez por día en instalarse en el lugar del colono.

Sólo las relaciones de trabajo intervenían en su intercambio –aparte de la escuela, del hospital o del ejército.

Los árabes no eran buenos más que para las maniobras o todo tipo de faenas,

o para trabajar como *dockers*, como cargadores... Un día, el alcalde de Argel vino y preguntó quién había hecho ese trabajo. El jefe de máquinas sube y me dice: "Ahí está el Alcalde que viene a felicitarte, vístete." Yo me negué y me quedé con ropa de trabajo. Y bajé, ahí estaba el Alcalde. Todavía los veo delante de mí, a esos tontos. Estaba presente todo el equipo, toda la comisión, como ellos dicen. Entonces, me dice: "Es usted quien hizo ese trabajo, deseo felicitarlo." "A fuerza de oír felicitaciones, las bolsas están llenas, rebosan." Dice: "¿Qué significa eso?" Le contesto: "Es que nos pagan mal. Usted tiene aquí a padres de familia que ganan 40 F por día. No me interesan sus felicitaciones, lo que cuenta, es el bistec". ("Un Arabe raconte sa vie", *Socialisme ou Barbarie*, 1959).

Como se decía, "sueldo de árabe".

En Marruecos y en Argelia

La intención de la colonia no fue la misma, por lo menos en principio, en Argelia y en los dos protectorados. La primera se concebía como una prolongación de la metrópoli, con sus tres jurisdicciones, salvo, para los árabes, las ventajas sociales, los derechos políticos, etc. Los segundos debían establecer una libre asociación con Francia. "Los franceses, decía Lyautey, aportan una organización administrativa superior, los recursos de una civilización más adelantada, medios materiales que permiten sacar un mejor partido de los recursos del país, y la fuerza que garantiza en contra de la anarquía; el Otro, al abrigo de esa protección tutelar, conserva su estatuto, sus instituciones, el libre ejercicio de su religión, desarrolla sus riquezas en el orden, y en paz."

Pero, aún si esta intención de Lyautey, gustosamente reivindicada por los franceses, no se perpetuó, tuvo por efecto sin embargo dar origen en Marruecos, hasta en Túnez, a relaciones entre colonos e indígenas bastante diferentes de las que se instauraron en Argelia.

En primer lugar, la intención de la conquista se perpetuó más tardíamente en Marruecos que en otras partes ya que, más de diez años después de la guerra del Riff, existían todavía zonas no sometidas, en el Alto Atlas; las grandes sociedades recurrían al ejército para garantizar mejor la seguridad de sus convoyes. Esta "pacificación" se enfrentó a tribus guerreras, supervivencia del Siba, y no todas las operaciones de "pacificación" necesariamente disgustaron al Sultán, que las economizaba, o también a ciertas poblaciones víctimas de montañe-

ses sedentarios. La película de la epopeya colonial no dejó de hacer valer este aspecto de la "pacificación"; es en Marruecos en donde se sitúa la acción de las más célebres: *La bandera, Le grand jeu, Itto, Le roman d'un espahí,* etcétera.

La llegada masiva de colonos que, en Argelia, habían ocupado las mejores tierras, o supuestamente las mejores, y expulsado a los indígenas a otra parte, fue el rasgo que, desde el principio, diferenció a este país de los otros dos.

Esta desposesión, protegida tras argumentos de orden jurídico, fue muy resentida como injusticia, como un robo que "degradó" al colonizador. De tal manera que en Argelia, sobre todo, la administración se volvió para algunos, como Malek Ben-Abi, una "asociación de malhechores". En Marruecos, Lyautey quiso impedir este tipo de reacción limitando el número de colonos, prefiriendo favorecer la constitución de grandes propiedades, en manos de sociedades, lo que en la metrópoli lo volvió sospechoso ante la izquierda. Pero sus sucesores, administradores y oficiales, no supieron o no quisieron oponer resistencia a la presión de los recién llegados y de los colonos que exigían tierras. Aquí como en otras partes, el europeo consideraba que "quien no fecunda el suelo no merece poseerlo, y que quitándoles tierras a los indígenas, en el fondo se favorecían sus intereses", pues la puesta en valor por parte de los colonos permitía una alza general del nivel de vida... Con todo, en Marruecos los pequeños colonos fueron mucho menos numerosos que en Túnez o en Argelia; pero las grandes sociedades sacaron provecho de ventajas mucho mayores, sobre todo financieras, que en otras partes.

Tradición y europeización

Tercer problema: la suerte reservada a las tradiciones y costumbres indígenas; globalmente, la costumbre fue no ponerlas en tela de juicio en la medida en que no constituían un obstáculo para la penetración europea y para la explotación del país. De lo contrario, se las modificaba.

El apego al Islam, a la civilización árabe, constituyó el núcleo duro de esta confrontación.

En Marruecos como en Argelia, los franceses jugaron gustosos el papel de los kabilas y de los berberiscos en contra de las poblaciones más arabizadas de las grandes ciudades. La desconfianza hacia el Islam constituyó su corolario aun si, por razones tácticas o estratégicas,

los líderes religiosos siempre estuvieron protegidos y fueron utilizados como relevo del poder, en calidad de interlocutores: desde el Sultán, en Marruecos, descendiente del Profeta, hasta los ulemas, teólogos respetados por las autoridades francesas. Por estar menos islamizados, menos arabizados, se consideraba que los kabilas y los berberiscos podían volverse posteriormente buenos cristianos; pues, en el Magreb, la colonización siempre tuvo un pequeño resabio de cruzada. Uno de los datos de esa política era la segregación de las dos religiones, como si se hubiera tratado de delimitar el islamismo, antes de reducirlo. Ésta era una de las razones por las cuales la lengua árabe, lengua del Corán, era poco valorada: en la época de la colonización, en la enseñanza, desde luego, la lengua árabe era reconocida, pero en calidad de lengua extranjera, por ejemplo, como primera lengua en el bachillerato, y esta limitación, obstáculo grave para los alumnos, es vivida cruelmente: constituye uno de los perjuicios más graves para los árabes instruidos, sobre todo en Argelia. Ven en ello una voluntad política. En Marruecos, Lyautey había razonado de otro modo. Se había opuesto firmemente a toda tentativa misionera, se negaba a entrar a una mezquita para expresar mejor su respeto hacia la religión; mantuvo así celosamente los derechos autónomos del islamismo y del Sultán, su encarnación, para salvaguardar mejor el carácter "provincial" de Marruecos, lejos del corazón árabe del Islam. Durante mucho tiempo, todas las publicaciones árabes procedentes de Egipto o de Siria, hasta las que venían de Túnez pudieron ser prohibidas en el reino jerifiano. Contaba con la autonomía religiosa del país y prefería buenos estudiantes en teología formados más en Fez que en Egipto o en Bagdad.

Otro problema es el de la europeización, de la asimilación, es decir, también el de la interpenetración de las sociedades.

"Nosotros avanzamos –decían los colonos–, ellos no avanzan ni retroceden." Este juicio data de principios del siglo; 50 años después, apenas se había modificado.

De hecho, la mejoría del nivel de vida de los indígenas en la época de la colonización no se midió más que con los criterios que ésta eligió; algunos, no árabes, hasta llegaron a negarla (A. Nouschi, por ejemplo, para los años de 1871-1919 en el Constantino). Con todo, en lo esencial, las ventajas de las grandes hazañas colectivas beneficiaron sobre todo a los colonos, ya que los indígenas no recibieron más que migajas; la mayor parte de los ferrocarriles, de las carreteras..., comunicaban prioritariamente los intereses del colonizador: las minas, los

puertos, etc. Sin duda, en 1958, el Plan de Constantine fue un inmenso esfuerzo concebido por la metrópoli en favor de los indígenas, esencialmente sólo de ellos. Pero ese proyecto, tardío, fue lanzado una vez llevado a cabo lo irreparable...

Sin embargo, el ejemplo europeo estimuló mucho a los felás, en Marruecos tanto como en Túnez y en Argelia; habían empezado, a principios de los años cincuenta, a equiparse, a participar de manera más activa en el mercado. La interpenetración ya no era en un solo sentido.

Pero naturalmente, más que nada, se apreciaron los hospitales y las escuelas. En primer lugar las escuelas, porque constituían el derecho de entrar en un mundo mejor; se identificaban con el progreso. Sin embargo, como lo decía el gobernador, "estas escuelas permiten llegar hasta la estación, pero después los árabes no tienen el derecho de tomar el tren". De hecho, en Marruecos, en 1952, de 706 médicos, había 11 marroquíes, y un solo arquitecto entre más de 200 europeos; la proporción era más elevada en Argelia y en Túnez, pero estas cifras dan una idea. Una cuarta parte de los funcionarios eran musulmanes, pero que permanecían en grados subalternos. "Yo, decía el director de la Grande Poste de Orán, no toleraría tener a un árabe *bajo* mis órdenes, es decir como jefe de servicio." Ni se consideraba obedecer a un árabe. Para un cuerpo de varios cientos de miembros, había en total un solo subprefecto árabe, en 1954.

Desde luego, este problema era central. Pues numerosos musulmanes habían pasado por la escuela francesa, y descubrían después que se les negaban las esperanzas que daba un diploma, uno verdadero. Sólo la educación nacional se mostró relativamente acogedora: existía un número bastante grande de maestros y de profesores musulmanes en los establecimientos públicos, por lo menos en la escuela laica y en los liceos. Pero, para la gran mayoría de quienes no tenían la vocación de la enseñanza, la desilusión fue cruel, pues, en la escuela, los maestros eran muy a menudo amistosos y comprensivos, como lo atestigua la película de Mohammed Lakhdar Hamina, *La dernière image*; daban gustosos un empujón en los exámenes a los alumnos dotados, pero que tenían dificultades para expresarse en francés.

Sólo los judíos, primeros asimilados, y ante todo en Argelia gracias al decreto Crémieux, pero asimismo en Túnez y en Marruecos, habían aceptado por completo la civilización francesa, identificada con el progreso, con las Luces. También sacaron provecho de ella, al integrarse –salvo los que querían seguir siendo ante todo judíos– con los

demás *pieds-noirs*, españoles, italianos o metropolitanos de origen. Los que permanecieron en la judería, el barrio judío, actualmente han partido a Israel, aunque en Marruecos, donde los protege el rey, muchos se quedaron. En cambio, los que salieron de la judería, cruzaron el bulevar o la calle, se occidentalizaron por completo y en lo sucesivo fueron, en Francia, ciudadanos como los demás. Sobre todo, las jóvenes judías pudieron, gracias a la colonización, emanciparse. Pero, ¿y las demás mujeres? (cf. pp. 232-234).

Frustración de las élites y racismo ordinario

Este problema de las élites no satisfechas se planteó exactamente en los términos que habían temido los grandes colonizadores. Sus circunstancias se volvieron conflictivas en cuanto se abordó el problema del poder. "Tomaron bajo su tutela a un niño de poca edad; estábamos en 1912. Llevaba una vestimenta que correspondía a su tamaño. El niño creció, sigue llevando la misma vestimenta." En Argelia, en donde sobrevivía el mito de las jurisdicciones francesas, el mantenimiento de un régimen político desigual fue percibido tanto peor cuanto que, durante las dos guerras, los musulmanes habían cumplido con su deber y habían confiado en el discurso de los hombres de Estado quienes, en la metrópoli, habían prometido la igualdad, la integración.

Como Argelia no tenía, en el momento de su conquista, estructuras políticas tan sólidas como Marruecos o Túnez, la resistencia pasó, desde luego, por los partidos políticos, pero asimismo por los sindicatos; sobre todo, tuvo que replegarse a bases más reducidas, pero insumisas, las familias, que más que en otras partes rechazaron los matrimonios mixtos.

La resistencia se arraigó en los hogares, asilos inviolados de la identidad y del Islam. Desde luego, las familias enviaban a sus hijos a la escuela para que se instruyeran, conocieran el progreso de las técnicas, se modernizaran. Algunos deseaban occidentalizarse y volverse franceses, como Ferhat Abbas en Argelia; pero, ante la intransigencia de los interlocutores, ante el rechazo colonial, la mayoría se alejó de ese proyecto y buscó por otro lado las vías de su liberación.

En cuanto a los europeos, deseaban que la historia detuviera su curso. Con el sudor de su frente, con la ayuda de "sus" árabes, habían debido y habían sabido reconstruir su vida aquí; esta tierra era de ellos; "antes reinaba la Edad Media".

Frente a los árabes, ellos no manifestaban ningún odio, mientras éstos sólo reivindicaran un mejor sueldo. En las granjas, en Orania por ejemplo, se vive en común, compartiendo el cuscús, participando cada uno en las festividades del otro, nacimientos, cumpleaños; pero no hay matrimonios mixtos, o muy pocos.

Hay límites que no hay que cruzar, como lo ilustra una aventura sucedida a Gandhi en Sudáfrica, pero que vale para África del Norte. Muestra bien la manera en que funciona el racismo. Teniendo en el bolsillo un boleto para la diligencia de Durban a Johannesburgo, en Sudáfrica, Gandhi no pudo entrar en ella, pues "un culi sólo viaja afuera". En Pretoria estudió cuidadosamente el reglamento de los ferrocarriles y, armado entonces de argumentos, exigió un boleto en primera clase, suscitando la cólera del encargado, pues éste ya le había negado un boleto en tercera clase: entre tanto, Gandhi se había conseguido un bonito traje a la europea y una corbata.

La anécdota revela en efecto uno de los rasgos del racismo habitual: el indígena ignora muy a menudo que su mayor crimen, es una imagen: una imagen completamente fabricada, "como una moneda falsa pero que tendría curso legal" (Jean Cohen, *Les Temps Modernes*, 1955). Mientras que en la metrópoli la condición del obrero lo es por accidente, no se deduce de su esencia, allende el mar el colonizado es al mismo tiempo una clase y una raza. Tanto como decir que no es un hombre, un ciudadano como los demás. El lenguaje da testimonio de ello: un europeo atestigua un día ante un tribunal: "¿Había otros testigos?" pregunta el juez. "Sí, cinco, dos hombres y tres árabes." Además, éste no tiene nombre: aparte de que se le tutea, siempre se llama Mohamed al varón y Fatma, a la mujer. Pues, en Argelia, el indígena perdió uno a uno todos sus atributos: hacia 1950, ya no existían más que raros diarios o publicaciones escritos en árabe, que había vuelto a la condición de lengua no escrita, como un dialecto; el indígena entonces ya no cuenta, o sólo a medias: "¿Acaso este médico tiene una gran clientela?" "Sí, *pero* son árabes."

Basta que la reivindicación aumente y cambie de sentido para que reaparezcan los fantasmas, el odio. ¿Quién puede entender al metropolitano? ¿Qué significan las reformas que pretende querer aplicar a una sociedad cuyos hábitos desconoce?... En el terreno, los *pieds-noirs* se vuelven todos ultras, pero racistas que niegan serlo, pues se valen de las ideas de la izquierda, de la República; por lo demás, ¿no son los descendientes de los proscritos de los días de junio de 1948, de los partidarios de la Comuna de 1871? Luchan contra el Islam oscurantis-

ta, promueven la civilización del progreso, "llevan incluso a los árabes hasta las casillas de voto". Estos *pieds-noirs* votan gustosos por la izquierda –no todos, desde luego, pero hasta el 30% en Orania, hacia 1952. Si son racistas, no tienen conciencia de serlo, como lo atestigua esta declaración que hacía a Marc Ferro un dirigente comunista de Orán: "Pero oiga, hasta mi morisca lo comprendería." Otro testimonio: en 1948, durante su primer curso de historia, en el liceo Lamoricière, en primero de secundaria, el autor indica a los alumnos que después de la caída del Imperio romano y del ascenso del cristianismo, abordará la civilización árabe: entonces es interrumpido por una inmensa carcajada... En el interior del país, dos años después, una niña no va a la escuela: "Ni lo piense –me dice el padre– en la escuela, no hay más que árabes".

Así, el que los colonos se opongan de tajo a las reformas procedentes de la metrópoli no requiere una explicación. Por lo demás, el *pied-noir* no pide a los metropolitanos que lo comprendan, les pide que lo amen (P. Nora, *Les Français d'Algérie*).

FIGURAS EMBLEMÁTICAS

Las sociedades que se constituyeron en el marco de la colonización fueron el origen de actividades nuevas que se injertaron en las formas tradicionales de vida.

Las plantaciones figuraron entre las primeras instalaciones de carácter económico o fueron una de las marcas de la sociedad colonial. Aparte de las nuevas ciudades que se fundaron, con su arquitectura específica –sobre todo sus iglesias–, las colonias se cubrieron posteriormente de ferrocarriles, de hospitales, de escuelas –aquellos indicios del progreso para el conquistador.

El propietario y su plantación

Pasada la época del pillaje o de la explotación de las minas, como el Potosí, la plantación se volvió, en las Américas primero, el centro de la empresa colonial. Fue, a decir verdad, una creación original, la marca de Europa y de sus conquistas. Ya sea que se le llame hacienda o estancia, la casa grande, *great house* o *grande case*, es el centro de la Propiedad.

Ésta tiene rasgos característicos bien establecidos: dominio de los recursos naturales –la tierra y el agua–, control de las fuerzas de trabajo y de los intercambios locales o regionales. Además, rompe con el paisaje y los productos naturales de la región al ser traídas de otros continentes las plantas que se cultivan en ella; así, la caña de azúcar asiática y el cafetal africano en América, el cacahual, el hevea y el tabaco americano en África, etc. Tercera característica: responder a las demandas de países lejanos, al pertenecer los consumidores ya sea a Europa o a la América templada. Sobre todo, su paisaje es reglamentado, dominado por la residencia central, del Amo, la Casa Grande, y por los *engerros, engins, engehos de assucar* para el azúcar en Brasil. Más lejos, se encuentran las barracas de los trabajadores, *senzalas* en Brasil, y, muy alejados, los cultivos de papas, de mandioca, los platanales, que sirven para la alimentación de los esclavos, procedentes también ellos de otro lugar.

Forma agresiva de intervención europea en país tropical, las plantaciones crearon situaciones humanas del todo nuevas, que tuvieron que enfrentar los sometidos al trabajo forzado o los esclavos.

Pues, sobre todo en el Caribe, el esclavo es en efecto el personaje central de la plantación –con la familia del amo–, se le hizo venir de África, habiendo convenido en que América da la tierra y África los trabajadores. Al principio, desde luego, el blanco vino para hacer fortuna, no para trabajar; pero muy pronto, observando que el negro, habituado, trabaja menos, o mal, prefiere comprar "nuevos", más dóciles. Además, el esclavo criado en el lugar acaba por costar más caro que el esclavo importado: así, Jamaica pasó de 45 mil esclavos en 1703, a 205 mil en 1778, mientras que, durante ese lapso, importó 359 mil africanos. Ahora bien, pronto el esclavo se evade, como vimos, y la "cimarronada" se volvió una de las primeras formas de reacción de los esclavos a su destino. Pero su partida planteó un primer problema para los propietarios de plantaciones.

Para la época en que se respetó verdaderamente el final de la trata, por parte de los ingleses en primer lugar, un gran número de esclavos ya habían desaparecido en el interior de las tierras, por lo menos en donde ello era posible –en Jamaica, en Santo Domingo y en otras partes; y los colonos tuvieron que recurrir a otra mano de obra que esperaban sería más dócil: procedente de la India, se la envía a Trinidad, pero asimismo a Reunión y a la isla Mauricio. Hacia 1950, en la Guayana británica, se contaba que, entre los obreros de las plantaciones, se encontraban 190 mil de ascendencia africana, y 270 mil descendientes de asiáticos. Estas proporciones eran las mismas en Trinidad.

Segundo cambio: mientras que en el siglo XVIII la plantación tipo se encuentra en las Antillas o en Brasil, en el siglo XIX se ha empobrecido, ha retrocedido y se ha degenerado, jugando un papel importante en el ausentismo de los amos. Es en Ceilán, en la India, en Indonesia o en Indochina donde prospera en lo sucesivo –antes de ser trastornada por la descolonización. En la antigua isla de las especias –Ceilán–, los capitales ingleses invirtieron aproximadamente un millón de hectáreas en plantíos de té, cocotales y heveas. Las plantaciones fueron instaladas en tierras no cultivadas, y se volvieron enclaves que utilizan al mínimo los circuitos económicos locales y exportan sus beneficios. Un rasgo que se observa también en la Indochina francesa. Los cingaleses se dieron pronto cuenta de que aquellas tierras en las que de vez en cuando, hacían alguna incursión, se les iban de las manos, y se negaron a participar en su mantenimiento. Las razones eran diferentes de las que enfrentaban los propietarios antillanos, pero las consecuencias fueron las mismas: los ingleses recurrieron a trabajadores tamiles, procedentes del continente, que pronto eran casi un millón en la isla –lo que no dejó de plantear graves problemas, sobre todo desde la independencia de Sri Lanka, en 1947.

Como efecto de la yuxtaposición de las plantaciones –o de otras empresas industriales– con las formas tradicionales de la producción, se llevó a cabo un trastrocamiento económico, portador de frustraciones y de conflictos.

El caso de la Indochina francesa es ejemplar.

• La inversión indochina

En vísperas de la segunda guerra mundial, los franceses consideraban gustosos que, con Marruecos, Indochina constituía uno de los más bellos florones de su obra colonizadora. En todo caso, en Indochina, la habían llevado a cabo exactamente en medio siglo, ellos solos –cuando en Marruecos la sociedad había tenido otros contactos antes con las potencias cristianas, y la aportación de la República era menos clara.

Tradicionalmente, en esas horas de "apogeo", se representaba a Indochina con dos sacos de arroz –el Tonkín y la Cochinchina– unidos por un palo, el Anam. Lo característico es sin duda que esta imagen corresponde a lo que la colonización había hecho con Vietnam, con la manera en que lo transformó, pues, antes de los franceses, la situación era inversa: era de Anam de donde procedían los principales recursos.

Hay pues una inversión, y, si este cambio no dejó de beneficiar a los colonizadores, también levantó a la población en su contra.

En efecto, en Vietnam, la costumbre fue desarrollar los intereses coloniales en regiones antes poco activas, en el vacío, si se puede decir. Lo atestigua el ejemplo de las minas de hulla de Hon Gay y Dôn Triêu, en Tonkín, con su puerto de Campha, creado *ex nihilo*; lo mismo sucede con las plantaciones de caucho en las Tierras Rojas de la Cochinchina, aquellas planicies poco habitadas; también estaban medio vacías las zonas en las que se multiplicaron las plantaciones de café, en la región media de Tonkín. Por último, el puerto de Haifong no era más que un modesto pueblo a la llegada de los franceses, y la región disponía de otros, más activos; este puerto fue creado en conexión con las cementeras instaladas en la región y porque era el punto terminal del ferrocarril que debía llegar hasta Kumming en Yunán (*Mission lyonnaise d'exploration commerciale en Chine*, de H. Pia, citado en J. Chesneaux).

Más raras son las actividades de la época colonial, suscitadas o respaldadas por los franceses, que prosiguieron actividades anteriores: como el caso de las minas de metales no ferrosos, en Tonkín, reactivadas por la técnica moderna, y de las sociedades capitalistas, sobre todo en lo tocante al cinc; también hay continuidad en el caso del puerto de Saigón, activo antes de la llegada de los franceses, que lo desarrollaron más.

Por el contrario, en Vietnam del centro, lo que prevalece es la discontinuidad, y actividades precoloniales perecieron, como la zona de Bindiah, rica en caña de azúcar, en seda y en tabaco; los puertos de Qui-nhon y Faifo, también, activos antes de los franceses, decayeron. Esta anemia se vincula con los cambios en los intercambios de Vietnam; se percibe como el efecto de la presencia francesa, lo mismo que la decadencia de la artesanía en el norte de Tonkín: el ocaso del campesinado, de la arboricultura, empobreció a la clientela y, además, la ruptura de las relaciones económicas con China puso fin a un mercado tradicional (J. Chesneaux, en colectivo Berque-Charnay).

La prioridad atribuida al comercio con la metrópoli condujo a desatender la producción destinada al mercado interno, y provocó la disyunción entre regiones antaño complementarias. Así, la comunicación norte-sur fue tomada a cargo tardíamente por el ferrocarril, pero, en 1920, los dos tercios de sus ingresos procedían de viajeros –no de mercancías. La puesta en valor del país, tan provechosa para los grupos franceses, rompió un equilibrio, desencadenó fenómenos de mi-

graciones, origen ellos mismos de una proletarización vivida como una decadencia. Entre 1890 y 1937, los arrozales que pertenecían a las sociedades francesas vieron pasar su superficie de 11 mil a 800 mil hectáreas, de tal manera que el 45% de la producción de arroz estaba entre las manos del colonizador (apenas 80 000 de 20 millones de habitantes). La progresión del caucho fue, asimismo excepcional. Y las minas tenían un rendimiento totalmente satisfactorio; el consorcio que se instaló, en 1898, bajo la conducción del Banco de Indochina, reúne a todos los grandes bancos franceses (Société Générale, Comptoir National d'Escompte, etc.) así como a la Société des Batignolles, la Régie Générale des Chemins de Fer. El balance representa el 16% de los capitales absorbidos por el Imperio alcanzando las inversiones públicas más o menos el doble de las inversiones privadas (426 contra 230), según Jacques Marseille.

Pero en las insalubres obras de construcción de Tonkín, de 100 obreros procedentes de una región sana, expulsados por esos desequilibrios, 25 fueron eliminados por deceso o evacuación al cabo de seis meses; y la capacidad de trabajo del grupo disminuyó en un 44%. En el lenguaje colonial, se comenta: "En la India [también], de 1901 a 1931, la malaria mató de manera directa a 30 millones de personas. Indirectamente [es decir favoreciendo la acción de otras enfermedades], mató aún más hombres. Pero el hecho tal vez *más grave* es que una muerte por malaria corresponde a por lo menos dos mil días de enfermedad, es decir, de indisponibilidad" (*sic*).

Los primeros incidentes graves, en Vietnam, apuntaron a los agentes reclutadores. Pronto la guarnición de Yen Bai se levantó (1930), luego tuvo lugar la gran marcha de los campesinos en Nghe An, Ha Tinh y Quang Ngai, es decir, entre los dos sacos, a lo largo del palo, en Anam.

El administrador y el trabajo forzado

En África Ecuatorial sobre todo, las complejas técnicas de trueque sustituyeron al "trueque" original, cuando los europeos se instalaron más adelante en sus conquistas, en el siglo XIX. El uso de la moneda se generalizó, y, para beneficiarse de él o también para pagar el impuesto, se desarrolló el trabajo forzado, controlado tanto por africanos como por la administración. Así, este trabajo forzado fue desdoblado, una parte sirvió para el equipamiento del país y la otra se ejerció en bene-

ficio de los negociantes. De tal manera que, poco a poco, tanto el impuesto como el trabajo forzado, y luego los cultivos obligatorios, sustituyeron la trata que se pretendía suprimir con la civilización...

Fue sin duda en el reino del Congo donde se estableció el sistema de explotación más duro, en nombre del marfil y del caucho. El trabajo forzado se perpetuó durante largos decenios, en beneficio de los jefes africanos y de sus comanditarios. Su ejercicio dio por resultado una despoblación de provincias completas, e incluso un despoblamiento endémico. En los 13 pueblos del distrito del Lago Mantunba, por ejemplo, la población pasó de 9 450 almas en 1893 a 1750 en 1913. Al ser llevados lejos para trabajar, muchos perecieron. El número de pueblos abandonados o perdidos de esta manera no se cuenta, y un texto de E.D. Morel, *King Leopold's Rule in Africa* (1904), reproducido en el libro de M'Bokolo, establece el inventario de estas zonas y pueblos víctimas de un despoblamiento vinculado con los impuestos, el trabajo forzado, los malos tratos, una presión constante de la administración colonial o de sociedades privadas que actuaban impunemente: la Compañía del Congo para el comercio y la industria, fundada en 1889, la Anversoise, fundada en 1892... Fascinados por los beneficios que estas sociedades acumulaban, los franceses quisieron imitar a los belgas en "su" Congo: en 1898, el Ministerio de las Colonias recibió 119 solicitudes de concesiones, definidas como "empresas de colonización": por ejemplo, la Compagnie des Sultanats du Haut-Oubangui (la Compañía de los Sultanatos del Alto Ubangui) recibió una concesión de 140 900 km^2. El pliego de condiciones preveía que el Estado recibiría un canon fijo y 15% de los beneficios. Aunque los abusos cometidos hayan sido denunciados muy pronto, sobre todo en los *Cahiers de la Quinzaine* de Charles Péguy, no dejaron de perpetrarse.

Treinta años después, en 1929, el informe Grimshew, entregado en Ginebra en la Oficina Internacional del Trabajo, daba cuenta del estado del trabajo forzado en el África negra, gracias a una investigación en la que habían colaborado sobre todo las Misiones Cristianas, que "habían podido liberar su conciencia revelando los abusos odiosos de los que eran víctimas sus fieles". No se trataba de trabajo obligatorio, sino en efecto de trabajo forzado, bajo amenaza –por ejemplo, en forma de reclutamiento militar, global para todo un pueblo, por una duración variable de dos a 18 meses. En el mejor de los casos, este trabajo era remunerado con un sueldo mínimo, pagado ya sea al requerido o a su jefe, que repartía o no lo que se le pagaba. Reglamentariamente, los trabajadores podían ser enviados a varios cientos de kilómetros

de su hábitat sin indemnización en caso de herida, de enfermedad o de muerte. Según los textos de los decretos de los gobernadores de las colonias, estos trabajadores podían ser considerados destinados a trabajos de interés general o local: el transporte, las obras públicas, el mantenimiento de las concesiones constituían las tareas tradicionales. Podía suceder que estas exigencias se combinaran con la obligación de practicar ciertos cultivos: algodón, ricino, café, etcétera.

"Es frecuente ver mujeres y niños ocupados en la reparación de una carretera", señala el informe. La administración no es el origen directo de este abuso; sin embargo, exigió del jefe local que haga participar a los hombres de su pueblo. Cuando dicho jefe carece de autoridad y de medios disciplinarios, recurre a elementos más sumisos o más débiles; y la administración cierra los ojos (extractos del informe, en F. Auplais, "Le travail forcé", *Revue Apologétique*, núm. 527, 1929).

Un administrador, que se define como "liberal y poco romántico", L. Sanmarco, expone que durante esos años treinta, cuando la doctrina oficial predicaba en favor de la asimilación, se practicaba el sometimiento, ya sea en forma de un paternalismo protector o de una explotación simple y llana. "En cuanto a la velocidad con la que se pasaría del sometimiento a la igualdad de derechos, para muchos, hasta para los más humanos, era una velocidad de cero." El antiguo administrador, que ejerció sobre todo en Camerún, explica: "No me ruborizo, muy por el contrario, de haber participado en esta aventura ambigua. En la medida en que el sistema tenía un lado criticable, por lo menos daba la oportunidad de luchar en contra y de mejorarlo." Explica cómo comparó su experiencia con la de Jeffreys, su colega de la parte británica del país. Expone cómo se las arregla para incrementar como puede el sueldo de sus cargadores, pero está cautivo de una reglamentación puntillosa a la que dirige "estados de gastos" necesariamente falsos de una punta a la otra, porque son inadaptados, y que debe hacerlos firmar por cargadores analfabetos. Se da cuenta de que en el puesto inglés es un africano quien juzga; en el Tesoro, un africano el que manipula los fondos; y un africano para esto y un africano para aquello... "Jeffreys hace visitas de inspección como yo, a pie con cargadores, de regreso indica '*Out of my pocket*, tanto'; y se le reembolsa sin más discusión. Se admite que es un *gentleman*; no se lo controla, lo que evita los gastos de control; el día en que ya no se le admita, se lo despedirá" (L. Sanmarco, *Souvenirs de colonisation*, manuscrito).

El Camerún difiere mucho del resto del África Ecuatorial, es más rico, más diversificado, más evolucionado también. La administración

está orgullosa de sus realizaciones: plantaciones de plátano en N'Kongsamba, de heveas en Disangue, equipos médicos a partir de Ayos, etc. Las élites se desarrollaron ahí con rapidez, las del sector privado manifestando su deseo impaciente y su ambición de tomar en mano los negocios de su país. "Ambición legítima", escribe Pierre Messmer a Gaston Defferre en 1956. Pero el primer obstáculo es lograr que se elija una asamblea realmente representativa. Ahora bien, ya en la guerrilla desde 1955, el "tribuno del pueblo" Um Nyobé levantó a una parte de las poblaciones; pues la administración hablaba de una "mejor gestión" cuando las élites del país hablaban de "independencia".

El médico y el hospital

Junto con el maestro, el médico siempre sirvió para legitimar la presencia del colono. Abordar su papel, sus éxitos, su función, sus límites, no sólo es un problema humano, o demográfico, es asimismo un problema político –lo que la profesión médica recusa, pretendiéndose una práctica científica, y sólo eso.

El que antes de atender a los indígenas, el médico haya sido primero un instrumento al servicio del Imperio, he aquí lo que se manifiesta desde el principio, cuando los ingleses crean el Indian Medical Service en 1714. El objetivo es atender a los soldados y colonos británicos, al igual que los Servicios de Salud están para atender las tropas de la marina real, imperial o republicana. Esta lucha de la medicina se transformó en una especie de cruzada en contra de la enfermedad, hasta el punto que en el momento del apogeo de la era colonial, a principios del siglo XX, se planteó francamente el problema: quién prevalecería entre el mosco y el hombre; desde los años veinte de este siglo, el porvenir del imperialismo se vinculaba con los éxitos del microscopio. Por ejemplo, el combate del hombre contra la mosca tsetsé se volvió "el combate por el África".

A decir verdad, poco a poco, la medicina atendía asimismo a los indígenas y primero, naturalmente, a los que trabajaban para los colonos; luego la obra médica se extendió a toda la población, y es entonces cuando ésta adquirió el aspecto de una epopeya; la acción médica de los pasteurianos, la publicidad que se le dio en la metrópoli, encarnan bastante bien la manera en que el colonizador apreciaba su obra allende el mar.

Ahora bien, la medición de las buenas acciones de la medicina oc-

cidental debe ser evaluada también desde otros dos puntos de vista: el de los pacientes indígenas, primero; y luego, otro que tome en cuenta el hecho de que los colonizadores trajeron con ellos una medicina sabia, desde luego, pero al mismo tiempo nuevas enfermedades hasta entonces ignoradas por las poblaciones indígenas.[2]

• Argelia, resistencia a la vacunación

Hasta los descubrimientos de Pasteur, la medicina europea no obtiene más que éxitos limitados, y tropieza con la desconfianza indígena. En Argelia, por ejemplo, se había pretendido el vector de la civilización, capaz de transformar al hombre y sus mentalidades. Se imaginaban entonces que la ciencia resolvería todos los problemas de la salud, que la población árabe estaría fascinada por sus éxitos; en el fondo, el médico triunfaría en donde el militar, y el sacerdote podían fracasar. De hecho, algunos remedios eran eficaces, la quinina sobre todo, victoriosa en muchas fiebres, y aun algunas veces con la malaria. Su éxito fue certero en el seno de las poblaciones árabes, como lo fue el de las gotas contra las diferentes oftalmías, peligrosamente presentes en el país. Se aceptaron asimismo las clases de higiene.

Pero los árabes oponen resistencia a la vacunación antivariólica. Primero, al igual que las poblaciones rurales de la metrópoli, desconfían de esa inyección, nueva técnica contraria al uso de la sangría; pero, en tanto que en Francia se teme sólo que la materia animal, procedente de la vaca, tenga efectos perversos, los árabes no quieren que "sangre" europea se mezcle con la de ellos. Además, la vacunación constituía una forma de asimilación de los árabes a los franceses, ya que se trataba de una medida colectiva que situaba a unos y otros bajo el régimen de la misma ley. Sólo con la aparición de los primeros médicos árabes adeptos a la vacunación, durante el Segundo Imperio, ésta fue aceptada (Anne Marcovich).

Hasta entones, la medicina francesa se había creído y querido civilizadora, y sus éxitos eran limitados, pero lo eran también para los europeos. Su campo era reducido, y los indígenas seguían recurriendo a su curandero, apenas menos eficaz ante ciertas enfermedades comunes, y cuya competencia superaba la terapéutica de la enfermedad ya que "curaba" también las depresiones y demás perturbaciones consecutivas a conflictos familiares o de interés.

Con el triunfo de los pasteurianos, desde fines del siglo XIX, la medi-

[2] Cf. más delante, pp. 238-240.

cina en las colonias enfrenta un verdadero cambio. Hasta entonces, se creía que las enfermedades contagiosas se debían a todo tipo de circunstancias, higiénicas y culturales. En lo sucesivo, con los descubrimientos bacteriológicos de Koch, de Pasteur o de Yersin, el combate se lleva a cabo con la Naturaleza, sólo con ella; y la victoria esperada será necesariamente una victoria para la colonización. Resolver un problema médico vuelve irrisoria y fácil, a continuación, la solución de un problema social –por lo menos eso se cree. Estas creencias explican en parte las rivalidades entre los Institut Pasteur, los Lister Institutes y otras instituciones científicas, las que repiten las rivalidades imperialistas.

El objetivo de esa medicina es proteger a la sociedad de los actores invisibles que son los microbios y los virus. Sólo los especialistas pueden luchar contra esos personajes, por fin identificados. Y son las enfermedades como tales, bien aisladas las unas de las otras, las que constituyen el objeto de la medicina en el hospital; éste toma el lugar de la catedral o del cuartel como símbolo de la presencia extranjera. Al expulsar la malaria o la enfermedad del sueño, la civilización europea fue mejor aceptada.

• El Congo: salvaguardar el capital humano

La erradicación de la enfermedad del sueño en el Congo brinda un buen ejemplo de las interferencias que pueden darse entre la colonización, la salud de los indígenas y el esfuerzo emprendido para atender a los enfermos y poner fin a la epidemia. Vinculada con la mosca tse-tsé, la tripanosomiasis apareció en 1898, en el Niari, entre Brazzaville y el Océano, desencadenada por el paso repetido de los cargadores loango. Se extendió a Gabón, subió por el río Congo y, en 1901, alcanzó la primera expansión mortal alrededor del Lago Victoria y en Uganda. En cinco años (1900-1905), 250 mil africanos murieron en el protectorado británico. Simultáneamente, el Congo belga estaba afectado, o más bien el Congo del rey Leopoldo (que se transformaba en una colonia en 1908). La imagen del monarca se vio afectada por la revelación de ese desastre: pues si existía un Institut Pasteur en París, una escuela de medicina tropical en Londres y en Liverpool, un Institut für Schiffs und Tropenkrankheiten en Hamburgo, nada había sido previsto por el propietario-monarca, que recurrió a los ingleses y a John Todd, quien cuenta: "Después de que hubimos explicado al rey cómo devolveríamos la salud al Congo, nos hizo a Boyce, a Ross y a mí oficiales de la Orden de Leopoldo II [...]. Los diarios hostiles dirán forzosamente que los fondos que fueron destinados a los investigado-

res de Liverpool son una forma de corrupción, el precio pagado a nuestro Instituto y a mí mismo para que callemos las atrocidades cometidas antaño en el Congo y echemos un velo púdico sobre lo que sucede allá" (citado en Maryinez Lyons).

Los médicos ingleses no eran los últimos en considerar que la instalación de todo un sistema sanitario en el Congo tenía como objetivo, asimismo, salvaguardar el valor de ese valioso capital, los trabajadores, al que la enfermedad amenazaba. Sin embargo se desarrolló hasta 1930, su cenit, lo que tuvo como efecto hacer indispensable la medicalización de la totalidad del país.

Posteriormente, los belgas pudieron hacer valer que el Congo era el país mejor equipado de todas las colonias africanas. Esta situación era en efecto resultado de un proceso muy ambiguo, en el que las intenciones y los resultados deben evaluarse y confrontarse con justicia.

Se dijo que en Busoga (Uganda), hubo más de 200 mil víctimas entre 1900 y 1905, y que la muerte causó estragos como antaño la peste, en Occidente. ¿La epidemia era de origen africano, anterior a la llegada de los europeos, o se desarrolló con el dominio sobre el Congo? Se observa primero que, a diferencia del SIDA hoy día, la enfermedad del sueño no emigró, ni a América, ni a Nepal, ni a la India. Se observa asimismo que acompañó el cambio de vida de los habitantes, su empobrecimiento –propagándose en las zonas en las que prevalecía el hambre. Se dijo, asimismo, que no existen enfermedades tropicales en sí, y que algunas de ellas, o definidas como tales, han aparecido también en regiones templadas, la lepra, por ejemplo, o el cólera. En pocas palabras, que se trata de enfermedades, hasta de epidemias, de la pobreza, que no afectan más que a los individuos más vulnerables.

En cambio, en América no existía la viruela, en absoluto, antes de que los europeos contaminaran a los indios.

• Sudáfrica, segregación

En los países con una fuerte población blanca, por ejemplo Sudáfrica, durante mucho tiempo el problema de los dirigentes fue preguntarse si las epidemias conocían las barreras sociales... De hecho, eran éstas las que salvarían a los más acomodados de enfrentar sus efectos. Es evidente en el caso del cólera, que frecuenta los barrios bajos sin agua corriente. Sin embargo, como los microbios viajan rápido, en Sudáfrica fueron los funcionarios de la salud los más activos en preconizar la segregación de los barrios negros. Se instituyó un verdadero cordón

sanitario para proteger a los blancos de la peste bubónica, que antaño se había propagado desde Durban, en Natal. En 1917, estalló un escándalo cuando las autoridades desalojaron los trenes que llevaban negros hacia las minas, para proteger al Rand de una posible propagación del tifo. En la estación de Sterkstroom, provincia del Cabo, se los desnudó y se los hizo pasar a todos de sala en sala –A, B, C–, hombres y mujeres, duchándolos y rasurándolos a todos con una inhumana brutalidad: hubo muertos (en Marks y Andersson).

En esas condiciones, no es sorprendente que Sudáfrica haya sido el primer país en disponer, pero en beneficio de los blancos, de una rigurosa política sanitaria –la enfermedad pasaba por los negros, debido a su pobreza. Sin embargo, cuando la viruela se declaró en Kimberley, se evitó pronunciar su nombre para que no cesara la llegada de los trabajadores negros que conocían sus efectos. La coerción fue menor que en el caso del tifo, pues este microbio antirracista, podía hacer que la epidemia afectara también al blanco.

• Trastrocamiento: los médicos indios en Gran Bretaña

Así, sucede que es en la India inglesa donde la práctica colonial acabó por corresponder al discurso "de la civilización" –pero por un juego paradójico de causas y efectos sorprendentes.

En efecto, al principio se trata, aquí como en las demás posesiones imperiales, de proteger a los soldados de Su Majestad: durante la primera mitad del siglo XIX, sólo el 6% de los muertos del ejército perdió la vida en combate, el resto sucumbió a una enfermedad: las fiebres primero, con las tres cuartas partes de las admisiones en los hospitales militares, las disenterías después, y sobre todo el cólera, cuando las tropas estaban en movimiento. Estas enfermedades endémicas también afectan a los indios, pero las tropas indias no son ni más ni menos vulnerables que las británicas, lo que demuestra que hay que considerar el problema de la salud en su conjunto, tarea que parecía insuperable en un país tan poblado y en el que decenas de millones de fieles se desplazan cada año para ir en peregrinación. La política de segregación se legitimó entonces, y podía practicarse con buena conciencia ya que atañía tanto a los ingleses como a los indios, en los acantonamientos lo mismo que en la administración. Se constituyó entonces una doble red de cordones sanitarios: la que protegía a las fuerzas armadas y a la administración británicas; y la que aislaba a los peregrinos de todo contacto con el resto de la población; medidas de cuarentena más o menos aplicadas salvo en las inmediaciones de los cuarteles militares.

Después de la gran epidemia de peste de 1896-1918, que costó la vida a más de diez millones de indios, y de varias epidemias de cólera, pareció necesario poner fin a una política de indiferencia que había conducido a dejar a los indios el cuidado de resolver solos sus problemas de salud. Los príncipes indios recurrieron a Waldemar Haffkine, un ruso emigrado, miembro del Instituto Pasteur de París y que había sabido erradicar una epidemia de cólera en Bengala en 1893. En ese periodo de rivalidades imperialistas, este gesto tuvo la apariencia de una provocación, y, a pesar de las protestas del célebre médico Ronald Ross, el gobierno de la India suspendió a Haffkine, bajo la presión de los militares, humillados por el éxito franco-ruso... Y además, tanto la inoculación antipeste como la vacunación antivariólica costaban caro, para estos 300 millones de indios...

La población demandaba. El gobierno de Londres y Delhi comprendieron que había que encontrar una respuesta a ese gigantesco reto: en una Declaración, en 1900, el secretario de Estado para la India afirmó que el interés del pueblo indio era ver crearse un cuerpo médico independiente, mediante el impulso del desarrollo de la profesión. Sólo dicho cuerpo de médicos indios podría responder a las exigencias de la situación. Eso se hizo.

Cincuenta años después, en el momento de la independencia, los indios cambiaron el nombre al laboratorio real de Bombay, que en adelante se llamó Haffkine Institute.

Debido a una inversión paradójica de la Historia, hoy día, es decir, 50 años después de la independencia, son los médicos indios los que atienden a los ingleses... en Gran Bretaña. En efecto, la decadencia de la profesión médica en ese país, sobre todo desde los años sesenta, tuvo por efecto determinar una fuerte corriente de fuga de los médicos hacia Estados Unidos o Canadá; a menos que algunos hayan podido encontrar una carrera a su gusto en las clínicas privadas de lujo. De tal manera que son los médicos indios –o caribeños, pero en menor número– quienes los remplazaron y pueblan los hospitales de Su Majestad, efecto paradójico del Welfare State.

En *Une histoire de la médecine*, esa película filmada en 1980, nada vale la mirada suspicaz y furiosa de esa vieja *lady*, típicamente británica, que supo captar Claude de Givray, al escuchar las órdenes de un médico de piel morena, originario de Madrás...

La escuela y el problema de la escolarización

Presentada en la metrópoli como una de las realizaciones de la colonización, la escolarización se desarrolla, desde luego, pero tarde y en condiciones tales que sus modalidades pudieron constituir aquí o allá puntos de anclaje del cuestionamiento de la presencia francesa.

En el Imperio francés, se observa un contraste bastante pasmoso entre el caso de Indochina y el de Argelia.

En ningún otro lugar la enseñanza fue tan desarrollada como en Indochina, en donde "Francia no pudo contentarse con destruir, por medio de medidas sucesivas, la enseñanza tradicional; frente a sociedades con tradiciones intelectuales a toda prueba, había que innovar" (Catherine Coquery-Vidrovitch, *Histoire de la France coloniale*, t. II). Se aceptó que el vietnamita, el camboyano, el laosiano fuesen los vehículos exclusivos de la enseñanza en el nivel elemental. De tal manera que en Cochinchina, en 1932, no había más que 115 distritos –de los 1 419– que carecían de escuelas. Después del aprendizaje del francés, la enseñanza secundaria atendía a 4 800 alumnos distribuidos en 21 establecimientos, tres de los cuales eran para niñas. Atacado por los medios coloniales conservadores, este sistema escolar se volvió un instrumento de modernización de la sociedad.

En Argelia, por el contrario, el dispositivo instalado no hizo más que acentuar el abismo cultural entre los indígenas y los europeos.

El debate giraba en torno a dos problemas: el de la enseñanza privada, vinculado con el del estatuto de la lengua árabe, y el de la extensión y de los desafíos de dicha escolarización.

Al principio, los problemas se mezclaron: "Las escuelas indígenas forman insurrectos e inadaptados", declara un responsable administrativo a partir de 1895; "considerando que la instrucción de los indígenas hace correr a Argelia un verdadero peligro, tanto desde el punto de vista económico como desde el asentamiento francés, la Asamblea emite el voto de que se suprima la instrucción primaria de los indígenas". Hasta 1944, el número de escuelas no deja de progresar, pero lentamente: 36 escuelas franco-árabes en 1870, 221 en 1900, 468 en 1913. Había 1 205 clases de este tipo en ellas en 1930; dicho de otra manera, el 5.4% de los musulmanes había recibido escolarización cien años después de la conquista. Paralelamente, existía una enseñanza privada en lengua árabe –la de las escuelas coránicas y de las *zauías*, especie de internados religiosos y lugares de reposo, que gozaban de la benevolencia de la administración: en total se contaban 6 mil que enseñaban a 100 mil mu-

sulmanes a canturrear el Corán... En cambio, la administración consideraba con desconfianza a las 150 *medersas* que aseguraban una verdadera instrucción en árabe a 45 mil niños. La mayoría de los maestros eran diplomados, en general de la Zitouna de Túnez; impartían las mismas materias que las escuelas francesas, pero a partir de obras procedentes del Líbano o de Egipto. En 1947, la enseñanza secundaria era asegurada por el Instituto Ben Badis de Constantina, y, para seguir una enseñanza superior en árabe, los jóvenes argelinos debían ir a las universidades de Túnez, de El Cairo, de Damasco y de Kuwait; esta última era considerada, hacia 1950, la más moderna de todas. Pero la administración refunfuñaba ante el hecho de dar a esos jóvenes estudiantes su pasaporte... y todavía más con la subvención a las *medersas*, mientras que los propios diputados de Argelia votaban en Francia la ley Barangé de ayuda a las escuelas libres. Además, a menudo eran objeto de persecución los que enseñaban el árabe "ilegalmente", como el presidente de la Comisión de Enseñanza de los ulemas, sorprendido en El Oued escribiendo en árabe sobre el pizarrón, y condenado a dos años de cárcel y a siete años de residencia vigilada...

Por el contrario, el carácter retrógrado de las *zauias*, o escuelas coránicas autorizadas, permitía hacer más patente el papel colonizador de Francia... Así, se asistió, a lo largo de un siglo, y paradójicamente, a un retroceso de la instrucción, en el sentido de que, en 1847, "la instrucción en árabe era bastante general, por lo menos en lo que se refiere a leer, escribir y contar", mientras que, en 1944, ocho de cada nueve árabes eran iletrados... Los que seguían una enseñanza eran sólo una minoría, y en las escuelas francesas, si bien los árabes eran numerosos en la enseñanza primaria, eran muy pocos en la enseñanza secundaria. En Orán, por ejemplo, que contaba con 119 mil musulmanes y 173 mil europeos en 1953, las cifras eran las siguientes:

	no musulmanes	*musulmanes*
Liceo de varones	2 162	62
Liceo de niñas	1 136	17
Colegio moderno de varones	1 221	160
Colegio moderno de niñas	1 317	43
	5 836	**282**

La enseñanza de la lengua árabe era, más que el aumento de los efectivos, lo que constituía la reivindicación esencial de las organiza-

ciones nacionalistas y de los partidos políticos. Declarado "lengua extranjera" por una decisión del Consejo de Estado de 1933 y el decreto del 8 de marzo de 1938, el árabe ni siquiera gozaba del personal que hubiera podido enseñarlo. Las clases de árabe recibían a los alumnos con más bajas calificaciones, y el árabe era considerado una lengua de segunda, después del inglés, el alemán y el español. Todavía en 1954, los inspectores provinciales de la enseñanza primaria en Argelia escribían: "Ni el árabe dialectal, que no tiene valor más que de dialecto, ni el árabe literario, que es una lengua muerta, ni el árabe moderno, que es una lengua extranjera, pueden constituir una materia obligatoria de la enseñanza primaria."

Fanny Colonna formuló una severa acusación del papel de la escuela francesa en la empresa colonial, en Argelia, explícitamente. Desde luego, considera que la escuela primaria fue el origen de una socialización de la vida, de una concientización política que nutrió de ideas a las élites, y sobre todo a los maestros de origen árabe o cabila, que pronto se transforman en los Jóvenes-Argelinos apasionados de la asimilación, como Fehrat Abbas. Así, la escuela formó emancipados que se volvieron emancipadores... Por el contrario, es evidente que cuando tenía que haber trabajado para reducir las desigualdades, la escuela no permitió a los humildes elevarse; hasta habría acentuado las desigualdades en el seno de la sociedad tradicional. Sin embargo, no dejó de reclutar al 70% de los maestros indígenas cuyos padres eran iletrados, pero es cierto que los alumnos lograron raras veces elevarse –a pesar de la escuela. Del abismo entre la idea que uno se hace de las posibilidades que ofrece la escuela y las duras realidades de la colonización, un alumno da testimonio:

En la escuela, no tenía a nadie para ayudarme. Mi madre no sabía ni leer ni escribir en francés. En clase no estaba muy bien situado. No aprendía. No tenía a nadie para impulsarme, vaya. Entonces tuve que abandonar la escuela a los doce años y trabajar... [1958].

Cuando un árabe pretendía tener un oficio, arreglárselas para eso, se buscaba eliminarlo. El coronel había disuadido a mi primer patrón de dejarme aprender a trabajar. "Luego nos dejará", había dicho (*ibid.*, testimonio).

Sin embargo, en *La dernière image*, realizada en 1986, Mohammed Lakhdar Hamina resucita con ternura el amor de sus jóvenes compañeros de infancia hacia su institutriz francesa, hacia su escuela también –que fue para ellos un espacio de libertad y de felicidad en el que

podían realizarse. Cincuenta años después de la independencia, al parecer ésta es la impresión que predomina: gracias a esta película no se borrará...

EXPERIMENTOS COLONIALES

¿Una excepción portuguesa?

"Nosotros *solos* antes que todos los demás trajimos a África la idea de los derechos del hombre y de la igualdad racial. *Sólo* nosotros practicamos el 'multirracialismo', expresión la más perfecta de la fraternidad de los pueblos. Nadie en el mundo impugna la validez de este principio, pero se titubea un poco para admitir que es un invento portugués, y reconocerlo incrementaría nuestra autoridad en el mundo" (Franco Nogueira, Ministro de Asuntos Exteriores, 1967). Este orgulloso apóstrofe, enunciado cuando la guerrilla se desarrolla en Guinea-Bissau, en Angola, en Mozambique, no es un propósito improvisado. La idea de que surte efecto está bien arraigada en la conciencia histórica de los dirigentes portugueses; hasta tiene eco fuera del mundo lusitano. Por lo demás, a partir del siglo XVII, Portugal designaba como "provincias de allende el mar" aquello a lo que otras metrópolis llamaban colonias. En 1576, el historiador João de Barros hablaba de "nuestra provincia de Brasil"; y si el término colonias pudo ser empleado, fue oficialmente abolido en 1822 en el momento de la elaboración de la Constitución, que instituía el principio de la indivisibilidad del territorio portugués y de la ciudadanía de todos sus habitantes. Volvió a resurgir, a finales de la República en 1926, antes de que Salazar lo hiciera desaparecer de nuevo en 1951. Esta simple enumeración indica que el doble problema de la condición de las conquistas y de la de sus habitantes forma parte de la herencia mental de los dirigentes portugueses.

En el caso del mundo lusitano, el hecho original es en efecto que esta preocupación y estas ideas fueron enunciadas asimismo fuera de la metrópoli, y sobre todo en Brasil, en donde fueron popularizadas por el gran escritor Gilberto Freyre. A decir verdad, su libro *Casa grande e senzala* (1933), traducido en Francia con el título *Maîtres et esclaves*, formaba parte de una corriente de revalorización de la cultura

brasileña, vinculada con la crisis de los años veinte, que llevó a Getulio Vargas al poder, y también a la integración de una gran ola de inmigrados italianos y alemanes.

Cuando hasta entonces dominaba una ideología racista, Gilberto Freyre revalorizó la aportación de los negros a la cultura brasileña, concluyendo sobre todo que el mestizaje entre blancos y negros había sido la gran oportunidad de ese país. Lejos de ser una vergüenza, ese mestizaje era el anuncio de una fusión de las razas, única susceptible de garantizar su porvenir a la humanidad. A su manera, el Portugal de Salazar recuperó en su provecho ese diagnóstico, y se atribuyó el mérito de ese proceso, revalorizando así todo su pasado colonial en un momento en que lo que estaba allende el mar ya no interesaba a nadie –debido a su decadencia y a su quiebra económica. El editorial de *O Mundo Portuguez* decía en efecto en 1935: "Debemos conservar vigente el orgullo de haber fundado un Imperio... África no sólo es una tierra agrícola, es más. Para nosotros, es una justificación moral y hace de nosotros una potencia. Sin ella, seríamos un pequeño país. Gracias a ella, somos una gran nación."

Pero la influencia de Gilberto Freyre rebasaba el marco del mundo de la política: penetraba en los medios culturales, universitarios, de todo el Occidente, ampliando la zona del "milagro" brasileño a todo el mundo lusitano. Cuando publica, en 1940, *O mundo que o Portuguez criou* (El mundo que Portugal creó), considera que no sólo en Brasil los portugueses supieron crear una civilización nueva, sino por todas partes donde pasaron: en la India, en Timor, en África.

Sin duda, a partir de 1955, Mario Pinto de Andrade criticó vivamente ese lusotropicalismo, estimando que se trataba de un mito. Verificarlo no es fácil, pues sucede que los mitos disponen a menudo de una mayor fuerza de verdad que lo real.

Angola, primera colonia penitenciaria

Desde luego, la partida hacia las Américas, a la India, al África, fue para muchos una aventura: la fortuna podía encontrarse al cabo del viaje, y por lo menos otra existencia –o la muerte.

Pero esta emigración no fue, en toda circunstancia, libre y espontánea. El viaje allende el mar fue a menudo un exilio, semivoluntario cuando la necesidad era su origen. En el marco británico, se piensa en los Padres Peregrinos, en los católicos irlandeses, que partieron desde

el siglo XVII. Pero ese exilio también fue un presidio, más que un envío a las galeras.

Los portugueses fueron los primeros en desear quitarse de encima a los criminales, a los delincuentes, enviándolos a purgar su sentencia a otra parte; un ejemplo que Inglaterra imitó, a escala gigantesca –con sus *convicts* que poblaron Australia a partir de 1797.

Esta idea les vino primero a los portugueses y mucho antes de que Bartolomé Díaz llegara al Cabo de Buena Esperanza: a partir de 1415, después de la primera conquista de Ceuta, cada navío que partía a explorar las costas de África contaba con su contingente de *degredados*; la primera ley acerca de esta práctica data de 1434. A partir de 1484, los primeros establecimientos permanentes, Príncipe, São Tomé y São Martinho fueron entonces poblados con delincuentes... y judíos, una práctica que, por lo menos en lo tocante a los primeros, se volvió sistemática en los establecimientos en Angola. Más exactamente, a partir del siglo XVII, fueron casi sólo delincuentes los que poblaron ese país, lo que influyó en la valoración de la colonia así como en las relaciones con los indígenas.

Se deportó asimismo a Angola a los jesuitas, en la época del marqués de Pombal, alrededor de 1750, pero su escaso número no les permitió tener una influencia en la vida de la colonia. De tal manera que la reputación de ésta fue tal que resultó difícil y tomó largo tiempo que llegaran inmigrantes libres: la ciudad de Luanda estaba en manos de los truhanes, se decía, lo que no era totalmente falso; pues, a diferencia de los convictos enviados por los ingleses a Australia, los *degredados* eran en efecto verdaderos criminales, a menudo endurecidos, y a quienes el gobernador no deseaba armar –en caso de guerra con los indígenas. Hasta el punto de que prefería disponer de tropas africanas, tanto para combatir a las tribus insumisas como, eventualmente, para mantener a distancia a los delincuentes. En cualquier caso, apenas armados, éstos desertaban.

De tal manera que, jugando el papel de una colonia colonizadora, Brasil envió a Angola los mayores contingentes de inmigrantes blancos: éstos llegaban de Pernambuco, donde, desde la insurrección de 1847-1848, la seguridad ya no reinaba. Los nuevos inmigrados habían elegido entonces ir a Angola, donde desarrollaron el cultivo de la caña de azúcar, arruinada en el noreste de Brasil. Cierto es que, ya desde hacía largo tiempo, Angola dependía económicamente de los brasileños: a partir de 1781, el ministro Martinho de Melo e Castro se quejaba de ello, considerando que el comercio y la navegación se iban por completo de

las manos de Portugal, "pues lo que los brasileños no controlan está en manos de los extranjeros", es decir, la trata que había vaciado al país.

Ahora bien, todavía a finales del siglo XIX, los delincuentes seguían estando en primera fila: "No es posible mantener en un lugar, o en el interior, el menor grupo de colonos, y todavía menos instalar *degredados*... Se necesitaría una fuerza armada indígena, pero lo bastante numerosa para inspirar respeto."

En estas condiciones, cuando desapareció la trata, se volvía posible colonizar, y los africanos, por lo menos, consideraban que los portugueses no eran realmente "la expresión de la civilización", como empezaba a repetirlo la propaganda oficial: entre 1902 y 1914, el 57% de los delincuentes de la colonia habían cometido crímenes sangrientos en la metrópoli.

En el momento de la ola de colonización de las tierras que empieza a desarrollarse en el siglo XIX, uno de los rasgos que caracterizan la condición de los negros en Angola es que no existieron leyes que reglamentaran la segregación racial, una situación que marca la diferencia con la vecina Sudáfrica; un poco a la manera en que en Estados Unidos el Norte difería del Sur por razones de la misma naturaleza.

Ahora bien, la carencia de leyes raciales no implicaba que hubiera habido la menor integración de los negros en una sociedad unificada. Aunque haya existido una mezcla de las razas, fue más bien "descendente" que "ascendente", en el sentido de que los excluidos de la sociedad blanca se encontraron a menudo en los *musseques* (barrios bajos), en donde manejaban algún tenderete. Pero, en 1970, en el momento de los motines que precedieron al derrocamiento del régimen Caetano, los portugueses y los habitantes de Cabo Verde dejaron el "barrio negro".

En cuanto a los matrimonios mixtos, fueron muy raros en Angola, como en el resto del África portuguesa; sin embargo, subsistió –en los portugueses como en parte de los negros africanos– la idea de que el racismo era ajeno a la colonización lusitana. Entonces, cuando emigraron de 20 mil a 30 mil habitantes de Cabo Verde a Estados Unidos, ellos se consideraban portugueses, no africanos, y lo mismo sucedía con los 40 mil habitantes de Cabo Verde en Angola.

Salvo en Cabo Verde, incluso en São Tomé y Príncipe, después de la supresión de la trata, Portugal había sido incapaz de poblar esas dependencias, y el mundo de los blancos se mantuvo muy limitado: en Angola, 20 700 en 1920, es decir, el 0.5% de la población, quedando el resto conformado en su mayoría por negros; pues aquí los mulatos

fueron raros, 7 500, es decir el 0.2%. Esta proporción de blancos sólo aumentó después de las reformas de Salazar, que detuvieron el flujo de los delincuentes –a menos de que se construyeran para ellos cárceles en Angola. El número de mulatos había aumentado, también, llegando a 53 392 ciudadanos, en esa misma fecha, en la que se contaban 172 529 blancos y 4 604 362 negros...

Así, la sociedad angoleña nada tuvo que ver con la que se formaba en Cabo Verde o en Brasil, donde ésta contó hasta con un 42% de mestizos.

Bóers, negros e ingleses en Sudáfrica

Sin duda alguna, en Sudáfrica el racismo no obedeció a los mismos usos y leyes que en África del Norte. La comparación apuntaría más bien al sur de Estados Unidos, el *Solid South*, aunque sólo en apariencia, ya que las dos sociedades evolucionaron de manera diferente.

En Sudáfrica, los holandeses encontraron primero a los hotentotes que, en parte, desaparecieron como tribu, pero cuya sangre corre todavía en las venas de los mulatos y de los negros de la provincia del Cabo. En el momento del Gran Trek de 1836 –aquel gran éxodo para huir de la civilización mercantil de los ingleses asentados en el Cabo desde 1815–, los holandeses transformados en bóers, se enfrentan a los xhosas, a los swazi y sobre todo a los zulúes de Chaka. Tras la muerte de su rey, éstos son aplastados por Andries Pretorius en la batalla de Blood River; pero son los ingleses procedentes de Natal quienes cosechan los frutos, y los bóers se repliegan al interior, creando las repúblicas de Orange y Transvaal. Durante largos decenios, se enfrentan de nuevo a los xhosas, mientras los ingleses triunfan definitivamente sobre los zulúes en 1879.

A finales del siglo XIX, habiéndose visto obligados a retroceder por los bóers, tres de estos pueblos se ponen bajo la protección de los ingleses, que los fijan y les asignan territorio: los swazi, los sothos, los tswana. Poco después la situación se estabiliza, con excepción del intento, tanto de los bóers, como de los ingleses, de adueñarse de las tribus todavía autónomas, o más bien de sus tierras; esta rivalidad culmina en la guerra de 1901, en la que, por común acuerdo, los adversarios deciden excluir el empleo de tropas negras. Una vez concluida la paz y constituida la Unión Sudafricana, la Native Land Act de 1913 fija la parte de las tierras reservada a cada comunidad. A los

negros se atribuye el 8% de la totalidad de las tierras; en otras partes, aun si la población es en su mayoría africana, la tierra es blanca, salvo raras excepciones. Los negros pierden así muchas de las parcelas que cultivaban: se cuentan casi un millón de expulsados; habrá que esperar a 1936 para que las tierras tribales de los negros pasen del 8% al 13% de la superficie de la Unión.

Expulsados de sus tierras, los negros van a trabajar en las minas; sin embargo, el *Colour Bar*, de 1911, les prohíbe postularse para el empleo de trabajadores especializados. El *pass-system* los asigna a una residencia.

Hasta entonces, se pudo observar que la condición de los hombres de color difería sensiblemente de una región a otra. Sobrevivía una tradición liberal en la provincia del Cabo en donde, en principio, los negros y los mulatos disponían de derechos políticos en la medida en que cumplían con las condiciones requeridas por el sufragio censatario. Esto equivale a decir que eran pocos los que gozaban efectivamente de tales derechos, pero los "pequeños blancos" también estaban excluidos. En Natal, como en las Repúblicas de Orange y de Transvaal, los negros y los mestizos estaban privados de todos los derechos políticos; asimismo, a los indios se les prohibía la estancia en las antiguas repúblicas bóers: son estos últimos, además, quienes en Natal hacen campaña con enorme éxito contra el *Colour Bar*, y es ahí donde Gandhi aprende lo que es el racismo.

Así, globalmente, no existían más que diferencias de grado entre la legislación racista de los territorios ingleses y bóers; sin embargo, el principio era diferente; la provincia del Cabo seguía siendo la más tolerante, y el abismo se ahondaba entre sus prácticas, a las que se adherían los holandeses, entre ellos el general Smuts, y las de los bóers, a los que cada vez más a menudo se llama los *afrikaners*.

• Antecedentes del *apartheid*

El suceso de la historia de los *afrikaners* había sido el Gran Trek. Los bóers no habían querido padecer la ley del extranjero, sobre todo en sus relaciones con los negros, y pretendían conservar su lengua, su modo de vida tradicional. "Dar a los negros una condición igual a la de los blancos es contrario a la ley de Dios; esto se oponía a la diferencia natural de la raza y de la religión. Para todo cristiano, semejante humillación es intolerable." "Ni hablar de igualdad entre blancos y no blancos, ni en la Iglesia ni en el Estado", estipulaba la primera constitución de Transvaal en 1858. Ese Gran Trek, una Anábasis de

varios años (Marianne Cornevin, *L'Apartheid*), era considerado el equivalente del Éxodo de Moisés; su itinerario era sagrado, sigue siéndolo un siglo después.

Un texto del Instituut vor Christelike-nasionale Ouderwys, fechado en 1948, formula, para su enseñanza, el principio del *apartheid*. "La educación de los hijos de padres blancos debe hacerse sobre la base de las concepciones de los padres, por consiguiente basarse en las Santas Escrituras. [...] Consideramos que Dios quiso naciones separadas, pueblos separados. y dio a cada uno su vocación, sus tareas, sus dones." Los cruces de raza, su igualdad iban en contra de la voluntad de Dios, de la que los bóers eran los únicos intérpretes. La Biblia y el Fusil.

Sin embargo, los *afrikaners*, bajo la presión de los ingleses, tuvieron que enmendar sus prácticas a partir de 1901.

No obstante, la victoria de un *afrikaner* en las elecciones de 1948, el doctor Malan, percibida como una revancha sobre los ingleses, acentuó la determinación de los vencedores, que vivían "como parapetados en su lengua y su religión", de instituir una segregación racial estricta, o *apartheid*. A partir de 1949, quedan prohibidos los matrimonios mixtos entre europeos y no europeos, y los indios están incluidos en esta prohibición. Sobre todo se refuerza la segregación residencial; se endurece la clasificación racial, que define en el caso de los mulatos y mestizos su pertenencia: la prueba del peine, que se queda atorado si el cabello es un poco crespo, es una de las medidas vejatorias instituidas por las comisiones especiales. La segregación se extendió luego a los lugares públicos, al transporte público, a las universidades, a los deportes, etc. Hasta la representación de los africanos por europeos en el Parlamento fue suprimida en 1959. Simultáneamente, se decidió que las reservaciones negras, en lo sucesivo llamadas *national homelands*, crearían un Estado, un Bantustán.

Naturalmente, esta política, llamada del desarrollo separado, suscitó violentas reacciones en las poblaciones indias y negras que se organizan desarrollando el African National Congress (ANC), la Coloured People's Organization, etc., cuyos líderes fueron arrestados, golpeados, encarcelados, muertos después de cada campaña de desobediencia. Cerca de un millón de africanos fueron detenidos en 1968 por infracciones, mientras la mayor parte de los líderes negros, con los marxistas a la cabeza, eran encarcelados, como Nelson Mandela. La lucha prosiguió.

Lo que cambió por completo en la práctica del racismo sudafricano entre la época de los bóers y la del reinado de los *afrikaners*, es de-

cir, entre finales del siglo XIX y la segunda mitad del siglo XX, se vincula sin duda con las transformaciones que enfrentó la sociedad blanca sudafricana, la de los bóers esencialmente, que tuvieron que convertirse a la economía de mercado, a la industrialización, cuando tradicionalmente se trataba de un orden pastoral, cuya violencia es diferente de la que instituyó la fragmentación económica.

En efecto, durante largo tiempo, en la región bóer blancos y negros vivían de la tierra, los primeros dominando a los segundos y triunfando sobre su resistencia "por los puños, los latigazos y las armas de fuego". Pero esta violencia era moderada por prácticas paternalistas; "sustentaba y reforzaba la dinámica del patriarcado", pues ya que la flagelación se había ritualizado, el patriarca la aplicaba asimismo a sus hijos.

Tratándose de los negros, era necesario que a todo acto de violencia cometido por un colono correspondiera una compensación, por medio de regalos y concesiones con vistas a asegurar la estabilidad del sistema. Y, a falta de invitar negros a su casa, el propietario la abría a ellos para la oración. Asimismo, asistía a los funerales de los viejos sirvientes, daba la autorización para sacrificar uno de sus animales en ciertas fiestas, etcétera.

En este sistema, el propietario blanco perpetuaba en los negros su condición de niño, confiriéndoles nombres cristianos a los que ellos agregaban un diminutivo; en los blancos como en los negros, la deferencia hacia los ancianos, los de mayor edad, creaba una connivencia particular. Los niños compartían gustosamente los juegos, y la separación no se manifestaba más que en la pubertad. Charles Van Onselen recogió un testimonio oral que muestra que todo cambió cuando los ingleses sustituyeron a los bóers, en el distrito de Schweitzer-Reneke, en el Alto Veld. La economía monetaria había venido al remplazo, y las ideas liberales, tal vez, de los nuevos propietarios, incidían poco en la realidad.

Los propietarios afrikaners nos daban leche cuajada, o leche fresca y buenos alimentos; los ingleses suspendieron todo. En su lugar, nos dieron algunas tazas de leche por día... Las contaban. Los afrikaners no vendían sus cosas. Nos daban pantalones, zapatos y otras cosas. Pero los ingleses vendían su ropa. Jamás nos habrían dado un par de pantalones sin hacérnoslo pagar (Van Onselen, *Annales,* 1992).

Estas relaciones tradicionales también se erosionaron con los bóers,

desde que, con las máquinas, la utilización de la aparcería de los negros ya no tuvo lógica, y esta mano de obra, expulsada de sus parcelas, se atomizó para ir a trabajar a las minas o en otras partes. La iniciativa del cambio venía del blanco, a quien ya no le interesaba perpetuar en adelante un orden paternalista, y sustituyó la violencia, que él moderaba, por el racismo absoluto del *apartheid.*

Sería abusivo comparar el racismo que pudo reinar en Argelia con sus prácticas en Sudáfrica. Sin duda, también existió la segregación en algunos campos –ningún jugador de tenis árabe, pero sí recogedores de pelotas, barrios "reservados", muy raros matrimonios mixtos; pero el Islam, en cierto sentido, producía su propio exclusivismo, y pocos metropolitanos o *pieds-noirs* cruzaban el umbral de la casa de un árabe, exceptuando a algunos notables.

Pero lo que exasperó la cólera de los negros de Sudáfrica es el hecho de que la religión no les sirvió de protección –como el Islam a los árabes. En efecto, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, como lo señaló W.G.L. Randles, muchos bantúes habían abandonado sus mitos para adoptar al Dios cristiano de los misioneros. Simultáneamente, los europeos dejaron de lado sus propios principios para adoptar los de la reciprocidad y del intercambio, que, antes de su llegada, habían sido los de los bantúes. Hasta entonces, entre ellos, los reyes, y sólo ellos, fijaban el valor de las cosas; en lo sucesivo, los precios cambian debido a las leyes del mercado, lo que para los bantúes es un engaño cada vez que el valor de sus productos baja, mientras los europeos no le ven ningún mal, ya que ganan con eso. A título de compensación, los bantúes, que ignoran la idea de un Dios supremo, descubrieron sus virtudes para servirse de él como de un arma en contra de los intrusos europeos, como el Xhosa Makanna que espera "el gran día de la resurrección cuando los muertos se levantarán al acostarse el último sol". Esta visión milenarista se tradujo en el levantamiento de 10 mil xhosas contra la ciudad de Grahamstown (principios del siglo XX): así, y aunque se hubieran multiplicado los movimientos milenaristas, los bantúes casi no habían sacado provecho de la transformación de sus antepasados fundadores en dioses bíblicos. De esa manera lo perdieron todo, en el aspecto simbólico y en el de los intercambios, y hasta su historia, ya que los sudafricanos se niegan a admitir que, en el Veld, los bantúes estuvieran antes que ellos y que, a pesar de las pruebas presentadas por los arqueólogos, los negros hayan sido capaces de construir los monumentos de Zimbabwe –su rencor, su pena, su cólera, son extremos.

Australia: donde los "criminales" quieren instituir un justo derecho

A diferencia de otros territorios, Australia no fue ocupada, en 1787, para prevenir una toma de posesión por parte de los "comedores de ranas" o de los "ahumadores de arenques", sino para librarse de la "clase criminal".

"Una experiencia", decía Jeremy Bentham; una primera experiencia que los franceses imitaron posteriormente en la Guayana, luego en Nueva Caledonia, pero en un contexto diferente.

¿Cómo librarse de los criminales? Ése era el problema que se planteaba el Parlamento durante el reinado de Jorge III. En esa fecha, se contaban 115 mil sólo en Londres; y los ingleses, en nombre de sus libertades, se negaban a tener una policía –Peel creó una sólo hacia 1830. Los criminales eran catalogados en unas cien categorías, desde los *drag sneaks*, que roban a los viajeros, los *snoozers*, que "hurtan" sus maletas en el hotel, los *skinners*, que despojan a los niños de su ropa, etc. La delincuencia no dejaba de aumentar con el crecimiento de las grandes ciudades: Fielding, Dickens, luego Marx, describieron la miseria y la crueldad que lo acompañaron. En esa fecha, la verdadera lucha de clases no era la que oponía los patrones a los obreros, sino los delincuentes a los trabajadores.

Sin embargo, según la bella expresión de Robert Hughes, "*Crime was still a cottage industry*", el crimen seguía siendo una industria doméstica, no existían bandas realmente organizadas... Por lo tanto, el ejército o la marina bastaban para llevar a cabo redadas, se les entregaba a los delincuentes. Y ahí estaban, encerrados por miles... La ley era muy dura: por el menor delito, por todo perjuicio a la propiedad privada, se era condenado a muerte, como aquella niñita que robó una camisa.

Pero, ante el incremento del sentimiento humanitario –estamos en la época de Wilberforce–, el movimiento abolicionista se desarrolla con fuerza. También existe disconformidad con las experiencias quirúrgicas llevadas a cabo en perros, y se duda cada vez más de ejecutar a los condenados a muerte: de 1749 a 1758, se habían contado 365 ejecuciones en la plaza pública, para 527 sentencias a muerte. De 1799 a 1808, ya no hubo más que 126 de 840 sentencias a la pena capital: el porcentaje había pasado de 69% a 15 por ciento.

Mas, estando llenas las cárceles, ¿qué hacer con los criminales confiados al ejército?

Las autoridades ya habían enviado algunos a América, pero, desde la proclamación de la independencia, Estados Unidos ya no quería

más. Entonces surgió la idea de expedirlos al otro extremo del mundo, a aquella Australia que Cook había más o menos abordado, y que estaba poblada por seres extraños –los canguros, los koalas– y hasta por humanos, que "lo eran muy poco". De aquel país, no volverían. De los 733 primeros que partían embarcados en condiciones espantosas, había 431 condenados por "robos menores, 44 ladrones de borregos, nueve autores de grandes hurtos", y en total 31 que habían cometido actos violentos en contra de alguien; alrededor de la mitad tenían menos de 25 años, en pocas palabras, a manera de "criminales". Se trataba esencialmente de delincuentes muy jóvenes y pequeños. De ellos, 48 perecieron durante un viaje muy arduo, que duró 252 días, en el que el escorbuto hizo sus habituales estragos. En Inglaterra misma, 25 mil "criminales" figuraban en la lista de espera...

Éstos fueron los "convictos", a los que la leyenda transformó en "criminales" espantosos. Todavía hoy día, los habitantes de Adelaida, llegados después, y libremente, recuerdan gustosos que Australia del Sur "no es un país de convictos". Si no eran en su origen criminales, llegaron a serlo sin darse cuenta –por la masacre de los aborígenes–, y, sensibles sólo a lo que había sido su propia desgracia, pretendieron hacer de Nueva Gales del Sur esa tierra de justicia que no había sabido ser su madre patria. Gran número de sus descendientes odian a Inglaterra.

Los primeros encuentros entre ingleses y un aborigen están consignados por el cirujano de la expedición, John White, hacia 1798:

> Por medio de señas y gestos, parecía preguntarme si la pistola que yo sostenía le haría un agujero; y, como para mostrar que lo dudaba, no manifestó la más mínima señal de miedo; por el contrario trató de impresionarme mostrando la superioridad de sus propias armas, poniéndolas sobre su pecho, luego sacudiéndose como para mostrarnos que eran peligrosas, mortales, y que no podríamos oponerles resistencia (R. Hughes, *The Fatal Shore*).

De hecho, la masacre se inició muy pronto, y ciertas costumbres indígenas –golpear a las mujeres hasta hacerlas sangrar, triturar los cráneos de los soldados capturados en emboscada– parecían dar la razón a todos los que consideraban "que no se trataba de seres humanos sino de simios".

Durante mucho tiempo, la historia oficial borró el recuerdo de aquellos actos. La etnología le ayudó a hacerlo. En su obra "clásica" acerca de los aborígenes (1962), A.P. Elkin consagra todo un párrafo

al "crecimiento demográfico desde 1930", pero ni una línea al desplome demográfico del siglo anterior. Sin duda, la desaparición de las tres cuartas partes de la población indígena no atañe a ningún sector de la ciencia...

La memoria aborigen conservó el recuerdo de aquella llegada del "capitán Cook", figura epónima de la irrupción de los blancos. Los viejos lo dicen a los niños, recuerdan lo que les dijo su antepasado: "Los matarán, no peleen, huyan. Les hará saltar los ojos, la nariz. No se ocupen de él, huyan... porque saben, en aquella época, nos disparaban como a perros... Los Whifellows disparan contra los Ngumpin... (*Hidden Histories*, XX-XXI).

Los niños anotaron en pequeños cuadernos lo que les relataron sus antepasados. En *The Aboriginal Children's History of Australia*, Marika Wandjuk llevó a cabo esta recolección, en la que se relata el principio de aquel genocidio.

Un día, se vio un navío con hombres extraños. Los aborígenes se asustaron y se ocultaron tras arbustos. Luego subieron a lo alto de la colina y cuando los hombres extraños se acercaron, hicieron rodar cuesta abajo grandes rocas. Los aborígenes pensaron que habían muerto, pero no era así. Dispararon con sus fusiles. Los aborígenes se ocultaron de nuevo, luego lanzaron sus venablos; los hombres extraños lograron esquivarlos, subieron a bordo de sus barcos y luego desaparecieron... El capitán Cook volvió, fue herido y de nuevo se fue... El ejército llegó entonces... No los matamos porque éramos amigos. Eran cincuenta, nosotros dos mil y no nos asustaban sus cañones. En la selva éramos invencibles, eran cazadores incapaces y tenían fiebre en cuanto había humedad... Pero como uno de esos hombres había tomado mujer, y luego otra, los aborígenes de más edad se organizaron para matarlo, se le cortó la garganta con un hacha... Los hombres blancos organizaron una inmensa batida, encontraron a los aborígenes y los mataron a todos...

Este testimonio de niño (1975) contiene desde luego su parte de mito, pero asimismo su parte de verdad. Y sobre todo, acerca de aquella "paz" que fue concluida en efecto a la altura de Botany Bay, en la época en que los soldados vigilaban a los convictos que construían carreteras y pueblos. Una ilustración, especie de historieta en episodios, fechada en 1828, y que figura en el museo de Hobart, expone lo que fue la política del gobernador Arturo: 1. Una nodriza blanca amamanta a un niño negro; una nodriza negra, a un niño blanco; 2. Con gran uniforme rojo, blanco, azul, el general recibe a una delegación de aborí-

genes; se dan la mano; 3. Un aborigen mata a un civil; 4. Los soldados lo ahorcan; 5. Un civil dispara sobre un aborigen; 6. Los soldados lo ahorcan... Escenas en parte ilusorias, desde luego, pero que evocan el momento, bastante breve, en que se había descartado el exterminio simple y llano.

A la llegada del gobernador Philips, en 1797, los aborígenes podían ser de 300 mil a 400 mil; eran diez veces menos un siglo después, expulsados hacia los territorios del norte y del oeste. En efecto, el exterminio había tenido lugar, y dos datos particulares dan cuenta de él –independientemente de la crueldad y del racismo: los primeros gobernadores no intentaron "civilizar" a los aborígenes a fin de hacerlos trabajar, pues debían hacer trabajar a los convictos; además, la misma aportación de esclavos negros procedentes de otra parte estaba prohibida en Australia... Debido a ello, los aborígenes eran virtualmente "inútiles", y era "inútil" intentar asimilarlos... El "abastecimiento" se hizo sólo mucho más tarde...

Habrá que esperar el decenio de 1980 para que llegue la época de los remordimientos –con su cohorte de rehabilitaciones: museos, investigaciones orales, Centro de Estudios Aborígenes en Canberra, etc. Ayudando en ello la moda –y la imitación de América–, como en Estados Unidos en los años setenta en que era de buen estilo descubrirse sangre india, hoy día, en Sidney, se descubren sangre "abo". De hecho, hay aproximadamente 50 mil mestizos de aborígenes en Australia.

Tierra de convictos en su inicio, Australia no se conservó así, ya que la colonización penal fue muy rápidamente impugnada, gracias a los escritos, entre otros, de Edward Gibbon Wakefield. En *A Letter from Sydney* (1830), proponía la sustitución de la anarquía de la situación presente por una colonización sistemática con venta de concesiones, emigración subvencionada y dirigida, etc. Bajo su influencia se fundan los *settlements*, organizados primero por la New-Zealand Company, luego por el South Australian Committee: Wakefield es un discípulo de Adam Smith que parte de la idea de que la tierra, el capital y el trabajo constituyen los tres factores fundamentales de la producción, y hay que mantener entre ellos un equilibrio razonable. Ahora bien, en Australia, había demasiadas tierras, ningún capital, la mano de obra era difícil, y desaparecía en cuanto llegaba, *a fortiori* en el caso de los convictos en cuanto se les dejaba sin vigilancia. Toda Inglaterra se burlaba del caso de Robert Peel que había obtenido una concesión de 300 mil acres en Australia occidental, había llevado con él 300 personas, pero

que, seis meses después de su llegada, se veía reducido a ir a buscar su agua, a hacer su cama, pues todo su mundo se había evaporado... Otros habían enfrentado la misma suerte, cada uno con la pretensión de adquirir demasiadas tierras, para él y los suyos, sin ser capaz de sacarles provecho. La idea de Wakefield fue entonces que se vendiera la tierra a colonos de la metrópoli, pero a un precio justo, y que se subvencionara el transporte de los voluntarios, así como el asentamiento de quienes, en el lugar, fuesen demasiado pobres para adquirir dichas tierras, sobre todo los hijos de convictos (A. Siegfried, en *Les techniciens de la colonisation*, pp. 175-194). Su proyecto no era factible más que si se persuadía a los candidatos a la emigración de que irse a los antípodas ya no era una forma de castigo, sino una oportunidad que se les ofrecía de construir su felicidad. Las salidas de Gran Bretaña hacia Australia (y Nueva Zelanda) pasaron de 68 mil durante el decenio de 1830-1840 al doble, para alcanzar después su máximo de 378 mil durante el decenio de 1880-1890. En cuanto a la emigración alemana hacia Australia meridional, gira alrededor de 2 mil a 5 mil personas por decenio después de 1871 (H. Gollwitzer, *L'Impérialisme*).

• Hacia el Estado jurídico

¿Quién debe ser castigado, por qué delito, y cómo? Éste había sido el problema esencial que se había planteado al gobernador Philips cuando, en 1788, tuvo que tratar acerca de la suerte tanto de los convictos –trabajadores– como de los soldados encargados de vigilarlos, sometidos ellos mismos a una disciplina de hierro. En realidad, tal disciplina no era necesaria ni para unos ni para otros, pues a la altura de Sidney no era posible ninguna fuga. Algunos lo habían intentado, creyendo que China o Japón no estaban lejos. Se encontraron más tarde sus osamentas, a menos de que hayan sido devorados por los perros dingos. Los primeros conflictos estallaron cuando los soldados consideraron que, con respecto a ellos, los convictos tenían una vida demasiado fácil. Desde luego, aquellos presidiarios trabajaban duro, se les azotaba hasta hacerlos sangrar –¡uno de ellos recibió más de 2 mil latigazos durante su vida...!–, pero tenían la posibilidad de acoplarse –tantas mujeres como hombres formaban parte de los convoyes–, y el gobernador comprendió que ya no había que golpearlos tanto, en caso de indisciplina, pues las grandes obras ya no avanzarían... De inmediato corrió el rumor en Inglaterra de que era bueno ser convicto en Australia.

En realidad, encontrándose mezclados con los primeros colonos,

los hijos y nietos de los convictos seguían siendo tratados como criminales y enfrentando la ley del látigo: recurrieron al orden judicial, que se volvió su único recurso ante las autoridades que encarnaban a la Corona –aquellos militares envidiosos de ver a los hijos de convictos emanciparse, cuando para ellos se perpetuaba, sin modificaciones, la dura disciplina militar. Es así como, en nombre de las libertades inglesas, los descendientes de los convictos recurrieron a los hombres de leyes para defenderlos, de manera que fueron los abogados y los jueces los que figuraron entre los primeros hombres políticos del país.

El punto importante es sin duda que, poco a poco, *fue entonces cuando el lenguaje jurídico se volvió el de la política*, de tal manera que el poder judicial ganó de mano al ejecutivo y al legislativo, teniendo los juristas la última palabra en la elaboración de las decisiones tomadas, primero por los gobernadores y luego, después de 1901, por la representación política. Desde mediados del siglo XIX, dice un testigo, los australianos se parecían a los estadunidenses por su arrogancia, considerando malos a todos los gobiernos del mundo, salvo el suyo; y defendiendo cada uno su pequeño interés, con un egoísmo que no se observa en ninguna otra parte. De hecho, en ese país, por una especie de efecto "perverso", esos australianos instituyeron entre ellos el orden de la ley para romper con la situación que heredaban; se trataba para ellos, cuyos padres habían experimentado los excesos de la ley, de volver a una norma. Como lo demostró Alistair Davidson en *The Invisible State*, en Australia, la jerga jurídica y el espíritu de pleito redujeron a nada, poco a poco, las grandes opciones de los líderes políticos o sindicales –ya fueran socialistas, o liberales, o se pretendieran tales. En ese país, *recurren* constantemente *a la ley, y se consideran traicionados por las ideas.*

De manera que, por un desquite de la historia, los aborígenes hasta lograron hacer valer sus derechos sobre las islas Murray, al norte de la gran barrera de Coral. La Suprema Corte ponía de esta manera fin a la doctrina de *terra nullius* conforme a la cual Australia estaba desocupada antes de la llegada de los británicos, creando un nuevo título de propiedad, el *Native Title*. Esta decisión, de 1992, pone en tela de juicio la condición de bien de las tierras, sobre todo en Australia occidental. En Queensland, la tribu wik combate a un gigante económico, la Sociedad CRA y su producción de aluminio.[3]

[3] De la misma manera, en el sur de Chile, los indios mapuches intentan recuperar sus tierras, por medios jurídicos.

El primer ministro de Australia Occidental, Richard Court, propone que la decisión de la Suprema Corte sea sometida a un referéndum. Una vez más se enfrentan el Derecho y la voluntad democrática. ¿En dónde se encuentra la equidad?

Naciones absorbidas, naciones conquistadas: la originalidad rusa y soviética

Mientras que la política del Imperio portugués y la del Imperio francés tienden hacia la asimilación o la integración –salvo algunas experiencias precisas, pero raras, en el caso francés–, y que la política británica se orienta hacia el Commonwealth, desde que la secesión de Estados Unidos reveló los peligros de toda otra política –lo que no excluye un corto periodo de fortalecimiento del Imperio entre 1783 y 1830–, la política imperial rusa hasta 1917 obedece a una lógica supranacional desde que se plantea el problema de las anexiones y hay que resolverlo. La primera característica del Imperio fue, en efecto, no tener una base étnica (*Russkaja imperija*), sino ser un Estado de pueblos diferentes bajo un monarca único (*Rossiskaja imperija)*, una política que se esforzó por neutralizar a quienes podrían haberse opuesto al zar, en nombre de un ideal nacional.

Esto no se hizo sin dificultades; la absorción de la nación tártara constituía el principal problema del zar (con la amenaza, por otra parte, que emanaba de Polonia y de Suecia). Esta absorción se hizo en dos etapas principales. Una, iniciada en el siglo XVI, vio orientarse el esfuerzo de los zares a los países del Volga, en donde tártaros, bachkires, cheremises..., cohabitaban o eran vecinos; concluyó bajo el reinado de Catalina II, en 1774. La otra etapa fue emprendida en Crimea, en 1783. Similares fueron las políticas practicadas en ambos casos, aun si, con ayuda de la experiencia, las promesas hechas en el momento de la conquista se volvían más explícitas en Crimea que en Kazán –a reserva de ser posteriormente violadas.

Pero varios cambios afectaron y transformaron la actitud del poder con respecto a los pueblos anexados. En primer lugar, la adquisición de estados preexistentes y de confesión cristiana –Georgia, Polonia, estados Bálticos, etc.–; luego, la política de ruptura que apunta a la rusificación de los alógenos; por último, después de la Revolución de 1917, la reevaluación de la política de las nacionalidades llevada a cabo por el régimen soviético.

La desintegración de la Horda de Oro, en el siglo XV, había tenido

por resultado la formación de varios estados tártaros, es decir, turcomongoles. "Kazán, una mala rama, se desprendió del árbol malo que era la Horda de Oro, y produjo un fruto amargo; un segundo estado nació entonces con otro Príncipe de la Horda": Kazán constituyó entonces la amenaza más directa para el Estado moscovita; su tierra reunía, con los tártaros, a chuvaches y bachkires, que eran turcos; cheremises o marii, mordvos, votiaks, que eran fino-ugrianos. A pesar de las negaciones de los historiadores rusos del siglo XIX, Moscú pagó en efecto tributo a Kazán, como a los demás sucesores de la Horda de Oro. Pero Iván III comprendió la ventaja que podía obtener de las querellas que reinaban en la propia familia de Gengis Kan y tuvo a mano, en Moscú, a los zarevitces tártaros, respaldados por una parte de la oligarquía de Kazán. Esta combinación permitió una primera tentativa de control de la situación, en 1468; pero fracasó; empezó a ser operativa cuando un príncipe de Kazán se asoció con el zar de Moscú contra los tártaros de Crimea, aquella otra rama de la antigua Horda de Oro; la situación se invirtió, cuando el kan de Crimea pretendió reinar sobre Kazán. En lo sucesivo, Moscú se buscó aliados más confiables: fueron los cheremises quienes desempeñaron ese papel. Iván IV utiliza sus buenos servicios, lo que ellos habían solicitado, y pronto se toma la decisión de marchar sobre Kazán para zanjar definitivamente el conflicto con aquellos "impíos sarracenos". Éstos conocían bien "su país", refiere Kurbski; recurrieron a los lituanos para tomar Moscú de flanco, pero los rusos se impusieron, y el final de Kazán causó sensación en todos los pueblos que habían tenido que padecer la ley de los tártaros (1552).

No por ello se estableció la *Pax Rossica*: se multiplicaron las insurrecciones de los tártaros, luego de los cheremises y de los chuvaches, y pronto de los mordvos, hasta las épocas de Stenka Razin (1667-1671) y de Pugachev (1742-1775). Los rusos habían decapitado a la nobleza tártara de Kazán, y hacían pagar a todos el *iassak*, impuesto sobre la tierra. Un "cuaderno de quejas", presentado en 1767 en la Comisión de Legislación creada por Catalina II, expone, dos siglos después, los estados de servicio de los tártaros, resumiendo en cierta manera su adhesión al gobierno de los rusos:

Servimos al Soberano Emperador Pedro el Grande, de bienaventurada y gloriosa memoria, abuelo muy amado de Su Majestad, y tomamos parte en muchas guerras y batallas, a saber, en 7112 [1614] contra el traidor Grichka el fraile exclaustrado, en 7120 [1612] contra los insurrectos tártaros de la provincia

de Kazán, en 7197 [1639] para defender a Samara de los calmucos de Astracán; en 7162 [1654] para defender a Smolensk contra los polacos; en 7166, durante la represión del motín bachkire...

El número de alógenos al servicio del zar de Rusia era, hacia 1660, de aproximadamente 2 mil; medio siglo después, se había multiplicado por veinte (B. Nolde, *La formation de l'Empire russe*).

Simultáneamente, una amplia expropiación había desposeído al antiguo soberano y a la clase dirigente tártara, que fue casi exterminada en sus últimas luchas por la independencia: el zar, el clero ortodoxo y los cadetes boyardos, es decir, los hombres en el servicio activo del Estado moscovita, se apoderaron de la tierra y del botín, constituyendo los militares y sus familias la mayoría de los colonos. Esta colonización militar abrió la marcha; fue seguida por otras, pero los bienes de los alógenos fueron protegidos: el Código del zar Alexis (1649) prohibía a los boyardos, gentilhombres y rusos de todo rango, comprar, intercambiar, hipotecar y hasta rentar tierras pertenecientes a los tártaros, mordvos, chuvaches, cheremises, votiaks y bachkires. A la inversa, éstos no podían adquirir una tierra dada a los rusos, lo que constituyó una especie de equilibrio como pocos conquistadores lo han instituido... Cada quien debía permanecer en casa. Pero esto no duró y Pedro el Grande trastornó ese edificio, mientras que un gran esfuerzo de evangelización se iniciaba ulteriormente, sin grandes miramientos. Esta evangelización culminó en el siglo XVIII, con la conversión, por lo menos en teoría, de los chuvaches, cheremises y mordvos. Pero los tártaros opusieron resistencia y expresaron el deseo de poder seguir construyendo libremente mezquitas y de recibir un pasaporte para poder ir a la Meca... Poco a poco, la Iglesia ortodoxa utilizó contra ellos los procedimientos conocidos por Occidente: secuestro de los niños, bautismos forzosos a cambio del reclutamiento, escuelas para "mahometanos" manejadas por el clero ruso, que se volvían hogares de rebeliones...

En el siglo XIX, el problema de la persistencia del Islam había predominado sobre el patriotismo ruso... Con sus 2.3 millones de habitantes en 1897, habiendo opuesto una fuerte resistencia a la política de rusificación, la comunidad tártara de Kazán se había transformado poco a poco en una sociedad diferenciada, que poseía la tercera parte de los establecimientos industriales de la provincia y controlaba el comercio con Asia central. Los tártaros de Kazán fueron entonces la primera comunidad de todo el mundo musulmán en disponer de una po-

derosa clase media, bien educada, que les aseguró el liderazgo del movimiento nacional en el Imperio ruso. Dio origen asimismo, antes de 1917, al primer movimiento feminista del mundo islámico.

La colonización del país bachkir, a ambos lados de los Urales y alrededor del puesto de Ufa, se hizo de una manera del todo diferente porque no había unidad en ese mundo de seminómadas y fue más fácil imponerle la ley de los rusos, que hacían entregar el *iassak* pagado aquí con pieles, y que se conciliaron con la aristocracia otorgándole la condición de *tarcán* (dispensa del *iassak*); sus miembros, protegidos de esa manera, acogían a refugiados chuvaches, votiaks, tártaros, que hacían fructificar sus tierras. Los colonos rusos fueron poco numerosos hasta mediados del siglo XVII, pero estos sedentarios entraron pronto en conflicto con los bachkires, trastornos que se volvieron endémicos hasta que una especie de carta, concluida en 1728, estabilizara los derechos y deberes de las tres partes en conflicto: el Estado, las tribus bachkires y los colonos. No era más que la primera manifestación de una toma de conciencia que se tradujo, en 1754, en la creación de un movimiento nacional y musulmán animado por Abdulá Miagsaldín, a decir verdad un tártaro, que deseaba "expulsar a los rusos con la ayuda de Dios"...

"Niéguense a colaborar con esos sucios rusos, derramen su sangre, pillen sus bienes y redúzcanlos a cautiverio." La represión fue terrible, hasta el punto de que numerosos bachkires decidieron volverse esclavos de los kirghices (en el sur) por miedo a ser asesinados. Los que se quedaron y sobrevivieron, participaron en la rebelión de Pugatchev.

A finales de 1774, "insurrectos y bachkires son de nuevo sometidos al cetro de Su Majestad", escribía Pierre Panin en su informe a Catalina II.

La desaparición de la otra rama de la antigua Horda fue más tardía: 1783. No fue un asunto puramente ruso-tártaro, pues interfirió con los conflictos internacionales. En efecto, los tártaros de Crimea se habían vuelto vasallos del Imperio turco. Para emanciparse de esa tutela, habían solicitado la ayuda de los persas, y, haciendo la guerra juntos a los turcos, pasaban a través de las estepas del norte del mar de Azov para llegar al Daguestán. Ahora bien, los rusos se habían instalado en Azov desde Pedro el Grande, y estas circunstancias les permitieron intervenir en esas regiones, luego anexar Crimea en la época de Catalina II. Entre tanto, huyendo de la persecución infligida a los cristianos, los griegos y los armenios habían abandonado el país hacia el gobierno de Azov.

Un *Manifiesto* y un decreto acompañaron la anexión de Crimea.

A los habitantes de Crimea, hacemos la promesa irrecusable, en nuestro nombre y en nombre de nuestros sucesores, de mantenerlos en una base de igualdad con nuestros súbditos hereditarios, de preservar y defender sus personas, propiedades, templos, su fe ancestral que seguirá siendo inviolable.

Prometemos también que cada clase [*sostojanie*] recibirá los derechos y privilegios de los que gozan las clases equivalentes en Rusia.

A cambio de la tranquilidad que les brindamos, pedimos y esperamos que sean tan leales como nuestros súbditos, tan afanosos también para merecer el favor imperial (G. Vernadsky, *A Source Book for Russian History, from Early Times to 1917*, II).

El *Manifiesto* se completaba con un decreto que Catalina dirigió al príncipe Potiomkin, gobernador general de la Nueva Rusia. Se refería a la colecta de los impuestos –aduana, sal, etc.–, solicitando

velar por que no se vuelvan demasiado penosos para la población... Y, con esos ingresos, conviene asegurar el servicio de las mezquitas, de las escuelas, de las obras de beneficencia. Convendrá levantar un monumento a la gloria de la anexión de Crimea y de los territorios tártaros al Imperio ruso. Por último, ninguno de nuestros nuevos súbditos debe cumplir el servicio militar contra su voluntad o su deseo.

La anexión de las "provincias" del Cáucaso septentrional, sobre todo de Georgia, fue la ocasión de una discusión, en San Petersburgo, acerca de la condición de las nuevas adquisiciones territoriales. Este debate tuvo lugar en 1820 y se refirió al problema: *¿se trata o no de colonias?*

Estas adquisiciones pueden ser llamadas nuestras colonias, y no sin fundamento... pues nos aportan productos procedentes del Sur...

Las llamamos colonias porque el gobierno no se esfuerza por incluir estos territorios en el sistema del Estado; no quiere hacer de ellas parte de Rusia, rusificar las poblaciones; simplemente mantenerlas como una provincia asiática, pero mejor gobernada.

Así, en la época de Alejandro I, se llamaba en Rusia colonia a lo que posteriormente los franceses designarían como protectorado, mientras las tierras centrales, tártaras o demás, formaban parte del Imperio y

sus habitantes habían visto perderse, poco a poco, las garantías ofrecidas en la época de Iván y de Pedro el Grande.

La misma suerte afectaría a los nuevos territorios adquiridos durante el cambio de la época revolucionaria y la época napoleónica: Georgia, Finlandia, Polonia.

El Manifiesto de anexión de Georgia, en enero de 1801, recordaba las circunstancias que habían llevado al zar Jorge Iraklievich a recurrir a la protección de los rusos, y que éstos aceptaban esta incorporación "para siempre"; Georgia conservaría el dominio sobre los territorios que controlaba y sus poblaciones gozarían de la misma condición, conforme a su rango, que los rusos. El Manifiesto acerca de la incorporación de Finlandia –sueca hasta entonces– en 1809, proclamaba la "conservación de las leyes y costumbres, y religión del país [*Grundlagar*]", y garantizaba las libertades y derechos de cada orden; eso implicaba que el zar reconocía "que el juramento de fidelidad a Rusia se había dado libremente" (Vernadski, citado).

Dicho de otra manera, zar autócrata en Rusia, Alejandro I reconocía que en Finlandia era sólo un zar elegido.

Iba mucho más lejos en Polonia. En 1815, al recibir lo esencial del territorio de ese país después del Congreso de Viena, manifestaba sus tendencias liberales concediendo a Polonia la condición de Estado, vinculado desde luego indisolublemente con su persona y sin política extranjera autónoma, pero que gozaba de las ventajas de una carta constitucional. Ésta afirmaba que se garantizaría la libertad de prensa (art. 16), que el ejército conservaría su uniforme propio y todas las insignias que indican su nacionalidad (art. 156), que se mantenían las órdenes del Águila Blanca, de San Estanislao, etc. (art. 160).

Así, los polacos eran favorecidos por un verdadero régimen constitucional del que los rusos no tenían la ventaja. "Al poner en práctica estas instituciones liberales", en una carta escrita en ruso y también en francés, para ofrecer dicha garantía a los polacos, Alejandro I tenía perfecta conciencia de que este ejemplo influiría en sus conciudadanos, y ése era su deseo.

Pero el estado de gracia que se instituyó con la Carta de 1815 y el Memorial a la Dieta polaca de 1818 duró sólo algunos años.

• La política de las nacionalidades del régimen soviético

Desde octubre de 1917, la política de las nacionalidades del régimen soviético intentó, en primer lugar, recuperar los territorios que se habían vuelto independientes durante la guerra civil (Ucrania, Georgia,

Armenia). Llevada a cabo la ocupación militar, la operación se hizo en dos tiempos: primero, una alianza bilateral; luego, la pérdida para esas naciones de una diplomacia independiente, de sus fuerzas militares autónomas –procesos concluidos en 1923-1924, por consiguiente, antes de la época staliniana–, y posteriormente para otras nacionalidades. Stalin procedió a la liquidación violenta de las instancias hostiles a una reunificación en el marco de la URSS: socialismo panislámico del Sultán-Galiev, Poale-Zión, etcétera.

A decir verdad, en 1917, los bolcheviques no habían imaginado que naciones que habían obtenido su libertad gracias a la revolución, podrían renacer como entidades y no unirse a la República de los soviets más que obligadas y forzadas. Lenin cuestionó el chauvinismo gran-ruso; en verdad, los responsables del fracaso de esa política sonada raras veces habían sido los rusos, sino neojacobinos autoritarios y centralizadores. Utilizaron varios procedimientos: ya sea que el derecho a la autodeterminación pasó subrepticiamente de la nación a la clase obrera (en el caso de Ucrania, de Finlandia), o al "partido de la clase obrera" (para la recuperación de Bujara); o bien que Moscú suscitó la aparición de nacionalismos más o menos reales que permitieron organizar y defender Bielorrusia al oeste a costa de Polonia, o balcanizar Turkestán. O también, que la reconquista se llevó a cabo para "prevenir una intervención extranjera", la de Ataturk, la de los japoneses, etc.; salvo que en Georgia, en 1919, la intervención se hizo después de la partida de los alemanes, y este país tuvo que firmar un tratado de alianza.

En todo caso, para las repúblicas reconquistadas lo mismo que para las demás, la acción del poder soviético se manifestó por toda una serie de medidas, en todas partes las mismas.

– La desrusificación de las instancias encargadas de decidir la condición de esos territorios no rusos, por ejemplo el Kav-Kom (comité del Cáucaso), el Muskom (comité musulmán), el comité de la publicación *Vida de las nacionalidades.* Al principio, el *Narkomnats*, Comisaría para las nacionalidades, estuvo compuesto por no rusos, aunque fue difícil encontrar bolcheviques en cada nacionalidad.

– La regeneración de las culturas nacionales, víctimas de la rusificación en la época zarista. Tal regeneración pudo llegar hasta una verdadera resurrección, por ejemplo en Armenia, incluso a una autorrevelación en ciertos pueblos del Cáucaso. De este modo, se ponía fin a cierto número de frustraciones, explícitas o latentes. En este sentido, ningún régimen actuó tanto en favor de las culturas minoritarias, uti-

lizándolas en provecho del Estado soviético: por ejemplo, la de los calmucos. Esta política sirvió asimismo –posteriormente– para levantar unos contra otros a los pueblos del Turquestán: uzbekos, kazakos, tayikos, etcétera.

Ahí existía, en germen, una contradicción entre la visión marxista del desarrollo de las sociedades que la sovietización encarnaba, y una práctica lenino-staliniana que concernía a las etnias y a las naciones. Se reveló medio siglo después...

– La constitución de toda una constelación de entidades nacionales, federales, estatales, empalmándose las unas con otras como muñecas rusas (Repúblicas Federales, Repúblicas Autónomas, Regiones, Territorios), permitió constituir una inteliguentsia no rusa y confiarle en el lugar funciones paraestatales, por lo menos en el nivel de la representación, sino de la realidad de los poderes. Pero, con el tiempo, estas funciones se multiplicaron y ampliaron. Sus efectos se hicieron sentir durante la perestroika: en Bakú, en Azerbaiyán, la policía era azerbaiyana, y estaba contra los armenios; en Ereván, era armenia, etcétera.

– La inyección de un número creciente de funcionarios no rusos en el sistema constitucional federal, a escala pansoviética, fue una política constante. Lo atestiguan, después de Stalin y de Mikoian, las funciones de Jrushov, Cheverdnadze, etc. Esta penetración fue lenta pero irreversible e ininterrumpida. Sin embargo, en la cumbre del Estado soviético se asiste a una inversión de tendencia desde mediados de los años de 1920, sobre todo en el Comité Central del Partido en donde los rusos son, proporcionalmente, cada vez más numerosos.

El contraste con el rasgo que precede da cuenta de algunas de las circunstancias de la desaparición de la URSS, en 1989. Casi ya no hay eslavos en la cumbre del Estado soviético, pero ya casi ningún ruso está al mando de las Repúblicas del Cáucaso o de Asia Central.

– La creación del estatuto de la doble nacionalidad, federal y nacional, percibida por la mayoría de los no rusos como una promoción política, fue por el contrario considerada una medida vejatoria por los ciudadanos cuya nacionalidad no tenía estatuto territorial, sobre todo los judíos. La libertad dada a cada uno de elegir su propia nacionalidad resultó ficticia: si estos ciudadanos se querían judíos, había un renunciamiento; si se querían soviéticos, la elección de la nacionalidad tropezaba con la hostilidad o la reacción racista de los funcionarios de la nacionalidad en cuestión, en Ucrania o en Rusia sobre todo. Esta situación suscitó la creación de la República de Birobidján, destinada a los judíos, en Siberia oriental, un distrito transformado en región au-

tónoma en 1934, en el que viven más de 100 mil judíos en vísperas de la perestroika.

– La sovietización, por la ley, de los rusos y de los no rusos resultó en un igualamiento de los estatutos, en una uniformización de las culturas políticas, de un extremo al otro de la URSS. Sin embargo, con la reacción staliniana y las violencias que la acompañan, sobre todo en contra de las naciones que la segunda guerra mundial puso en relación con los alemanes (tártaros de Crimea, inguches, alemanes del Volga, etc.), la sovietización fue percibida tanto en Ucrania como, después de la guerra, en los países bálticos y en Moldavia, como una reactivación de la rusificación en la medida en que la cumbre de la jerarquía no dejaba de rusificarse. La multiplicación de las leyes comunes a toda la URSS, sin estar necesariamente marcadas con el sello de Rusia, fue recibida como tal, en la medida en que la uniformización de los estatutos puede ser considerada la subversión de los rasgos específicos de la identidad nacional. La reducción relativa del número de matrimonios mixtos en regiones del Islam, al igual que el rechazo a hablar ruso en los países bálticos, constituyen indicativos de esta resistencia que, en Ucrania, fue más cultural, política y religiosa –al igual que en Georgia.

– Por su parte, el sentimiento nacional ruso acabó por reaccionar a su vez a la lenta colonización de ciertas instancias soviéticas (la radio, la televisión...) por las nacionalidades, georgianos, armenios, judíos sobre todo –dejando a un lado la cima del Estado. Este despertar del sentimiento nacional gran-ruso es entonces el revés de la resistencia de las nacionalidades: en todo caso es, durante los años de 1980, una de las formas de la oposición latente al régimen.

Nada hay en común, por consiguiente, entre el estatuto de las personas y de las instituciones, en las antiguas repúblicas de la URSS, y la situación en Argelia. En la URSS, cada una de las repúblicas se volvía de hecho autónoma. El único parecido, formal, era que, mientras que en Argelia durante los años de 1950, con respecto a los franceses, los "indígenas" se pretendían a veces musulmanes, otras árabes, otras más argelinos, de igual manera, en Asia central, se pretenden a veces musulmanes, otras turcos, o persas, o bien uzbekos o tayikos.

A menos, como estos últimos, de reivindicar ser el verdadero hogar de la nación persa... un ejemplo único de expansión por colonias interpuestas.

• Los colonizados, instrumentos del expansionismo.

El ejemplo tayiko

En el marco soviético, no se hace diferencia entre las anexiones que Occidente define como la conquista de una nación –por ejemplo, la expansión rusa y luego soviética en los países bálticos– y las que Occidente considera colonias, sobre todo Asia central. El estatuto de las repúblicas soviéticas procedió de criterios diferentes que la ideología "marxista" cinceló conforme la necesidad del momento. Además, en su relación con sus vecinos no soviéticos, Moscú instauró un modelo de relaciones cuya función fue preparar la inserción de esas nacionalidades aún no integradas, abriendo el camino a un expansionismo sin límites. La existencia de partidos comunistas dio su consistencia a una práctica inédita de anexiones llevadas a cabo por las propias sociedades; estas sociedades sometidas situadas en el interior del Imperio, se volvieron entonces los agentes de dicho expansionismo.

El proceso se llevó a cabo en varias etapas y de manera diferenciada. Alcanzó su grado último en el caso de Tayikistán.

Las primeras figuras de esta política aparecen en el momento del reconocimiento de la independencia de Finlandia, en virtud del derecho a la autodeterminación, "aplicado contra nuestra voluntad, explicaba Stalin, pues se otorgaba no al pueblo sino a la burguesía, y de la mano de un gobierno socialista" (diciembre de 1917). Cuando los bolcheviques finlandeses constituyeron un contragobierno en Tammersford, Moscú lo reconoció también. Primer deslizamiento, el derecho a la autodeterminación pasaba de la nación a la clase obrera. Lo mismo sucedió en Ucrania, en donde el régimen de Jarkov fue reconocido frente al de la Rada de Kiev. Se dio un segundo deslizamiento cuando, la clase obrera, reacia, es sustituida desde Moscú por "el partido de la clase obrera", como instancia de legitimidad –lo que sucedió a Bujara.

Otra manera: crear en el seno de la URSS un movimiento nacional en las fronteras de un vecino de quien se reivindica una parte de los territorios. Esta práctica fue inventada en Carelia (rusa) con la mira puesta en Carelia (finlandesa), luego en Bielorrusia (donde existía un movimiento autonomista antes de 1917, pero cuya legitimidad negaban los socialistas. Después de 1920, Stalin alentó a los bielorrusos a reivindicar partes de Lituania y de Polonia).

Estos dos métodos se unieron más o menos en el Azerbaiyán sovié-

tico e iraní, pero más aún en Tayikistán, abriendo horizontes infinitos a la imaginación expansionista de Stalin.

Correspondiendo más o menos a la antigua Sogdiana, hogar de una civilización que dio origen a Avicena y Firdusi, la región tayika fue durante mucho tiempo el motivo de una rivalidad entre Bujara y Kokan. La población, de habla persa, vivía bajo el dominio de los uzbekos, turcófonos. Vuelto región autónoma en el seno de la República soviética de Uzbekistán, este país tayiko reconstruyó su identidad, gracias a la acción sobre todo de los maestros, y los tayikos impugnaron el "corte de hacha" del antiguo Turquestán ruso, que llevó a la integración al Uzbekistán de Bujara y Samarcanda, hogares de la civilización tayika. Privados de sus ciudades, los tayikos tuvieron primero que demostrar su identidad, lo que hicieron por medio de la modernización de su lengua, que revalorizaron de esa manera, disociándola del uzbeko y sustituyendo los caracteres árabes por los latinos. "La latinización se inscribió entonces en un proyecto de afirmación nacional" (G. Jahangiri). Stalin apoyó el movimiento para debilitar a los uzbekos, y porque los tayikos representaban las poblaciones rurales más pobres.

Sobre todo, hacer de Tayikistán una república soviética con pleno derecho abría horizontes muy amplios...

La creación de la República de Tayikistán, la "7ª República", se hizo a partir de las regiones orientales del antiguo emirato de Bujara. Simple república autónoma en 1925, fue elevada al rango de República Soviética cuatro años después, una vez cerradas las cicatrices de la lucha contra los basmachis y olvidada la aventura de Enver Pachá, cuyo estado mayor se había instalado en Duchambé. Esta promoción era una respuesta a la caída del rey Amamullah de Afganistán, un aliado; y para que la República disponga de un cimiento más amplio, Moscú le otorgó la parte oriental de Gorno-Badakhchán –el techo de Pamir– que, en verdad, estaba poblado por kirghices y tuvo que haber seguido anexado a esta otra unidad política. En efecto, fue en nombre de la identidad persa de Tayikistán que la creación de ese Estado fue valorizada y legitimada –oponiéndola a la pertenencia de las demás repúblicas autónomas al mundo turco.

Además, la concepción soviética de la historia de los tayikos hacía de ese territorio el hogar de toda la civilización persa. Un joven historiador, Bobozdhan G. Gafurov, además primer secretario del Partido Comunista tayiko, recordaba que Spitanem –quien 23 siglos antes había expulsado a Alejandro el Grande de esas regiones–, era

un tayiko, y que los tayikos habían sido los primeros en hacer frente a la invasión mongol. Patria del gran poeta Firdusi, Tayikistán ayudaría a los persas a recuperar su verdadera identidad y cultura, alterada por el régimen reaccionario que reinaba en Teherán. Moscú hizo de un revolucionario persa contemporáneo, Abulkasim Lakhuti, el poeta nacional de Tayikistán, quien profetizaba en sus escritos que pronto Irán ya no sería mancillado, se volvería libre, "una tierra soviética".

Esta "mancilla" era, desde luego, la concesión petrolera de la Anglo-Iranian Company.

Tierra de anclaje de la Persia regenerada, Tayikistán debía servir también de punto de partida para una reactivación de la influencia rusa en Afganistán. Vieja historia, cuya última caída se produjo en 1979, pues esa idea de incorporar a Afganistán se había conservado viva, debido justamente a la injerencia de ese país en la guerra civil soviética, ya que servía de base a los basmachis y sus jefes se refugiaban ahí. En la Enciclopedia Soviética, se escribía que los pueblos de ese país eran tayikos, uzbekos, turkmenos, y que todos y cada uno de ellos constituían verdaderas naciones en la URSS. El número de tayikos se evaluaba en dos o tres millones, representando el 24% de la provincia de Herat, el 48% de la de Kabul, etc. Los etnohistoriadores soviéticos recordaban que en el siglo XVIII, las tribus afganas de Akhmed Kan desprendieron el sur del kanato de Bujara, perdiendo los tayikos la región de Baj, lo que había desmantelado ese Estado -que a decir verdad era multinacional. En pocas palabras, estos recordatorios históricos ayudarían a una eventual recuperación de una parte de Afganistán -y, por lo menos, a prevenir toda nueva intervención de Kabul en los asuntos del antiguo Turquestán.

Al crear la República Autónoma de Tayikistán, en 1925, Stalin había enviado el siguiente mensaje a sus dirigentes: "Saludos a Tayikistán, a la nueva República de los trabajadores en las puertas del Indostán... que sirva de modelo y de ejemplo a los pueblos de Oriente." Esta orientación perdió su sentido y su alcance cuando la India se volvió independiente, en 1947; lo que, en la hora de gloria de la URSS triunfante, no impide al Premio Stalin de 1948, Tursun Zade, invitar a los indios a unirse a Tayikistán... cuya capital Duchambé-Stalinabad había pasado de 5 mil a 82 mil habitantes en menos de 20 años.

Estos proyectos expansionistas grandiosos -hacia Irán, Afganistán, incluso la India- tropezaron con la realidad de la situación en Tayikis-

tán, con las mentalidades de las poblaciones; los dirigentes locales, mal iniciados en la visión estratégica del jefe supremo, invirtieron todas sus energías, desde luego, pero para alcanzar objetivos más familiares, más accesibles y más populares: expulsar a los rusos, constituir un gran Tayikistán, *pero* a costa del Uzbekistán vecino. ¿Lo que no había llegado a buen término en 1931-1933, empezaría a realizarse en 1994?

V. LEYENDA ROSA Y LEYENDA NEGRA

En las metrópolis, la leyenda rosa adquirió múltiples formas, cualesquiera que hayan podido ser sus diferentes orígenes: el "partido" colonial, la imaginación de los escritores y de los artistas. Asimismo existió la leyenda negra, y, desde el principio, emanó también de varias fuentes y se expresó en diversas formas; y, en el siglo XX, tanto una como la otra utilizaron sobre todo el cine.

Fácilmente presentada en Occidente como un hecho sobre todo económico, la colonización fue asimismo una empresa de proselitismo, que se vio como una vocación de cristianización y civilización de pueblos considerados o definidos como inferiores. Desde sus inicios, hubo quienes cuestionaron esta representación. Sin duda, los colonizados fueron sensibles a los diferentes aspectos del fenómeno, pero fue en realidad la dimensión racista la que suscitó en ellos los movimientos de cólera y de resistencia más duraderos porque atañían a su identidad propia. ¿Tuvieron conciencia de ello los colonizadores? Quienes instauraron el principio de la colonización, sin duda; pero hasta el punto de no percibir que existía racismo también entre los colonizados, por lo menos en algunos, y antes de que Europa pusiera la mano sobre ellos.

En cuanto a los poetas de la epopeya colonial, se ubicaban desde una perspectiva diferente: se había montado toda una propaganda, transmitida por los diarios, las revistas ilustradas, las tarjetas postales, los libros escolares y las exposiciones coloniales, sobre todo la de 1931 en París. Este dispositivo estaba más o menos orquestado por lo que fue llamado el "partido colonial", con sus *lobbies*. Mucho antes de la creación de una política imperialista, hombres como Thomas Carlyle en Gran Bretaña, Chomyakov y Tiuttchev en Rusia, clamaban la superioridad del inglés, del eslavo, y estos movimientos eran el origen de las *ligas*, pronto establecidas en cada país: el círculo de la Round Table en Gran Bretaña, de la Deutscher National Verein en Alemania, la Società nazionale en Italia, etc. En Francia, hombres como Étienne antes de 1914, y Paul Doumer, sobre todo después de la primera guerra mundial, fueron los maestros animadores de este partido colonial.

Ahora bien, a esta influencia procedente de arriba, se agregó una

segunda que llegó a la profundidad de la sociedad occidental, pero *de perfil.* Esa leyenda nació espontáneamente, y de inmediato encontró la adhesión del público.

No tenía objetivos económicos o políticos, tampoco apuntaba a glorificar la grandeza del Imperio –sus agentes sólo pretendían incitar la imaginación, hacer soñar...

DE LA LITERATURA DE VIAJES A JULIO VERNE

Ésta fue, primero, la función de esa literatura de viajes, de la que *Robinson Crusoe* fue el prototipo, como lo señaló Octavio Mannoni, en *Psychologie de la Colonisation, Prospero et Caliban.* Después de él, Europa entró en contacto con los indígenas en aquel florilegio de literatura exótica cuyos primeros héroes se sitúan en América, con Chamfort –*La Jeune Indienne* (1748), Colman, *Inkle and Yarico* (1787), mucho antes de Chateaubriand, Fenimore Cooper o Bernardin de Saint-Pierre. Una primera estructura novelesca nace con sus personajes emblemáticos, una historia de amor entre un europeo y una joven indígena que representa la pureza cuando en la metrópoli todo está podrido. Con Pierre Loti, Joseph Conrad, las sociedades que se encuentran –Tahití, Turquía– son siempre más justas que la francesa–, lo que estimula el atractivo de partir. Una segunda categoría de obras interviene en el mismo sentido, la novela de aventuras: transforma las dificultades enfrentadas en Europa en una serie de acciones heroicas que transfiguran a aquel que se identifica con el aventurero. Independientemente de quienes, por medio de un rodeo, cantan la grandeza del Imperio, como Rudyard Kipling, otros construyen la figura de esas nuevas "élites" de la civilización técnica e industrial. Julio Verne inventa a esos nuevos aventureros cuya gesta se sitúa fácilmente en las colonias....

En la frontera del racismo, su obra encarna esa posición ambigua, perteneciente todavía a la tradición del *Suplemento al viaje de Bougainville,* muy impregnada de los puntos de vista idealistas del siglo XVIII sobre la superioridad del estado natural, pero que exige una transición al mundo realmente civilizado –el del progreso, de la técnica, de la higiene–, la justificación más constante de las empresas coloniales, y de todos sus excesos.

Thalcave, el guía araucano de *Los hijos del Capitán Grant* (1868), es el prototipo del Buen Salvaje, "serio e inmóvil, todo gracia natural, con

su orgullosa desenvoltura, su discreción, su dedicación, su intimidad innata con el mundo de la naturaleza". Los demás tipos se sitúan a menudo en los confines de las Américas o de Siberia, en los desiertos –en resumidas cuentas, ahí donde no constituyeron verdaderos estados... A la inversa, los "Malos Salvajes", esas "fieras con faz humana", se encuentran a menudo en África negra y en la región de los "tártaros", y son, además, dirigentes más que súbditos: de manera imperceptible, se trataría más bien de quienes se oponen a las empresas de Francia y de su aliada, Rusia; cuando el capitán Nemo, encarnación de la rebelión en contra de los amos del mundo, se pretende indio de las Indias, por consiguiente antiinglés, como lo son los héroes de *La casa de vapor* (1880), o también los maoríes de Nueva Zelanda, esos "hombres orgullosos que oponen resistencia paso a paso a los invasores".

La crítica del sistema inglés de colonización se sitúa en el centro de la obra de Julio Verne, como este pasaje en el que evoca su comportamiento en Australia: "En donde el mayor sostiene que son simios." Los colonos consideraban a los negros animales salvajes. Los cazaban y mataban disparándoles. Se invocaba la autoridad de los jurisconsultos para demostrar que el australiano no pertenecía a la ley natural. Los diarios de Sidney llegaban a proponer un medio eficaz para librarse de ellos: envenenarlos masivamente. "[...] Los asesinatos se organizaron en amplia escala, y desaparecieron tribus enteras." Julio Verne agrega: "Si la aniquilación de una raza es la última palabra del progreso colonial, los ingleses pueden vanagloriarse de haber cumplido bien su obra", en *Mrs. Branican*, a propósito de Tasmania y de Australia (1891).

De hecho, Julio Verne no aplica sus principios cuarentayocheros más que a las víctimas de la colonización británica.

Sin embargo, en él, la idea de progreso –del progreso de la civilización vinculado con el de la técnica– predomina sobre cualquier otra consideración. El derecho de los pueblos no existe realmente más que en la medida en que éstos participan en dicha civilización: los húngaros, los polacos, tienen entonces, en *Mathias Sandorf* (1885), toda su simpatía. Pero no quienes rechazan el progreso: "El derecho cae ante la fuerza, desde luego, pero la civilización jamás retrocede y parece que toma todos los derechos de la necesidad." "Es la ley del progreso –los indios desaparecerán. Ante la raza anglosajona, australianos y tasmanios se desvanecieron. Un día tal vez, los árabes serán aniquilados ante la colonización francesa" (*La Jangada*, citado en Jean Chesneaux, *Une lecture politique de Jules Verne*).

A decir verdad, hay sentimientos que Julio Verne atribuye a los ingleses pero que se comparten en Francia –y sobre todo la idea de que algunos negros son animales. El 19 de septiembre de 1887, el crítico Jules Lemaitre escribe:

Espectáculo nuevo, no hay esta semana. "No veo más que los ashantis en el Jardín Zoológico. Es encantador, ese jardín [...], los niños pequeños tienen la alegría de encontrar en él los animales misteriosos de los que se habla en las historias de viajes –pueden hacerse transportar por el avestruz, encaramarse al camello. Y, para que nada falte en la fiesta, se les muestran salvajes. Estas exhibiciones no dan una orgullosa idea de la humanidad [...]. Pero, sin duda me preguntarán qué vino a hacer esa gente al mundo. Pues bien, digámoslo, los ashantis de la Costa de Oro y otros salvajes existen para servirnos un día.

EL RELEVO DEL CINE: *LA CARGA DE LA BRIGADA LIGERA*

El cine había tomado el lugar de la novela o de los periodistas para arraigar esta actitud "colonialista". Algunos de sus amos, que contribuyeron a ello, estuvieron dispuestos a olvidarlo: Jean Renoir, por ejemplo, quien, justo después de haber realizado sus películas "de izquierda", *La vie est à nous* y *La Marseillaise*, al evocar sus "recuerdos" en *Le point*, de 1938, sólo omite citar *Le bled* (1929). Imaginamos las razones: financiada por el gobierno general para conmemorar el centenario de la toma de Argel, esta película se inicia con una glorificación de la conquista, y es considerada "una obra de útil propaganda colonial" (*Afrique française*, mayo de 1929). A decir verdad, lo que impacta en este cuadro de la Argelia francesa es que casi no se ven árabes... Tampoco existen en *Le grand jeu*, de Jacques Feyder, realizada en 1934. Este rasgo permanece en toda una serie de películas de esos años de la gloria imperial... Desde luego, la Casbah está presente, y bien presente, en *Pépé le Moko*, pero constituye un marco sofocante de la acción más de lo que representa un refugio contra la colonización. En otras partes, el Magreb sirve de marco, desde luego, pero, al igual que la antigua Roma en Shakespeare, este marco casi no es histórico, aun si la película se rueda en exteriores, al igual que *La bandera*.

A semejanza del Otro, el "indígena" no existe: por lo demás, su pa-

pel es interpretado por un europeo;[1] sin embargo, si se quiere manifestar, no podría hacerlo más que occidentalizándose: Pierre Sorlin mostró que, en *Pépé le Moko*, se identifica al árabe con un judío, con todo lo que supone la atmósfera antisemítica de los años treinta: comportamiento cauteloso, mirada huidiza, etc. Si va más allá, y si la morisca se encapricha por un colono, entonces estalla el drama. En *Bourrasque*, de Pierre Billon (1935), que sitúa la acción en Argelia, por primera vez una indígena se vuelve la heroína de la historia. Tema tabú, no se volverá a él.

Sin importar si el marco es la arena caliente, la Casbah o los garitos, los héroes son a menudo militares, de *Roman d'un spahi* a *La bandera*: en esta película de Julien Duvivier, el árabe está en verdad presente –aunque es poco visible–, pero para ser el "cochino" que perturba el orden instaurado por la colonización. La acción se desarrolla en el Marruecos español, y su único objeto es la gloria de la Legión Extranjera: los reclutas se purifican de su pasado criminal velando por la supervivencia de esta pacificación –y muriendo por ella...

En cuanto a la función de esas tropas, el comentario de un noticiario Pathé acerca de Marruecos, fechado en 1934, la establece de manera clara por medio de una suerte de "lapsus", de esos con los que está familiarizado el cine. He aquí la retranscripción de la banda sonora; las imágenes muestran un convoy de camiones en la montaña marroquí:

Paralelamente a estos movimientos de tropas se produce un incesante movimiento de transportes civiles, y ahora se puede pronunciar la palabra conquista, pues se trata de una conquista pacífica. Observemos al lado del aparato guerrero esa hilera de camiones; son camiones civiles; ya están ahí; siguen al ejército, velan por su suministro y el de los ksurs pacificados. Llegaron por la carretera, por la brecha, y algunas veces sin carretera ni brecha, "por la naturaleza", como dicen. Los choferes civiles de estos camiones, verdaderos caballeros de la aventura marroquí, tuvieron muchos compañeros muertos ante su volante; por ello, en lo sucesivo, están acompañados por un guardián vigilante y rápido, el automóvil blindado. *Observen que esos automóviles blindados no son militares* [son los autores quienes subrayan]. Pertenecen a industriales intere-

[1] Annabella en *La bandera*, Dalio en *L'esclave blanche*, El Vigán en *L'Occident*, etcétera. El rasgo se observa en otras obras: en *Visages d'Orient (The Good Earth*, 1937), los estadunidenses hacen interpretar el papel de dos protagonistas chinos a Paul Muni y a Louise Rainer.

sados en proteger a su personal contra los insumisos, disidentes y piratas. Los conductores son civiles, pero el ejército, seducido por esos métodos, les proporciona una dotación de hombres al mando de un suboficial. Estos blindados crearon un estado de ánimo tan saludable entre los salteadores que, desde que fueron puestos en servicio, ningún automóvil ha fallado su misión: aprovisionar a los ksurs y hasta a los de acceso más difícil.

Convoy de camiones en este documental de Pathé, convoy de caballos en *La carga de la brigada ligera*: la acción se desarrolla un siglo antes, o casi, en los confines de la India, pero no importa... Sin embargo, la diferencia, entre estas películas y la gloria del Imperio británico y los demás, es que, salvo en *Las cuatro plumas*, cuya acción transcurre en el Sudán, no ponen en escena réprobos que persiguen su indulto en la colonia, sino por el contrario la flor y nata de la juventud recién salida de Oxford o de Cambridge; y los garitos y demás burdeles, lugares favoritos de Duvivier y de Feyder, son sustituidos por los bailes del gobernador, los clubes, las cacerías filmadas por Henry Hathaway o Michael Curtiz (1936). Desde luego, estas últimas películas son estadunidenses, pero están animadas por la misma ética, y, sobre todo, entrañan los mismos estereotipos que analizó bien Jeffrey Richards en *Visions of Yesterday*. El ejercicio del poder se basa en el consentimiento de los sujetos que se adhieren al código de los británicos, mientras que los déspotas indígenas, sedientos de poder, oprimen a quienes están bajo su control. La diferencia entre los dos sistemas –indio y británico– se expresa por medio de una exageración de los rasgos definidos como puramente ingleses –humor, sangre fría, afición por el deporte– y rasgos atribuidos a la India. Los indígenas obedecen a varios arquetipos: el fiel, que es el más apreciado, con frecuencia un niño, por ejemplo en *Gunga Din*, en donde trepa a una torre y toca el clarín para salvar a Cutter (Cary Grant), prisionero de los tugs, que luego muere pero cuyo recuerdo perdura. El valiente adversario es otro personaje que anima la visión británica del Imperio: en *Khartoum* (1966), el mahdí que lucha contra los ingleses llega a ser tan simpático –cierto es que lo encarna James Mason– que por mucho que mueran los ingleses, es él quien gana la adhesión. Otro tipo da testimonio del carácter racista de esas películas: se trata del indígena que desearía occidentalizarse y así ser reconocido por los ingleses. Pero no puede lograrlo, como Surat Kan, en *La carga de la brigada ligera*: estudió en Oxford y es un excelente jugador de críckет, pero en el fondo de sí mismo es un perver-

so, y necesariamente traiciona, o bien es un perjuro. El indígena educado es casi siempre un malo.[2]

Esto traiciona el miedo de los ingleses a que los colonizados se eduquen y, de esa manera, su dominio pierda legitimidad. Se observa una transcripción del viejo fantasma de las clases dirigentes de la metrópoli, hostiles a la enseñanza pública y gratuita, con la diferencia de que en la colonia, la clase ascendente también es una raza, definida como inferior y percibida como tal.

BARTOLOMÉ DE LAS CASAS Y LA DEFENSA DE LOS COLONIZADOS

Paladín de la defensa de los indios, Bartolomé de Las Casas es la gran voz que se elevó en contra de la violencia colonial. Desde luego, había sido precedida por los llamados de Francisco de Vitoria quien, a partir de 1534, cuestionó la guerra librada contra los incas, pero era el principio de la donación del papa lo que entonces impugnaba, pues éste no era el amo temporal del mundo. En cambio, el llamamiento de Las Casas era esencialmente humanitario. Cuando redacta el proceso de la conquista, aquella *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), explica haberla escrito por compasión hacia *su* patria, Castilla, temiendo que Dios la destruya a causa de sus grandes pecados. "El grito de la sangre humana derramada sube ahora hasta el cielo." Testigo ocular de los crímenes cometidos en las islas Lucayas (o Bahamas), luego en La Española, cita sus fuentes cuando es necesario y se hace entregar las investigaciones (probanzas) por los religiosos que comparten sus ideas. Desde luego –considera– el Evangelio debe ser llevado a las Indias, pero toda acción guerrera, toda violencia entre gente libre por derecho natural, compromete y mancilla la misión colonizadora a la que se adhiere. En el terreno, supo negociar la entrada pacífica de sus hermanos dominicos a Teziutlán, aquella tierra de guerra que se vuelve tierra de paz, la Vera Paz.

La defensa de los indios consiste en mostrar que son seres humanos, idénticos a quienes los colonizan; lo que podría legitimar la violencia de los castellanos, la barbarie, no se manifiesta, según Las Casas, más que excepcionalmente, y nadie podría darles más lección que la de

[2] Observamos aquí la alternativa antisemita de los nazis: o bien el *Judío Süss* sigue siendo judío, y es despreciable; o bien se moderniza, y entonces, hay que desconfiar de él...

convertirlos al cristianismo, pero por medio de su propia adhesión, anunciándoles el Evangelio. Las Casas da cuenta del primer punto en el *Tratado Comprobatorio* (mediados del siglo XVI), que estaba destinado a Carlos V, para apoyar sus derechos sobre el Nuevo Mundo.

A quienes pretenden que los indios son bárbaros, responderemos que esa gente tiene pueblos, aldeas, ciudades, reyes, señores y un orden político que, en ciertos reinos, es mejor que el nuestro. Asimismo, podemos demostrarles que si, en tal parte de las Indias, se comió carne humana y sacrificó a inocentes [...], hay sin embargo miles de leguas de territorios en los que cada una de estas acciones no fue cometida: ni en la gran isla española, ni en Cuba, Jamaica, Yucatán, Florida, Perú, así como en muchos otros lugares.

En cuanto a la calidad de sus costumbres, queda afirmada en su *Apologética Historia*, escrita en castellano para asegurar una difusión más amplia de sus tesis, para popularizar su combate. Describiendo el Imperio inca y el Imperio azteca, este inmenso cuerpo de 263 capítulos termina precisamente con esta convicción de que las sociedades humanas pueden evolucionar, un acto de fe poco compartido en esa época.

Estos pueblos igualaban y hasta superaban a muchas naciones del mundo reputadas civilizadas y razonables, y no eran inferiores a ninguna. Así pues, igualaban a los griegos y a los romanos y hasta, en algunas de sus costumbres, los superaban... Rebasaban asimismo a Inglaterra, Francia y a algunas de nuestras regiones de España [...]. Es pues un hecho que la mayor parte de ellos, en conjunto, están muy bien dispuestos en favor de recibir no sólo la doctrina moral sino también nuestra religión cristiana, aun si algunos, en ciertas regiones, todavía no han alcanzado la perfección política de una república bien gobernada y siguen teniendo algunas costumbres corrompidas. No hay razón alguna para sorprendernos de los defectos, de las costumbres raras e irregulares que podemos encontrar en las naciones indias, ni de despreciarlas por ello... [...] Ninguna nación, por enfangada que esté en los vicios, queda excluida de la participación en el Evangelio [...]. La mayoría de las naciones del mundo, si no todas, fueron mucho más pervertidas, irracionales y depravadas... [...]. Nosotros mismos, fuimos mucho peores en la época de nuestros antepasados paganos, en toda la extensión de nuestra España, por la barbarie de nuestro modo de vida y la depravación de nuestras costumbres.

La fuerza de Las Casas fue haber sido un propagandista incansable de

su idea humanitaria, lo que levantó en su contra el poder de los defensores y beneficiarios de la conquista, aquellos capitanes y soldados, encomenderos también, enriquecidos por el botín y a quienes primero se opuso de frente, cuando fue nombrado obispo de Chiapas, en México, antes de enfrentar su amenazante coalición, que hasta supo encontrar en España un talentoso abogado, el doctor Sepúlveda, de la Universidad de Salamanca.

La "Gran Polémica" entre Las Casas y Sepúlveda fue objeto de una controversia abierta, en agosto de 1550, en la capilla del convento de San Gregorio, en presencia de 14 participantes. El doctor Sepúlveda respondió a los argumentos de Las Casas haciendo valer

> que la guerra a los indios no sólo era lícita sino recomendable pues era legítima a la luz de cuatro argumentos: 1. La gravedad de los delitos de los indios, en particular su idolatría y sus pecados en contra de la naturaleza. 2. La tosquedad de su inteligencia, que es en realidad una nación servil, bárbara, destinada a la obediencia a hombres más adelantados como lo son los españoles. 3. Las necesidades de la fe, pues su sujeción hará más fácil y raída la predicación que se les hará. 4. Los males que se infligen los unos a los otros, matando hombres inocentes para ofrecerlos en sacrificio.

La controversia redundó en provecho de Las Casas, pues el doctor no recibió el derecho de *imprimatur*. Cierto es que su argumentación iba en contra de los intereses del monarca, que deseaba desposeer a los conquistadores de la capacidad de tratar a los indios a su antojo, para poder someterlos directamente, en nombre de la Iglesia, tanto como fuera posible. En lo sucesivo, los reyes de España ya no quieren que se llame a los descubrimientos "conquistas". A la cabeza del Consejo de las Indias, colocan hombres que han de conducir a las poblaciones en forma "pacífica y caritativa". Desde luego, se debe "pacificar y adoctrinar a los indios, pero de ninguna manera perjudicarlos". La ambición y la intención del monarca son en efecto someter las tierras y los hombres a la Corona, pero de otra manera.

La controversia había dejado entrever dos concepciones de la colonización. La de Sepúlveda insiste en las diferencias entre indios y españoles –lo que justifica el dominio de quienes son superiores. Defiende entonces, a imitación de Aristóteles, los principios de una sociedad jerárquica –en virtud del reconocimiento de las diferencias, identificadas siempre con inferioridades. La de Las Casas, igualitaria, insiste en la semejanza de los indios con los cristianos, y atribuye ya las virtudes

de los fieles a los infieles, puesto que todo el mundo puede volverse cristiano: por consiguiente, no hay que perder la oportunidad de ampliar el reino de Cristo: los verdaderos desechos de la humanidad, para Las Casas, son quienes no pueden volverse cristianos, dicho de otra manera, "los turcos y los moros, los musulmanes".

Los llamamientos del abad Las Casas tuvieron poco efecto en el comportamiento de los conquistadores españoles –no mayor, además, que los del poeta Camoens (1524-1580) a sus compatriotas portugueses:

¡Gloria de mandar! Vano deseo de ese orgullo que llamamos Renombre... Afición fraudulenta a la que atiza un viento popular llamado el Honor... [...] Ya que pones todo tu afecto en ese orgullo atractivo, ya que, de la crueldad brutal y de la ferocidad hiciste el valor y la bravura; ya que aprecias –tanto como el desprecio de la vida, que siempre debería ser despreciada, cuando Aquél mismo que nos la da temía tanto perderla;

– ¿no tienes, cerca de ti, al ismaelita, con quien siempre tendrás más guerras de las que necesitas? ¿No sigue él la maldita ley de Arabia, si tú no combates más que por la fe cristiana? ¿No posee mil ciudades y una tierra infinita si tú deseas más tierras y riquezas? ¿No está adiestrado en las ciencias de las armas, si tú quieres que se te celebre por tus victorias? Dejas al enemigo crecer ante tus puertas, para ir a buscar a otro tan lejos y despoblar tu antiguo reino, al que estos exilios voluntarios debilitarán... Buscas el peligro incierto para que el renombre te eleve y te halague... (*Los Lusiadas*).

CONTRA LA TRATA DE LOS NEGROS: LAS RAZONES Y LOS SENTIMIENTOS

¿Es el espejismo de las fuentes, de su producción y reproducción? Se comprueba que un lapso de casi dos siglos separa los primeros llamamientos a la defensa de los colonizados de la segunda ola de ese movimiento humanitario... ¿Fue regenerada por la literatura de viajes, tan vivaz hacia 1700 y después: se piensa en Bougainville, en el padre Lafitan, en Raleigh...?

El primer movimiento, el del siglo XVI, había emanado de los hombres de Iglesia, y fue posible preguntarse si apuntaba a la defensa de los indios o al cuestionamiento de los príncipes que los sometían; a menos de que se haya tratado de asegurar la expansión de la Cristiandad; pues la Iglesia no manifestaba la misma solicitud cuando los soldados de Carlos V o de Felipe II asesinaban a los infieles...

Ahora bien, dos siglos después, las luchas del Sacerdocio y del Imperio han concluido, por completo. En lo sucesivo, la Iglesia es impotente frente a las empresas de los grandes estados, y su grito humanitario pierde fuerza, también una de sus razones de ser. La Iglesia pone en práctica sus principios en su propio campo, sus Reservas están destinadas a las misiones, sobre todo a las de Florida y Paraguay.

En el siglo XVIII, se observa la misma ambigüedad en los llamamientos humanitarios en favor de los indios y de los negros. Como lo atestigua una novela de éxito, *Oroonoko*, de Mrs. Afbra Behn, que presenta de manera simpática a un negro sublevado de Surinam (1688). Pero la acción en contra de la esclavitud es resultado de que, en lo sucesivo, son los esclavos los que suscitan los movimientos de piedad –sobre todo de la gente de Iglesia, de esas sectas metodistas y cuáqueras en particular, que poco después, en Inglaterra, acabaron por obtener la condena de la trata y la abolición de la esclavitud. La ambigüedad obedece a que, cuando la condena emana de los filósofos del continente –hoy día se diría de los intelectuales–, apunta a los gobiernos "déspotas" que encubren esta política colonial más que a quienes son sus beneficiarios directos, colonos o negociantes. La contradicción surge durante la Revolución francesa.

Desde este punto de vista, y aunque sean producto de Luis XV, las Instrucciones al señor de Clugny, intendente en las Islas de Sotavento, en 1760, dan cuenta de esta ambigüedad: "Vele por que los amos traten a los esclavos con humanidad... es el medio más seguro de impedir la cimarronada [la fuga de esclavos], que no sólo es ruinosa para los habitantes, sino peligrosa para la colonia." Al conde de Ennery, gobernador de la Martinica, se envían como Instrucciones que "Su Majestad, informada de que la mayoría de los habitantes de las islas faltan al deber tan esencial de alimentar a sus negros, recomienda [...] la mayor atención a dichos abusos tan contrarios a la humanidad y a los intereses mismos de los habitantes" (Michèle Duchet, *Anthropologie et Histoire au siècle des Lumières*).

La *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* (1770) del abad Raynal puede ser considerada –con las *Memorias* de Las Casas (1542) y los diferentes escritos de Frantz Fanon (1960)– uno de los principales manifiestos del anticolonialismo. Esta obra tuvo un éxito considerable, y la mayoría de sus sucesores sacaron de ella ejemplos y argumentos –como él mismo había hecho con los escritos de Las Casas y de otros hombres de Iglesia, como con los informes de sus contemporáneos acerca de la situación en

las islas, esencialmente los del barón Bessner, de Pierre-Victor Malouet y de algunos más. El tono denota al polemista; fustiga a los colonos, a la política de los príncipes.

Pasado el Ecuador, el hombre ya no es inglés, ni holandés, ni francés, ni español, ni portugués. No conserva de su patria más que los principios y los prejuicios que permiten o disculpan su conducta. Arrastrándose cuando es débil, violento cuando es fuerte, impaciente por adquirir, ansioso de gozar y capaz de todos las fechorías que los conducirán más rápido a sus fines. Es un tigre doméstico en la selva. La sed de sangre vuelve a asaltar. Así se mostraron todos los europeos, todos indistintamente, en las comarcas del Nuevo Mundo, a las que llevaron un furor común, la sed del oro (Libro IX, cap. 1, Ed. Esquer, p. 57).

Cuatro libros después, el mismo abad Raynal muestra el desprecio que, sin embargo, el monarca siente hacia sus hombres:

Que el furor de un huracán haya enterrado a miles de esos colonos bajo la ruina de sus habitaciones, y nos ocupamos menos de ellos que de un duelo cometido a nuestras puertas [...]. Que los horrores del hambre reduzcan a los habitantes de Santo Domingo o de la Martinica a devorarse entre sí, lo compartimos menos que el azote de una granizada que destrozó los cultivos de algunos de nuestros pueblos... Es bastante natural que esta indiferencia sea un efecto del alejamiento [...]. Es que los soberanos no cuentan a los colonos entre sus súbditos... ¿Lo diré? Si, lo diré, pues lo pienso; es que una invasión del mar que engullera esta porción de su dominio los afectaría menos que la pérdida que tuvieran por la invasión de una potencia rival. Les importa poco que esos hombres mueran o vivan con tal de que no pertenezcan a otro... (Libro XIII, cap. 12).

Antes de Raynal, Fénelon había sido uno de los primeros en denunciar la intención de conquista, sin importar adónde se dirige, pero su condena seguía siendo moral. De manera que Voltaire innovó al abordar el problema de las colonias con pragmatismo, evaluando el pro y el contra del punto de vista del interés del Estado: España adquirió en ellas inmensas riquezas, señala, pero se despobló. "Queda por saber si la cochinilla y la quinina tienen un precio lo bastante grande para compensar la pérdida de tantos hombres." Este argumento se desarrollaría durante siglos, hasta Gladstone en Inglaterra, luego Raymond Cartier en Francia, quienes lo ilustraron cada uno con sus cálculos particulares.

En el siglo XVIII, los argumentos anticolonialistas se oponen a los de los liberales y mercantilistas que alardean de las ventajas y de los beneficios del comercio colonial y de la colonización. Por ello se les opone peligros de otra naturaleza –y primero el del despoblamiento de las metrópolis, que condenan Boulainvilliers, Mirabeau y Montesquieu: es necesario que los hombres permanezcan donde están, pues de otra manera caen enfermos y mueren, y la nación pierde su fuerza.

Pero el interés económico de las colonias también se pone en duda: el padre del argumento es en este caso William Petty quien, en *L'Arithmétique politique* (1690), es el primero en hacer la cuenta y el balance de los gastos y de los ingresos que se deben poner a crédito y a débito de las colonias inglesas, un balance que François Quesnay establece para Francia, haciendo claramente una pregunta que se vuelve lancinante durante los siguientes siglos: ¿son rentables las colonias?

En cuanto a la condena de la trata, el resultado es su limitación, luego su prohibición –sin embargo se perpetuó...

Como suele suceder, es Montesquieu quien formula el diagnóstico más claro y explícito: "Una vez que los pueblos de Europa hubieron exterminado a los de América, tuvieron que someter a la esclavitud a los de África, para utilizarlos en el desmonte de tantas tierras" (*De l'esprit des Lois*, Libro XV, cap. 5). Esto no implica la más mínima conmiseración con respecto a los negros: "Es imposible que supongamos que esa gente sean hombres; porque si los supusiéramos hombres, empezaríamos a creer que nosotros mismos no somos cristianos" (*ibid.*). Voltaire hace una descripción tanto realista como moral de la crueldad de su destino:

> Vamos a comprar esos negros en la Costa de Guinea [...]. Hace 30 años se conseguía un bello negro por 50 libras; es más o menos cinco veces menos que una res gorda. Esta mercancía humana cuesta hoy día, en 1772, alrededor de 500 libras. Les decimos que son hombres, al igual que nosotros, que están redimidos por la sangre de un Dios muerto por ellos, y luego los hacemos trabajar como bestias de carga; los alimentamos muy mal; si quieren huir, les cortamos una pierna y les hacemos girar con los brazos el eje de los molinos de azúcar, una vez que les dimos una pierna de palo. ¡Después de esto nos atrevemos a hablar del derecho de gentes!

La ambigüedad de las posiciones obedece a que, en las concepciones de la época, los negros deben primero volverse hombres antes de hablarles de su libertad. Ése es en efecto el proyecto de la Sociedad de

los Amigos de los Negros, a la que anima Jean-Pierre Brissot, que desea desde luego que "se ponga fin al comercio infame" [de la trata] pero que mientras ello ocurra, se les dé un trato más suave:

Los enemigos de los negros disfrutan difundiendo acerca de esta *Sociedad* rumores muy falsos, y que es importante disipar. Insinúan que el objeto de la *Sociedad* es destruir de golpe la esclavitud, lo que arruinaría a las colonias [...]. Sólo pide la abolición de la trata porque entonces resultaría que los propietarios de las plantaciones [...] tratarían mejor a los suyos. No sólo la *Sociedad de los Amigos de los Negros* no solicita en este momento la abolición de la esclavitud, sino que le afligiría que se propusiera. Los negros aún no tienen la madurez para la libertad; hay que prepararlos para ella...

El interés de la gestión de Brissot reside en que fue el primero en haber deseado internacionalizar la campaña humanitaria. El compañero de la *Sociedad* (en la que figuran Condorcet, el abad Sieyès, etc.) es necesariamente el Comité para la abolición de la trata, fundado en Londres por Thomas Clarkson y Grenville Sharp, ya que dispone de una tribuna sin igual en cuanto William Wilberforce, su representante, es elegido para la Cámara de los Comunes. Este Comité no era frecuentado por un grupo de filósofos, como el de Brissot, pero tenía un cimiento popular: en efecto, era una emanación de la Iglesia metodista, que hizo del abolicionismo una causa humanitaria, una razón de vivir para sus adeptos. Su primera victoria fue un proceso ganado en 1772 en Londres, en el que, haciendo referencia al derecho natural y a la carencia en Inglaterra de toda ley o costumbre que admitiera la esclavitud, un juez liberó a un esclavo negro que había huido y había sido recapturado por su amo en suelo inglés.

Primera etapa: si, a partir de este día, la esclavitud y la trata siguieron existiendo en los territorios ingleses allende el mar, desapareció de la metrópoli, en donde negros y blancos gozaron de los mismos derechos: así fueron entonces libertados los 15 mil esclavos negros en Gran Bretaña. La segunda etapa se sitúa en 1787, cuando Grenville Sharp, quien fundó un Comité de ayuda al negro pobre, instaló a 411 colonos "negros" en la costa de Sierra Leona para crear ahí una sociedad cristiana semejante a la sociedad inglesa. A decir verdad, habiendo aprendido la lección de sus experiencias anteriores, estos negros, lejos de cultivar la tierra y manifestar virtudes cristianas, se dedicaron ellos mismos a la trata de esclavos, más rentable, pero cantando cánticos en su gloria. Desde luego, fue un fracaso, pero ni Wilberforce, ni

la Baptist Missionary Society, ni la Church Missionary Society abandonaron por ello la lucha en contra de la trata, que fue oficialmente prohibida por el Parlamento inglés en 1807.

Entre tanto, tras haber sido conquistada por Napoleón y luego recuperada por los ingleses, Sierra Leona se volvió, en 1808, la primera colonia de la Corona en África negra.

El movimiento del siglo XVIII sólo había sido humanitario: no era el corolario de una menor necesidad de esclavos, cuyo reflejo habría sido. Lo prueba el hecho de que la trata fue tan activa después de 1807 como lo había sido antes: culminó simultáneamente con el apogeo de la economía de plantación azucarera –entre 1740 y 1830–, y no es una casualidad que los puertos de recepción sean sucesivamente los de Jamaica, de Martinica, de Cuba: hacia 1830, seguía habiendo 60 mil salidas de África por año. La trata empezó a disminuir cuando fue más rentable conservar a los negros en África, para que produjeran sobre todo aceite de palma –una transformación que adquiere consistencia durante la segunda mitad del siglo XIX.

Sin embargo, el movimiento se había lanzado, y fue en el interior de la esfera de influencia inglesa donde se pudieron llevar a cabo los primeros actos simbólicos. Las desilusiones originadas en la experiencia de Freetown, en Sierra Leona, llevaban en sí el germen que se desarrollaría después: para poner fin a la trata, iba a ser necesario civilizar África...

Por lo demás, hasta entonces la trata había seguido siendo legal, por lo menos al sur del Ecuador –por consiguiente, hacia Brasil; y fueron otros movimientos, originados en las repercusiones de la Revolución francesa, los que pusieron en tela de juicio el antiguo régimen de la trata, de la esclavitud, del trabajo en las colonias.

LOS SOCIALISTAS Y LA CUESTIÓN COLONIAL

Después de la Iglesia en el siglo XVI, luego de los filósofos en el XVIII, los socialistas, a principios del siglo XX, constituyeron la instancia que abordó, a fondo, el problema de las conquistas coloniales y del imperialismo. La Internacional nació muerta en 1871; fue la segunda Internacional, surgida en 1889, la que lo trató, pero sólo *de perfil*. Son los intereses de la clase obrera los que preocupan a los socialistas, y los problemas coloniales no son abordados más que con respecto a di-

chos intereses. Por ejemplo, cuando Jules Guesde, en Francia, se opone a la conquista de Túnez, en 1881, es en la medida en que semejante empresa favorece a la burguesía, y sólo a ella. Por el contrario, cuando Turati en Italia, o Kautsky, explica que las conquistas son deseadas por las clases retrasadas y parasitarias –medios dinásticos, casta militar–, luchar contra la expansión equivale a luchar en favor de los intereses reales de las clases ascendentes, los industriales y los obreros.

El primer socialista en abordar estos problemas directamente fue el holandés Van Kol, que había vivido en Java. "Pasé ahí los 16 años más bellos de mi vida, entre aquellos indígenas a quienes aprendí a amar, esos pueblos tan dulces y tan pacíficos, siempre esclavos, siempre abandonados, siempre mártires." Consideraba que la colonización francesa (en Túnez) era una obra maestra de humanidad con respecto a la colonización holandesa porque se habían mantenido las instituciones tradicionales. Con Edward Bernstein en Alemania, Vandervelde en Bélgica y Jaurès en Francia, el movimiento socialista era partidario de una "política colonial positiva", es decir, que ya no fuera la política colonial de la burguesía. El inglés Hyndman llegaba más lejos, estigmatizando en la India las formas adquiridas por la explotación colonial: "Fabricamos deliberadamente la hambruna para alimentar la avidez de nuestras clases prósperas."

Mas, mientras Van Kol afirmaba la necesidad del hecho colonial, tanto debido a los intereses vitales de la clase burguesa en expansión, como a la necesidad de civilizar poblaciones que no habían alcanzado el nivel técnico de Europa, los radicales, como el polaco Karski, denuncian ante todo el imperialismo, cuya razón económica reprueba Hobson en una demostración que volvió a tomar Lenin posteriormente al escribir *El imperialismo, fase superior del capitalismo.* El indígena estaba ausente de todos esos discursos, salvo en aquellos debates con Van Kol en los que, por primera vez, un indio tomó la palabra, Dadabhai Naoroji, uno de los padres espirituales de Gandhi: patético y moderado, ese anciano de 80 años pedía a los británicos que concedieran a la India el *self-government*, en la mejor forma practicable por los propios hindúes, bajo soberanía inglesa.

Pero una vez más, en lugar de escuchar una voz específica, la del colonizado, los socialistas tuvieron la sensación de que sus ideas desbordaban Europa y más fue lo que se felicitaron por la constitución de nuevos partidos que la conciencia que tuvieron del carácter específico de la reivindicación colonial.

Fue en el Congreso de Stuttgart, en 1907, cuando después de los conflictos en Extremo Oriente, de los incidentes en el Congo, de la hambruna de los hereros en el suroeste africano alemán, los problemas coloniales y el "colonialismo" fueron objeto de verdaderos debates. Para unos, sobre todo alemanes, "la idea colonizadora constituye un elemento integral del objetivo universal de las civilizaciones perseguido por el movimiento socialista"; esta corriente imperialista es animada por E. David, Noske, Hildebrand. "Sin colonias, seríamos asimilables a China." Los métodos imperialistas son desaprobados, desde luego, pero débilmente: son las necesidades de los estados las que, en nombre de la civilización, predominan. Una segunda corriente, con Van Kol, Jaurès, Vandervelde, sueña más o menos con una gestión internacional de las colonias, considerando que la colonización es un hecho histórico; existe, es irrisorio combatirlo. Se recalca la denuncia de la barbarie colonial, y sus partidarios tienen hacia los colonizados la actitud de un padre hacia sus hijos pequeños. Consideran absurda la idea de dejar independientes a esos pueblos: "Equivaldría a devolver Estados Unidos a los indios", dice Bernstein. "Nuestra oposición a la política colonial nos ciega al hecho de que encarna un movimiento hacia la civilización que existiría fuera de todo capitalismo y de todo militarismo."

Por último, a la izquierda, Kautsky y Jules Guesde niegan que la colonización sea un factor de progreso: condenarla no es oponerse a la dialéctica de la historia; por lo demás, la democracia es posible en las colonias como en otras partes. "Si somos los adversarios de una política colonial capitalista", dice Kautsky –y partidarios de una política colonial socialista no se cansan de repetir que la condenan–, "somos por la misma razón adversarios de toda política colonial posible, si no concebible... La misión civilizadora no debe encubrir relaciones de dominio. El proletariado victorioso no constituirá una clase dominante, aun en los países hoy día colonizados; renunciará por el contrario a toda soberanía sobre un país extranjero". Esas ideas tuvieron eco, sobre todo entre los musulmanes de Rusia.

Globalmente, en la Internacional, lo que predominó fue la idea de una política colonial socialista, confiada en cada país a cada uno de los partidos socialistas. Así, se siguió debatiéndola en Bélgica, en Francia, etc., pero la Internacional se interesaba sobre todo en los riesgos de guerra que oscurecían el horizonte. Ahora bien, como la cuestión colonial ya no parecía una fuente importante de conflicto –lo que había sido entre 1895 y 1905–, pasó a un segundo plano de las preocupaciones.

Sin embargo, la conquista del poder por los Jóvenes Turcos en 1908, la Revolución iraní de 1906 y la revolución china de 1911 revelaron que existía un movimiento de liberación de los pueblos de Oriente; y eso condujo a los socialistas europeos a ampliar su enfoque a una visión mundial de la crisis de esa época; fueron, por una parte, los "tribunistas" holandeses –Pannekoek, Gorter–, y, por la otra, Lenin, quienes recalcaron esa necesidad.

Simultáneamente, surgen organizaciones independentistas en Batavia, un poderoso movimiento sindical en la India, múltiples organizaciones revolucionarias en Bakú, de tal manera que este "despertar" de Asia establecía un vínculo entre el problema colonial y la reivindicación nacional.

En el punto de confrontación de estos problemas, los socialistas rusos estaban mejor situados para comprenderlo que los ingleses o los alemanes.

Después de la primera guerra mundial, la guerra del Riff fue el origen de una llamarada anticolonialista, en Francia, que animó el Partido Comunista Francés, bajo la égida de Jacques Doriot. Pero, globalmente, teniendo en cuenta los sacrificios de los colonizados durante la Gran Guerra, la idea dominante era en efecto que la colonización tenía puntos a favor –había proporcionado "buenos y robustos soldados", también trabajadores anamitas–; el discurso anticolonialista perdió su fuerza, lo mismo en Inglaterra en donde, sin embargo, el Partido Laborista supo reanudarlo por su cuenta para defender los progresos del *self-government* en la India.

En Francia, después de la segunda guerra mundial, independientemente de la acción librada, sobre todo por los comunistas, contra la guerra de Indochina,[3] una de las formas del anticolonialismo renaciente pertenece, según la acertada clasificación de Pierre Vidal-Naquet, a la tradición de Dreyfus. Este anticolonialismo apunta a salvaguardar principios y prácticas que fundamentan la República y la democracia. Se levanta contra todo lo que las deshonra. El *Justice pour les Malgaches*, de Pierre Stibbe, con prefacio de Claude Bourdet, dirigido "a todas las víctimas del colonialismo", es una de sus primeras expresiones de la posguerra. Se trata de los "acontecimientos" del 29 de marzo de 1947 –es decir, una insurrección y su represión–, de los procesos que siguieron y de la manera en que el orden judicial condenó a 17 hombres "en nombre del pueblo francés". Esos hombres se ha-

[3] Cf. más adelante, p. 344.

bían rebelado por las razones que expresa la revista *Esprit* a propósito de Argelia:

La violencia reside del lado francés; es el desprecio racial del árabe, la trampa en las elecciones, la miseria de los barrios bajos, la emigración del hambre; la violencia es constante en el empleo hipócrita de los principios democráticos con fines de una opresión de hecho... Esa violencia no fue revelada, hay que confesarlo, más que por el recurso a las armas.

En efecto, es en nombre de la fidelidad a cierta imagen del resplandor de Francia que algunos desean legitimar y defender una política de diálogo y de negociación con movimientos de emancipación colonial. Fundando el comité France-Maghreb, en 1953, Louis Massignon intenta establecer un paralelo entre el cristianismo y el Islam, lo que constituye otra vertiente del anticolonialismo humanista y cristiano.

Se observan estas actitudes en un buen número de socialistas, como Alain Savary, asimismo en los fundadores del PSU y, hasta el estallido de la guerra de Argelia, en reformadores, como Jacques Soustelle –cuyas posiciones cambian después radicalmente. Con la guerra de Argelia, la corriente anticolonialista se amplía y adquiere fuerza.

Mas, ¿es favorable a la independencia de las colonias y no existe un malentendido sobre su papel y su orientación?

LOS INTELECTUALES Y LA GUERRA DE ARGELIA: ¿DESPUÉS DE LA BATALLA?

Al leer retrospectivamente los textos escritos acerca de los "acontecimientos" de Argelia, se tiene el sentimiento de que la clase intelectual se movilizó sobre todo en contra de la guerra. Toda una generación dice haber sido marcada por ese compromiso, más o menos identificado con la acción de los intelectuales: ya sea que se trate del *Manifiesto de los 121*, de la acción de Jean-Paul Sartre –"su guerra", se llegó a decir–, del papel de los grandes órganos de prensa como *France-Observateur, L'Express, Témoignage Chrétien, Le Monde*, y otras revistas como *Esprit* o *Preuves*. Cierto es que esta guerra se libró tanto en el terreno político como en los campos de batalla, aun si en efecto son las formas de la lucha armada –torturas, terrorismo– las que dieron origen a las controversias más animadas, a las publicaciones

más comentadas, a los escritos más ilustres –François Mauriac, por ejemplo. Hasta nuevas editoriales –Maspero, Éditions de Minuit– fueron sus proveedoras.

Sin embargo, se observa que la acción de esos intelectuales no se manifestó, si nos atrevemos a decirlo, más que *después de la batalla* –después de la batalla política, se entiende– para resolver el problema argelino, y una vez que ya se había iniciado la guerra.

Desde entonces, los dirigentes argelinos supieron "efelenizar" la cronología de la lucha por la independencia, haciendo de noviembre de 1954 la fecha de la "Revolución argelina", el punto de partida de la insurrección. A decir verdad, si la verdadera guerra no empezó sino a mediados de 1955, el problema político del porvenir del país se había planteado hacía mucho tiempo; por lo menos desde el bombardeo de Setif en 1945, hasta después de que se pusiera en tela de juicio, de manera violenta, el estatuto de Argelia, instituido en 1947 y que había culminado en las elecciones fraudulentas de abril de 1948. Ahora bien, se comprueba que la clase intelectual no se despertó *más que en 1955* y que hasta entonces, salvo muy raras excepciones, se había conservado ajena a la reivindicación árabe, en una ignorancia absoluta del problema argelino. Sólo alrededor de los años 1956-1962, y más aún a finales de ese periodo, los intelectuales multiplican las intervenciones –hasta el punto de que después de 1958 ya no se sabe si es el problema argelino el que los llama, o De Gaulle y su política, el régimen y las instituciones. ¿Se ha observado lo suficiente que el famoso *Manifiesto de los 121* data apenas del otoño de 1960?

Antes de la era de los intelectuales, fue la de los abogados, más o menos pasada por alto. Eran ellos –los abogados Pierre Stibbe, Yves Dechezelles, Renée Plasson, Jacques Vergès, etc.– quienes, por su contacto con los nacionalistas, tenían una visión más realista de la naturaleza del conflicto y de lo que estaba en juego. Simultáneamente, había por cierto existido una primera ola de intelectuales que habían tomado posición ante el problema argelino (Robert Barrat, Clande Bourdet, Germaine Tillion, etc., y los reportajes de Jean Daniel), pero fue sofocada en Francia, y reducida posteriormente por el estruendo de los medios de la prensa importante dedicados por completo a su lucha política, a favor de Mendès, o en contra, a favor o en contra de Guy Mollet, a favor o en contra de De Gaulle. Ahora bien, antes, había habido intelectuales que escribían en Argelia, en contacto con las realidades del país, pero, al otro lado del Mediterráneo, su voz ni siquiera era escuchada. Entre ellos estaban André Mandouze, también

François Châtelet, quienes incluso fundan en 1950 *Consciences Algériennes*, una revista a cuyo comité pertenecen dos árabes, Abd El-Kader Mahdad y Abd El-Kader Mimouni, así como un *pied-noir* israelita, Jean Cohen. En su *Appel*, la revista se pronunciaba "en contra de la colonización y en contra del racismo, por una Argelia libre, democrática y social". Semejante programa debía conducir, desde luego, a la prohibición de dicha revista, que observaba de paso –y era la primera en hacerlo– que habitualmente "el anticolonialismo emana del pensamiento metropolitano", cuando su propio proyecto consistía en asociar el pensamiento de todos los argelinos en la búsqueda de una solución a sus problemas. "No compartimos el peligroso error de quienes creen que una solución de los problemas franceses conllevaría por vía de consecuencia la de los problemas argelinos."

Sin duda, este diagnóstico era el más adelantado que se hubiese jamás escuchado; se establecía en contra de aquél de los comunistas argelinos o franceses que pretendían que siguieran vinculados el destino de Argelia y el de la metrópoli, quienes, en 1950, consideraban que existía todavía una posibilidad de que su partido recobrara los caminos del poder.... Este diagnóstico de *Consciences Algériennes* se situaba sin embargo en un contexto marxista, en la medida en que François Châtelet consideraba que el problema de la liquidación del régimen colonial "trastornaba el juego *normal* de la lucha de clases"; comprobaba asimismo que el Islam se volvía un principio fundador de la "lucha nacionalista". Por último, opinaba que era necesario imaginar una manera de unir progresivamente al PCA, el PSU, el MTLD y la UDMA (Partido Comunista Argelino, Partido Socialista Unificado, Movimiento para el Triunfo de las Libertades Democráticas, Unión Democrática del Manifiesto Argelino), y no un proceso en dos etapas –liberación nacional y luego democrática–, imposible, o inconcebible.

Los comunistas franceses, por su parte, habían adoptado posiciones variadas. En 1939, Maurice Thorez observaba que "la nación argelina estaba en vías de constituirse históricamente". Consideraba que esta evolución podía ser facilitada o auxiliada por medio del esfuerzo de la República francesa. Proseguía la misma idea en 1945, cuando el ministro Charles Tillon, comunista, encubría el bombardeo de Setif...

Sin embargo, "globalmente", el anticolonialismo comunista se situaba en otra órbita. Todavía en 1958, Jacques Arnault escribía, en Éditions de la Nouvelle Critique: "No existe el problema argelino. Hay un aspecto argelino de un problema de nuestro tiempo."

Por último, existía otra corriente, que se podría llamar tercermun-

dista y a la que en Francia, a finales de los años cincuenta, representa Jacques Berque; según él, el hecho colonial "falseó la historia" rompiendo el libre desarrollo de las civilizaciones extraeuropeas; la colonización es ante todo una obra de "desnaturalización": intercepta la naturaleza del otro para explotarlo, para suplantarlo en todos los ámbitos –político, artístico, lingüístico– y difunde sobre el Otro una "opacidad" que contribuye a oscurecerlo. "Se lo aísla de su historia, se lo amputa de su herencia... y debe reconstruir su personalidad en función del modelo impuesto por el dominador."

En cierto sentido, este tercermundismo anticipado toma algunos de sus rasgos del grito de los propios colonizados, ya sea de Aimé Césaire o de Frantz Fanon, dos antillanos. "Se me habla de progreso, dice Césaire, de realizaciones, de enfermedades curadas, de niveles de vida elevados... Yo hablo de sociedades vaciadas de sí mismas, de tierras confiscadas, de religiones asesinadas, de magnificencias artísticas aniquiladas..." Toma asimismo algunos rasgos del análisis de Albert Memmi, *Retrato del colonizado*, pero la diferencia es que Jacques Berque lo inscribe en una visión de la historia.

LOS SILENCIOS DEL DISCURSO ANTICOLONIALISTA

El discurso anticolonialista tampoco está exento de ceguera, de negativa de ver. Tiene sus tabúes, como el otro. Es fácil localizar algunos.

La emancipación de las mujeres

Por ejemplo, en el Magreb como en el África negra, este discurso ignora que la colonización ayudó a la emancipación de las mujeres. Ahora bien, esto se puede observar a través de la vida de tres generaciones de judías tunecinas, que evocó Annie Goldmann en *Les filles de Mardochée*. En la primera generación evocada, antes de la ocupación francesa, Elisa se casa con un pionero de la emancipación de las mujeres. En esa época, vive en la Hara, un gueto antes de la puerta del mar. Los judíos llevaban los pantalones negros, los árabes los pantalones rojos. Cada vez que un árabe se encontraba con un judío, le daba tres palmaditas en la cabeza y decía: "En recuerdo de la esclavitud de tu padre y de tu abuelo." No eran las mujeres las que iban

al mercado, sino los hombres. Las mujeres judías estaban vestidas con el shafshari, un rectángulo de tela que envuelve todo el cuerpo de la mujer, pero ellas no se cubrían la cara. A la llegada de los franceses, en 1881, Elisa teme porque se dice que los árabes se van a rebelar, entonces la familia renta una barca para poder ir lejos. En torno a la pequeña Ziza, no se hablaba más que árabe; ninguna instrucción, ninguna escuela. Los niños asistían a la escuela hebraica para aprender la Ley mosaica y la religión. Ziza ignoraba las muñecas, consideradas ídolos. Ahora bien, el director de la Alianza Israelita decide hacer una escuela para niñas a fin de que aprendan francés y costura. Entonces Mardochée envió a Ziza a la escuela, a pesar de los rabinos; y Ziza usó un delantal, se vistió "a la europea". Fue entonces por el francés como Elisa accedió a la lectura. Se casó vestida a la usanza árabe, pero su ajuar era europeo. Julieta –segunda generación– fue la gloria de la familia. Nacida en 1890, forjada por su padre, se volvió la primera mujer abogada de Túnez, en 1920. Pero pronto, debido a su matrimonio, se reintegra al papel tradicional de la mujer. En la tercera generación, la mujer judía se ha emancipado, se casa con un metropolitano.

Muchas jóvenes judías vivieron esta historia emblemática, tanto en Túnez como en Orán, también en Casablanca.

En cambio, la emancipación de las jóvenes musulmanas enfrentó obstáculos y no fue tan masiva. Sin embargo, se vincula con la colonización, pero de manera más ambigua, por un efecto perverso. Las familias oponían resistencia a la europeización en nombre de la identidad árabe, de su defensa. En el liceo Stéphane-Gsell, de Orán, entre 1948 y 1956, se contaba con los dedos de las dos manos el número de jóvenes musulmanas a las que sus padres autorizaban que prosiguieran sus estudios hasta el bachillerato.

La seudoemancipación se instauró, en Argelia, en el momento de la lucha de liberación, con los discursos del FLN acerca del porvenir de la mujer, una vez adquirida la independencia. Assia Djebar fue la primera en expresar con fuerza, después de la independencia, sus desilusiones, su desesperanza, su cólera (*Les femmes du mont Chenoua*).[4]

Sin embargo, el discurso anticolonialista, hoy día tercermundista, sigue siendo discreto sobre este problema.

En África negra, fue asimismo gracias a la colonización que en Da-

[4] En Vietnam, la colonización contribuyó a la desestructuración de la familia tradicional, lo que ayudó a una emancipación de las jóvenes, sobre todo durante la guerra.

homey, por ejemplo, las mujeres perpetuaron el estado de relativa igualdad que tenían en las actividades sociales de la sociedad tradicional. Abriendo las escuelas a las niñas, asimismo, la administración les permitió el acceso a actividades de responsabilidad, limitadas desde luego, como también lo estaban para los hombres: institutrices, enfermeras, empleadas diversas –lo que contrarrestó su condición subalterna en el marco tribal o familiar y ayudó, también ahí, a su liberación.

El racismo de los no europeos

La tradición anticolonial, vuelta tercermundista en estos últimos decenios, se mantuvo mucho tiempo silenciosa también acerca del papel y de las responsabilidades de los árabes en la trata y la esclavitud, lo mismo que sobre su racismo.[5] En la medida en que la lucha contra esa calamidad había servido de argumentación para el imperialismo colonial, se pudo considerar que había sido "engrosado", exagerado, que los dichos de Livingstone acerca de los 21 millones de esclavos que habrían pasado por Zanzíbar constituyen una cifra "extravagante". Sin duda, ya que se evalúa en poco más de 3.5 millones. Sin embargo, se observa que los trabajos y coloquios acerca de la trata y de la esclavitud atañen en su gran mayoría al Atlántico; ¿es fortuito?

En lo tocante al racismo, se comprueba que ninguna otra civilización definió con una precisión tan meticulosa una clasificación de las razas, acompañada por juicios, tal cual se enuncian en los *Diez Consejos para comprar hombres y mujeres esclavos*, y en la literatura, en *Las mil y una noches*. "Las mujeres zanji tienen numerosos defectos. Mientras más negras son, más feas son sus caras, más puntiagudos son sus dientes [...]. El baile y el ritmo están arraigados en ellas. Su palabra confusa es compensada por la música y la danza. Se dice que si un zanji tuviera que caer del paraíso a la tierra, llevaría el compás durante su caída... No se puede obtener ningún placer de sus mujeres debido a su olor desagradable y a la rudeza de sus cuerpos... Las mujeres etiopes tienen cuerpos graciosos, suaves y débiles; están sujetas a la tisis...

[5] Habría que mencionar también que, después de burlarse de los argumentos colonialistas conforme a los cuales Francia brindaba su "protección" a Camboya contra los objetivos del Anam, antes de 1900, la tradición anticolonialista calló su voz cuando, de nuevo independiente, Vietnam quiso volver a anexarse Camboya durante los años setenta del siglo XX...

Si se importan *bujja* jóvenes, que tienen la piel dorada, bellas caras, cuerpos suaves, se les evita la mutilación y todavía se las puede utilizar para el placer...", etc. "Su venta, en El Cairo", observa un testigo (francés), en 1802, "se parece a la de animales domésticos en Europa... El comprador hace la ronda y elige... Si el negro o la negra ronca demasiado o se orina en la cama, se los puede restituir, y cambiarlos en los 20 días posteriores a la compra." En esa fecha, un niño vale de 50 a 100 piastras de España, un eunuco joven entre 160 y 200... (citado en Bernard Lewis, *Race et couleur en pays d'Islam*).

En Oriente, la trata y la esclavitud no deben más al Islam de lo que en Occidente debían al cristianismo. Fue la expansión, la conquista y la colonización árabes las que extendieron su campo. Al principio, ser árabe y ser musulmán era prácticamente equivalente, pero, a medida que la conversión al Islam progresó, muy a menudo por la fuerza, surgió una nueva categoría, los no árabes convertidos al islamismo. En principio iguales, no estaban menos sometidos, "limpian nuestras carreteras, reparan nuestro calzado, tejen nuestra vestimenta". También se planteó el problema de los mestizos: en África como en el sureste asiático, encontraron pueblos más o menos "adelantados" con los que pudieron cruzarse. Es entonces cuando, sin duda debido a ello, los árabes empezaron a asociar la piel clara con la civilización. Lo que además no impedía tener esclavos de piel clara –por ejemplo circasianos– y otros hasta blancos, pero cristianos. Debido a que se prohibía la esclavitud de los musulmanes nacidos libres y de los no musulmanes que vivían bajo la protección de un Estado musulmán, las importaciones de esclavos, desde Eurasia en el norte, desde África negra en el sur, se multiplicaron a partir de los siglos X y XII.

El mundo exterior, "no civilizado", era entonces una reserva de esclavos para los árabes, y luego para los otomanos. Esto duró hasta el siglo XIX, cuando el primer Estado en abolir la esclavitud fue Túnez, en 1846, en una operación concluida durante la "ocupación francesa". En Turquía, el proceso se inició hacia 1830, alcanzando primero a los blancos –georgianos y circasianos–, luego a los negros en Hedjaz (1857). Sin embargo, la esclavitud seguía siendo activa en ciertas partes del mundo árabe: en Arabia Saudita, donde fue abolida en 1962, y en Mauritania, en... 1980.

Lo que da cuenta, tal vez, de las pocas huellas que dejó la esclavitud en Oriente, es que había una gran proporción de eunucos entre los varones negros que eran llevados al mundo islámico. Comerciantes negros y comerciantes árabes se encargaban de la operación, de-

bido a la valorización del producto después de la castración... La leyenda negra anticolonial insiste poco en ese rasgo.

Hoy día, la leyenda negra y la leyenda rosa han perdido su soberbia. Al interrogarse sobre el destino de su país, hay africanos que consideran que los efectos de la tutela colonial no fueron todos tan nefastos como se creyó: 30 años después, el colonialismo ya no podría ser considerado responsable de todos los fracasos subsecuentes. A decir verdad, es el choque de frente de las independencias a raíz de la unificación económica del mundo lo que arruinó las esperanzas (cf. capítulo 11), pero una escritora camerunesa pudo preguntarse si África, en el fondo, "no rechazaba el desarrollo" (Axelle Kabou). Además, el carácter tribal secular pudo ser, anteriormente, una circunstancia que favoreciera la dependencia. Asimismo, en el Magreb, el estancamiento no se debe sólo al colonialismo, a sus efectos; no más de lo que el colonialismo podría ser el único responsable del deterioro de la personalidad árabo-islámica. "Mientras Europa entraba en la filosofía de las Luces, el Magreb se fragmentaba en regiones, en islotes lingüísticos y etnoculturales manejados por jefes de confraternidades y santos locales" (Mohammed Arkoun).

El contraejemplo es en efecto Japón que, del siglo XVII al XIX, estaba apenas mejor armado que África para oponer resistencia al Occidente –y lo logró.

A la inversa, los portavoces del espíritu colonial deben recordar que en el Congo belga había en total dos bachilleres en 1960, y no pasar por alto el 95% de analfabetos legados por Francia en Níger y en Mali. Deben considerar que el colonialismo fue "un *patchwork* de crímenes y de buenas intenciones", y el neocolonialismo una ayuda interesada.

Pero, como lo comprobaremos, los problemas son más complejos...

VI. LA VISIÓN DE LOS VENCIDOS

El traumatismo de la ocupación hirió a todos aquellos pueblos que, para evitar ser exterminados, tuvieron que someterse. Sin embargo, el choque no fue en todas partes el mismo. Fue más violento en las Américas que en otros lugares porque, aislados del mundo desde hacía varios miles de años, los indios ignoraban que pudiesen existir otros pueblos. Los horrorizaron aquellos seres "con aspecto humano, trepados sobre monstruos desconocidos", y no supieron bien a bien qué comportamiento adoptar ante esos invasores –desde la alianza, la fraternización, hasta la hostilidad. Pero, cualquiera que haya sido la experiencia intentada, fue la visión del espanto lo que predominó.

EN LAS AMÉRICAS, EL TRAUMATISMO PROVOCADO POR LOS INVASORES

En México como en Perú, se recordaron las profecías que habían podido anunciar semejante catástrofe. Entre los mayas, por ejemplo, una profecía, en el *Chilam Balam*, había previsto la llegada de los blancos:

> La Tierra flameará, y habrá grandes círculos blancos en el cielo. Brotará la amargura, en tanto que la abundancia se desvanecerá. La tierra flameará y la guerra de opresión estallará. La época se hundirá en graves trabajos. De todas maneras, será Visto.
>
> Será el tiempo del dolor, de las lágrimas y de la miseria. Es lo que está por venir.

También en Perú, fenómenos extraños se habrían producido antes de la llegada de los blancos: temblores de tierra repetidos, columnas de fuego que surgían en el horizonte, templos destruidos por el rayo, paso de cometas... En todo caso, lo importante es sin duda que, tanto en los Andes como en México, los invasores eran, si no esperados, por lo menos previsibles. Moctezuma recibe a los españoles como si fueran los dioses a los que se esperaba: "Señor, están en su casa", le dice a Cortés, mientras, en los Andes, la *Crónica* de Titu Cusi refiere que,

a la llegada de los españoles, se creyó que eran los Viracochas, es decir, los hijos de Dios.

En *Histoire de Lynx*, Claude Lévi-Strauss explicó que el bipartidismo que reina en los mitos indios y opone el agua y el fuego, lo celeste y lo terrestre, etc., predispone a considerar normal que al indio corresponda el no indio, y, ya que no hay condición gemela perfecta, los unos deben ser fuertes y los otros débiles. "Este bipartidismo ofrece entonces, tal vez, una explicación a la pregunta que nos hicimos: ¿cómo explicar que en el momento de la conquista del Nuevo Mundo los indios se comportaran como si esperaran a los blancos, mejor aún, como si los reconocieran?" A partir del momento en que el Demiurgo creó a los indios, era necesario que también se creara algo simétrico y contrario, lo cual explica que los aztecas de prosternaran ante Cortés y que 20 mil incas quedaran paralizados ante 160 españoles.

Al igual que hoy día ocurre entre ciertos indios de Canadá, que no se quejan de la llegada o de la presencia de los blancos, sino sólo de que éstos los hayan excluido.

Puesto que en México así como en Perú existían profecías que habían anunciado dicha llegada de extranjeros invasores, agentes de una catástrofe, la creencia en la divinidad de los españoles desapareció bastante rápido, aun si, en su intención, la invasión tenía un carácter religioso o hasta cósmico. Pero era en efecto esta creencia la que daba cuenta del comportamiento de los incas o de los aztecas. Un incidente lo atestigua: cuando se acercaba al Cuzco, Pizarro interceptó un mensaje enviado por Callcuchima a Quizquiz: le enviaba esta importante información: los españoles eran mortales.

Fue la crueldad de los conquistadores lo que quebrantó sus primeras creencias: su frenesí al ver el oro, su brutalidad, su crueldad en los combates, su comportamiento después de la batalla; la descripción de un sitio, visto por los mexicanos, lo atestigua; pero sobre todo su capacidad de infectar y enfermar a sus enemigos...

"INTERCAMBIO DE ENFERMEDADES"

"En aquella época, no había enfermedades, ni fiebres, ni padecimiento de los huesos o de la cabeza... En aquella época, todo estaba en orden. Los extranjeros cambiaron todo cuando llegaron." De hecho, por mucha nostalgia que exprese esta queja, parece en efecto que las en-

fermedades del Viejo Mundo fueron más a menudo mortales en las Américas que en Europa. Un misionero alemán podía escribir al final del siglo XVII que "los indios mueren tan fácilmente que la simple vista u olor de un español los hace pasar a mejor vida" (A.W. Crosby Jr., *The Columbian Exchange*, pp. 36-37). Unas 15 epidemias diezmaron la población de México y del Perú. Ahora bien, parecía que a los españoles no les afectaban aquellas mismas epidemias. "Por rabia, algunos indios inyectaban sangre envenenada en las galletas que les estaban destinadas: sin efecto notorio." El mismo fenómeno se observaba asimismo en Florida, en donde Thomas Hariot señalaba que los indios morían después de su paso, que en Nueva Inglaterra y el Canadá francés: los europeos traían la rubéola, la gripe, la viruela, también el tifo, pero ellos eran menos vulnerables a estos males. Hasta fue posible preguntarse si los arawaks de las Grandes Antillas no desaparecieron tanto debido a esas enfermedades como a consecuencia de las matanzas cometidas a la llegada de los españoles; a menos que los malos tratos los hayan también vuelto más vulnerables a la enfermedad. Pero el argumento no es válido en México, en donde la viruela acabó tanto con los humildes como con los príncipes aztecas, lo mismo que hizo en Perú con un gran número de jefes militares.

Más que la enfermedad misma, fue la invulnerabilidad del vencedor lo que sorprendió las imaginaciones. Los dioses habían dado a los españoles "otro escudo aparte del que llevaban... Habían llegado con esos barcos, esos caballos y, manifiestamente, eran en efecto esos hombres que no podían morir"... Cuando los mayas, por ejemplo, estaban destinados a la muerte... "esa hediondez que acechan los zopilotes". Habían nacido para morir (*Annales de Cakchikeles*, en Crosby).

A la inversa, apenas vuelto de las Américas, Martín Alonso Pinzón –uno de los compañeros de Cristóbal Colón– moría de sífilis; y, por Sevilla e Italia –"el mal de Nápoles"–, la enfermedad se esparció a toda Europa, generalmente mortal hasta alrededor de 1526, luego sus efectos disminuyeron a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Epidemia indígena a la que los indios ya estaban acostumbrados, procedía, al parecer, del contacto de los europeos con las mujeres y la naturaleza americanas; fue transmitida por los marineros con actividades sexuales múltiples y variadas, quienes contaminaron hasta Ceilán.

En América, el traumatismo de la conquista se acompañó de matanzas, a las que se pudo calificar de genocidio –aun si no fue premeditado–, sobre todo en las islas, algunas de las cuales fueron totalmente despobladas. Ahora bien, parece ser que el choque microbiano

haya sido en efecto el elemento principal de aquel "desastre demográfico", por lo menos en las tierras bajas y antes de que intervinieran los fenómenos de costumbre: en México, por ejemplo, no quedaban en las mesetas más que dos millones de indios en 1650 –contra unos veinte en 1519; pero después la tendencia se invirtió (Benassar, *1492, un monde nouveau?*, p. 246 ss.)

DESESTRUCTURACIÓN Y FORMAS DE RESISTENCIA

Un cuestionario formulado entre 1582 y 1586, y que es el documento de origen de las *Relaciones geográficas de Indias*, da testimonio, por sus respuestas, de que los indios tienen perfecta conciencia del drama demográfico que están enfrentando. Entre las causas del fenómeno, señalan, en orden: la guerra, las epidemias, las migraciones, la mortalidad debida a los trabajos excesivos... Nathan Wachtel se pregunta si es por miedo, o para agradar, que hay respuestas extrañas: que antes comían menos, que tienen más libertad que antaño. Y además, antes, no reinaba el alcoholismo... Pues el pulque en México y la chicha en los Andes no se consumían más que en las fiestas religiosas. En lo sucesivo, los españoles dan el ejemplo, y las antiguas prohibiciones desaparecen, sobre todo el cultivo de la coca, "que se desarrolló en cuanto aparecieron los españoles".

Así, la sociedad india fue en gran parte desestructurada por la conquista. Entre los incas, cerca de Cuzco por ejemplo, la base de los grupos étnicos se llamaba ayllu (semejante a los calpulli de México). El ayllu constituía una especie de núcleo endógamo que unía a cierto número de estirpes, las cuales poseían colectivamente un conjunto de tierras, muy a menudo no unidas entre sí. Varios de estos núcleos formaban un conjunto, y el Estado era la cima de esos conjuntos, que velaba, en cada nivel de esta estructura piramidal, por la redistribución periódica de los diferentes tipos de tierras (para maíz, papas, pastizales, etc.). Cada familia tenía derecho a un conjunto de tierras, y los intercambios de servicios, entre ellas, estaban reglamentados. Este sistema constituía el fundamento estructural de la organización, y cada ayllu tenía, además, que asegurar el servicio de la mita, trabajo obligatorio en las tierras del Inca y en las del Sol. Los españoles echaron por tierra este conjunto, dispuesto de la falda a la cima de la montaña, ese "archipiélago vertical", imponiendo sus encomiendas, lo que

suscitaba desplazamientos de población. Además, la introducción de la economía monetaria y de nuevas formas de tributo –dicho de otra manera, de trabajos forzados en las minas– acabó de desintegrar el equilibrio del sistema. Según una investigación de Cortiz de Zúñiga, en 1562, cuando, antes de los españoles, los chupachos debían pagar un tributo en textiles y el Inca les proporcionaba la materia prima, la lana, el encomendero exigía prendas de algodón, que el indio debía cultivar él mismo. Estos tipos de tributo se elevaron hasta el punto de que los indios se quejaron desde esa época de ya no tener tiempo para cultivar sus propios campos para sobrevivir.

Los españoles utilizaron el antiguo sistema de poderes y de intercambios en su beneficio, sustituyendo al Inca, pero sin que funcionara el principio de reciprocidad en el intercambio, que era su fundamento. Se sumó el tributo en plata, que no dejó de aumentar; pero, durante casi 30 años, en las minas de Potosí los indios supieron imponer sus propios métodos de extracción, cuya receta poseían, y que los ocupantes no lograban controlar. No fue hasta 1574, cuando se introdujo una técnica de amalgama, cuando los españoles pudieron romper el control que los indios ejercían sobre la producción de plata. Se iniciaba una nueva era, que incrementó su decadencia.

Los transportes de plata, las guerras entre Pizarro y Almagro, habían acelerado el proceso de descomposición social, y entonces muchos indios se encontraron fuera de los circuitos de la producción tradicional. Estos forasteros (marginales libres), de condición superior ya que carecían de cualquier vínculo con la tierra y eran por consiguiente libres, plantearían un problema durante los siguientes siglos, pues los hacendados ya no pudieron ponerles la mano encima. Fueron asimismo destituidos de su rango los miembros de la antigua nobleza, quienes debieron jugar el papel de intermediarios entre los españoles y los demás indios que tenían que pagar tributo.

Se dieron rebeliones, sobre todo en 1536, durante las cuales Manco, que había colaborado con los españoles, tomó conciencia de "que no eran los hijos de Dios, sino más bien del Diablo". Todavía en 1560, en 1571 y sobre todo en 1781, cuando el último "Inca" Túpac Amaru II fue ahorcado en Cuzco en presencia de toda la población reunida. Una gran película, que lleva su nombre, reconstruyó en 1980 el acontecimiento: expresando la visión de los vencidos, llenó las salas de indios, en Perú.

Sometidos al vencedor, los indios tuvieron, desde luego, que producir algunos cultivos que les estaban destinados, cuando las condi-

ciones climáticas lo permitían –naranjos, higueras, etc., y sobre todo, trigo–, pero conservaban su economía de subsistencia en su posesión.

La fidelidad de los indios a sus tradiciones religiosas y a su lengua fue más fuerte en los Andes, en donde pudieron aislarse del conquistador, que en México. En este país, hasta parecieron manifestar entusiasmo por el cristianismo, por lo menos al principio de la conquista. Pero jamás en Perú, en donde la fidelidad a los dioses locales fue corolario de la fragmentación y descomposición sociales. Así, desenterraban a sus muertos de los cementerios instituidos por los conquistadores, para después quemar los cuerpos lejos en conformidad con sus ritos. Exteriormente se adaptaban a las costumbres cristianas, pero conservaban las suyas colocando, si era necesario, una cruz sobre sus propios lugares sagrados. "Mientras que los españoles consideraban a los dioses locales como la manifestación del Diablo, los indios se representaban el cristianismo como una forma de idolatría" (Nathan Wachtel). De hecho, los indios de Perú integraron el cristianismo a su cultura, pero perpetuaron esta última: siguieron teniendo prácticas sociales fundadas sobre el principio de reciprocidad; además, siguieron utilizando modos de representación del espacio propios de su cultura, mostrando, por ejemplo, un mapa del universo en forma de dos ejes que se cruzan oblicuamente en un centro que no es el sol, sino el reino de Castilla.

La resistencia al español y a su religión adquirió otras formas en México.

En México

¿Debe hablarse de colonización o de occidentalización de la imaginación? En México, en todo caso, la imaginación y el modo de expresión pictográfica servían de soporte a la memoria oral mantenida en los medios nobiliarios. Serge Gruzinski mostró que las "pinturas" tenían una especificidad irreducible, pues condensaban en el mismo plano las guerras, los prodigios, los dioses, el sistema de impuestos, la transferencia de los bienes. A su manera, la imagen se pretendía un instrumento del poder. Ahora bien, lo que se transfiguró primero fue el espacio por medio de los bosquejos a la española, lo que se acompañó de un empobrecimiento cromático. Poco después, fueron las "ilustraciones" las que se subordinaron a la escritura y a las reglas del relato occidental, con su continuidad lineal que predominó.

A la occidentalización de la representación del espacio correspon-

de asimismo una transfiguración del tiempo transcurrido: su relectura tiende a dar al pueblo una legitimación cristiana y española, fundamento de una identidad comunitaria; pero la repetición de episodios similares refleja la supervivencia de una concepción cíclica del tiempo que corrobora la redundancia de los discursos: se entremezclan los periodos prehispánicos y coloniales.

Más que cualquier otra práctica, la idolatría resistió a la colonización, y aquí sería más bien el cristianismo el que se indianizó: sin embargo, la idolatría imitó elementos de la Iglesia, tanto por medio de fórmulas, como la invocación trinitaria, como de gestos, el persignarse. Sin embargo, poco a poco, la idolatría cede terreno al cristianismo indígena, que, bajo la dirección de hombres-dioses adquiere la forma radical de los movimientos mesiánicos contra el dominio colonial anunciando la eliminación de los descreídos, es decir, los españoles. La brujería aseguró así el relevo entre la idolatría colonial y el cristianismo indígena.

EN SÃO TOMÉ, COMO EN PERÚ, EL FOLKLORE DENUNCIA...

Última forma de la resistencia a la conquista, pudo sobrevivir una parte irreductible de la imaginación. Se manifiesta tanto en *La danza de la conquista*, en Perú y en Guatemala, como en el *Chiloli*, o *Tragedia del emperador Carlomagno*, en São Tomé, la más antigua colonia portuguesa del África negra.

Se debe a Nathan Wachtel el primer análisis estructural de la muerte de Atahualpa y de la danza de la conquista, ese tema poético y coreográfico muy difundido entre los indios de los Andes, una obra en quechua arcaico e interpretada desde el siglo XVI. La representación coincide con una fiesta cristiana, durante el Carnaval. Los actores se dividen en dos grupos, por un lado los indios, por el otro los españoles: las princesas indias que forman el coro llevan vestidos blancos y bordados; para realzar su prestigio hoy día usan lentes de sol. El Inca tiene como atributo un cetro adornado con trenzas de lana roja con el que golpea una placa de metal. El adivino está acompañado por un actor vestido con piel de oso. Enfrente, los indios que hacen las veces de los españoles se atavían con cascos similares a los de la época de la conquista, corazas de la época de la independencia, o uniformes del ejército actual.

La acción se inicia con el anuncio de una amenaza: el último inca, Atahualpa, relata a las princesas el sueño que lo trastornó: vio al Sol, su padre, velado por un humo negro. Y he aquí que se le anuncia la llegada de guerreros barbudos, vestidos de metal, llegados para destruir su reino.

Luego, tienen lugar encuentros preliminares en el nivel de los sirvientes y de los lugartenientes. El episodio central pone frente a frente al jefe indio y al jefe español. El Inca muere, se hacen oír por todas partes lamentaciones, y el rey de España surge, en calidad de comendador, para castigar a Pizarro.

A lo largo del drama, se observa que los indios y los españoles, al comunicarse, no se entienden –cuando un español abre la boca, no emite ningún sonido–, y de esta incomprensión nace la cólera de Pizarro, en tanto que, sin Atahualpa, sus súbditos están perdidos, y la Tierra ya no se comunica con el Sol.

La Tragedia de Atahualpa es un ejemplo, *La danza de la conquista* es otro, pero sus estructuras son similares, deformando los hechos históricos, desde luego, pero respetando cierta lógica que retranscribe lo que sintieron los contemporáneos de la conquista.

La violencia habita en su corazón. En São Tomé, en el golfo de Guinea, sería más bien la injusticia. Mas, en ambos casos, la multiplicidad de los atavíos que representan de escena en escena los diferentes siglos transcurridos desde la conquista da testimonio en efecto de que, aparte de los trajes, nada cambió en el comportamiento del vencedor...

También en África, la resistencia a la colonización habría empezado con la colonización misma –en cuanto ésta fue percibida como una agresión, una opresión.

En el origen, se encuentra su expresión en lo que fue, en cierta manera, la primera colonia, São Tomé, isla minúscula en el golfo de Guinea, portuguesa, naturalmente. Se trata de una obra de teatro, el *Chiloli*, interpretada por todos los habitantes de la isla, negros desde luego. Esta obra se llama la *Tragedia del emperador Carlomagno*, y data del siglo XVI.

Desde luego, Carlomagno nunca estuvo en São Tomé. Pero, para los habitantes de la isla, encarna al rey de Portugal que los llevó allí por la fuerza. Y Carlomagno debe juzgar a su hijo, que cometió un crimen, y su hijo es necesariamente un portugués.

Ahora bien, el interés de esta obra, interpretada todos los años desde hace varios siglos, es que el número de sus episodios aumenta con el tiempo, pues al crimen inicial se suman toda una serie de fechorías

posteriores: esto se comprueba en los trajes llevados por los "demandantes" y que datan de todas las épocas: un soldado del siglo XVI, un obispo del siglo XVII, un policía de la época de Salazar... Pues, en cada siglo, los hijos del Amo cometieron nuevos crímenes, nuevas injusticias –esta comedia también es el proceso de toda la colonización.

CONTRAHISTORIA DE LA RESISTENCIA AFRICANA: SAMORI, CHAKA

En las historias de la colonización, se suele oponer el caso de Portugal, con sus factorías comerciales, al de España, dotada de un verdadero imperio territorial. La oposición, desde luego, pudo existir, pero falta la explicación verdadera. Pues, en Brasil, es en efecto un imperio territorial lo que construyeron los portugueses.

La verdad es que, en Brasil, los conquistadores no tropezaron más que con tribus dispersas, cuando en el África negra los pueblos de Malí, del Congo, etc., les impidieron instalarse profundamente; lo que los portugueses lograron dos siglos después en Angola y en Mozambique, así como los demás europeos en las diversas regiones de África.

Así, hay que relatar la resistencia africana, que la historiografía europea borró, para explicar lo que en el siglo XVI pudo frenar a los conquistadores; aun si África no presentaba el mismo interés comercial que la India o Brasil, ya que carecía de pimienta, de cacao, de tabaco, y sólo tenía la malagueta, una especia que tuvo poco éxito.

Pero el África negra poseía esclavos que valían por todas las especias reunidas.

Por consiguiente, no es la falta de interés en África lo que detuvo la progresión de los diversos colonizadores del siglo XV al XIX, incluso sus elecciones comerciales, sino la capacidad de África para defenderse. De otra manera, los europeos hubieran asegurado su dominio sobre territorios enteros, como lo mostraba el precedente de las Canarias, y más tarde Brasil.

La verdad es que, amos del mar, los portugueses y demás europeos eran vulnerables en tierra y sobre todo en los ríos.

Muy maniobrables, las piraguas y demás embarcaciones africanas eran al mismo tiempo rápidas y capaces de transportar hasta un centenar de guerreros. En 1446 tuvo lugar una primera alerta, que advirtió a los portugueses de Nuno Tristão del peligro que representaban las flotillas de Senegambia; su expedición enfrentó una triste suerte, y

otras tuvieron la misma experiencia hasta que el rey de Portugal envió a Diego Gómes para negociar las condiciones de una instalación en la costa. Ahora bien, Malí y sus vecinos dominaban todo un sistema de ríos y corrientes de agua alrededor de Níger, de Senegal, de Gambia, y fue la acción combinada de las flotillas armadas lo que detuvo a los invasores. Fue asimismo esta resistencia militar la que obligó a los europeos a negociar la manera en que se llevaba a cabo el tráfico con las poblaciones. Así, el rey del Congo hizo saber a João Alfonso, un comerciante portugués al servicio de Francisco I, en qué condiciones se podía penetrar en Zaire. Un tratado debidamente negociado fue el origen de la primera instalación de los portugueses en Angola (1571), en donde se controló, asimismo, la manera en que se llevaba a cabo su comercio en esas regiones, sobre todo la trata.

África: la historia sin Europa

Dramática y cruel, la trata de negros marcó la imaginación de las sociedades: la de los africanos trasplantados a las Américas, desde luego, pero también la de los europeos, quienes después alimentaron una culpabilidad, un poco tardía, es cierto, pero que empezó a manifestarse desde el siglo XVIII, como se ha demostrado.

La inmoralidad de esta deportación masiva oscureció a menudo el examen de las condiciones reales de estas partidas a las Américas, circunstancias que no atenúan en absoluto el horror de ese tráfico, precisémoslo desde ahora, pero que no por ello el análisis histórico debe ocultar.

En primer lugar, es necesario recordar que la trata hacia las Américas se aunó a una trata que ya existía a la llegada de los europeos a África y que abastecía al mundo árabe y magrebino. Avelino de Teixeira da Mota señalaba esta desviación en la travesía de Arguim, desde el siglo XV, antes del descubrimiento de América, para los esclavos destinados a las factorías y a las islas del Atlántico portugués (São Tomé, las Azores, etc.). El tráfico atlántico resultó en un gigantesco incremento de dicha trata que pasó, en promedio, de 5 mil almas por año, hacia 1500, a 9 500, hacia 1600, con cifras aún más elevadas en el siglo XVIII (cf. el total, pp. 147-148, nota 1).

La esclavitud y la trata existían entonces antes de la llegada de los europeos, y este tráfico no se debía *sólo* a la acción de los árabes, o más tarde de los portugueses, franceses, ingleses... La esclavitud y la trata eran parte de las estructuras de funcionamiento de las sociedades y de

los estados africanos; al no tener la propiedad privada de la tierra existencia o legitimación en la tradición, sólo la posesión de esclavos y de los productos de la tierra permitían el incremento de poder de los mercaderes o de los monarcas. Así, los monarcas africanos podían declarar la guerra para llevar a cabo razzias, adquirir esclavos destinados a la venta o a sus propios dominios. Su condición era variable, diferenciada conforme a su origen y a las condiciones de su adquisición. Con la trata árabe, luego europea, su suerte se uniformó, y de manera trágica (John Thornton, *Africa and Africans*).

Si es cierto que en el siglo XIX fueron en efecto los medios militares los que permitieron a los europeos conquistar y dominar amplios territorios, introducir en ellos el trabajo forzado, no fue así en sus orígenes: en Senegambia, por ejemplo, el comercio de los esclavos no se inició realmente, con una partida de 700 a mil individuos por año, más que a partir del momento en que los portugueses pusieron fin a las incursiones y empezaron a negociar la compra de esos esclavos. Es decir, que los estados africanos fueron beneficiarios de esta trata y la desarrollaron espontáneamente. Hasta parece que las guerras entre reinos africanos se multiplicaron a partir del momento en que la trata tuvo este resurgimiento que creaba la demanda atlántica –una evolución que pudo comprobarse en el Congo. Ésta era la situación observada por el viajero Mungo Park en 1797 (Mungo Park, *Voyage à l'intérieur de l'Afrique*, 1800).

Lo que es resultado de los europeos, y sólo de ellos, es el deterioro de la suerte de las víctimas. En las sociedades del África atlántica, los esclavos no estaban especialmente destinados a las tareas repulsivas o inhumanas. Desde luego, en el momento de su captura, hasta de su compra, en su calidad de "extranjeros", padecían un trato discriminatorio, pero posteriormente sus descendientes vivían como los campesinos de la Edad Media occidental, en la tierra de sus señores. Por ejemplo, en la Costa de Oro, disponían de un día libre cada diez días o por semana para cultivar una parcela que les era atribuida, y el resto del tiempo estaba consagrado a las cosechas del amo o del Estado. Ahora bien, en el comienzo, los portugueses aplicaron el mismo régimen a los primeros esclavos negros transferidos a São Tomé-Príncipe.

La agravación de la suerte de los esclavos se dio posteriormente, por etapas, en forma inexorable. Y, después del terror del viaje y de los malos tratos padecidos en las Américas, África quedó en las memorias como un Paraíso perdido.

En África negra, al igual que en México o en los Andes, la existencia de estados organizados fue desde luego el origen de una resistencia a la ocupación extranjera, que se tradujo en combates, finalmente funestos; pero se comprueba sobre todo que son las formaciones estatales menos elaboradas, menos centralizadas las que, a más largo plazo, se opusieron con mayor continuidad a los europeos. Lo que significa también que existían verdaderos estados, o por lo menos estructuras que jugaban ese papel, algo que pretende ignorar la tradición colonial.

Desde este punto de vista, el Estado que supo construir Samori en el siglo XIX, en Sudán, es ejemplar. Resultó de la asociación de un individuo excepcional y de un grupo social, los dyula, comerciantes, cuyo auge se vincula con una renovación del Islam. Jefe de guerra, jugando con su parentesco, con el comercio y el Islam, Samori se eleva a la cabeza de una sociedad y logra un imperio de casi 400 mil km^2. Había sabido reorganizar el ejército estableciendo una jerarquía entre los profesionales que forman su núcleo permanente consagrado a su jefe, y los combatientes circunstanciales o adicionales. Sobre todo, sabe hacer producir armas de fuego por los artesanos, afianzar la administración del Estado sirviéndose del Islam y de sus morabitos para garantizar su unificación, instituyendo así un régimen teocrático jerarquizado. Su encuentro con los franceses de Gallieni fue fortuito; concluyó entonces acuerdos con él, luego preparó la alianza inglesa. En 1890, ante el avance francés, practicó la política de tierra arrasada a consecuencia de una insurrección que abarcó sus estados y desplazó su imperio hacia el este para escapar de los europeos; lo que daba prueba de la solidez de las estructuras de dicho Estado. Pero finalmente fue hecho prisionero por el general Gouraud en 1898, y su Estado desaparecío con él.

Gracias a Yves Person y a las fuentes que pudo reunir, se tiene un análisis de la historia de Samori que difiere un poco de la visión tradicional: "un jefe de *banda*", que ocupa la escena durante 17 años. Con él, los mandingas forman una especie de imperio nómada contra el cual luchan Joffre, Archinard, Gallieni, Gouraud. Campeón del Islam, fértil en recursos, fríamente feroz, Samori aparece y desaparece. Es hecho prisionero por Gouraud en 1898 y muere en el exilio" (Maurice Baumont, *L'Essor industriel et l'Impérialisme colonial*, p. 267).

La leyenda histórica cercana a la historia oficial relativa a la colonización reproduce entonces el punto de vista de los conquistadores, "sacado de los archivos" y, por consiguiente, sacralizado, transformado en análisis "científico": señala "la carrera al Chad, la carrera al Ní-

ger –hacia el borde del río, hacia el país de Cong, hacia las regiones Mossis, hacia el bajo Níger, a partir de Dahomey–, y luego la carrera al Nilo". Ignora por completo los demás. El apoyo en clasificaciones geográficas conduce a una reducción del conocimiento histórico. Estos países carecen de archivos escritos, por consiguiente, no tienen un "verdadero" Estado, no tienen historia...

De hecho, al lado del Estado de Samori, existen otras formaciones estatales, con sus estructuras propias, como el reino Ashanti o Asante, Estado militar y conquistador, cuyo aparato administrativo está más desarrollado en Kumasi, la capital del reino que en otras partes. Éste supo integrar, en torno al Asante propiamente dicho, la metrópoli, provincias incorporadas, provincias interiores, provincias exteriores, lo que determinó conflictos internos entre centralistas y federalistas, y pronto entre modernistas y tradicionalistas. El esquema de la intervención extranjera en Asante es clásico: un tratado de amistad (1817), la transición de las posesiones británicas de la Costa de Oro al control de la Sierra Leona ya anexada (1821), campañas de los ashanti contra los wasa, los fanti, etc. En 1873, los fanti solicitan la protección de los británicos; éstos hacen la guerra y aseguran la derrota del Asante, vencido por la coalición de los ingleses y de los pueblos sublevados. Veintitrés años después, los británicos ocupan Kumasi y proclaman su protectorado (1896).

Así, cuando existieron verdaderos estados –que la tradición europea ignoró– su caída provocó un desplome y el fin de toda resistencia militar, mas no de la idea de independencia, que siguió viva tanto en África occidental como en Madagascar o en Kenia; la contrapartida, si se puede decir, es que la leyenda popular o erudita transformó a esos jefes vencidos en verdaderos héroes –Behanzín, Samori, Msiri en Katanga, Rabah, o Mapondera, bandido de honor en "Rodesia", etc.–, mientras que la resistencia campesina, espontánea y no duradera, no fue acompañada por el mismo recuerdo legendario.

El más ilustre de esos héroes fue sin duda Chaka, el rey de los zulúes, el primero de los grandes fundadores de reinos guerreros sobre los que triunfaron los blancos (1816-1828); pero esta leyenda nació mucho después de su muerte. Había modernizado el arte militar y reorganizado al ejército, que fue instruido severamente. En primer lugar, cambió el tamaño de las azagayas, que tradicionalmente los zulúes fabricaban largas para lanzarlas mejor a distancia; las sustituyó por azagayas más cortas que, así, pueden también servir para combates cuerpo a cuerpo. Multiplicó los ejercicios físicos para poner los músculos

de sus soldados en tensión, e incrementó la cantidad de carne en su dieta. Los estimuló por medio de concursos de pruebas: a los vencedores se les daba jóvenes núbiles, las más bellas de la concesión del rey, iniciadas en la lucha y el combate. Y Chaka las hacía entrenar bajo la mirada brillante de sus guerreros. Sin embargo, les estaba prohibido tener el menor contacto con ellas, bajo pena de muerte. Así, "la pulsión sexual era desviada de su función reproductora para transformarse en un motor de guerra" (W.L. Randles). Después de 12 años de reinado, en 1828, una parte del ejército se sublevó, cansada de esta tiranía, que hacía del reino una potencia a la que los blancos no se atrevían a acercarse. Chaka murió asesinado. Después de él, los resortes del Imperio se aflojaron, los bóers triunfaron sobre los zulúes en el Blood River, los ingleses destruyeron su ejército en 1879, epílogo conocido en Europa ya que en él murió el Príncipe imperial, hijo de Napoleón III. Fue el final de los "Hombres del Cielo".

Transformado en héroe mítico y legendario, Chaka se volvió el Cristo negro para unos, el símbolo de la negritud para otros. La tradición, oral primero y luego escrita, transfiguró su agitada vida. En su origen, encontramos el *Chaka* de Thomas Mofolo, cuyo texto en sosoto permaneció durante largo tiempo oculto en los cajones de los Misioneros de la Sociedad Evangélica de París. Su héroe triunfa, pero, con la ayuda del Diablo, comete mil crímenes y exacciones antes de perecer en un complot urdido por sus hermanos. En otra versión, mata un leopardo a la edad de 19 años y hace encerrar a una reina enemiga en una cabaña con una hiena voraz. En otra versión más, transforma un núcleo invencible de 500 hombres en un ejército de 400 mil hombres destinado a gobernar el mundo.

Chaka había creado en cierta manera una nación zulú. Encarna poco después la resurrección de toda la "nación africana", sobrevive a la muerte en el drama de Badián y de A.A. Ka. Y, mientras en el texto del cristiano Mofolo, su muerte significa la derrota de Mal, en lo sucesivo evoca el sacrificio heroico del padre fundador de un verdadero Estado africano. Una vez muerto él, los blancos pudieron libremente someter a África:

Nos transformaremos en los esclavos de sus compases y de sus escuadras. Y nuestros Dioses los dejarán hacer. Nuestros intelectuales, en las tabernas, cuchichearán en torno a una botella. Y nuestros sacerdotes dejarán hacer. Y nuestros hermanos nos golpearán por un puñado de arroz [...]. Habremos padecido más martirios que las planicies de Judea (*Les Amazoulous*, acto III).

Se observa que el cine negro de África abordó poco los temas históricos que recordaban su servidumbre, y apenas glorificó a sus héroes, aun si sigue vigente el proyecto de un *Samori*. En cambio, las rebeliones populares suscitaron verdaderas obras maestras; así, en contra de la historia oficial actual, Sembene Ousmane muestra cómo, en el siglo XIX, la islamización pudo acompañarse de tiranía y abuso: es el tema de los *Ceddo*, aquellos hombres que, entre los uolofs, no admiten, sobre todo, que en nombre del Corán, el consejo de los imanes se atribuya un derecho de fiscalización sobre la totalidad de la sociedad. Los ceddo habían raptado a su princesa, para indicar su rechazo: son vencidos. La princesa es recuperada y prometida al Imán. Pero, en el momento del himeneo, ella toma su arma y lo ejecuta frente al pueblo, convertido por la fuerza, que se solidariza con ella. En este magnífico drama, la élite musulmana se sintió agredida. Pero el colonizador francés también, pues el blanco aparece con la figura de un sacerdote: su única preocupación es el ideal de una Iglesia negra para todos; persiguiendo su quimera, es absolutamente indiferente a la suerte de los ceddo, a su destrucción, a su voluntad de supervivencia.

Pero las películas sobre la resistencia anticolonial son raras, como *Si les cavaliers*, de Bakaké Mahamane (1982), una película que evoca la resistencia y el complot fallido de un sultán local contra la ocupación francesa en el Níger, en este principio de siglo. Pues la gran mayoría de las películas africanas se refieren a la decadencia de los africanos víctimas del "neocolonialismo", es decir, *desde* la descolonización.

EL PASADO COLONIAL VISTO POR EL CINE ARGELINO

El contraste es pasmoso entre el cine africano y el cine argelino. Más que cualquier otro, en el Magreb y en África, evoca el pasado colonial, las humillaciones vividas en la época de los franceses: durante dos largos decenios es el cine del resentimiento... Y luego, en algunos, se observa un cambio en la manera de ver la época de los franceses.

Al definir los tres cines del Magreb en *Cinéaction*, Ferid Boughedir formula así su diferencia:

En Marruecos, es la queja silenciosa; me sofoco, me sofoco, es la Edad Media; cómo apartar esas murallas, descifrar lo que tengo que decir. Este cine ha-

bla del presente. En Túnez, es la búsqueda de la verdad: el turismo –hablemos de él–, la emigración –veamos eso–, la condición de la mujer –hay que conocerla. Este cine también habla del presente... Se hace sociólogo político. El cine argelino habla del futuro, pero más aún del pasado. Fuimos un gran pueblo... Tengamos confianza en nosotros. Este cine expresa la dignidad del humillado.

Lo que lo marcó más, primero, es la expropiación por parte de la administración francesa –en *Crónica de los años de brasa*, 1975, de Mohammed Lakhdar Hamina, en *Les Déracinés*, de Lamine Marbah, que analiza la desposesión de los fellahs de Uarsenis, en *La nuit a peur du soleil*, de Mustapha Badie... La colaboración de ciertos potentados locales con las autoridades es asimismo un tema recurrente tanto en el cine como en la televisión, así como la explotación de los menores, en *Sueur noire*. Pero es sobre todo la resistencia del pueblo argelino lo que es objeto de memoria –desde *Les hors-la-loi*, de Temfik Farès, en 1969, que muestra la manera en que la primera administración colonial no puede remplazar el código de honor vigente en Argelia por el Código Napoleónico. Es así como, quienes son fieles a este código de honor, transformados en bandidos, catalogados como marginales de la ley, encarnan el rechazo del orden colonial. Sobre todo, de Temfik Farès y Mohammed Lakhdar Hamina, el cine argelino produce, en 1966, una obra maestra, *Le vent des Aurès*, la historia trágica de una familia destruida por la guerra. Al hacerse cargo, después de la muerte de su padre, del abastecimiento de un movimiento clandestino de resistencia, el hijo es detenido. La madre, incansable, parte en su búsqueda, en los cuarteles, en los campos, con una gallina en la mano para obtener, a cambio de esa ofrenda, poder sólo ver a su hijo. Muere, electrocutada por la alambrada de púas del campo en el que está internado...

Esta representación pone de relieve tres aspectos de la colonización percibidos como particularmente intolerables: la desposesión, la desculturación, la explotación. Perpetúa la idea de que jamás los árabes y kabilas de Argelia aceptaron el yugo del extranjero. Se olvida así la época del "reino árabe", de la colaboración que en parte fue aceptada, como fue aceptada por muchos la idea de integración, concebida por Napoleón III –y se destacan las sublevaciones. La más importante fue la insurrección de 1871, llamada "de Kabilia" por la tradición colonial, cuando que en realidad levantó 250 tribus, en total, casi la tercera parte de la población argelina. A decir verdad, la mayoría de los jefes djuad se agitaban desde que la administración los había despojado de

su poder... A ello se sumaba una "rebelión de las clases inferiores", que revelan los llamamientos de la conferencia de los Darquawa, "que tienen un odio feroz hacia los franceses" (1864). Los progresos de los colonos, el debilitamiento de los oficiales –que comprendían mejor los sentimientos de la aristocracia árabe–, el anuncio de la generalización del régimen civil, perturban a los "indígenas" que veían todavía en Napoleón III a una especie de protector. Se había atrevido a decir que se sentía tanto "el emperador de los árabes como de los franceses". Su caída y la derrota francesa en 1870 permiten prever una amplia insurrección. Charles-A. Ageron mostró claramente, en *Les politiques coloniales au Maghreb*, que, en ese contexto, el decreto Crémieux que otorga a los judíos la nacionalidad francesa no tuvo más que un papel accesorio, ni siquiera de detonador, aun cuando el jeque Mokrani, uno de los jefes de la insurrección, declara: "No obedeceré jamás a un judío... Estoy dispuesto a ponerme debajo de un sable, de un judío jamás." Lo interesante es sin duda que, cuando ocupaba un escaño en el Consejo General de Constantine, algunos años antes, había votado en favor de la naturalización de los israelitas; la razón era que no deseaba esa naturalización para sus correligionarios: no creía que un ciudadano pudiese ser superior a un creyente –la prueba, se naturalizaba a los judíos. El decreto significaba que se podía obligar a los judíos a abandonar su fe... Lo que jamás haría un musulmán.

Otro factor de rebelión había sido la Comuna de Argel en 1871, que había visto a los franceses luchando entre sí, entre republicanos y bonapartistas, pronunciarse por que Argelia *fara da se*, se vuelva autónoma por sí misma... El separatismo "republicano" –esta derrota francesa, que se repite en otros términos en 1954-1962, después de Dien Bien Fu y de la OAS– da el impulso a la insurrección. Rebelión multiforme, reprimida duramente, según la "regla argelina", y seguida por una expropiación masiva: las canciones kabilas repetirían en lo sucesivo: "1871 fue nuestra ruina, 1871 fue el año en que nos volvimos mendigos."

LA REBELIÓN DE ABD EL-KRIM, UNA MEMORIA ENTERRADA...

Una pregunta que se hacía en la época de la lucha de liberación de los pueblos colonizados era si la guerra del Riff (1921-1926) había sido el último sobresalto de su defensa, o bien, por el contrario, el anuncio

del movimiento que desembocó, más tarde, en la independencia. La proclamación de la "República del Riff" por Abd el-Krim, en 1923, después de la victoria de Anoual, un desafío a las potencias imperialistas, respondía no sólo a la penetración española sino también a la voluntad francesa, de Lyautey entre otros, de asociar la presencia colonial con la monarquía jerifiana.

La insurrección ponía en tela de juicio la relación que el Riff mantenía con el Estado marroquí, la cual conducía a la desintegración del país, consecuencia de la penetración imperialista. Arruinado, éste se encerró en precarios equilibrios locales, efecto de la ruptura de los antiguos vínculos que el Riff tenía con el resto de Marruecos, la que había sido provocada por la inversión colonial. Así, es en el juego de estos relevos de autoridad, y no en un Riff aislado, donde se sitúa la acción de Abd el-Krim, por la mediación del derecho coránico del que es transmisor y por su función de juez que permite un control sobre la sociedad. Se mantiene en la dependencia de Fez, aunque fuese en disidencia, pero por correspondencia con el Islam, al que además Abd el-Krim pretende reformar y francamente disociar del Estado, como lo hizo Ataturk.

Así, el paralelo con Abd el-Kader no tiene fundamento aun si son, uno y otro, jefes elegidos, con el título de emir, y ambos recurren a las armas y a las técnicas europeas; otra semejanza, en ambos casos, es el esbozo de un Estado que hace referencia al Corán, en ruptura con los marcos de referencia y costumbres de la cofradía, y que procede a una consulta democrática. De hecho, si en efecto se trató en ambos casos de la puesta en estado de guerra de un país y de una población frente a un enemigo que pretende una ocupación –pues sin ella, la colonización no sería integral–, la diferencia entre Abd el-Kader y Abd el-Krim parte de que este último va más lejos en la organización colectiva de la resistencia y, sobre todo, en la transformación política de lo que era la organización social anterior, llevando a cabo una apertura que tiene lugar, desde luego, en el modo religioso, pero apuntando a un cambio político más profundo, no necesariamente vinculado con el sultán. Entonces se pudo hablar de "guerra revolucionaria", en la que Ho Chi Minh se habría inspirado en 1946.

Abd el-Krim explica su derrota por el fanatismo religioso, ese *ta'assub* que ocasionó la división de las comunidades marroquíes en grupos opuestos sometidos a fidelidades contradictorias. Y, desde luego, la explica asimismo por la superioridad técnica y numérica de los franceses que alinean hasta 325 mil hombres en tropas regulares, más

100 mil españoles, contra 75 mil partidarios. Según él, el término "República del Riff" fue elegido para expresar el hecho de "que éramos un Estado compuesto por tribus independientes federadas y no un Estado representativo con un Parlamento elegido".

Aclamada por los revolucionarios de todos los países, respaldada por el Komintern y el Partido Comunista Francés de Jacques Doriot, la experiencia de Abd el-Krim no tuvo en Marruecos la misma gloria, ni en el seno de los partidos reformistas del WAFD egipcio o del Destour tunecino: éstos conservaron cierta desconfianza con respecto a Abd el-Krim porque concebían su propia oposición en términos parlamentarios, y no bajo la forma de un levantamiento popular. Asimismo, Allal el-Fassi, en Marruecos, reformista nacionalista, señala que en cinco años, en su zona de insurrección, Abd el-Krim "ni siquiera construyó una escuela"; todo sucedió como si se hubieran interesado más por Abd el-Krim en el Líbano o en Moscú que en el propio Marruecos. Abdallah Laroui observó que todavía en 1971, cuando un marroquí hace una exposición sobre la batalla de Anoual en la que los españoles fueron vencidos en julio de 1921, los hechos se presentan desde el punto de vista español: prueba de que en Marruecos no se escribió la contrahistoria (*Abd el-Krim et la République du Riff*). Asimismo, en la obra de Allal el-Fassi acerca de *Les mouvements d'indépendance en Afrique du Nord*, los comentarios sobre Abd el-Krim son sucintos, señal de que la dirección del movimiento nacionalista marroquí, entre 1925 y 1954, no mostró ningún interés político real por la experiencia del Riff, porque la interpretaba a través del movimiento liberal democrático, y del movimiento Salafi de resistencia, que plantea que, en resumidas cuentas, Abd el-Krim habría sin duda devuelto sus poderes al sultán. Cuando en verdad Abd el-Krim consideraba que si hubiera tenido la posibilidad y el tiempo, "nosotros, marroquíes, nos habríamos vuelto una gran nación de hombres libres". Lo que iba mucho más allá.

En este contexto, se comprende mejor que las organizaciones vinculadas con el sultán, luego el rey, hayan en cierta manera corrido un velo sobre la insurrección del Riff –salvo, desde luego, para asegurarle en lo sucesivo una glorificación sin riesgos para el poder.

"De nuestros montes se elevó la voz de los hombres libres llamando a la independencia", este canto, atribuido a los soldados de Abd el-Krim, parece ser que en su época y hasta los años cincuenta se escuchó en Túnez, en Argelia o en Turquía más que en Marruecos.

EN VIETNAM, EL ARMAMENTO MORAL FRENTE A LOS FRANCESES

En 1922, Lord Northcliffe, director del *Times* y del *Daily Mail*, declaraba a André Tudesq, del *Journal*, hasta qué punto admiraba la presencia francesa en Indochina. "Ahí ustedes cobran los cupones de trescientos años de experiencia colonial... Supieron descubrir y llegar al corazón del indígena; ustedes colonizan con tacto. Reina en esos lugares la política de la amistad" (citado en R. Chauvelot, *En Indochine*).

Sin duda, los vietnamitas no compartían todos ese análisis...

En primer lugar, a partir de 1885, tuvieron el sentimiento de haber "perdido su país" y expresaron propósitos antifranceses, "esos peludos, de mal olor, con narices largas"; pero, bastante rápido, se vuelven anticolonialistas, más que antifranceses, pues piensan que existen "buenos franceses", como Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Napoleón. Durante un primer tiempo, en efecto, identifican la invasión francesa con otras, anteriores –las de los mongoles por ejemplo. A decir verdad, esperaban de alguna manera una penetración francesa, a partir de 1842, estando ya divididos entre quienes querían "cerrar todas las puertas a llave" y quienes deseaban "conocer el pan y la leche", es decir aprender del Occidente sus recetas –no sólo alimentarias...– para oponerle mejor resistencia. Es la derrota de Ki-Hon (1861) la que los convence de esta última necesidad, pues la artillería francesa demostró su supremacía...

Un segundo giro decisivo en la reacción de los vietnamitas se sitúa cuando, bajo la égida de sus letrados, impugnan el comportamiento de la corte de Hué "que busca prudentes compromisos con los 'bárbaros'". No es un cuestionamiento de la monarquía sino de la persona del monarca, que ya no es digno de su función. Los letrados comparan el comportamiento de China y el de Japón, que supo llevar a cabo la reforma Meiji: mientras que Vietnam, al igual que China, permanece estancado. La cabeza cortada del comandante Rivière atestigua que es posible resistir; es mostrada de pueblo en pueblo, estimulando el espíritu de resistencia.

> Caímos, la esperanza descansa en nuestros hijos;
> Poseemos nuestra vida, pero debemos aprender a sacrificarla,
> Seríamos silenciosos, se nos tratará de miedosos.
> Leeremos la proclamación de nuestras victorias sobre los wu,
> Haremos como quienes exterminaron a los mongoles...
>
> Citado in David Marr, *Vietnamese Anticolonialism*

La huida del emperador Ham Nghi, en 1885, marca el final de las ilusiones sobre la capacidad de la corte de Hué para defender el país, y el principio de una resistencia que encarna el movimiento Can Vuong, esos letrados que, por medio de la pluma y del panfleto, estigmatizan al invasor. Uno de sus protagonistas es Pahn Boi Chau, a quien se solicita que se entregue a los franceses para salvar a su hermano preso. Dice a sus lugartenientes: "Desde que estoy en nuestro movimiento, olvidé los problemas de mi familia, o de mi pueblo. Pues no tengo más que una sola tumba, muy grande, por defender, la de mi país, la tierra de Vietnam. Y mi hermano en peligro, son mis 20 millones de conciudadanos. Si salvo a mi hermano, ¿quien entonces salvará a los demás?"

Este movimiento moralmente armado era, desde luego, insuficiente para expulsar a los franceses; no implicaba más que a una minoría de letrados, pero que reunían a toda la población en torno a ellos. Jamás daban un contenido explícito a su comportamiento riguroso, pero todos sabían lo que pretendían significar: prefigura la actitud del francés ocupado ante el alemán, en *Le silence de la mer.*

Es por ello que, hacia 1900, la administración francesa podía creer que, desde el punto de vista administrativo, el patriotismo ya no tenía medios de expresión. Paul Doumer pudo entonces organizar la tutela sistemática del país y, mediante la organización de su explotación, sembrar involuntariamente las semillas de un futuro movimiento de las masas campesinas.

El cambio que se dio fue que los vietnamitas tuvieron el sentimiento de que no sólo habían perdido materialmente su territorio, sino que, si la administración colonial seguía cuadriculando el país, "corrían el riesgo de perder su alma". La decadencia de algunos, vueltos sirvientes del ocupante, aquellos mandarines-colaboradores, se vuelve la señal de una degeneración que permite a los franceses tratarlos cada vez peor.

Una obra escrita por Phan Boi Chau, después de un viaje a Japón, tendría un gran destino, se llamaba *Vietnam Vong Quoc Su* (Historia de la pérdida de Vietnam). Este libro estaba escrito en chino para alertar a los chinos y a los vietnamitas: si China no se cuidaba, conocería pronto el ejemplo de Vietnam. Su traducción, en unos 50 ejemplares, llegó hasta los pueblos más recónditos del Annam porque estaba escrito con claridad. Denunciaba la incapacidad de la corte de Hué, que no había sabido educar al pueblo para protegerlo de los peligros que amenazaban a la nación; denunciaba asimismo la política del ocupan-

te que enfocaba a los letrados para volver al pueblo aún más ignorante. Más aún, hacía el inventario de las contribuciones y de los impuestos que los vietnamitas tenían que pagar: por ejemplo, cuatro sobre la sal, el terreno, el peso, el transporte, la venta; seis sobre el tabaco, etc. Relataba ese cuento popular de las campiñas, que mostraba la avaricia y la codicia de los franceses:

Una familia estaba arruinada debido a todos los impuestos que había tenido que pagar. Fueron a ver al funcionario: "Ya no tenemos nada, salvo el cielo, sobre nuestras cabezas..." "Firmen este papel", contestó el funcionario... Cuando la familia quiso volver al pueblo, una escuadra de soldados le cerraba el camino. "No pueden ir, les dijeron, van a respirar el aire que, como lo firmaron, ya no les pertenece".

Naturalmente, la victoria de Japón sobre Rusia estimuló el movimiento de resistencia, que sin embargo seguía siendo privativo de los letrados. Una segunda obra de Phan Boi Chau, *Tan Vietnam* (El nuevo Vietnam), enunciaba las diez grandes sendas de la vida –todo un programa político–: que Vietnam ya no "necesite" ser protegido; que los mandarines ya no exploten al pueblo; que ya no haya contribuciones injustas; que se reconsidere el sistema educativo; que la industria no esté en manos de los extranjeros, etc. Para llevar a cabo esas maravillas –sin hablar de independencia–, había que manifestar cualidades morales: un espíritu de iniciativa, el amor por el prójimo, el interés por modernizarse, mostrarse patriota sin necesariamente hablar de su país, etcétera.

Este movimiento moral comenzó a tener resonancia con las medidas que Paul Doumer tomó, alrededor de 1908, y que empezaron a penetrar todas las actividades de la sociedad: las contribuciones y las faenas se multiplicaron para "construir el país". Esta "transformación de Indochina" suscitó las primeras grandes rebeliones rurales, y pronto las obreras.

Desde luego, los movimientos de resistencia no habían estructurado esta respuesta de la sociedad vietnamita a las nuevas cargas que caían sobre ella.

La habían armado moralmente.

LA HISTORIA REVISADA: EN LA INDIA, LA VISIÓN DE K.M. PANIKKAR

La visión de los vencidos, para Asia y la India en particular, fue objeto de una verdadera síntesis–[1] la primera del género, parece ser, obra del indio K.M. Panikkar: *L'Asie et la domination occidentale*. Este trabajo fue emprendido durante los años de 1930, por consiguiente, antes de la independencia de ese país, y terminado en 1953.

Su periodización de los 450 años comprendidos entre la llegada de Vasco de Gama en 1498 y el retiro de las fuerzas británicas de la India y de China en 1947-1949 difiere un poco de la visión occidental. Sus grandes temas no son siempre los mismos, la fecha de 1571 –la batalla de Lepanto– constituye, según él, el primer gran giro decisivo. Un elemento hasta entonces esencial de la acción de los europeos –la idea de una cruzada contra el Islam y de un desbordamiento estratégico del poder musulmán– desapareció con esta derrota de la flota otomana, haciendo cesar la amenaza musulmana. La preocupación europea de garantizarse el monopolio del comercio de las especias cedió el lugar, en cien años, a la de importar textiles, té –y, para Inglaterra después de su revolución industrial, la de encontrar mercados para sus productos manufacturados, o de invertir ventajosamente sus capitales. Otrora religiosos, los intereses se volvieron más comerciales y políticos, la preponderancia cambió de manos, pasando de los portugueses a los holandeses, y luego a los franceses y a los ingleses.

Este "periodo Vasco de Gama" se caracterizó por el dominio de las potencias marítimas sobre las potencias continentales, por la imposición de intercambios económicos a comunidades cuya actividad esencial había descansado hasta entonces en la producción agrícola y los intercambios interiores. Ahora bien, era el dominio del Atlántico el que empezaba a regir sobre el mundo; cuando España lo perdiera, con el desastre de la Armada Invencible, serían las demás potencias las que tomarían su lugar. Lo que es válido para explicar la suerte de la India o la de Indonesia lo es también para la de China o de Japón, que perdieron la libertad de sus intercambios con Malasia, Formosa, las Filipinas, etc. En el caso de China, fue un verdadero bloqueo lo que soportó este país desde el siglo XVI –primero portugués, luego holandés, más tarde inglés.

[1] Cf. en C.A. Bayly (*op. cit.*) un inventario de monografías indias acerca de la India colonial. Para el periodo 1945-1979, se preferirá el estudio de Cl. Markovits, analizado un poco más adelante.

Un segundo periodo, intermedio, según la periodización de K.M. Panikkar, se inicia cuando los europeos dejan de ser cruzados para volverse misioneros. Es la época de la Contrarreforma, que enciende entonces a místicos como San Francisco Xavier; un periodo corto, pero cuyos rasgos se corroboran con el esfuerzo misionero de los protestantes a finales del siglo XVIII. Las relaciones entre Europa y Asia dieron lugar en lo sucesivo a un sistema de relaciones entre países independientes, frente a frente, si se puede decir.

El tercer periodo que se anuncia a mediados del siglo XIX –"siglo de Augusto de los imperios europeos de Asia"–, está marcado por la aparición de Rusia y de Estados Unidos en el concierto del Extremo Oriente. De acuerdo con las tesis de R.H. Tawney, en *Religion and the Growth of Capitalism*, K.M. Panikkar considera que "sacar las riquezas de Oriente por las estrechas aberturas del Levante" era, para Europa, imponerse límites fatales y condenarse a una muerte lenta, "como un gigante que no pudiera tomar sus alimentos más que por los intersticios de una pared". El dominio occidental tuvo que implantarse de manera más profunda y más amplia para sobrevivir, provocando así cambios estructurales en las sociedades sometidas –lo que originó su rebelión.

A estas consideraciones, que cruzan o corrigen la visión occidental de la historia, o su análisis crítico, K.M. Panikkar suma observaciones originales acerca de la acción misionera –lo que además suscitó las reservas del redactor del prefacio a la edición francesa, Albert Béguin, director del *Esprit*, en 1957.

Más que la codicia de los conquistadores portugueses, en la que insisten otras fuentes indias, aquí se recalca la arrogancia y la suficiencia de los misioneros, católicos especialmente. Procedían como si la India fuera ignorante de lo que había sucedido en el Occidente.

En realidad, la India conocía el cristianismo antes de que estos misioneros aparecieran. La Iglesia de Malabar pretendía incluso haber sido creada por el apóstol Tomás; en todo caso, existía desde 182. Fue en el momento de la invasión mongol, a mediados del siglo XIII, según el Concilio de Lyon, cuando el papa decidió enviar los primeros legados a los kanes de las regiones limítrofes de Europa y hasta del Gran Kan.

Un compañero de San Francisco de Asís, Giovanni di Plano Carpini, de Perusa, había sido designado para convertirlo. Ahora bien, él, creyó que bastaría con exponer los principios del cristianismo al Kan para que éste decidiera hacerse bautizar; más tarde, otros misioneros

tuvieron la misma actitud hacia el emperador Akbar –llegado al trono en 1582–, un letrado que gustaba de discutir libremente las cuestiones religiosas e invitaba a su corte a los representantes de todas las religiones conocidas. Los jesuitas fueron entonces recibidos en Agra, pero los debates a los que se entregaban los escandalizaron porque "su intolerancia, su dogmatismo, su pretensión de ser los únicos poseedores de la Verdad divina y su desprecio hacia sus adversarios no podían más que molestar". Medio siglo después, los mismos jesuitas raptaban a dos sirvientas del Gran Mogol y las convertían por medios "en absoluto ortodoxos". "Procedimientos habituales en los misioneros", explica Panikkar: ya en el siglo XIII, Giovanni de Monte Corvino, enviado por el papa a China, "había comprado 40 esclavos y les administró el bautismo... Manera original, pero costosa, de difundir la fe".

Otro método fue la persecución. Por ejemplo, la emprendida en la época de Juan III de Portugal en la India, cuando la Iglesia hizo destruir en Goa los templos hindúes, cuyas riquezas fueron distribuidas a las órdenes religiosas cristianas (1540). Los tribunales eclesiásticos condenaron con toda rigor a los herejes, aun antes de que la Inquisición fuera oficialmente establecida (1560). El paso, generoso esta vez, de Francisco Xavier no cambió la situación. La renovación no se hizo efectiva más que con la llegada de otro jesuita, Roberto de Nobili (1577-1656), quien estudió el hinduismo para conversar mejor con los bramanes, llevó en Madura la vestimenta del asceta, dominó el sánscrito y transpuso los dogmas cristianos al registro de los *Upanishads*. Muy popular en la corte de Madura, su éxito causó su perdición: fue llamado a Roma. Por último, con el establecimiento de la Inquisición en Goa, los primeros autos de fe (1563 en adelante) privaron a los misioneros de toda la simpatía que habrían podido encontrar.

El fracaso de los protestantes fue, en la época de los ingleses, aún más rápido, porque los bautistas de William Carey, instalados cerca de Calcuta, no recibieron más que la hostilidad de los demás británicos instalados en el país, quienes eran agentes de la Compañía de las Indias en su mayoría y consideraban que el desorden social que las misiones podían suscitar no haría sino provocar el deterioro de los intercambios comerciales. Su desprecio hacia los hindúes era tal, "que creían que la presencia de un obispo, algo que se viera fastuoso, regio, bastaría para impresionarlos, para convertirlos..."

Por lo demás, esta suficiencia se confundía con la agresividad de los europeos, "esos imperialistas"; y los misioneros se identificaban con los vencedores al enseñar a los nativos Europa, su gloria, su grandeza,

su primacía. Al mismo tiempo, ellos reñían entre sí, entre nacionales, entre confesiones, entre sectas. "Qué irrisorio, para un asiático que no cree en la unidad de la Verdad."

Las tesis de Panikkar expresan tanto la occidentalización del enfoque histórico del pasado de la India, como la atención prestada a la disciplina histórica, que tenía poco lugar en la tradición clásica. Al principio, en efecto, fueron más bien políticos, periodistas –no historiadores–, quienes tuvieron que analizar el pasado de la India. El choque que los humilló y dio inicio a una construcción nacionalista de la historia fue la *History of British India*, publicada en 1817 por James Mill, quien pretendía definir el lugar de la India "a escala de las civilizaciones". La ubicación resultó en lo más bajo, pues, "por la combinación del despotismo y del sacerdocio, los hindúes son física y moralmente la parte más sojuzgada de la raza humana". En reacción, se desarrolló una escuela histórica cuyo iniciador fue Surendranath Banerjea (1848-1925), quien sostenía que el pasado debía conocerse si el país quería regenerarse. Se trataba de reaccionar contra aquellos occidentalistas, como Bankimkandra Chatterjee, quien atribuía la servidumbre de la India al carácter "débil" y "afeminado" de sus habitantes carentes de orgullo nacional, una falta debida a la ausencia de conocimiento histórico. Había que oponerse también a quienes, como Gokhale, tomaban como referencia la tradición política británica.

El primer tema por promover es la antigüedad de la civilización india, de su historia, que existía antes de las invasiones musulmanas. Al lado de ellas, los 150 años de dominio británico parecen una peripecia relativamente "insignificante". La originalidad del *Ramayana* y del *Bhagavad Gita* es una marca absoluta de antigüedad, muy anterior a la civilización europea. Además, esta antigüedad se acompaña de una permanencia cultural y de una continuidad, sin duda interrumpidas por la conquista islámica, pero que se perpetuaron a pesar de las vicisitudes de la historia. Bipin Chandra Pal sitúa las huellas de dicha tradición: una manera de gobernarse sin despotismo y sin sumisión al orden militar; soberanos cuya voluntad no tiene fuerza de ley, una separación espontánea del poder ejecutivo y del poder legislativo, encarnados respectivamente por el rey y los consejos brahmanes, "el carácter teocrático del sistema político hindú, que lo preserva de los conflictos entre el Rey y el Pueblo"; "en pocas palabras, una concepción contractual de la monarquía"...

El empobrecimiento de la India bajo el dominio de los ingleses constituye naturalmente el argumento central que explica su decaden-

cia; pero menos esencial, en resumidas cuentas, que ese primer traumatismo de la conquista musulmana al que el levantamiento marato intentó poner un límite –atestiguando con ello el renacimiento del país que dio inicio al proceso de formación de la nacionalidad india. La existencia de una nación india se plantea como evidente, en reacción a la tradición británica que recalca la heterogeneidad del país y atribuye a los ingleses el mérito de haber llevado a cabo la unificación de ese territorio tan amplio como diverso.

DOMINIO MUSULMÁN, DOMINIO INGLÉS

Vencidos y dominados sucesivamente por los musulmanes –árabes, persas o afganos– y por los ingleses, los hindúes establecieron, a principios del siglo XX, un paralelo entre estas dos "ocupaciones". La comparación no beneficia a los últimos: "Aún en los días más oscuros del dominio musulmán, escribe B.C. Pal, la gente seguía manejando sus propios negocios... y gozaba de un grado de libertad mayor que el que se les permitió durante el régimen de gobierno local representativo tan alardeado, introducido por los ingleses". Además, el dominio islámico se caracterizaba por "la ausencia de discriminación social y política en contra de los hindúes, el derecho autorizado a la población de portar armas, el respeto de los intereses económicos de los indígenas..." Es la teoría del "*drain*", esa vampirización de la riqueza india, lo que marca sobre todo la diferencia... Por lo menos, los emperadores afganos y mogoles gastaban en el lugar los pesados impuestos que cobraban; sus palacios y sus ejércitos debían ser mantenidos, lo que servía para alimentar y hacer vivir a los artesanos indios. El producto de los impuestos hacía fructificar al país, aun si dichos trabajos dan testimonio de la vanidad de los soberanos. Ahora bien, con el establecimiento del dominio de la Compañía de las Indias Orientales, ese dispositivo llegó a su fin. Fue Inglaterra la que obtuvo sus beneficios del país... Ya no la India.

Sin duda, existe en esto una idealización del pasado musulmán y de las instituciones premusulmanas, como la comunidad pueblerina: una doble desviación que tiene como objetivo ocultar la existencia de una jerarquía en todos los niveles, de callar la existencia del régimen de castas, reducido, en los historiadores indios, a una simple división del trabajo; hacer observar que la adhesión al Islam por una parte de

la población obedeció, precisamente, al orden que instituía. A principios del siglo XX, este "olvido" de la importancia del sistema de castas iba en el sentido del interés de las castas altas, que dominaban el movimiento nacional; pues la casta no podía integrarse al modelo histórico de tipo occidental que se pretendía imitar para encontrar los caminos de la independencia. Borrar el papel de las castas tenía entonces como función asegurar la preeminencia de las más elevadas, reducir las diferencias con los musulmanes, favorecer una unificación del país bajo la égida de los hindúes, identificados entonces con la totalidad de la India.

La memoria histórica recuerda así el empobrecimiento debido a los ingleses, no los cambios sociales que su presencia determinó: ascenso de las castas mercantiles y de los brahmanes, decadencia de los guerreros...

HISTORIA Y CONTRAHISTORIA

Así, historia y contrahistoria ocultan silencios y tabúes que no dejaron de contribuir a sustituir la realidad del análisis por una representación en parte imaginaria. En *L'Histoire sous surveillance* (pp. 71-135), intentamos establecer su tipología, desde sus formas escritas –inauguradas por los negros norteamericanos a partir de 1794– hasta su expresión cinematográfica –múltiple desde los años sesenta del siglo XX. En este campo, los pueblos colonizados tuvieron el papel de pioneros.

VII. LOS MOVIMIENTOS DE INDEPENDENCIA-COLONO

Llamaremos aquí movimientos de independencia-colono a las acciones –tanto las que tuvieron éxito como las que fracasaron– cuya iniciativa pertenece a los colonos, a los blancos; esta primera "descolonización" marca entonces un *apogeo* de la expansión –mientras que los demás movimientos independentistas, los de los pueblos colonizados, señalan por el contrario su retroceso.

En efecto, se observa que, desde sus orígenes hasta el final del siglo XX, o casi, la relación de los colonos con su metrópoli de origen fue ambigua: desde luego, muy a menudo ésta los respaldaba en contra de los rivales, en contra de los indígenas, pero los conflictos que enfrentaban pudieron sin embargo degenerar hasta el punto de que los colonos eligieran romper con su metrópoli –para disponer de una mayor libertad de acción...

En este sentido, podemos considerar que esta serie de luchas independentistas constituye la fase más avanzada de la expansión blanca en las colonias.

Desde el origen estallan conflictos de este tipo; por ejemplo, así será el movimiento pizarrista contra Carlos V (en 1544-1548) con características que se observan en otras partes. Se descubre todo un itinerario de movimientos de este tipo hasta el final de la colonización. Los motivos son variados –y, desde luego, no se pueden confundir los de la "revolución americana", en 1783, con los de la independencia de las colonias españolas entre 1819 y 1825, ni tampoco con los de Rodesia del Sur –vuelta Zimbabwe–, que hace valer los principios de la Revolución Americana. Tampoco es posible confundir los móviles de la rebelión de los colonos de Argel en 1871 con los de 1958. Además, las circunstancias son diferentes.

Sin embargo, de una punta a la otra de la colonización, los movimientos de colonos tienen su lógica y su especificidad.

En las posesiones españolas, se levantan primero en contra del movimiento lascaniano, contra la protección que la metrópoli o la Iglesia pretenden imponer a los indígenas. Se observan estos rasgos en otros lugares.

UN PRECEDENTE, EL MOVIMIENTO PIZARRISTA EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA (1544-1548)

Cuando el primer virrey de México, don Antonio de Mendoza, cedió el lugar a su sucesor, dio cuenta, claramente, de la incompatibilidad existente entre el deseo de la Corona de proteger a los indígenas y el de incrementar los ingresos procedentes de las Indias. Desde luego, la Corona deseaba preservar lo que se llamaba la "república de los indios", amenazada por los excesos y las depredaciones de los conquistadores y de los nuevos colonos, que exprimían tanto más a los indígenas cuanto que éstos eran cada vez menos –debido a las violencias y enfermedades de las que eran víctimas. Eran los amos en el terreno: ahora bien, desde la metrópoli, recibían instrucciones que, en el papel, emanaban del Consejo de las Indias, cuyos 249 miembros –desde su fundación hasta 1700– eran "Letrados", juristas en su mayoría, de los cuales sólo siete pusieron el pie en América. Entre este amontonamiento de instrucciones y los colonos, los virreyes y 35 gobernadores provinciales maniobraban, aplicando más o menos las decisiones de El Escorial.

El motivo de la guerra declarada al virrey de Perú, Blasco Núñez Vela, es al parecer la aplicación de las leyes de 1542 que desposeían a los conquistadores de algunos de sus privilegios. ¿Era el virrey lascaniano o no?, se pregunta Marcel Bataillon. De todas maneras, desde las leyes de Burgos en 1512, los conquistadores habían tomado la costumbre de eludir los obstáculos legales impuestos a la explotación de los indios, al trabajo forzado, a la repartición. La protesta contra su puesta bajo vigilancia por la institución de una audiencia había empezado en México, pero era evidente que había mucho que hacer para meter en cintura a hombres dispuestos a todo contra la justicia, "como gentes culpables de un crimen que esperan ser detenidos". Mas, sin importar si el virrey desea en verdad proteger a los indios, las evasiones y las traiciones de quienes tendrían que colaborar con él le impiden lograrlo. Además, los magistrados enviados desde la metrópoli no pensaban ya, al llegar, más que en hacer fortuna, y su colusión con los colonos se hacía esperar poco. Estos funcionarios de la justicia reaccionaban como aquéllos ante la nueva ley que declaraba que los colonos no eran aptos para tener indios en encomienda.

En rebelión contra esta ley, Gonzalo Pizarro, pariente del conquistador, les muestra los perjuicios que implica para los derechos y privilegios de los conquistadores, "sin dejar asomar ninguna duda de

que los indios puedan tener derechos". Procurador de Cuzco, se hace elegir capitán general, luego justicia mayor, luego gobernador por interinato. Cuando estalla la guerra con el poder legal, Pizarro solicita a sus lugartenientes "que no hagan perecer a los indios que quedan, pues sin ellos este país no sería nada". Se trata de impedir que una expedición que salió de Chile en su contra se robe a los indios pues ya no los habría... para trabajar. Intimados a elegir entre Gonzalo Pizarro y el rey, como "donador de indios" o de otros favores, los conquistadores dudaron y titubearon, adhiriéndose finalmente al monarca, pues las solidaridades entre hombres rapaces son a menudo frágiles. Y la Iglesia intervino, esta vez para garantizar que el perdón sería otorgado, y que además volvería a examinarse la aplicación de las "malditas leyes".

Otro objeto de cólera para los colonos fueron los establecimientos de jesuitas quienes, también, les "sustraían indios".

El desafío de los jesuitas en Paraguay

Una de las realizaciones de los jesuitas fue la constitución de las reducciones, verdadera alternativa a los métodos habituales de la colonización y de la evangelización que la Iglesia había puesto en práctica hasta entonces en la América india. Los jesuitas se atrevieron a proclamar que tenían la intención de organizar una sociedad paralela a la de los colonos, libre de toda interferencia del poder central o del de los administradores civiles locales. Estas reducciones no debían servir de reservorios de mano de obra para los colonos y su objetivo era educar a los indios, desarrollar su personalidad individual y colectiva.

Así, los guaraníes de la reducción jesuita de Paraguay, creada en 1607, disponían de su propia milicia, y constituían una especie de Estado dentro del Estado. Incluía unos 40 centros que contaban entre 96 mil y 130 mil guaraníes, en el siglo XVIII. El principio conforme con el cual "se tenía que hacer de ellos hombres antes de hacerlos cristianos" no les atraería la simpatía de las autoridades, y Carlos III siguió el ejemplo del rey de Portugal, en 1767, decidiendo su expulsión de las Américas. Su independencia, pero asimismo su obediencia al papa, eran insoportables.

1776, LOS COLONOS NORTEAMERICANOS: ¿INDEPENDENCIA O REVOLUCIÓN?

A diferencia de los movimientos de liberación de la segunda mitad del siglo XX, la primera descolonización se llevó a cabo por iniciativa de los propios europeos, dicho de otra manera, de los colonos que vivían al otro lado del mar: la independencia de Estados Unidos, en 1783, la de las antiguas colonias españolas y luego la de Brasil, deben poco a las poblaciones indígenas sometidas por esos colonos; sólo en Haití, una población esclavizada –negros de África– se liberó sola, al mismo tiempo de la metrópoli y de los colonos.

Ésta es en efecto la diferencia esencial entre la primera descolonización y los movimientos posteriores, en Asia y en África sobre todo, donde fueron los pueblos vencidos los que se rebelaron para ser independientes y poner fin al reinado de los colonos.

Otro rasgo merece ser analizado. Según los periodos de la historia y la posición de los observadores, los acontecimientos de América entre 1774 y 1783 son denominados tanto la Independencia de Estados Unidos, como la Revolución americana. Este equívoco tiene una gran importancia, pues plantea el problema de los agentes de la historia, de sus intenciones, de la manera en que consideran su acción. Se observa la misma ambigüedad en la formulación de los acontecimientos de Argelia, después de 1954, en que los textos del FLN hablan tanto de Revolución argelina como de lucha por la independencia –incluso una vez que ésta se ha obtenido. Esto indica que, después del caso del movimiento pizarrista, el de América constituye en efecto una figura modelo de los problemas políticos y nacionales de los dos siglos por venir.

Paradójicamente, fue la victoria de los ingleses durante la Guerra de Siete Años, terminada en 1763, la que implantó los mecanismos que conducirían a la independencia norteamericana. En efecto, hasta entonces, y antes de que el tratado de París eliminara a la potencia francesa de América del Norte, los colonos ingleses permanecían agazapados en torno a Su Majestad Británica para poder disponer de su flota, de sus ejércitos. "Si no hubiera esa amenaza, los norteamericanos romperían el vínculo que los une a Gran Bretaña", escribía un contemporáneo a partir de 1749.

En efecto, los colonos ingleses, cuya identidad americana no dejaba de afirmarse, expresaban sus quejas con tanta más fuerza cuanto que aumentaba su poder económico y se desarrollaba su capacidad de utilizar el derecho para su defensa.

Desde las Actas de Navegación, las colonias de América permanecían en la dependencia de la Board of Trade, del Almirantazgo, del Consejo Privado. Su acceso estaba prohibido a los barcos extranjeros, las importaciones y exportaciones eran controladas por el interés de la metrópoli. Las colonias del sur –Virginia, Carolina– eran las mejor tratadas porque, a cambio de productos manufacturados ingleses, suministraban productos tropicales: así, tenían la autorización de exportar directamente arroz a España y hasta habían obtenido que el cultivo del tabaco fuera prohibido en Gran Bretaña. Pero las colonias del centro y, sobre todo, del norte estaban bajo vigilancia, porque sus productos (madera, pescado salado) interesaban menos a la metrópoli, y el desarrollo de su flota de 1 500 barcos la inquietaba: les fue prohibido comerciar directamente con las demás colonias, sobre todo las del Caribe –y, desde luego, tener relaciones con España, Portugal y Francia.

El acto principal de un conflicto irremediable fue la Molasses Act, de 1733, que imponía impuestos prohibitivos a la entrada de la melaza procedente de las Antillas francesas, por queja de las colonias azucareras que insistían en tener el monopolio de la fabricación de ron. En 1750, el *segundo acto* del creciente antagonismo tuvo lugar en torno a la prohibición de trabajar el hierro, formulada a los colonos de Nueva York y de Pensilvania para que no se viera amenazada la industria inglesa. Sin embargo, cierta negligencia deliberada, sobre todo durante las guerras, permitió evitar un verdadero conflicto. Este compromiso pudo durar en la medida en que la amenaza francesa jugaba en contra de otros colonos que buscaban tierras más al oeste.

Mas un sentimiento de rivalidad naciente e irremediable está surgiendo, y desde la firma del tratado de París en el que Francia cede Canadá a Inglaterra, Londres desearía hacer pagar esa seguridad, por lo menos en parte, a los norteamericanos que gozan de la paz. Pero estos últimos enseñan los dientes y se atreven a organizar el boicot de las mercancías inglesas. "La Nueva Inglaterra es, para el porvenir, más de temer que la antigua", escribe Accarias de Serionne en *Intérêts des Nations de l'Europe développée relativement au commerce*, en 1766.

El punto importante es sin duda que, en el momento en que los ingleses pretenden incrementar su control sobre el comercio norteamericano y atlántico, sus colonias de Nueva Inglaterra desean precisamente aflojarlo; y hasta ponerle fin, pero no tanto por razones de orden económico, pues habían obtenido grandes ganancias con el contrabando que funcionaba desde hacía varios decenios. *Las verdade-*

ras razones son de orden político: los yanquis desean disponer de libertad de movimientos. Ahora bien, observaban por una parte que jamás habían pagado más impuestos que los que ellos mismos habían aceptado; por la otra, que en la metrópoli, los súbditos de su majestad estaban representados en el Parlamento –y ellos no. Les indignaba el que, sin consultarlos, Lord Shelburne hubiera prohibido el establecimiento de colonos más allá de los Alleghanys, en las tierras conquistadas a los franceses, sin duda para evitar guerras con los indios; pero esto perjudicaba a los promotores especuladores y capitalistas, como el rico propietario de plantaciones George Washington o también Benjamín Franklin.

El segundo punto importante es que en Inglaterra había quienes se declaraban en favor de los colonos, en nombre de las libertades, considerando que, la Corona estaba dejando que las victorias se le subieran a la cabeza y se mostraba cada vez más arrogante con respecto a los derechos de los ciudadanos. Si las colonias permitían que se les aplicaran las leyes y decisiones sin protestar, ¿no se haría lo mismo, mañana, con las libertades inglesas? Para prevenir el eventual separatismo de las colonias, había que hacer concesiones a sus habitantes, ingleses en esencia.

Ante esta presión, Lord Grenville retiró su Stamp Act, un impuesto interior impugnado por los delegados de nueve colonias de América del Norte; pero fue sustituido por un Declaratory Bill que estipulaba el derecho del Parlamento de legislar en todos los aspectos para las colonias –por consiguiente, de imponerles impuestos. Desde luego, las espadas estaban embotonadas pero, poco a poco, la tensión aumentaba a cada lado del Atlántico, aun si en ambas partes había tanto radicales, dispuestos a irse a las manos, como legitimistas, gustosamente sometidos... Contra los ministros que pretendían poner en práctica sanciones, se encontraban tanto Pitt y Burke, en Gran Bretaña, como George Washington, en Virginia, y Dickinson, en Filadelfia.

Así, el giro que había tomado el conflicto tenía acentos revolucionarios. Pero, salvo entre algunos radicales norteamericanos, el objetivo del conflicto no era ciertamente la secesión. Y también en Londres, donde algunos podían considerar que el poder empujaba a los norteamericanos a la separación, raros eran los que pronunciaban la palabra independencia o imaginaban su eventualidad.

Sin embargo, se multiplicaban los incidentes en los que ingleses y norteamericanos se encontraban frente a frente: soldados ingleses ejerciendo represalias contra los habitantes de la ciudad hostiles a su

presencia (matanzas de Boston); también el *Tea Party*: norteamericanos disfrazados de indios aventando al mar los cargamentos de té traídos por la Compañía de las Indias, y cuyo bajo precio arruinaba a los comerciantes norteamericanos que se abastecían en otra parte.

Simultáneamente, los norteamericanos multiplicaban las reuniones y asambleas que agrupaban a representantes de varias colonias; en 1774 sesionaba el primer Congreso continental, soldando en cierta manera a las colonias entre sí: "No soy virginiano, sino norteamericano", declaraba Patrick Henry, quien solicitaba que el voto por estado fuera sustituido por el voto por cabeza. Se está dispuesto a la guerra: a la guerra económica, se entiende; y cuando se es miembro de la Asociación, instancia permanente originada en el Congreso, se amenaza con el boicot, no sólo a los ingleses, lo que es evidente, sino a aquellos norteamericanos que no practiquen el boicot.

Este "terrorismo" da cuenta, asimismo, de la irritación que suscita la Quebec Act, promulgada en Londres y que otorga a la orilla izquierda del San Lorenzo –por consiguiente a los católicos– las tierras tan codiciadas en el lejano Oeste, y pobladas por indios.

En este contexto efervescente –después de un incidente en Lexington entre una milicia armada y las tropas del general Gage– John Adams solicita que se constituya un verdadero ejército al mando de George Washington, y Thomas Paine publica *Common Sense*, un vibrante llamamiento a la independencia de los norteamericanos (1776). Cierto es que, entre tanto, el rey de Francia había prometido su apoyo –la revancha de 1763.

El llamamiento de Thomas Paine había sido escuchado: en unas cuantas semanas, se vendieron 120 mil ejemplares. Él había escrito: "La sangre de los muertos, la voz de la naturaleza, lloran y gritan: es tiempo de separarse." Los partidarios de la independencia no dejan de ganar terreno y, a pesar de las reticencias de quienes, en el sur –por ejemplo, Edward Rutledge– temen la demagogia de los "niveladores", y de los legitimistas diseminados por todas partes, unas después de otras, las colonias recomiendan a su delegación que vote por la independencia. El cargo de redactar el texto se confía a Thomas Jefferson, delegado de Virginia; es votado el 4 de julio de 1776.

Desde su proclamación, en 1776, un gran número de movimientos de independencia se valieron de ese texto, cualquiera que haya sido el contenido de cada independencia, indígena o de colonos, como el caso de Rodesia en los años de 1960. De ahí la importancia de ese texto fundador, que incluimos íntegramente a continuación.

La declaración unánime de los trece Estados Unidos de América

Cuando, en el curso de los acontecimientos humanos, un pueblo se ve en la necesidad de romper los lazos políticos que lo unen a otro, y de tomar entre las potencias de la tierra el lugar igual y distinto al que las leyes de la naturaleza y del Dios de la naturaleza le dan derecho, un justo respeto de la opinión de los hombres exige que declare las causas que lo empujaron a esa separación.

Consideramos estas verdades como evidentes por sí mismas –que todos los hombres nacen iguales, que el Creador los dotó de ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la persecución de la felicidad; que para garantizar esos derechos los hombres instituyen gobiernos cuyo justo poder emana del consentimiento de los gobernados; que si un gobierno, cualquiera que sea su forma, llega a desconocer esos fines, el pueblo tiene el derecho de modificarlo o de abolirlo y de instituir un nuevo gobierno que fundará sobre dichos principios, y del que organizará los poderes conforme a aquellas formas que le parezcan las más adecuadas para garantizar su seguridad y su felicidad. La prudencia recomienda sin duda no derribar, por causas ligeras y pasajeras, gobiernos establecidos desde hace mucho tiempo; por ello siempre se vio a los hombres más dispuestos a padecer males soportables que a hacerse justicia aboliendo las formas a las que estaban acostumbrados. Pero cuando una larga serie de abusos y de usurpaciones, invariablemente orientados hacia el mismo objetivo, marca el designio de someterlos a un despotismo absoluto, es su derecho, es su deber derribar al gobierno que se hace culpable de ellos, y buscar nuevas salvaguardas para su seguridad futura. Ésta fue la larga paciencia de estas colonias, y ésta es hoy día la necesidad que las obliga a cambiar su antiguo sistema de gobierno. La historia de quien reina en la actualidad en Gran Bretaña es una historia de injusticias y de usurpaciones repetidas teniendo todas como objeto directo el establecimiento de una tiranía absoluta sobre nuestros estados. Para demostrarlo, basta someter los hechos al juicio de un mundo imparcial.

Negó su consentimiento a las leyes más saludables y más necesarias para el bien público.

Prohibió a sus gobiernos promulgar leyes con un interés inmediato y urgente, a reserva de diferir su aplicación hasta que se obtenga su consentimiento; habiéndolas así diferido, pasó del todo por alto interesarse en ellas.

Convocó asambleas en lugares poco usuales, incómodos y lejos del lugar en el que los documentos estaban en depósito, con el único objetivo de obligarlos a plegarse, por agotamiento, a sus medidas.

Disolvió, en varias ocasiones, cámaras que se habían pronunciado con firmeza en contra de sus perjuicios al derecho del pueblo.

Se negó durante mucho tiempo, tras semejantes disoluciones, a hacer elegir otros cuerpos legislativos; de tal manera que el ejercicio de los poderes legislativos, por naturaleza indestructible, volvió al pueblo; al mismo tiempo, el Estado permanecía expuesto a todos los peligros de invasión del exterior y de perturbación en el interior.

Impidió resueltamente el incremento de la población de nuestros estados; obstaculizando, con ese objetivo, las leyes sobre la naturalización de los extranjeros; negándose a adoptar otras que habrían fomentado la inmigración; multiplicando los obstáculos a la apropiación de las tierras nuevas.

Puso trabas a la administración de la Justicia negando su sanción a leyes que apuntaban a establecer poderes judiciales.

Sometió a los jueces a su única voluntad en lo tocante a la duración de sus cargos, al monto y al modo de pago de sus sueldos.

Creó una multitud de nuevos empleos y envió a nuestro suelo hordas de oficiales que hostigan a nuestro pueblo y devoran sus bienes.

Mantuvo entre nosotros, en tiempo de paz, ejércitos permanentes, sin el consentimiento de nuestras legislaturas.

Pretendió volver el poder militar independiente y superior al poder civil.

Se unió a otros para someternos a una jurisdicción ajena a nuestra Constitución y no reconocida por nuestras leyes, dando su consentimiento a sus supuestos actos de legislación que:

– autorizan el acantonamiento en nuestro suelo de un número importante de tropas;

– les evitan, por medio de simulacros de procesos, todo castigo para los homicidios que podrían cometer entre los habitantes de nuestros estados;

– ahogan nuestro comercio con todas las partes del mundo;

– nos imponen impuestos sin nuestro consentimiento;

– nos privan, en muchos casos, de las garantías del juicio por un jurado;

– permiten hacernos transferir al otro lado del mar, y hacernos juzgar allá por supuestos delitos;

– anulan el libre sistema de las leyes inglesas en una provincia

vecina, estableciendo un gobierno arbitrario, moviendo las fronteras de la dicha provincia para hacer de ella un ejemplo tanto como un instrumento destinado a introducir en nuestras colonias el mismo régimen despótico;

– suprimen nuestras cartas, derogan nuestras leyes más valiosas y modifican en sus principios fundamentales la forma de nuestros gobiernos;

– suspenden nuestras propias legislaturas y les permiten declararse investidos del poder de legislar en nuestro lugar en cualquier caso que sea.

Renunció al derecho que tenía de gobernarnos, declarándonos fuera de su protección y haciendo la guerra contra nosotros.

Pilló nuestros mares, devastó nuestras costas, quemó nuestras ciudades y aniquiló la vida de nuestro pueblo.

Ahora conduce ejércitos importantes de mercenarios extranjeros para concluir su obra de muerte, de desolación y de tiranía, que se inició en circunstancias de crueldad y de perfidia apenas igualadas en las épocas bárbaras, y totalmente indignas del jefe de un Estado civilizado.

Obligó a nuestros compatriotas capturados en pleno mar a llevar las armas en contra de su país, a transformarse en los verdugos de sus amigos y de sus hermanos, o a caer ellos mismos bajo sus golpes.

Provocó rebeliones intestinas e intentó levantar en contra de los habitantes de nuestras fronteras a los salvajes y despiadados indios cuya regla de guerra bien conocida es destruir sin distinción a los seres de todas las edades, sexo y condición.

En cada etapa de la opresión, reclamamos justicia en los términos más humildes; a nuestras repetidas peticiones no se respondió más que por medio de injusticias repetidas. Un príncipe cuyo carácter se afirma así, en actos que, todos, definen a un tirano, no puede pretender gobernar a un pueblo libre.

Tampoco hemos logrado atraer más la atención de nuestros hermanos británicos. Les hemos advertido en forma periódica que su legislación intentaba extender ilegalmente su jurisdicción hasta nosotros. Les hemos recordado las circunstancias en las que emigramos y fundamos aquí colonias. Hemos recurrido al sentido innato de la justicia y a la grandeza de alma que supuestamente los habitan, y los hemos conjurado en nombre de los lazos de parentesco que nos unen a desaprobar esas usurpaciones que conducirían inevitablemente a la ruptura de nuestros lazos y de nuestras relaciones. Ellos también per-

manecieron sordos a la voz de la justicia y de la consanguinidad. Debemos entonces inclinarnos ante la necesidad, y proclamar la separación. Debemos, como lo hacemos con el resto de la humanidad, considerarlos, en la guerra enemigos, en la paz amigos.

En consecuencia, Nosotros, representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso Plenario, tomando al Juez Supremo del mundo por testigo de la rectitud de nuestras intenciones, en nombre y por delegación del buen pueblo de estas colonias, afirmamos, y declaramos solemnemente:

Que estas colonias unidas son y deben ser en derecho estados libres e independientes; que son relevadas de toda fidelidad con respecto a la Corona británica, y que todo lazo entre ellas y el Estado de Gran Bretaña es y debe ser enteramente disuelto; y que tienen, en calidad de estados libres e independientes, pleno poder para hacer la guerra, concluir la paz, contratar alianzas, establecer relaciones comerciales, actuar y hacer todo tipo de cosas que los estados independientes están autorizados a hacer. Y como apoyo a esta Declaración, poniendo nuestra plena confianza en la protección de la Divina Providencia, damos en prenda los unos y los otros nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro honor sagrado.

Uno de los rasgos que caracterizan los acontecimientos de América, entre 1763 y 1776, es en efecto la discrepancia bastante extraordinaria entre las quejas materiales de los colonos con respecto al gobierno de Londres, a fin de cuentas subalternos, y la amplitud del movimiento que condujo a la independencia y a la guerra. Además, la lista de las quejas que la Declaración de Independencia enuncia es, desde luego, importante, pero se aplica, en gran medida, también a la situación de los ingleses, escoceses o irlandeses de la vieja Europa.

Por lo demás, se establece que los impuestos directos o indirectos que podían afectar a los colonos no habían mermado para nada su prosperidad creciente, que Londres cerraba los ojos ante su contrabando, y que los lugares del poder británico variaban en función de las presiones económicas de cada grupo de miembros, en Londres, en Boston, en Jamaica: los norteamericanos no era víctimas de una política concertada.

La fuerza de la ola que trastornó las relaciones entre ingleses y norteamericanos procedió entonces de otra orilla: más aún que la evicción del monarca o la afirmación del derecho de elegir a sus propios representantes, el acontecimiento tuvo una profundidad moral. Se trató de afirmar el derecho del conjunto de la población a participar en

el gobierno de la ciudad; a lo cual, debido a su misma existencia, el monarca, un Parlamento mal elegido (los "burgos podridos"), una representación inadecuada se oponían. Había entonces que *construir un nuevo orden político*, y es este proyecto el que animó a la población, afectada en su totalidad por los conflictos económicos o institucionales. La animó con una energía fantástica. Lo atestiguan el número y el contenido de los folletos, libelos, diarios, editados en las colonias inglesas de América entre 1763 y 1783. Lo atestigua asimismo el tono de la Declaración de Independencia, completamente moral.

Se debe a que encarnaron, lo mejor posible, la lucha contra la tiranía y la corrupción, el que los miembros del ala izquierda de los whigs (liberales), llamados radicales, acabaran por predominar. Como el escritor Burke, en 1775: "Adivinaban de lejos los vicios del gobierno y olfateaban el acercamiento de la tiranía ante la menor brisa deletérea" (Wood, *The creation of the American Republic*, p. 38).

El conflicto con el rey o con el Parlamento sirvió de revelador a un rechazo más profundo: no bastaba con justificar su oposición a los impuestos decididos sin el consentimiento de la población; se trataba de poder darse a sí mismo sus propias leyes, en pocas palabras, de *someter los gobernantes a los gobernados*. De crear una verdadera democracia en la que el interés general predominara sobre los intereses particulares y en la que cada uno estaría incorporado a la comunidad.

En este contexto, el problema de la relación con Londres se volvía subalterno, pues todo el sistema hubiera tenido que caer. A los radicales los animaba una fe casi religiosa, tomada de las Escrituras –también de los clásicos de la filosofía de la Ilustración, como Rousseau, Blackstone, Locke; ellos se veían a cargo de una misión universal, "herederos de Israel, nuevo Pueblo Elegido", "nueva Esparta Cristiana", según la expresión de Samuel Adams. A decir verdad, estos clásicos habían ayudado a su propia formación, pero en lo sucesivo, los ciudadanos norteamericanos podían pensar por sí mismos, y por ello se pudo considerar que Jefferson y los norteamericanos son en efecto los autores de la Declaración de Independencia –sin que sea necesario hacer referencia a Locke o a quienquiera.

Así, vista desde este ángulo, la independencia no era más que un primer paso hacia la creación de una República –es decir, la realización de una verdadera revolución.

El ejemplo norteamericano ejerció su fascinación en los colonos ingleses de las demás dependencias británicas. En el siglo XIX, en la medi-

da en que el Reino Unido pasaba por una era de prosperidad económica, Londres soltó la rienda de sus dependencias pobladas por blancos, que gozaron por etapas de un régimen representativo, a veces parlamentario. Canadá fue la primera colonia en disfrutar del estatuto de dominio, en 1867, con sus cuatro provincias: Quebec, Ontario, Nueva Brunswick y Nueva Escocia; pronto se sumaron las colonias y territorios que quisieron adherirse: Columbia británica en 1871, la isla Príncipe Eduardo en 1873, territorios procedentes del desmembramiento de la Compañía de la Bahía de Hudson, en 1870.

Al principio, los dominios (Canadá, Australia, Nueva Zelanda) gozaban de una simple autonomía interna, eventualmente limitada por un veto del gobernador; pronto gozaron de una autonomía externa, de la que Canadá ofrece el primer ejemplo por su tratado de comercio con Alemania, en 1907, sin pasar por el intermediario de Gran Bretaña. Esta libertad pudo llegar más lejos cuando, en 1914, y luego en 1939, Sudáfrica declaró la guerra a Alemania independientemente de la metrópoli. En esa fecha, el monarca se había vuelto el único vínculo permanente con Londres en la medida en que las conferencias imperiales, que reunían a los miembros del Commonwealth, eran irregulares y oficiosas; revelaban cada vez más el alejamiento de los intereses económicos de cada uno, y la actuación de la solidaridad británica sólo en caso de amenaza extranjera. Ahora bien, precisamente desde este punto de vista, la preferencia dada por Churchill, en 1942, a la defensa de la India sobre la de Australia selló el divorcio de este dominio con la madre patria.

EL MOVIMIENTO CRIOLLO EN AMÉRICA LATINO-INDIA

En Sudamérica, el movimiento de los colonos obedece en parte a motivaciones similares a las de los colonos de América del Norte. Pero, aquí, el dominio racial tuvo un papel esencial: donde los indios amenazaban más, los paladines de la independencia fueron menos seguidos –es decir, en Perú–, mientras que el impulso principal para una pugna de intereses con la metrópoli se sitúa precisamente donde casi no había indios, en el Río de la Plata y en Venezuela.

Los colonos estaban acostumbrados a violar las leyes, "*Obedezco pero no cumplo*". Con Carlos III, los Borbones de España pretendieron cambiarlo, hacer eficaz el Estado, sacar un mejor provecho de las co-

lonias allende el mar. Mientras en Norteamérica el desafío aparente era económico, al haber querido Inglaterra reservarse el mercado para sus industrias, en Sudamérica era sobre todo fiscal, pues la economía metropolitana y la de la colonia eran similares: misma exportación de minerales, dependencia comercial con respecto a las marinas extranjeras, élites aristocráticas poco inclinadas a los negocios; la única diferencia era que Sudamérica producía metales preciosos –de los que la metrópoli no sacaba tanto provecho. Para cambiarlo, Carlos III y los Borbones contaban con volver a tomar el control de la administración del país, una "modernización" gracias a funcionarios, o notables procedentes de la metrópoli. Hasta entonces, esta administración mantenía el equilibrio con la Iglesia, siempre sospechosa de defender a los indígenas, y con las élites locales cuya riqueza se desarrollaba. Ahora bien, hasta las medidas adoptadas en contra de los jesuitas parecieron arbitrarias, por lo menos en México y en Chile, pues se trataba de gente del terruño. *Eso indica que ya no se temía a la intención lascasiana*, y que era posible oponerse directamente a la administración real. Sobre todo, mientras el ejército impedía que los criollos ascendieran en la jerarquía, las élites comprobaron que la tasación comenzaba a afectarlas a medida que el aparato administrativo de control se desarrollaba, y proporcionalmente, eran cada vez menos los criollos que podían comprar audiencias (oficios) –sólo el 23% del total, mientras que el resto correspondía a los metropolitanos, cuando la población criolla aumentaba, se enriquecía y estaba arraigada en el país. *En el fondo, los criollos consideraban que España los colonizaba*, y en 1781 estallaron rebeliones en contra de los impuestos en Nueva Granada.

La hostilidad no dejaba de aumentar entre los criollos y los peninsulares –los "metropolitanos"– y surgía el antagonismo de los propietarios patricios hacia los funcionarios necesitados que venían a imponerles la ley.

Sin embargo, los criollos también tenían el ojo puesto en sus sirvientes, indios sobre todo, pero asimismo mestizos. Preferían todavía España a la anarquía, frente al riesgo de rebeliones como las que había enfrentado Perú de 1742 a 1782. Sin duda, la rebelión india se vinculaba con las dificultades creadas por la baja de los precios agrícolas, y su proyecto de vuelta al pasado utópico se figuraba más antiespañol que anticlerical. Desde luego, unos 20 caciques habían elegido el campo de los españoles y de los criollos. Pero éstos tenían una conciencia muy clara de la amenaza latente, que existía en otras formas en Nueva Granada –por ejemplo–, en donde el mulato Galán había marchado sobre

Bogotá. Y, en cierta manera, la rebelión de Haití tenía un valor ejemplar para la América española: no había que permitir que se reprodujera. Era una advertencia. Naturalmente, los criollos impacientes de gobernar solos su propio país pensaban menos en los efectos perversos de la Revolución francesa que en las ventajas que la independencia de Estados Unidos había brindado a los insurrectos. Se apoyaban también en la literatura de la Ilustración –Locke, Rousseau, Adam Smith, etc.–, no para defender los derechos de los mestizos o de los indios, sino para combatir el despotismo de los Borbones de España.

Lo que determina a hombres como Francisco de Miranda, o Simón Bolívar –él mismo un poco mestizado–, a imaginar una solución radical, es la debilidad de España. Cuando Madrid pretende mostrarse eficaz, los medios de los que dispone la metrópoli son irrisorios. La toma de Buenos Aires por los ingleses, en 1806, ya había dado prueba de ello. Ninguna flota española había podido interceptarlos. Pero los invasores subestimaron la voluntad de defensa de los habitantes de la capital. Fueron las milicias criollas, animadas por Saavedra, las que expulsaron a los ingleses. Así, España había sido humillada, y fueron los habitantes del Plata quienes aseguraron la defensa de *su* colonia. Probando el poder, descubriendo sus fuerzas, ya no lo olvidaron.

En México, la situación fue diferente. Cuando quiebra la monarquía española de 1808 a 1815, el primer movimiento de independencia partió a iniciativa de un pequeño cura venido a menos, de origen criollo, por cierto, pero muy cercano a los indios. Fue tanto un movimiento antiespañol como una especie de revolución social, étnica también, pero confusa –aunque no hay que hacer del cura Hidalgo, y luego del cura Morelos, los antepasados de Zapata: el primero había llamado a la insurrección por "el rey, la religión, la Virgen morena de Guadalupe y contra los españoles", el segundo levanta en su contra a esos españoles, pero también a los criollos y al clero, cuyas tierras desea repartir. El primero es ejecutado en 1811, el segundo en 1815.

Cuando en España estallan movimientos liberales que pueden amenazar la hegemonía de los colonos, éstos reaccionan y se unen muy normalmente a un oficial criollo, Agustín de Iturbide, que había aplastado a Morelos; proclama el Plan de Iguala, llamado de Las Tres Garantías –independencia, unidad en la fe católica, igualdad entre peninsulares y criollos. Se trataba en efecto de un movimiento de independencia-colono.

De hecho, tenía como objetivo latente contener la recuperación de poder de la comunidad india. En efecto, en México, no se aplica en todas partes (cf. W.B. Taylor, *Landlord and Peasant in Colonial Oaxaca*

el esquema colonial de la hacienda, feudo inmenso e improductivo perteneciente a grandes familias, que hacen trabajar a peones retenidos por sus deudas, y que dominan a los pueblos indios despojados de sus tierras fértiles y refugiados en las alturas. Existen regiones, por ejemplo el obispado de Oaxaca, al sur del país, donde la mayoría de las comunidades indias conservaron su integridad: la aristocracia perdió su poder político, es cierto, pero pudo incrementar sus tierras, y los pueblos mismos supieron defender sus derechos. En 1800, la propiedad india abarca los dos tercios de las tierras cultivadas en los valles. En cuanto a la propiedad criolla, bien diferenciada, es pequeña y dispersa, inestable (las ocho principales haciendas cambian 89 veces de dueño en la época colonial), mientras que el clero se otorga la mejor parte, sobre todo los dominicos, que controlan las hipotecas y la vida financiera de la región. Aquí, el poder no pertenece a los que poseen la tierra, sino a los comerciantes y al poder político.

Más que en otras partes, aquí, la revolución de 1821 tiene por objeto restablecer el olvidado respeto por los indios. Al leer a Brian R. Hamnett, se comprende que la segunda independencia haya sido, en efecto, una reacción.

En cierta medida, la independencia de los países de la América india abría el camino a un nuevo orden colonial, que poco después puso a esos países bajo el imperio económico de nuevas metrópolis: Estados Unidos y Gran Bretaña. El endeudamiento de los nuevos estados que se formaron *prefigura el neocolonialismo* del siglo XX. El caso de Brasil es similar, aun si la independencia se vincula con circunstancias diferentes, pero asimismo con una quiebra de la monarquía (1822).

Se observa una situación similar a la de la América española en Angola portuguesa, en donde el separatismo de la minoría blanca dispone de cierto vigor a la hora de la independencia de Brasil, del que Angola era, a su manera, una colonia. Ante la agitación de los asimilados que amenazan con su preponderancia, los colonos, a menudo exiliados, expresan veleidades de republicanismo y consideran la unión con Brasil. La instauración de la República en Portugal, en 1910, no cambia en nada la situación, sino por el contrario: pues las nuevas leyes contra el trabajo forzado van en contra de los intereses de los colonos. Hombres fuertes procedentes de Lisboa anuncian entonces el *Estado Novo* instituido en 1926, el cual hace desaparecer esas veleidades independentistas garantizando a los colonos la "comprensión" del régimen de Lisboa y de su policía, la PIDE.

RHODESIA: LA INDEPENDENCIA-COLONO, "FASE SUPERIOR DEL IMPERIALISMO"

La situación en Sudáfrica presenta el rasgo original de que los propios colonos fueron los que iniciaron la reactivación imperialista de los años 1877-1901 y de los conflictos internacionales que se aunaron a los antagonismos locales –cuando en otras partes, muy a menudo, la expansión imperialista tenía sus raíces en la metrópoli.

Al principio, la Sudáfrica británica era vecina de las Repúblicas bóers –Orange y Transvaal– y de las comunidades africanas. Una situación que conjugaba las dificultades enfrentadas en Canadá –la presencia "de extranjeros", franceses–, en Nueva Zelanda –la resistencia maorí–, en Irlanda –la oposición entre dos confesiones.

En lo esencial, esta Sudáfrica constaba de dos colonias, el Cabo y Natal, que no tenían el mismo grado de autonomía. La primera controlaba a los soto de Basotoland así como a los nguni de Transkei, mientras que Natal no gozaba de esta situación de semimperio; lo que no impedía que sus colonos se interesaran en las tierras arables de los zulúes, de los swazis, de los tongas.

Estas comunidades negras gozaban, en esa fecha, de una plena libertad, aun si formalmente dependían más o menos de una autoridad británica.

Al lado, los dos estados bóers coexistían, pero como Orange era un Estado independiente en la Sudáfrica británica desde 1852, sólo Transvaal gozaba de una independencia de hecho, por lo menos desde la convención de 1881. A la manera del Cabo, controlaba las comunidades negras de Stellaland y de los zulúes.

La presencia británica parecía ser en Londres una necesidad inevitable, debido al papel de la ruta del Cabo –que seguía siendo esencial aún después del paso de Suez– y que "debe conservarse a cualquier precio" (Charles Dilke, *Greater Britain*). Este precio, es el control de las tierras interiores, pues "no podríamos controlar el Cabo si no controlamos el resto". El otro motivo es la defensa de los intereses propios de la comunidad británica, que bruscamente se multiplican, con el descubrimiento de las minas de diamante en Transvaal en 1867, del oro del Rand en 1881, y luego del cobre en Rhodesia. Se trataba, sin duda, de riquezas en territorio bóer; sin embargo, en la medida en que los holandeses del Cabo –mayoritarios en esa época– se integraban al Imperio británico, tanto como los franceses de Canadá y mejor que los irlandeses, parecía posible, en Londres, construir una Unión suda-

fricana bajo la bandera británica. Por lo demás, en varios conflictos entre los bóers y los zulúes, los ingleses estimaron que los *afrikaners* los ayudaban a mantener la paz y el orden.

Éste era el "lineamiento" de la política imperial, vista desde Londres. Pero el Cabo tenía sus propios puntos de vista sobre la situación, y, a su manera, el "colonialismo" –llamado así en ciudad de El Cabo– se opuso al "imperialismo" –definido como la política del gobierno británico.

Ante todo, los colonos quieren zanjar el problema indígena. Las guerras entre cafres y zulúes, las incursiones de unos y otros en aquellas tierras que "la civilización había conquistado", he aquí lo que creaba una situación tanto menos soportable porque, con el descubrimiento de las minas de diamante y de oro, se abría un porvenir extraordinario para la colonia. Ya su resistencia, la inseguridad que perpetuaban, había retrasado el equipamiento del país, incrementado las defensas, afectado el nivel de vida de los colonos. "Debemos, ya sea limpiar el país, o hacernos respetar; pues, adonde vayamos, entramos en contacto con tribus bárbaras... La única solución es ponerlas bajo nuestro control. Será difícil pero es inevitable. Tenemos que mandar sobre las tribus", escribía ya el gobernador Brownlee en el momento de las rebeliones en Transkei, a fines de los años de 1870.

De todas maneras, consideran los colonos, el destino de la barbarie frente a la civilización, es ceder. Hay que llevar a los negros por los caminos del progreso, y el primer éxito consiste en hacerlos trabajar. Anthony Trollope escribe:

> El trabajo es lo que civiliza... Si vinieran aquí a ver a estos hombres, que, hace diez años, vivían en un estado de total salvajismo, sabrían cómo trabajan: llegan a las 6 de la mañana, se van a las 6 de la tarde. Ingieren aquí sus alimentos, aprenden a saber emplear su sueldo. Cuando veo a 3 mil o 4 mil, trabajar aquí en las minas de Kimberley, tengo la sensación de que están naciendo 3 mil o 4 mil nuevos cristianos.

Y Trollope desea que los Kimberley se multipliquen en el continente. La construcción de los ferrocarriles enseña a los bantúes el uso del pico y de la pala; la utilización del ferrocarril les trae la noción del tiempo. "Sobre todo, comprenden cuál es el principio primordial de la civilización, el trabajo."

Así, la guerra en contra de los zulúes en 1879 se identifica con un combate por la civilización, pues "no se puede dejar a esos pueblos solos, aparte".

Y pronto, la penetración de Cecil Rhodes en Zambeze es en realidad el efecto de ese expansionismo-colono, más que una iniciativa de la metrópoli. Mas, simultáneamente, tanto en el Cabo como en Natal, se percibe que existen también indicios de que se está dando una especie de voluntad común, tanto entre los indígenas de la región zulú como en Transkei, etc., de expulsar a los invasores blancos. "Engañamos a los cafres, queremos que trabajen y les cogemos sus tierras...", señalaba Trollope. Pero los negros eran conscientes de ello:

"Al principio, los blancos llegaron y tomaron una parte de nuestras tierras... luego se desarrollaron y fueron más lejos, con su ganado. Después construyeron y, una vez consolidados, crearon misiones para someterlos por medio de magia... Primero un fortín, luego la tierra, después las misiones, para empujarlos cada vez más lejos." Un jefe xhosa comentaba: "El gobierno no me habla como a un hombre; no me dice: 'voy a tomar esto o aquello'... Me roba mis derechos con perversidad... el gobierno es un lobo" (citado en D.M. Schreuder, *The Scramble for Southern Africa*).

La situación de los bóers era diferente –y también sus relaciones con los africanos. No eran muy numerosos –poco más de 30 mil en Transvaal como en Orange–, pero su estructura familiar fuerte, su entrenamiento en la lucha de comandos, los hacían aptos para resistir las infiltraciones de las tribus africanas, con las que concluían acuerdos de vecindad. Pero lo esencial era sobre todo que, siendo casi exclusivamente ganaderos al igual que los africanos, tenían una mejor inteligibilidad de los problemas de la cohabitación; y, además, que a diferencia de los ingleses de Natal o del Cabo, sabían que no eran lo bastante fuertes para someter a las principales comunidades africanas. La dinámica de su expansión se vinculaba con el desarrollo de su ganadería extensiva que requería siempre más tierras, a medida que la población y la riqueza ganadera aumentaban y se multiplicaban. El presidente S.W. Pretorius pensaba empujar las fronteras hacia el oeste, al territorio Tswana, o al norte, hacia el territorio Ndebele; Kruger apuntaba más bien a Swazilandia, al suroeste, viendo en ello también una vía de acceso al mar. Por su parte, Joubert respaldaba las intrusiones bóers en Zululandia, encarnando más que sus rivales esta política expansionista, buscando sembrar la división entre los indígenas, cuyos territorios tomaban los bóers poco a poco. Pero la fragilidad de su organización política les impidió hacer más, por lo menos hasta la primera anexión de Transvaal en 1877. Esto cambió después de la revancha de Majuba y de la retirada de los ingleses, en donde el resentimiento contra la per-

fidia de Albión –que había puesto antes la mano sobre Basutolandia– animó a la nación bóer, cuya identidad ya no dejó de afirmarse.

En cuanto a las comunidades políticas africanas, fueron ellas las que por su resistencia decidieron los lugares de implantación de los colonos, que se instalaron donde pudieron. Los xhosa de Transkei se opusieron durante casi un siglo a la avanzada europea; y durante largo tiempo también los zulúes de Natal, los zoco de las planicies centrales, los bapedi de Transvaal, los ndebele de Zambeze. Pero estos africanos jamás supieron constituir un frente común en contra de los bóers o de los ingleses, y éstos supieron jugar los unos contra los otros, y hasta crearon conflictos en el interior de dichas comunidades. Ahora bien, no fue antes de los años de 1870 cuando una inteliguentsia negra empezó a surgir y a tener una visión global de la situación: nació en el seno de las misiones. La fundación de una Thembu National Church, por Nehemiah Tile, un wesleyeno, en 1884, constituye un punto de referencia, antes de la actividad pionera de Tengo Jabavu, el primer negro occidentalizado, quien, en cierta manera, hizo un llamado al cumplimiento de los deberes de Gran Bretaña frente a los excesos de los colonos. Muchas desilusiones esperaban a quienes adoptaron esa posición.

De hecho, ni entre los africanos, ni entre los bóers, ni siquiera entre los ingleses –entre quienes la gente del Cabo y de Natal entraba fácilmente en conflicto–, reinaba la menor unidad de puntos de vista o de comportamiento. Además, las diferentes comunidades no estaban realmente reunidas, salvo a ambos lados de algunas líneas fronterizas muy segmentarias. El asentamiento presentaba más bien el dispositivo de una piel de leopardo.

Así, podía estallar cualquier conflicto.

Fue la presión de los colonos del Cabo la que, a partir de 1877, desencadenó una mecánica de conflictos casi ininterrumpida... Llevó a los xhosa a reaccionar en contra de los negros aculturados, de los tchembú de Transkei, lo que provocó una serie de levantamientos en cadena, que hizo 60 víctimas blancas, quedando las negras sin contabilizar... Mbandzeni, rey de los swazi, justificaba así su conducta, que pretendía ser conciliadora: "Tengo blancos a todo mi alrededor. Por la fuerza, tomaron tierras y territorios de mis vecinos. Si no les doy derechos aquí, se los atribuirán. Entonces, les doy esos derechos cuando los pagan. ¿Por qué no podríamos comer antes de morir?" Pero otros no reaccionaron así. El contagio de las guerras llegó también a Zululandia, cuyo monarca, Cetshwayo, había creído poder en-

trar al pequeño juego de las alianzas –con Natal contra los bóers–, y fue él mismo víctima de las luchas entre facciones; se vuelve una especie de príncipe fantoche, recibido en Londres con honores... Durante ese tiempo, los ingleses sustituyen este Estado por 13 pequeños reinos que acentúan la descomposición de la antigua monarquía de Chaka.

La intervención de Alemania y su ocupación del suroeste africano, la amenaza sobre todo de que se instalara en la bahía de Santa Lucía, en 1884, en la costa este, justo al norte de Natal, en Zululandia, no dejaron de complicar el juego de las rivalidades intersudafricanas, viéndose Londres obligado a meter las narices. Mas, naturalmente, fue la revolución del oro y del diamante, en Witwatersrand, combinada con la política de resistencia de Kruger, lo que exacerbó los apetitos, transformando pronto la región en una arena de rivalidades internacionales. La producción de oro aumentó de 10 000 libras esterlinas en 1884 a 8 603 821 en 1896; las exportaciones de diamantes alcanzaban 4 247 000 libras esterlinas en la misma fecha, rebasando a todas las otras salvo el oro, que representaba el 51% del total de las exportaciones. La irrupción de miles y miles de inmigrantes acompañó esta afluencia: en esa época, los hombres jóvenes procedentes del extranjero eran en Transvaal mucho más numerosos que los autóctonos blancos, es decir, los bóers.

En este contexto, los blancos deseaban más que nunca crear un orden colonial favorable sólo a sus propios intereses.

Ello fue evidente cuando la British South Africa Company de Cecil Rhodes se apoderó de la región de Zambeze, mientras que el gobierno de Londres se oponía a ello. "El tiempo de una absorción pacífica y graduada de la región ha caducado", escribía Jameson al hermano de Cecil Rhodes. Y, aunque Londres haya condenado los métodos que consistían en suscitar conflictos para avanzar, siempre avanzar, la BSA progresaba, y los británicos de Londres dudaban de hacerse cargo de una ocupación que habría arruinado al Tesoro. Sin aprobar el método, lord Milner, alto comisario en Sudáfrica, establecía el siguiente diagnóstico: Cecil Rhodes trabaja para hacer del territorio de la Compañía una colonia aparte, que más tarde se gobernará sola... Desearía unirla al Cabo y a Natal, y estas tres colonias ejercerían entonces una terrible presión en las repúblicas bóeres para que se integren en una Federación...

Se ha recordado sobre todo la segunda vertiente de esta estrategia, debido a las guerras subsecuentes. Pero la primera vertiente sobrevi-

viría a todas las peripecias –*el nacional-colonialismo sobrevivió al imperialismo* británico, por lo menos en Rhodesia, si no en toda Sudáfrica.

Después de la guerra anglo-bóer de 1901, la gran preocupación de los británicos fue asegurarse la lealtad de la Unión Sudafricana, ese miembro del Commonwealth que más merecía estar bajo vigilancia. Pero, la voz del general Smuts, de origen bóer, no dejó de responder al llamado del monarca, tanto en 1914 como en 1940, aunque existieran entre los bóers fuertes corrientes proalemanas. Sudáfrica no dejó de resistir las exhortaciones de Londres, que quería verla aplicar las etapas habituales en otras dependencias y que satisfacían más o menos las exigencias de *self-government* de los pueblos de color. Así, en 1951, denunció la marcha de la Costa de Oro (Ghana) hacia ese *self-government.* Algunos años después, más que ser expulsada del Commonwealth, imaginaba *salir* de él, incluso constituir un gobierno en el exilio.

Simultáneamente, cuando Sudáfrica veía desarrollarse un proceso de separación con respecto a Gran Bretaña, se perfilaba otro, el separatismo de uno de sus componentes, Rhodesia del Sur, cuyo nacional-colonialismo fue el origen de una crisis que estuvo a punto de provocar una ruptura, si no la guerra con el resto del Imperio.

Se habían manifestado premisas en Rhodesia del Norte, durante las negociaciones acerca de la constitución de una Federación Centroafricana que debía reunir, entre otros, a Niassalandia, Rhodesia del Norte y Rhodesia del Sur. Era una maniobra de Londres para que las dos Rhodesias se separaran de Sudáfrica. Ahora bien, aquellos años de 1960, en los que un gran número de estados se volvían libres, eran realmente los años de África; y los líderes negros, como Kenneth Kaunda, habían decidido jugar el juego, en la medida en que algunas de sus exigencias serían satisfechas: a saber, que la condición de los africanos del conjunto de este país por federar fuera reconsiderada. "Hay que seguir adelante, fría e inflexiblemente; es el camino de la sabiduría en este periodo de trastornos revolucionarios", escribía el *Times* del 14 de febrero de 1961. Subestimaba la fuerza del colonialismo en las dos Rhodesias. En su carta semanal a la reina, Harold Macmillan planteaba que, si él se inclinaba demasiado del lado de los europeos, la confianza de los africanos hacia Su Majestad se vería dañada; habría serios desórdenes en Rhodesia del Norte, que provocarían una mancha de aceite en Rhodesia del Sur y en Niassalandia, y dimitirían ministros; el gobierno y el partido estarían divididos. Sucedería lo mismo si se inclinaban del lado de los africanos, incluso sin satisfacer-

los del todo. Los europeos ya no tendrían fe en Su Majestad, la Federación se volvería independiente y habría una guerra civil en la que los funcionarios, las tropas y los africanos se opondrían a los europeos. Las propuestas del secretario de las Colonias suscitaron motines después de los cuales 2 500 negros fueron encarcelados; las negociaciones subsecuentes no dejaron de dar algunas garantías a los africanos, y, en 1964, a costa de un abandono del proyecto de Federación, Rhodesia del Norte, o Zambia, se volvía independiente.

Lo que Roy Welenski no había realizado a gran escala, una Federación, fue lo que Ian Smith se atrevió a hacer en Rhodesia del Sur. Heredando las fuerzas armadas de Rhodesia del Norte, declaró unilateralmente la independencia de Rhodesia del Sur, el 11 de noviembre de 1965. Esta UDI (Unilateral Declaration of Independence) provocó un clamor de indignación, que Ian Smith pretendió ignorar ya que dio un paso más proclamando la República... Así, puesto ante un hecho consumado, el gobierno inglés –en lo sucesivo laborista desde que Wilson había remplazado a Macmillan– pensó en recurrir a la ONU, y hasta en intervenir militarmente, pero era evidente que la opinión metropolitana era hostil a que británicos dispararan contra británicos –para defender los derechos de los negros. Hubiera sido un nuevo Argel 61, pero esta vez inglés y laborista. Era cierto que los ingleses ya habían disparado contra insurrectos, pero en Kenia contra los mau-mau, o en Adén. No contra colonos blancos. La conferencia del Commonwealth obtuvo del gobierno británico que no reconociera esa independencia más que si se garantizaban los derechos de la mayoría africana. Como el gobierno de Bulawayo estaba respaldado por Sudáfrica, Julius Nyerere, presidente africano de Tanganica, advirtió entonces a Londres que, si Sudáfrica seguía siendo miembro del Commonwealth, él se retiraría de éste. Bajo la presión de los demás estados del Imperio, el gobierno inglés decidió elegir al África negra.

Sin embargo, en Sudáfrica, el nacional-colonialismo había dado origen a la independencia, fase última del imperialismo. Muchos años habrían de transcurrir antes de que los negros vieran reconocer sus verdaderos derechos y de que Rhodesia recuperara el nombre del antiguo reino que había preexistido a la llegada de los europeos y de Cecil Rhodes: Zimbabwe.

Es un movimiento de independencia de naturaleza idéntica lo que encarna Jorge Jardim en Mozambique; traduce bien la ambigüedad de los sentimientos de fidelidad hacia la metrópoli, que no era la madre patria más que en la medida en que permitía que se ejerciera el

racismo colonial sin el menor obstáculo. Lo que, *a fortiori*, fue cierto en Sudáfrica.

ARGELIA 1958. UN MOVIMIENTO COLONO CAPTADO POR EL GAULLISMO

Entre el movimiento de los colonos en Sudamérica a comienzos del siglo XIX, y el de los colonos del Magreb y sobre todo de Argelia, a mediados del siglo XX, existen similitudes. Evidentemente son de carácter estructural.

Ya en la fase de la conquista, los colonos habían presionado para extender las tomas de posesión territoriales (un rasgo que se observa en Sudáfrica). Sobre todo, cuando la resistencia de las poblaciones indígenas se vuelve amenazante, la imputan a la debilidad de los agentes de la metrópoli, aquellos *capuchinos* (metropolitanos). Cuentan con ellos para reprimir –aquí a los indios, allá a los árabes–, pero poco admiten que El Escorial o París tenga una política indígena carente de su aprobación,.

Cuando la tensión se volvió demasiado fuerte y la metrópoli pareció incapaz de actuar, los colonos de Sudamérica proclamaron su independencia. En el Magreb, consideraron que la debilidad de la IV República les permitía imponer su punto de vista.

En realidad, más que un partido colonial de estilo antiguo, del que sobreviven, después de la guerra, publicaciones o asociaciones –unas cincuenta–, entre las cuales se encuentran *La Ligue Maritime et Coloniale, Marchés Tropicaux*, los colonos disponen de una especie de *lobby* informal. Éste consta al mismo tiempo de diputados, como el presidente del RGR (Rassemblement Gauche Républicaine, Agrupamiento de Izquierda Republicano), Borgeaud, uno de los más grandes propietarios de Argelia, el vicepresidente de los republicanos independientes, Rogier, abogado en Argel, notables como Antoine Colonna y Gabriel Puaux, de Túnez, altos funcionarios muy poderosos, como Philippe Boniface en Rabat. El conjunto es dominado por René Mayer, diputado de Constantina, León Martinaud-Deplat, varias veces ministro, y Émile Roche, vicepresidente del Consejo Económico y del Partido Radical. Hacia 1950-1954, controlan una parte del Consejo de la República y disponen, en la Cámara, del apoyo de los gaullistas, quienes, sin el aval explícito del general De Gaulle, consideran, como dice Georges Pompidou, que, "si los ata-

ques de los parlamentarios pueden ayudar a la desaparición del régimen, qué importa su contenido". Por último, los gobernadores son algunas veces "coloniales", como el mariscal Juin, residente general, quien, en Marruecos, pretende que Francia perpetúe su dominio sobre el país.

Los colonos saben bien, por lo menos en Túnez y en Marruecos, que viven en protectorados que pueden tener un fin, y que, por consiguiente, la autoridad del sultán y del bey, reconocida por los tratados, es una realidad que puede amenazar su posición en el país. Entonces, hay que crear una situación tal que permita que dure el protectorado; para lograrlo, los colonos consideran que es buena política desacreditar al sultán y a los poderes tradicionales, y volverse indispensables. La tarea parece ser relativamente fácil por lo grande que es, en la metrópoli, la ignorancia de los problemas de esos países y, más aún, el desconocimiento de los movimientos nacionalistas que pueden existir en ellos. Así, en 1954, Pierre Mendès France no sabía gran cosa de la especificidad de la cuestión argelina. Tres años antes, a propósito de Túnez, Robert Schuman utilizaba sin discernimiento los términos de autonomía, independencia, soberanía... creando un incidente con Túnez (sobre las reacciones de los nacionalistas, cf. pp. 347-352).

Cuando, a propósito de Marruecos, se traba, en París y en Rabat, una coalición para destituir al sultán –a quien se considera demasiado indócil–, nadie conoce las reglas que pueden permitir elegir a su remplazante. Los colonos apoyan vivamente la operación de fuerza que, con la ayuda del glaní de Marrakech, termina con el exilio de Mohammed Ben Youssef. Su argumentación es simple: cualquiera que negocie con el sultán o el bey es un traidor, y debe ser puesto en la picota, como el residente general Périllier, en Túnez –"su política es peligrosa, le dice Martinaud-Deplat, no puede sino debilitar a Francia"; esto se completa con una acusación de las "fuerzas ocultas", extranjeras necesariamente, que sostienen a los nacionalistas: el comunismo, como en Vietnam, y la Liga árabe, "agentes de los Soviets". En periodo de guerra fría, estos argumentos cumplen su función. El argumento inverso –que la situación se deteriora debido a los estadunidenses, o a la ONU– es asimismo operativo. Pero, en época de guerra fría, pone a los gobiernos en problemas y delimita las posibilidades de acción de los colonos. De tal manera que en Marruecos y en Túnez, la acción de los colonos no podría ser, a lo sumo, más que un aguijón. Pues las decisiones emanan de París, en donde el poder está en buenas manos, aun si éstas son de arcilla.

En Marruecos y en Túnez, el movimiento de los colonos tiene entonces la función de retrasar, mientras que en Argelia se juega al todo o nada –"la valija o el ataúd"–, y la blandura de la República puede ser mortal. Los colonos tienen conciencia de ello; hay que actuar.

Mientras, en Argelia, hablar de los nacionalistas era un tema tabú; el problema no estaba en el orden del día. Pero, después de 1952, las "reculadas" o los fracasos de la República en Túnez y en Marruecos, el auge del movimiento nacional argelino, inquietan a los *pieds-noirs* cuyos representantes, en París, saben bien, sobre todo después de Dien Bien Fu, que las derrotas francesas les dan alas... Madura lentamente la idea de que se necesita en París un gobierno fuerte, no un gobierno de compromiso. Éste es el sentido de los acontecimientos que, en Argelia, llevan al 6 de febrero de 1956, luego a mayo de 1958, cuando los colonos logran asociarse con el ejército –y cuando De Gaulle toma el poder.

Ahora bien, con la toma de poder del general De Gaulle, cometieron un error de diagnóstico, cuya gravedad tardaron algún tiempo en medir, después del "Los he entendido". Su resentimiento fue proporcional a lo que consideraron ser una mistificación: y jamás se lo perdonaron.

"La diferencia entre Vietnam y Argelia –decía el general Salan, en 1958–, es que en Vietnam, cuando me disparaban, eran los vietnamitas, mientras que en Argelia, son los franceses." Esta réplica sitúa claramente la hostilidad que pudo enfrentar la autoridad metropolitana –ya fuera ejército– cuando los colonos sospecharon que estaba transigiendo con la "rebelión", que no se contentaba con mantener el orden. Cierto es que se acusaba al general Salan de haber transmitido a *L'Express* el informe de los generales que concluía, antes de Dien Bien Fu, que no se podía ganar la guerra de Indochina. Se le reprochaba también haberla "liquidado", y luego, querer "liquidar" a Argelia... De hecho, conoce a Giap, ha admirado sus talentos, ha comprendido la manera en que los tímidos anamitas fueron transfigurados por el nacionalismo y el comunismo; ha comprendido lo que era la guerra revolucionaria, y, tanto en Argelia como en Vietnam, se esfuerza en "aguantar", "esperando la definición de una política nacional, que no acaba de llegar". Se le llama el Mandarín.

Ahora bien, a los colonos no les gusta ese tipo de declaraciones. Ven en ellas una señal de debilidad. Y sienten que su situación se deteriora, aun si no imaginan que pueda estar amenazada. Se obstinan en considerar que si su aportación a la prosperidad del país no goza

del reconocimiento de los musulmanes, se debe a que hay cabecillas que los desvían de un análisis sano de su situación.

No llegan a comprender el significado de esta frase que me decía Ferhat Abbas: "Qué me importa que se ponga electricidad en mi casa, si mi casa no es mía."

De hecho, desde las elecciones "a la Naegelen", los colonos siguen creyendo poder amañar las elecciones. La administración está dispuesta a tratar como delincuentes, "que trastornan el orden público", a quienes denuncien esos métodos. A pesar de la conciencia del peligro nacionalista que se desarrolla desde 1952, y más aún después de 1954, un tabú prohíbe hablar públicamente de la condición futura de Argelia.

Cuando la insurrección se desencadena, en noviembre de 1954, los europeos de Argelia desean no ver en ella más que una serie de atentados terroristas, cuyos autores "no representan nada"... Y, a decir verdad, en esa fecha, sólo una ínfima minoría musulmana está dispuesta a unirse al FLN o al MTLD, a pasar a la acción. Los representantes elegidos musulmanes estaban indecisos. Pero los europeos no quisieron ver esa oportunidad, negociar la modificación del estatuto de Argelia con verdaderos representantes: consideraban que, debido a su situación minoritaria –un millón de europeos, nueve millones de musulmanes, pero esta cifra no dejaba de aumentar–, otorgar una condición de igualdad a los árabes equivalía a entregarles el país... "El árabe es un promiscuo y la morisca una coneja", agregaba Ferhat Abbas riendo. Pero los europeos no se reían en absoluto.

Cuando la guerra abarcó una parte del país, los colonos pretendieron ignorarla al mismo tiempo que recurrían a la metrópoli... El FLN había iniciado esa guerra porque pensaba que después de Dien Bien Fu y de las negociaciones emprendidas con Túnez, la hora era propicia y no volvería a darse (cf. pp. 352-366).

El gobierno de Mendès France estaba entrampado entonces entre los problemas de la paz en Indochina, las negociaciones en Túnez, y el problema marroquí. "No conozco el expediente argelino, no he tenido tiempo de abrirlo", confiaba Mendès France a Ferhat Abbas, que había venido a hablar con él de ese expediente. "Argelia, no soy yo, vea a Mitterrand", le confía a Roger Stéphane, uno de sus amigos personales, cofundador de *L'Observateur*. Confirmación: Pierre-René Wolf, director de *Paris-Normandie*, hace saber a Marc Ferro, entonces profesor en el liceo de Orán, que el presidente del Consejo carece de información sobre Argelia: ¿puede enviar algunos análisis, a condi-

ción de publicarlos eventualmente en el cotidiano normando? En los archivos de Mendès France, Georgette Elgey encontró el subexpediente, "Notas Pelabon: Por qué Argelia está tranquila. ¿Puede seguir estándolo?"... En él se recuerda que los argelinos no sólo son musulmanes, sino también franceses, que ya no están nada colonizados, "[...] habiendo recibido la plena ciudadanía francesa con todas las prerrogativas que se le vinculan" (*sic*); y, en el otoño de 1954, Mendès France recibe a Ferhat Abbas, "cosa que jamás hizo ninguno de mis predecesores" (*sic*). "Contrariamente a lo que se dijo, la calma reina en Argelia", declara Mendès France; no quiere parecer un "liquidador", y luego, se dice, "no hay un interlocutor válido".

Gracias a Georges Dayan, François Mitterrand conoce mejor Argelia –sobre todo a sus notables europeos. Su objetivo es obtener la aplicación del Estatuto de 1947, o, por lo menos, un límite de los fraudes que resultaron en que los europeos manden sobre la casi totalidad de los representantes musulmanes. "Habría que disolver la Asamblea argelina", se le dice... "Decididamente extremista, Roger Stéphane", contesta Mitterrand. Al director de la Seguridad General en Argelia, Jean Vaujour, un metropolitano, Henri Borgeaud declara: "La cocina política argelina se hace en una olla argelina, por cocineros argelinos. Comprenda, desde luego, europeos de Argelia." "¿Elecciones honestas?" "Déjenos en paz, no habrá problemas políticos si ustedes no los crean", se contesta a Pierre Nicolai, director del gabinete de François Mitterrand. En el interior del país, los administradores desean una consulta leal, pero París quiere ignorarlos también y nombra a Catroux ministro residente encargado de preparar el cese al fuego... Es la cólera, el furor –el hombre que devolvió al sultán de Marruecos desde su exilio–, va a liquidar Argelia... El estado de ánimo es tal en Argel, en unas cuantas horas, que Guy Mollet posterga la nominación: su primera capitulación. La segunda se da el 6 de febrero, cuando, recibido por una multitud desenfrenada, transforma su proyecto de negociación –que sin embargo prosigue, pero en secreto– y nombra a Robert Lacoste en lugar de Catroux. Muy pronto, Lacoste no pelea más que en el frente del terrorismo, que se vuelve el frente de guerra, cuando había prometido a Guy Mollet –quien deseaba vengarse de los colonos– pelear también en contra de los *pieds-noirs* que sabotearían su política, definida por el tríptico: cese al fuego, elecciones, negociaciones. Por el contrario, éstos, poco a poco, le permiten actuar, pues hace la guerra y se encierra en fórmulas perentorias que lo obligan a pedir siempre más tropas ya que, según Lacoste, se está "en el último cuarto de hora".

Así, poco a poco, al implantarse otra política, desaparecen de la escena aquellos pilares de Argelia, aquellos grandes feudales de quienes se sentían solidarios los pequeños colonos, y que imponían la ley: el senador Borgeaud, el gran propietario del dominio de la Trappe, amo del valle de Chelif; el senador armador Schiaffino; el antiguo diputado Blachette, dueño del *Journal* de Argel, y rey del alfa; sólo Alain de Serigny, director de *L'Écho d'Alger* y alcalde de la ciudad, y Jacques Chevallier, con ideas relativamente progresistas, juegan un papel político activo: pero ya se rechaza a Chevallier, quien dijo: "Con o sin fez de zuavo, permaneceré en Argelia." ¿Qué podía significar esa declaración?

Todo esto empieza a irritar a quienes no querían ver ni oír: tienen el suficiente sentido para observar que los "grandes", en caso de problemas, tendrán bases en Francia, no los pequeños, los *pieds-noirs*, aquellos a los que encarnó *La Famille Hernandez* –españoles, judíos o franceses. Pero que París hable de reformas y, de inmediato, los notables de Argelia se oponen a ellas. Se oponen también a un alza del sueldo mínimo y agobian a París con telegramas, delegaciones de la Cámara de Comercio, "arruinaríamos la economía argelina".

A Pierre Mendès France, Henri Borgeaud indica además que sería imprudente llevar a cabo reformas administrativas en el momento "actual". Es asimismo lo que piensa René Mayer, antiguo diputado de Constantina, que tiene muchas voces en la Cámara.

"De arriba abajo de la jerarquía, todos los cuerpos organizados de Argelia estaban coaligados en contra de toda tentativa de reformas procedentes de París" (Pierre Nicolai, Georgette Elgey, el 23 de febrero de 1968). El diagnóstico era exacto.

Desde entonces, gracias a Franz-Olivier Giesbert y a Benjamín Stora, la historia hizo justicia en un punto a la acción de François Mitterrand quien, el 5 de noviembre de 1954, inmediatamente después de la insurrección,[1] declaró ante la Comisión del Interior de la Asamblea Nacional que "la acción de los fellaghas no permite concebir una negociación, de cualquier tipo que ésta sea. No puede encontrar más que una forma terminal, la guerra", frase que los polemistas abreviaron en una fórmula lapidaria, "la única negociación es la guerra". Más aún, en la circular 333, François Mitterrand, precisando sus instrucciones en lo tocante a la vigilancia de los militantes nacionalistas argelinos,

[1] Lo que define el FLN como el principio de la insurrección, el 2 de noviembre de 1954, fue, en realidad, una serie de atentados, una decena. En esa fecha, el término *fellaghas* todavía se reservaba a los insurrectos de Túnez.

indicaba que estas medidas "no deben provocar los errores que, en el pasado, permitieron creer que la ley garantiza en menor grado a los ciudadanos franceses musulmanes".

La historia lo testifica; comprueba sin embargo que la medida esencial tomada entonces por el ministro encargado de Argelia, después de los atentados cometidos en noviembre de 1954... fue la disolución del gran partido nacionalista, el MTLD.

Pierre Mendès France nombró entonces a Jacques Soustelle, cercano a De Gaulle, gobernador de Argelia –lo que era para los colonos una mala señal. El nuevo gobernador recibió una acogida reservada; no por ello dejó de ser confirmado por Edgar Faure en su mandato, después de la caída de Mendès France. Pero Jacques Soustelle logró hacer cambiar de opinión a los colonos, primero estigmatizando con fuerza los atentados y los crímenes cometidos por el FLN, luego haciéndoles comprender que integrar Argelia a Francia equivaldría a ahogar a los nueve millones de árabes entre los 45 millones de franceses –y no lo inverso, lo que temían. De golpe, los colonos aceptan las reformas Soustelle, favorables a los musulmanes, incluso el colegio único en Argelia... Y en el momento en que se vuelve popular debe partir, pues las nuevas elecciones han traído un gobierno Guy Mollet (febrero de 1956). Cien mil argelinos acompañan a Soustelle al puerto: el entusiasmo es tal que habrá que utilizar un carro para que pueda embarcarse sin ser asfixiado.

Una apoteosis seguida por un grito de cólera, el nuevo gobierno anunció su intención de negociar –con el FLN. Los colonos tienen la espalda contra el mar, tanto en Bab el-Oued como en Choupot o en Kebir: no cederán. Sin duda, en París, la Cámara negó a Robert Lacoste su ley-marco, pero en Argel, los *pieds-noirs* ya no tienen remedio. Si ven al ejército comprometerse cada vez más, saben también que el régimen se muestra incapaz "de poner fuego a la casbah", o, pronto en Suez, de acabar con Nasser (verano de 1956). Único éxito, la intercepción del avión de Ben Bella; pero el pasivo es tal que los suburbios están dispuestos a todos los extremos para que el ejército disponga de los medios necesarios para acabar con la rebelión.

Ya Robert Lacoste había desechado el tríptico de su primer ministro, Guy Mollet –cese al fuego, elecciones, negociaciones– para sustituirlo por su díptico: reforma y capitulación del FLN. Pero, después del fracaso de la expedición de Suez, los activistas *pieds-noirs* sienten la necesidad de actuar de nuevo y, alentados por el recuerdo del éxito del 6 de febrero, reactivan los proyectos de manifestación y de acción:

contra el FLN y contra el régimen. Frente al primero se organiza el contraterrorismo, frente al segundo, aparecen organizaciones salidas de la tierra, la "Organización de Resistencia de Argelia francesa", animada por el doctor Kovacs, antiguo campeón de natación, la "Unión Francesa Norteafricana", cuyo presidente, Boyer-Banse, reivindica a 15 mil adherentes y a quien sucede Robert Martel, un viticultor de Chebli, quien se une al doctor Martin, un anciano de la Cagoule. Pero también conspiran militares, como el general Faure, un poujadista, que considera un doble alzamiento, en Argel y en París; y otros son informados de ello.

Así, el hecho nuevo es que los colonos quieren imponer su ley en París, con la diferencia de que ya no son los notables los que conducen el baile, sino los activistas *pieds-noirs*, intentando arrastrar a los militares a un complot; el movimiento se vuelve plebeyo y se militariza.

En efecto, existía una rebelión latente en el ejército, consecuencia del eslabonamiento de las derrotas que tuvo que padecer, de Dien Bien Fu a Rabat, de Rabat a Suez. Y como se sospecha (erróneamente) del Mandarín Salan, "ese republicano, masón y liquidador", es un gesto patriótico librarse de él, explica el doctor Kovacs, quien le dispara con una bazuca.

¿El proyecto? Poner a la cabeza del ejército al general Cogny, reputado gaullista, y luego tomar el poder en París e instalar a Soustelle y Debré, que no dejan de atacar a los gobiernos. Mitterrand ve en esos gestos un complot que apunta al régimen, desde luego; tendiendo a la secesión entre Francia y Argelia. ¡Desde luego que no! Se trata de tomar el control del gobierno para perpetuar la Argelia francesa, argelianizar Francia, si es necesario. "Hagamos un Brumario", había dicho el abogado Biaggi, uno de los conspiradores parisienses. "No –contesta Soustelle–, Brumario, sería la secesión. Lo que hay que hacer es una integración."

Punta de lanza de la agitación contra el régimen en la metrópoli, el abogado Biaggi se las jugaba con Soustelle. Pero este último quería a De Gaulle. Ahora bien, los argelinos están recelosos. Serigny refiere en su *Révolution du 13 mai* que se duda tanto de sus proyectos como de su determinación. Soustelle, por su parte, vuelve a decir que, si es el ídolo de los *pieds-noirs*, es el anticristo de los parlamentarios. Toda la operación del 13 de mayo consistió en llevar al ejército –lo que asustará a París– y exigir a De Gaulle, ya que en el Parlamento se pretende ignorar su existencia. El papel de coordinación que Soustelle juega en Argel, Michel Debré lo desempeña en París donde, al caer el

gobierno Gaillard, René Coty nombró a Pierre Pflimlin. Los activistas recurren a Lacoste para que se niegue a obedecer, pero este último escurre el bulto. Entonces, Argel se moviliza, y los activistas empujan a los militares a manifestarse: Massu, luego Salán, quien acaba por gritar "viva De Gaulle".

Los trece complots del 13 de mayo habían culminado en el llamamiento a De Gaulle; los dirigentes argelinos, salvo Serigny, tenían poco que hacer: mas, sin los *pieds-noirs* movilizados, ¿habría habido un golpe de Estado?

VIII. EL GERMEN, LOS INCENTIVOS

"Nos habíamos vuelto extranjeros en nuestro propio país." Esta fórmula, la historia la ha encontrado varias veces, palabra por palabra. Fue dicha por Gandhi primero, luego por Pham Quynh, uno de los consejeros de Bao-Dai, en 1945, cuando los japoneses notifican que sustituyeron a la administración francesa. Fue pronunciada también por los árabes de Argelia, hacia 1952: al igual que los vietnamitas, ya no gozaban de las libertades fundamentales. Se la escuchó asimismo entre los mexicanos-norteamericanos de Nuevo México, de Arizona, etc., tratados por Washington como extranjeros inmigrados, cuando están en casa a ambos lados de la frontera instituida en 1848 en el momento en que los yanquis se anexaron las tres ex provincias mexicanas. Se la sigue escuchando en Centroamérica.

Una de las situaciones más típicas era sin duda la de los habitantes de la India, a los que la administración inglesa disoció poco a poco de su modo de organización.

En el mundo de la casta, en el que, a través de una red de relaciones de extensión variable, la condición de las personas importa más que sus funciones en el marco de un territorio definido, el papel de los monarcas y de las jerarquías de Estado no se sitúa en la misma relación que en Occidente. No existe relación funcional entre lo político y lo social. De tal manera que las pequeñas entidades territoriales pueden estar inmersas en el sistema de las castas, el monarca al igual que la comunidad pueblerina. Jacques Pouchepadass demostró que los ingleses, al atribuir a los soberanos el título de zamindares, encargados de percibir las rentas que debían entregarse en parte al gobierno colonial, hicieron de esos zamindares propietarios en el sentido occidental del término, imponiendo estas reglas de derecho privado occidental en las costumbres de los indios. Los zamindares no por ello dejaron de recaudar los cánones habituales, perpetuando la relación de autoridad que preexistía a la llegada de los ingleses. Sin embargo, algunas de las prácticas sociales tradicionales se volvían "ilegales", obedeciendo al Criminal Castes and Tribes Act, lo que despojaba a los individuos de su identidad social real (cf. p. 44).

Se observa un desposeimiento igual de violento en el África negra,

donde las colonizaciones inglesa y francesa sustituyeron por su modo de organización, liberal y estatal, los sistemas llamados "englobantes" (J.-L. Amselle), en los que el poder "político" tampoco es garantía de unidad de toda la sociedad.

La presencia extranjera es resentida de manera aún más violenta en las colonias llamadas de asentamiento, en las que la instalación masiva de metropolitanos refuerza la impresión de dependencia, aun si, en el espacio francés, la política oficial pretende ser asimiladora. Desde luego, en más de una ocasión, sobre todo durante el imperio de Napoleón III, el emperador "arabófilo", el ejército y la metrópoli pudieron ayudar a los indígenas de Argelia a defenderse de los excesos de los colonos; la idea de un reino árabe implicaba la salvaguarda de cierto número de instituciones y costumbres de origen berberisco o islámico. Pero la última palabra la tuvieron los intereses económicos, más o menos vinculados con la idea de que las poblaciones se integrarían a la civilización europea.

Extranjeros en su propio país, los colonizados lo fueron, es cierto, sin embargo, con la diferencia de que la política de las metrópolis varió: a veces exterminaron a los indígenas, otras los expulsaron, otras más destruyeron su modo de vida, sus instituciones, o los integraron más o menos a su espacio, el de la República en el caso francés. Pero a lo largo de uno o dos siglos, siempre en el caso francés, el desposeimiento fue una realidad, la integración un mito, salvo en lo tocante a una minoría.

Situaciones intolerables que constituyeron el germen de los movimientos antieuropeos. Ahora bien, otras circunstancias, vinculadas con aquéllas, contribuyeron al desarrollo de los movimientos que apuntaban a la independencia.

NUEVAS ÉLITES Y MOVIMIENTOS POPULARES

Algunos rasgos, generales o específicos, predeterminaron los movimientos de liberación, orientaron su acción.

Primero, se formularon nuevas élites, unas que pertenecían al movimiento de los negocios, de las actividades económicas vinculadas con la colonización, ante todo en la India, en donde se constituyó una verdadera clase capitalista entre 1880 y 1930, la cual supo penetrar en los medios más avanzados internacionalmente. Así sucedió con la di-

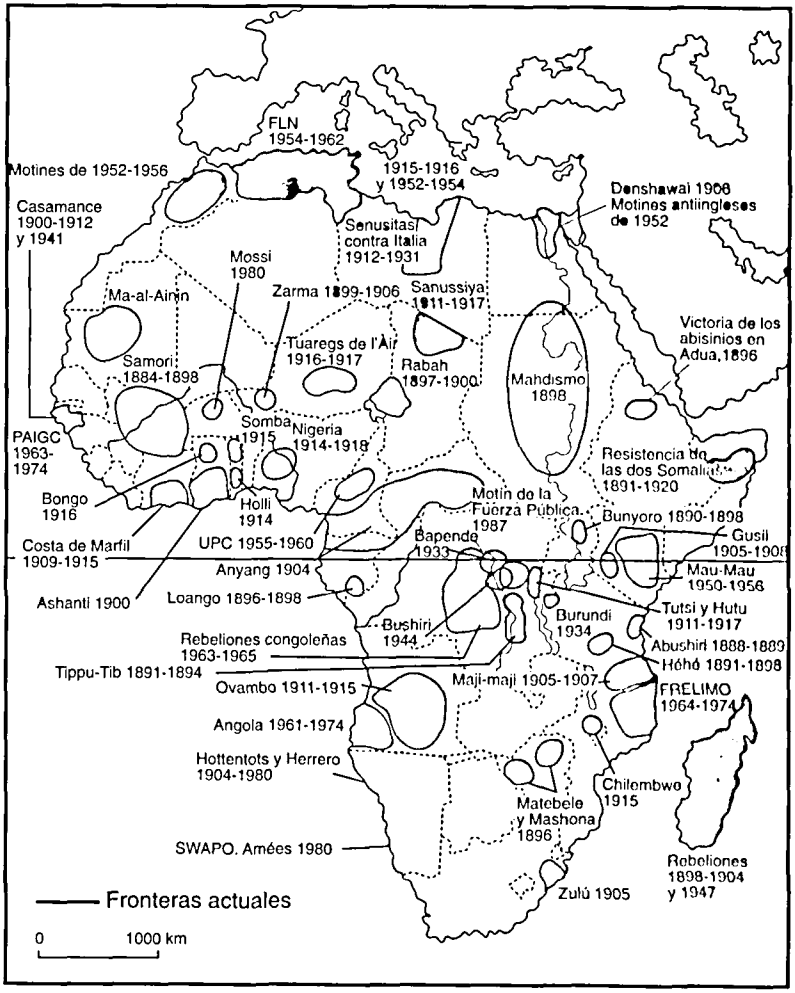
nastía de los Tata, en Bombay, o de los Birla. Subvencionaban al Partido del Congreso para la independencia, temiendo sólo que demasiados desórdenes tuvieran consecuencias enfadosas para la disciplina del trabajo; así pues, su nacionalismo no era una simple hostilidad a los europeos, y no rechazaban el orden establecido. No vinculaban la independencia con el cambio. Lo mismo sucedía con la burguesía comerciante de Malasia o de las Indias holandesas que, antes de 1940, contaba con el poder imperial para protegerla de la penetración de los chinos. En menor grado, se observaba también una burguesía comerciante occidentalizada en Ghana, y en las posesiones francesas, en Túnez, en Cochinchina.

Pero en otras partes, antes de 1914, las nuevas élites pertenecían más bien a medios intelectuales o militantes que habían aprendido sus lecciones en las escuelas y universidades, o en los seminarios, o también en los sindicatos u organizaciones autorizadas. Los primeros líderes independentistas aparecieron en las Filipinas, españolas y luego estadunidenses, como Osmena y Quezón; en Vietnam, como Palm Boi Chau; en Birmania, como U Ba Pe; Tilak y Gokhale en la India; pero asimismo en El Cairo, etc. Se multiplicaron posteriormente, tanto en la India en torno al Partido del Congreso de Gandhi, del Congreso Nacional en Ceilán, del Destour en Túnez, etc.; y, aún más tarde, con la creación de los partidos comunistas, en Indonesia a partir de 1920, en China, en Vietnam, en la India, etcétera.

En el África francesa, estas élites son particularmente activas en el Senegal, donde la política de asimilación había sido implantada muy pronto, pudiendo muchos africanos ser ciudadanos franceses desde la ley Diagne de 1915. Los cuatro municipios de Senegal –Saint-Louis, Gorée, Rufisque, Dakar– se vuelven la cantera de los negros asimilados, de los que Lamine-Gueye es el prototipo, inaugurando un modelo sustituido por hombres como Houphouët-Boigny y Apithy. Sin embargo, sería abusivo confundir a las élites con los "asimilados": la tradición del jeque Anta Diop y de Léopold Sédar Senghor es la búsqueda de una identidad africana asociada con la creencia en el progreso –siendo éste también esencial para el despertar de los movimientos políticos africanos. A menudo, la Iglesia y los movimientos asociativos los estimulan, limitándose la asimilación a una evangelización.

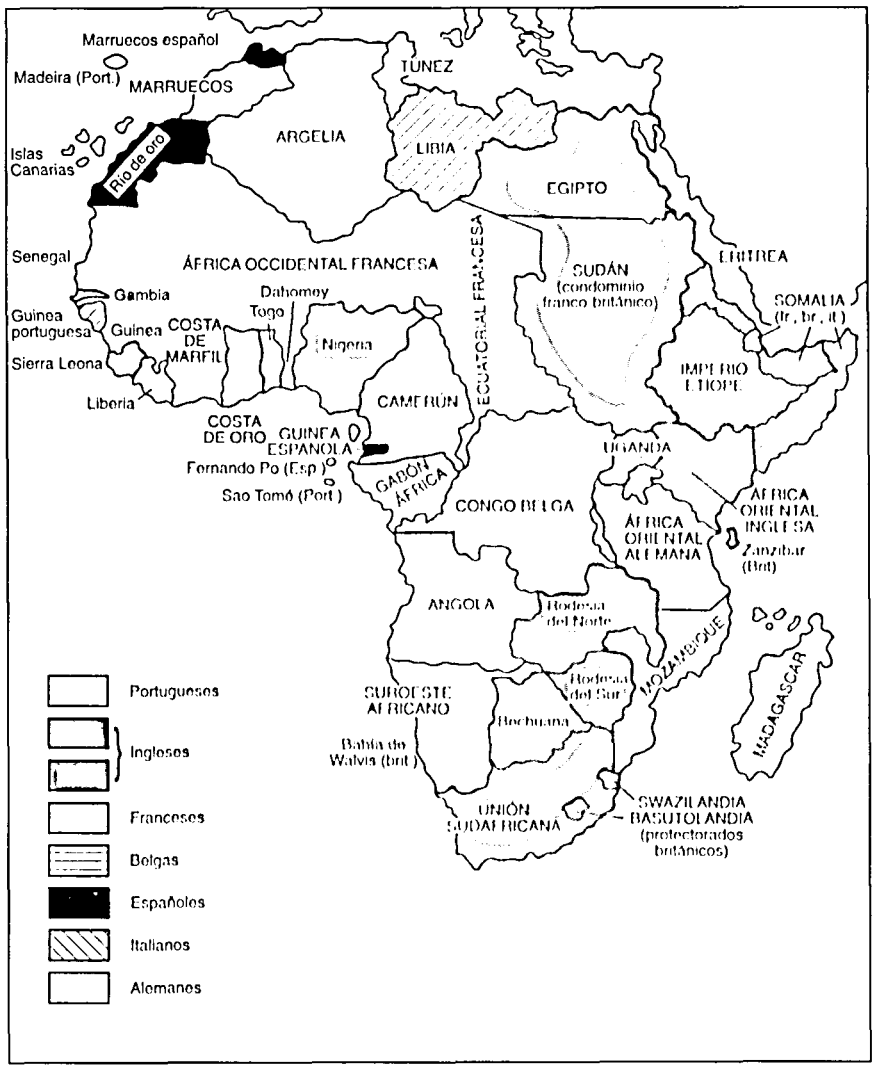
Pero, en muchas regiones del África negra, aumenta la discrepancia entre estas élites, en general urbanizadas, y las masas campesinas cuya rebelión saca fuerzas de fuentes a menudo anteriores a la colonización,

PRINCIPALES FOCOS DE REVUELTAS EN EL SIGLO XX COLONIAL



FUENTE: Catherine Coquery-Vidrovitch, *Afrique noire*, París, Payot.

LA DIVISIÓN DEL ÁFRICA NEGRA



FUENTE: Henri Brunschwig, *Le partage de l'Afrique noire*, París, Flammarion, 1971, p. 18.

pero a las que se suman nuevos reproches –su rechazo puede consistir en una insumisión crónica entre los holli de Benín, por ejemplo.

Como lo muestra el mapa establecido por Catherine Coquery-Vidrovitch de la página 300, y contrariamente a la leyenda colonial, los focos de la rebelión fueron incontables, én el África negra en el siglo XX. En África ecuatorial, el primer levantamiento de envergadura tuvo lugar en la ruta de transportes terrestres, entre Brazzaville y la costa, traduciendo la exasperación de los loango agotados, en tanto que una explosión homicida, debida a los malos tratos, daba origen a una guerrilla generalizada, la de los manja, en el Alto Chari. Estos países estaban heridos por una ruda explotación, cuya descripción hizo André Gide en su *Voyage au Congo* (1925). El reclutamiento de soldados, durante la primera guerra mundial, fue un segundo motivo de malestar, sobre todo en el Alto Volta; suscitó asimismo rebeliones, tanto en contra de los jerifes como en contra de los franceses. La introducción de una economía de mercado es un tercer acontecimiento que, después de la crisis de 1929, provoca la ruina de comunidades enteras que se rebelan, como los campesinos de Burundi en 1934.

Nacida en 1908 y 1920, la rebelión de los mau-mau, en Kenia, es una de las más violentas; se desencadena hacia 1950 en contra de los "colaboradores negros", antes de dirigirse a los blancos. Por último, el mayor motín africano, en Zaire, estalla después de la independencia, con Patrice Lumumba que reclama una "nueva independencia" contra el "régimen corrupto" instituido por los nuevos dirigentes...

Así, las élites debían enfrentar un movimiento procedente de abajo. Éste podía adquirir una forma religiosa: sus aspectos más elementales se observaban en medios milenaristas o mesiánicos –movimientos que esperan una salvación colectiva, inminente, total, en los que se expresa una necesidad radical de cambio social por el advenimiento de algún hombre o fuerza sobrenaturales, tanto en Niassalandia, con John Chilembwe, como en el Congo belga, donde surge el rhakismo o mpadismo, movimiento sincrético que opone los valores africanos a los de los europeos: "Ya no escucharás las oraciones de los blancos"... En 1946 aparece el lassismo, en Brazzaville, un movimiento que tiene sus raíces en la Iglesia católica. Pero el más importante es el movimiento mau-mau, surgido a partir de 1920 en Kenia, que hace de Jomo Kenyatta el sustituto de Cristo; la pérdida de sus tierras acaparadas por los colonos radicaliza al movimiento a partir de los años cincuenta.

Cristianismo, budismo, Islam

El caso del África negra plantea, mejor que otros, el problema del papel de la Iglesia y del cristianismo como agentes y factores de descolonización, tras haber estado asociados a la expansión europea. Desde luego, ya en el siglo XV, desde Francisco de Vitoria, el gran teólogo de Salamanca, la Iglesia había designado en efecto a los indígenas de América como "los legítimos propietarios de su suelo; y pudiendo libremente rechazar una religión que se presentaba a ellos de manera inaceptable". Y, todavía en el siglo XX, el eco de los polinesios respondía: "Ustedes vinieron con la Biblia en la mano, teníamos la tierra; hoy, ustedes tienen la tierra, y a nosotros, no nos queda más que la Biblia..." Este desposeimiento, vinculado en la mente de los indígenas con la religión, provocó en los misioneros un verdadero desconcierto, sobre todo en África. A decir verdad, hasta el siglo XIX, los papas no habían dejado de pretender disociar este movimiento misionero de la expansión colonial, como lo había atestiguado la existencia del territorio de las Misiones en Paraguay. La posición de las Iglesias protestantes era similar... en los hechos, sin embargo –y para los indígenas–, la situación se presentaba de otra manera.

A menudo, los misioneros se habían visto llevados a creer que era necesario que un gobierno llegara "en auxilio de las poblaciones" y, garantizándoles la paz, asegurara su evangelización. Esta creencia no era necesariamente una forma de nacionalismo disfrazado: como prueba de ello, el fundador francés de los Padres Blancos, el cardenal Lavigerie, se esforzó por suscitar el interés de los alemanes por Uganda, y el misionero protestante francés Coillard creía servir a los intereses de la población indígena de Rhodesia al intervenir ante los británicos para que garantizaran el orden en el país.

Durante largos decenios, en el siglo XIX y principios del XX, los misioneros y los colonizadores permanecieron, es cierto, relativamente autónomos, aun si la metrópoli reforzó a menudo la empresa de los unos o de los otros. Para los colonizados, constituyen fácilmente un todo.

Sin embargo, la evangelización tenía como efecto, sobre todo en África negra, sacar a un cierto número de individuos de su grupo; quebrantar entonces los cimientos de la sociedad tradicional, desestabilizarla; cuando, por el contrario, la colonización descansaba en sus antiguas estructuras, lo que facilitaba la tarea de los administradores...

Por otro lado, la educación impartida en la tierra colonial por las misiones cristianas alimentaba la emancipación política de los adoles

centes, luego su nacionalismo, al ser los capellanes y los sacerdotes gustosamente solidarios de las aspiraciones de sus fieles. Siguen siéndolo hoy día en Guatemala, en Nicaragua.

Así, se ha visto a menudo a miembros de la Iglesia en la vanguardia de la lucha de los colonizados.

En Argelia, aunque los colonizados no hayan sido cristianos, con frecuencia se vio al bajo clero respaldando sus aspiraciones y hasta figurando entre los "cargadores de valija", en 1957. Sin duda se trató, en general, de miembros del bajo clero; pero la actitud del papado, en el otro extremo de la jerarquía, pudo permitir que se creyera en un "complot" contra Francia animado por el Vaticano.

Cierto es que los papas habían puesto en guardia a los misioneros, sobre todo franceses: no debían trabajar "por su patria sino por *el bien común*". Ahora bien, ¿no era Francia una república laica, "esa pordiosera", que había separado a la Iglesia y el Estado, y no mantenido ese principio?

En la era de la descolonización, sin olvidar la actitud equívoca del papado ante el nazismo, sus simpatías hacia Franco y el régimen de Vichy, su silencio opaco ante la suerte trágica de los judíos, fue cuestionado el significado de esta solidaridad de la Iglesia con la suerte de los colonizados, incluso musulmanes; la actitud del papado, hostil a Israel pero favorable al Gran Muftí... En *le Vatican contre la France* y *Le Vatican contre la France d'outre-mer*, Edmond Paris y François Méjan examinan esta actitud del papa y del clero católico. A decir verdad, éste es a menudo muy crítico hacia aquél, y sin duda no existe ninguna connivencia entre el comportamiento de aquellos sacerdotes "cargadores de valija" y el del papado.

En lo tocante al África negra, el problema es diferente, pues las motivaciones tienen una mayor amplitud... y el clero negro juega un papel cada vez más importante en el seno de la Iglesia.

De todos los movimientos religiosos, durante la "segunda" colonización, fue en primer lugar el renacimiento budista el que se afirmó como una resistencia a Europa. En Birmania, en donde los monjes educan al 50% de los niños, debe oponerse asimismo al Islam, como lo manifiesta el doble combate de U Ottama quien, a principios del siglo, visita la India, se reúne con Tagore, pasa a Japón y queda fascinado por la seguridad de los japoneses, la glorificación de su raza.

Gracias a esos monjes, Birmania, uno de los países mejor educados de Asia a principios del siglo XX, da origen a poderosas asociaciones

xenófobas, como la Young Men's Buddhist Association (1906), y poco después a numerosos partidos antiingleses, semibudistas semisocialistas, como Nuestra Birmania, que se difunde en inglés. Estos movimientos se apoyan en los campesinos, cuyas rebeliones eran a menudo anteriores a la presencia británica; en la región del delta del Irrauadi sobre todo, se apoyan asimismo poco después en un naciente movimiento obrero.

En Indonesia como en Sudán y en parte del Magreb, el Islam es el gran precursor de los movimientos masivos nacionalistas. En Indonesia, el Islam es además antichino. Sobre todo gracias a la red de sus mercaderes, es el origen de una modernidad que precedió la llegada de Occidente, siendo sus sultanatos el equivalente de las ciudades comerciantes que había conocido el Mediterráneo (D. Lombard, III, p. 152). A principios del siglo XX, el Sarekat Islam predica la próxima venida del Mahdí, el salvador islámico, aquel "justo rey" a quien esperan dos millones de fieles. Hacia 1920, Tjoroaminoto es objeto de un culto popular del que goza poco después su yerno, Sukarno; mira hacia un Islam modernista, o más bien una modernidad islámica, como la que parece nacer en El Cairo. Una de las ramas del movimiento se vuelve social-demócrata, luego funda el Partido Comunista en 1921. Reúne a los *abengan*, cuyo principio es el Islam, cuando que los devotos, o *santri* permanecen en el Sarekat Islam. Sukarno oscila entre estas corrientes: "No es un enviado de Moscú o un califa del Islam quien traerá la independencia."

La búsqueda de un modelo de organización

El nacionalismo surgió de una cristalización de los sentimientos debidos a la presencia extranjera en conjuntos que fueron reunidos artificialmente por el ocupante, por ejemplo, por los holandeses en Indonesia, los franceses o los ingleses en África negra, etc. Por el contrario, el nacionalismo era evidente en países como Marruecos, que tienen una antigua existencia común, aun si durante mucho tiempo fue conflictiva –entre "berberiscos" y "árabes", entre "majzén" y "siba"... El origen del nacionalismo propiamente dicho, o salafismo, fue una especie de combinación entre la negativa de compromiso con el extranjero y una ruptura total con el pasado.

El ejemplo de África del Norte está presente para atestiguar que es a veces el Islam, otras el sentimiento de pertenencia al mundo árabe,

otras más el patriotismo vinculado de manera más directa con la tierra natal, lo que sirvió de germen al levantamiento popular. Se observa el mismo ir y venir en Indonesia donde, en 1926, Sukarno escribe *Nacionalismo, Islam, Marxismo,* ambicionando reunir estas tres fuerzas que constituyen los incentivos de la libertad. Pero el Islam es el precursor.

En Vietnam, viejo Estado-nación cuya identidad se forjó en la lucha contra la voluntad dominadora de los chinos, el nacionalismo era evidente también. Sin embargo, siguiendo el ejemplo de los chinos, en Vietnam, como en Corea, el movimiento nacional se fundamentó tomando sus lemas de Sun Yat-sen y de Chen Du Xiu.

> Sed indulgentes, no serviles.
> Sed progresistas, no conservadores,
> Sed agresivos, no estéis a la defensiva,
> Sed cosmopolitas, no os aisléis del mundo,
> Sed utilitarios, no seáis conformistas.

Estas consignas que las comunidades chinas, sobre todo de estudiantes, repiten entre la revolución de 1911 y el movimiento del 4 de mayo de 1919, retomadas por los vietnamitas, muestran claramente la incorporación de China y de su nacionalismo en las ideas occidentales. Mas el nacionalismo del Sureste asiático saca también su impulso y su fuerza de Japón; pues este país dio el triple ejemplo del cierre, de la modernización, de la humillación infligida al imperialismo europeo. Supo aplicar esta máxima, por lo demás, china: "la moral oriental como fundamento, la ciencia occidental como instrumento". Es en China y en Japón donde se instruyeron los nacionalistas de Corea, de Vietnam, como Phan Boi Chau, etcétera.

Así, en Asia oriental, el nacionalismo chino y japonés alimentó y animó los movimientos anticolonialistas que pudieron nacer en el seno del Islam (Indonesia), del budismo (Birmania), mientras vigorizaba los movimientos campesinos y religiosos (caodaístas en Vietnam) que se basaban en una tradición patriótica ya probada.

Pero estos movimientos no tuvieron por resultado la expulsión de los extranjeros, de tal manera que son otras ideas, occidentales, pero sobre todo de organización, las que permitieron su transfiguración mediante la constitución de partidos políticos, esos activadores cuyo primer ejemplo fue el Kuo Ming Tang.

Se inspiraron en modelos que ejercieron su fascinación, no tanto por el contenido de su programa como por sus técnicas políticas que

demostraban su eficacia. Los partidos inglés y francés de finales del siglo XIX y principios del XX eran un ejemplo. Modelo asimismo era el partido o movimiento Joven Turco, en el mundo musulmán, pero más aún los partidos socialdemócratas –lo que no necesariamente significaba una adhesión a su programa, al socialismo. Posteriormente, el modelo de organización bolchevique fue imitado por toda una serie de partidos políticos, unos comunistas, por consiguiente adherentes al Komintern, los otros no, como L'Étoile Nord-Africaine, de Messali Hadj.

La segunda variable era la libertad o la capacidad de organizarse de esa manera. Ahora bien, antes de 1914, esta posibilidad no existe más que en ciertas posesiones inglesas, francesas o rusas –no en todas. Algunas organizaciones lograron de esta manera desarrollarse.

En el Imperio británico, es el Partido del Congreso, fundado en Bombay, en 1885, por un inglés y un escocés, el que hereda de múltiples organizaciones indias, animadas sobre todo por juristas, hindúes y musulmanes. Al no tener un origen religioso, no goza de la misma popularidad que otras organizaciones, pero su eficacia lo volvió célebre con bastante rapidez, y su expansión, después, fue fulminante. El otro ejemplo en el Imperio fue el Wat'ani, aquel partido nacionalista egipcio del que saldría el WAFD, en 1918, "delegación" de varias agrupaciones políticas. Sobre este modelo se funda el Destour, en Túnez, gracias a la acción de Abd el-Aziz Taalbi, un predicador de la mezquita Zituna, que llama a la élite a rechazar la colonización francesa (1908).

Son los partidos políticos, asimismo, los que dan al Islam, sobre todo en Rusia, su forma de organización más eficaz. Al igual que en Túnez, la fascinación ejercida por el renacimiento turco es el origen de la primera organización política musulmana, la Al-Hidad al-Mislimin, cuyo modo de funcionamiento está calcado del Partido K.D. ruso (constitucional demócrata). Se trata de reformistas, que superan rápidamente a los Jóvenes Tártaros (1906) creados a iniciativa de los Jóvenes Turcos en quienes se aliaban la ideología religiosa y la ideología socialista. Un ejemplo patente de partido político en el que la ideología religiosa, el nacionalismo y el socialismo se asocian, es la secta de los vaisitas de Kazán, grupo disidente de una confraternidad sufi, al mismo tiempo conservador y aliado de los bolcheviques, en 1905. Más importante, sobre el modelo socialdemócrata, es el partido Hümmet, fundado en Bakú, la única organización sobre una base nacional patrocinada por el partido socialdemócrata ruso –cuando éste no aceptaba, en nombre del internacionalismo, semejantes agrupaciones–; la toleró, como había tenido que tolerar la existencia del Bund judío.

En lo sucesivo, el modelo socialdemócrata es el que predomina en Asia, hasta en Japón y en las Filipinas, en donde compite con otros. Pero la Revolución rusa de 1917 así como el movimiento nacional árabe y el panafricanismo, brindaron a estas diferentes organizaciones un soplo y una visión global de la historia de los que todavía carecían, y contribuyeron en gran medida, cada uno a su manera, a la emancipación de los pueblos colonizados.

LOS MOVIMIENTOS INDEPENDENTISTAS ÁRABES

Una de las paradojas del auge de los movimientos independentistas en los países árabes, tanto antes como después de la ocupación de algunos de ellos por Europa, es que la afirmación de su voluntad o de sus derechos pudo acompañarse de un interrogante acerca de su propia identidad. En la época de los otomanos, la emergencia de un sentimiento nacional, sobre todo en Egipto, luego en Siria, se acompaña de un proceso de autonomía de hecho, cuya condición es la unión de todos frente al sultán, es decir, el olvido de las diferencias entre cristianos y musulmanes. El sentimiento de la tierra natal, de la patria (*watán*) predomina sobre el Islam, la lengua árabe, su cultura creando una solidaridad activa entre los diversos habitantes de un mismo país... Pues, poco a poco, durante esos siglos del reinado de los otomanos, se llevó lentamente a cabo una especie de desconstrucción del Imperio, más visible en las zonas cristianas del Imperio, es decir en los Balcanes, que en sus zonas musulmanas. En el siglo XIX, ¿se habría vuelto entonces el Islam, o más bien volvería a ser, la salvaguarda de la potencia de Oriente, de su defensa contra el Occidente, y la esencia misma del mundo árabe? Mas, ¿no se descarrió bajo el dominio de los otomanos, la enseñanza del Corán, y no es la vuelta al Islam de los orígenes lo que restituirá a los árabes su verdadera libertad? Ésta es la alternativa que, en su caso, rechaza al Estado-nación como marco de un auténtico renacimiento.

Esta ambigüedad o este desacuerdo no se eliminan con la irrupción de Occidente, en Argelia primero (1830), en Egipto después (1882); la contradicción entre estos dos caminos se exaspera con la caída del Imperio otomano en 1918. Pero el debate que existe en la época de Nasser, de Mossadegh, y que sigue siendo actual, nació en efecto en el siglo XIX, tomando sus raíces en la historia misma del Imperio otomano.

La reivindicación árabe adquirió acentos y formas diferentes en Oriente –donde estos países estuvieron bajo el dominio otomano– y en Occidente –donde la conquista otomana detuvo, a partir del siglo XVI, la empresa de colonización europea que se había desarrollado de Marruecos a Tripolitania.

Fue en efecto en 1516 cuando el sultán Solimán I derrotó a las tropas de Al-Ghûrî en Mardj Dâbik, cerca de Alep, preludio del desplome del Imperio mameluco que dominaba al Cercano Oriente desde hacía 250 años. Siguieron la conquista de Siria, las de Palestina y de Egipto; de inmediato, el corsario turco Kair al-Dîn, llamado Barbarroja, prestaba juramento a Solimán e integraba Argel, Constantina y Túnez al Imperio otomano. Solos, en las dos extremidades del mundo árabe, Yemen y Marruecos evadían al sultán.

El proceso de autonomía de los pueblos bajo el dominio otomano

Todos estos países permanecen durante casi cuatro siglos bajo el dominio otomano, salvo Argelia, conquistada por Francia a partir de 1830. Las divisiones administrativas instituidas entonces sobrevivieron hasta la actualidad –pues antes, una dinastía berberisca, los hafsides de Túnez, ejercía su autoridad sobre Constantina y Trípoli. Más al este, Tlemcen mantenía una autoridad impugnada por los merinidos de Marruecos.

El gobierno del sultán hizo realizar, a partir del siglo XVI y con fines fiscales, una especie de inventario de la propiedad (*tahrir*), rica documentación que permite, al igual que los reglamentos (*kânûnnâme*), tener una idea precisa de la riqueza y de los intercambios de cada región del Imperio. La administración de las provincias árabes descansaba, aparte de los servicios financieros, en tres bases principales: los pachás –o gobernadores–, los kadis –o jueces– y la milicia de los jenízaros. Ahora bien, se observa que la duración del mandato de los pachás disminuyó con el tiempo, ya que sus abusos y los conflictos locales hicieron necesaria su rápida rotación: se cuentan 110 en El Cairo de 1517 a 1789, 75 en Damasco en el siglo XVII. Esto tuvo como efecto fortalecer los contrapesos a su autoridad, de tal manera que poco a poco la institución militar o las fuerzas locales predominaron sobre el representante del poder central, sobre todo porque los militares de origen local controlaban cada vez más la orden de los jenízaros: así, en el ejército de Túnez que lucha contra la gran

te de Constantina en 1807, en la batalla del ued Sarrat, ya no se cuentan más que 1 500 turcos sobre 20 mil soldados. Esto se observaba sobre todo donde había existido un Estado anterior a la conquista otomana, en Egipto o en Túnez, por ejemplo; pero, en Argelia, el reclutamiento se mantuvo anatolio, pues la minoría turca estaba aislada y se figuraba lo bastante fuerte para alejar del poder a los elementos locales.

Si existían fuerzas que conducían al proceso de autonomía de ciertas provincias, había también factores de cohesión, sobre todo aquella solidaridad hacia el Imperio debida a la ayuda brindada a los musulmanes expulsados de la Europa cristiana, sobre todo en el siglo XVI, y al orgullo de tener un sultán que combatía tanto en Viena como en Irak, en Creta, en Crimea, controlando una parte del Mediterráneo. En el siglo XVIII, la decadencia del Imperio afectaba a las regiones no árabes, pero éstas se consideraban sin embargo protegidas de todo peligro exterior. El choque experimentado en Argel en 1830 fue el más grande. Algunos decenios después, en Túnez, se imaginaba que un gran ejército otomano llegaría pronto para liberar a Argelia...

Pero la dinámica de desestructuración era más fuerte, a pesar del Islam y de los vínculos económicos. Por lo demás, verdaderas dinastías locales, árabes, gobernaban Palestina en el siglo XVIII, la provincia de Damasco en el cambio del siglo XVIII al XIX, mientras que en Irak los conflictos entre otomanos y persas, con varios siglos de antigüedad, favorecían el nacimiento de una especie de proceso de autonomía, sobre todo en Musul, en donde la dinastía de los djalilî domina la región de 1726 a 1834. Así, un gran número de provincias eran a menudo independientes de hecho, al mismo tiempo que reconocían su juramento de fidelidad –una situación que daba lugar a numerosos conflictos armados, interiores, sobre todo entre el dey de Argel, Marruecos y Túnez, cuyo bey acabó por suplantar al dey.

Colonización sin colonos, sin verdadera administración centralizada que no sea fiscal, sin política de turquización, y sólo garantizada por tropas que emanaban en parte de las "naciones" o provincias que lo constituían, el Imperio otomano perdía poco a poco su autoridad, salvo disparos de advertencia o de intimidación.

La identidad árabe, sus contradicciones

La primera contradicción es la siguiente.

Por un lado, los pueblos árabes de Oriente, protegidos del Occidente, reivindicaban, sobre todo Egipto, una independencia *de jure* que este último adquiría en la época de Mehemet Alí; pero, para ello, Egipto no dudó en recurrir a Occidente... Por otro lado, en el seno de esos países árabes de Oriente, la rebelión surge contra el otomano en la medida en que el "Hombre enfermo" se defiende mal del Occidente, que está en vías de colonizarlo. La nación árabe llega a su auge en este contexto, entendiéndose que la unidad no puede lograrse más que *desislamizando* el movimiento, para tener consigo a los árabes cristianos de Siria y del Líbano, y a los coptos de Egipto.

El movimiento "nacionalitario" (Abd el-Malek) se encontraba entonces frente a una dificultad esencial: la identificación del Islam con el mundo árabe y del mundo árabe con el Islam debía ser dos veces anulada por esta razón táctica, pero asimismo porque el Sultán era el Comendador de los Creyentes.

El pensamiento político árabe del siglo XIX al XX se encontró entonces enfrentado a esta contradicción: elegir la modernidad para resistir mejor a la penetración del mundo occidental; pero qué queda entonces de la identidad árabe, sino la lengua y el apego a la patria territorial; entonces, por carambola, esta elección no puede más que resucitar un Islam fundamentalista, que impugna la idea de nación concebida de esta manera y pretende recobrar las fuentes de la verdadera fe.

La búsqueda de la identidad se encuentra entonces en el corazón de la reivindicación árabe, ya sea que se exprese en Egipto, en Siria o en otras partes. Un texto de Rifa'a Rafi El-Tah Tawi, editado en El Cairo en 1869, apunta a separar la política de la religión, a hacer del trabajo la fuente de todo valor, a reivindicar la igualdad de todos los ciudadanos, sin importar su religión, en el seno de la patria: se encuentran huellas de Saint-Simon y de los escritores de la Ilustración. "Es la patria la que debe ser el lugar de nuestra común dicha, edificada por la libertad, el pensamiento y la historia." Por su parte, 'Abdallah Al-Nadim, vinculado con el movimiento del Joven Egipto, y que llega a ser el orador oficial del país después de la revolución de 1882, considera que "la fusión de los musulmanes y de los coptos ha sido el dique que preservó a Egipto de la propaganda de Occidente. Hay que saber ponernos a tono con las demás naciones" (citado en Abd el-Malek, *La pensée politique arabe contemporaine*). Después de la derrota, detenido, acaba por ser indultado; Londres lo vigila y el sultán quiere neutralizarlo.

• Watán

Se supera una etapa más en la dirección de la modernidad cuando Taha Hussein, formado en la universidad de Al-Azar de El Cairo, y primer doctor en Letras del mundo árabe, introduce una dimensión histórica en esta búsqueda de la identidad, interrogándose sobre la vocación de Egipto, mediterránea u oriental... Le parece evidente que la pertenencia a Oriente no existe más que tomando en cuenta la unidad de religión, o de intercambios políticos temporales.

Ahora bien, la historia estableció que la unidad de religión o de lengua no podría constituir una base válida para la unidad política, ni un fundamento para la constitución de los estados. Los propios musulmanes renunciaron desde hace tiempo a considerar a la unidad religiosa o lingüística el fundamento de la realeza, o la base del Estado. [...] Fundaron su política, desde el siglo II de la Hégira, en ventajas prácticas, y sólo en ellas. De tal manera que, a partir del siglo IV de la Hégira, el mundo musulmán tomó el lugar del Estado musulmán. Las nacionalidades hacían su aparición, y los estados proliferaban... Egipto fue el que recuperó con mayor rapidez su personalidad antigua que además nunca había olvidado... [...] La historia nos enseña que su aceptación del dominio árabe, después de la conquista, no estuvo exenta de rencores, hasta de resistencia y de rebelión... (citado en Abd el-Malek, *op. cit.*).

Es el mismo diagnóstico que establece Antoun Sa'adah, algunos decenios después, para considerar que Siria fue la madre de las naciones, en tiempos lejanos, con el nombre de fenicios cananeos.

Así se desarrolla la idea de patria, asociada con el término de *watán* que hasta entonces representaba un sentimiento de afecto, de nostalgia, mas no de lealtad –expresándose ésta hacia una dinastía o en términos religiosos, pero no territoriales. Fue el poeta egipcio Rifa'a Rafi El-Tah Tawi quien, en 1855, publicó una oda patriótica en árabe, *Qasida wataniyya misriyya*, y popularizó la noción patriótica de *watán*. El patriotismo del jeque Rifa'a no es otomano, pues manifiesta poco interés con respecto a él; no es musulmán, ya que reivindica la gloria antigua del Egipto pagano y cristiano antes del Islam; tampoco es árabe, ya que los demás pueblos árabes no le interesan –la idea de una gran patria árabe surgió más tarde (Bernard Lewis).

Mientras que, hasta ese día, las historias de Egipto empezaban con el advenimiento del Islam, la suya termina con la conquista árabe... La idea de un país y de su pueblo, de su continuidad, aun si cambian la

lengua, el régimen, la religión, la civilización, he aquí lo que era desconocido y nuevo en el mundo musulmán.

Esto provocó una reacción.

Contra estas corrientes "nacionalistas", de inmediato se expresa un violento fundamentalismo musulmán, a partir de fines del siglo XIX, con Mohammed Abdo, quien preconiza el retorno a las fuentes del Islam aunado al ejercicio del sentido común. "Sólo un déspota justo garantizará el renacimiento de Oriente –escribe–, y bastan 15 años para que se permita entonces a los hombres alimentarse de libertad..." Se empezará con los consejos municipales, luego vendrá el turno de los peldaños más elevados del Estado; pero, antes "se habrá retorcido el cuello a los grandes y a los suyos [...] y se rectificará lo que está defectuoso en su naturaleza por medio de los métodos más eficaces, hasta e incluso la excisión y el hierro al rojo vivo si es necesario; y se educarán las almas de los pequeños en el sentido de la voluntad, y se actuará sobre las almas como lo hace el horticultor cuando planta rodrigones rectilíneos para enderezar las plantas en crecimiento". Estas ideas se vuelven a encontrar, posteriormente, en Hassan Al-Bauna, fundador y guía supremo de los "Hermanos Musulmanes" (1928).

Mas, durante el periodo de la emancipación con respecto al Imperio otomano y al Califato, cuya legitimidad impugna Alí abd Alrazeq, Egipto, pionero del movimiento modernista, pasa, en un abrir y cerrar de ojos, de un nacionalismo fundado en la soberanía, el patriotismo, a un nacionalismo que recobra, incontinente, los rasgos del expansionismo. Por un corto tiempo, es cierto (cf. pp. 98-101).

• La Liga árabe

Cuando estalló la segunda guerra mundial, las simpatías de los árabes fueron para el Eje, que tenía los mismos enemigos que ellos: ingleses, franceses, judíos. Los británicos lograron sin embargo evitar un levantamiento de los árabes deteniendo la inmigración judía a Palestina, respaldando los movimientos de independencia del Líbano y de Siria contra Francia, declarando sus simpatías hacia la Unidad árabe, y por último, favoreciendo la creación de la Liga árabe, después de la alerta del levantamiento de Rachid Alí, en 1941. El proyecto emanaba de Nury Saíd, primer ministro de Irak, y fue hecho público a fines de 1942. Preveía la formación de una Gran Siria, incluyendo a Siria, el Líbano, Transjordania y Palestina, por vía de federación; se otorgaría una autonomía a los judíos de Palestina, así como a los maronitas del

Líbano; por último, una Liga árabe uniría al conjunto con Irak. La Gran Siria se constituiría bajo la égida del rey Abdalá, Irak tomaría la conducción de la Liga, y el conjunto se encontraría bajo dominio hachemita. Así se reconstituiría, casi como Hedjaz, el gran reino árabe soñado por el coronel Lawrence y el rey Hussein en 1916.

Anthony Eden aprobó el proyecto, a principios de 1943; pero enfrentó las reticencias de Arabia Saudita, de una parte de los libaneses, y sobre todo de Egipto. Nahas Pachá le ganó entonces de mano a Nury Saíd y, en la conferencia de Alejandría, proclamó la creación de una Liga árabe que los iraquíes y los transjordanos tuvieron que aceptar. El pacto, del 25 de marzo de 1945, tenía por objeto, en efecto, salvaguardar la independencia de los estados árabes existentes. Iba pues entonces en contra del proyecto de una unidad árabe centrada en la Medialuna fértil...

Esta victoria de El Cairo sobre Bagdad, con los seis estados miembros, significaba también la exclusión de Irán, reputado sin embargo musulmán, mas no árabe; sobre todo, implicaba la promesa de una ayuda a todo movimiento nacional árabe, de una punta a la otra del mundo árabe; pronto África del Norte, luego la lucha contra Israel. Pero la multiplicidad de los régimenes políticos que la constituían hacía a la Liga poco operante, sobre todo porque estaba dotada de medios reducidos. Intentó reanimarse gracias a organizaciones más revolucionarias, como el Baas sirio, pero fueron los acontecimientos de Egipto, con el golpe de Estado de Neguib-Nasser, en 1952, los que hicieron de la Liga un nuevo instrumento, germen e incentivo del levantamiento de los pueblos colonizados, sobre todo cuando dispuso de un poderoso altavoz: *La Voix des Arabes*, que se emitió desde El Cairo y llegó a África del Norte.

En Oriente, sobre todo, la Internacional había sido otro, aparecido en 1919, y que tuvo influencia más al este, entre los turcos, los persas, los indios, etcétera.

LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y LOS PUEBLOS COLONIALES

La II Internacional había estigmatizado por cierto el hecho colonial, pero para sustituirlo por una política socialista. Lenin fue uno de los primeros teóricos que, en un folleto de 1914, *Del derecho de las naciones a disponer de sí mismas*, insistió en el papel "progresista" de las reivin-

dicaciones nacionales, en la medida en que la política colonial permitía mejorar la suerte de los obreros europeos y retrasar así la revolución social en Europa... La lucha nacional en contra del imperialismo se volvía entonces un elemento fundamental de la lucha del proletariado, una acción más radical que las defendidas por los demás dirigentes de la Internacional, *pero* que seguía sin considerar las reivindicaciones nacionales de los pueblos colonizados como un objetivo que debía alcanzarse por sí mismo.

Se observa hasta qué punto las perspectivas de los colonizados y de los revolucionarios podían ser ajenas las unas a las otras al comprobar que en la conferencia de Lausana –reunida en plena guerra (1916) por simpatizantes de las minorías oprimidas de Austria-Hungría, como el suizo Eugène Privat sobre todo, quien la organizó– afluyeron, desde luego, representantes de dichas minorías... de Rusia, pero también egipcios, armenios, tunecinos, aunque ningún socialista participó en ella, salvo el finlandés Kuusinen. Sin embargo, la mayoría de los exiliados rusos –bolcheviques, mencheviques o socialistas revolucionarios– estaban entonces en Suiza; pero ni Lenin, ni Martov, ni nadie más prestó el menor interés a aquella conferencia de las nacionalidades. En cambio, en Francia, Jacques Bainville, entonces periodista y futuro historiador nacionalista, señaló que el problema nacional y el problema colonial no eran más que dos variables de situaciones comparables, y recomendaba al gobierno Ribot no agitar demasiado la cuestión nacional en Austria-Hungría, si no deseaba que eso tuviera efectos sobre el porvenir de nuestras colonias...

Durante la revolución de 1917, la mayoría de las nacionalidades de Rusia vieron en la caída del zarismo, y luego del gobierno provisional, la oportunidad de recuperar su libertad. Pudieron verificar que el derecho a la autodeterminación, afirmado por Lenin, no había sido más que un instrumento destinado a precipitar la caída del antiguo régimen, pero que en nombre de la solidaridad revolucionaria Moscú consideraba que aplicarlo equivaldría a debilitar el campo de la revolución mundial. Su porvenir fue abordado en el 2° Congreso del Komintern, en 1920, en el que, a pesar de las victorias del Ejército Rojo en Polonia, la revolución europea ya no pareció ser evidente, por lo menos en lo inmediato. En estas circunstancias, el indio Roy argumentó que el destino de dicha revolución europea dependía por completo de la revolución en Oriente. Pero estimaba también que dicho movimiento "no tenía nada en común con el movimiento de liberación nacional", animado por la burguesía y que, sobre todo

en la India, sería contrarrevolucionario. Lenin se opuso a esas tesis, pues su principal preocupación, como jefe del gobierno soviético, era encontrar aliados capaces de socavar los apoyos de las potencias que lo combatían; por consiguiente, más bien el Partido del Congreso, poderoso y desarrollado, que el Partido Comunista Indio todavía en la infancia.

El interés de este debate es haber prefigurado el conflicto entre los intereses propios de la URSS y las ambiciones de los revolucionarios de los países coloniales, o semicoloniales: la India, Turquía, Egipto, etc. Adquirió amplitud en el congreso de Bakú en el que, esta vez, el problema colonial fue el centro de los debates; su resplandor superó por mucho, en lo tocante a los países de Asia sobre todo, el del congreso del Komintern. Los portavoces de Oriente eran en particular musulmanes de Asia Central, ya que, de 1 891 delegados, se contaban 235 turcos, 192 persas, ocho chinos, ocho kurdos, tres árabes, y los demás procedían de las regiones no rusas de la República de los Soviets. Habían respondido a este llamado lanzado por Karl Radek y Grigori Zinoviev:

> Antaño, ustedes estaban acostumbrados a cruzar el desierto para ir a los Lugares Santos; ahora, crucen los desiertos y las montañas, los ríos, para reunirse y discutir la manera de liberarse de sus cadenas y de unirse en una unión fraterna para vivir una existencia igual, libre y fraterna (julio de 1920).

En verdad, pasado el entusiasmo de las declaraciones de Grigori Zinoviev, recibidas con un levantamiento de sables y revólveres, y con gritos de "*Djihad*", "Viva la resurrección de Oriente", imágenes que las cámaras conservaron intactas, los musulmanes manifestaron sus reservas ante la manera en que Moscú los había tratado. "Teníamos que soportar el desprecio de las antiguas clases dirigentes hacia las masas de indígenas. Esta actitud es la de los comunistas, que conservan una mentalidad de dominadores, y miran a los musulmanes como sus súbditos." De esta actitud, el enviado de Vladimir Ilich Lenin, Georgi Safarov, confirmó su nocividad: "La dictadura del proletariado adquiere, en Turquestán, un carácter típicamente colonialista." Se volvía a encontrar, entonces, entre los comunistas, el comportamiento de los mencheviques y de los SR que habían gritado "¡Reacción!" cuando los no rusos del Cáucaso habían reivindicado su derecho a existir fuera de los partidos socialistas. Así mismo, en Turquestán, el III Congreso de las organizaciones comunistas musulmanas solicitó que la organización

turquestanesa del PC ruso se transformara en partido comunista turco. En Bakú, se desarrolló el argumento de que el concepto de solidaridad de clase no tenía sentido en un medio colonial. Los musulmanes insistieron en la necesidad de revoluciones nacionales, únicas garantes de una emancipación de Oriente; y, en verdad, único medio para recuperar su identidad: el problema de la dirección del movimiento –confiada a la burguesía o al Partido Comunista nacional, que planteaba Manabendra N. Roy– les parecía secundario.

Este conflicto duró hasta 1923, cuando las "desviaciones nacionales" fueron condenadas por los dirigentes soviéticos –en este caso Lenin, Stalin, Zinoviev. Esto provocó la ruptura con Sultán-Galiev, el comunista tártaro más prominente, antiguo adjunto de Stalin en la Comisaría de las Nacionalidades. Él afirmaba que los proletariados de Occidente y de Oriente eran fundamentalmente diferentes y, a decir verdad, "irreconciliables". Agregaba: "Los pueblos musulmanes son naciones proletarias... su movimiento nacional tiene el carácter de una revolución socialista", una formulación sacrílega. Al inventar este concepto de "nación proletaria", Sultán-Galiev distinguía entonces el mundo occidental, en el que el proletariado era una clase social, y Oriente, en donde había que vérselas con naciones completamente proletarias. Agregaba que la sustitución, en Occidente, de la burguesía en el poder por el proletariado, no provocaba ni provocaría ningún cambio en las relaciones del proletariado occidental con los países oprimidos de Oriente, pues esta clase heredaba la actitud nacional de la clase a la que había sucedido.

Entonces había que *sustituir la dictadura de las metrópolis occidentales por la de las naciones proletarias en las metrópolis de Occidente...* Para este fin, Sultán-Galiev proponía constituir una Internacional colonial comunista, pero independiente del Komintern. La primera etapa sería la constitución de un gran Estado nacional turco, el Turán. Con Hanafi Muzzafar, Sultán-Galiev intentó después elaborar en teoría la fusión del comunismo y del Islam introduciendo datos culturales, propios de los pueblos de Oriente, cuando por el contrario, en el IV Congreso del Partido Comunista, en 1923, Kalinin consideraba que "la política de los soviéticos debía tener como fin enseñar a los pueblos de la estepa kirghiz, a los uzbekos y a los turcomanos, los ideales del obrero de Leningrado".

Sultán-Galiev fue liquidado por la violencia y, tras la "normalización" de la situación en el Turquestán, el Komintern prosiguió su política de instrumentalización de los movimientos nacionales: fue típico

el acuerdo comercial firmado entre Londres y Moscú en 1921, el cual estipulaba que Moscú se abstendría de toda propaganda que pudiera incitar a los pueblos de Asia a una acción en contra de Inglaterra... El eurocentrismo soviético se afirmaba cada vez con mayor arrogancia, con los comunistas rusos que pretendían decidir en lo sucesivo la naturaleza de los movimientos nacionales –o designar los que había que respaldar, y no los otros. Esto provocó la indignación de los delegados en el III y IV Congresos, sobre todo la del malayo Tan Malaka, del vietnamita Nguyên Ai Quôc (Ho Chi Minh) y del indio M.N. Roy.

Al negarse a ver en la revolución oriental una posibilidad que no fuese sólo la de una revolución nacional –cuando para los líderes ésta no era más que una etapa–, el Komintern decía, sin enunciarlo claramente, que sólo el Occidente podía llevar a cabo una revolución social. Lo que, en pocas palabras, significaba que sólo la República de los soviets podía definir qué nación era capaz, por consiguiente, en derecho, de realizar una revolución...

Es lo que demostraría el ejemplo chino, en 1927.

El fracaso de los comunistas chinos en 1928, el papel que pudo jugar en él la política del Komintern en su relación privilegiada con Chang Kai-chek, son otros tantos elementos que, a consecuencia del comportamiento de Stalin con respecto a los comunistas musulmanes, podían prejuzgar un diagnóstico muy negativo sobre el papel que jugaron la URSS y el Komintern en el proceso de la lucha de los pueblos colonizados. Este juicio sería en parte erróneo, pues el balance no tomaría en cuenta el hecho de que los inicios del Komintern pudieron desempeñar el papel de "materias inflamables", que abrasaron a los medios nacionalistas de los países coloniales. Si es cierto que M.N. Roy o Tan Malaka –después Sultán-Galiev– pudieron desesperarse ante las maniobras de la URSS, Ho Chi Minh le fue fiel: en 1935, cuando la consigna "clase contra clase" es sustituida por el Komintern por la lucha "nación contra nación", se alía a él, y, al igual que los comunistas filipinos, lleva la lucha con las democracias en contra del fascismo japonés y de sus aliados.[1]

[1] Se observa que en octubre de 1935, Maurice Thorez proclama su apego a la defensa del pueblo de Argelia; ahora bien, consiste en unirse a "burgueses" argelinos nacionales reformistas, como Ferhat Abbas, quien, en la época de la lucha "clase contra clase", era calificado de contrarrevolucionario. Ahora bien, para Thorez, se trata sólo de aliar a los argelinos con el pueblo de Francia, por temor a una absorción por parte del fascismo italiano o alemán. Diez años después, es en nombre de la lucha contra la absorción por el imperialismo estadunidense que el PCF y el PCA se dirigen esta vez al PPA de Messali.

Además, las tesis de los opositores a la dirección del Komintern, las discusiones que suscitan, no mueren con su condena por parte de Moscú. Sobreviven en forma subterránea y son conocidas por los malayos, los indios, por Mao Tse-tung; poco después, durante los años de 1960, Boumedienne y Kadafi toman por su cuenta esas ideas de Sultán-Galiev acerca de las "naciones proletarias". Salvo que, tártaras o turcas de origen, son en lo sucesivo árabes.

En efecto, se observa que es el esquema galieviano el que, históricamente, funcionó: una vez independientes, Libia, Argelia, luego Irán, prosiguieron con esta idea de sustitución de la dictadura de las naciones occidentales por la de las naciones del Tercer Mundo.

La acción del Komintern, directa o indirecta, había influido sobre todo, en Oriente, en los pueblos de origen turco y musulmán, pero asimismo en los persas, indios, vietnamitas, malayos, indonesios, y naturalmente chinos. Tocó poco a los árabes antes de la segunda guerra mundial, ya que los únicos partidos comunistas organizados y un poco representativos en esos países eran los de Siria y el Líbano.

África negra también fue poco afectada; salvo Sudáfrica, que tuvo su partido comunista, los contactos con Moscú se limitaron en otras partes al envío de algunos africanos a la Universidad de los Trabajadores de Oriente, a la participación en el congreso de Bruselas en contra del imperialismo (1927), organizado por Willy Münzenberg. Pero el "problema negro" no ocupó casi más lugar que el problema colonial en los primeros congresos del Komintern, a pesar de la presencia de Senghor y de dos representantes sudafricanos, y de numerosos negros estadunidenses. Las primeras figuras eran Jawaharlal Nehru, Mohammed Hatta (Indonesia), la señora Sun Yat-sen, Albert Einstein, Víctor Haya de la Torre (Perú) y Messali Hadj (Argelia).

EL DESARROLLO ANTIGUO DEL PANAFRICANISMO

El movimiento panafricano, o panafricanismo, desempeñó un papel motor en la emancipación de las poblaciones del continente negro: constituye, por excelencia, la ideología de la descolonización en África negra, británica sobre todo. En su forma amplia –la Unidad Africana–, data sólo de la conferencia de Accra, en 1958; pero, más profundamente, se remonta a los inicios del siglo XX, a la conferencia de Londres en 1900. A decir verdad, ésta es asimismo un resultado, pues

el movimiento de liberación africano ve partir su prehistoria del siglo XVIII.

Efecto boomerang de la época de la trata y de la esclavitud, el movimiento se arraiga en efecto en los tres ángulos del comercio triangular: primero, el África occidental, y más precisamente, la Costa de Oro (Ghana), que fue uno de los proveedores más activos de esclavos. El primer africano que criticó la trata fue Ottobah Cugoano, un fanti de Ghana, a quien se debe: *Thoughts and Sentiments on the Evil and Wicked Traffic of Slavery and Commerce of the Human Species, Humbly Submitted to the Inhabitants of Great Britain, by Ottobah Cugoano, a Native of Africa*, Londres, 1787. Posteriormente, con Ghana, Sierra Leona y Nigeria constituyeron la cantera de los movimientos nacionalistas negros. El segundo lado del triángulo se sitúa en Inglaterra, donde el movimiento metodista animó la lucha contra la trata y logró la abolición de la esclavitud en la época de Wilberforce (cf. pp. 224-225). El tercer lado del triángulo se ubica entre el Caribe y las colonias inglesas de América del Norte –el futuro Estados Unidos. Desde el siglo XVI, los negros se habían rebelado, de Guayana al Caribe, y en 1688, en Barbados, se había instituido el primer Código Negro. Las Antillas fueron de nuevo la vanguardia del combate por la libertad de los negros en la época de la Revolución y del Imperio, obteniendo Haití definitivamente su independencia en 1804, en la época de Toussaint-Louverture. Los afroamericanos del Caribe proveyeron desde entonces los principales líderes del movimiento panafricano, como Marcus Garvey, George Padmore, el padre Dubois; y, por el lado francés, Aimé Césaire, Frantz Fanon, y luego otros paladines de la negritud. También hay que observar que, por el lado inglés, los primeros movimientos gozaron pronto, por lo menos en Londres, de libertad de expresión, y también de rudimentos de una representatividad parcial.

Sin embargo, en Inglaterra, la creación de la Sierra Leone Company fue por cierto un fracaso (cf. pp. 225), pero esta colonia no dejaría de volverse una especie de laboratorio de la modernización, en África Occidental, con su colegio de Fourah Bay en Freetown y sus primeros funcionarios misioneros. Éstos se dispersaron a Nigeria y a Costa de Oro, en donde surgió el primer rey cristiano, Joseph Aggrey, que no dejó de reivindicar la independencia para su país. Eso le valió una deportación temporal a Sierra Leona, pero la idea del *self-government* había dado un primer paso (1865).

Al volverse independientes en nombre de la libertad, en 1783, los norteamericanos no pensaban, por cierto, hacerse cargo de las reivin-

dicaciones de los negros que habían luchado a su lado, lo que explica que un gran número de éstos, decepcionados, hayan respaldado a los ingleses. Thomas Jefferson, autor de la Declaración de Independencia y dueño de esclavos, se planteó el problema de la suerte de los negros en sus *Notes on the State of Virginia* (1787). Resumía sus proposiciones con esta fórmula: "*What further is to be done with them?*" (¿qué vamos a hacer con ellos?). La idea de volver a enviar un gran número de ellos a África se abrió paso, y, en 1816, The American Colonization Society logró, en unos cuantos años, por medio de seducción y de amenazas, volver a embarcar entre 12 mil y 20 mil, y en África fundaron Liberia. Naturalmente, esto provocó la indignación de los negros norteamericanos, que pretendían tomar en sus manos su propio regreso –lo que resultaría, unos decenios más tarde, en la creación del Back to Africa Movement, de Marcus Garvey.

Para cuando se reunió la conferencia panafricana de Londres, en 1900, la situación general de los negros se había deteriorado mucho a lo largo de un siglo, tanto en Estados Unidos, a pesar de la Guerra de Secesión, como en Sudáfrica y en el resto del continente. Cuando se confirma más que nunca el dominio del hombre blanco, la consigna "África para los africanos" no recibe más que un solo estímulo "histórico": la victoria de los abisinios sobre las tropas italianas en Adua en 1896. Ésta vuelve a dar esperanzas y vigor al mito panafricano que había designado a Etiopía como la base original de la civilización africana... Naturalmente, la derrota de los rusos, en 1905, reactivó asimismo las esperanzas de libertad para los pueblos de color... En 1913, era publicado, en Madagascar, *Le Japon et les Japonais*, por el pastor Ravelojaona, quien fundaba el Vy Voto Sakelika, o VVS, Hierro-Piedra-Red, con intención anticolonialista. Globalmente, sin embargo, del lado de las colonias francesas, la tentación asimiladora siguió ejerciendo sus atractivos –es lo que explica que el movimiento panafricano se conservó sobre todo anglófono.

Segundo rasgo del movimiento panafricano: su relación con las Iglesias, sobre todo metodistas, que, en la Costa de Oro primero, y en otras partes de África Occidental, ayudaron al nacimiento de una élite mulata o negra, europeizada, a la que los ingleses definieron como *educated natives*. Gradualmente, algunos miembros de esta élite asumieron la posición de los dirigentes tradicionales, por ejemplo cuando los fanti eligieron a J.R. Ghartney, comerciante de Anomabu, rey de Winneba con el nombre de J.R. Ghartney IV. Los metodistas no pudieron desempeñar el mismo papel en el Caribe o en las colonias inglesas de

América porque ahí su acción tropezó con la hostilidad de los colonos.

Por reacción, fue entonces en las Américas donde el movimiento se desarrolló de manera más radical, reivindicando con W.E.B. Du Bois el regreso de los negros a África y la independencia de su país de origen.

Pues, paradójicamente, fue en el exilio americano donde, reunidos, los negros de las diferentes etnias edificaron una imagen de África, imagen ficticia sin duda, pero muy activa; mientras que, en la misma África, las antiguas divisiones de los reinos, el carácter parcelario de los territorios, luego los recortes coloniales, jamás habían dado origen a un concepto africano. Se observa asimismo que, en el Caribe como en América, los mulatos fueron menos propensos a volverse defensores de la negritud africana que los negros puros, tales como Martin R. Delany, Garvey, además campeones del Regreso a África.

En Estados Unidos, al igual que el proyecto abolicionista, del que los cuáqueros fueron los defensores en Massachusetts, la acción de los afroamericanos se vuelve manifiesta en 1787, cuando surgieron, sobre todo en Filadelfia, círculos y escuelas para negros cuyo animador fue el hugonote Anthony Benezet de San Quintín, quien procedía de una familia expulsada por el Edicto de Nantes. En esas escuelas, la Constitución de Estados Unidos es objeto de discusiones que conducen al rechazo de la esclavitud en los futuros estados en vías de formación –los del Middle West. Algunos negros fundan ese mismo año la Free African Society en una iglesia metodista; otros crean la primera logia masónica de Estados Unidos, The Free African Lodge, autónoma de la Logia Africana de Londres. El derecho a una misma educación para todos fue reivindicado, aquel año, por Prince Hall, un mulato de Barbados que dirigió esta petición al Parlamento de Massachusetts (1787). Menos de un siglo más tarde, cuando se abre la primera conferencia del panafricanismo, sus 30 participantes vienen, en su mayoría, del Caribe y de África del Norte (10 + 11), cuatro de África y cinco de Gran Bretaña. Pero, en la conferencia preparatoria, los africanos habían sido un poco más numerosos. La preside un obispo, Alexandre Walters, quien abre la conferencia diciendo que, "por primera vez en la historia de la humanidad, los negros del mundo entero se han reunido para mejorar la suerte de su raza". Los oradores denuncian la política inglesa en su Imperio, sobre todo en Sudáfrica, la segregación que impera en Estados Unidos, reconocen a los grandes antepasados, Sharp, Wilberforce. Por último, agradecen a los cuáqueros por su lu-

cha en contra de la esclavitud que sobrevive en Zanzíbar y en el este africano. En un llamado "a las naciones del mundo", W.E.B. Du Bois (1868-1963) predice que "el racismo será el problema número Uno del siglo XX que se inicia, y que el color de la piel o la textura del cabello se están volviendo el criterio de las desigualdades, del derecho a los privilegios". Se crea una Asociación Panafricana para defender los derechos de los negros: los países representados fueron Estados Unidos (W.E.B. Du Bois), Haití, Abisinia, Liberia, Natal, Sierra Leona, Lagos y Jamaica.

Pero Du Bois es pronto rebasado por Marcus A. Garvey, un jamaiquino que vive en Estados Unidos y que rompe con la actitud reivindicativa de la Asociación Panafricana. Invirtiendo la posición, valoriza a la raza negra y reivindica la idea de reconstituir un Imperio Panafricano, heredero de los grandes reinos anteriores a la colonización. Encarna el nacimiento de un racismo negro, al que Léopold S. Senghor bautiza como el antirracismo de la negritud. Más que Du Bois, agita a África y percibe mejor que él que jamás Europa ni los blancos ayudarán en verdad a los negros: ve claramente que, sin violencia, África no llegará a nada...

Du Bois permanecía en un marco humanista, admirando por ejemplo la manera en que Francia condecoraba al diputado negro Blaise Diagne con la Legión de Honor, y soñando con una colaboración entre las razas. Sin embargo, ésta se obtendría mediante exigencias radicales y no por las vías de la adaptación suave, que habían sido en Estados Unidos las de B.T. Washington, esclavo llegado por su perseverancia a director de un instituto. En el extremo opuesto, Garvey imaginaba un renacimiento africano fundado en el saber y la fuerza, como Japón había dado el ejemplo. Pero, en el V Congreso Panafricano, celebrado en Manchester inmediatamente después de la segunda guerra mundial, fueron las tesis de George Padmore, consideradas más realistas, las que predominaron, mostrando que las diferentes visiones que se oponían eran, por lo menos, todas solidarias en reivindicar primero para los negros su independencia en el país en el que vivían: "Todos aquellos a los que llamamos comunistas son nacionalistas... Primero tienen que ser libres antes de definir el régimen de su elección." Criticó con fuerza a aquellos que consideraban con benevolencia al régimen colonial francés, explicando que la asimilación y la integración eran mitos –como prueba estaban la libertad de que gozaban los africanos bajo la bandera británica, su participación en el poder, comparada con la represión que reinaba en el Imperio francés.

Sobre este punto, Padmore era apoyado por los negros caribeños, como Frantz Fanon.

Así, el panafricanismo anterior a las independencias ejerce en el oeste las mismas funciones que el Komintern en el este –Sultán-Galiev y Marcus Garvey hacen el mismo recorrido del comunismo a la nación–, en espera de la revolución. Sin embargo, a diferencia del Komintern, el panafricanismo no tiene centro, y se mantiene más bien modesto en sus actividades ya que ningún Estado lo toma a su cargo. Pero su acción dispersa, minoritaria, también lanza "materias inflamables". Orienta a los nacionalistas africanos, como Nkrumah, familiarizado con esos debates, y apresura los caminos del *self-government*, y luego de la independencia, en un gran número de países de África del Oeste y del Caribe.[2]

Se ha dicho que el panafricanismo fue, en lo esencial, un movimiento anglófono. Sin embargo, en su última fase, cierto número de francófonos formaron parte de él. Iba Der Thiam señala que en África del oeste, y sobre todo en el Senegal, la historia de la reivindicación de independencia pasó por varias fases. La de la reivindicación igualitaria, desde antes de 1914; la de la fronda polémica, inmediatamente después de la primera guerra mundial, luego de la recriminación vehemente y violenta. La unión con la Internacional y el africanismo, encarnado por Garvey, se hizo durante los años veinte. La futura bandera de la nación africana sería "roja, como la sangre vertida a lo largo de la historia; negra, como el color de la piel de la que se debe tener orgullo, y no vergüenza; verde, como la esperanza" (Lagos, 1920).

Esta conceptualización se sobreañadió, a menudo, a una "necesidad de independencia" que había existido muy pronto, y hasta a partir de la conquista, tanto en el oeste como en Kenia o en Madagascar.

Aquí, en 1947, como en Setif en 1945, o en Haifong en 1946, la administración o el ejército responden con una masacre...

[2] En Estados Unidos, considerando que los negros son tratados como pueblos colonizados, y siguiendo la enseñanza de Malcolm X, los Panteras Negras no se figuran "negros", sino revolucionarios, y adoptan la actitud de Cabral, del Che Guevara (años de 1960-1970).

IX. INDEPENDENCIA O REVOLUCIÓN

¿Se debió el final de la colonización sólo a la lucha de liberación de las poblaciones sometidas y vencidas, o bien debe imputarse también a la decadencia de las metrópolis, incapaces de manejar el inmenso capital que habían acumulado? ¿O es efecto asimismo de las presiones del mundo exterior, conjugado con los demás factores?

En todo caso, cada independencia no sacó todas sus fuerzas sólo del lugar, cualquiera que haya podido ser la reacción y la visión de los vencidos. El ejemplo de los países de África del Norte está ahí para atestiguar que a veces fue el Islam, otras el sentimiento de pertenencia al mundo árabe, o el patriotismo vinculado más directamente con la tierra natal lo que sirvió de germen, o también de incentivo para el levantamiento popular. En Vietnam como en Indonesia, si el sentimiento nacional suscitó en efecto la reacción de las poblaciones frente a los franceses y los holandeses, el internacionalismo proletario ejerció también su influencia –al igual que el panafricanismo, sobre todo en el África anglófona.

Estos movimientos, que originan ideologías de la libertad o de la revolución, pudieron aparecer y desarrollarse de manera congruente, o no, con otros, incluso precederlos.

¿QUÉ OBJETIVOS?

Los movimientos de liberación también se apoyaron en Iglesias o en partidos que a veces se hacían competencia, con un objetivo común, la independencia. Éstos eran variables en la táctica y tenían variaciones en el contenido de dicha independencia.

Los unos se pretendían revolucionarios tanto como nacionalistas: como el Viet Minh , que predominó en la medida en que ninguna fuerza religiosa –ni los caodaístas, ni los cristianos– podía rivalizar con él. Además, después de 1949, se adhiere a la China comunista.

Por el contrario, cuando la religión es preeminente, como en la India o en Birmania, hasta en Filipinas y en el Magreb, las probabilida

des de las fuerzas revolucionarias son muy escasas, o inexistentes; sobre todo en donde reina el hinduismo que, además, oculta su bandera tras el patriotismo y la democracia.

En el medio se encuentran aquellos países, como Indonesia, en los que el comunismo y el Islam son poderosos y se combaten. Pero en Angola, por el contrario, son los partidos políticos, incluso el Partido Comunista, los que son "instrumentalizados" en beneficio de la nación –con el objetivo de crear una (M. Cahen, *Villes et Bourgs en Afrique lusophone*).

Por último, existen movimientos que, en la actualidad, fracasaron en su proyecto, como Sendero Luminoso en Perú; es necesario estudiarlos también, pues la historia es asimismo el análisis de lo que no resultó...

De hecho, si los movimientos de liberación pudieron ser producidos y respaldados por una historia larga, tanto en el mundo árabe como en el negro o el africanoamericano, también pudieron ser coordinados o estimulados por fuerzas diferentes, en las que podían participar, como el Komintern o la Tricontinental; o también sacar provecho de una acción que no tenía su liberación como objetivo. Ya, la victoria de Japón sobre Rusia, en 1905, había tenido efectos psicológicos y políticos en todos los pueblos de color, y hasta en Madagascar...

Incomparable y decisivo es en efecto el balance de la expansión japonesa durante la segunda guerra mundial. El que esta expansión haya dado el golpe de gracia a los sueños europeos en el Sureste asiático es un hecho, aun si los mecanismos de causa a efecto no son tan simples. Es evidente, por ejemplo, que en Indochina francesa los colonos no tienen muchas ilusiones acerca de su porvenir durante esos años –cuando otros colonos franceses, por ejemplo en Argelia, creían, en 1945-1950, vivir a cien años luz de lo que sucedía en el Sureste asiático. Esto también es válido para los colonos ingleses u holandeses de Sudáfrica. Se observa un segundo efecto de la ocupación japonesa: mientras que antes de 1941, sólo el dominio británico enfrentaba dificultades –en Egipto, en la India sobre todo desde 1919–, al final de la guerra son los holandeses y los franceses los que habrán de enfrentar las pruebas más brutales en Asia, habiendo los ingleses ya dispuesto en parte las condiciones de su retirada. Unos y otros pierden sin embargo parte del control que ejercían en el mercado del caucho y del petróleo.

EL IMPACTO DE LAS VICTORIAS JAPONESAS

La humillación padecida por Occidente durante las victorias obtenidas por Japón debía marcar fuertemente a las poblaciones coloniales y estimularlas para las luchas posteriores. En las Filipinas, fueron testigos de la horrible *Marcha de la Muerte* (1941) que la autoridad militar japonesa impuso a los prisioneros estadunidenses, que murieron entonces de agotamiento ante espectadores apiadados. Y esto se volvió en contra del ocupante japonés. En Indochina, franceses fueron encerrados por la Kempetai, la policía japonesa, en jaulas de menos de un metro cúbico, la peor tortura infligida ante testigos impotentes. También en ese caso, los sentimientos de compasión predominaron en los vietnamitas, a pesar de su rencor hacia los franceses. Pero, en las Filipinas como en Indochina o en Indonesia, el poder colonial no dejó de perder toda su autoridad y su prestigio, para siempre.

En principio, debido a la política de colaboración llevada por Vichy, la administración francesa permaneció en funciones, por lo menos hasta el 9 de marzo de 1945, cuando la autoridad japonesa puso fin a dicha ficción y se apoderó de todos los bienes franceses. Indochina, ya ocupada militarmente, por lo menos en parte, enfrentó en lo sucesivo la suerte común de las demás posesiones europeas en Asia oriental.

Dos rasgos caracterizan entonces a la política colonial nipona, que actuaba en nombre de "esa misión sagrada", la esfera de "co-prosperidad" y de liberación de los pueblos sometidos a Occidente: primero, una puesta al servicio de la guerra –dicho de otra manera, de los intereses exclusivos de la economía japonesa–; luego, una política de integración militar y económica que daba la espalda a la esperanza de independencia que podían alimentar los pueblos colonizados, sobre todo aquellos indonesios que habían acogido a los japoneses como liberadores. A diferencia de los occidentales, los japoneses prestaron mucha atención a una gestión meticulosa de todas las posesiones que ocupaban. ¿Se debe a que su ocupación fue más militar que civil? No abandonaron a su suerte las regiones de las que no podían sacar ningún provecho, de tal manera que esta atención les atrajo simpatías –en Indonesia sobre todo, por lo menos en 1942, pero algunas veces también en Indochina.

En vísperas de su derrota, sintiéndola llegar, los japoneses habían proclamado la independencia de las antiguas posesiones europeas, mas no de Taiwán ni de Corea. Hasta reunieron a los representantes de todas las naciones "liberadas" en una gran conferencia, en Tokio, a fines de 1943.

Se trataba de una bomba de tiempo y que explotó algunos años más tarde. De hecho, cuando los ingleses desembarcaron en Java y en Sumatra, antes de los holandeses en 1945, los indonesios percibieron ese regreso como una nueva ocupación. Por el contrario, las Filipinas, muy hostiles a los japoneses y a los gobiernos fantoches que habían instalado, acogieron a los estadunidenses en calidad de libertadores.

En Indochina, la situación era mucho más compleja.

VIETNAM, LA INDEPENDENCIA Y LUEGO LA REVOLUCIÓN

En Vietnam, las victorias de Japón habían alentado a los movimientos independentistas que, debido a la represión imperante desde los años treinta, tenían muy a menudo su punto de anclaje fuera del país. A imitación del Kuo Ming Tang, existía el Vietnam Quoc Dan Dang, o Partido Nacional Vietnamita, que volvía a emplear los lemas de Sun Yat-sen: nacionalismo, democracia, socialismo. Tuvo un gran éxito en Tonkín. En Cantón se había formado otro grupo, bajo la dirección de Nguyên Ai Quôc (Ho Chi Minh), quien era miembro del Krestintern –la Internacional Campesina vinculada con el Komintern– y había constituido, tras haber militado en Francia y participado en el Congreso de Tours, el primer grupo vietnamita de la Universidad Comunista de los Trabajadores de Oriente. La organización que crea comprende a los patriotas decepcionados por la acción puramente moral de Phan Boi Chau. En torno a Bao-Dai, heredero al trono, a quien la administración francesa había hecho volver a Hué después de los incidentes de 1930-1931, se encontraban reformadores, como el católico Ngô Dinh Diêm, quien se enfrentó a la intransigencia del poder colonial. "Mis únicos poderes, comentaba Bao-Dai, consistían en otorgar títulos de genio en los pueblos." Otra corriente, surgida en Cochinchina, un movimiento religioso de inspiración budista, el movimiento caodaísta, que sacaba su inspiración de Japón –como otros lo hacían, por lo demás, desde la era Meiji y las victorias de Japón en 1905; estaba asociado con sectas antifrancesas, como los hoa hao. Por último, un Frente Democrático Indochino, dirigido por Pham Van Dong y Vô Nguyên Giap, constituía la fachada legal de un partido comunista prohibido y al que pronto se asociaría Ho Chi Minh. Los grupos trotskistas eran asimismo activos a finales de los años de 1930.

El régimen de Decoux se esforzaba por frenar el ascenso naciona-

lista o revolucionario mostrándose buen gestor. No por ello deja de ser represivo con respecto a esos movimientos y más aún en lo tocante a los gaullistas, por lo demás poco numerosos. Ahora bien, éstos habían declarado la guerra a Japón. Por su lado, Japón alentaba a esos movimientos independentistas, en particular a los caodaístas. Pero tuvo lugar una escisión, desde la entrada en guerra de la URSS, entre las organizaciones que esperaban la liberación de Tokio y las que apostaban en favor de Chang Kai-chek o los aliados. Bajo la égida de Ho Chi-Minh, el Viet Minh se había constituido para combatir "al fascismo francés y japonés", en sentido inverso al equilibrio de las fuerzas en 1942. Así, se oponían ya el frente Viet Minh-Estados Unidos-China –en el que colaboran franceses libres–, por una parte, y por la otra, los caodaístas aliados a Japón y a los que apoya Bao-Dai: todos luchan al mismo tiempo entre sí y por la independencia.

En este contexto, la presencia francesa no estaba destinada a ser barrida por un desencadenamiento de odio; debía ser "apagada por la historia" (Paul Mus). Por lo demás, en la conferencia de Teherán, F.D. Roosevelt lo pensaba también suscribiendo los puntos de vista de Stalin acerca del abandono, por parte de Francia, de Indochina, mientras que Churchill deseaba que sobrevivieran los imperios británico y francés. "Vamos, Winston, perdió por 2 a 1", decía Roosevelt a Churchill.

La táctica adoptada por Nguyên Ai Quôc correspondía a las directivas del Komintern, el Frente constituido apuntaba a la unión de todas las capas sociales y a ocultar su bandera revolucionaria. En efecto, el programa del Viet Minh tenía como objetivo expulsar a los fascistas franceses (Vichy, más el almirante Decoux) y a los japoneses, devolver la independencia a Vietnam, aliarse con las democracias que luchan en contra de las agresiones fascista y japonesa, edificar una República democrática...

En verdad, Bourguiba en Túnez y Gandhi en la India habían hecho la misma elección táctica, respectivamente en contra de Salah Ben Youssef y de Chandra Bose, pero, en Vietnam, los japoneses estaban ahí, en el lugar, prometiendo la independencia, habiéndola reconocido a las Filipinas, a Birmania; el riesgo era mayor para el Viet Minh, y mayor la apuesta de un gobierno republicano... La alianza con los gaullistas podía asimismo parecer irreal, sobre todo porque Ho Chi Minh criticaba la actitud de De Gaulle en Brazzaville –con palabras que, además, en Siria y en el Líbano, se habían utilizado contra él (cf. pp. 136-137).

9 de marzo de 1945: ultimátum japonés, acontecimiento fatal, inesp-

rado, aunque desde la caída del gobierno de Vichy, en agosto de 1944, Francia esté oficialmente en guerra contra Japón –y ya no sólo la Francia libre. Desde la difícil batalla de Filipinas, Tokio exige del almirante Decoux, siempre en funciones, que las fuerzas francesas sean puestas bajo un mando mixto. Ante su negativa, los japoneses se apoderan de todas las guarniciones, recluyen a los franceses, y, el 11, a iniciativa de los nipones, Bao-Dai, emperador de Annam, proclama el final del protectorado de los franceses y la independencia. Los reyes de Camboya y de Laos hacen lo mismo. La separación de Francia se había dado suavemente, pero la población sabía que la suerte de Bao-Dai se vinculaba con la de Japón... En sus montañas, Ho Chi-Minh, que no reconoció al régimen de Bao-Dai, dialoga con el puñado de hombres de De Gaulle, a los que representa Sainteny... En cuanto la bomba de Hiroshima estalla, Ho Chi-Minh lanza la orden de insurrección general... Mientras Japón capitula, Bao-Dai abdica "recomendando a Francia que reconozca la independencia de Vietnam... Va en ello su interés y su influencia". Sin embargo, el 25 de agosto de 1945, una gran manifestación consagraba el éxito del Viet Minh que, como si saliera de la tierra, mostraba su fuerza en las calles de Hanoi, y los demás partidos nacionalistas se alían a él, considerándolo mejor situado para hacer reconocer la independencia del país por parte de los aliados. En el gobierno provisional que se constituye con numerosos comunistas, Bao-Dai es nombrado consejero supremo. Se proclaman sucesivamente la independencia –una vez más– y la república democrática. El texto se colocaba bajo la égida de la independencia estadunidense y de la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789. No se hablaba de comunismo, ni de la URSS, ni siquiera mencionada. Pero el Partido Comunista tomaba, él solo, la dirección del Frente Viet Minh...

Ahora bien, esta independencia y este poder –frente a Francia, pronto de regreso–, todavía había que conquistarlos.

El artífice de esta primera revolución en la guerra había sido Ho Chi-Minh, cuyas cualidades de negociador y de táctico habían logrado maravillas. Antes, como lo muestra su biógrafo Jean Lacouture, había manifestado los demás atributos de su identidad: el campesino, el emigrante, el militante, el unificador, el preso. Pronto sería el guerrillero.

Lo que impresiona en este patriota revolucionario es la distinción absoluta que lleva a cabo muy pronto entre los franceses y su colonización. Ninguna palabra lo bastante dura para ésta y sus abusos, ninguna expresión lo bastante agradecida hacia aquéllos y los valores que encarnan. La anécdota quiere que, desembarcado en Marsella y ha-

biéndose hecho tratar de usted, haya hecho de inmediato la diferencia entre la Francia que libera y la que oprime. Tiene entonces amigos franceses, habla el francés, milita en organizaciones francesas; y, en Hanoi, el día de la independencia proclamada, en septiembre de 1945, se dirige en francés a los vietnamitas, y también a los franceses, para expresar su amistad, su confianza hacia la Francia de la Revolución y de la Comuna de París. Se conservó la grabación en directo.

Según Dan Xuan Khu (Truong Chinh), la decisión del 13 de agosto de 1945, la insurrección general, fue tomada en el congreso de Tan Thao para desarmar a los japoneses antes de la llegada de los aliados y ponerlos así ante un hecho consumado "meritorio". En este contexto, Francia contaba poco; aún menos de lo que lo imaginaban los vietnamitas, ya que, en Potsdam, se había tomado la decisión de confiar el norte de Indochina a los ejércitos de Chang Kai-chek y el sur a los ingleses; el límite de los dos ejércitos debía ser el paralelo 16... Qué podían hacer los 2 500 solados franceses presentes en el lugar frente a 25 divisiones chinas... Pero al Viet Minh no le interesaba, tampoco, que este proyecto aliado triunfara, y Ho Chi-Minh hizo transmitir a los representantes franceses del GPRF (Sainteny, Pignon, el general Alessandri) las peticiones Viet Minh: la independencia antes de cinco años, no después de diez años...

Pero en París, se retomaba el problema indochino como si no hubiera existido la guerra, ni la derrota, ni la ocupación japonesa, ni la doble proclamación de la independencia, ni la insurrección general... De Gaulle desea enviar tropas, nombra al almirante d'Argenlieu alto comisario, pero los estadunidenses no tienen "barcos para eso"... Entre tanto, París restauró la Federación Indochina, con sus cinco territorios de antaño, un alto comisario a la cabeza, decisiones que significaban un retroceso respecto a lo que el almirante Decoux había concedido a los nacionalistas vietnamitas un año antes, y que negaban la existencia de Vietnam.

Ahora bien, a lo que teme ante todo el Viet Minh, es a los chinos, que tienen un hombre en el gobierno de Ho Chi-Minh, el vicepresidente Nguyên Hai Thân. Durante las negociaciones que se inician, se tropieza con ese *dôc lâp* que fue proclamado el 2 de septiembre en Hanoi: la libertad –según los franceses–, la independencia –según los vietnamitas. Estos últimos acaban por ceder, y el acuerdo del 6 de marzo, garantizado por Leclerc, implica la entrada de Vietnam, "Estado libre", a una Federación indochina, pero sin los tres Ky –sin la Cochinchina... Estas graves concesiones, Ho Chi-Minh y Giap las legitiman recordan-

do la experiencia de Brest-Litovsk: "Gracias a esta tregua podremos fortalecer nuestro ejército..." Y Ho Chi-Minh agrega para su pueblo, con el llanto en la voz: "Les juro que no los traicioné."

Mientras que las primeras tropas francesas desembarcaban con Leclerc en Hanoi y otras en Saigón, gracias a la ayuda discreta de los británicos, el almirante d'Argenlieu habría evocado, antes de reunirse con Ho Chi-Minh, "un nuevo Múnich".

Se comprueba: ni de un lado ni del otro se estaba listo para respetar el acuerdo del 6 de marzo de 1946, y atenerse a él.[1] Ante el menor incidente, podía estallar la guerra. En la conferencia de Dalat, las negociaciones se prosiguieron con Marius Moutet, pero tropezaban con el problema de la Cochinchina; Ho Chi-Minh tampoco cedía, pues confiaba en un apoyo de los comunistas franceses que, en 1946, obtenían el 28% de los votos...

Cuando Francia proclama la creación de una república autónoma en Cochinchina, se da una reacción en cadena. En el sur, el Viet Minh practica el terrorismo contra los vietnamitas favorables a este acuerdo con Francia. En el norte, el general Valluy aprovecha una ocasión para bombardear Haifong. Entonces fueron atacados 1 200 franceses, 40 asesinados. El 21 de diciembre de 1946, el gobierno de Ho Chi-Minh, en fuga, lanzaba la orden de insurrección general.

Era la guerra.

ESPECIFICIDAD DEL MOVIMIENTO NACIONAL EN LA INDIA

En la India, la aparición de una gran burguesía de negocios, la construcción de una memoria histórica y de una identidad debidas a veces al colonizador, otras al colonizado, ayudaron en la constitución y en el desarrollo de un movimiento de liberación que tenía la característica de no ser necesariamente anticapitalista –a diferencia de otros– y que no era unánimemente antiinglés, aun si la independencia (*swaraj*) era uno de sus objetivos, y si la hostilidad hacia el ocupante era realmente compartida. Escribía Nehru:

[1] De Gaulle había dejado el poder. Durante nuestras entrevistas con Jean Sainteny, para la realización de la película *Indochine 45*, en 1965, no tuvimos la sensación de que en esa fecha De Gaulle haya tenido una visión muy clara de la política que había que seguir en Indochina. ¿Se inclinaba más bien por d'Argenlieu que por Leclerc y Sainteny?

Uno de los rasgos más notorios del dominio inglés en la India es que los mayores males que infligió a este pueblo presentan exteriormente el aspecto de buenas acciones del Cielo: el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, la radio y el resto fueron bienvenidos; eran necesarios y sentimos una gran gratitud hacia Inglaterra por habérnoslos dado. Pero no debemos olvidar que su principal objetivo fue el fortalecimiento del imperialismo británico en nuestro suelo permitiendo el estrechamiento de la opresión administrativa y la conquista de nuevos mercados para los productos de la industria inglesa. Sin embargo, a pesar de todo mi rencor por la presencia y la conducta de los amos extranjeros, no tenía ningún resentimiento con respecto a los ingleses como individuos. En el fondo de mí mismo, más bien admiraba a esa raza.

Otros comentarios corroboran ese juicio y hasta van más allá: "Enteramente leales a Su Majestad Británica, no nos sentíamos dignos de desanudar la correa de sus zapatos."

En vano se buscarían, en un anamita o en un árabe, comentarios similares con respecto a los franceses en las colonias... Eso no excluye una determinación tan fuerte, un ojo crítico y, a su vez,[2] ligeramente condescendiente acerca del inglés, "que suele reunirse siempre con el mismo pequeño clan de indios, los que tenían que ver con el mundo oficial... Esta clase sudaba de manera singular el tedio y la estrechez mental. Hasta un joven inglés inteligente, llegando a nuestro país, no tardaba en sucumbir a una especie de torpeza intelectual y cultural. Al salir de su jornada de oficina, hacía un poco de ejercicio, luego iba a reunirse con sus colegas al Club, bebía whiskyes y leía revistas de su país... De este deterioro progresivo de la mente, hacía responsable a la India... cuando la causa de esa decadencia, en él, no era sino la consecuencia de su vida de burócrata" (Nehru).

Tercera característica de un movimiento nacional indio como el que encarnan Tilak, Gandhi, Nehru: el efecto "perverso" del interés que los ingleses tuvieron por el pasado y la sociedad de la India. Al reconstruir sus rasgos más antiguos, aunque petrificaran la descripción del sistema de las castas –para dominar mejor la gestión de la sociedad–, los ingleses resucitaban un pasado y una historia puramente hindú, lo que halagaba el amor propio pero tenía como efecto borrar el pasado musulmán. Tilak comprendió de inmediato el partido que los hindúes podían sacar de la situación creando "Sociedades para la

[2] Cf. pp. 158-159, la mirada de los ingleses hacia los hindúes y musulmanes de la India.

protección de la vaca", glorificando a Shivahi, aquel rey de los maratos que triunfó sobre Afzal Kan estrangulándolo con dados de acero y luego acometiendo contra el ejército del Gran Mogol, etc. So pretexto de veneración hacia ese pasado, hacia su cultura, Tilak revivía a la India hindú, no la que se había transformado en parte del Islam. Gandhi actuaría de la misma manera, más tarde, recurriendo a prácticas de no violencia que presentaba como medios para combatir al ocupante, el británico; pero medios que encontraban también su origen en la tradición hindú, no india.

Así, gracias a los ingleses, los musulmanes habían sido desalojados de su posición de poder, perdiendo primero su posición de soberanía feudal, de soberanía; luego, viéndose destituidos de toda preeminencia por dicha revalorización de la tradición; por último, porque sólo los hindúes participaban en el gran movimiento de los negocios y constituían esa burguesía capitalista, cuya riqueza, hasta entonces precaria, se volvía una verdadera fuerza económica y política. Naturalmente, los hindúes no podían gritarlo a los cuatro vientos. Pero era visible, pues los sacerdotes se apropiaban de la autoridad de la que gozaba antes el Estado, y se diferenciaban cada vez más las dos comunidades. Esto revelaba que, so pretexto de independencia, los grandes líderes pretendían devolver a los hindúes su condición dominante por medio de una adhesión, al parecer inocente, a los métodos democráticos practicados por los ingleses, que, debido a la superioridad numérica de los hindúes en la India, garantizaban en una India unificada la supremacía de los no musulmanes. Con la independencia, a la minoría que dominaba antaño se le atribuiría inevitablemente una condición subalterna, aun si los dirigentes del Partido de la Independencia tomaban todas sus precauciones para ayudar a los musulmanes a salvar las apariencias, sobre todo aceptando el principio de colegios electorales separados. Se comprende que los ingleses, después de haberse apoyado en los hindúes para romper el ex Estado mogol, se hayan apoyado luego en los musulmanes para frenar la marcha de la India hacia la independencia. Se comprende asimismo que el leitmotiv de la "unidad de la India" haya tenido esa función política, al servicio de la mayoría hindú.

"Un colegio musulmán vale por cuatro cuerpos de ejército", había declarado un alto funcionario inglés, en 1883, cuando se preparaba la reunión de un Congreso Nacional Indio, para 1885. El Imperio de las Indias se había vuelto un bien de la Corona desde que la rebelión de los cipayos estallara, debida tanto a la avidez de los agentes de la Compañía de las Indias como a la ruina del artesanado, a la exclusión

de los indios de la dirección de sus negocios, al empobrecimiento de una parte de la población; tantos barriles de pólvora que encontraron un detonador en el asunto de los cartuchos. Éste era señal de la ignorancia despreciativa en la que los oficiales tenían a los indios, ya que no deseaban saber que exigían de ellos violar una prohibición, pues esos cartuchos estaban untados de grasa de puerco y debían ser desgarrados con los dientes.

Aprendiendo la lección del levantamiento de los cipayos, la reforma de 1858 dio el poder a un secretario de Estado para la India, quien dicta su voluntad al virrey. La reina Victoria fue proclamada emperatriz de las Indias en lugar del Gran Mogol (1876), pero toda una parte de la India, llamada India de los Príncipes, ya no dependía de la Corona. Posteriormente, la restitución de Mysore a la dinastía, tras medio siglo de administración inglesa, fue un indicio de nuevas disposiciones de Londres con respecto a los príncipes. Simultáneamente, los ingleses permitían a los indios entrar a los consejos legislativos sin pasar por el concurso del Indian Civil Service que tenía lugar en Inglaterra. Las reformas Morley-Pinto de 1909 permitieron después a cuerpos constituidos o a categorías de ciudadanos –los musulmanes, los parsis, los sikhs, etc.– participar en los diferentes cuerpos legislativos instituidos en Calcuta, Bombay, etc. Así, se había creado el embrión de un régimen parlamentario, mientras los consejos regionales abrían el camino para un principio de descentralización. Globalmente, los británicos fortalecían políticamente los altos niveles del cuerpo social, se inquietaban sobre todo, en lo tocante a los campesinos, por su endeudamiento, cuya agravación intentaban prevenir.

Es por este estrecho camino por el que se precipita el movimiento nacional indio, mientras paralelamente se creaba el movimiento *swaraj* (autonomía), que daría origen al Partido del Congreso. Éste no incluyó a representantes electos campesinos más que después de la primera guerra mundial.

Quienes lo constituyeron fueron primero los magnates que, para oponer resistencia a la creciente intrusión del gobierno colonial en los asuntos locales, respaldaron la agitación lanzada por la inteliguentsia de Calcuta y de Bombay en favor de un régimen más representativo. La integración de esos magnates locales en un sistema provincial, luego nacional, condujo a una unificación de las perspectivas de combate, que desembocó, en 1917, en una confrontación global entre las autoridades coloniales y el movimiento nacionalista. La relación entre esos notables, pequeños o grandes, y los políticos o publicistas profe-

sionales que surgían en el momento del cambio de siglo, revela una relación de dependencia, estando el político al servicio de los primeros, que no desean ocuparse de política. Así, los nacionalistas no constituyen una formación autónoma; son los simples portavoces de los grupos dominantes. El ejemplo emblemático es la relación de tipo patrón-cliente que une en Allahabad al pandit Malaviya, uno de los principales políticos del Congreso de la India del Norte, con la familia del mayor banquero de la ciudad, Ram Charan Das. En esta ciudad, es la creación por parte de los ingleses de electorados separados para los musulmanes lo que hizo de la oposición hindúes-musulmanes, poco evidente hasta entonces, un factor importante de la vida política local, y el origen del "municipalismo" (lucha entre los municipios).

A medida que, a partir de 1930, el repliegue estratégico inglés se planificó poco a poco, el Congreso tuvo un lugar cada vez más grande; se adaptó a una nueva coyuntura y abandonó progresivamente la agitación de masas para convertirse al electoralismo y al parlamentarismo, volviéndose un partido de gobierno, en parte paralelo, dispuesto a velar por el relevo del poder el día de la independencia, o en espera de la transformación de la India en dominio.

"No se necesitan revolucionarios para hacer una revolución, decía Lenin, dejen actuar a los dirigentes..." ¿Valdría este comentario para el comportamiento de los ingleses en la India, hasta para el análisis que supo hacer de ellos Gandhi? Desde luego, Gandhi pensaba, al igual que Lenin, que el Estado, en sus formas actuales, y más aún el Estado colonialista, es un instrumento de explotación; pensaba asimismo que los plutócratas agarran por la garganta a los pobres, pero su humanismo y sus creencias lo llevaban a una visión más optimista de las relaciones sociales, y su fe le enseñaba que ni los marxistas, ni los budistas, ni los musulmanes podían ser Justos; tampoco los cristianos, debido a sus iglesias que estaban "al servicio de quienes tienen, y no de quienes nada tienen". Ni los comunistas que, en lugar de predicar la reconciliación, recomiendan la lucha de clases. Su modelo fue León Tolstoi (y más particularmente la fórmula "El reino de Dios está en nosotros"), quien enseñaba que para resistir al mal se requiere una renuncia total a la violencia. Ya que el Estado, las iglesias que lo glorifican y las luchas sociales son el mal, el Justo debe desprenderse lo más posible de una sociedad inicua, debe ser no violento e intentar convertir a las clases dirigentes.

Fue el principio que aplicó, esta acción no violenta, *satyagraha*, de la que descubría las formas hindúes antiguas –*â himsa*, "no matarás".

La no violencia en su forma dinámica significa: sufrimiento lúcido y aceptado. No sumisión dócil a la voluntad del promotor del mal, sino movilización total del alma en contra de esa voluntad del tirano. Aplicando a la tarea esta ley de nuestro ser, es posible para un solo individuo desafiar a toda la fuerza bruta de un injusto dominio, salvar así su honor, su religión, su alma y preparar la caída o la regeneración del Imperio opresor.

No invito entonces a la India a practicar la no violencia por debilidad, sino con plena conciencia de su fuerza y de su poder...

Por medio de sus numerosas huelgas de hambre, programadas, Gandhi dio él mismo una serie de ejemplos. Había que saber estar muy calmado, hasta ante un regimiento de policía montada. Las imágenes cinematográficas de 1931 conservaron la ejecución de esta directiva: cuando llega la policía montada, escoltada por otras fuerzas del orden, los indios que se manifestaban se acuestan en el suelo, inmóviles, activamente pasivos, y se necesitan dos o tres policías y soldados para sacarlos, uno a uno, de la plaza en la que se encuentran, pero transportados de esa manera, vuelven a caer como inertes. Planos de la memoria histórica únicos, increíbles.

Las manifestaciones no violentas se desencadenaban, como decía Lenin, a partir de un acto de los dirigentes, en este caso de una afrenta cometida en contra de los sentimientos del hindú –como antaño el asunto de los cartuchos.

La primera provocación fue la detención de Annie Besant, en 1919, aquella irlando-estadunidense, animadora de una sociedad filosófica dedicada a la revivificación de los ideales e instituciones hindúes, y que había llegado a ser uno de los líderes del movimiento swaraj, un acto cuyo sentido confirmaron las leyes Rowlatt, ya que tener un pasquín nacionalista en el bolsillo se volvía un delito castigado con dos años de cárcel. Estas medidas dañaban el proyecto Montagu de una marcha progresiva de la India hacia la independencia, que instituyó el Government India Act y que establecía una diarquía en la gestión de los asuntos del país.

La segunda provocación fue, en 1927, la reunión de la Comisión Simón, sobre el porvenir de esta diarquía angloindia. El virrey Lord Irwin mostró sus conclusiones a Gandhi. Éste las leyó, cuenta la anécdota, y comentó: "Habría bastado una tarjeta postal." De hecho, los indios no habían sido consultados, y no podían aceptar el principio mismo de semejante procedimiento.

La tercera provocación fue la declaración del virrey Linlithgow, en

1939: en nombre de la India, en virtud de sus poderes de virrey, declaraba la guerra a Alemania, sin haber consultado a un solo indio.

Estas afrentas daban esencialmente testimonio de la inadecuación de los comportamientos ingleses a las realidades culturales y políticas de la India. "Los ingleses son como pasajeros en una tierra extraña, pero no deben dejar de avanzar." Este comentario de R.A. Butler significaba que había que saber combinar firmeza y reformas, "lo que sólo Minto supo equilibrar". Pues las reformas, debidas a una iniciativa de Nueva Delhi, pero elaboradas en Londres, podían –ahí está la prueba– reducirse a nada por esas "torpezas", debidas al desprecio hacia la India.

La respuesta a las tres afrentas fueron tres campañas de Gandhi, la de la no cooperación en 1920-1922; luego la de la desobediencia civil, en 1930-1931, marcada por la huelga del impuesto de la sal; por último, la campaña "*Quit India*", durante la segunda guerra mundial.

Durante esos dos decenios, se habían establecido y fortalecido los vínculos entre el partido de Gandhi y las comunidades campesinas, cuyas dificultades específicas se conocían: aquí, la crisis del índigo, allá, medidas represivas demasiado duras. Gandhi sabía estar en todos lados, "encendiendo las imaginaciones campesinas por medio de visiones milenaristas". Pero aseguraba a los británicos que controlaba sus excesos; y, muy a menudo, era cierto. "Pues era atrozmente imperioso, comenta Nehru, y su magnetismo actuaba." De hecho, supo impedir las rebeliones rurales, pues sabía que los ingleses las reprimirían, como lo habían hecho con la de los moplahs, en 1921, con las Camisas Rojas, en los años treinta.

Los efectos de la estrategia de Gandhi eran evidentes: los ingleses ya casi no podían actuar sin el aval del Partido del Congreso, que se volvía al mismo tiempo un contrapoder y un poder paralelo. La ventaja para los ingleses era disponer de un "interlocutor válido", pues el Congreso veía incrementar el número de sus adherentes: tres millones en 1937.

El ascenso del Congreso implicaba la relativa decadencia, al mismo tiempo de la India de los Príncipes y de la comunidad musulmana. Fuertes debido a esa certidumbre, los ingleses, que eran hostiles a una emancipación de la India, podían considerar que seguirían siendo los amos de la situación unos diez años más. No se imaginaban hasta qué punto ese pronóstico era acertado.

La agresión japonesa a Pearl Harbor, luego los desastres que enfrentó Gran Bretaña, con la caída de Singapur a principios de 1942, deter-

minan un cisma en el seno del movimiento nacional indio. Una parte de los partidarios del *purna swaraj* (la completa independencia) considera que debía aprovecharse la oportunidad de asociarse con los japoneses, que se acercaban a Birmania, para expulsar a los británicos.

El movimiento estaba animado por Chandra Bose. Era uno de los líderes del movimiento desde su obra, publicada en 1934, *The Indian Struggle*, en la que consideraba insuficientes los resultados de la no violencia, estimando que los objetivos estaban mal definidos, aun si la técnica de Gandhi merecía todos los honores. Sobre todo, le reprochaba el tratar con demasiados miramientos a los poderosos, no ser lo bastante revolucionario; y también ser demasiado coqueto con los ingleses, hasta fraternizando con ellos, en Londres. Se ganaba así a los comunistas. Bose animaba un ala radical, mientras que el pandit Nehru jugaba una carta moderadora. En 1939, fue Chandra Bose el elegido presidente del Congreso, frente al candidato de Gandhi.

En el momento de la apertura del conflicto, Gandhi tuvo una actitud ambigua. Escribió una carta a Hitler para invitarlo a la paz, la del alma esencialmente, al mismo tiempo que aconsejaba a los judíos la no violencia... En caso de invasión (el 13 de abril de 1940, antes de la entrada en guerra de Japón y de Estados Unidos), sugería "la no cooperación con el agresor si Nerón ocupaba la India -o la resistencia no violenta, para proponerse como víctima, y un pueblo en cadenas que esperaría la muerte". Pero el Congreso rechazó al mismo tiempo la revolución que preconizaba Chandra Bose, y la no violencia. Vinova Bhave, un discípulo de Gandhi, hizo un discurso en contra de la guerra. Fue detenido, al igual que Nehru, Pavel y 400 miembros de las diferentes instancias del Estado, después de que Gandhi se pronunciara en favor de la desobediencia civil. Una misión inglesa, dirigida por Stafford Cripps, había por cierto propuesto a Nehru transformar la India en un dominio al final de la guerra, pero en una fecha en que jamás Japón había estado tan cerca de las fronteras de la India: "Prometiéndonos el estatuto de dominio después de la guerra, contestó Nehru, los ingleses nos firman un cheque antefechado sobre un banco en quiebra." Era un impasse.

Entonces Chandra Bose dio el paso y entró resueltamente en la cooperación con Alemania y Japón. Constituyó poco después un gobierno indio libre, en Singapur, y fue recibido con gran pompa por Hitler primero, luego por el gobierno de Tokio, a finales de 1943.

En Birmania, constituyó un ejército con los prisioneros de guerra que los japoneses habían retenido. Pero si su levantamiento había to-

mado características de mito y el Congreso lo honró después de su muerte, accidental, su elección no fue realmente seguida. Es que, desde la entrada en guerra de la URSS, los comunistas indios habían roto con su corriente; además, las palabras de F.D. Roosevelt acerca de la aplicación de la Carta del Atlántico a todas las naciones bajo dominio extranjero suscitaron la esperanza de los indios. Después de los grandes motines subsecuentes a la detención de Gandhi, en 1942, el Congreso, conducido por Nehru, hizo entrar a la India en guerra, por lo menos en el aspecto económico. Faltaba cosechar los frutos.

Seguían existiendo el problema musulmán y la actitud de Londres.

Desde Lord Curzon, el colonizador contaba con el odio que oponía a hindúes y musulmanes. Desde luego, había habido, en el pasado del país, momentos de reconciliación, tentativas de sincretismo también. Pero los desacuerdos eran más fuertes... Gandhi supo comprender que este antagonismo operaba en contra del swaraj, y, después de las leyes Rowlat, organizó, con Swani Shradd Hanand, una huelga de solidaridad religiosa coordinada con la Gran Mezquita. Hubo cinco muertos hindúes y cuatro musulmanes, lo que inquietó a las autoridades británicas, pues el movimiento *hartal* -huelga interreligionaria- adquirió una enorme amplitud. El gobierno de Dehli supo entonces ayudar al desarrollo de la Liga musulmana que dirigía Jinnah, y los incidentes se multiplicaron, sobre todo en el momento de las elecciones. Las huelgas de hambre, llevadas a cabo por Gandhi para impedir una escalada, carecían de efecto real en el conflicto. De hecho, la Liga musulmana veía con inquietud el incremento de poder del Partido del Congreso y la tentación que tenía de monopolizar el diálogo con los británicos.

La idea de una nación india musulmana separada fue lanzada en 1933, y, con ella, surgió Pakistán, término mágico que también significaba "Tierra de Pureza".

Para Gandhi, la idea de una nación musulmana en la India era absurda -por qué no, después, una nación sikh, una nación parsi, decía, todos somos de la misma raza... Pero esta incomprensión no era verdaderamente inocente, pues los musulmanes consideraban que no contarían para nada en un Estado en manos del Congreso. Si la no violencia era una buena técnica, sus objetivos, por el camino de un parlamentarismo a la occidental, tenían como resultado arruinar a quienes consideraban tener una identidad propia...

Mas Gandhi no quería saber nada de ello, y este ascenso de la In-

dia musulmana lo dejó sin réplica: lo desalentó, un indicio de que la naturaleza del problema se le iba de las manos.

Por su parte, la Liga no tenía ni la riqueza, ni el poder, ni la organización, ni el arraigo del Partido del Congreso. Estaba vencida por adelantado en todo el aspecto de prueba de carácter institucional. Por ello Muhammad 'Ali Jinnah quiso pelear sólo en las dimensiones y las fronteras de ese Estado, y fue inflexible, eludiendo toda discusión acerca del control futuro del ejército y de los impuestos.

Los intercambios de población y los grandes trastornos que provocó la división se dieron, *después* que se decidiera, causando casi 200 mil víctimas. Lord Mountbatten, virrey en 1947, condujo la negociación fijando *dead-lines*, obligando así a la Liga y al Congreso a constituir gobiernos, a preparar la gestión de "su" país, etc.: independencia en junio de 1948, transferencia de poderes en agosto...

Fueron sacrificados los sikhs, los príncipes, los intocables, a los que los diferentes participantes abandonaron a su destino, cualquiera que haya sido la deuda que se tenía con ellos. Los príncipes fueron indemnizados antes de perder su soberanía... Pero, ¿y los demás? A su vez, *pronto la descolonización francesa manifestaría* la misma ingratitud con respecto a sus harkis.

En toda esta historia, las probabilidades de una *revolución comunista*, de tipo vietnamita u otro, jamás se consideraron. Eso obedeció, sobre todo, a la estrategia del PC indio, que fue, de 1930 a 1947, "de error en error".

El primero, teniendo en cuenta la situación y la condición de la sociedad india, fue apoyarse en el principio de la lucha de clases, sólo en él, privilegiando a la clase obrera que, durante esos decenios, no tenía la fuerza para animar el combate nacional. En el marco indio, los marxistas parecieron ser vecinos de los sindicalistas, defendiendo corporativamente a ciertas categorías sociales, no a las demás; mientras que Gandhi se figuraba o se decía representante de todos los indios. Su segundo "error" estratégico fue su cambio total súbito, en 1941, cuando la URSS entró en guerra, en donde, lejos de seguir reclamando la independencia, se levantaron contra la consigna del Congreso *Quit India*, lo que los hizo parecer agentes del extranjero. Por último, en 1946, en nombre del principio de las nacionalidades, defendieron el punto de vista de los musulmanes que deseaban un Estado separado, y se enajenaron por completo la opinión hindú... y también a todos aquellos que consideraban intangible la unidad de la India.

INDOCHINA - MAGREB: LA POLÍTICA FRANCESA TETANIZADA

"Será una guerra entre un tigre y un elefante. Si algún día el tigre se detiene, el elefante lo traspasará con sus poderosas defensas: sólo que el tigre no se detendrá; se agazapa en la jungla durante el día para no salir más que de noche; se lanzará sobre el elefante y le arrancará el lomo en grandes jirones, luego desaparecerá, y, lentamente, el elefante morirá de agotamiento y de hemorragia" (V.N. Giap). Es así como en su inicio el Viet Minh imagina la guerra. Y en efecto sucedió así. También así terminó, como lo declaró Giap al periodista australiano Wilfrid Burdett: "Si el mando francés hubiera elegido otro lugar en vez de la hondonada de Dien Bien Fu, y si otro jefe que no fuera Navarre hubiera mandado a las fuerzas francesas, el fin de la guerra de Indochina habría sido el mismo."

"Marcha ineludible", es también la expresión que emplea el general Morlière, a quien, a finales de 1946, el general Valluy había dicho: "Para establecer su dominio, no dude en golpear fuerte con el cañón o la bomba." Consideraba que el asunto de Haifong había encendido el detonador: después de ocurrido, todos los puentes con el gobierno de Ho Chi Minh fueron cortados. "Es evidente que se eligió una política de fuerza."

Haifong había sido el detonador, pero, durante el verano de 1946, el primer gran giro decisivo fue cuando Francia proclamó la existencia de una república de Cochinchina, confirmada en las negociaciones de Fontainebleau. Cuando la guerra comenzó Francia llamó a Bao-Dai, "porque los franceses reflexivos están convencidos de que un movimiento provisto de armas automáticas y apoyado por la mayoría de la población no puede ser derrotado por una fuerza extranjera" –que alcanzaba 200 mil hombres. El único camino era oponer fuego contra fuego. "Por eso los franceses acaban de conceder a Bao-Dai una independencia más amplia que la que reivindicaba Ho Chi-Minh." Este análisis del periodista norteamericano Alsop correspondía en efecto a lo que había sucedido en París, una técnica que fue repetida en Marruecos, con el llamamiento a Ben Arafa, en 1953. Pero no toma en cuenta los demás aspectos del problema.

Antes de que la guerra sea efectiva, el Viet Minh se inscribe en una política que toma en cuenta la presencia de los comunistas franceses en el gobierno, o en su entorno; Ho Chi Minh había él mismo establecido estrechos vínculos con sindicalistas y la extrema izquierda francesa durante el periodo entre las dos guerras. "Toda mi vida luché

en contra del colonialismo francés, pero siempre amé y admiré al pueblo francés, sensible y generoso, que fue el primero en levantar el estandarte de otro principio de libertad, de igualdad, de fraternidad..." Estas declaraciones son hechas en la radio de Hanoi, en 1946, en presencia del general Leclerc y de Jean Sainteny. Las repite en la conferencia de Fontainebleau: "Queremos que la colaboración entre nuestros dos pueblos sea libre, leal y fraterna. Deseamos colaboradores, amigos, hasta consejeros; no amos que nos exploten y nos opriman como antes."

Ahora bien, a partir del momento en que Francia otorga a Bao-Dai, restaurado, más concesiones que al Viet Minh, éste considera que no sólo una parte de la izquierda francesa no es confiable –en este caso los socialistas, como Marius Moutet–, sino que, en ese contexto, queda desfavorecida la revolución social que el Viet Minh desea llevar a cabo. De hecho, con el regreso de Bao-Dai, los medios coloniales y militares manifiestan abiertamente su hostilidad a toda evolución hacia una asociación en igualdad de derechos con los "anamitas".

Cuando, en plena guerra, Léo Figuères, enviado del PCF, se reúne, *vía* Moscú, Pekín y Hankú, con Ho Chi Minh oculto en la jungla vietnamita, éste explica que la situación cambió "de punta a punta". "Hasta entonces, fuimos asediados, agarrados a nuestras escarpaduras montañosas, intentando obstinadamente hacer surgir un Estado de una guerrilla aislada del mundo exterior... En lo sucesivo, tenemos una frontera común con el mundo socialista" (1949).

La victoria de Mao Tse-tung, en China, había en efecto cambiado "de punta a punta" la situación en el Extremo Oriente.

Ahora bien, con la guerra de Corea, que se inicia poco después, y la presencia de Bao-Dai, respaldado por los estadunidenses que pretenden crear una barrera para el comunismo, el conflicto colonial interfiere con la guerra fría, modificando los datos del problema.

Del lado francés, el conflicto colonial conserva su poca vivacidad: así, tras haber querido oponer a Bao-Dai a Ho Chi Minh, se le niegan los medios para actuar. El presidente Ngô Dinh Diêm se queja de ello: ni ejército nacional, ni presupuesto, ni control del signo monetario, ni administración completamente liberada. "No se podía al mismo tiempo contar con el ejército vietnamita y negarle la existencia." "Un ejército nacional no existe más que si tiene bandera, sus propias victorias y sus propias derrotas, sus jefes... Los soldados vietnamitas, incorporados en realidad como unidades auxiliares del ejército francés, no constituyen en absoluto un ejército vietnamita." En el combate, mu-

rieron sin embargo más de 27 mil, al lado de 17 mil de los estados asociados, de 15 mil africanos y africanos del norte, 11 mil legionarios, y 21 mil "franceses", para un total de alrededor de cien mil muertos: un modo de contar, además, típicamente colonial. Además, los jefes se llaman Valluy, de Lattre, Salan, Navarre: ningún vietnamita.

La lucha contra el comunismo interviene en el aspecto interior, e indirectamente en el aspecto internacional. En Francia misma, el partido comunista lleva una lucha activa contra "la guerra sucia" a partir de mayo de 1947. Recobra sus acentos de la época de la guerra del Riff. Esta campaña es apoyada por los intelectuales que -Jean-Paul Sartre a la cabeza, y los católicos de *Témoignage Chrétien*- participan en sus manifestaciones. Se estigmatiza la guerra oculta, la guerra "vergonzosa" cuya amplitud tarda en apreciar la "opinión", pues el gobierno no recurre al contingente.

Éste es el contexto en el que los gobiernos consideran que la colusión del Partido con Ho Chi Minh es antinacional. El que la "guerra revolucionaria", llevada a cabo por el Viet Minh, conduzca poco a poco a la construcción de un Estado "totalitario", desde luego no es una consideración que haya sido sólo percibida o tomada en cuenta en la época. En cambio, lo que es seguro es que, al negar la confianza al gobierno de Ramadier, los comunistas jugaron con fuego -condenando la política francesa en Madagascar, en Indochina, y su política social, su política alemana sobre todo. El gobierno de Ramadier recogió la pelota en el rebote -al igual que Spaak en Bélgica y De Gasperi en Italia en el mismo momento-: fue sensible al discurso de Truman, precisando que la ayuda estadunidense suponía que los países que recurrían a ella ya no tienen comunistas.

La guerra de Indochina se vuelve entonces un derivado de la necesidad que tiene Francia de créditos norteamericanos para renovar sus herramientas, y de carbón alemán, bajo control norteamericano, para incrementar su producción industrial. La lucha contra el Viet Minh -y el respaldo de Bao-Dai- se alimenta de este maná. Durante el gobierno de René Mayer (enero de 1953), el ejército fue más que nunca transformado en una industria de expansión. Con la guerra de Indochina, la operación era doble: gracias a las divisas estadunidenses, la economía ya no estaba endeudada por las cargas militares. Permitía desarrollar las compras en el extranjero, lo que era tanto más oportuno porque coincidía con el final del plan Marshall. La guerra se había vuelto un motor económico y un maná de beneficios -como el tráfico de las piastras.

En este contexto, las incertidumbres y la impotencia de los dirigentes franceses se vuelven inteligibles. Cuando China empieza a ayudar a Vietnam, el general Salan solicita instrucciones; no llega a obtener respuesta...

Por un lado, estos dirigentes presienten, desde el principio, que es una guerra perdida por adelantado, debido a las distancias, la extensión del país, la ambigüedad de la política norteamericana con respecto a una "reconquista colonial". Es lo que muy pronto piensa de Lattre de Tassigny, es lo que también piensa Salan –quien, además, está fascinado por la inteligencia de Giap, al que conoció. René Mayer tampoco cree en la posibilidad de una solución militar; ni siquiera René Pleven, primer ministro en 1951-1952, quien, de nuevo ministro de Defensa Nacional en 1954, afirma, dos meses antes de la derrota de Dien Bien Fu, que "hasta ahora, el adversario no ha podido alcanzar ninguno de sus objetivos esenciales". Ahora bien, hasta ahora, las negociaciones no han tenido éxito porque, del lado Viet Minh, no se trata de hacer concesiones. "¿Cómo negociar con un adversario que quiere nuestra capitulación?", pregunta René Pleven –diez años después.

De hecho, la presión que pesa sobre los partidarios de la paz y les impide actuar es muy fuerte. Están los militares primero, en la medida en que desean tomar revancha de 1940 y consideran que sólo la gloria del Imperio puede enderezar a Francia; el lobby-colono también; pero más aún el peso de esa alianza estadunidense que es el precio a pagar, y tan ventajoso, para que Estados Unidos no elija a Alemania contra Francia, que su rearme no se vuelva una amenaza para un país que acaba de ser ocupado –so pretexto de que hay que levantar una barrera en contra de la Unión Soviética...

El problema alemán es el centro de las preocupaciones de los franceses, de los dirigentes y de los demás: hacer la paz significaría perder la ayuda norteamericana, ver a Alemania prosperar, ayudar a la victoria del comunismo. Es el discurso de Georges Bidault, de René Mayer y de muchos otros, que participan en la mayoría de los gobiernos de 1950 a 1954. Y es Robert Schuman quien, entonces, tiene más éxito en hacer olvidar a los norteamericanos que la guerra de Indochina es una reconquista colonial...

Y luego, y sobre todo, está –y pesa aún más– aquello que no se dice: que no es tanto la independencia total de Vietnam lo que detiene a los dirigentes franceses, sino la convicción de que después, todos los países de la Unión Francesa iban a separarse y a seguir el ejemplo

Después de Dien Bien Fu, Pierre Mendès France tuvo el valor de abordar el problema claramente, diciendo en público que el final de la guerra era la condición de la recuperación francesa. Cierto es que, el 7 de abril de 1954, De Gaulle había recomendado la negociación: aunque parece fuera de juego en esa fecha, su toma de posición abría una brecha, cubría a Mendès France, a quien pronto se aliaría el mariscal Juin, cuya intervención a su lado en Túnez fue la condición del éxito de aquella negociación (1954).

Entre tanto, fuera de la conferencia de Ginebra, Pierre Mendès France había sabido llevar la negociación con determinación, fijando plazos –a la manera en que Lord Mountbatten había procedido en la India–, pero con riesgos mucho más grandes, pues el régimen se había debilitado debido al desastre de Dien Bien Fu y a los acontecimientos de Túnez y de Marruecos. Era posible imaginar que rondaba un golpe de Estado, y algunos pensaban en el papel que podría desempeñar en general De Gaulle.

En la conferencia de Ginebra estaban presentes los chinos, los vietnamitas, los estadunidenses y los franceses. El acuerdo concluido estipuló que el paralelo 17 serviría de línea de demarcación provisional entre el Vietnam del Norte y el del Sur que permanecerían, cada uno, bajo el control de su propia administración civil. Debido al estado del documento de guerra, eso significaba la independencia de Vietnam del Norte. Se organizarían elecciones libres en todo el país antes de 1956. Dichas elecciones jamás tuvieron lugar.

Pierre Mendès France comentó dichos acuerdos en la televisión francesa:

Los norteamericanos dijeron desde el principio que no deseaban firmar un documento en el que figurara la firma de los chinos, ya que no reconocían a China. Por consiguiente, establecimos un acta de los puntos acerca de los cuales se había realizado el acuerdo y el secretario general de la conferencia le dio lectura en una sesión plenaria; y luego, cada una de las delegaciones hizo una declaración unilateral para hacer sus observaciones [...] pero asimismo para comprometerse a no romper, o no cuestionar, lo que se acababa de proclamar, y la declaración norteamericana, después de todas las reservas con respecto a China, al Viet Minh, etc., tomó dos compromisos solemnes: primero, jamás volveremos a cuestionar lo que acaba de ser decidido, por la fuerza; segundo, consideraremos agresor a todo país que utilice la fuerza o la amenaza de la fuerza para destruirlo. Por consiguiente, los norteamericanos, aunque no firmaron, tomaron muy exactamente los compromisos que podía-

mos esperar de ellos, que eran los mismos que nosotros mismos habíamos tomado. Por ello las convenciones de Ginebra jamás fueron firmadas por los estadunidenses, ni por nadie más.

Una vez concluida la guerra de Corea, ellos no respetaron sus compromisos; tampoco Vietnam del Norte o del Sur.

Los hombres políticos franceses presentían que los acontecimientos de Indochina corrían el riesgo de repercutir en el destino de la Unión Francesa.

El hecho los tetanizaba.

Cuando en noviembre de 1952, mucho antes de Dien Bien Fu, se reunió el Consejo Supremo de la Unión Francesa, bajo la presidencia de Vincent Auriol, en presencia de Antoine Pinay, presidente del Consejo, y de los representantes de Vietnam, de Laos y de Camboya, uno de los delegados de ese país, Nhiek Tioulong, propuso invitar a los soberanos de Túnez y de Marruecos a participar en los trabajos del Consejo Supremo... Al presidente Auriol le provocó un sobresalto... En el gobierno, Pinay no se opone a una idea tan simple, tan evidente, tan común, pero Martinaud-Deplat, Brune, René Mayer vigilan. El proyecto se entierra...

Desde hacía largos años, los hombres políticos franceses nada querían saber, nada querían comprender...

La ingenua creencia de que la derrota de Francia es un castigo de Dios, que su dominio ha terminado y que nuestra independencia nos vendrá de una victoria del Eje considerada certera, se arraiga en muchas mentes y eso se comprende. Pues bien, digo que es un error, un grave error, imperdonable...

Al hacer estas declaraciones, a principios de 1943, Habib Bourguiba asumía realmente un gran riesgo. Contaba con una victoria de las naciones democráticas, la cual parecía posible, hasta probable, pero todavía incierta en esa fecha. Sobre todo, quien haya visto en la *Deutsche Wochenschau* de finales de 1942 la manera en que los jóvenes tunecinos recibieron a los soldados de la Wehrmacht, con un entusiasmo delirante, podrá valorar hasta qué punto el líder del Neo-Destour tomaba posiciones en contra de la corriente de opinión de sus conciudadanos.

La declaración es tanto más audaz cuanto que los italianos acababan de liberar a Bourguiba, que se enmohecía en las cárceles france-

sas, y el régimen fascista lo había recibido con honor. Ahora bien, en la radio italiana, de nuevo, había advertido a sus conciudadanos que no cedieran a sus sentimientos elementales –pues "sería tomar el riesgo de caer bajo otro dominio extranjero"...

Este alborozo de los tunecinos a la llegada de los alemanes se explicaba por las desilusiones y la cólera que había podido causar la política francesa en el protectorado durante 30 años.

Desde que se había publicado en Lausana, después del Congreso de las Nacionalidades, *Tunisie et Algérie, protestation contre le despotisme français*, en 1917, nada había cambiado. El Destour había intentado asociar el bey a las reivindicaciones de las nacionalidades que solicitaban la elección, sólo por parte de los tunecinos, de una asamblea con un gobierno responsable ante ella. El bey tuvo que desautorizar a su primer ministro, quien había transmitido la solicitud (1922). Diez años después, "leyes perversas" reprimirían a la prensa tunecina, y se inició entonces el proconsulado autoritario de Marcel Peyrouton. Al no parecer el Destour a la altura de las pruebas que enfrentaban los tunecinos, se produjo una escisión que fue testigo del origen del Neo-Destour de Habib Bourguiba, menos apegado al Islam, pero más reivindicativo. La guerra de los dos Destour, el viejo y el nuevo, empezaba. Al comienzo del ascenso de Bourguiba había habido una huelga en Monastir, en 1934; en 1938 estalla un motín en Túnez que resulta en la proclamación del estado de sitio, en la detención de los jefes del Neo-Destour, en la disolución del partido. Entre tanto, el Neo-Destour se había vuelto un partido fuertemente implantado, con casi 400 células, una organización de jóvenes, etc., pero este golpe lo afectó tanto más duramente cuanto que el viejo Destour consideró adecuado, en estas circunstancias, aplastarlo. Luego, en 1943, el bey fue destituido por el general Giraud, por "colaboración", cuando en realidad se le reprochaba elegir a sus ministros sin consultar al presidente.

La situación en Marruecos presentaba cierta similitud con la de Túnez, los gobernadores y residentes tenían una visión sumaria del desarrollo del nacionalismo en ese país. "Marruecos, cuya unidad hizo Francia, debe desviarse de las combinaciones orientales", declaraba el general Juin, el nuevo residente, inmediatamente después de la guerra. Con ello, pretendía estigmatizar la influencia de Marruecos en el mundo árabe islámico que, en Oriente por lo menos, bajo la égida del Gran Muftí de Jerusalén, había manifestado su germanofilia y avivado el nacionalismo de los países dependientes de Inglaterra y de Francia. Desde

luego, siempre había imperado cierta germanofilia en Marruecos, desde el discurso de Guillermo II en Tánger, en 1905; y la derrota francesa, en 1940, no había podido suscitar más que un vivo placer en ese país. Pero no había tenido la oportunidad de manifestarse en presencia de las tropas alemanas, como en Túnez, y el sultán contaba con los estadunidenses para recuperar su independencia: F.D. Roosevelt lo había visitado durante la conferencia de Anfa-Casablanca (enero de 1943), y Mohammed V había recordado los términos del pacto del Atlántico.

Ahora bien, los franceses pretendieron ignorar la fidelidad del sultán al igual que habían ignorado la de Bourguiba. Las "combinaciones orientales" de las que hablaba el general Juin eran, desde luego, esas reivindicaciones que el sultán formulaba en virtud del tratado de protectorado de 1912.

A decir verdad, al igual que en la India, fueron las torpezas calculadas de la administración las que, desde hacia 30 años, habían suscitado la cólera de los marroquíes. La guerra del Riff acababa apenas, habiendo dado origen a algunas esperanzas entre los nacionalistas, cuando la Residencia transformó un *dahir* (decreto) emitido por inspiración de Lyautey en 1914, y que prescribía respetar las costumbres berberiscas, en un *dahir* mucho más radical que, en 1930, reconocía la competencia judicial de los *djemaas* y creaba tribunales consuetudinarios; la jurisdicción francesa sería competente para la represión de los crímenes cometidos en la región berberisca, cualquiera que fuera la condición del autor del crimen. El sultán tuvo que firmar ese *dahir* que retiraba la competencia al Tribunal Supremo Jerifiano. Abuso jurídico, error político, esta medida tenía como objetivo sustraer a los berberiscos de la jurisdicción del sultán árabe. Suscitó un incremento de ardor nacionalista que animó Chekib Arslan, un feudal libanés formado en la escuela de Djemal Ed Din El-Afghani, un "príncipe de la elocuencia" árabe. "La cristiandad amenazaba al Islam, lo despojaba de sus derechos, pretendía convertir por la fuerza a los musulmanes..."

Esta campaña fue una de las primeras en dar testimonio de la existencia de una especie de comunidad islámica, también árabe, caja de resonancia cuyos ecos llegaron hasta Indonesia. La prensa marroquí de obediencia francesa guardó silencio sobre esta campaña, que llegó a la Sociedad de las Naciones. Mas *L'Afrique Française*, uno de los órganos, en Francia, de los grandes agrupamientos económicos y de los colonos, denunció a "la pandilla de algunos golfos provistos de vagos certificados de estudios y que pretenden desempeñar en Marruecos el papel de Gandhi y de Zaghloul" (1934).

La Residencia se vio obligada a diferir la aplicación del *dahir* berberisco, y luego de adecuarlo. Esta tentativa de ganarse a los berberiscos, al igual que en Argelia a los kabilas, fracasó.

Alentados así, los nacionalistas marroquíes expresaron sus exigencias en una larga memoria, el *Plan de reformas marroquíes.* Solicitaban la aplicación estricta del tratado de protectorado y la supresión de toda administración directa, la participación de los marroquíes en el ejercicio del poder en las diferentes ramas de la administración, la creación de municipalidades elegidas y la apertura de la enseñanza a todos los marroquíes.

Aunque apoyado por hombres políticos como Gaston Bergery, Cesar Campinchi, Georges Monnet, este proyecto fue rechazado por el Quai d'Orsay y por la Residencia, lo que suscitó manifestaciones callejeras en Fes, Kenitra, etc., en noviembre de 1936, y luego en 1937, y, al igual que en Túnez, la escisión del Comité d'Action Marocaine, con un ala populista animada por 'Allal el-Fassi, que se volvería el Istiqlal, y un ala más abierta a los contactos con la izquierda francesa, dirigida por Mohammed Hassan Ouazzani. Ambos fueron arrestados, internados o exiliados, y sus organizaciones disueltas.

La calma imperaba en Marruecos cuando el general Noguès dejó su lugar al general Juin (mayo de 1947). Entre tanto, los líderes nacionalistas habían sido liberados.

Desde la guerra de Indochina, los líderes nacionalistas de Túnez y de Marruecos conocen la impotencia de los gobiernos franceses, su ignorancia de los problemas magrebinos, salvo en el seno del partido-colono; conocen asimismo las reticencias del Quai d'Orsay a toda evolución hacia la autonomía interna de los dos protectorados. El bey de Túnez había reclamado el derecho a respirar el aire de la libertad. El residente Périllier, quien había pensado que sería necesario "abrir las válvulas", es remplazado por Jean de Hauteclocque, que decide llegar a Túnez en un barco de guerra (1952).

Simultáneamente, en Marruecos, el general Juin pretendió hacer entrar al sultán por el camino de la cosoberanía; Mohammed Ben Youssef se había negado, pues esperaba la aplicación del tratado de protectorado. Su sucesor, el general Guillaume, llegado en agosto de 1951, había hecho comentarios acerca del sultán que resumían su proyecto político: "El pleito es mi oficio, le haré comer paja."

Había habido huelgas en Túnez, incidentes graves estallan en Casablanca; el 5 de diciembre de 1951 había sido asesinado, en Túnez,

el dirigente de los nacionalistas al lado de Bourguiba, el líder sindicalista Ferhat Hached; la Unión de los sindicatos marroquíes responde con una huelga general, el 7 de diciembre; los tanques disparan sobre la multitud. Es la crisis que manejan Juin y Guillaume, y que termina con la deposición del sultán: "Es un fastidioso –declara el 'prefecto' Boniface– debería quedarse con sus mujeres, sus animales salvajes, sus changos y todo lo demás. Se cree el Führer" (Alexandre Werth, *France 1940-1955*, p. 619). Es entonces cuando se monta la "operación Glaoui", cuando el sultán es remplazado por Ben Arafa (cf. p. 289).

Estas declaraciones, este comportamiento, mostraban claramente a los líderes del Istiqlal y del Destour que era imposible un verdadero diálogo. Sin embargo, ni unos ni otros eran revolucionarios, como Ho Chi Minh –ni extremistas, como los líderes del FLN– lo que, además, el porvenir demostró. Ni el bey ni el sultán lo eran tampoco... A partir del momento en que los dirigentes franceses se negaron a ver que, en el contexto mundial, los pueblos del Magreb eran irresistiblemente empujados por la reivindicación nacional, los líderes de Marruecos y de Túnez utilizaron el foro internacional para alcanzar sus objetivos. La lenta internacionalización del problema de Indochina les había mostrado el camino.

Todos los argumentos franceses para impedir esta internacionalización consistían en afirmar que el Destour y el Istiqlal pavimentaban el camino del comunismo. A su vez, los norteamericanos consideraban que el nacionalismo era, por el contrario, su antídoto, pero ellos habían decepcionado al no atreverse a intervenir de manera clara, como lo esperaba el rey de Marruecos. Para impedir una tentativa de intromisión, el gobierno francés otorgó a los norteamericanos bases en Marruecos. Luego, en 1951, se dio un giro decisivo, y Eisenhower se negó a comprometerse a no intervenir en el Magreb –pero no se solidarizó con los líderes tunecinos, Bourguiba y Ferhat Hached, quienes habían solicitado una acción más decisiva.

El gran giro decisivo se dio en 1952: gracias a los estados de la Liga árabe, Estados Unidos votó la inscripción de la cuestión tunecina en el orden del día de la ONU. Pero, para salvaguardar sus bases, no reaccionó a la deposición del sultán. Sin embargo, la ONU tomó resoluciones, por lo demás moderadas, "recomendando el desarrollo de instituciones libres en los dos protectorados".

Este fracaso de Francia fue el gran trampolín que dio su último impulso a los nacionalistas. Mientras, Dien Bien Fu y las negociaciones de Ginebra permitían a Pierre Mendès France salvar el obstáculo pa-

ra negociar la independencia de Túnez, y a Edgar Faure asegurar en Marruecos el regreso del "verdadero" sultán.

Así, al oponerse a las medidas solicitadas por el sultán, al ceder al movimiento-colono, al jugar con las rivalidades de poder en el seno del mundo marroquí, sin darse cuenta de que la ONU respaldaba la marcha de las naciones hacia la independencia, los dirigentes franceses en París y Rabat habían precipitado lo inevitable.

LOS CAMINOS DE LA "REVOLUCIÓN" ARGELINA

"Nos proclamamos un partido revolucionario... por las metas de nuestra acción, por sus formas [...] o simplemente porque asumimos riesgos, a doscientos metros de los cuales cesa el patriotismo del UDMA, y de los ulemas."

El principio de este *Manifiesto*, de la pluma de Ait Ahmed, miembro del buró político del PPA (Partido Popular Argelino), data de 1948. Su formulación está cargada de sentido: significa, de entrada, que la revolución en cuestión consiste en una ruptura con un patriotismo de corto alcance... Ahora bien, el término va a perdurar: un movimiento nacional, patriótico, que se dio una etiqueta al parecer inadecuada, la revolución –y la conservó.

La revolución atañe en efecto a las formas que debe adquirir la lucha por la liberación. ¿Es sólo eso?

En este documento fundador, Hocine Ait Ahmed explica que la liberación no podría ser un levantamiento masivo, pues no se deben olvidar las lecciones de la insurrección de 1871. Ésta fracasó "no tanto porque estaba geográficamente limitada como por su carácter improvisado". Esa lucha de liberación "tampoco será un terrorismo generalizado". "Hacer desaparecer a los malos y a los traidores" es, desde luego, una idea popular, pero no toma en cuenta las condiciones que deben conducir al éxito definitivo de la empresa. Haciendo referencia a Lenin, en *¿Qué hacer?*, Ait Ahmed muestra que el terrorismo es una empresa sin salida. Pero no lo rechaza por completo: "Debemos rechazar la acción terrorista como vector *principal* del combate liberador." También existe un peligro, explica Ait Ahmed, en querer constituir una zona franca. Aunque existen precedentes, Yugoslavia durante la guerra, China comunista en sus inicios, "no comparemos lo incomparable". La última hipótesis, explica el líder del PPA, es "volver

a editar técnicamente la Revolución francesa de 1789": obligar a la Asamblea argelina a proclamarse Constituyente. La estrategia emana del comunista André Marty, quien se lo había sugerido a Lamine Debaghine –se ve en ella en efecto el anuncio de una etapa hacia la idea de república hermanas. Ait Ahmed rechaza esta hipótesis, pues "la Revolución francesa oponía clases y no un pueblo oprimido a una potencia colonial".

Ahora bien –considera Ait Ahmed, inspirándose en Mao Tse-tung– la lucha de liberación debe ser una guerra revolucionaria; ha de combinar diferentes formas de acción, jugando con la ventaja del terreno, la defensa estratégica y la guerrilla como forma de guerra principal.

Todas las demás formas de lucha, a la "Abbas", deben estar condenadas, pues "el legalismo murió por la ilegalidad congénita que fundamenta al colonialismo". Pero, por el momento, "nuestro movimiento es frágil como instrumento de esta guerra de liberación"; por consiguiente, simultáneamente hay que aguzar la conciencia revolucionaria de las masas, renovar los cuadros, obtener armas y dinero, unificar el combate magrebino; utilizar al mundo árabe como marco y catalizador, y el Islam como fuerza movilizadora. Por último, socavar la voluntad del adversario por medio de una acción subversiva, en Francia, explotando las contradicciones de la izquierda francesa, que parece unirse al imperialismo nacional por oposición al imperialismo estadunidense. En cuanto a los trabajadores argelinos en Francia, "a cambio de su participación en los combates de los trabajadores franceses, deben denunciar la negativa [de los partidos y sindicatos franceses] a reconocer la existencia de una nación argelina".

El interés de este texto es proponer un análisis de los planes de la lucha de liberación, definir sus datos y premisas tal como el movimiento nacionalista los percibió y sacó de ellos lecciones para llegar a sus fines. En este sentido, este texto constituye todo un programa. Ahora bien, fue puesto, poco o mucho, en práctica, pero sin que por ello se haga referencia a él.

Evitar un levantamiento masivo prematuro, como en 1871, en Kabilia, en donde la pretensión colonial de acantonamiento indígena suscita una rebelión en contra de esa plebe urbana de los desclasados que son los primeros colonos. Ya los árabes han visto desaparecer sus leyes y costumbres; pronto un Mokrani, señor de la Medjana, va a ser sometido a un alcalde civil, un mercanti. Los árabes, es evidente, sienten que con la desaparición de Napoleón III, el Emperador, ya no hay vínculos carismáticos entre los notables árabes y "el Sultán". Estallan

insurrecciones en Souk Ahras, El-Miliah, luego en toda Kabilia. Los colonos de Constantina no creen en ello, trasladan la situación francesa a Argelia y ven en el envío de militares una maniobra para restaurar el poder del ejército. Consideran a las confraternidades musulmanas responsables –lo que permitirá al cardenal Lavigerie instalar a sus Padres Blancos en el corazón del país rebelado. Pero la rebelión no previó los medios de extenderse a la totalidad del país; y Francia, al enviar a Argelia alsacianos y loreneses, considera sólo que no se hicieron los esfuerzos suficientes para "desensalvajar" a los habitantes. La represión es muy dura. Los nacionalistas estiman que hay que sacar la misma lección del fracaso del levantamiento prematuro de 1945.

Existían para éste todo tipo de buenas razones, y sin duda la cólera de esos soldados musulmanes que habían pagado un tributo tan pesado en la campaña de Italia y habían contribuido a la victoria de Cassino, en la que Ben Bella ganó la medalla militar. La ordenanza esperada, que les otorgaría la ciudadanía francesa, no llegaba y, de vuelta en el país –recobrada la miseria, la humillación del yugo colonial reanimada– la corriente independentista se alimenta de la esperanza de las promesas hechas por los estadunidenses a Ferhat Abbas y al sultán de Marruecos. Pero en el interior, y sobre todo en Constantinos, donde la hambruna y la muerte asolaron, la tendencia a la independencia se afirma con fuerza. Messali Hadj había sido detenido, deportado a Brazzaville, y el 1 de mayo de 1945 se multiplican las manifestaciones (independientes de las de los sindicatos). La policía dispara en Argel, Bougie, Orán, y la cólera estalla una semana después para las fiestas de la Victoria. En Setif y en Guelma, inmensos cortejos reclaman la liberación de Messali y una Constituyente soberana. Estas manifestaciones son el punto de partida de un levantamiento que se extiende de Constantinos a Kabilia, animado por los AML (Amigos del Manifiesto y de la Libertad), organización que reúne a todas las tendencias nacionalistas –de Ferhat Abbas a Messali. Los centros de La Fayette, Chevreul, Ain Abessa son rodeados, las granjas atacadas. Se estima en un centenar el número de las víctimas francesas. Rematada por la aviación, la represión hizo entre 1 500 y 40 mil víctimas indígenas, según las diferentes estimaciones. Varios aduares fueron derribados, 44 *mechtas* destruidas; el recuerdo de las "masacres de Setif" se conservó vivo entre los nacionalistas –pero ni los europeos de Argelia ni los metropolitanos recibieron un verdadero eco de ellas. Debido a que, de hecho, la represión, llevada a cabo en época de De Gaulle y por orden suya, fue aplicada cuando Charles Tillon, un comunista, era ministro del Aire y del Armamento; no fue él quien inter-

vino en forma directa, pero no dimitió después de este drama del que fue informado. ¿Fue realmente informada la opinión francesa en esa fecha –en medio del entusiasmo de las fiestas de la victoria– y tuvo en verdad conciencia de ello, más tarde?

Ningún terrorismo generalizado, indica el informe de Ait Ahmed. De hecho, éste se desarrolla durante los años siguientes, cuando la respuesta de la metrópoli a las aspiraciones argelinas decepciona a los militantes que se consideran engañados, traicionados (elecciones alteradas, detenciones, represión, etc.). Algunos golpes de mano, como el ataque a la recaudación principal de los PTT, en Orán, en 1949, fueron presentadas a los europeos como actos de delincuencia cuando se trataba, en lo tocante al PPA, de obtener dinero (y armas); pero pronto el terrorismo se vuelve más sistemático, gracias a las primeras armas adquiridas, pues es evidente que los medios de los que dispone el PPA y la OS –su organización militar– se han multiplicado. Según Boudiaf, el primer lote de 300 armas procedía de Libia, y el segundo incluye 20 ametralladoras, 30 colts, cinco rifles de guerra y dos cajas de granadas ofensivas...

Sin embargo, el terrorismo no va a dejar de desarrollarse, tanto antes como después de la insurrección de noviembre de 1954. Se le pueden atribuir varias funciones. En su primera forma –ataque a edificios públicos, por ejemplo–, pretende manifestar su hostilidad al régimen colonial, a quienes lo encarnan. En su segunda forma –el ataque a un autobús en los desfiladeros de Tighnimine en el que es asesinado un profesor francés, Monnerot–, quiere dar a entender que en Argelia no hay "buenos" y "malos" franceses, todos deben de ser expulsados –la valija o el ataúd. La tercera forma de terrorismo, antiárabe, apunta a la depuración de la comunidad militante –para que no incluya "traidores". Esta radicalización, que resulta en una verdadera matanza, fue producto, sobre todo, de los activistas en contra de los messalistas, después de la ruptura en el seno del MTLD (Movimiento para el Triunfo de las Libertades Democráticas): como lo expresa Harbi, "el messalismo ocupó el lugar, en el universo argelino, que tenía el trotskismo en el universo staliniano". La cuarta forma de terrorismo, "ciego", apuntó, en los autobuses como en los mercados, a una población anónima, tanto europea como musulmana, a fin de mostrar la omnipresencia de los activistas nacionalistas y de crear un clima de inseguridad. En fin, la última forma de terrorismo, en contra sólo de los árabes, tuvo como función crear un clima de terror, a fin de mostrar que el FLN, nacido de las ruinas del MTLD, era en lo sucesivo el verda-

dero contrapoder del de la administración francesa, que tomaba su relevo. El FLN se había vuelto el embrión de un nuevo Estado, ahí residía la "revolución argelina".

La guerra empezó, el terrorismo golpeó cada vez más fuerte, independientemente de la lucha armada iniciada desde principios de 1955; los actos más crueles tuvieron lugar el 20 y el 21 de agosto, a partir de Collo y de Philippeville, en donde fueron ejecutados tanto *pieds-noirs* como metropolitanos o musulmanes –entre éstos Abbas Alloua, el sobrino de Ferhat Abbas. Se trataba, para el FLN, de hacer desaparecer a todos los interlocutores posibles de la nueva autoridad francesa –Jacques Soustelle– y, sobre todo, a los beneficiarios del plan de redistribución de tierras instaurado por el gobierno...

Fueron estas matanzas del 20 de agosto las que decidieron a los líderes nacionalistas moderados a alinearse con las posiciones intransigentes del FLN; y las que –del lado francés– invirtieron la posición de Jacques Soustelle, quien estigmatizó "la confusión mental" de la opinión metropolitana: "Pacifistas que condenan la violencia en nuestro país y la adoran en el de los demás; cristianos que no derraman una lágrima por sus correligionarios asesinados precisamente porque eran cristianos, progresistas a los que llena de contento la perspectiva de una Argelia vuelta a caer en el caos, internacionalistas que se arrodillan ante los nacionalistas africanos y orientales, mentes fuertes a quienes horroriza el broche de la Legión de Honor pero se inclinan ante el Guennour" (J. Soustelle, *Aimée et souffrante Algérie*, p. 132).

La complejidad de las *relaciones* que se trabaron *entre los comunistas y el movimiento nacional*, en el contexto de la posguerra, introduce las relaciones que los argelinos mantenían con los europeos liberales.

A principios de los años cincuenta, parece ser que el Partido Comunista Argelino respalda masivamente a la mayoría de las reivindicaciones que emanan de las organizaciones nacionales argelinas, y que, por el canal de la UGTA (Unión General de los Trabajadores Argelinos), los militantes comunistas y los no comunistas fraternizan. Ahora bien, este acuerdo atañe sobre todo a los problemas sociales, al trabajo en el campo o en los puertos; en el terreno más propiamente político, al mismo tiempo que se afirman más parecidos al MTLD que a la UDMA (Unión Democrática del Manifiesto Argelino) de Ferhat Abbas, las organizaciones de extrema izquierda son, en la realidad, más favorables a las reivindicaciones puramente democráticas que a la aspiración de los árabes que desean que se reconozca su identidad colectiva, la "personalidad argelina".

Durante los años de 1947-1952, es evidente que los comunistas de Argelia están mucho más atentos al desarrollo de la coyuntura internacional, a su contexto de guerra fría, a la lucha por la paz que estimula el Llamado de Estocolmo, de lo que en verdad se sienten implicados por las reivindicaciones de tipo propiamente nacionalista. Por ejemplo, la solicitud de la UDMA acerca de la enseñanza del árabe jamás fue realmente tomada en consideración. Además, en una fecha en que la vuelta al poder de los comunistas en Francia no parece eternamente improbable, la idea de una independencia de Argelia resulta un poco "contrarrevolucionaria" para los comunistas argelinos. Es la época de la guerra fría, y condenan muy vivamente "la seudoindependencia que no podría sino fortalecer al imperialismo estadunidense"... Imaginarían más bien que ese país podría constituir una especie de Uzbekistán a la francesa, la "Argelistán", si, en el poder en París, los comunistas pudiesen llevar a cabo reformas que fueran en el sentido de una integración –federación de las repúblicas de Francia y de Argelia asociadas. Ahora bien, en esa época, el PCA organiza viajes a "Turquestán", y los peregrinos, de regreso de Tashkent, no dejaban de cantar alabanzas a la política musulmana de los soviéticos.

En realidad, durante esos años, el gran asunto de los comunistas argelinos era incorporar a los árabes a la lucha por la paz. En este contexto, la lucha de los árabes por sus propias reivindicaciones pasaba a un segundo lugar.

Por su parte, los árabes eran prudentes. Los que militaban en la UGTA aceptaban las órdenes de prioridad propuestas por el Buró; pero la mayoría expresaba cierta reticencia. Manifiestamente, desconfiaban con respecto al PCA y recordaban que en Setif, en 1945, para justificar la acción represiva del gobierno en el que participaban, los comunistas franceses y argelinos habían hablado de un "complot fascista". A su vez, la UGTA gozaba sin embargo de una relativa preferencia en la medida en que no estaba orgánicamente vinculada al PCA, sino a las centrales sindicales de la metrópoli. No obstante, los árabes repetían que no eran marxistas. Visto en retrospectiva, este rasgo es sorprendente, porque los comunistas sólo raras veces abordaban el problema de su propia identidad doctrinal; sin embargo, en el contexto de la época, tal declaración sólo significaba que los árabes, en su mayoría del MTLD, querían ser musulmanes, "no materialistas". Únicamente los UDMA, amigos de Ferhat Abbas y del doctor Francis, hablaban un lenguaje más laico, además arabizante; pero, debido a que eran considerados más "moderados", "burgueses", el Movimiento de

la Paz o el PCA se empeñaban menos en su adhesión. Por lo demás, como se los consideraba la expresión de la burguesía, los UDMA eran vistos por consiguiente "sin porvenir" y despertaban cierta desconfianza. Ahora bien, los comunistas, tan vigilantes ante la desviación "burguesa" de la UDMA, cerraban los ojos ante el apego de los MTLD al Islam; en cambio, los socialistas (franceses o árabes) se pretendían laicos, verdaderamente laicos, aun si los primeros, cuyo número había aumentado con los refugiados republicanos españoles, eran numerosos, y si los segundos lo eran menos. Tanto en el partido socialista como en el MTLD y en la UDMA, existían sin embargo *fuertes contingentes de militantes árabes que tenían un espíritu laico*: su apego al Islam se refería a los aspectos de su práctica que tienden a la defensa de la identidad árabe, más que a una ideología propiamente musulmana.

En esa fecha, los comunistas argelinos estaban incorporados a las luchas que se llevaban a cabo en Francia; y, para que sus organizaciones crecieran y pesaran más en la sociedad argelina, intentaban establecer una alianza con los árabes, ya sea queriendo ignorar su apego al Islam, o resistiendo a sus aspiraciones específicas. Superficialmente, hasta se podía considerar que los comunistas eran del todo hostiles a dichas aspiraciones en la medida en que amenazaban comprometer el mantenimiento de los vínculos de los departamentos en la República francesa. Algunos incidentes expresaban este desacuerdo fundamental. Cuando, a finales de 1949, el MTLD propuso al PCA una acción común sobre la base de una declaración que enunciaba los derechos del pueblo argelino, y afirmando "que todos los pueblos coloniales están en estado de guerra" en contra del "colonialismo", el PCA se negó a asociarse a él, aunque una declaración acerca de los derechos del pueblo argelino haya sido leída en el Congreso de los Pueblos por la Paz. Sin embargo, en Orán, el PCA y el MTLD firman un texto común, pero no se publica; los comunistas y los "centralistas" del MTLD no se unen más que para luchar en contra de la represión que condena a 195 militantes durante los procesos de julio de 1951: es cierto que las elecciones "a la Naegelen" resultan, también en este punto, en un acuerdo en contra de los socialistas que, también en Francia, participan en la represión.

Esta situación se explica en la medida en que *el electorado comunista es europeo*, debido a la existencia de dos colegios electorales. En estas condiciones, aun si incluye a árabes en su buró, el PCA no tiene más que representantes europeos, y son numerosos ya que los comunistas obtuvieron hasta la quinta parte de los votos en Orán. Paradójicamen-

te, *el PCA está dominado por europeos cuando la UGTA, el sindicato, de estatuto francés, está poblado por una mayoría de árabes...* que pueden asimismo ser miembros de otros partidos políticos árabes: MTLD, UDMA, etc. Pretendiendo argelinizarse, el PCA acaba por modificar entonces la composición de sus instancias dirigentes: a partir del VI Congreso de 1952, los delegados musulmanes se vuelven mayoritarios en él. Sucederá lo mismo, después, con los adherentes, *mas no con los electores...*

Ahora bien, en el momento en que el partido empieza a invertir su posición, en que pretende constituir un Frente antiimperialista para la independencia –que rechazan los partidos musulmanes–, y se alía al lema de una República democrática argelina en el que ya ni siquiera se hace referencia a la Unión Francesa, en ese momento, la masa del electorado *pied-noir* es del todo hostil a toda emancipación de los árabes que pudiera cuestionar el monopolio que los europeos ejercen sobre la vida política, o más exactamente, sobre sus formas representativas o parlamentarias. Sólo algunos intelectuales o miembros de profesiones liberales, miembros del PCA, constituyen una excepción, al conocer las aspiraciones fundamentales de las organizaciones nacionalistas, lo que los deja en vilo –cosa que no sucede con los católicos de izquierda que tienen una opinión similar, pero sin "ambición electoral".

En 1952-1954, el rotundo eco del movimiento nacional, sucesivamente en Irán (Mossadegh), en Egipto (Nasser), en Túnez (Salah Ben Youssef y Bourguiba), en Marruecos (regreso de Mohammed V), da un extraordinario impulso al movimiento nacional argelino que, hasta entonces, carecía de seguridad. Los valores de la integración todavía fascinaban a un gran número, cualesquiera que hayan podido ser las múltiples violaciones y vejaciones que la administración haya podido cometer en contra de las poblaciones musulmanas (elecciones fraudulentas, represión, etc.). La derrota francesa en Dien Bien Fu persuadió a cierto número de militantes del MTLD de romper con la actitud sumisa de un partido político, hasta extremista, pero sin porvenir. La incorporación de la lucha de los árabes de Argelia a la causa islámico-árabe actúa como germen, como incentivo que levanta al CRUA (Comité Revolucionario para la Unidad y la Acción), y poco después a las masas con un impulso infinito. Tal es la revolución argelina, que resulta en 1954 en la formación del FLN y en la insurrección de noviembre. Los escisionistas del MTLD, que se habían pasado al CRUA, y luego al FLN, se instituían, en cierta manera, como el *embrión de un Estado argelino futuro* con las prerrogativas y el funcionamiento

de un gobierno, pero sin el nombre: exigencia de obediencia, por medio del terror si era necesario; monopolio de la decisión, terrorismo también como práctica de consolidación de su propio poder; y por último, internacionalización del problema gracias al apoyo de Nasser y del bloque islámico-árabe.

En este contexto, por mucho que el PCA se aliara al principio de la República democrática argelina, estaba completamente superado; además, la fidelidad del FLN al bloque islámico-árabe lo mantenía prisionero de sus antiguas reticencias; sin hablar de la resistencia que sus adeptos podían oponer a un aparato que sentía desplomarse el suelo bajo sus pies ya que sus tropas estaban sobre todo constituidas por europeos y que, al mismo tiempo, el FLN le solicitaba, al igual que a los demás partidos, disolverse.

Sin embargo, sería ilusorio imaginar, retrospectivamente, que la "revolución" del 2 de noviembre de 1954 fue sentida y vivida como tal en todos los países. Desde luego, esta fecha se volvió histórica, y es legítimo: pero es el aparato del FLN el que la instituyó. Para las poblaciones de entonces, europea y árabe, que, en general, no conocían todavía en verdad al FLN, el 2 de noviembre pasó inadvertido, una vez que se conocieron los atentados que firmaron el inicio de la lucha armada. Al principio, los actos de terrorismo no afectaban más que a la montaña, y, durante casi un año, el estado de guerra no se percibió en verdad como tal –salvo, naturalmente, en Kabilia, en el Aurés. Por otra parte, debido a que las organizaciones nacionales seguían siendo discretas acerca de sus objetivos reales, los europeos de las ciudades vivían a años luz del drama que se estaba gestando, y que deseaban ignorar a toda costa. Además, la mayoría de los musulmanes no veían con claridad cuál sería el desenlace.

La Orania era la más protegida. Para la masa de la población, cuando las tropas llegadas de la metrópoli empezaron a desembarcar en Argel, la idea de una solución política parecía todavía posible; aun si, lo sabemos hoy día, la dirección del FLN ya pretendía llevar la lucha armada hasta la independencia, acompañada para algunos de la idea de la expulsión de los franceses. Sin embargo, a finales de 1955, muy pocos hubieran imaginado semejante salida al problema argelino. El clima político se deterioraba, desde luego, pero la mayoría de los europeos razonaba a partir del dogma de Argelia, departamento francés, y muchos árabes sólo esperaban una verdadera integración, por lo demás sin creer demasiado en ella. Los moderados de la UDMA estaban en la encrucijada.

Con la victoria del Frente Republicano, un verdadero cambio parece entonces posible; pero todo cae por completo el 6 de febrero de 1956, cuando Guy Mollet capitula ante el levantamiento de los colonos.

En efecto, algunos meses antes, en Orán, donde el partido comunista perdió una buena parte de su clientela, la iniciativa de una tentativa de acercamiento entre las dos comunidades parte de un pequeño grupo de "liberales", que fundan Fraternité Algérienne. En esa época, se llamaba "liberales" a los que, al igual que Argel, intentaban encontrar los caminos para una solución negociada entre europeos y musulmanes. Al llamado de esos "liberales" responden dirigentes sindicales árabes, militantes nacionalistas del FLN, comunistas europeos y musulmanes, diversos individuos pertenecientes a fracciones del ex MTLD. En total, alrededor de doscientas personas, profesores, comerciantes, miembros de profesiones liberales, etc., firmaron dicho Manifiesto, en el que figuran dos terceras partes de europeos y una tercera parte de musulmanes, en esta ciudad que constaba de alrededor de una proporción idéntica de habitantes de cada comunidad. Ante la solución militar que se esbozaba, el *Llamado* desea actuar para poner fin a esta guerra y solicita al gobierno francés que entre en contacto con *todos* los representantes del pueblo argelino. El Manifiesto fue un verdadero momento de esperanza, firmado con entusiasmo en un clima de Noche del 4 de agosto (17 de diciembre de 1955).

Simultáneamente, en el *Orán Republicano* se publicaba una serie de proposiciones acerca del porvenir de Argelia, en las que se preconizaba una solución de cosoberanía. Su autor las había redactado después de haber consultado a representantes de todas las organizaciones argelinas.

A *principios* de febrero de 1956, se había decidido, en Fraternité Algérienne, solicitar al prefecto una entrevista con Guy Mollet, quien debía llegar a Argel. La delegación que fue a Argel en tren constaba de cinco miembros, de los cuales uno era del CGTA y otro, representante oficial del FLN. Fue debido al cariz que tomaron los acontecimientos del 6 de febrero, o a consecuencia del endurecimiento del FLN –anterior–, que el *miembro del FLN no asistió* a la entrevista prevista para el 8.[3] Durante esa entrevista, Guy Mollet aseguró a la delegación que tendrían lugar "elecciones realmente libres" en Argelia... Semejante desconocimiento de los datos del problema argelino dejó boquiabierta a la delegación.

[3] Se observa la misma tirantez en el comportamiento de la delegación de Francia, que rompe entonces con la UNEF.

Con la retirada del gobierno, el 6 de febrero de 1956, toda idea de negociación entre europeos de Argelia y árabes estaba condenada al fracaso. Por lo demás, a partir de esta derrota y de este cambio total de Guy Mollet, el FLN ya no concibe más que una solución: la lucha armada hasta la independencia. Pero, antes del 6 de febrero, no necesariamente se excluían otros caminos, al menos una fórmula de independencia que no hubiera implicado la retirada masiva de los franceses de Argelia. Éstos, al hacer capitular a Guy Mollet, firmaron su propia derrota.

La última línea del informe Ait Ahmed, "*todas las formas de lucha a la Abbas deben ser condenadas*", ilustra claramente la influencia de las prácticas leninistas en los dirigentes del movimiento del MTLD y da cuenta de la política de exterminio que apunta a sus rivales o adversarios musulmanes.

Los dirigentes nacionalistas decían y repetían que no eran "materialistas", es decir, que se pretendían musulmanes, no marxistas. Pero, como la mayoría de los movimientos nacionales musulmanes de la antigua Rusia, tomaron de Lenin su forma de organización –un partido fundado en los principios de *¿Qué hacer?*–, y de Mao Tse-tung, más tarde, la idea de una guerra prolongada. Ahora bien, antes de 1917, en la práctica leninista no sólo existía el proyecto de un grupo de militantes de vanguardia, sino también el principio del partido único. Su táctica emanaría de las circunstancias.

En Argelia, estalla un primer conflicto entre el líder del partido, Messali Hadj, respaldado por Moulay Merbah, exiliado en Chantilly y luego en Niort, y el Comité Central. Los primeros le reprochan al segundo que cuente demasiado con Estados Unidos y no lo suficiente con Marruecos o Túnez –pero sobre todo, que ponga el partido a remolque de los movimientos reformistas. Se solicita a Ait Ahmed y a Ben Khedda que se preparen para la lucha armada (1951), de tal manera que el Comité Central acepta reconstituir una organización especial (OS), confiada a Ramdane (Abdelmalek). Pero poco después es el principio de una autorización solicitada a Messali lo que cuestionan los activistas quienes, con algunos centralistas, constituyen el CRUA, con Boudiaf. Utilizando la figura soviética, éstos condenan en Messali "el culto a la personalidad". Toda una serie de cambios tácticos, estudiados por Mohammed Harbi, reproducen y recuerdan de manera patente la historia interna del partido bolchevique, entre 1903 y 1914.

En vísperas de la insurrección, se puede considerar que dominan dos tendencias. La de los messalistas, desconfiada con respecto a todo

compromiso con el gobierno francés o a los intermediarios extranjeros, que se pretende cercana al Islam, populista, hostil a los intelectuales. Y, por el contrario, la de los centralistas, que consta de numerosos "pequeños burgueses intelectuales", como el farmacéutico Ben Khedda, el periodista Salah Louanchi. Se distinguen de los messalistas al recalcar la necesidad de tener dirigentes competentes, de darse instituciones, de aceptar el pluralismo, de tomar distancia con respecto a la tradición, de ser fundamentalmente hostiles a los comunistas.

El grupo fundador del FLN, constituido el 23 de octubre de 1954, se compone al mismo tiempo de activistas, de centralistas de la delegación exterior, como Ben Bella y Khider, etc. El motivo que, a fin de cuentas, los hace romper con los messalistas y los centralistas, es que éstos quieren zanjar las divergencias políticas antes de entrar a la acción armada –y también rompen con los centralistas que consideran prematura la insurrección. El programa del FLN es: primero actuar. Tomando el lugar del CRUA, se dan como principal objetivo "reunir por *todos los medios* a las fuerzas del país" (Khider, el 7 de febrero de 1955).

La idea dominante era que la independencia no se impondría más que por medio de la guerra. Pero el grupo que se constituye para este fin carece todavía de seguridad. Por ello, primero pretende demostrar su existencia, para dedicarse después a un trabajo de explicación; luego, segunda etapa, generalizará la inseguridad y constituirá un contrapoder; por último, se crearán zonas francas, sustraídas al enemigo. La concepción general era el balance de diversas reuniones, en las que Boudiaf había desempeñado un papel preponderante, pero es Abbane Ramdane quien transforma al FLN en una amplia concentración nacional: se había impuesto por su carácter de luchador, por su valentía también, no cediendo ante la tortura.

La adhesión de las demás políticas fue el efecto de la actitud de Francia, a la que, en febrero de 1955, Abbas solicita de nuevo la aplicación del Estatuto de Argelia... El fraude de las elecciones de abril convence a los más moderados de que ya no hay nada que esperar del Gobierno General o de París. Para los musulmanes, es evidente que las reformas de Soustelle tienen como principal objetivo aislar al MTLD o al FLN. ¿Qué hacer cuando, como Ferhat Abbas, no se ha dejado desde hace diez años de solicitar simples reformas, hasta la integración, y la negativa de los colonos es obstinada, sin verdaderas concesiones?

La UDMA no había visto en los atentados del 2 de noviembre de 1954 más que "desesperación, desorden, aventura". Ahora bien, las reacciones de París y de Argelia constituyen maniobras, preparan la

represión, y ya no se trata de dejar aplastar a los "terroristas". Ferhat Abbas se reúne con Abbane Ramdane, y convienen en luchar cada uno por su lado en dos caminos paralelos, la lucha armada y el frente político. Este "pacto" no impide que las organizaciones del FLN de Constantina asesinen a varios de los dirigentes locales de la UDMA (entre ellos el sobrino de Ferhat Abbas). Poco después, la violencias de la represión, de la guerra, del terrorismo, ejercen una presión más fuerte sobre la UDMA, que comprueba que el camino político no tiene salida: "Las cosas se salen de nuestras manos", observan Ahmed Francis y Ferhat Abbas quienes, en abril de 1956, se adhieren al FLN. Los centralistas hacen el mismo recorrido.

"Era necesario que los partidos políticos desaparecieran..." Hasta los comunistas se habían doblegado a esa necesidad. Sólo la violencia obligaría a los recalcitrantes a adherirse –a menos de que fuera la del colonizador, consideraban los dirigentes del FLN. Y, como lo declara Krim Belkacem, "si no, será la guerra".

Ahora bien, para Messali Hadj, esta integración de los reformistas al FLN es en efecto la prueba de su traición; ellos son, "todos, excluidos del MTLD". Además, el MNA (Movimiento Nacional Argelino, nuevo nombre dado al MTLD de Messali desde una escisión) considera que el FLN está totalmente en manos de Nasser, que le provee dinero y armas. Lo que, además, no deja de repetir Jacques Soustelle. El MNA pretende pasar también a la acción directa pero internacionalizando el problema argelino, para que la ONU lo tome en consideración. Entre los dirigentes del MNA y los del FLN, la intransigencia es la misma, e igual también la determinación por lograr la independencia. Pero, en la acción cotidiana, el FLN lleva varios cuerpos de ventaja; y el MNA fue cogido desprevenido por la "insurrección" de noviembre de 1954, que se llevó a cabo sin su conocimiento. También lo toma desprevenido cuando el FLN empieza a eliminar sus cuadros locales, como había procedido en Constantinos con la UDMA. En Marnia, luego en Ujda, son los militantes del MNA los que caen en una emboscada y son asesinados.

La guerra intestina que divide, en lo sucesivo, a los argelinos, supera todas las violencias jamás registradas: sólo en la emigración, en la que se cuentan alrededor de 10 mil a 15 mil miembros del FLN y otros tantos del MNA, se pudieron contar 12 mil agresiones, 4 mil muertos y 9 mil heridos. En Argelia misma, las cifras rebasan por mucho ese balance. El FLN predomina lentamente en esta lucha fratricida: por medio de un mecanismo que recuerda las luchas entre los bolcheviques y los demás revolucionarios, en 1918-1919, esta necesidad de ejercer

el poder sólo lo lleva a exterminar a los que dudan –lo que condujo a algunos de ellos a voltearse en su contra, "a traicionar"– es el asunto Bellounis. En 1958, todos los líderes históricos del MNA fueron asesinados, y fracasa un atentado contra Messali.

En esta guerra en el interior de la guerra, el "error" del MNA fue haber querido subordinar a él a los grupos armados, en consideración de su anterioridad "histórica", en lugar de constituir los suyos propios. Su nacionalismo intransigente también le había enajenado el mundo árabe, Nasser en particular, que hizo detener a Mezerna en El Cairo, y respaldaba a Ben Bella, de la delegación exterior del ex MTDL. Por último, su relativo islamismo lo privó del apoyo de Nehru y de Sukarno, cuando contaba, para una negociación con Francia, con los efectos de la internacionalización.

A diferencia de Indochina, el conflicto argelino empezó por una guerra sin el nombre, con un terrorismo y una represión, anónimos, lo que creó una atmósfera confusa, marcada por la negativa a comprobar que se había iniciado una pugna de intereses irreversible. La explosión de noviembre de 1954 no se volvió una verdadera guerra más que después de las masacres de agosto de 1955, y ésta se volvió total, con su cortejo de crueldades, durante la batalla de Argel en la que 8 mil paracaidistas penetraron en la ciudad, investidos de una misión policiaca (7 de enero-24 de septiembre de 1957). La bomba del "Otomatic", un bar argelino, del "Coq Hardi", los linchamientos de árabes en represalias, etc., conforman un ciclo infernal, "de sangre y mierda" (coronel Marcel Bigeard), que termina con el éxito del general Massu quien detiene a Larbi Ben M'Hidi –pronto "suicidado"–, a Yassef Saadi, y obliga a Abbane Ramdane a salir de la capital.

Esta victoria militar se acompaña de una crisis moral por parte de los franceses: el general de La Bollardière y Paul Teitgen, secretario general de la policía de Argel, dimiten para protestar en contra de los métodos del general Massu.

En el interior del país, el ejército de liberación nacional del FLN se fortalece a pesar de la línea Morice, levantada en las fronteras, para impedir el armamento de los fellaghas. Gracias a la ayuda de 250 mil musulmanes alistados temporalmente –los harkis–, el general Salan logra cierto número de éxitos hasta el punto de que, en 1958, Robert Lacoste repite que la victoria corresponderá a quien disponga "del último cuarto de hora". De hecho, los nacionalistas argelinos se dedican a una verdadera guerra fratricida que ilustra la masacre de Meluza en la que 374 pueblerinos, supuestamente fieles a Messali Hadj, son ase-

sinados por el FLN (mayo de 1957). Sin embargo, una nueva discrepancia dividió a los nacionalistas desde la reunión del congreso de la Summam: opone a Abane Ramdane y los representantes de los combatientes, por una parte, con el grupo Khider-Ben Bella, por la otra, grupo que impugna el "contra-Estado" instituido por este congreso del que están ausentes los Aurés, la delegación exterior, Orania, la federación de Francia. Khider y Ben Bella impugnan asimismo el cuestionamiento del carácter islámico de las futuras instituciones argelinas, manifiestan su rechazo a la laicidad del Estado y expresan su negativa a otorgar en él un lugar a la minoría europea.

Mientras la prosecución de las operaciones militares y de la guerra suscita el "13 de mayo de 1958" en Argel,[4] las fuerzas francesas del general Challe, aumentadas a 500 mil hombres, obtienen resultados contra los grupos armados (*katibas*) de las diferentes *willayas* (regiones) del estado FLN. La "pacificación" de "mil pueblos" se traduce en medidas de represión o de "agrupamiento obligatorio" que afectan a casi dos millones de argelinos. La "victoria" parece estar al alcance de la mano en el terreno militar.

A comienzos de 1960, el general Massu declara que, en esas condiciones, ya no comprende la política del general De Gaulle... En efecto, este último estigmatizó "la Argelia de otra época" ("l'Algérie de papa"), suscitando la cólera de los *pieds-noirs*, que no quieren oír hablar de la "paz de los valientes". Esta "semana de barricadas" anticipa el alzamiento de los generales y los tiempos de la OAS...

EN ANGOLA: LOS PARTIDOS POLÍTICOS INSTRUMENTALIZADOS

La liberación de las colonias portuguesas aporta datos que recuerdan el caso de Indochina y de Argelia, por lo menos en lo tocante al proyecto independentista, la reacción de la metrópoli, el principio de la guerra. Ésta estalla bruscamente, en Angola como en Argelia, por medio de un conjunto de ataques simultáneos que dañan los puestos militares de Luanda, el 4 de febrero de 1961. La iniciativa emana de uno de los movimientos nacionalistas, el MPLA (Movimiento para la Liberación de Angola), en realidad desbordado por sus tropas, pero cuya

[4] Cf. más arriba, pp. 288-296.

dirección está sin embargo garantizada por Agostino Neto y Mario de Andrade, dos *asimilados*, así como Amilcar Cabral, el líder del partido africano de la independencia de la Guinea portuguesa y de Cabo Verde (PAIGC). Los dirigentes toman del marxismo de Ho Chi Minh, y de Mao Tse-tung sus conceptos estratégicos sobre la "guerra prolongada" y la guerrilla. Su proyecto es revolucionario pero planea, como en Vietnam, etapas hacia la soberanía. La otra similitud con la situación franco-vietnamita es que este movimiento independentista, estimulado por la independencia de la Guinea francesa y traumatizado por los acontecimientos de Rhodesia-Zimbabwe,[5] y también por el asesinato de Lumumba, tropieza con una metrópoli que se ha puesto a reinvertir en sus posesiones coloniales. La población portuguesa alcanza entonces más de 250 mil personas en Angola, 130 mil en Mozambique, un récord.

Los acontecimientos de 1961 desgarran el mito de la armonía racial y se inicia entonces esa guerra, a la que se une la Guinea portuguesa –Cabral es asesinado en 1973–; luego el Frelimo de Mozambique, de Samora Machel, se lanza a su vez a la lucha de liberación, más o menos en coordinación con los africanos de Zimbabwe. No disponen de ningún apoyo en la metrópoli.

Varios otros rasgos recuerdan los acontecimientos de África del Norte. El primero, la impaciencia de los líderes nacionalistas de las colonias ex portuguesas, que veían a la totalidad del mundo africano liberado –salvo ellos, lo que recuerda el caso de los argelinos, testigos de la independencia de Libia, de Túnez, de Marruecos– y que seguían estando a la zaga. Sobre todo, en Angola particularmente, varios movimientos de liberación se dedican a una guerra sin cuartel, como el FLN y el MNA, con la diferencia, sin embargo, de que en Angola las luchas por el poder y las diferencias ideológicas interfieren con los conflictos étnicos. Por ello se pudo decir que no había un solo nacionalismo sino varios, tan divergentes y antagonistas como la sociedad. No obstante, en Angola como en las demás posesiones portuguesas, no existe la misma ruptura entre razas que en otras partes, de tal manera que a menudo ésta se llevó a cabo entre *asimilados* e *indígenas*, sin que los primeros dirigieran necesariamente la rebelión de los segundos, o estuvieran conectados con ella. Éste es, por lo menos, el caso del MPLA, urbano y revolucionario, cuyos líderes conocen tanto Lisboa como las cárceles de la PIDE. Muy diferente de la UPNA (Unión de las

[5] Cf. más arriba, pp. 286-288.

Poblaciones del Norte de Angola), movimiento exclusivamente bakongo, y dirigido por Holden Roberto, que lo transforma en la UPA (Unión de los Pueblos de Angola), lo que le da un tinte expansionista, cuando no dirige más que al 15% de la población de Angola. Sin embargo, es homogéneo, sin ideología revolucionaria, y se apoya en los demás bakongo del Congo ex belga, en donde encuentra refugio. La rivalidad entre la UPA y el MPLA permitió a los portugueses superar el año de 1961, el de la masacre social recíproca, ya que se habla de 8 mil a 50 mil muertos africanos y por lo menos 1 800 blancos, asesinados los primeros. Pero el movimiento del norte es vencido, y toda una parte de la población bakongo se refugia en el Congo-Leopoldville. Holden Roberto no deja por ello de crear un gobierno panangolés en el exilio (1963); el FLNA es reconocido por varios estados africanos. En tanto que uno de sus disidentes, Jonas Savimbi, capta a una importante etnia que pretende el MPLA, los ovimbundu.

Lo que diferencia a los movimientos independentistas antiportugueses de todos los demás, y también de Indochina, es la doble internacionalización cuyo objeto es su combate. Mientras la UPA-FLNA era respaldada, *vía* el Congo-Léopoldville, por Estados Unidos, el MPLA recibía el apoyo financiero, y también militar, de la URSS y de Cuba. En 1966, Fidel Castro había declarado que "el pueblo comprendía sus deberes, pues sabía que sólo tenía un enemigo, el que nos ataca en todas nuestras costas y en nuestras tierras. Y es el mismo que ataca a los demás. Por ello proclamamos que, en todas partes, los movimientos revolucionarios podrán contar con los combatientes cubanos". Éstos llegaron en efecto a Angola, al lado del MPLA, pero, en el contexto del conflicto sino-soviético, los chinos brindaron su ayuda a la UNITA, que ya recibía el apoyo de Sudáfrica. De tal manera que Angola se vuelve el microcosmos en el que se enfrentan los tres campos que se disputan la hegemonía mundial, mientras que, simultáneamente, la ONU expresaba su reprobación a Portugal, a Sudáfrica y a Rhodesia, con motivo de su 25° aniversario, en 1970.

En el mismo momento, en Guinea-Bissau, el PAIGC lograba organizar "zonas liberadas". El general Spinola, que mandaba a las fuerzas portuguesas en Guinea, comprende que en lo sucesivo es imposible una salida militar, cualquiera que sea el esfuerzo de la metrópoli, que consagra a los conflictos coloniales la mitad del presupuesto colonial. Llevada a cabo por una conjunción de las fuerzas militares y del sentimiento popular, la "revolución de los claveles", en 1974, pone fin al régimen salazariano que sobrevivía...

El general Spinola, jefe de la junta militar, había expresado su desaprobación de una guerra colonial sin salida; deseaba construir un Portugal reformado, vincularlo a Europa. Tenían lugar negociaciones con los movimientos independentistas: pero es el ejército, aquí, el que, siempre amo del terreno, trató con ellos. Desde luego, al igual que en Argelia, los colonos se fueron (menos en Mozambique, menos todavía en Cabo Verde en donde los *asimilados* toman el poder), pero, aquí, fue el ejército el que introdujo la democracia y el que, en las colonias, después de la guerra más larga, 1961-1974, supo hacer la paz.

EL "SENDERO LUMINOSO" DE PERÚ: UN MOVIMIENTO SINCRÉTICO

En 1992, Abimael Guzmán era detenido por el ejército, y el presidente Fujimori lo hacía encarcelar en una jaula con barrotes, para que la población de Lima pudiera verlo, y considerar que ya no era un peligro. Sin embargo, el movimiento del Sendero prosiguió sus actividades, pues se arraiga de hecho en varias tradiciones. Su localización revela también su significado.

Si se considera a Ho Chi Minh y a Mao como los epígonos de Lenin, después de ellos surgió una tercera generación de revolucionarios nacionalistas, que toma sus argumentos y técnicas tanto del ex modelo europeo como del ex modelo anticolonial. Pol Pot la encarnó en Camboya, pero hoy día es en la América andina donde existe con más intensidad. En Centroamérica, es más bien el modelo cubano el que predomina, mientras que, en Perú sobre todo, en Colombia, Bolivia, etc., se llevó a cabo un verdadero sincretismo, por una parte, entre la teoría marxista representada por José Carlos Mariátegui, que considera a la sociedad peruana una sociedad colonial, y, por la otra, prácticas terroristas que, en Perú, recordarían más bien las del FLN argelino, con una argumentación leninista, cuando en Colombia impera más bien la guerrilla.

En realidad, el Sendero se declara maoísta, maoísta puro y duro, solidario de la "banda de los cuatro"; en pleno corazón de la cordillera de los Andes, expresa su odio hacia el "traidor" Teng Hsiao-ping exponiendo perros ahorcados en los árboles; una advertencia sobre la suerte reservada a sus semejantes. El Sendero es asimismo hostil a los "renegados albaneses" y desde luego a Moscú, que traicionó la revolución mundial. Sus únicos asociados extranjeros, que constituyen con

él la "Internacional del Sendero", o Cuarta Espada después de Marx, Lenin, Mao, son el Partido Comunista Mao de Colombia, y unos doce grupos revolucionarios de todos los países.

Sin embargo, el Sendero saca su armamento teórico y sus prácticas tanto del arsenal de los diferentes focos revolucionarios como del maoísmo. Del maoísmo, toma el concepto central de "guerra prolongada" (guerra campesina, se entiende, por lo menos al principio), pues la guerrilla urbana puede tomar su relevo o asociarse a ella. También recurre al principio del "pez en el agua": el movimiento se mantiene, como Mao en Yenán, colaborando en los trabajos y los días de los campesinos (su medio de origen está constituido por estudiantes pobres, sobre todo hijos de campesinos), o expulsando con rechiflas a los representantes del Estado o a sus agentes, inofensivos o no, o también ejecutándolos, de tal manera que las poblaciones adquieren el sentimiento de que el gobierno y el Estado ya no cuentan pues "han desaparecido": son los campesinos y el Sendero quienes tomaron su lugar.

Del trotskismo que, al parecer, aportó a una de las ramas del movimiento algunos militantes, Sendero hereda cierta tendencia a la militarización, una necesidad permanente de acción cuyo objetivo es crear una tensión constante, obsesiva.

De Mariátegui, padre del marxismo latinoamericano, Sendero toma en realidad lo esencial: la identificación de la sociedad peruana (o colombiana) con *una sociedad semicolonial, semifeudal que, debido a su carencia de burguesía, necesita una burocracia de Estado.* Se trata en efecto de lo esencial, pues si bien la transferencia de las prácticas y de las consignas de la China de los años de 1930 al Perú actual da al movimiento un arraigamiento y un modelo, la analogía con China sigue siendo un poco artificial.

En verdad, por un buen número de sus rasgos, Sendero recuerda asimismo a las organizaciones nacionalistas que llevaron a cabo la lucha por la independencia. Y, aunque haga referencia al marxismo, es menos con el Viet Minh que con el FLN argelino con el que comparte rasgos comunes, y con Pol Pot, en Camboya; en primer lugar, por su práctica combinada de terrorismo y terror.

Al igual que el FLN en su primera fase, el terrorismo pone la mira en blancos que definen su acción: destrucción de las urnas electorales, agresión contra los lugares simbólicos del poder –comisarías de policía, tribunales, etc.–, ejecución de grandes terratenientes, atentados en contra de compañías multinacionales. Luego, en una segunda fase, la

acción se completa y pone la mira en los agentes *subalternos* del poder, a los que se elimina de una u otra manera para crear "una zona liberada". En un tercer momento, el movimiento se territorializa –la región de Ayacucho– e instituye en esas regiones pobres, tradicionalmente subadministradas, un contrapoder que, en nombre de la insurrección armada, ejerce su autoridad desde arriba, por medio del "terror de Estado". El terrorismo y el terror de Estado se completan entonces, teniendo como función recíproca asegurar la extensión del movimiento y su consolidación interior. Sin embargo, Sendero no pasa a la cuarta fase del terrorismo, al terrorismo "ciego" que en Argelia acompañó a la insurrección armada. Por el contrario, lo condena, ejecutando a quienes son responsables de él. Significa esto que tiene el suficiente arraigo en toda una parte de la población, aquella en la que se encuentra "como un pez en el agua"; sucede así en la región de Ayacucho en donde decenas de miles de mestizos y de indios acompañaron el cadáver de una "víctima de la represión". Esta provincia es el foco de origen del movimiento, en donde su fundador, Abimael Guzmán, llamado "camarada Gonzalo", antiguo profesor de filosofía y especialista en Kant, se vuelve jefe del personal de la universidad y recluta a los primeros núcleos del futuro Sendero, resultado de la enésima escisión de los maoístas. Esta condena del terrorismo "ciego" parece una sutileza muy teórica si se le oponen los miles de asesinatos cometidos contra "inocentes"; pero la doctrina y la táctica imperan. La confianza en la extensión ineludible del movimiento vuelve inútil este recurso que enajenaría las simpatías de algunos medios intelectuales. Éstos ya están lo bastante espantados por el terror y el terrorismo actuales, llamados "selectivos"; condenan sus excesos, mas no con fuerza, pues, en numerosos campos, comparten los análisis de Sendero. Volveremos sobre este punto. En cuanto a la doctrina, considera que la justicia ejercida de esta manera no fue terrorismo "ciego", pues las "víctimas" eran "perros" que actuaban contra la realización de la revolución. Para entenderlo, la referencia obligada es aquí la Revolución bolchevique, la Cheka: su funcionamiento vuelve inteligible la doctrina del Sendero. *La Cheka no juzga, golpea* –decía Dzerjinski– a la manera de Saint-Just. Decía asimismo que la Cheka no tiene por qué saber si un ciudadano es inocente o culpable, ni siquiera qué "opiniones" tiene: es su pertenencia a una clase lo que define su papel –y por consiguiente, su suerte. *Sólo debido al hecho de que reina, Luis XVI es culpable*, escribía ya Saint-Just en el proceso del rey; por el simple hecho de que sirven al Estado o a la política del gobierno, *conscientemente o*

no, ciertos campesinos son culpables y deben ser golpeados. Ejemplo: si el Sendero ordena "hambrear la ciudad", todos aquellos que desde ese momento no se limiten a practicar cultivos o ganadería de autosubsistencia son culpables y deben ser castigados. A la inversa, fueron asimismo asesinados, a mediados de noviembre de 1987, 17 campesinos que, bajo presión de las autoridades "legítimas", habían abandonado el cultivo de la coca para practicar cultivos de plantas comestibles; ahora bien, el Sendero quiere preservar la producción de coca, pues goza en parte del producto de su venta; de ahí el apodo que le atribuyen las autoridades, los "narcoterroristas". De tal manera que este terror ejercido sobre los campesinos por Sendero –y que parece ser ciego– en realidad no lo es: es *funcional*. ¿Pero quién lo reconocería? La extrema crueldad y la violencia de los actos criminales perpetrados por Sendero afectan a poblaciones embrutecidas, que ya no saben qué golpes deben temer más, si los de las fuerzas armadas –que vienen a defenderlos– o los de Sendero, muy a menudo mortales. Acerca de este punto, además, el gobierno resultante de las elecciones democráticas es amargo y, a principios de la década de 1980, el presidente Belaúnde pudo hablar de un "complot del extranjero": en efecto, so pretexto de que no estigmatiza más los crímenes de los estados, Amnesty International se habría apresurado más en hacer públicas y en denunciar las "rebabas" de las fuerzas armadas que en dar cuenta de los crímenes de Sendero, sin embargo más numerosos y tanto más sangrientos...

Donde todavía no se ha impuesto como un verdadero poder, ni siquiera como contrapoder, es decir, fuera de la zona de Ayacucho y de una parte de la sierra más al sur, Sendero mantiene el desorden por medio de acciones espectaculares –cortar las líneas telefónicas, sumergir una ciudad en la oscuridad haciendo estallar la central eléctrica o una red, como en Lima, constituyen sus armas psicológicas preferidas. Aun si el presidente García es dinámico, popular, el régimen democrático parece ser terriblemente vulnerable, sobre todo impotente, a pesar de las expediciones militares realizadas en la montaña. En Lima, es sorprendente ver que, a falta de poder proteger eficazmente los servicios públicos, la policía transforma sus comisarías en reductos fortificados, intentando ante todo protegerse a sí misma; en el interior, sucede que la tropa o los guardias civiles eviten pasar la noche en puestos y demás gendarmerías, y prefieran acampar, sintiéndose así más protegidos. Además, la tentativa de multiplicar a los beneficiarios de la reforma agraria en curso plantea problemas al gobierno: los be-

neficiarios corren el riesgo en lo sucesivo de volverse las víctimas señaladas por Sendero, exactamente como habían sido golpeados por el FLN los fellahs beneficiarios de las reformas Soustelle.

Pero ahí termina la analogía, pues Perú no es, en sentido propio, una sociedad de tipo colonial. La sociedad consta, es cierto, de indios por un lado y de verdaderos criollos por el otro. Pero esos criollos, situados en la parte superior de la pirámide del poder y del dinero, se vieron muy afectados por las reformas de los militares –la "revolución" peruana de los años de 1970–, y hoy día su hegemonía y su legitimidad se encuentran muy socavadas y son cada vez más cuestionadas por el ascenso de los mestizos que les reprochan gustosos la fuga de sus capitales a Miami, los escándalos financieros y la corrupción "legal". Ahora bien, son los mestizos, es decir, la mayoría de la población, los que participan en los negocios del país penetrando cada vez más en la administración, el ejército, la universidad, las actividades turísticas, el cuerpo médico, etc. En el campo, sacaron provecho de la reforma agraria. Hablan castellano, se visten a la europea, en pocas palabras, se "criollizan". Por ello se habla de "la sociedad criolla", pues se pretende occidental, aun si la "aristocracia" propiamente criolla, de sangre española sobre todo, se aísla y prefiere vivir en Miami más que en Lima, al mismo tiempo que repite que *en Perú, todos somos mestizos.* La sociedad mestiza, ampliamente mayoritaria, está en extremo diversificada, desde el punto de vista social y étnico. La parte de esta sociedad que no está plenamente integrada o bien que, en la sierra, no sacó provecho de la reforma agraria, constituye el terreno más propicio para la acción de Sendero junto con la creciente población de los barrios bajos a la que la miseria expulsó de la sierra.

En el centro de los territorios insurrectos de la provincia de Ayacucho, una de las más pobres del país, se encuentra una combinación de fuerzas con presencia idéntica a la que existía en el momento de la lucha por la independencia, hace un siglo y medio. En aquella época, aliados a los españoles, los indios habían combatido la insurrección criolla. Hoy día, todo sucede como si fueran los aliados "objetivos" de los criollos y de los mestizos integrados, pero esta vez en contra de la insurrección senderista que reúne a los mestizos "marginados".

Presentado de esta manera, esquemáticamente es cierto, este dispositivo revela por lo menos que la insurrección del Sendero no es "indigenista", aun si algunas de sus raíces teóricas parten del indigenismo –a través de Mariátegui– y si adula a ese indigenismo; además, éste se siente halagado por todos lados, por los gobernantes, los opo-

sitores, los intelectuales, los grupúsculos, etc. La referencia a Túpac Amaru, el último rebelde inca, está de moda. La película *Túpac Amaru* (1983) de Federico García, llenó las salas de Lima y de Cuzco: el público es mestizo o indio. En esa película, el último inca es finalmente vencido en 1781, tras una última insurrección india, debido a la traición de un español. Se trata de una creación del realizador, pues la derrota de Túpac Amaru tuvo muchas otras causas, sobre todo la división de los indios que no estaban más unidos de lo que lo están en la actualidad –pues su historia no empezó con la llegada de los españoles..., algunas de sus actuales divisiones son herencia de una situación muy antigua. Como lo vemos, en Perú, la naturaleza de los conflictos obedece a una estratificación difícil de descubrir. Pero la elección de esta anécdota revela el sentimiento de culpabilidad de los intelectuales y de los artistas peruanos que, mestizos acriollados o criollos, han constituido el expediente de la conquista y de sus consecuencias. En cierta manera, sus análisis han alimentado los considerandos de los programas de estas organizaciones revolucionarias, cuya acción se mantuvo durante mucho tiempo verbal. Al pasar a los hechos, y de qué manera tan sanguinaria, al expresar poco o nada en sus acciones, Sendero los pone con la espalda contra la pared.

Otra forma de movimiento revolucionario son esas *teologías de la liberación*, vivas en la América india, reanimadas por el concilio Vaticano II y por la conferencia de Medellín en 1968. Restablecen el movimiento lascasiano y lo superan. Quienes las practican pretenden enfrentar la violencia institucional de la que son víctimas millones de pobres, violencia que es considerada insostenible por aquellos, que, laicos o eclesiásticos, se pretenden cristianos. Su participación en las luchas políticas se volvió tanto más activa cuanto que el castrismo estaba desacreditado y, en Chile, la violenta muerte de Allende había acabado con otras formas de renovación social. La revolución sandinista, en Nicaragua, estuvo estrechamente vinculada con los cristianos, y la Iglesia se encuentra allí, al igual que en Guatemala, al lado de los oprimidos. Sin embargo, una parte del alto clero, respaldado por Juan Pablo II, cuestiona este activismo revolucionario, lo que divide a los católicos y favorece la acción de las sectas protestantes, vinculadas con Estados Unidos, bien dotadas, y que ejercen una obra social efectiva a diario, una manera de captar y de neutralizar a las poblaciones. En ciertos países de Centroamérica se ha podido hablar incluso de una "guerra de las Iglesias".

X. LIBERACIÓN O DESCOLONIZACIÓN

La descolonización, ese "cambio de soberanía", no tuvo como dato exclusivo la lucha de los pueblos por su liberación. A partir del siglo XVI, en el momento de la primera expansión europea a las Américas, existieron, en las metrópolis, movimientos contra la trata y la esclavitud; por su parte, Voltaire y algunos otros ya se preguntaban: "¿Qué nos aportan las colonias?" Este cuestionamiento, este auto de demanda, sólo tuvieron efectos muy circunscritos.

Indirectamente, las rivalidades entre potencias pudieron ayudar asimismo a los pueblos y naciones a aminorar la opresión de los estados colonizadores: Siam y China supieron jugar con ellas, en el siglo XIX. Pero tuvieron otros efectos, secundarios, de retardo.

En el siglo XX, observamos las mismas circunstancias, en otras formas, desde luego –pero sobre todo son las presiones exteriores de los dos Grandes, después de 1945, las que contribuyeron al final de la época de las colonias. Desde este punto de vista, la crisis de Suez desempeñó un papel central (1956).

Por último, en la antigua URSS, la explosión de los años de 1989-1991, constituyó una de los datos de la crisis del régimen. ¿Respondieron sus efectos, para todos los pueblos no rusos, a la misma expectativa?

El papel de los movimientos de resistencia al dominio colonial varió según los periodos de la historia: vivos, durante la conquista, tanto en África negra, por ejemplo, como en Vietnam, pudieron suavizarse al capricho de las políticas practicadas por los conquistadores; gracias, especialmente, a los efectos de la evangelización; y luego pudieron renacer con fuerza, sobre todo inmediatamente después de la segunda guerra mundial, cuando empezó una especie de segunda ocupación colonial, más preocupada por la rentabilidad y controlar de cerca todos los aspectos de la producción agrícola; un cambio particularmente claro en los países tropicales: en Kenia, en Malasia. etcétera.

En el Magreb francés, fue más bien la decepción política de los árabes, mal recompensados por su fidelidad durante las dos guerras, lo que reanimó un nacionalismo que se podía considerar en vías de extinción pero, a decir verdad, jamás apagado, y que la resistencia de los colonos a toda reforma política reactivó a partir de 1945.

Simultáneamente, al apoyarse en los cuadros sociales que ya existían antes de su llegada, o bien suscitando otros nuevos, los colonizadores, sobre todo ingleses, acabaron, más o menos, por depender de su buena voluntad, sin importar si oponen resistencia, se declaran en rebeldía, o se sublevan; y el poder colonial se encontró desarmado: lo que se llevó a cabo por etapas en la India, en lo tocante a Francia, en Marruecos y en Túnez, terminó incluso con violencias y una verdadera guerra en Malasia o en Kenia; por no evocar el caso de los territorios en los que la idea misma de una participación indígena en la dirección del país estaba excluida, como en Argelia.

Sin embargo, abandonados a sí mismos, raras veces los movimientos de liberación pudieron triunfar desde el punto de vista militar sobre el ocupante –no obstante, así fue en Kenia, en Birmania, hasta en Vietnam–, porque su inferioridad era demasiado aplastante, sobre todo en África negra, y el resultado de un conflicto armado podía ser fatal. Otro dato: el movimiento de liberación se encontraba dividido –sobre todo entre quienes colaboraban, quienes lo rechazaban, y quienes se mantenían entre las dos posiciones. Un rasgo más todavía: el oprimido era él mismo opresor –por ejemplo, en la URSS, los georgianos que dominaban a los abjases–; podía llegar a ocurrir entonces que las divisiones entre colonizados fueran más fuertes que la unión frente al colonizador, como en el caso de los musulmanes y de los no musulmanes de Nigeria y de Sudán, de los azerbaiyanos y de los armenios frente a los rusos.

Por último, en ciertos casos, la política metropolitana pudo frenar o canalizar la subida del nacionalismo; así, en el marco británico, mediante la creación de las West Indian Federation, de la South Arabian Federation, etc.; o en Francia, por la constitución de la Unión Francesa.

A la inversa, la suerte de la colonización influyó en el destino de las propias metrópolis, pudiendo modificar su actitud hacia estos problemas; pero la incidencia no se limitó a la cuestión colonial. Ya, durante el conflicto con los colonos de América, Burke y Locke habían percibido los efectos perversos del dominio colonial sobre las prácticas democráticas inglesas. Más tarde, en Francia, durante la III República, la cuestión colonial sirvió de detonador a las divisiones políticas del país, contribuyendo a la sacralización del régimen republicano, a la unión de una parte de los monárquicos. Por su parte, además, los pueblos coloniales o destinados a enfrentar el dominio europeo no dejaban de observar que su resistencia había suscitado una revolución en Rusia en 1905, y un golpe de Estado en Francia en 1958. Sin ha-

blar de la creación de la OAS y del golpe de los generales. Por lo demás, Salazar confiaba en esa fecha a Pierre Messmer, ministro de De Gaulle, que si el Imperio portugués caía, su régimen no sobreviviría (testimonio al autor).

EL PUNTO DE VISTA DE LAS METRÓPOLIS: ¿SON RENTABLES LAS COLONIAS?

¿Fue "provechoso" el imperialismo? ¿Cómo plantear esa pregunta cuyo alcance es considerable, y que obsesiona a políticos e historiadores? A decir verdad, se planteó muy pronto, pero en el siglo XX se volvió central. Un primer dato lo aporta la *experiencia británica* del libre intercambio, en vísperas de la primera guerra mundial. A mediados del siglo XIX se había dado un gran giro decisivo: hasta entonces, la estructura de los intercambios entre la metrópoli y las colonias seguía siendo la de la era mercantilista, de las leyes de navegación, y las preferencias arancelarias habían sobrevivido hasta esa fecha. Inglaterra estaba muy industrializada, vendía sus artículos manufacturados a cambio de los productos primarios. La India se situaba a la cabeza de los intercambios con la tercera parte del comercio colonial para sí sola; exportaba "*drugs, dyes and luxuries*". El índigo indio, el café y el té de Ceilán, el azúcar de las Antillas, he aquí los productos principales de esos intercambios, seguidos por las maderas de Canadá. El Imperio recibe asimismo alrededor de la tercera parte de las exportaciones inglesas, pero esas exportaciones se estancan (F. Crouzet).

El gran cambio provino primero de la creciente necesidad de Inglaterra de productos alimentarios, debido a la conversión industrial del país y a su progresión demográfica (de 21 millones de habitantes en 1851 a 41 millones en 1911). Además, Inglaterra debía ser abastecida de nuevos productos, como el caucho, y luego el petróleo. Las colonias de asentamiento, como Canadá, Australia, Nueva Zelanda, participaron entonces de manera más masiva en esos intercambios, enviando trigo, carne, etc.; pero, en la medida en que dos nuevos factores intervinieron para ayudar a esos cambios: la baja de los fletes marítimos gracias a los barcos de vapor (en un 50% a 75%) y la construcción de los ferrocarriles, esa punta de lanza de la colonización inglesa tanto en Canadá, como en Australia y en la India. Gracias a estas inversiones masivas de capitales británicos fue posible el

equipamiento en ferrocarriles: el 60% de los capitales obtenidos en Londres entre 1865 y 1894 se destinaron a ese fin. Pero fueron los empresarios locales quienes aseguraron el desarrollo de la producción: los capitales británicos habían tenido como función principal crear las condiciones previas del arranque económico y del crecimiento.

Es cierto que las exportaciones de capitales se hicieron en perjuicio de las inversiones en Inglaterra misma, pero esto permitió a esos nuevos países, sobre todo a los dominios, desarrollarse y comprar a Inglaterra. No hubo una disfunción más que cuando Canadá empezó a adquirir sus bienes de equipo en Estados Unidos.

Fueron las colonias de asentamiento las que más sacaron provecho de esta nueva situación. El porcentaje del Imperio en las importaciones inglesas pasó del 1% al 25% en lo tocante a la carne, de 0.5% a 48% para el trigo; pero bajó para el azúcar (sobre todo de las Antillas) debido a la competencia del azúcar de remolacha europea; en lo que se refiere al café, Brasil aventajó a Ceilán; el índigo fue suplantado por los inventos de la química. En total, entre 1854 y 1913, el porcentaje total de las importaciones provenientes del Imperio aumentó apenas de 22 a 25%, pero se dio un cambio de posición a costa de las antiguas posesiones; así, aumentó poco en proporción con respecto a las importaciones procedentes de otras partes, pero no por ello su valor había dejado de cuadruplicarse. En cuanto a las exportaciones hacia el Imperio, su monto se multiplicó por ocho.

El hecho importante es que el comercio imperial progresó, aun cuando las exportaciones de capital hacia el extranjero disminuyeron: si la participación del Imperio se redujo durante los periodos de prosperidad general (por ejemplo, 1868-1872), aúmentó durante las depresiones, desempeñando el papel de válvula.

Los progresos de la competencia extranjera en los mercados imperiales fueron reales, sobre todo en Canadá, desde el momento en que las importaciones de este Imperio ya no se centraron como antes en los textiles, sino en los bienes de equipo, y en cuanto estos países fueron equipados con ferrocarriles. El material eléctrico, las máquinas y el automóvil procedían a menudo exclusivamente de Inglaterra; pero por otro lado, si los dominios vendían bienes alimentarios y materias primas, los dividendos producidos iban, también en parte, a Inglaterra.

Gracias a este sistema, Inglaterra se encontró entonces en el centro de un sistema mundial de arreglos multilaterales, cuando antes sólo los había segmentarios.

Y, mientras que el primer *partnership* entre Inglaterra y sus colonias había desembocado en una crisis grave, la independencia norteamericana, la segunda, que garantizó su hegemonía a la City, aseguró la *self-sufficiency* imperial –su autonomía con respecto al resto del mundo.

En cuanto a la correlación entre la evolución económica y la política de expansión territorial, parece en parte ilusoria. Desde luego, en la época de Disraeli o de Chamberlain, tal conexión existió por fases sincrónicas, pero eso contó menos que esta función de remplazo del Imperio que contribuyó a asegurar un dominio mundial a la economía inglesa. Por lo demás, los territorios anexados durante los periodos de histeria expansionista no fueron prácticamente más que zonas sin interés económico particular, salvo la excepción de Sudáfrica. Las motivaciones de orden psicológico desempeñaron un papel más importante que la incitación económica.

Pero con la Gran Guerra, y más aún con la crisis de 1929, se dio un trastrocamiento completo. Para resistir a la depresión y luego a la competencia extranjera, los sueños de aislamiento imperial intentaron tomar consistencia –sobre todo después de los acuerdos de Ottawa. El tema fue la *self-sufficiency* imperial, pero poco después la *self-insufficiency* del Imperio determinó la decadencia económica de Inglaterra... La tendencia de Inglaterra a volverse hacia su Imperio estrictamente colonial –mientras este Imperio de los dominios se hacía cada vez más autónomo– reveló ser una política sin salidas: era imposible para Gran Bretaña "encerrarse en un sistema cerrado" (A. Siegfried).

Y luego fue, por supuesto, la prueba de la segunda guerra mundial la que precipitó esta decadencia.

Todavía en 1939, Gran Bretaña tenía un comercio "entre naciones" comparable al de Estados Unidos, y una potencia industrial tan desarrollada como la de Alemania. En todo caso, Londres era la plaza más grande para la exportación de capitales. La movilización a ultranza, durante los cuatro años de guerra, transformó el país, que se volvió deudor hasta de sus posesiones imperiales: así ocurrió con la India, antes deudora y en lo sucesivo acreedora de mil millones de libras esterlinas. Además, la guerra fría y los conflictos en el Medio Oriente seguían abrumando el presupuesto, cuando Alemania y Japón, y hasta Italia, competidores industriales, podían reconstruir sin tener que soportar esas cargas. De acuerdo con Hugh Dalton, ministro de Hacienda, la crisis económica y financiera del final de los años cuarenta contribuyó en buena medida a la retirada de Gran Bretaña de la India, de Birmania, de Ceilán, de Palestina. La debilidad económica y el costo

de las operaciones militares capaces de frenar los movimientos nacionalistas aceleraron asimismo las retiradas después de 1960.

En otras partes, estas dificultades tuvieron un efecto acumulado, una especie de recorrido inverso. Volverse hacia esas colonias propiamente llamadas tropicales, sobre todo para proveerse de materias primas o productos terminados –a fin de no pagarlos en dólares–, condujo a un control más estrecho de la producción de algunos de esos países –lo que se llamó la *segunda ocupación colonial*, sobre todo en Malasia en lo tocante al caucho, también en África negra. Asociadas con la zona de la libra esterlina, estas colonias debían seguir siendo solidarias de la economía británica, lo que llevó a un reagrupamiento con países, sobre todo Australia, Sudáfrica, la India, que hasta entonces no tenían vínculos comerciales más que con Londres. Pero, a cambio, el precio a pagar para los ingleses fue concederles un poder, en el lugar, lo que los volvía semindependientes. Malasia, Ghana y Nigeria estaban en el camino de la independencia desde mediados de los años cincuenta, sin que ello pueda imputarse directamente a la debilidad de la nación soberana. Sus efectos fueron "oblicuos".

Asimismo se puede considerar que la decisión de Gran Bretaña de unirse a la construcción europea, en 1961, cualesquiera que hayan sido las reservas relacionadas con esa elección, da testimonio de una relativa ruptura con respecto al Imperio –aun si la "preferencia imperial" siguió siendo el dogma y la ley del gobierno británico. Globalmente, de 1950 a 1970, el comercio de Gran Bretaña con su Imperio pasó entonces de la mitad a la cuarta parte del total de sus intercambios. Se observa una reorientación global, una especie de ruptura económica que expresa un desinterés relativo hacia un sistema de relaciones que había tenido su época, y que era sustituido por un juego de interconexión más dinámico con socios europeos, estadunidenses o japoneses. Así terminaba un sistema global mundial del que Gran Bretaña había sido el eje.

En este contexto, las dependencias al otro lado del mar ya no necesitaban ser mantenidas bajo la sujeción al antiguo sistema político. Las multinacionales podían en lo sucesivo sustituirlo provechosamente.

En *Francia*, el aspecto económico del problema colonial es analizado de una manera más abrupta, por el "costo" que representa el Imperio. Hasta 1930, ¿había sido el Imperio un "buen negocio"? En 1913, para su conquista, había costado, por año, el 20% de los gastos normales del Estado; su conservación y su gestión equivalían al 7% aproximadamente de estos mismos gastos normales –sueldos de los

gendarmes y de los funcionarios, etc. En esta fecha, el Banco de Indochina realizaba tasas de beneficio del 69%, y las minas de Ouargla del 120%. De 1913 a 1929, el Imperio se volvió el primer socio comercial y el primer activo financiero. Cuesta al Estado, pero da beneficios al sector privado.

Sin embargo, a partir de la crisis de 1929, los procedimientos de un divorcio quedan instruidos; esto obedece primero a la decadencia de industrias que tenían su mejor mercado en las colonias: textiles, alimentación; esto también resulta de una especie de inversión cruzada de las curvas; en la época en que el imperialismo colonial vivía en armonía con el dinamismo económico, la opinión pública miraba más o menos con malos ojos la experiencia colonial –mientras que, posteriormente, se unió a ella en el momento en que una parte del mundo de los negocios se separaba de la misma. Mas, ¿hubo deslastramiento?

El Estado, por su parte, practicaba la política de los sacrificios. En África del Norte, por ejemplo, la ayuda financiera metropolitana directa se cuadruplicó, de 1948 a 1951, y, durante el mismo periodo, el 15% de las inversiones francesas fue a países del otro lado del mar, alcanzando el 20% en 1955. Jacques Marseille calculó que el 9% de los impuestos pagados por los contribuyentes franceses lo eran con vistas a gastos realizados al otro lado del mar; pero, "lejos de hacer alarde de la amplitud de este esfuerzo financiero, parece ser que la administración francesa se las haya ingeniado para disimularlo"; lo que contribuiría a aumentar el creciente malentendido entre las élites indígenas y los representantes franceses, al no estar el beneficio "moral" a la altura de los sacrificios concedidos, consideraba uno de ellos. Es que, a menudo, las poblaciones no estaban conscientes de ello en la medida en que en África del Norte, por ejemplo, el fruto de esos esfuerzos iba en gran parte de los colonos, a los propios funcionarios, sobre todo a las sociedades. Desde luego, había efectos visibles que beneficiaban a toda la población, pero difíciles de medir. Por otra parte, los colonos veían su nivel de vida, a lo largo de tres generaciones, subir más rápidamente que el de los árabes... o de los metropolitanos. ¿Cómo medir esa ventaja?

Simultáneamente, el porcentaje de las importaciones coloniales procedentes de la metrópoli había ascendido, de 27% en 1938 a 44% en 1952, trabajando 45 mil personas, en Francia, para los países del otro lado del mar. Y, precisamente, uno de los argumentos de los defensores del Imperio, desde un punto de vista económico o social, argumentaba que su pérdida desencadenaría una inmensa ola de desempleo.

Globalmente, los grupos financieros tuvieron, con respecto al problema colonial, una actitud de expectativa prudente: algunos grupos, muy raros, pudieron ser favorables a la independencia –como el grupo Walker, minas de Zellidja, aliado a la Banca Morgan–, pero la gran mayoría de los "grandes" permanecieron neutros, mientras que los medianos y los más pequeños, así como la masa de los colonos, eran generalmente hostiles a la independencia.

Éstos, al igual que lo que sobrevivía del "partido colonial" denunciaban el derrotismo metropolitano, lo que, según la idea de Gabriel Puaux, del Comité Central de la Francia de ultramar, no sólo apuntaba a los comunistas o a los anticolonialistas, sino en efecto a los "derrotistas". Entre ellos se encontraban los que, en la administración, consideraban demasiado pesada la carga colonial, pues obligaba a la metrópoli a reducir sus propias inversiones en su territorio.

Éste es el fundamento de lo que se llamó el *cartierismo*, teoría enunciada de manera insólita en *Paris-Match*, lo que hizo su notoriedad, pues otros ya habían hecho declaraciones similares –Pierre Moussa, Raymond Aron– pero sin que tuvieran eco.

La idea de Raymond Cartier era que jamás Suiza o Suecia, países estables y prósperos, habían tenido colonias; y que Holanda, que ya no tenía Imperio, era desde entonces más rica de lo que lo había sido antes.

"Perdió sus colonias en las peores condiciones, cuando se aceptaba como axioma que su existencia se basaba en las Indias Orientales, ramillete de tesoros, petróleo, caucho, arroz, té, café, estaño, copra, especias. [...] Bastaron algunos años para que conociera más prosperidad y bienestar que antaño. Tal vez no estaría en la misma situación si, en lugar de modernizar sus fábricas y secar el Zuiderzee, hubiera tenido que construir ferrocarriles en Java, cubrir Sumatra de presas, pagar subsidios familiares a los polígamos de Borneo."

El derroche que Raymond Cartier había observado durante una investigación en África negra era el origen de estas fórmulas que tuvieron éxito: "Tal vez hubiera valido más una Oficina del Loira que una Oficina del Níger, construir en Nevers el superhospital de Lomé, y en Tarbes el liceo de Bobo-Diulasso."

Georges Bidault fustigó a quienes tenían, de Francia, "una visión de contador". No dejó de precisar, en lo tocante a Argelia, que el petróleo sahariano haría inclinarse la báscula del lado del beneficiario...

LA IDENTIDAD DE LA NACIÓN Y EL PAPEL DE LAS DEPENDENCIAS

Francia

Frente a quienes ven la supervivencia de la grandeza francesa en el repliegue económico o la salvaguarda de su papel moral, se encuentra una cohorte de corrientes que se oponen al "abandono", a la "decadencia" de la nación. En general, desde la derrota de 1940 –e incluso un poco antes, desde la Exposición colonial de 1931– ven en el Imperio un espacio que permitirá al país recobrar su grandeza. Lo que es una necesidad para Pétain lo es asimismo para De Gaulle quien, en Brazzaville, promete reformas, pero en un marco republicano. De hecho, es entre 1930 y 1950 cuando se multiplican las películas y los escritos que glorifican la colonización francesa, su obra. Todavía en 1954, François Mitterrand declara que "de Flandes al Congo está la ley, una sola nación, un solo parlamento".

En la época de la guerra fría, la defensa de la integridad nacional se expresa en contra de "la amenaza soviética", en contra del comunismo, una apreciación que encontró su fundamento en la guerra de Indochina, con la pertenencia de Ho Chi Minh al Komintern antes de 1943, y al partido comunista siempre. De tal manera que, al asegurar la defensa del Imperio, Francia se vuelve centinela del Occidente y de su civilización. Cuando la rebelión colonial se da en el Magreb, la defensa de Francia se presenta también como la salvaguarda del orden republicano frente a la revolución mundial; ésta es a menudo la posición de los jefes militares, ellos no quieren "liquidar" el Imperio. Pero, entre los hombres políticos como Jacques Soustelle, el reformista se mide con el contrarrevolucionario y con el jacobino. Sabe bien que en Argelia, Francia no cumplió con su deber ni con las reformas que legitimarían su presencia. Reclama él también justicia para los árabes –al igual que Albert Camus: "Cuando un francés de Argelia se llama Pierre, tiene derecho a nuestro afecto porque siempre fue uno de los nuestros; cuando se llama Antonio, tiene derecho dos veces, porque eligió estar entre nosotros. Cuando se llama Rachid, tiene derecho tres veces, porque somos nosotros quienes lo llevamos por un camino difícil y peligroso." Pero basta que los árabes rechacen su justicia, para que Soustelle considere que están siendo manipulados, por el comunismo y la URSS primero, luego por Nasser.

Son estos puntos de vista los que, en general, comparte la derecha,

tanto sus políticos –como Georges Bidault, que se une a ella– como sus escritores –pero con más matices, como el novelista Jacques Laurent o el historiador Raoul Girardet.

Pronto, a este frente de resistencia se suman, *nolens volens*, los dirigentes que han caído en el ciclo de la guerra y de la represión: de Martinaud-Deplat a Mitterrand, y hasta los socialistas Mollet y Robert Lacoste –por lo menos en lo tocante a Argelia.

De tal manera que, globalmente, esta orientación es la que predomina en los hechos en Francia.

Por cierto, con De Gaulle, la acción descolonizadora emanará del poder, del de la República. Ahora bien, no es el anticolonialismo el origen de este cambio, sino las luchas de liberación, sobre todo en Argelia. En África negra, la independencia tampoco tiene grandes deudas con el anticolonialismo. Pero es seguro que en este caso, gracias a Gaston Defferre y a De Gaulle, se llevó a cabo una obra de descolonización. Volveremos sobre ello.

Gran Bretaña

En cuanto a los ingleses, existía desde luego el orgullo de ser los amos de un amplio imperio, pero la actitud de la metrópoli era más diferenciada, según se tratara de territorios poblados de blancos, o no. Existían en efecto dos versiones del Imperio británico: la que había encarnado Lord Curzon y que hacía de la India la joya del Imperio, y la de Lord Milner, que concebía más bien un Commonwealth, que estaba poblado de blancos (lo que equivalía a no hacer caso de los indios de Canadá, ni de los aborígenes de Australia o de los maoríes de Nueva Zelanda). Así, las reacciones violentas a los movimientos antibritánicos se manifestaron sobre todo cuando los súbditos de Su Majestad se encontraron directamente implicados: en Chipre, en Gibraltar, en Kenia, en Rodesia, en las Malvinas-Falkland.

Por lo demás, se pudo considerar que la pérdida de prestigio de la Cámara de los Lores y la democratización de la posguerra –sobre todo la instauración del Welfare State–, desvalorizaron las virtudes que el Imperio encarnaba; que el sentimentalismo había tomado el lugar de la virilidad; que el Imperio se había vuelto entonces al mismo tiempo una empresa caritativa y una fuente de ingresos –lo que cambiaba todo.

Pues la verdadera democracia social, instituida por el Welfare State,

era incompatible con el imperialismo, y sólo la retirada imperialista, por los ahorros que implicaba, hacía posible el Welfare State. A decir verdad, esta idea se medía con la certidumbre, antigua en numerosos británicos, de que *el Imperio había dado a la clase dirigente los cimientos que la habían perpetuado en el poder.* Además, desde principios del siglo XIX, los herederos de Cobden, hasta de Gladstone, estaban persuadidos de que las guerras eran en lo sucesivo la herencia de las rivalidades imperialistas. Así, había toda una izquierda laborista que, después de la segunda guerra mundial, marcó su diferencia acerca del problema colonial haciendo concesiones al movimiento nacional en la India como en Palestina, en 1947-1948; cierto es que no tuvo elección. Después, no se manifestó hostil al Imperio sino a la política "aventurera" que encarnó Eden en el momento de la crisis de Suez, y fue favorable a un Commonwealth que perpetuaría la grandeza de Gran Bretaña sin arruinar sus lazos con los pueblos de color. El momento difícil fue en efecto la crisis en África Central, a principios de los años sesenta, cuando el racismo blanco en Rodesia requirió una semirruptura difícil de llevar a cabo, y la autoproclamación de la independencia por parte del gobierno de Smith, impugnada por los laboristas, les atrajo la desaprobación de los británicos del resto del Commonwealth.

En el poder de 1951 a 1964, fueron los conservadores quienes tuvieron que asumir las derrotas más humillantes: primero, la "retirada" de Australia y de Nueva Zelanda, en una alianza con Estados Unidos que excluyó a Gran Bretaña (el pacto Anzus de 1951), efecto con retardo de la elección estratégica de Churchill durante la segunda guerra mundial –cuando la defensa de Singapur ganó de mano a la de Australia– que los australianos jamás le perdonaron; y luego, esa serie de fracasos: levantamiento de los mau-mau en Kenia (1952); creación de la Central African Federation; asunto de Suez (1956) y final de la presencia británica en el Medio Oriente después de la caída del régimen del rey Faisal en Irak (1958); independencia de Malasia y de Ghana, de Sierra Leona, de Tanganica (1957-1961), luego de las colonias caribeñas (1962). En verdad, los conservadores perdieron todas sus oportunidades en cuanto el grupo de Suez, animado por Lord Amery, quien empujó a Eden a intervenir en contra de Nasser, perdió esta batalla que concluyó con el reconocimiento por parte de Macmillan de la propiedad de los egipcios sobre el canal.

Desde ese momento, tuvieron que aceptar las necesidades del bloqueo con la diferencia de que, contrariamente a los laboristas, fueron sospechosos de haber querido liquidar el Imperio...

En el caso de Gran Bretaña, lo mismo que en el de Francia, las presiones del exterior no dejaron de empujar hacía una retirada, hacía la descolonización. Durante la segunda guerra mundial, independientemente del papel desempeñado por Japón, Estados Unidos había aumentado las amenazas que pesaban sobre el porvenir del Imperio al estigmatizar en forma abierta la política de Stafford Cripps y de Churchill en la India, "en donde perpetuaban el régimen colonial"... Los motines subsecuentes a la detención de Gandhi, durante el verano de 1942, no debían nada a los norteamericanos pero, por primera vez, el gobierno de Londres veía asomar, por parte de su poderoso aliado, una crítica, un desafío, una amenaza. Creyéndose inocentes de toda intención imperialista –y no imaginando que su política en Latinoamérica constituía una variedad de colonización indirecta–, los norteamericanos daban una lección de moral a las potencias coloniales; una manera, a decir verdad, de intentar sustituirlas. Lo que se produjo inmediatamente después de la crisis de Suez.

El dominio francés estaba igualmente bajo la misma amenaza exterior que su rival –el cual, durante la guerra, había intentado sustituirlo del Levante a Madagascar. En efecto, la Francia vencida era muy vulnerable, también en su Imperio. Pero Bourguiba, el sultán de Marruecos y Ferhat Abbas habían hecho la misma elección que Ho Chi Minh: oponerse a la amenaza fascista para apoyarse mejor, después, en los estadunidenses, a fin de obtener de Francia las concesiones esperadas... En noviembre de 1942, durante el desembarco en África del Norte, Murphy tuvo entrevistas con Ferhat Abbas, al igual que Roosevelt con el sultán de Marruecos. Pero, ante todo preocupados por ganar la guerra, los estadunidenses se contentaron con distribuir buenas palabras. Los colonos sintieron que, en efecto, ahí había una amenaza para su porvenir, y, en Marruecos por lo menos, no dejaron de imputar una parte de los acontecimientos de 1950-1952 a la acción de los norteamericanos.

En Argelia, se le imputó más bien a los soviéticos... al comunismo. Pero nadie pensaba entonces que, en Suez, los estadunidenses y los rusos se darían la mano...

EL CONTEXTO INTERNACIONAL: SUEZ Y EL ECLIPSE DE LOS IMPERIOS

El eclipse de los imperios se debió a tres conjuntos de circunstancias: la exigencia de los pueblos colonizados, el cuestionamiento, en la me-

trópoli, de las ventajas de la expansión, y por último, la presión procedente del exterior, que emanaba de los competidores o de nuevas potencias que expresaban un desafío.

El incremento del poder de Estados Unidos y de la URSS, y la afirmación del nacionalismo árabe se cruzaron entonces, en el momento de la crisis de Suez, para firmar la descomposición de los imperios francés y británico, ya avanzada y en lo sucesivo irreversible.

Por lo demás, es paradójico que, mientras que la rivalidad multisecular de Francia e Inglaterra había estimulado su aumento de poder y contribuido al desarrollo de su imperio, su asociación por primera vez en el terreno colonial resultó en su pérdida.

A principios de los años cincuenta, la guerra fría está en su apogeo. No teniendo ya las manos atadas en Corea, Estados Unidos parece estar a punto de intervenir en Vietnam. Con la sensación de estar jugando a los inocentes desde los acuerdos de Yalta, los estadunidenses se dan cuenta de que, después de China, Medio Oriente amenaza con aliarse con el Este, con el comunismo. La alerta ya estuvo candente en Irán, en donde Mossadegh nacionalizó el petróleo; desde luego, el poder del sha fue restaurado, pero un acuerdo de venta de armas entre Moscú y Damasco, en 1954, da testimonio del avance de la URSS hacia los "mares cálidos" y las zonas petrolíferas de Oriente.

Los dirigentes de Washington, animados por el espíritu de Riga –porque están siendo aconsejados por los bálticos, que son hostiles al espíritu de Yalta–, tienen una desconfianza incondicional con respecto al expansionismo soviético: a su cabeza, Foster Dulles desarrolla la política del *containment* que busca rodear a la URSS –y a la China comunista– con una red de alianzas militares, apoyadas en un sistema de bases bajo control norteamericano. Así debe ser detenido el avance del expansionismo soviético que ya se aseguró el control de Europa del Este, de Corea del Norte, de China –y cuyos partidos comunistas son activos en Irán (Tudeh), en Egipto, en Indonesia, etc. Este papel debe ser desempeñado, en el Oeste, por la OTAN; en Extremo Oriente, por la OTASE (o SEATO); en Oriente, por el pacto de Bagdad. En lo sucesivo, para Washington, la adhesión a ese pacto, el espíritu con el que se participa en él, constituyen el criterio del juicio que el gobierno estadunidense hace sobre sus socios; así, la desestimación del tratado de la Comunidad Europea de Defensa (CED), en agosto de 1954, por parte de la Asamblea Nacional, suscita, en Estados Unidos, una desconfianza perdurable hacia París; sus efectos se hicieron sentir en el momento de la crisis de Suez. En Oriente, cuentan con los ingleses

para hacer firmar a Irak y a Jordania. Negociarán ellos mismos la adhesión a este pacto, entonces llamado MEDO (Middle East Defense Organization), de Irán, de Turquía, de Egipto.

Foster Dulles se reúne entonces con el coronel Nasser; el contexto es favorable, pues los militares no han carecido de contactos en Estados Unidos antes de poner en pie el levantamiento contra el rey Faruk, identificado con Inglaterra. Sin embargo, cuando Foster Dulles evoca la necesidad para el "mundo libre" de unirse frente a la URSS, Nasser le contesta que, "para él, solidaridad del mundo libre significa imperialismo y dominio". Eventualmente no se adherirá al MEDO más "que una vez que los ingleses se hayan ido" (Heikal, H., *Les Documents du Caire*, París, 1973, pp. 9-43).

La prueba, para los norteamericanos, era la adhesión al MEDO; la prueba, para Nasser, era la entrega de armas –para expulsar a los ingleses, o hacer la guerra contra Israel. Foster Dulles dudaba en entregar armas, Nasser hizo el pedido a los soviéticos, *vía* los chinos. Para no provocar a los estadunidenses, los rusos hicieron pasar el pedido a nombre de Checoslovaquia.

La era de las ofertas y contraofertas había empezado.

"Ellos les dan armas, nosotros les ofreceremos la prosperidad." Esta reacción de Foster Dulles atañía al proyecto con el que soñaba Nasser: terminar por construir la gran presa de Asuán. El costo era gigantesco –mil millones de dólares–; el Banco Mundial adelantaba 200 millones en divisas fuertes, Inglaterra y Estados Unidos, 70 millones cada uno –todavía se estaba lejos del total aun si el BIRD incrementaba su participación. Ahora bien, las condiciones del Banco Mundial implicaban una especie de control sobre los gastos del Estado egipcio que recordaban con desagrado la época de los años de 1880 cuando, debido a su endeudamiento, Egipto se vio poco a poco transformado en vasallo de los franceses y de los ingleses, y luego, sólo de los ingleses. A pesar de los esfuerzos de buena voluntad del director del BIRD, Eugène Black, Nasser rechazó esas condiciones; además, renovó su procedimiento de los años anteriores y solicitó la ayuda de la URSS; simultáneamente, multiplicaba los gestos "no amistosos" con respecto a Estados Unidos: reconocimiento de China comunista, acuerdo militar con Siria. Habiendo calculado que una crisis con Egipto carecería de consecuencias graves en el abastecimiento de petróleo al mundo occidental, molesto por el lobby chino cercano a Chang Kai-chek y el lobby judío favorable a Israel, atento también a no molestar al resto del mundo árabe, y conservando al mismo tiempo la confianza de los

ingleses que consideraban abusivas las concesiones del BIRD, Foster Dulles decidió anular el préstamo (19 de julio de 1956), explicando la medida por la no confiabilidad de los eventuales deudores egipcios. Esta manera "insultante" sorprendió más a Nasser que el rechazo mismo, que ya esperaba, y que fue seguido por el de los ingleses.

A esta humillación respondió Nasser, dos días después, anunciando que, para financiar la presa de Asuán, nacionalizaba la Compañía del Canal de Suez. Suez pagaría Asuán.

Más que a los norteamericanos, este golpe apuntaba a Inglaterra; pero Nasser no imaginaba que Francia se identificaba también con Suez, y que, debido a la ayuda que él brindaba al FLN, esta estruendosa nacionalización daba al gobierno de Guy Mollet un pretexto inesperado para intervenir. El discurso que anunciaba la nacionalización tenía, en efecto, un tono provocador: "Empecé a encontrar en Eugène Black otro Ferdinand de Lesseps, y mi memoria me volvió a la época en que Egipto, con el 11% de las acciones, se comprometía a dar 120 mil obreros para llevar a cabo los trabajos que nos costaron ocho millones de libras... La compañía egipcia creada entonces para el interés de Egipto produjo beneficios por 100 millones de dólares a Inglaterra, de los cuales son nuestros tres millones... Recobraremos nuestros derechos, pues el canal es propiedad de Egipto..." Y Nasser terminó su discurso, ovacionado por la multitud, con una inmensa carcajada (*L'Économiste Égyptien* del 29 de julio de 1956).

La Voix des Arabes, un equipo suministrado por la CIA, transmitió esa carcajada hasta el Magreb, y la retransmitió a París y a Londres, donde suscitó cólera.

La Inglaterra de Eden no se resignaba a su nuevo papel de brillante segundón de Estados Unidos. La descomposición del Imperio no era menos patente, y la evacuación de Egipto, iniciada en 1947, era el símbolo mismo de esa decadencia.

Los ingleses consideraban que habían "defendido" dos veces a Egipto y el canal de Suez: en 1917 contra los turcos, en 1942 contra Rommel y los italianos. La argumentación inglesa consistía en considerar que Egipto ya no había sido libre desde los faraones: griegos, romanos, bizantinos, árabes, turcos, franceses, lo habían ocupado sucesivamente. Se apoderaron de él para defenderlo mejor... (cf. Valentine Chirol, *The Egyptian Problem*). Ahora bien, durante la segunda guerra mundial, los egipcios hubieran prescindido gustosos de esa "protección", como lo atestiguaron los ruidosos incidentes que saludaron los éxitos de Rommel en 1941... En consecuencia, los ingleses considera-

ron que, una vez terminada la guerra, debían evacuar Egipto; pero después de su retirada de El Cairo, en 1947, obtuvieron que Ismailia y la zona del canal de Suez pudieran ser ocupadas de nuevo militarmente para impedir una amenaza extranjera en Turquía o el mundo árabe; se trataba desde luego de la URSS, pero esto pareció asimismo un pretexto.

Aunque los ingleses hayan evacuado el país en los plazos previstos –y hasta antes de la fecha de vencimiento–, las relaciones con los generales Neguib y Nasser, llegados al poder a consecuencia de un levantamiento en julio de 1952, no dejaron de deteriorarse muy rápido. Los ingleses querían seguir desempeñando, en Suez y en Egipto, el papel de padrinos privilegiados, y sobre todo, mantener a Egipto en su juego, considerando intrusos a estos nuevos dirigentes a los que no controlaban. Esperaban desacreditarlos y los hacían ver como dictadores por haber suprimido los partidos políticos: sobre todo el WAFD, el partido comunista; y por perseguir a los Hermanos Musulmanes –quienes, a decir verdad, habían querido asesinar a Nasser. La mala voluntad manifestada en el momento del proyecto de Asnán participaba en esta política: en el fondo, los ingleses percibían su evacuación de Egipto como una retirada obligatoria y forzosa –y no como resultado de un acuerdo con un socio. Por su parte, Neguib y Nasser multiplicaron las declaraciones hostiles hacia los aliados de Inglaterra, sobre todo Irak, y las "insolentes fiestas que celebraban la retirada del último soldado inglés" no hicieron más que incrementar la cólera de los antiguos ocupantes.

En todo caso, Inglaterra reaccionó de inmediato: reconoció la independencia de Sudán. El procedimiento no tuvo largas, y no se comparaba con las moratorias en que Londres había podido incurrir con respecto a la India, a Egipto, o a Malasia... El objetivo de los ingleses era evidente: cortar el cordón umbilical entre Egipto y Sudán, cuando, gracias a un hábil empleo del procedimiento de autodeterminación, Nasser hubiera deseado mantener una especie de condominio sudano-egipcio, es decir volver al pasado en que Sudán había suministrado "tierras para colonos egipcios, soldados para su ejército, la seguridad para el agua del Nilo". En pocas palabras, Sudán hubiera vuelto a ser una dependencia, como en la época de Ismael.

Las fiestas de la independencia sudanesa, la conmemoración de la muerte heroica de Gordon Pachá –tantas manifestaciones que agravaron aún más el conflicto anglo-egipcio. Pues Nasser, que tenía contactos en Sudán al igual que muchos militares, se había esforzado, por to-

dos los medios, en retrasar la fecha de la independencia, interviniendo sobre todo ante las sectas proegipcias de Sudán, como los ansar y los khatima. Ahora bien, no podía expresar abiertamente las ambiciones colonialistas de Egipto en el momento en que, frente al Occidente "imperialista", quería aparecer como el portavoz del derecho de las naciones a disponer de sí mismas.

"¿Por qué es usted hostil al pacto de Bagdad?", preguntó Eden a Nasser cuando se reunió con él. "Porque divide al mundo árabe", respondió Nasser al sucesor de Churchill. Éste no quiso entender que el proyecto del coronel egipcio era reunir el círculo de los países árabes, luego el de los pueblos islámicos, y por último el círculo africano. Proyecto que pareció demencial e hizo de Nasser "un nuevo Hitler", por lo mucho que esa voluntad expansionista, aunada a la intransigencia y a una política antidemocrática, pareció inverosímil a Anthony Eden, y poco después a otros dirigentes occidentales. En primer lugar, el ministro inglés no imaginaba que se pudiera tener otro proyecto político que el de unirse al Oeste, o al Este; luego, consideraba que el corazón del mundo árabe se encontraba en Irak, no en Egipto, y contaba más bien con Bagdad para reunificarlo en su beneficio. Tampoco quiso ver que pedir a Egipto que imitara a Turquía o a Irán -que se habían adherido al pacto- constituía una afrenta para un país que se había liberado de los turcos y consideraba a los persas rivales en el mundo árabe.

He aquí en qué forma el pacto de Bagdad "dividía" al mundo árabe: por un lado estaba Irak, que, unido a los enemigos, o rivales turcos y persas, traicionaba; por el otro, estaba Egipto, unido a los países verdaderamente árabes, Siria, Yemen, y sin la intervención de una potencia extranjera. Para lograr esto, Egipto había tenido que liberarse de los dirigentes que colaboraban con los ingleses, derrocando a Faruk y al WAFD, lo que no supo hacer Nury Said en Bagdad; y tampoco el rey de Jordania, flanqueado por su jefe de ejércitos Glubb Pachá, un inglés arabizado. Sólo Ibn Seud de Arabia, con su petróleo y su control sobre los Lugares Santos, podía encarnar *también* el mundo árabe. Pero Nasser y sus oficiales libres encarnaban el nuevo mundo árabe, no el de los albornoces y la feudalidad, sino el de la pequeña burguesía intelectual o militar: lo nuevo contra lo antiguo -lo que explica la atracción que ejercía la revolución nasseriana sobre la pequeña burguesía siria o iraquí, y que expresó con claridad la película *Les murs*. De tal manera que, ante la cada vez mayor popularidad de Nasser, que crecía con cada afrenta occidental, el rey Hussein de Jordania se negó a adherirse al pacto que Bagdad acababa de concluir con An-

kara. Al mismo tiempo, Yemen firmaba un pacto de asistencia con Egipto: decididamente, para los ingleses, Nasser era en efecto el enemigo número uno. Sabiéndolo, éste se preparó para las represalias a la nacionalización del canal de Suez: esperaba una participación de Francia, pero la sorpresa para él fue la intervención de Israel.

En su *Bloc-Notes*, François Mauriac escribía: "Cuando el último soldado inglés salió de la zona de Suez, hubo franceses que se dijeron con satisfacción: 'Ja, ja, los ingleses también'. Al igual que hay ingleses en el Colonial Office que se frotan las manos al leer las noticias de Argelia... Pero la partida del último inglés de Suez es una gran derrota para Francia... [...] y todos los golpes que recibimos en África del Norte, los ingleses los reciben también."

Veinticinco años después, ¿recordó François Mitterrand este juicio de Mauriac cuando manifestó, él primero, su solidaridad con Gran Bretaña en el momento de la crisis de las Malvinas?

Sea lo que fuere, en 1956, François Mauriac acertaba con su juicio, y la misión de Christian Pineau, cuando visitó a Nehru y después a Nasser, lo que hacía en realidad era burlarse de los ingleses diciendo gentilezas a Siria –a la que amenazaba el Irak de Nury Said–, y obtener los buenos oficios de Nasser en el asunto argelino, pero en un contexto amistoso. "A decir verdad, yo no había establecido un estrecho vínculo entre la política que se seguiría en los países árabes y el asunto argelino", reconoció Christian Pineau, 20 años después. Ignoraba tanto como Eden el reconocimiento islamo-árabe y seguía razonando dentro de la relación Oeste-Este, hasta en el antiguo marco colonial. Desde luego, se sabía en París, desde los descubrimientos de Soustelle en los nemencha, que Nasser tenía lazos con los "rebeldes", pero eso parecía normal... y Pineau aceptó "la palabra de honor de Nasser, asegurándole que no mantenía a los cabecillas del FLN en su territorio"; lo expuso en el Parlamento.

El testimonio de Nasser es interesante porque muestra que Pineau, al igual que Eden, no supo entenderlo: "Intentó llegar conmigo a una solución del asunto argelino. Pero le contesté que yo no era responsable de la Revolución argelina... Sólo los argelinos eran su origen, venía de adentro. No le prometí no ayudar a los argelinos; le dije: 'Es nuestra responsabilidad ayudar a nuestros hermanos árabes en todas partes.' Me interrogó acerca del entrenamiento militar de los argelinos, acerca del envío de egipcios a Argelia. Le contesté que no había egipcios combatiendo con los argelinos... que no había argelinos entrenándose en ese momento" (marzo de 1956).

Unos días más tarde, habiéndose reiniciado dicho entrenamiento, los servicios secretos franceses se dan el gusto de hacer pública la información, y de ridiculizar a Pineau –lo que éste no le perdonó a Nasser. Además, en el momento en que Robert Lacoste, que sucedió a Soustelle, anuncia la llegada de 100 mil hombres a Argelia y el "último cuarto de hora" de los "rebeldes", *La Voix des Arabes* difunde esta información que hace de Nasser el defensor de la causa argelina. Su eco tiene un alcance desmesurado en una época en que la mayoría de los musulmanes de Argelia carece todavía de seguridad, en que los valores de la integración fascinan a muchos, en que algunas veces se ignoran hasta los objetivos del FLN. La incorporación de la lucha del FLN a la causa islamo árabe actúa como germen, como incentivo que levanta las masas con un infinito impulso. El rumor de un desembarco egipcio en Collo, en agosto de 1955, había revelado este tránsito al mito. Los árabes habían creído en él, pero también Soustelle, quien, en Philippeville, había considerado a los defensores de la independencia como propagandistas egipcios.

Cortar el cordón umbilical con el mundo árabe e islámico, ése era el objetivo de los dirigentes franceses que pretendían creer que, muerto Nasser, la insurrección se reduciría con rapidez. En julio de 1956, la nacionalización de Suez, una "obra francesa" inaugurada por la emperatriz Eugenia, vinculada con el nombre de Ferdinand de Lesseps: ¡qué nueva afrenta! "Un desafío", es el título de *Le Monde*. "Como Hitler actuó, como Hitler morirá", considera *Le Quotidien*, que agrega: "Hay que volver a ocupar el canal."

Es que, para llevar a cabo esa tarea, los franceses contaban con Israel.

Por cierto, Nasser no se lo esperaba. Lo escribió después él mismo, pues, tras su alianza con Siria y Jordania, y sobre todo desde la retirada de los ingleses, no medía hasta qué punto había podido aumentar, en Israel, el temor de un cerco, de una agresión procedente del sur a la que ya no frenaría la presencia de las fuerzas británicas. Y además Nasser consideraba que jamás esos ingleses aceptarían la ayuda de Israel, ya que sería para ellos la manera más segura de enajenarse el mundo árabe. En efecto, los ingleses no querían la alianza israelita –en el momento que se produjo la guerra, hasta propusieron bombardear Tel Aviv, para que, por medio de una suerte de engañifa, se ocultara su colusión con Jerusalén, lo que Israel rechazó. Pero Londres tuvo que aceptar dicha alianza bajo la presión de Francia que, habiendo suministrado armas a Israel para compensar las entregas hechas a Nas-

ser por los "checos", consideró que, frente al enemigo común, Israel podría servir de aliado lateral, e hizo de ello una condición de su intervención al lado de los ingleses.

"Sin la intervención de Francia y el aval de Inglaterra, sin duda no habría estallado la guerra del Sinaí", atestigua Shimón Peres, negociador de las entregas de armas y pronto de las convenciones de Sèvres, concluidas con Bourgès-Maunoury, Pineau, Eden y Selwyn Lloyd (octubre de 1956).

Tras estos acuerdos, se perfilaba la sombra de Múnich.

En efecto, en París, numerosos eran los que consideraban que Nasser era el origen de las dificultades de Francia en Argelia, cuando para otros no era más que un peón en el juego soviético, o, para otros más, un nuevo Hitler cuya capacidad expansionista había que erradicar en su origen. Después de todas esas capitulaciones –en Indochina, en Túnez, en Marruecos–, como antaño en el momento del Anschluss, de la remilitarización de Renania, etc., no había que ceder, como antes de 1939. Según esta idea, frente a Hitler, Israel desempeñaba el papel de la pequeña Checoslovaquia. Eden no pensaba de otra manera, cuando, desde hacía 20 años, lo había preocupado el complejo de Renania y ahora veía en todas partes la mano de Nasser, lo mismo en la expulsión de Glubb Pachá en Jordania (lo que era cierto) que en la rebelión de los mau-mau en Kenia (lo que no lo era).

Y además Nasser afectaba a Gran Bretaña en su punto sensible, una tercera parte de sus barcos pasaba por el canal. El petróleo podría llegar a faltar. Eden no quería, al igual que Churchill, que Inglaterra se volviera "una nueva Holanda". A pesar de los riesgos de una intervención, sobre todo apoyada por Israel, intervendría.

Se concibe en seguida una acción militar. Sin embargo, parecía imposible en lo inmediato, pues Inglaterra, dedicada totalmente a su armamento nuclear y a sus fuerzas especializadas para sus colonias, no disponía de un cuerpo *ad hoc* para este tipo de eventualidad; Francia tampoco, empantanada en África del Norte. El cruel recuerdo del fallido lanzamiento en paracaídas en Arnhem, en septiembre de 1944, inhibía las iniciativas. Mientras que en Gran Bretaña, Eden estaba paralizado por las reservas de los laboristas, que no querían actuar más que bajo la protección de la ONU, en Francia por el contrario, salvo entre los comunistas y en los medios que gravitaban en torno a Mendès France, se empuja a la acción. Para un gobierno socialista, todo se reducía a lograr separar los intereses del país de los de los accionistas de Suez para disponer de un buen pretexto y golpear a Nasser en la

cabeza. El propio Robert Lacoste, quien declaraba que en Argelia el combate victorioso contra los fellaghas estaba en "su último cuarto de hora", decía asimismo "que la guerra no tendría salida en Argelia si Nasser llegaba a ganar en esta crisis que él mismo había abierto".

Este humor duró poco tiempo pues, contra toda expectativa, Eisenhower hizo saber a Eden, y Foster Dulles a Pineau, que había que encontrar caminos para hacer que Nasser se alineara –y que Estados Unidos se encargaría de hacerlo. Deseaban reducir el asunto a un simple problema de libre tránsito de los barcos, separando la nacionalización de su contexto y considerando que Nasser "tenía el derecho de nacionalizar la compañía". Simultáneamente, cuando los franceses y los ingleses hacían volver a sus pilotos –para demostrar la incapacidad de los egipcios de hacer circular solos los barcos del canal–, Foster Dulles creaba una "Asociación de usuarios del Canal", lo que les privaba de su capacidad de actuar, ya que la Asociación prometía no actuar por la fuerza...

Nasser empezaba a preguntarse cuál era el sentido de la actitud norteamericana; Foster Dulles la aclaró explicando "que se negaba a identificar la política de su país con la defensa de los intereses de las antiguas potencias".

Para Londres, esta afrenta recordaba las declaraciones hechas por Roosevelt en el momento de los trastornos en la India, en 1942, y de la detención de Gandhi. Y esto llevó al gobierno británico a imaginar lo inimaginable: la colaboración con Israel, que desde hacía tiempo París había preparado: en secreto se concluyeron las convenciones de Sèvres.

Decisión grave, para Israel; pero "semejante oportunidad no se volvería a dar". La idea era permitir que Israel atacara a Egipto, y luego intervenir para salvar la paz. Así, a los ojos de los árabes, los occidentales no se habrían "manchado" colaborando con Israel. Ben Gurión y Shimón Peres aceptaban esta proposición humillante porque "garantizaba la seguridad de Israel"; en cuanto a Francia e Inglaterra, "recobrarían su influencia en Oriente". La idea era ganar la guerra sin hacerla, dejando la iniciativa a los israelitas y no teniendo la pesada armada franco-inglesa más que apropiarse de la tarea.

El 29 de octubre de 1956, como se había previsto, las tropas israelitas invadían el Sinaí, sorprendiendo a los egipcios, pronto en desbandada. Como se había previsto, los tanques de Dayán se detuvieron en Akaba. Como se había previsto, la cobertura aérea inglesa tomó posición, y la ayuda francesa estaba al pie del cañón. Entonces

se envió un doble ultimátum, e Israel obedeció. Lo que no se había previsto, es que Nasser podría jugar el papel de mártir, atacado por Israel, pues ante el mundo árabe los anglo-franceses no querían parecer solidarios del Estado judío y su desembarco estaba previsto sólo para el 6 de noviembre. Este plazo fue fatal, pues todo el aparato de la ONU se puso en movimiento, incitado por los estados árabes, y Foster Dulles hizo aprobar una resolución en contra de la intervención. El 5, Bulganin enviaba a su vez una "Nota" conminatoria a Guy Mollet, a Eden, a Ben Gurión, diciendo que la URSS estaba lista para utilizar todas las formas modernas de armas destructivas si no se ponía fin a la expedición.

Sin embargo, las tropas anglo-francesas habían desembarcado y avanzaban hacia Suez, pero hubieron de detenerse, ya que Londres y París cedían ante las exhortaciones de la ONU, de Washington, de Moscú.

Este desastre de enorme tamaño, verdadero "Dien Bien Fu diplomático", desacreditó a sus responsables –Eden primero, que dimitió y abandonó la vida política; después Guy Mollet, quien quiso recordar sus aspectos positivos: había salvado a Israel.

De hecho, aun si los amargó el haber sido detenidos en el camino del éxito, los israelitas conservaron cierto reconocimiento hacia Francia por una operación que contribuyó a la supervivencia de su Estado, al que consideraban amenazado.

Para Gran Bretaña, la crisis de 1956 demostró que, en lo sucesivo, había perdido su condición de gran potencia y que ya no podía actuar sin el aval de Estados Unidos. Para confirmar este derrumbe, las tropas inglesas se retiraban de Bagdad después de la caída de Nury Said, en julio de 1958. Además, esta derrota relajó los lazos que Londres había conservado con sus antiguas posesiones imperiales, sobre todo con la India de Nehru, que condenó vivamente este retorno ofensivo del "colonialismo". En el mundo árabe sobre todo, el fracaso se manifestaba por el paso, en bloque, de cierto número de estados a la "doctrina Eisenhower", que les garantizaba la ayuda norteamericana "en caso de amenaza emanada de una potencia controlada por Moscú y por los comunistas". El país al que se apuntaba era Siria, amiga de Nasser, armada por la URSS y que tenía intenciones sobre el Líbano. Se trataba de una inversión significativa ya que, un año antes, era Irak quien amenazaba a Siria de ser absorbida.

Suez marcaba entonces el fin del régimen colonial de Gran Bretaña en el mundo árabe.

Para Francia y para el movimiento nacional argelino, la prueba tuvo consecuencias al mismo tiempo decisivas y paradójicas. Independientemente del resentimiento de los militares que, después de los fracasos en Indochina, en Marruecos, en Túnez, conservaron un rencor al régimen por no haber sabido o no haberse atrevido a llegar hasta el final en Suez (se supo con bastante rápidez que Bulganin no podía *llevar sus amenazas a la práctica, y que éstas sirvieron para ocultar* la intervención en Budapest), e independientemente del papel desempeñado por este fracaso en la caída de la IV República, tuvo consecuencias inmediatas en Argelia, en donde la victoria de Nasser inflamó a las multitudes musulmanas mientras hacía progresar a pasos agigantados la internacionalización del problema. La mayoría de los países del bloque arabo-asiático se habían unido a la causa argelina, siendo Líbano la única excepción.

Pero, paradójicamente, la victoria de Nasser tuvo como efecto suscitar la desconfianza del patriotismo receloso de los líderes del FLN, quienes temían que El Cairo desempeñara, esta vez en serio, un papel demasiado importante en sus asuntos. De manera que se asistió a una operación de ruptura y a una *magrebización del problema argelino*, más exactamente, a una transferencia hacia África del Norte del centro de gravedad de las acciones de Argelia. Túnez se volvió entonces la sede del Gobierno Provisional de la República Argelina, lo que endureció las relaciones entre Francia y Bourguiba. De tal manera que, a causa de Suez, la política Lacoste-Bourgès-Mollet resultó en una "magrebización de la guerra", cuando la alternativa Mendès Savary-Defferre hubiera deseado ser una "magrebización de la paz", para la realización de una especie de federación de los tres estados de África del Norte, para contrarrestar, en el oeste, la influencia de Egipto y de la Liga árabe.

Pero, sobre todo, el efecto real de Suez fue la aparición de un Tercer Mundo; hasta entonces, sobre todo en Bandung, su especificidad se había confirmado, pero especialmente para explotar y utilizar la rivalidad Estados Unidos-URSS, una preocupación que prevalecía sobre la necesidad de afirmar su identidad y la legitimidad de un desarrollo propio. Pues los participantes en la conferencia de Bandung disponían de pocos medios, aparte de la amenaza de pasar de un campo al otro -lo que el Este y el Oeste llamaban "regateo".

Primer hecho novedoso, que la crisis de Suez saca a la luz: en lo sucesivo, las naciones disponen de un triunfo, en este caso el canal, que supieron arrancar de las manos a Occidente. Dispusieron poco des-

pués de un segundo triunfo, que Mossadegh no había podido sustraer por completo a las grandes potencias: el petróleo.

Más importante aún es el hecho de que, lejos de derivar hacia el comunismo, a lo que cierta visión determinista de la historia los había predispuesto, los países del Islam, por el contrario, se desviaban de él, tanto, si no más, como del modelo occidental. No sólo afirmaban su vocación nacional (árabe, argelina, etc.) e islámica, sino que mostraban que una sociedad puede dar origen al mismo tiempo a una historia que le pertenece propiamente y a una historia que se identifica con la de una comunidad, el Islam. El mundo había reconocido en Nasser al piloto y al héroe de esta regeneración. Sin embargo, la unidad del mundo árabe, que se aceleró debido a la unión de Egipto con Siria, no resultó, a pesar de Suez y de la realización de la República Árabe Unida. Egipto jamás pudo desempeñar un papel unificador semejante al del Piamonte o al de Prusia. ¿Se debe a que el mundo árabe se siente solidario en su relación con los demás, más que en una identidad que le sería propia? La recobra, desde luego, más tarde, en la guerra contra Irán, también musulmán sin embargo, pero se divide durante la guerra de Irak... En lo sucesivo, la hora de la unidad árabe parece haber pasado.

La crisis de Suez había tenido como efecto endurecer la actitud de los franceses de Argelia, también la de los militares, lo que dio como resultado el golpe de Estado del 13 de mayo de 1958,[1] al mismo tiempo que se magrebizaba el problema argelino. La posición de De Gaulle, ante el giro que tomaban las luchas de liberación de los pueblos colonizados, era incierta, desconocida aun para sus allegados. En Gran Bretaña, la descolonización había desestabilizado a los conservadores; Anthony Eden había dimitido.

Las reacciones comparadas de Churchill y de De Gaulle, su recorrido recíproco, dan cuenta de lo que fue, después de 1958, una política de descolonización asumida por la metrópoli: en Argelia, era resultado de una guerra, pero sucedió de otra manera en África negra, francesa o inglesa, y en las demás partes del Imperio británico, en donde la negociación predominó sobre la lucha armada; las metrópolis se adhirieron a ella, debido a la fuerza del contragolpe de los acontecimientos del Cercano Oriente... Como si Europa hubiera decididamente transmitido sus poderes. En lo sucesivo, los dos Grandes gobernaban el mundo, y se anunciaba el ascenso del Tercer Mundo.

[1] Cf. más arriba, pp. 288-296.

CHURCHILL Y DE GAULLE FRENTE A LA DESCOLONIZACIÓN

"No llegué a primer ministro para presidir la liquidación del Imperio", decía Churchill durante la segunda guerra mundial. Pues el Imperio era su gloria y desde *The River War*, su primer gran texto acerca de la colonización, escrito en 1899, sólo había condenado los excesos de patriotismo, el jingoísmo, y se pretendía tory (demócrata); cuestionó, durante la crisis bóer de 1900, a los cizañeros del tipo Kitchener en momentos de guerra. Sin embargo, hacia la India, adoptó siempre los puntos de vista de un viejo imperialista. "Viendo lo que sucedió en Irlanda, y lo que acontece en Egipto, no se puede censurar a quienes evocan concesiones en posesiones lejanas... Pero en la India, Gran Bretaña debe seguir siendo una verdadera potencia." De hecho, Irwin y Baldwin querían conceder el estatuto de dominio para conservar mejor la India. Churchill consideraba que dicho proyecto era quimérico, no había que ceder –y más tarde se dio cuenta de que los conciliadores en el caso de la India eran quienes fueron conciliadores, también, con Hitler. Fue romántico contra los realistas, quienes, en la India Defense League, se asociaron con Rudyard Kipling para reunir a todos esos personajes, aquellos "coronel Blimps" de quien se burló la literatura, y que constituirían la UBI (Union of Britain and India). Combatió la India Bill, no sólo por razones políticas sino porque el Imperio encarnaba la historia de su país, su propia juventud sobre todo; consideraba que en el momento en que aumentaba el peligro militarista hitleriano, y el nacionalismo crecía un poco en todas partes, la atribución de un estatuto de dominio a la India por hombres como Baldwin y Hoare conduciría a concesiones que debilitarían al país. Pero, en el partido conservador, no obtuvo más que 356 votos contra 838. Cierto es que había cometido cierto número de excesos de lenguaje que contribuyeron al deterioro de las relaciones con la India: "Es alarmante, y hasta nauseabundo, ver que el señor Gandhi, un abogadillo sedicioso, finge ser faquir de un tipo bien conocido en Oriente, paseándose medio desnudo en los escalones del Palacio del Virreinato, organizando al mismo tiempo una campaña de desobediencia civil, y que se le vea hablar de igual a igual con el representante del Emperador-Rey."

Sin embargo, después del voto de la Indian Act, en 1935, Churchill modifica su actitud con respecto a Gandhi: aprecia las huelgas Harijan (llevadas a cabo con musulmanes), admira la grandeza de los puntos de vista del líder indio. Pero explota cuando Roosevelt indica que

la Carta del Atlántico se aplica asimismo a la India, una declaración hecha después de la entrada en guerra de Estados Unidos. La presión se vuelve entonces tan fuerte que Churchill envía a Stafford Cripps, de muy mal modo, con sus propuestas, que son rechazadas –pero que le permiten ganar tiempo. Churchill sabe sin embargo que se deberá otorgar algún día la independencia a la India y él mismo organiza la conferencia de Simla que prepara lo inevitable.

Fueron sus sucesores laboristas los que lo llevaron a cabo.

Pero él se había opuesto furiosamente a la idea de que se reconociera en plena guerra el estatuto de dominio: se lo dijo a Tej Baradhur Sapru, un moderado del Partido del Congreso, y, en el seno del gabinete de guerra, nadie se atreve a abordar este problema, siendo Winston Churchill él solo una especie de "*one man India Defense League*" en su propio gobierno. En Yalta, se opone firmemente a Roosevelt quien proponía que las antiguas colonias se volvieran una especie de mandatos en la futura ONU. "No estoy de acuerdo con una sola de las palabra del presidente", interrumpe Churchill... En ninguna circunstancia, aceptaría que 40 o 50 naciones metieran la nariz en los asuntos del Imperio británico... No cedería ni una pulgada en este asunto. "¿Qué diría usted si se internacionalizara Crimea para hacer de ella una residencia de verano?", le preguntó a Stalin. Y, cuando Roosevelt argumentó que la India, al igual que Estados Unidos entre 1783 y 1789, podría elegir poco a poco sus representantes y transformarse en una democracia, le contestó que no se podían comparar ni los problemas ni los periodos. Equivalía a decir que no creía que los indios pudiesen practicar la democracia; eran declaraciones de un viejo "chocho" (Lord Amery) que pretendía conservar la "India de papá". Escuchó bien el discurso: cuando, el 20 de diciembre de 1946, el primer ministro, Attlee, que le había sucedido, habló del porvenir de Birmania "que tenía que decidir su propio destino ya sea en el Commonwealth o fuera de él", Winston Churchill, que se había vuelto líder de la oposición, se levantó:

Se dijo, en la época del gran gobierno de Lord Chatham [William Pitt] que había que saber levantarse muy temprano para no perder las tierras que constituyen nuestra fortuna. Se diría que el muy honorable gobierno actual desea hacer lo contrario: deja que se le escape el Imperio con una completa falta de consideración hacia el trabajo y los sacrificios de nuestros abuelos. Hace apenas un año, liberábamos Birmania de los japoneses; qué premura hoy día para abandonarla para siempre.

No se puede encontrar la misma constancia en De Gaulle. Su discurso acerca del Imperio cambia de punta a punta en presencia de una nueva situación, la guerra de Argelia, en la que está en posición de actor principal. Quienes lo llevaron al poder –sobre todo Jacques Soustelle– se apoyan en sus actos pasados para imaginar que renovará la proeza: se equivocaron y, al igual que los *pieds-noirs* y otros, consideraron después que De Gaulle los había traicionado. Por otro lado, en sus *Memorias*, De Gaulle reconstruye la historia de tal manera que surge cierta continuidad entre sus puntos de vista y sus reacciones ante el acontecimiento.

¿Qué ocurrió realmente?

Durante la guerra, existe una evidente connivencia entre De Gaulle y Churchill, que son solidarios, frente a los norteamericanos, en cuanto al problema colonial. Sin duda, el asunto de Siria despertó el viejo antagonismo entre los dos países[2] y hasta amenazó con provocar una ruptura, pero se trata de una trágica "peripecia". En el fondo, Alejandro Bogomolov, embajador soviético en Argel, establece un diagnóstico sin ambigüedad:

> Es evidente –escribe a Stalin el 19 de enero de 1944–, que De Gaulle se libera poco a poco de los giraudistas... que los ingleses (y no los norteamericanos) enviarán armas a la Resistencia y que existe *un acuerdo de fondo anglo-francés* [subrayado por Bogomolov] tanto en África del Norte como en el Medio Oriente. Churchill apoya a De Gaulle contra los norteamericanos para que se olviden los malentendidos pasados... [...] De tal manera que los anglosajones son a menudo solidarios, desde luego, en contra de nosotros, la Unión Soviética, pero *no respecto a los problemas coloniales* en los que Gran Bretaña busca la alianza de Francia en contra de los estadunidenses –De Gaulle lo ha comprendido perfectamente y apoya a fondo a Inglaterra contra Estados Unidos.[3]

Si el discurso de Brazzaville hace época (30 de enero de 1944), se debe a que es pronunciado ante los africanos y aborda el problema del estatuto de las colonias: pero el contenido es confuso, "establecer sobre bases nuevas el ejercicio de la soberanía francesa", y la pertenencia al Imperio ni siquiera se menciona; es evidente. Después, De Gaulle hizo de ese discurso la carta que anunciaba el porvenir. El gesto era, por cierto, innovador, como también lo fue el reglamento de di-

[2] Cf. pp. 135-137.

[3] Texto inédito citado en nuestro *Pétain*, Fayard, 1987, p. 527.

ciembre de 1943, que aumentaba el número de musulmanes de Argelia que gozaría de sus plenos derechos de ciudadanos –lo que los colonos debieron aceptar de mala gana. Asimismo, fue De Gaulle quien decidió introducir 63 diputados de ultramar a la Asamblea Constituyente, de un total de 522 miembros, de los cuales 25 representaban a las colonias: entre ellos, Houphouët-Boigny (Costa de Marfil), Léopold S. Senghor (Senegal), el doctor J. Raseta (Madagascar), Aimé Césaire (Martinica); y 11 representantes de la UDMA de Ferhat Abbas en la segunda Asamblea Constituyente. Sin embargo, de Gaulle no desaprueba el asunto de Setif –acusa únicamente a Yves Chataigneau– y, si manifiesta, en Indochina, sus simpatías hacia Jean Sainteny y Leclerc, en realidad es el almirante d'Argenlieu su hombre en el terreno. Ahora bien, es el hombre de la ruptura con Ho Chi Minh.

Durante los años de la "travesía del desierto", de 1947 a 1958, la fundación del RPF parece haber tenido como origen la necesidad de proponer a Francia un recurso, si se aceleraba la ruina del Imperio –y su tutelaje por los norteamericanos. De Gaulle expone varias veces sus concepciones acerca de la Unión Francesa, favorable en cada ocasión a una evolución hacia una mayor autonomía; pero, acerca de Argelia, la necesidad de mantenerla francesa es reafirmada con fuerza: es "el ambiente de incertidumbre" del estatuto de 1947 lo que le molesta en la medida en que cedió "a la sobrepuja". No es posible suscribir los términos de sus *Memorias*, escritas después de 1960, en las que el general deja entender que entonces hubiera sido deseable hacer evolucionar la situación hacia la formación de un Estado argelino. Esto no aparece para nada en sus declaraciones de aquella época.

En Indochina, después de haber dicho y repetido que los franceses llevan a cabo el mismo combate que los estadunidenses en Corea –en contra del comunismo–, De Gaulle considera, en 1954, que hay que tratar con el adversario, y no desaprueba los acuerdos que Pierre Mendès France firmó en Ginebra. En lo tocante a África del Norte –en este caso Túnez y Marruecos–, considera que hay que practicar una política de asociación, castigando a los culpables de crímenes que no son dignos de Francia. No habla de abandono, pero estima que las buenas soluciones no están "al alcance del actual régimen".

Es lo que había dicho y repetido Churchill. En lo que se refiere a Francia, es lo que piensan Michel Debrë y Jacques Soustelle al participar en el golpe del 13 de mayo de 1958. Pero, en esta fase en la que De Gaulle lanza a los *pieds-noirs* su "Os he entendido", no saben mejor que otros cómo va a actuar el general. Están al mismo tiempo cir-

cunspectos, ansiosos y confiados. De Gaulle reprochó a los gobiernos anteriores no sus abandonos –salvo las bases en Marruecos–, sino su falta de política. ¿Cuál puede ser entonces la suya?

Al indicar, de entrada, que en Argelia no había más que una sola categoría de habitantes, "los franceses de tiempo completo con los mismos derechos y los mismos deberes", De Gaulle no anunciaba la declaración del 16 de septiembre de 1959, como lo indica en sus *Memorias*, sino que volvía a la idea de integración, salvo que no quedaba claro si, sí o no, Francia y Argelia formaban un todo, es decir, con cien diputados argelinos en París. Los *pieds-noirs* lo entendieron realmente, al gritar "Soustelle, Soustelle"; pero, al hablar de 10 millones de franceses en Argelia, volvía a la inmersión de los *pieds-noirs* en una mayoría árabe. El discurso de Mostaganem –"Viva Argelia francesa"– perpetuó la ambigüedad, pero, en cuanto evoca la personalidad de Argelia, ya que asocia Argelia y Francia, la elección es clara aun si no la enuncia explícitamente. Las palabras tienen su peso, y, tras haber hablado de autodeterminación, evoca por fin, en noviembre de 1960, la República argelina, y la Argelia argelina. Es la ruptura con Jacques Soustelle, con los franceses de Argelia, "la suavidad de las lámparas de aceite, el esplendor de la marina de vela". No habiendo tenido un efecto inmediato el llamamiento a "la paz de los valientes", el general De Gaulle indica en forma indirecta el camino que se propone seguir al dejar a Mali –Senegal y Sudán– acceder a la independencia (junio de 1960).

Al mirar las caras macilentas de los colonos que, en este inmenso barco blanco en la rada de Batavia, aquel año de 1947, dejan para siempre las Indias holandesas, ¿quién dudaría que prefiguran la suerte de los franceses de Argelia 15 años más tarde?

Sin embargo, hubo quienes presintieron la tragedia que se anunciaba: como Albert Camus, medio argelino, medio oranés, quien declaraba que "entre la Justicia y [su] madre", elegía a su madre. La Justicia, para él, eran los derechos de los árabes engañados por los colonos y la administración francesa. Él era uno de los primeros que había tomado su defensa, y sus conciudadanos le guardaban rencor. Pero que la crisis argelina culminara en la partida obligatoria de los colonos, de su madre, no, eso no lo admitía; y su declaración le atrajo la cólera de los intelectuales –en primer lugar la de Jean-Paul Sartre– quienes lo despreciaron por no tener "el sentido de la historia" (1957).

Este sentido de la historia, De Gaulle lo tenía, y sabía que la inde-

pendencia de Argelia era ineludible. ¿Presentía sus consecuencias para los franceses de Argelia? En todo caso, los nacionalistas del FLN habían hecho creer, durante los años de 1950-1956, que en Argelia independiente todos los franceses podrían disponer de los mismos derechos que los de los demás habitantes de ese país. Acerca de este punto, el cambio tuvo lugar, al parecer, en el congreso de la Soummam; y la acción de la OAS agravó el abismo que separaba a las dos comunidades –no haciendo nada los argelinos por taparlo.

En cuanto a los metropolitanos, rápidos, con justa razón, en condenar la tortura, jamás habían dicho una palabra para estigmatizar el terrorismo. La idea era que ese terrorismo había sido la respuesta al terror colonial... mala suerte para las víctimas de ese terrorismo...

De Gaulle tomó iniciativas para lograr el fin de la guerra. No habiendo tenido éxito las operaciones militares, lejos de ahí, en Dien Bien Fu, tomó contacto primero con Si Salah, luego con el FLN. Para precipitar la solución del problema, emplea la expresión de "República argelina", anuncia un referéndum acerca de la autodeterminación, en donde el "sí" obtiene el 75% de los sufragios expresados, 69% en Argelia, en donde las grandes ciudades votaron "no". Bidault y Soustelle se separaron de él (8 de enero de 1961).

Entonces, el general Salan cree llegado el momento, con los generales Challe, Jouhaud y Zeller, de organizar un levantamiento que en secreto debe respaldar a la OAS (Organización del Ejército Secreto), creada sin duda a iniciativa de Robert Martel, Lagaillarde y Susini, los hombres del día de las barricadas. Habiendo De Gaulle recurrido al contingente, fracasa el levantamiento de abril, pero la OAS sobrevive, organización terrorista que mata "a quien quiere, cuando quiere, en donde quiere". Durante el verano, el terror y el contraterror multiplican las víctimas y los actos espectaculares, transformándose el otoño de 1961 para una parte de los franceses de Argelia –a los que la OAS no asesinó– en la estación de la esperanza. Esperan que no fracasen las negociaciones iniciadas en Évian, y empieza entonces un periodo de atentados que se extiende a la metrópoli: más de cien en enero-febrero de 1962, en Francia; más de 800 en Argelia, en parte debido al FLN, en parte a la OAS, en parte a la anti-OAS.

Al cese al fuego y a los acuerdos de Évian de marzo de 1962, que reconocen la independencia de Argelia, aprobada por un referéndum, la OAS responde con terror y tierra arrasada, controlando Bab el-Oued, haciendo de él una especie de Fuerte-Chabrol, incendiando la biblioteca de Argel... Sin embargo, a pesar de sus órdenes y de la

exasperación de los combates, el éxodo se inició desde que fracasó el levantamiento de los generales, desde que Challe y Salan fueron detenidos, desde que Soustelle y Bidault desaparecieron... Abril y mayo de 1962 son testigos del éxodo masivo de los *pieds-noirs*, mientras el ejército, para poder asegurar su partida, abandona a una parte de los harkis a una trágica suerte. Sin embargo, otra parte es devuelta a la metrópoli. A bordo del *Chanzy* y del *Ville d'Oran*, los repatriados entonan el estribillo de la joven Piaf, "No, no lamento nada", antes de que Enrico Macias cante la nostalgia de "su país perdido".

DE GAULLE Y LA DESCOLONIZACIÓN DEL ÁFRICA NEGRA

Ya en octubre de 1956, en el momento de Suez, De Gaulle había dicho al príncipe heredero de Marruecos, Moulay Hassan: "Argelia será independiente, se quiera o no. Entonces, la cuestión será el cómo." "Será largo, habrá destrucción, mucha destrucción", había comentado a Jean Amrouche. La hubo. Y duro fue el camino de los acuerdos de Évian, como lo fue luego la lucha contra el nuevo levantamiento de los generales: si el general Challe, en 1962, hubiera recurrido a los civiles *pieds-noirs*, la crisis habría enfrentado una suerte aún más trágica; pero no quiso seguir al general Salan en este camino, y la OAS fue destruida.

Mitterrand y Defferre: dos precursores

La descolonización fue mucho más fácil en África negra, y De Gaulle pudo llevarla a cabo hasta el final, sin que la sangre corriera realmente, porque sus predecesores habían podido abrir la trinchera. En cierta manera, el pionero en la metrópoli fue François Mitterrand, quien, en el ministerio de la Francia de ultramar, aplicó el principio *ad augusta per angusta*. Por un lado, supo trabar estrechas relaciones con los líderes de la Agrupación Democrática Africana de Houphouët-Boigny, separándolo de sus amigos, compañeros de ruta del partido comunista, como Arboussier; por el otro, en su calidad de ministro de la Francia de ultramar, condujo su política "hasta un umbral de no retorno gracias a la indiferencia de los medios metropolitanos y a la falta de atención general". Cierto es que en África negra la instauración de una

vida política representativa o seudorrepresentativa no tropezó con el poder de los colonos, que raras veces se arraigaban. "La comprensión de la UDSR, dijo Houphouët-Boigny, el sentido político del que da muestras y la confianza que nos atestigua, decidieron el curso de los acontecimientos en el África negra francesa" (1955). Así, los líderes africanos colaboran de igual a igual con partidos políticos metropolitanos –lo que no sucedió en Argelia–; el ejemplo de la UDSR no es único, ya que la SFIO colabora también estrechamente con el partido rival de la RDA, los Independientes de ultramar de Léopold Sédar Senghor, que lanza la idea de una República Federal Africana... Pero la SFIO es mucho más temerosa: es cierto que es fuerte en el Parlamento y que los representantes africanos le son menos necesarios que a la UDSR...

En la depresión del 6 de febrero de 1956, en Argel, Gaston Defferre, un socialista, expresa la filosofía de una política que a su manera fue un triunfo. "Demasiadas veces, más allá de los mares, los franceses dieron la impresión de no ser capaces de actuar a su debido tiempo, y fuimos el juguete de los acontecimientos [...]. En África negra, si sabemos *adelantarnos* [cursivas del autor], podremos restablecer en ese país un clima de confianza y de concordia." Sería la ley-marco, cuyo proyecto había sido preparado por Pierre-Henri Teitgen y que Defferre hizo adoptar "a sabiendas de que las poblaciones de África negra tienen los ojos puestos en lo que sucede en África del Norte". La reforma concedía el sufragio universal y el colegio único a todos los territorios de África negra y de Madagascar. Preveía la creación de consejos de gobierno elegidos cuyos miembros serían "ministros", y la extensión de los poderes de las asambleas territoriales elegidas. Así, se reducían los poderes de los gobiernos generales y se incrementaba el poder legislativo de cada territorio. "Balcanización", respondió Senghor. "Caminar antes de correr", comentó Houphouët-Boigny. Para los africanos, se trataba de una etapa, pero ellos se dividían en cuanto a la forma de autonomía y a la naturaleza de los lazos que los unirían entre sí, y a Francia.

"Restablecer" el clima de confianza, había dicho Gaston Defferre. Cierto es que, desde el levantamiento y la represión en Madagascar, el exilio del sultán de Marruecos, la aparición de los fellaghas en Túnez (luego en Argelia), una parte de los dirigentes africanos estaba inquieta, circunspecta. También existía el temor, en ellos, de que la diferencia cultural fuera demasiado grande entre las élites políticas, ideologizadas incluso, integradas en luchas partidistas francesas, y los movimientos étnicos de protesta, autónomos e incontrolados, una si-

tuación que existió de manera típica en las colonias portuguesas. Pues su determinación de permanecer en la zona cultural francesa carecía de ambigüedades; lo demostraban no participando sino con desgano en el movimiento panafricanista. Por el contrario, las élites negras manifestaban una viva actividad en el marco de la vida política francesa, pero estaban impacientes por incrementar su poder en el lugar, antes de que, al igual que en Guinea, se denunciara la "colusión" entre ciertos dirigentes de partido y la jefatura tradicional.

Por otro lado, la ONU empezaba a manifestar sus sentimientos de reserva con respecto a la política colonial francesa: los expresó primero a propósito de los territorios bajo tutela, Togo y Camerún. El primero se volvió una república autónoma, luego en asociación con Francia, pero, en 1958, Togo recurrió de nuevo a la ONU, que hizo aceptar al gobierno de Félix Gaillard el principio de una consulta popular cuyo resultado fue la independencia –decidida en septiembre de 1958– en 1960. Estas peripecias habían tenido como efecto no lograr la reunión de los ewés, del Togo ex británico y del Togo ex francés, que había sido el origen de las reivindicaciones de los líderes del país, como Sylvanus Olympio.

La reunificación de las dos partes de Camerún planteaba el mismo problema, pero, mientras que el norte del país estaba dispuesto a asociarse a Nigeria, el Sur deseaba la unión con el Camerún "francés": el voto de las poblaciones, bajo la égida de la ONU, hizo posible este resultado. Pero, en el Camerún "francés", el movimiento de protesta contra el poder de tutela fue mucho más violento que en el resto del África negra. La existencia de 84 partidos políticos, en 1955, era indicio del arraigo real de las motivaciones políticas en una población con numerosas etnias y cuya unidad, formal, era fruto del ocupante. Sin embargo, a partir de 1948, la vida política estaba dominada por un partido, la UPC (Unión de los Pueblos de Camerún), al mismo tiempo revolucionario, semejante a los comunistas, pero vinculado también con los medios anticolonialistas de El Cairo. Su impaciencia nacionalista se expresó en 1955 por medio de graves motines que, después de la prohibición de la UPC, dieron origen a un terrorismo y a conflictos armados que duraron hasta 1960. Frente a la UPC de V.M. Nyobé, Francia se apoyaba en los partidos moderados a los que animaba un musulmán del Norte, Ahmadou Ahidjo, quien obtuvo de la ONU la suspensión de la tutela francesa en 1958, pero en connivencia con París. De manera que, paradójicamente, la independencia fue recibida por la UPC y por una parte de la población como una especie de trai-

ción, lo que volvió a animar violentas luchas civiles, y esto, desde el día de su proclamación.

Como vemos, en África negra francófona, dejando de lado la larga guerrilla sostenida en Camerún por la UPC, la descolonización pudo efectuarse por medio de la negociación, a iniciativa de la ONU o de los movimientos nacionalistas, pero, antes de que se diera lo irreversible, los políticos franceses supieron, en este caso, actuar a tiempo, o encontrar en el lugar fuerzas hostiles a la ruptura violenta –como Ahidjo en Camerún.

De manera que, cuando De Gaulle ofreció a los africanos y a los malgaches la elección entre una libre asociación y la secesión, desde luego sorprendió, pero el terreno había sido lo bastante trabajado para que se pudiera intentar la apuesta. A decir verdad, él manifiesta hacía el África negra una ternura vinculada tal vez con la época de Brazzaville –mientras que en Argel la recepción fue más fría– y se calculó que de los 810 discursos pronunciados entre 1940 y 1969, 246, es decir el 30%, hacen referencia al África negra. "Vamos hacia una amplia comunidad de pueblos asociados", repite, expresión que no puede molestar ni a Senghor ni a Houphouët, y que es más confusa que la de federación... "Es un medio de transporte histórico para pasar de una edad a otra." "Francia ama las grandes concesiones que hacen volver", dice también a propósito del África negra...

Pudo aplicar esta política sin rodeos, pues no enfrentaba los mismos obstáculos que en Argelia y tenía que vérselas con interlocutores que no tenían los mismos rencores que los árabes contra Francia.

En el momento del voto sobre la Comunidad, el 28 de septiembre de 1958, hubo 7 471 000 sí y 1 120 000 no, de los cuales 636 mil eran de Guinea. Sekou Touré había rechazado que se le "otorgara" un derecho, había hecho decir "no", de manera que la Comunidad incluyó, aparte de Francia, 12 estados que gozaron de autonomía interna. Pero, aun antes de que funcionaran las instituciones comunes, ya había estados que se unían –Senegal y Sudán para formar la Federación de Malí–, que reclamaban la independencia un año después de haber aceptado entrar en una Comunidad. Los demás siguieron, a pesar de las resistencias de Houphouët-Boigny, quien hubiera deseado una comunidad franco-africana duradera. "Se van, se van", dice De Gaulle. Los dejó partir.

CONGO BELGA Y COSTA DE ORO, UN CONTRASTE

La onda de choque de Suez, que tuvo efectos directos en los acontecimientos de Medio Oriente y del Magreb, y que además había estimulado los movimientos negros africanos, no los condujo en toda circunstancia a ayudar decididamente al FLN –a pesar de sus llamados, los negros desconfiaban del Islam árabe. Pero fue una indicación para los europeos de que se iniciaba una nueva era.

Esto fue evidente en el caso de los belgas, quienes, en el Congo, vivían hasta entonces en la ignorancia completa de toda esta descolonización que parecía no implicarlos, ya que, de 1945 a 1959, el país había estado en calma, y el número de los residentes belgas había pasado de 35 mil a 115 mil. Además, como su política sanitaria había sido un ejemplo, los belgas estaban persuadidos de que eran los mejores de todos los colonizadores. Más aún, bien manejadas, sobre todo por la Iglesia, las escuelas se multiplicaban, y por intermedio, aumentaba la progresión social. Pero la enseñanza era sobre todo religiosa, y había pocos africanos en las universidades de Bélgica. Se había pasado del trabajo forzoso al patrocinio. Debido a que los cuadros, llamados "los evolucionados", se multiplicaban en las ciudades, la administración belga intentó controlar el problema instituyendo la carta de "mérito civil", cuya obtención se volvió el objetivo de la población instruida. Así, existía cierto adormecimiento aparente en el país cuando estallaron los motines urbanos de enero de 1959, para los que los belgas no estaban en absoluto preparados, pero que los llevaron, ante los acontecimientos que se producían en otras partes del mundo, a decidir de modo incontinente poner fin al régimen colonial: "Bélgica tiene la intención de transformar el Congo en un país democrático capaz de ejercer las prerrogativas de la soberanía y de decidir él mismo los acontecimientos de su independencia." La sorpresa era total, la inversión también total: ni el resto del mundo ni los africanos esperaban semejante ruptura con el pasado. Se presentaba entonces una especie de abismo político a los socios que no estaban en absoluto preparados para franquearlo.

Así, mientras que en las posesiones francesas o británicas de África negra, la descolonización benefició de inmediato a los militares indígenas –los grandes beneficiarios–, a funcionarios, a líderes políticos, nada de ello sucedió en el Congo, donde los belgas siguieron reinando desde Bruselas sobre un país que se volvía independiente, logrando sólo la Iglesia separarse del antiguo poder colonial. En 1960, ya no había Estado, y tampoco nada en su lugar. Se abría una era de conflic-

tos, con violencias inauditas, contra los oficiales belgas primero; luego se perpetuó por medio de varias guerras entre el gobierno de Kasavubu y su primer ministro, Patrice Lumumba, revolucionario y marxista; después, por la secesión de Katanga, que se volvió un Estado separado bajo la égida de Moisés Tshombé.

El camino estaba abierto para una internacionalización del conflicto.

Para los belgas, esta crisis de 1959, una verdadera pesadilla, fue en efecto la "salida de un cuento de hadas" (J. Vanderlinden).

El contraste con la independencia de Costa de Oro (Ghana) es patente en lo que se refiere a los *newsreels* que reproducen aquellas festividades de 1957: en una atmósfera de fiesta, aquella noche, en smoking, hombres de Estado africanos y elegantes negras e inglesas bailan al son de un beguín, mientras a lo lejos piraguas iluminadas *a giorno* avanzan a la altura de Accra, al ritmo de una música desenfrenada: como leitmotiv vuelve la palabra "*Liberty*", y se iluminan, uno junto al otro, los retratos de Nkrumah y de la reina de Inglaterra... El Colonial Office había aprendido la lección de lo que había sucedido en la India, en Indonesia, en Vietnam: recién llegado a Costa de Oro, el gobernador Arden Clarke, que había servido en Sarawak y seguido de cerca los acontecimientos de Asia, supo sacar a Nkrumah de la cárcel y dejarlo ganar las elecciones. ¡Qué ejemplo! Cierto es que los británicos del Colonial Office habían empezado a tener debilidad por los movimientos nacionalistas de África del Oeste. Sus líderes habían hecho buenos estudios en Oxford o en Estados Unidos, participaban en el movimiento panafricanista, sobre todo anglófono, y parecían más próximos a la tradición inglesa que los sudafricanos blancos de Johannesburgo o hasta del Cabo, que criticaban la política de Londres, demasiado favorable según ellos a la emancipación de los negros. Con razón o sin ella, los británicos consideraban con mayor suspicacia los movimientos de África oriental, a decir verdad vecinos del mundo árabe, y en donde los conflictos entre negros, indios y blancos parecían insuperables. Sin embargo, había que resolverlos también, pues el repliegue inglés en el Medio Oriente tenía como efecto situar en lo sucesivo a África en primera línea, y hasta Stafford Cripps había agregado que "el porvenir de la zona de la libra esterlina dependía de ahí en adelante de la habilidad de África para desarrollarse".

Fue en África oriental donde surgió con más nitidez la contradicción: por una parte, estaban las exigencias de un desarrollo económico reactivado –lo que se pudo llamar la segunda descolonización– y

vinculado con la mundialización de los mercados, con el corolario de la penetración del sistema colonial hasta el fondo de las campiñas más lejanas; y, por otra parte, existía la voluntad mal dominada de una transición de la administración directa o indirecta a un principio de sistema representativo. Ahora bien, en este nivel empezaron a oponerse los jefes tradicionales y los nuevos líderes. comerciantes o profesores, representantes de grupos étnicos excluidos, etc. En Uganda como en Tanganica y en Kenia, estas contradicciones dieron origen a un nacionalismo y a una vigilancia de los grupos en conflicto que ponían a sus mandantes bajo supervisión. Con respecto a los diferentes grupos étnicos, cuya representatividad se afirma, y al *lobby* colono que empieza a organizarse, Londres se da cuenta, por cierto, que avanzar con demasiada lentitud es peor que apresurarse: cuatro años separan sin embargo la independencia de Tanganica de la de Ghana, y seis de la de Kenia (1963).

1960 había sido el año de África: los británicos, lograron ciertamente su descolonización en el oeste, pero, en el este, el fracaso era patente. En el fondo, los ingleses habían dudado allí entre sus dos políticas: mantener en el poder a la minoría blanca, aun si no era más que un puñado de hombres; o bien transferir ese poder a los indígenas, aun si "no saben" o no quieren utilizar los instrumentos institucionales dejados en el lugar por el colonizador.

En efecto, fue la presión del África independiente lo que dio un nuevo impulso a los movimientos negros e indios de Sudáfrica, sobre todo al ANC (African National Congress) de Nelson Mandela. Este movimiento, nacido en 1912, tuvo que padecer una represión cada vez más sanguinaria por parte de los gobiernos sudafricanos, sobre todo desde 1947. En la época del presidente Vorster, alrededor de 1974, en efecto éste había terminado de aplicar un dispositivo racista de *apartheid* cuyos principios eran explícitamente tomados de las teorías nazis, en las que los *afrikaners* habían encontrado los fundamentos de sus prácticas. El Partido Nacional-Cristiano, en el poder desde 1948, había entonces legislado practicando una política de exclusión cuyo símbolo era el pasaporte interior, la prohibición de los matrimonios mixtos, etcétera.

La resistencia india y negra se endureció de inmediato, apoyándose en las obras de Frantz Fanon y más aún en los escritos y las acciones de los Black Panthers de Estados Unidos. Con los mismos argumentos, la idea de una insurrección armada se abría camino, ya que, a la política de no violencia fomentada por la Iglesia, el gobierno respondía por medio de la represión: las masacres de Soweto, en 1976, constituyeron uno

de los momentos más dramáticos de ese enfrentamiento. Sin embargo, los sindicatos blancos, muy poderosos, que durante largo tiempo habían sido tan antinegros como antipatronales, evolucionaban en un sentido más conforme a la idea sindical de defensa de los infelices.

La condena de la política del *apartheid* por parte de las Naciones Unidas, la salida del Commonwealth –tantas pruebas que hicieron reflexionar a un creciente número de blancos que se unieron a las filas de los liberales, poco numerosos hasta entonces. Se observaba también que en Zimbabwe el poder negro había sabido cuidar de los intereses de los blancos. Sin embargo, los negros se dividían, cuestionando los zulúes la hegemonía xhosa y la del ANC.

Entonces el presidente De Klerk consideró que había que cambiar de política: liberó a Nelson Mandela, en la cárcel desde hacía más de 20 años. Es el inicio de un proceso que, en 1994, resultó en la organización de elecciones libres, para todos –*one man, one vote*– que debe asegurar a los negros una mayoría, y la garantía de participar en el gobierno del país.

Qué camino recorrido...

EX URSS: UNA IMPLOSIÓN MÁS QUE UNA FRAGMENTACIÓN

En la Unión Soviética, existía en efecto un movimiento nacional, de intención separatista, sobre todo en las repúblicas bálticas, pero asimismo en Ucrania, en Armenia, en Georgia también. Pero, en la época de Brezhnev, luego de Andropov, hasta de Chernenko, parecía a todos que la idea de independencia era sólo un sueño... Una expresión que utilizaron los bálticos cuando con Gorbachov la liberación del Estado soviético estaba en marcha...

En la mente de este último, un *tratado de la Unión* debía iniciar un proceso de descolonización, un proyecto que dio alas a los movimientos nacionalistas a los que despertó la instauración de elecciones libres en 1989. En efecto, cuando en esa fecha se oponían los "reformadores" y los "tradicionalistas", también llamados Narodnyi Front e Intern Front, el grito de los armenios, "Karabagh, Karabagh", señaló el resurgimiento de las aspiraciones etnonacionalistas que se habían considerado apagadas o superadas...

Desde entonces, se desencadenó la ola nacionalista de una punta del Imperio soviético a la otra, y Gorbachov se encontró en la posi-

ción, clásica, del jefe de Estado que, para perpetuar y mantener la cohesión del conjunto, hace concesiones a los más combativos... Para impedir un golpe de Estado conservador, Gorbachov hizo como De Gaulle, que había confiado el ejército a Salan, o Kerenski, que lo había confiado a Kornilov: llenó su gobierno de tradicionalistas para controlarlos mejor. Y fueron ellos quienes dieron el golpe de Estado.

El punto importante es que Yeltsin supo invertir la posición; su meta, desde luego, era sustituir, en calidad de presidente de Rusia, al presidente de la URSS; ahora bien, su táctica tuvo como efecto descolonizar a la URSS, hacerla desaparecer. En realidad, al proclamar la soberanía de Rusia en el seno de la URSS, luego al haber salido de ella tras haber disuelto el partido comunista, devolvía *de facto* su libertad a las diferentes repúblicas, que, a su vez, hicieron lo mismo, transformando las estructuras de la URSS en una concha vacía, y conduciendo así a su presidente a la dimisión. Rusia llamó entonces a las repúblicas independientes a asociarse a ella, lo que hicieron, mas no todas. Así nació la CEI, sin Georgia (que se unió a ella en 1993), sin las repúblicas bálticas. Simultáneamente, en el seno de la Federación de Rusia, el movimiento lanzado de esta manera provocaba que ciertas Repúblicas -tártaros, chechenos, etc.- revisaran sus lazos con Moscú.

Pero, en conjunto, el movimiento "centrífugo" partió del centro, un fenómeno del todo inédito en la historia.

Así trastornada por una especie de sismo, la URSS se fracturó, pero, a partir de 1993, se percibe que las paredes de esas fisuras se cierran y que se renueva cierto número de los antiguos lazos.

Después del golpe de Estado conservador de 1991 y de su fracaso -el término *putsch* no conviene ya que la conjura emanaba de los dirigentes civiles o militares que encarnaban al régimen y dirigían su aparato-, la situación en la CEI y los demás estados de la ex URSS no deja de plantear preguntas, pues se comprueba que, después de la fragmentación de la URSS y de la descomposición o la desaparición del partido comunista que soldaba su planificación, sobreviven características comunes de la antigua unidad en la medida en que ninguna de las repúblicas actuales evita ciertos fenómenos generales como la descomposición del dispositivo económico que afecta hasta a los países bálticos; la permanencia del personal político, del 30% al 90% de sus miembros según si se está cerca o lejos de Moscú -y es esto lo que hace la diferencia con la mayoría de las ex democracias populares; la supervivencia de las redes de los poderes y de las connivencias intra

DIVISIONES ADMINISTRATIVAS Y NACIONALIDADES EN LA UNIÓN SOVIÉTICA, 1944-1987

REPÚBLICAS FEDERATIVAS

—— Frontera ● Capital

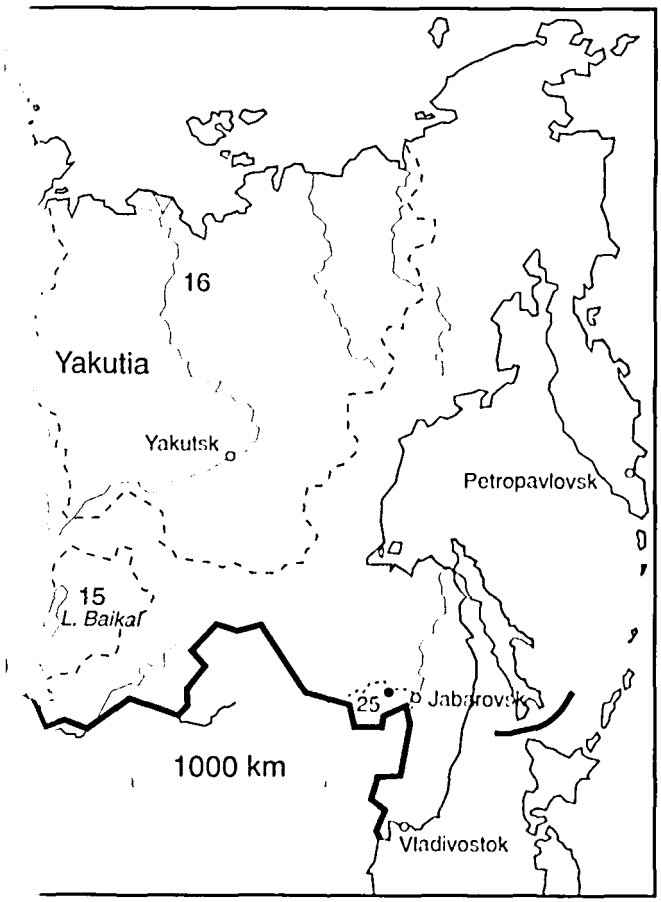
I. RSFS Rusa (Moscú)
II. Ucrania (Kiev)
III. Bielorrusia (Minsk)
IV. Uzbekistán (Tashkent)
V. Kazajstán (Alma-Ata)
VI. Georgia (Tiflis)
VII. Azerbaiyán (Bakú)
VIII. Lituania (Vilna)
IX. Moldavia (Kishinev)
X. Letonia (Riga)
XI. Kirguistán (Bishkek)
XII. Tayikistán (Dushambé)
XIII. Armenia (Ereván)
XIV. Turkmenistán (Achkabad)
XV. Estonia (Tallin)

REPÚBLICAS AUTÓNOMAS

------- Límite ○ Capital

1. Cabardinos (Nalchik)
2. Osetianos del Norte (Ordjonikidze)
3. Chechenos e inguches (Grozni)
4. De Daguestán (Makhatchkala)
5. Kalmucos (Elista)
6. Mordvos (Saransk)
7. Chuvaches (Cheboksari)
8. Tártaros (Kazán)
9. Mariis (Yojkar-Ola)
10. Bachkires (Ufa)
11. Udmurtos (Ijevsk)
12. De Carelia (Petrozavodsk)

FUENTE: Tomado del Atlas Hachette, *Histoire de l'humanité*, Hachette, 1992.



13. Komis (Syktyvkar)
14. De Tuva (Kyzil)
15. Buriatos (Ulan Udé)
16. De Yakutia (Yakutsk)

En Georgia
17. De Abjasia (Sujumi)
18. De Adjaria (Batum)

En Azerbaiyan
19. De Najichevan (Najichevan)

En Uzbekistan
20. Karapalkas (Nukus)

REGIONES AUTÓNOMAS
Límite ● Capital

En RSFSR
21. Adigueanos ((Maikop)
22. Cherkesos (Cherkesas)
23. Alto Altai (Gorno Altaisk)
24. Jakases (Abakán)
25. Judíos (Birobidján)

En Georgia
26. Osetianos del Sur (Tchkhivali)

En Azerbaiyan
27. Del Alto Karabaj (Stepanakert)

En Tadjikistan
28. Del Alto Badajchán (Khorog)

o transrepublicanos. En el fondo, son los conflictos entre etnias en Moldavia, en el Cáucaso, en los países bálticos, en Asia Central, los que crean situaciones específicas. Éstas son consideradas peligrosas, en Moscú, hasta el punto en que la repatriación del ejército ruso a la República de Rusia se vuelve una exigencia prioritaria –cuando en 1992 todavía Moscú multiplicaba las razones para demorar esa repatriación desde las diferentes democracias populares, a fin de perpetuar el mito de una presencia militar en Europa Oriental. La misma medida podría ser tomada en las Kuriles.

En la República de Rusia, tras la lucha de poderes entre Boris Yeltsin y el Parlamento, otros conflictos rebasan a menudo las fronteras de los estados originados en la ex URSS. Tienen como efecto, aquí fortalecer el repliegue de identidad, allá neutralizarlo. Esto obedece a diversas circunstancias. a menudo paradójicas, y que hay que inventariar para medir sus efectos.

Aquí, contrariamente a la costumbre, y para que se comprenda mejor su mecánica, partiremos de la periferia para dirigirnos hacia el centro.

Primera proposición: Las repúblicas musulmanas se gobernaban a sí mismas antes de la proclamación de su independencia. Con ello, queremos decir que, en general, desde la llegada de Gorbachov al poder, los dirigentes de Uzbekistán eran uzbekos, los de Azerbaiyán, azerbaiyanos, etc. En el momento de las masacres de armenios, hace algunos años, Gorbachov se sorprendía de que las fuerzas de seguridad no hayan intervenido para ponerles fin; se le contestó que "era inconcebible que los azerbaiyanos dispararan sobre azerbaiyanos para proteger armenios"; más que "soviéticas", las fuerzas de seguridad de Azerbaiyán eran "azerbaiyanos". Otro ejemplo: bastó que Gorbachov desplazara en Alma-Ata, en el Kasajstán, a un opositor a la perestroika para que estallaran motines; el primer secretario no había sabido observar que ese opositor era kasaj, y ruso su remplazante. Dicho de otra manera, las repúblicas lograban cada vez más su autonomía, lo que sucedía, también, en Armenia, en Georgia.

Segunda proposición. Para las repúblicas musulmanas, la independencia no necesariamente significaba voluntad separatista. No la tenían forzosamente considerada, como Túnez y Marruecos, por ejemplo, que, durante los años cincuenta, manejaban con París las etapas de su separación. En Asia Central, por el contrario, había que vérselas con una especie de *separatismo invertido*, en el sentido de que los dirigentes de las repúblicas se esforzaban en tener poder *sobre* las instituciones

centrales de la ex URSS. Así, Pavlov, ministro de Finanzas –uno de los participantes en el golpe de Estado–, tenía lazos estrechos con el aparato de Estado uzbeko y su mafia.

En estas condiciones, no es sorprendente que, durante el conflicto entre Gorbachov y Yeltsin, el año anterior al golpe de Estado, los dirigentes de las repúblicas hayan estado del lado de Gorbachov, que deseaba preservar la Unión, y en contra de Yeltsin pues, con la proclamación de la soberanía de Rusia, iniciaba un proceso que llevaría al separatismo de cada república; y esto arruinaría las ventajas que estas repúblicas endosaban al centro. No es sorprendente que, en conjunto, se situaran del lado de los "putschistas", por lo menos sus aparatos.

Tercera proposición: Percibida en Rusia como una apertura hacia la libertad, la perestroika fue sentida en las repúblicas musulmanas como un peligro para el porvenir de las relaciones sociales tradicionales que el comunismo había, en cierta manera, perpetuado –siendo el presidente del Soviet a menudo un antiguo kan, etc. Además, con la glasnost, Moscú "uzbekistanizaba" los tráficos mafiosos –so pretexto de que se cultivaba la amapola en Uzbekistán, y todo el Islam era señalado con el dedo en cuanto reivindicaba mezquitas–, mientras que el poder central coqueteaba abiertamente con la Iglesia ortodoxa. Toda reivindicación en región del Islam era considerada indicio de una posible sumisión a Teherán. Este comportamiento de los rusos tuvo como efecto desarrollar un movimiento político islamista y todo tipo de variantes de un Islam político, cuyas variedades fortalecieron la identidad de cada república con respecto a su vecina: desde el integrismo chiíta que domina el Tayikistán, hasta el Islam casi laico de Azerbaiyán, pasando por variantes, sunnitas o no. Este fenómeno de fortalecimiento de la identidad de cada república va al mismo tiempo en contra de la reunificación del "Turquestán", y en contra de la absorción del conjunto islámico por parte de los grandes vecinos, Turquía, Irán o Pakistán. Agreguemos que el *tempo* de la Revolución islámica en Irán o en otras partes y el de la crisis de las repúblicas soviéticas no coincidieron. Sin duda, es lo que impidió la desviación irreversible del Islam soviético hacia esos tres países.

Cuarta proposición. En efecto, las repúblicas del contorno meridional se encuentran en una situación poscolonial, en el sentido de que la retirada de los rusos precedió la proclamación de la independencia; este éxodo prosigue, pero sin dramas excesivos, lo que en otras circunstancias hubiera sido llamado *descolonización lograda.* Entonces,

ciertas repúblicas conservan a "sus" rusos y recurren a nuevos "colaboradores" rusos. Sólo en Kazajstán la situación es diferente, porque en esa república, en la que los rusos son tan numerosos como los kazakos, las responsabilidades son compartidas, en todos los niveles, lo que origina conflictos permanentes entre etnias.

A la inversa, en ciertas repúblicas vueltas a la independencia, sobre todo en el Cáucaso, los conflictos étnicos renacen, tan violentos como antes de la era rusa, luego soviética, entre armenios y turcos-azerbaiyanos, georgianos y abjases. Se encuentran entonces en una situación pre y no poscolonial, con los rusos desempeñando de nuevo el papel de árbitros en los conflictos que estallan en sus fronteras.

Quinta proposición. Las observaciones hechas acerca de las repúblicas musulmanas, o caucásicas, adquieren un significado particular si se considera que en Siberia *rusa* existen fenómenos de la misma naturaleza. En el Congreso siberiano que se reunió en Krasnoiarsk en la primavera de 1992, un delegado declaró "que no es de Rusia de la que nos separaremos, sino de su gobierno"; otro argumentó que el congreso era considerado un medio de presión *sobre* Moscú. Estos dos rasgos son característicos: por una parte, los jefes de la administración, representantes de Moscú, estaban ausentes del Congreso –indicio de un creciente conflicto entre el poder central y las instituciones representativas– y sobre todo, es por temor de ser asociados a los "separatistas" por lo que las repúblicas *nacionales* de Siberia (repúblicas de Tuva, Yakutia-Saja, Buriato, etc.) explicaron y justificaron su ausencia. Los evenkes hacen valer que aspiraban a pasar de la autonomía territorial a la autonomía nacional, pero en un marco ruso, no siberiano.

Confrontadas con la segunda proposición, estas circunstancias ponen claramente de manifiesto que, en la intención de las reivindicaciones emitidas, el problema nacional no es necesariamente un componente étnico y no se resuelve por medio de un segunda intención siempre separatista. Entre los bálticos, la voluntad separatista fue el motor esencial de los lituanos, por ejemplo; aun si, a principios de la perestroika, los estonios, no obstante ser violentamente antirrusos, no se atrevían a formularla con demasiada rapidez y en forma global, esa voluntad separatista predominó en todos los bálticos, los georgianos, los ucranianos, hasta en los armenios, etc. –en pocas palabras, en los cristianos–, mientras que en otras partes el rasgo es menos claro. Por otro lado, en el seno de Rusia, la República de los tártaros se pretende soberana, es decir, que sus dirigentes, tártaros o rusos, quieren poder disponer de sus recursos a su antojo; y en Siberia la misma reivin-

dicación mana al mismo tiempo de los rusos y de los iakutes o de los buratos.

Así pues, en el seno de la CEI, el problema de la hostilidad a la concentración de los poderes y el problema del centralismo en el nivel de las decisiones constituyen el parámetro común de todas las situaciones llamadas nacionales o coloniales; hoy día, en cierta manera, se vuelve a descubrir el viejo antagonismo que siempre existió entre el poder central, por una parte, con su administración, confundidos ambos en la época del partido comunista, y, por la otra, los órganos representativos, ya sea que se trate de los zemstvos anteriores a 1917, o de los soviets, después. Ahora bien, ni los zemstvos, ni los soviets, pudieron jamás rebasar las capacidades de una administración local reducida, sin importar la competencia de los representantes elegidos (zemstvos), o su verdadera representatividad (soviets). Como sabemos, la historia de la URSS puede explicarse, desde 1917, por una absorción de los poderes de abajo, expresión de la democracia directa, por el poder de arriba, portavoz y adepto del centralismo democrático. En 1988, Gorbachov quiso regenerar los soviets, es decir, restituir al cuerpo representativo sus derechos y capacidades. En 1993-1994, Yeltsin los suprimió. ¿Qué significa esta contradicción?

El verdadero problema es que arriba, al igual que abajo, se ignora la repartición de los poderes. Así, Yeltsin empezó a designar representantes del presidente en los territorios y regiones –o *namestnik*, el emisario–, y el gobernador, nombrado también, emana de Moscú. De tal manera que todavía no existe realmente una administración local autónoma. Sobtchak, alcalde de San Petersburgo, no duda en decir que estos soviets son inútiles por impotentes. "De hecho, su única capacidad reside en torpedear las decisiones." Para esquematizar, se puede decir que en 1917, los soviets locales estaban compuestos por iletrados o incultos, pero que los representantes elegidos tenían todo el poder; hoy día, están compuestos por gente instruida y competente, pero sin capacidad jurídica o de otro tipo, salvo la de *oponerse* al poder.

Así, la base elegida sueña con poder legislar, ejecutar, juzgar –ignorando, también, la repartición de los poderes–; y, ante su impotencia, el centro legisla y ejecuta también... Los problemas de identidad constituyen sólo una *variable móvil* del problema del poder. Es nuestra *sexta proposición*.

El problema del conflicto entre el poder central y el poder representativo en la base –ayer, los soviets, mañana, otro– oculta entonces muchos otros problemas –a menos que en las instancias locales se re-

conozcan verdaderos poderes de ejecución. Ahora bien, hoy día el sistema de los poderes locales –es decir, aquel cuya composición cambió menos desde la perestroika y el golpe de Estado– constituye la espina dorsal de la oposición y del separatismo basado en la identidad, de la oposición a las reformas. Los presidentes de los ex soviets de región vienen, en un 80%, del aparato del Partido. Después de la pugna de intereses, sangrienta, entre Yeltsin y el Parlamento, podrían ser eliminados (septiembre de 1993).

Extraño recorrido... La nomenklatura intenta tomar su revancha por el canal del poder representativo en nombre de los intereses de los ciudadanos en su región, suscitando un reflejo de identidad, y, aquí o allá, un nacionalismo anticentralista; de ahí las concesiones que Yeltsin debe hacer a los adversarios del mercado –que ayer intentaban derrocar a Gorbachov– practicando poco a poco la misma política zigzagueante que su rival derrocado –y predecesor.

Estas proposiciones muestran claramente que el repliegue a la identidad, o el nacimiento de una nación, vinculados muy a menudo con consideraciones étnicas o etno-lingüísticas, o también religiosas, pueden muy bien estar asociados a consideraciones de orden propiamente gubernamental, o político, o ideológico –cruzadas o no con las anteriores. En Chechenia y en Omsk, en Murmansk o en Kubán, el proceso de autonomía mezcla todas las circunstancias, independientemente de la naturaleza étnica de las poblaciones implicadas.

Lo que tendería a demostrar que una nación es una formación a la vez permanente... y transitoria.

XI. EL CHOQUE DE FRENTE DE LA DESCOLONIZACIÓN

Estos pueblos liberados se imaginaban que "de las ruinas surgiría un nuevo orden", y que cesaría la inestabilidad originada en aquellas luchas de liberación. Ahora bien, "la violencia de los soldados y oficiales, héroes de la victoria, su orgullo, su apetito de poder, resultaron en una militarización del poder de la que fueron víctimas las clases urbanizadas [...]". "Aun si ese movimiento dio como resultado una relativa democratización del sistema político implantado [...], las desigualdades de ayer dieron lugar a otras, asegurando la promoción de algunos [...]." En total, los regímenes que se instituyeron fueron tales "que desacreditaron a quienes habían sido los portavoces de un cambio, las élites y las clases medias urbanas, en el comienzo de esta toma de conciencia que condujo a la independencia".

Este diagnóstico parece tomado directamente de la obra de René Dumont, *L'Afrique noire est mal partie* (1962). Mas no es así. Da cuenta de la situación, un siglo antes, en América "Latina", inmediatamente después de las guerras de independencia, y su autor es el historiador argentino Tulio Halperín-Donghi. Se observa entonces que la independencia-colono y los movimientos de liberación de los pueblos colonizados pudieron llegar a efectos similares, por lo menos *a corto plazo*. De hecho, algunos de estos rasgos se observan asimismo en muchos otros países además de los del África negra, independientes desde mediados del siglo XX.

Una de las razones de esta similitud es que los movimientos de independencia de los siglos XIX y XX pudieron al mismo tiempo ser rebasados por una supervivencia desviada de las relaciones precoloniales y chocar de frente con un movimiento más amplio, que no dejó de fortalecerse...

Algunos rasgos de una historia precolonial resurgen, modificados sin embargo por la presencia de la colonización. Se los observó en el Alto Perú, en donde renacen conflictos anteriores a la conquista, y que ésta, en cierta manera, "conservó"; en Indochina también, donde Vietnam, apenas libre, quiso volver a poner la mano sobre Laos y Camboya. Se los observa también en el Cáucaso, donde sobrevivieron a la conquista rusa y soviética. Se podrían multiplicar los ejemplos, en Sudáfrica o en África Central sobre todo.

A menudo, algunos antiguos conflictos se exacerbaron debido al establecimiento de fronteras que se sobreponen a antiguos sistemas de relaciones, en el conjunto del África negra en particular.

Pero más significativo aún es el resurgimiento de situaciones que la época colonial contribuyó a modificar, a agravar, cuando pudo parecer que aquellos conflictos ancestrales habían quedado para siempre anestesiados. Los estudios etnohistóricos de Jean-Pierre Chrétien presentan buenos ejemplos de ello en Burundi y Ruanda, en donde las sangrientas luchas entre hutú y tutsí prosiguieron a partir de 1972. La discrepancia obedece a una diferenciación de los clanes anterior a Europa; pero la expresión sanguinaria de una oposición entre estos grupos y categorías no se manifestó más que durante los años de 1950 y 1960. "El aumento de poder del mapa étnico en la constitución de las clientelas políticas desembocó en un encadenamiento de discriminaciones, de violencias y de temores al parecer incontrolable. Entre estos dos momentos, el de la vivencia arcaica de una diferencia, y del de un conflicto con forma racial, se sitúa el episodio colonial."

DE LA HEGEMONÍA EUROPEA A LA HEGEMONÍA NORTEAMERICANA

En el siglo XIX, el movimiento más amplio es la revolución industrial, de la que Gran Bretaña es la fuerza motora. Este país toma sin esfuerzo el lugar de España y de Portugal en Sudamérica, tanto para dar salida a sus productos industriales como para controlar allí los circuitos comerciales. Los nuevos estados se endeudan para adquirir las maravillas de la producción británica y los ingleses se contentan con hacer negocios. Así se elaboraba una especie de nuevo pacto colonial, que asociaba los intereses de los industriales europeos con las clases dirigentes locales, pero pronto los primeros controlaban una parte de la economía del país. Gran Bretaña domina en Perú y también en Argentina, los capitalistas alemanes se apoderan del comercio del café en Guatemala; en Cuba, las compañías norteamericanas toman posesión de las tierras azucareras. Pronto, las tierras bajas de Centroamérica son invadidas a su vez: el imperio platanero, controlado por Boston, está naciendo. En Haití y en Santo Domingo, en donde el ingreso principal del Estado viene de las aduanas, el prestamista estadunidense recupera su dinero asegurándose su control.

Se vuelve a encontrar entre 1870 y 1910 la situación que prevalecía en Egipto o en Túnez, y procedimientos similares.

La "crisis venezolana", en 1902, marca la transición, en América, de la hegemonía europea a la de Estados Unidos. Teodoro Roosevelt dirige la cruzada, armada, en contra de los deudores, en nombre de todos los acreedores de Venezuela. Contemporánea de la expedición en contra de los bóxers, dirigida por Guillermo II, esta intervención se lleva a cabo en nombre de la doctrina Monroe –pero sobre todo se apoya, al igual que la otra, en principios morales. Pues Estados Unidos procede de manera diferente a los europeos.

En América "Latina", los ingleses no habían dado ningún carácter moral o ideológico a su empresa económica. Desde luego, en África o en otras partes, pretendían actuar en nombre de la civilización, mas no en América "Latina", donde hacían *business, as usual*, y se contentaban con ventajas concretas. Tulio Halperín-Donghi observó claramente que los norteamericanos, por el contrario, pretenden exportar su puritanismo de origen, esa exigencia de virtud política que es la fuente de su independencia, de su revolución. Los yanquis desearían llevar a los sudamericanos a una "sana" gestión de sus negocios; ahora bien, lo que parece ser para los latinoamericanos un ardid hipócrita para controlar su presupuesto, su país, es en realidad más que una táctica: es una verdadera estrategia.

En efecto, sirviendo para justificar ventajas materiales muy evidentes. el moralismo pedagógico tiene como fin perpetuar una relación de dominio. El amo siempre sigue siendo el amo.

En nombre de los principios, de la política del *big stick* –del garrote–, de la doctrina Monroe, Teodoro Roosevelt había "liberado" a Cuba (y a las Filipinas) del dominio español. En nombre de su "seguridad", en lo sucesivo los estadunidenses controlan Centroamérica y Panamá, una política que perdura a todo lo largo del siglo XX: intervención militar en Haití en 1915, en Guatemala inmediatamente después de la segunda guerra mundial, ayuda en el desembarco de la bahía de Cochinos en contra de la acción de Castro en Cuba, múltiples injerencias en la política de los pequeños estados del imperio platanero durante los años sesenta y setenta del siglo XX, y luego, contra la revolución sandinista en Nicaragua. Noam Chomsky ha demostrado que existe una correlación entre la importancia de los créditos otorgados por el Departamento de Estado, o la CIA, a los gobiernos latinoamericanos y los crímenes cometidos en esos países contra los derechos humanos, sobre todo desde 1976, cuando, de nuevo, América Latina abrió sus puertas a las inver-

siones extranjeras, sobre todo norteamericanas. Esta ayuda, directa o indirecta, siempre se llevó a cabo en nombre de la lucha "por la democracia", en contra de la "subversión", y conforme a los principios del rigor moral que pretende encarnar la política estadunidense...

En realidad, esta práctica de Estados Unidos no se limitó a los estados de la América hispánica. Incluyó también, después de las independencias de los años de 1960, estados bajo vigilancia, a los que había que mantener alejados del comunismo, como Indonesia, Corea del Sur... En Vietnam, fue el origen de una de las guerras más crueles de la historia. Al no poder lanzar una bomba A sobre un aliado de la URSS, y empujado por la opinión pública, Richard Nixon decidió retirarse (1973).

En cuando a la "ayuda" que acompañó a esta política, tuvo por efecto enriquecer a los más ricos dirigentes de los países más pobres; y empobrecer a los más pobres habitantes de esos países.

DE LAS RELACIONES POSCOLONIALES AL IMPERIALISMO MULTINACIONAL

En el mundo afroasiático independiente de los años de 1950 y 1960, ¿hay que hablar de neocolonialismo, o de neoimperialismo? De los dos al mismo tiempo, tal vez, según el caso...

Al igual que en Latinoamérica, a partir del siglo XIX, África negra enfrentó una especie de colonización de clase. En 1961, un alcalde decía al primer ministro de Camerún, Assalé, que "la masa tenía la sensación de que la soberanía nacional había creado una clase de privilegiados que se separaba de ella" (citado en R. Dumont, *L'Afrique noire est mal partie*). Es exactamente lo que dicen los argelinos en 1993, con la diferencia de que en Argelia estas élites –que sustituyeron a los colonos– no gobiernan el país que, tanto para ellas como para las masas, está en manos de los militares y del Estado-FLN. "Así no hemos dejado de estar ocupados..."

En África negra, se ha podido escribir, la principal industria es la administración: absorbía el 64% del presupuesto de Dahomey en 1970. En Gabón, había un diputado por cada 6 mil habitantes, contra uno por 100 mil en Francia; toda una vida de trabajo no vale dos meses de sueldo de un parlamentario. Se multiplicarían los ejemplos de esta decadencia con respecto a las esperanzas nacidas de la liberación... Se sumó, en otros países, la miseria originada en los gastos de armamento que, en Irak por ejemplo, impidieron al Estado ayudar a mejorar el ni-

vel de vida de las poblaciones; pero el caso de Irak no es más que un ejemplo; los gastos militares contribuyeron a este desplome del nivel de vida de poblaciones enteras. Ahora bien, las metrópolis de origen participaron mucho en este estado de hecho en beneficio de sus propias industrias –las de Francia y de Gran Bretaña– que vivieron sus "treinta gloriosos años" después de la descolonización. Ésta es en efecto la primera forma que adquirió el neocolonialismo, perpetuando los lazos privilegiados entre Europa y sus antiguas colonias; la segunda forma fue la colusión que pudo instituirse entre los nuevos dirigentes de las colonias y los medios políticos o financieros de las metrópolis.

Mongo Beti ha tratado de comprender de qué manera esta corrupción logra que sus efectos lleguen hasta su pueblo, en el corazón de Camerún, "completamente damnificado"... ¿Es sólo culpa de los africanos –pregunta–... Viejo problema o falso problema? A menos que se haya tratado de los efectos de esos acuerdos con todos los requisitos que garantizaban a Francia o a Gran Bretaña ciertas ventajas o monopolios –petróleo del Sahara, por ejemplo–, mientras las antiguas colonias adquirían demasiados tractores o incrementaban su producción de café, en lugar de desarrollar sus cultivos alimentarios. Se asistía aquí a la supervivencia de una especie de pacto colonial.

Por último, efecto perverso de la época colonial, la adopción del principio de intangibilidad de las fronteras instituidas en el pasado es el origen de conflictos trágicos, después de la independencia, sobre todo en África negra –Nigeria, Chad, Camerún, etcétera.

Un aspecto inverso de este tipo de relaciones heredadas del pasado fue el recurso, por parte de las metrópolis, del *ejército industrial de reserva de los países del Tercer Mundo.* La importación de trabajadores inmigrados, que se había iniciado durante los años treinta del siglo XX, tuvo un auge fantástico en el momento de la descolonización, durante los años sesenta. Desde que fue aparente, sobre todo en Francia, que el poder del movimiento reivindicativo de los trabajadores metropolitanos volvía aleatorios los éxitos del empresariado y el mantenimiento de la tasa de ganancia, y que se observó la reticencia cada vez mayor de los franceses a aceptar las faenas engorrosas, los gobiernos de la época de De Gaulle-Pompidou permitieron la afluencia de una creciente masa de inmigrados, al principio jóvenes y solteros, y por consiguiente, poco onerosa de manejar. La afluencia de estos trabajadores permitió relajar la situación en el mercado y volver a crear un ejército industrial de reserva más fluido que la mano de obra nacional. Al principio de los años de 1970, los obreros calificados estaban compuestos por el

23.1% de tunecinos, 18% de marroquíes, 15.9% de argelinos, 9.5% de negros de la antigua África francesa (citado en P. Souyri, *La dynamique du capitalisme au XXe siècle*, p. 226). Se crea entonces una *situación de tipo colonial en la metrópoli misma* en la que los franceses se reservan el lugar de los ejecutivos, trabajadores de cuello blanco, etc. Ahora bien, poco a poco, con el arraigo de los inmigrados procedentes de los territorios de ultramar, se constituyeron familias, crecieron, se multiplicaron –lo que agravó el presupuesto nacional, cuando al principio la presencia de ese proletariado no presentaba más que ventajas financieras.

Este efecto de reciprocidad de la colonización se observa en Gran Bretaña, donde los paquistaníes y los indios, así como los inmigrados del Caribe, sustituyeron también al proletariado inglés en cierto número de sectores de la producción –sobre todo los ferrocarriles–, pero donde las élites entraron al cuerpo médico y a otros servicios del Welfare State. Se observa asimismo en la República de Rusia, donde los coreanos ocupan los puestos subalternos en la provincia del Extremo Oriente soviético, constituyendo a menudo una especie de subproletariado clandestino desprovisto de derechos.

El poscolonialismo y el neoimperialismo mezclaron sus efectos con el incremento de la hegemonía estadunidense cuando, inmediatamente después de la segunda guerra mundial y en el momento de la descolonización, los norteamericanos sustituyeron a los europeos en las zonas periféricas de su antiguo dominio: Arabia Saudita, Irán, el Caribe. Simultáneamente, los nuevos estados independientes intentaban volverse los amos, en el campo económico, de las riquezas de su suelo y de su subsuelo controladas todavía por los trusts; y entonces la subsecuente política de nacionalización multiplicó conflictos que, por contragolpe, sacudieron la economía mundial –por ejemplo, en el momento de la crisis petrolera en 1973.

Al no poder ya importar del Tercer Mundo una mano de obra en lo sucesivo "inoportuna", los dirigentes de la economía occidental transfirieron parte de sus actividades a los *reservorios humanos de la periferia.* Debido a los elevados sueldos imperantes en sus países, los norteamericanos dieron el ejemplo al construir un creciente número de fábricas en las antiguas colonias –Filipinas, Singapur–, también en Corea del Sur, México, Nigeria. Los japoneses fueron los primeros en imitarlos, en Taiwán, Hong Kong, Singapur; luego los alemanes, sobre todo en Latinoamérica, y por último, los franceses y los ingleses. Poco a poco, los países ex colonizadores sacan provecho indirectamente del trabajo de este proletariado de la periferia, de esta deslocaliza-

ción, volviéndose improductiva o parasitaria una parte creciente de la población activa de los países desarrollados.

Pero ahí surge la diferencia entre los estados africanos que casi no sacaron ventaja, por un lado, y, por el otro, algunos países latinoamericanos o asiáticos que, por el contrario, supieron obligar a los inversionistas a ceder un porcentaje cada vez mayor de sus beneficios a los gobiernos y a las clases dirigentes locales. Ellos han sabido, a tiempo, incorporarse a los procesos de la mundialización de la economía, ser de los que cobran, e incluso, en Singapur, o Taiwán, participar en su gestión al mismo nivel que las grandes potencias económicas. Hoy día, Malasia importa trabajadores extranjeros...

De manera que la diferenciación que se llevó a cabo entre esta y aquella antigua colonia desde su independencia, así como los problemas que heredaron las metrópolis, no podrían explicarse sólo por medio de las relaciones bilaterales, neocoloniales, o por el neoimperialismo, sino por fenómenos más generales, que, como la industrialización en el siglo XIX, chocaron de frente con la descolonización.

"La esencia del neocolonialismo –escribía Nkrumah–, ya en 1965, obedece a que un Estado que es independiente en teoría y está dotado de todos los atributos de la soberanía, tiene, en realidad, su política dirigida desde el exterior"; este juicio constituye su primera definición por parte de un jefe de Estado soberano, que supo percibir que, a partir de cierta fase, a las potencias ex imperialistas ya no les interesaba controlar "desde adentro" las antiguas colonias, sino "ayudarlas" a desarrollarse, y sustituir una presencia visible por un gobierno invisible, el de los grandes bancos –Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, etc. Más que neocolonialismo, aquí se trataría de neoimperialismo. Aunque con la mundialización de la economía, la utilización de este término ya no sea adecuada. En cuanto a la expresión "imperialismo de las multinacionales", ya no da cuenta de la interferencia de estos intereses con los de los estados. ¿No vale más hablar de un "*imperialismo multinacional*"?

ASPECTOS Y EFECTOS DE LA UNIFICACIÓN DEL MUNDO

Uno de los rasgos dominantes de la colonización había sido dar marcha al proceso de unificación del mundo y, en el marco de esta dinámica, haber incrementado las diferencias entre los países colonizado-

res y los demás. En el momento de la descolonización, Josué de Castro diagnosticó el rasgo, en 1967, para los términos del intercambio. Veinticinco años después, Paul Bairoch lo confirmó.[1]

A decir verdad, esta incorporación fue también una mecánica de uniformidad, pero ésta no funcionó necesariamente en el momento del encuentro entre civilizaciones. Ciertamente, así sucedió en las Américas, en México y en Perú sobre todo –aun si toda una parte de las poblaciones la evadió. Pero en África, el proceso de integración fue mucho más tardío, aunque los dispositivos de la anexión hayan sido implantados desde los siglos XVI-XVIII: no se volvió efectivo más que después de los años de 1880, más bien hacia 1900-1930, y verdaderamente soportable después de la "segunda" colonización, la de los años cincuenta –una evolución que se observa tanto en Angola como en África Oriental. En la India, el proceso de unificación económica del mundo no llega al interior del país más que durante el primer tercio del siglo XX, a partir de las ciudades construidas en el litoral, y toda una parte de la sociedad hubo de superar el desafío del incremento de las diferencias. Este proceso de uniformización –cultural, incluso política– enfrentó en la India resistencias muy fuertes, como lo hace hoy día en una parte del mundo islámico.

Pero es el Extremo Oriente el que respondió al reto de la colonización y del imperialismo de la manera más original: al ir más allá de sus preceptos, al mismo tiempo que conservaba algunas de las formas de su propia modernidad, que no es necesariamente de tipo occidental. En cuando a la encrucijada javanesa, ya había instituido, antes de la llegada de Europa, una especie de "sistema multinacional".

El estatuto de las lenguas, su evolución, son reveladores. Comparemos. Primera etapa: en la colonia, el francés, el inglés o el español no aprenden la lengua indígena más que para mandar mejor. Segunda etapa: dudan en enseñar a los indígenas la cultura metropolitana para no correr el riesgo de despertarlos demasiado. Tercera etapa: los anglosajones, los franceses y los rusos, y sobre todo los soviéticos, desarrollan la enseñanza de su propia lengua para perpetuar su ventaja técnica, económica, política o cultural. A finales del siglo XX, una nueva etapa: son los norteamericanos quienes, a su vez, deben aprender la lengua japonesa para no verse excluidos de las filiales que la industria nipona instaló en Estados Unidos...

[1] En 1954, se compraba un jeep con 14 sacos de café; en 1962, se necesitaban 39. ¿Y hoy día?

Mientras que en el siglo XVI existían varias economías-mundo –China, Occidente, el mundo islamo-turco–, la unificación se ha llevado a cabo de manera irreversible y, hoy día, ya casi no existe una zona endorreica externa al sistema.

Primer fenómeno: del siglo XVI al XX, la unificación del mundo se aceleró. Durante las generaciones que precedieron a la primera guerra mundial, y más rápidamente que nunca en el pasado, las distancias se acortaron; el mundo jamás había parecido tan pequeño. El comercio y la expansión europea fortalecieron los lazos entre Oriente y Occidente. Los efectos de dicha unificación eran imprevisibles. No han concernido más que a las colonias.

Así, en Europa misma, a las autoridades tradicionales y entonces claramente identificadas como el monarca, el sacerdote, la ley, el patrón, la familia, el oficial, se sumaron otras nuevas: éstas son anónimas e incontrolables; algunas, vinculadas con la expansión, que hacían subir o bajar bruscamente los precios, echaban por tierra la agricultura tradicional o también cambiaban la moda (la de los gustos alimentarios tanto como la de las telas y atuendos, y pronto la de las distracciones); cambios, puramente europeos, los progresos de la técnica anulaban inventos en cuanto acababan de aparecer o hacían desaparecer oficios viejos como el mundo.

Y todo ello en nombre del progreso, de la ciencia, de la libertad.

Ahora bien, hoy día, desde el fin de la "descolonización", estos fenómenos han llegado a los lugares más recónditos de los centros nerviosos del mundo. Las altas mesetas de los Andes, lo mismo que las de África negra, pueden enfrentar semejantes cataclismos; se ven arruinadas por esta unificación de los mercados que ignoró tanto la emancipación de los pueblos ex colonizados como la aspiración de los otros a una autonomía política o cultural: el que el amo aparente haya podido ser el colonizador, o Wall Street o Bruselas, o el curso del oro, no cambia nada.

Los efectos son comparables.

A principios del siglo, en Europa, la masa de ciudadanos era ignorante de los mecanismos que regían la economía. Se ha mantenido así hoy día, pero tiene más conciencia de los mismos. En este mundo incomprensible, cada uno intentó evadir la maldición que lo afectaba. En las ciudades y las campiñas de la Europa de fines del siglo XIX, y también de principios del XX, se observa la misma vuelta a la religión, un movimiento que encarnan en Francia Charles Péguy, en Rusia Vladimir Soloviev, otros en otros países. Pero no todos son capaces de

encontrar una ayuda en la religión; el desarrollo de la prensa de hechos diversos, en toda Europa a principios de este siglo, da testimonio de esta necesidad de evasión. Otros eligieron el alcohol, o la muerte voluntaria, y no es casualidad que Durkheim escribiera un libro acerca del suicidio en 1902.

Son los *primeros indicios de una pérdida de puntos de referencia.* Pero un enorme número reacciona de otra manera, con un sobresalto, una rebelión individual o colectiva, de tal manera que la emigración y la revolución fueron los dos fenómenos, a menudo corolarios, asociados (no se ha demostrado lo bastante) y que constituyeron una respuesta a la desgracia. Así, Rusia e Italia fueron simultáneamente la patria de Bakunin y de Malatesta, así como grandes tierras de emigración, y transmisoras de dos respuestas a la crisis de este siglo, a la guerra: el comunismo y el fascismo.

Ahora bien, desde el fin de las colonias, ¿qué vemos?

Ante la incertidumbre de nuestro tiempo y la incapacidad de los dirigentes de dominar el funcionamiento económico o social, se asiste de nuevo a un renacimiento del misticismo, a una atracción hacia lo irracional en nuestras sociedades occidentales, de lo que da testimonio el éxito de toda fe procedente de otra parte; y se observa también un recurso a la droga que garantiza la sustitución, en los más jóvenes, del alcohol de nuestros antepasados. En cuanto a los movimientos colectivos, surgen también de las mezclas de la emigración y de la rebelión, en reacción a la quiebra de la descolonización, debido a este renacimiento de un Islam integrista en el mundo árabe, turco o persa.

El segundo fenómeno, vinculado además con el primero, no sólo atañe a los individuos sino a las *naciones*, a los estados, a las etnias. A principios del siglo XX, los progresos de la concentración geográfica de las actividades industriales y el desarrollo del capitalismo determinaron fenómenos económicos *generales* que no había enfrentado la edad preindustrial. Así, la agricultura inglesa en su totalidad vio modificarse su destino debido a las leyes liberales de 1846. Posteriormente, tanto la producción cafetalera de Brasil durante el periodo entre las dos guerras como la de azúcar en Cuba después de 1959, fueron golpeadas de muerte, de repente.

Fueron subsecuentes el desplome de los precios de los productos agrícolas y de las materias primas, el alza de las tasas de interés provocada por el Banco Central de Estados Unidos, la crisis de la deuda, que desde 1982 dio lugar a una transferencia inversa de los recursos, al enviar las antiguas colonias a los países ricos más recursos financie-

ros de los que reciben. El comercio internacional raras veces empobreció a países completos, pero arruinó a las capas sociales que producían en forma tradicional; con independencia o no.

Hoy día, los países africanos se encuentran completamente arruinados por la especialización. Así primero en Europa y luego, hoy día, en un gran número de países, cada nación o cada Estado tiene la sensación de haberse rodeado de enemigos que envidian su prosperidad, su desarrollo, su existencia misma. Estos sentimientos se exacerban en cuanto una sociedad transgrede por medio de la violencia los hábitos internacionales que reglamentan su sofocación: la URSS después de 1917, Alemania después de 1933, Egipto después de Suez, Cuba en 1959, Irán durante el gobierno de Jomeini, etcétera.

Así, el sentimiento nacional se ha vuelto una de las formas de reacción colectiva de las sociedades frente a los fenómenos originados en la unificación del mundo, en primer lugar económicos; el movimiento de las nacionalidades es una de sus variantes, no sólo vinculada con la opresión religiosa o nacional. Se comprende mejor este rasgo si se asocia el patriotismo de las naciones, en el siglo XX, con la resurrección del regionalismo. El fenómeno se capta en vivo, en el Imperio ruso, desde la época zarista cuando, con la multiplicación de las líneas de ferrocarril, los colonos rusos se instalan a lo largo de dichas líneas férreas, lo que suscita movimientos de resistencia no sólo entre quienes jamás se habían considerado rusos/finlandeses, tártaros, georgianos, etc., sino también entre los ucranianos, mordvos, marii...

Podemos considerar hoy día que entre la obligación, para los ucranianos, de hablar la lengua rusa y la prohibición, para los escolares franceses, de expresarse en dialecto, no hay más que una diferencia de grado, una forma de resistencia a la centralización del estado. La resurrección del regionalismo provenzal o bretón, en 1877, la supervivencia del problema meridional en Italia, o también el problema siciliano son fenómenos de la misma naturaleza, un patriotismo, pero disociado del tiempo presente.

Ahora bien, hoy día, el fenómeno, largo tiempo enterrado, vuelve a aparecer y se extiende, no sólo en Córcega, en Valonia, en el país vasco español, en donde la existencia de la democracia impide toda coartada a la violencia, sino que se manifiesta fuera de la pequeña Europa, en aquellos países que se liberaron de la opresión colonial –o simplemente de quienes los dominaban económicamente–, en cuanto la construcción de un Estado fuerte, legitimado por las necesidades de la salvaguarda, ha vejado comunidades enteras, micronaciones o na-

ciones que vuelven a descubrir su identidad; los kurdos desde la época de Ataturk, los kabilas en Argelia, los saharauíes, por no hablar de las mil y una naciones de la India que no toleran el monopolio que ejerce, en nombre de la indianidad, el Partido del Congreso.

Así, se asiste a un movimiento centrífugo, que es la respuesta de las minorías al centralismo institucional, respuesta él mismo a la amenaza que el mundo exterior hace pesar sobre cada Estado, sobre cada comunidad.

La *uniformización institucional y burocrática* se manifestó con el desarrollo del Estado, que data, en Occidente, del siglo XVI, de la Revolución francesa o de la edad tecnocrática. Este fenómeno se tradujo en la multiplicación de los grupos sociales que han ampliado la zona del poder central, sin importar si se trató sucesivamente del clero, de los militares, de los funcionarios, de los ejecutivos, incluso de los universitarios y otros expertos. Su promoción incrementa la distancia entre el centro y la periferia, distancia social, se entiende; ésta conduce al rechazo hacia el exterior de todos aquellos que no se integraron al sistema: ya se trate de los excluidos, de todas las demás víctimas colectivas, lo mismo tierras adentro que regiones enteras y naciones proletarias, e incluso los países desarrollados desde que la burocracia se volvió supranacional. A finales del siglo XIX, el campesino de las Cévennes encontraba, por encima de las charreteras de su oficial, la figura de su antiguo amo. Hoy día, el poder ya no es el del subprefecto o del diputado, sino que pertenece a la Comisión de Bruselas. *El ciudadano, que perdió sus puntos de referencia, también perdió su recurso.* Ahora bien, este fenómeno atañe tanto a todos los estados recién nacidos como a los vueltos a aparecer desde finales de la era colonial. La occidentalización del mundo, vinculada con la colonización, culminó en una uniformización de las instituciones, desde las formas de la "democracia representativa" hasta las de la dictadura. Los mismos deslizamientos de función de observan en el África negra o en el Sureste asiático.

En las conferencias internacionales, no son las naciones "proletarias" las que tienen menos expertos, su personal político es equivalente al de los demás países: la pequeña Barbados tiene sus diputados, sus embajadores, su cortejo de antiguos ministros, etcétera.

La *unificación* cultural –tanto como la unificación material– tiende también hacia la uniformización, pero en este caso se trata a menudo de las consecuencias de lo que se llamó "el intercambio colombino" entre América y Europa: el de los productos alimentarios o de otro ti-

po, que cruzaron el Atlántico en uno u otro sentido –el pavo, el maíz, el caballo, etc.–, o pasaron de una civilización a otra –el té, el café, el tabaco...–, a menudo identificados con la nueva moda...

Observamos esta unificación en algunos otros campos... El más universal es sin duda el baile, pues en esta área, el proceso de conquista partió de las Américas negras. En su deseo muchas veces reprimido de la Venus negra, el hombre blanco acepta los bailes negros, pero acentuando su distancia. El primero fue el *lundú,* danza erótica bantú, adoptada por los mulatos y mulatas del siglo XVIII. Luego llegaron los fanáticos del tango de los negros de Buenos Aires –mestizado, no conservando más que una reminiscencia del acto sexual–, que se volvió una especie de baile nacional en Argentina antes de llegar a Europa y a Estados Unidos. Luego fue la samba brasileña, poco a poco transformada en baile blanco, al igual que la rumba, suavizada con respecto a sus orígenes africanos, etcétera.

Mientras que la música negra –con el jazz entre otros– también invadió el plantea, el arte africano tuvo un recorrido más difícil; "ídolos extraños", se decía al traer estatuillas de África en el siglo XV; esos "ídolos", "arte primitivo", se dice en el momento de la primera gran exposición, consecutiva a una misión de Pierre Savorgnan de Brazza, en 1886. Ésta recibe a más de 30 mil visitantes, pero tiene lugar en el invernadero de naranjas del Jardín de las Plantas, dependencia del Museo de Historia Natural... lo que define su condición. De nuevo en París, en el momento de la Exposición Universal de 1889, se trata, para los organizadores, de popularizar la idea colonial. Desde luego, existen coleccionistas que saben apreciar los refinamientos de este arte escultórico, pero las publicaciones que hacen referencia a las piezas son fruto esencialmente de geógrafos, etnólogos, antropólogos.

Vlaminck y Gauguin fueron, con Matisse y Apollinaire, los grandes descubridores de la escultura africana, hacia 1905. Carl Einstein publicó los primeros textos acerca de su estética, que influyó tanto en el arte moderno. La legitimación "oficial" tuvo lugar en 1912, en un artículo de *Gil Blas* sobre el "arte" negro, del que Jean Cocteau pudo escribir, en 1917, "que no se emparenta con los destellos decepcionantes de la infancia, de la locura, sino con los más nobles estilos de la civilización humana".

El punto importante es que, en lo sucesivo, la ruptura es más grave que en la época de *Salambó* de Flaubert o del orientalismo a la Loti o a la Delacroix: se cuestiona una civilización más de lo que se pretende distraer a las mentes hastiadas. La revolución va aún más lejos

cuando, con la pintura originada en la tradición vudú, la estética se basa menos en las formas que en los símbolos, y, en los lienzos, la organización del espacio corresponde a lógicas mágicas, por ejemplo en Hervé Telemaque o en Hector Hyppolite.

El reconocimiento de este arte lo hacía participar en esta unificación cultural, protegida aquí de toda desviación uniformadora. Lo mismo sucedió, posteriormente, con el cine africano que, es cierto, se sometió a la escuela técnica de Occidente (al igual que el cine indio), pero salvaguardó su identidad estética.

Otro fenómeno. Las luchas de liberación, la conquista de la independencia, no pusieron de ninguna manera fin a los diferentes procesos de unificación establecidos desde el siglo XVI. Se ha mencionado esta unificación en el campo económico, y la uniformización alcanzó asimismo la naturaleza de los régimenes políticos. Pero la anulación por lo menos parcial de los resultados esperados de estas luchas –esos estados se gobiernan, es cierto, pero ya no dominan los funcionamientos de la sociedad y de la producción– se acentuó debido a otro fenómeno que suscita reacciones: la uniformización de la información y de los medios de comunicación.

Es bien conocido en Occidente porque ocupa el primer plano de la escena. Ya sea que se trate de la prensa escrita, con Springer, Hersant, Murdoch, etc., o de la televisión, la marcha hacia la unificación parece en verdad estar en curso. El punto importante es que la información televisada se uniformiza independientemente de la acción de quienes controlan los medios de comunicación, debido al efecto mismo de los satélites, que se *sobreañade* al de la concentración. Esto da como resultado una estandarización que ya está en proceso. Así, se puede observar que de cien "temas" filmados, distribuidos por las diferentes cadenas (BBC, TF1, RAI, CBS, etc.), el número de imágenes comunes no deja de incrementarse desde hace unos diez años, mientras que disminuye la capacidad de cada cadena de producir imágenes/informaciones autónomas, salvo sobre los asuntos locales o hechos diversos. Si se enciende la televisión en Londres, en El Cairo o en Lima, en general, se ven las mismas imágenes. Así, es posible hablar de estandarización. Imaginamos la protesta de los no productores, en el Tercer Mundo, es decir los ex países colonizados en su mayoría, de todos los que no tienen derecho a la imagen, a la palabra.

Ahora bien, las radios locales y las películas en video no tienen los medios para difundir una verdadera contrainformación.

Sin embargo, existe un contraanálisis, y se hace, pero en otros ni-

veles. Sin duda una de las paradojas de nuestro tiempo es que éste sea tanto más vivo cuanto más impulsada es la estandarización.

El fenómeno se comprueba en un campo particular, el análisis histórico, que es central, porque rige la interpenetración de nuestro tiempo y salvaguarda la identidad de las naciones, de las etnias.

Es evidente que en la URSS, por ejemplo, donde por mucho tiempo la historia estuvo al servicio del poder, ya que al parecer el Partido encarnaba su sentido y su movimiento, fueron sucesivamente los opositores y los disidentes quienes elaboraron un contraanálisis de la historia de la URSS, pero en cierta manera, *de contrabando*. Esta contrahistoria tuvo poca audiencia en el país mismo porque no se apoyaba en ninguna institución que pudiera garantizar su salvaguarda. He aquí por qué, en Polonia, uno de los primeros proyectos de *Solidarnocz*, cuando la institución pensó que sobreviviría, fue volver a escribir la historia, un proceder que recordaba el de los socialistas del siglo pasado, como Mehring o Jaurès, que volvían a pensar la historia a través de la lucha de clases para enfrentar la historia oficial.

Pero son los pueblos ex colonizados, los que, antaño, dieron el ejemplo de este cuestionamiento: griotos de África negra, ulemas y marabús en tierras del Islam, presentaron a la información y a la historia dominantes una batalla acerca de los hechos a la vez que sobre el relato, y luego una batalla sobre los valores que cuestionaban los que legitimaban el dominio colonial. En Estados Unidos, los negros iniciaron este trabajo a partir de 1794... Ahora bien, hoy día, de nuevo en Estados Unidos, los indios hacen lo mismo, al igual que los catalanes en España, los occitanos en Francia, o las ligas de mujeres un poco en todas partes.

Durante mucho tiempo, la tradición oral, y luego la película, fueron las formas más operativas de la difusión de esta contrainformación. Durante los años sesenta, tanto en el Magreb como en la América andina (sobre todo en Colombia), la radio de transistores desempeñó este papel de contramedios de información frente a la radio con la que estaba equipada sólo la gente privilegiada de las ciudades, los colonizadores. Hoy día, en video, basta con citar obras como *Documento sobre el trabajo forzoso en la URSS* (Letonia, 1976), *The Black Hills Are not for Sale* (Chicano US, 1974), *Un jour de grève aux usines Wonder* (Francia, 1968) para que se comprenda con claridad que cada sociedad origina su propia contrahistoria frente a la uniformización del conocimiento histórico. En el cine, se podrían multiplicar los ejemplos, desde *Ceddo*, que estigmatiza al Islam dominador en Senegal (y

poseedor del saber y del poder) hasta *Túpac Amaru*, en Perú, que da el punto de vista inca sobre la conquista española.

Todo sucede como si la marcha hacia la uniformización ocultara ella misma la fragmentación de las visiones del mundo por medio de un rodeo etnocéntrico del que los pueblos colonizados fueron los agentes precursores. Lo atestigua actualmente el auge del fenómeno en el Cáucaso y en los Balcanes.

El *último fenómeno* que marca la era poscolonial es sin duda que con el cuestionamiento del "progreso" de la historia, de las legitimaciones de la colonización, queda correlativamente dañada la fe en el porvenir de la ciencia que existía en el siglo XIX...

Más que la ciencia, en verdad, fueron sus aplicaciones las que fascinaron a la opinión pública: ferrocarril, telégrafo, vacunas, etc. Habían seducido a la India, a Japón. Ahora bien, en Europa, tras estos inventos, se volvía siempre a las matemáticas, de tal manera que poco a poco las leyes de la estadística sustituyeron al *Espíritu de las Leyes*. A principios del siglo XX, los programas políticos pretendían apoyarse en una interpretación erudita del mundo: socialismo "científico" de Marx, anarquismo "científico" de Kropotkin, etc. Es significativo que, independientemente de sus "opiniones", de su ideología, Lenin, el doctor Schacht y F.D. Roosevelt hayan leído y tomado notas al mismo tiempo de las obras de Keynes. Sólo Japón producía un plan de desarrollo autónomo. Decididamente, en Occidente, en el siglo XX, parece que en lugar del sable o del discurso, son las cifras y las curvas las que rigen. Es cierto que después de la Gran Guerra, juramos "que no volveremos a caer".

Es así como, tanto en el Este como en el Oeste los tecnócratas tomaron el poder, todos ellos sabios y políticos que, con la era staliniana, incluso pretendieron renovar la antigua alianza de las ciencias sociales con las ciencias de la naturaleza (en 1949). El saber del partido era la expresión de todos los saberes y, en la URSS, rigió poco después a la economía y a la política, desde luego, pero asimismo al arte, a la lingüística. Y este saber pasó incluso de la competencia sobre el cuerpo social a la competencia sobre el cuerpo humano, ya que podía decidir quién estaba sano de mente y quién no lo estaba. En Alemania, durante los años treinta, el poder nazi podía decidir asimismo, en nombre de la ciencia genética, quién debía vivir y quién no. Estos "soldados biológicos", estos "médicos-psiquiatras", responsables de los dramas que conocemos, contribuyeron al descrédito de todos aquellos régimenes de lo Absoluto cuyas certidumbres no tienen fallas

y siempre parten de los sabios. La cultura de los pueblos ex colonizados pareció ser más generosa, y por ello fue revalorizada.

La medicina siempre tenía la coartada del poder científico, un poco a la manera en que el Instituto Pasteur era la coartada de la colonización francesa. En nombre del cuerpo humano, de su buena salud, el poder científico pudo a menudo actuar. Fueron los químicos-médicos y los médicos-químicos los que ocultaron muchos inventos utilizados con otros fines que la dicha de vivir... Al principio del siglo XX, la autoridad del médico y del sabio no se discutía; pero hoy día esa situación se modificó, en primer lugar, debido a que con la democratización de los cuidados, por lo menos en el Occidente, el práctico facultativo perdió gran parte de su poder simbólico. Pero también se percibió que en nombre del mismo saber científico, se podía al mismo tiempo fomentar el aborto en la India y estigmatizarlo en tierras cristianas, que una misma enfermedad no requiere la misma terapéutica para un negro que para un italiano, para un japonés de San Francisco que para un irlandés de Boston. Y, ¿cómo situar la acupuntura en ese saber científico? ¿Sería dogmática la ciencia, tendría una religión, tendría una ideología, o bien es el médico el que emplea ese saber a su conveniencia?

La duda nace así. Y el poder de la ciencia, su Sabiduría, son cuestionados como los del tirano.

Frente a estas transformaciones, se observa el surgimiento de ideologías de repuesto que las combaten, de manera clara o ambigua. La ecología primero, transformada en la Biblia de quienes no quieren Biblia –y que por consiguiente no tienen teórico. Combate al mismo tiempo la unificación tecnocrática de la economía, la uniformización de la cultura, y no se pretende ni de izquierda ni de derecha. En la URSS, puede ser nacionalista, como en Estonia, donde, al atacar la contaminación, apunta al Estado en su centro, Moscú; es tradicionalista al glorificar la naturaleza rusa contaminada por la industria (Rasputin), izquierdista por su lucha contra el Estado, etc. Sucede lo mismo en otras partes, pero los caracteres de su ambigüedad son menos claros, si así se puede decir. La otra ideología ascendente es el integrismo, que regenera al nacionalismo en el sentido más conservador, en Georgia por ejemplo, y cuyo éxito puede ser vinculado con la aparición de minorías desprovistas, en Irán o en Marruecos sobre todo; en cuanto al resto y al igual que en los países del Islam, el integrismo católico o judío se levanta asimismo contra los grandes cambios del siglo XX.

El cruce del integrismo, y de la ecología con los fenómenos en vías de aceleración como son la unificación económica y cultural ha hecho surgir o resurgir tres tipos de conflictos que habían más o menos desaparecido. O habían sido sofocados, en la época de las ideologías triunfantes y del Estado-Moloc. ¿Cómo definirlos?

– Renacen los conflictos territoriales allí donde la evolución histórica reciente se llevó a cabo más lentamente que en otras partes: los conflictos tradicionales vuelven a aparecer (armenios/azeris, rumanos/húngaros, persas/árabes). La ley de la sangre, de la raza, ha predominado.

– Allí donde la rápida evolución económica creó una situación de tipo "colonial" dentro de una misma sociedad, la rebelión adquiere un carácter social virulento, en el que el dinero es el motivo principal, siendo la pobreza su sueldo (Quebec, Sicilia, Córcega, Marruecos, Perú, Irán antes de Jomeini, los guetos urbanos de Francia, de Brasil). El color de la bandera de los insurrectos varía: la fe, la identidad, la lucha de clases.

– Allí donde reina el Welfare State, con los progresos de la educación y la apertura al mundo, los pueblos que se consideran superiores culturalmente ya no admiten ser dependientes: es típico el ejemplo de los bálticos o de los eslovenos. Es el nivel cultural el que estimula el movimiento de rebelión; y lo revela el pequeño número de matrimonios mixtos (entre estonios y rusos, entre eslovenos y serbios).

Estos últimos ejemplos significan la integración del problema colonial y del problema nacional. ¿Constituyen uno solo?

Quedan las mentalidades.

Se observa el "*mito del indígena perezoso*" en el discurso de la mayoría de los colonizadores. Salvo los rusos de los años ochenta, en el siglo XX, que se consideran "ellos mismos más perezosos que los kazakos..." (Y. Levada). Pero antes pensaban como los demás.

Sucesivamente, los españoles, los holandeses, los ingleses, etc., definieron estos rasgos, necesariamente negativos y aludiendo a los filipinos, a los javaneses, a los hindúes –antes de que los franceses u otros tomaran su lugar, para referirse a los negros o a los árabes, "esos perezosos empedernidos"...

El primero, el hermano Gaspar de San Agustín, en una carta a uno de sus amigos, en 1720, describe los 30 rasgos negativos de los filipinos. "No se puede confiar en ellos, pues son perezosos y siempre dispuestos a pasearse... ingratos, no devuelven el dinero que se les presta..., su pereza es tal que jamás cierran las puertas que abren, dejan las

herramientas al pie de su trabajo sin volver a ponerlas en su lugar; gastan por adelantado su paga y luego no vuelven; entran al convento sin avisar, fisgoneando por todas partes para birlar todo lo que encuentran, rompen las sillas con su manera de sentarse, no dejan de dormir entre dos tareas..."

Un siglo después, el gobernador general de las Indias holandesas, J. Siberg, establece una teoría de la pereza indígena para oponerse a las reformas liberales de Hogendorp quien proponía poner fin al trabajo forzoso, al sueldo en especie, etc. "No se puede por cinco razones, explica Siberg: 1] Los javaneses son demasiado perezosos para trabajar más tierras de las que necesitan para sobrevivir. 2] Por lo menos el trabajo forzoso los obliga a hacer más. 3] Si se liberara la economía en un sistema capitalista, abandonarían su trabajo mientras tuvieran dinero y volverían a él sólo después. 4] Son los chinos o los europeos los que lo comprarán a bajo precio. 5] Si se adoptan las reformas de Hogendorp, ¿cómo obligar a los notables javaneses a aceptarlas?" (1802).

Estos argumentos modelo se observan un poco en todas partes...

Ya sea que esta "pereza" sea una forma de resistencia a la colonización, o sea simplemente social, adquiere formas muy variadas y puede cambiar de naturaleza cuando se modifican las condiciones generales... Ahora bien, hoy día, cuando, en el sentido estrecho de la palabra, la colonización ha concluido, la unificación y la uniformización de las mentalidades dan lugar a la expresión de una visión estandarizada de la "moral". Los medios de comunicación de los países ex colonizados la adoptaron al igual que los demás.

Así, en 1971, el principal partido político malasio publicó una obra colectiva, *Revoluci mental*, la revolución mental, obra de catorce autores, cuyos trabajos habían sido coordinados por un antiguo ministro de Información: describía a la sociedad de ese país enumerando las características de la población, pervertida por la colonización; los malasios eran irresponsables, perezosos, fatalistas, derrotistas, guiados por la pasión más que por la razón; no eran perseverantes, no cumplían sus promesas, deseaban la riqueza no haciendo nada por alcanzarla: en pocas palabras, el cuadro era aún más negativo que el pintado por el colonizador. Y la obra mostraba en cambio las cualidades "de los japoneses, de los norteamericanos, de los alemanes, de los judíos y de los chinos". Repetía el diagnóstico del gobernador Clifford, quien consideraba que, en Malasia, las riquezas no son producidas por los malasios; pero *Revoluci mental* mostraba que, sin la participación de

los malasios, no hubiera sido posible ningún desarrollo.

En pocas palabras, el modelo al que hacía referencia la obra, implícitamente, no era el del *Derecho a la pereza* (1880), de Paul Lafargue, negro, caribeño y judío, sino el de Rockefeller o de los millonarios chinos, y remitía sólo a las condiciones históricas la responsabilidad de esta "inferioridad" de los malasios.

Desde luego.

Esto significaría que la uniformización mental del mundo, bajo el signo del dinero-rey, desborda casi todos los marcos de esta historia, la choca de frente, más allá de la colonización y de su "fin".

ANEXOS

CRONOLOGIA

1413	*Imago Mundi* de Pierre d'Ailly.
1417	Los chinos en África oriental.
1418	Enrique el Navegante organiza sus primeros viajes.
1419	Los portugueses en Madera.
1420	Invención de la carabela.
1433	Última expedición china a Mozambique.
1437	Desastre portugués en Tánger.
1445	Cabo Verde. Primeros esclavos portugueses.
1455	Primeras especias africanas en Portugal.
1462	Tratado náutico de Ahmad Ibn Madjid.
1465	Rusos en Siberia.
	Portugueses en el Golfo de Guinea. Primeros grandes desarrollos de la trata de negros.
1466-1472	El ruso Nikitin en la India.
1479	Tratado de Alcaçovas sobre las islas atlánticas entre España y Portugal.
1485	Cristóbal Colón en España.
1485-1488	Diego Cão (Cam) y Bartolomé Díaz en el Cabo.
1492	Globo de Martin Behaim. Cristóbal Colón en las islas Caribe.
1493	Bula *Intercaetera* (Portugal-España).
1494	Tratado de Tordesillas (reparto del mundo) para el Extremo Oriente.
1496	Juan Cabot en Labrador.
1498	Vasco de Gama en Calicut.
1500	Descubrimiento de Brasil.
1501	Primeros esclavos negros en América.
1505-1515	Almeida y Albuquerque construyen el Imperio portugués.
1508-1511	Descubrimiento de Puerto Rico y de Jamaica.
1510	Albuquerque se apodera de Goa y asesina a su población musulmana.
1511-1515	Diego Velásquez en Cuba. Fundación de La Habana.
hacia 1518	Kabir y la tentativa de fusión hinduismo/Islam.
1519-1521	Cortés en México.
1521-1530	Los portugueses en Brasil.

1524	Monopolio de Sevilla
1529	Tratado de Zaragoza. Reparto del Extremo Oriente (España-Portugal).
1531-1534	Pizarro conquista el Imperio Inca.
1532	Fundación de São Paolo.
1535	Gran trata arabo-musulmana a través del Sahara. Fundación de Lima.
1535-1538	De Quesada conquista Colombia.
1536	Fundación de Buenos Aires.
1541	Fundación de Santiago de Chile.
1546	Fundación de Potosí.
1549	Francisco Javier en Japón.
1557	Los portugueses en Macao.
1560	Fundación de Caracas.
1562	John Hawkins trafica esclavos.
1565	Fundación de Río de Janeiro.
1574	Los portugueses en Angola.
1578	Batalla de Alcazarquivir.
1581	Primeros esclavos negros en América.
1584	Raleigh en Virginia.
1588	Derrota de la Armada Invencible.
1600	Fundación de la Compañía de las Indias Inglesas.
1602	Fundación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.
1605	Los ingleses en Barbados.
1608	Champlain en Quebec.
1609	Los holandeses toman Ceilán a los portugueses.
1619	Los holandeses en Batavia.
1620	Odisea del *Mayflower*.
1621	Compañía Holandesa de las Indias Occidentales.
1624	Los holandeses en Taiwán.
1624-1654	Guerras entre portugueses y holandeses por Brasil.
1625-1664	Los franceses en las Antillas.
1626	Fundación de New Amsterdam (1664: Nueva York).
1632	Los rusos en Iakutsk.
1635	Los franceses en Guadalupe, Martinica, Dominica.
1637	Los franceses en el Senegal.
1641	Los holandeses toman Malaca.
1642	Fundación de Montreal.
1643	Los holandeses en Curazao.
1652	Los holandeses fundan El Cabo.
1652-1674	Guerras anglo-holandesas.
1655	Los ingleses en Jamaica.

1660	Los franceses en Puerto Príncipe.
1664	Colbert funda la Compañía de las Indias Orientales.
1674	Fundación de Manaos.
1682	Cavelier de la Salle en Louisiana.
1688-1698	Guerra de la Liga de Augsburgo.
1690	Los ingleses en las Bahamas.
1697	Ryswick. Francia recibe Haití.
1702-1703	Guerra de la sucesión de España.
1704	Condena de los jesuitas que participan en las ceremonias chinas.
1713	Tratado anglo-español de Asiento.
1721	Fundación de Mahé (Yanaon, 1723).
1729	Masacre de Natchez.
1739	Conflicto anglo-español en las Américas.
1741	Periplo del almirante Anson.
1744	Joseph-François Dupleix en la India.
1751	Victorias de Clive en la India.
1755	Primeros convoyes de emigrantes "voluntarios" hacia Siberia.
1756-1763	Guerra de los Siete Años.
1759	James Wolf toma Quebec.
1763	Tratado de París.
1764-1792	Los ingleses en Lucknow. Conquista de Misora.
1764	Expedición española para expulsar a los ingleses de las Falkland (Malvinas)
1765	Insurrecciones criollas en México.
1768-1774	Guerra ruso-turca.
1769	Portugal abandona la posesión de Mazagán (Marruecos).
1776-1783	Guerra de Independencia norteamericana.
1778	Principio de las guerras cafres.
1783	Tratado de Versalles.
1785-1789	Monseñor Pigneau de Behaine en Annam.
1787	Fundación de la Sociedad de Amigos de los Negros.
1788	Llegada de los primeros convictos a Botany Bay (Sydney).
1793	Lord Cornwallis instituye The Permanent Settlement en la India.
1798	Batalla de Abukir.
1801	Los ingleses imponen su soberanía al Nizam de Haiderabad. Anexión de Georgia por los rusos.
1804	Independencia de Haití.
1805	Batalla de Trafalgar. Mehemet Ali se impone como pachá de Egipto.
1806	Ayuda separatista de Miranda en Venezuela.
1807	Principio del conflicto en las Kuriles. Wilberforce hace abolir la

trata de negros.
1810 Ola de insurrecciones en América Latina: México primero.
1812 Chaka, rey de los zulúes, organiza el Estado y el ejército.
1815 Congreso de Viena. Los ingleses en El Cabo.
1816 Guerra anglo-ashanti.
1817 Guerra de Estados Unidos y de los indios seminoles.
1819 Los ingleses en Singapur.
1821 San Martín y Bolívar: independencia de la América española.
1822 Champollion descifra los jeroglíficos.
Rebeliones antiholandesas en Java.
Independencia de Brasil.
1823 Inicio de la "balcanización" de América Latina. Fundación de Liberia por la Sociedad Norteamericana de Colonización.
1824 Primera guerra anglo-birmana.
1825 Egipto conquista Sudán.
1826 Los ingleses en la Gold Coast (Costa de Oro).
1828 Tratado de Turkman Tchai: los rusos en Ereván y Najicheván.
1830 Los franceses en Argelia.
Indian Removal Act que empuja a los siux al oeste del Mississippi.
1833 Abolición del monopolio de la Compañía de las Indias.
1836 Independencia de Texas.
1837 Rebelión de los canadienses franceses.
1838 Principio de los conflictos entre maronitas y drusos en el Líbano.
1839 Primeros pueblos de colonos judíos en Palestina.
Primera guerra anglo-afgana.
1840 Soberanía inglesa en Nueva Zelanda.
Principio de la guerra del Opio, Inglaterra contra China.
1841 Annam se anexa Camboya. Vietnamización del país.
1842 Los franceses en Tahití y en las Marquesas.
Los ingleses en Hong Kong.
1843 Los ingleses en Natal.
1847 Independencia de Liberia.
1848 Abolición de la esclavitud, obtenida por Victor Schoelcher.
Caída de Constantina y fin de la resistencia otomana en Argelia.
1849 Inglaterra se anexa el Pendjab.
1852 Creación del presidio de Cayena.
1853 Anexión de Nueva Caledonia.
Guerra Santa de El Hadj Omar contra los animistas.
1854 El asunto de la utilización de los Lugares Santos desencadena la guerra de Crimea.
Inglaterra reconoce la independencia de Orange.
Faidherbe, gobernador de Senegal.
Primer empleo de la quinina contra la malaria.

1857 Rebelión de los cipayos.
1858 Expedición del escocés David Livingstone a África oriental.
1859 Indonesia: reparto de Timor entre los Países Bajos y Portugal.
1861 Principio de la guerra de Secesión.
1863 Protectorado francés en Camboya.
1865 Primer obispo anglicano negro en Nigeria.
1867 Creación de la Confederación de Canadá.
Expedición francesa a México.
1868 El emperador de Japón toma el poder: principio de la era Meiji.
Ocupación de Cochinchina por los franceses.
1869 Inauguración del Canal de Suez.
1870 Decreto Crémieux que naturaliza a los judíos de Argelia.
1871 Insurrección en Kabilia.
1876 Los japoneses arrancan a Corea un tratado de amistad.
Bancarrota del Estado egipcio.
1877 Leopoldo de Bélgica funda la Asociación Internacional Africana.
Disraeli ordena la anexión de Transvaal y de Orange.
1880 Levantamiento kurdo en contra del Estado otomano.
1881 Victoria de los bóers sobre los ingleses en Majuba Hill.
Protectorado francés sobre Túnicia; tratado de Bardo.
1882 Savorgnan de Brazza firma el tratado de Makoko.
1883 Annam reconoce el protectorado de Francia.
1884 Los alemanes en Namibia, en Togo, en Camerún.
Conferencia de Berlín: reparto del África negra.
Primer diario negro en Sudáfrica: *Imvo Zabatshundu* (La Voz del Pueblo).
1885 India: creación del Partido del Congreso.
Protectorado francés sobre Madagascar.
1886 Fundación de Johannesburgo.
1888 Abolición de la esclavitud en Brasil.
José Rizal funda el movimiento independentista filipino.
1889 Tanganica, colonia alemana.
1890 Nacimiento de los movimientos independentistas armenios.
1891 Reparto de Borneo entre ingleses y holandeses.
1892 Protectorado francés sobre Dahomey.
1893 Estados Unidos se anexa las islas Hawai.
Los españoles ocupan Melilla.
Cecil Rhodes, primer ministro del Cabo.
1895 China-Japón: tratado de Shimonoseki.
1896 Derrota de los italianos en Adua, en Etiopía.
1898 Guerra hispano-americana: independencia de Cuba. Puerto Rico y las Filipinas se vuelven posesiones estadunidenses. Crisis de Fachoda.

1899	Principio de la guerra anglo-bóer.
1901	Movimiento de los bóxers en China. Intervención europea.
1902	Levantamiento macedonio.
1904	Guerra ruso-japonesa.
	Los ingleses en Lhassa.
	Levantamiento de los Herreros contra los alemanes.
1905	Guillermo II en Marruecos.
	China: fundación del Kuo-Min-Tang.
	Rusia-Japón: tratado de Portsmouth.
	Japón en Corea.
1906	Marruecos: conferencia de Algeciras.
	Laperrine en el Sahara.
1907	Creación de la universidad de El Cairo.
	El Congo se vuelve colonia belga. Acuerdo anglo-ruso sobre las zonas de influencia en Persia, Afganistán.
1908	Insurrección de los Jóvenes turcos.
1909	Creación de la Anglo-Persian Oil Company.
1910	China vuelve a ocupar el Tíbet.
	Fundación de la AEF (África Ecuatorial Francesa) y de la Unión Sudafricana.
	Fundación del Instituto Pasteur en Argel.
1911	Incidente de la cañonera *Panther* en Agadir.
	Los italianos en Tripolitania.
1912	W.E.B. Du Bois desarrolla el concepto de panafricanismo.
	Protectorado francés en Marruecos.
1914	Primer diputado negro en la Asamblea, el senegalés B. Diagne.
1915	Masacre de los armenios en Turquía.
1916	Movilización de los árabes en contra de los otomanos.
	Acuerdos Sykes-Picot.
1917	Declaración Balfour en favor de un hogar judío en Palestina.
	Rusia: Lenin proclama el derecho a la autodeterminación.
1918	Los 14 puntos de Wilson.
1919	Nacimiento del Komintern y de los partidos comunistas.
	Siria proclama su independencia.
1920	Tratado de Sèvres. Congreso de Bakú de los pueblos de Oriente.
1921	Insurrección de Abd el-Krim.
	Gandhi inicia su campaña de desobediencia civil.
	La Oficina Internacional del Trabajo (Ginebra) denuncia el trabajo forzado.
1924	"Decretos perversos" en Túnez.
1929	Ubangi-Chari: rebelión en Alta Sangha. *Viernes negro* en Wall Street.

1930	Nacimiento del PC indochino, del PC filipino.
	Caída del precio de las materias primas en los países tropicales.
1931	París: exposición colonial. "Incidente de Manchuria".
1933	Primer congreso de los Hermanos Musulmanes en El Cairo.
1934	Fundación del Neo-Destour.
1935	Principio de la guerra de Etiopía.
1939-1945	Segunda Guerra Mundial
1941	Carta del Atlántico. Crisis en Siria y en el Líbano.
1943	Los japoneses proclaman la independencia de las Filipinas, de Birmania. Fundación de Istiqeal (Marruecos).
1944	Conferencia de Brazzaville.
1945	Fundación de la Liga Árabe.
	Proclamación de la independencia en Vietnam, en Indonesia.
1946	Principio de la guerra de Indochina.
	Acentuación del *apartheid* en Sudáfrica.
1947	Independencia de la India y de Pakistán.
1948	Asesinato de Gandhi. Reconocimiento del Estado de Israel.
1949	Los comunistas toman el poder en China.
	Los Países Bajos reconocen la independencia de Indonesia, y Francia la de Vietnam.
1950-1953	Guerra de Corea
1951	Mossadegh nacionaliza el petróleo iraní.
1952	Putsch de los oficiales libres en Egipto: Neguib-Nasser.
	Insurrección mau-mau.
	Gold Coast: Nkrumah, primer ministro.
	Crisis tunecina y marroquí (1952-1955)
1954	Dien Bien Fu, fin de la guerra de Indochina y acuerdos de Ginebra.
	Iniciación de la insurrección argelina.
	Filipinas: insurrección de los huks.
1955	Pacto de Bagdad.
	Conferencia de Bandung.
	Acuerdos de La Celle-Saint Cloud (Marruecos)
1956	Crisis de Suez (julio-noviembre).
	Independencia de Túnicia y de Marruecos.
	Federación Rodesia-Niasalandia.
1957	Independencia de Ghana. Motines en el Congo belga.
1958	Fundación de la República Árabe Unida (Siria-Egipto-Yemen).
	Insurrección panárabe en el Líbano.
	Argelia: rebelión del ejército francés.
	Acera: Primera conferencia de los Estados Independientes de África (Etiopía, Ghana, RAU, Libia, etc.).
	Disolución del África Occidental Francesa. Independencia de Guinea.

1959	Insurrección de Amílcar Cabral en Guinea portuguesa.
	Sobresaltos nacionalistas en África negra.
1960	Año de las independencias africanas.
	Guerra civil en el Congo ex belga (1960-1965).
1961	Levantamiento en Angola.
	Fin de la guerra de Argelia.
	La India recupera las posesiones portuguesas (Diu, Goa).
	Independencia de Rhodesia del Sur y de Sudáfrica.
1962	Independencia de Trinidad-Tobago.
	Secesión de Katanga. Independencia argelina.
1963	Caída de la OUA (Organización de la Unidad Africana) en Addis-Abeba.
	Nacimiento de Malasia. Arabia Saudita: abolición de la esclavitud.
	Independencia de Kenia, de Zanzíbar.
1964	Detención de Nelson Mandela.
	Primer Congreso de la OLP.
	Mozambique: constitución del Frelimo e insurrección general.
1965	Independencia de Rhodesia.
	Fin del mandato de Sudáfrica sobre el suroeste africano (Namibia).
1967	Guerra de los Seis Días. Nigeria: Guerra de Biafra.
1968-1975	Guerra de Vietnam.
1970	Los Khmer rojos en Camboya.
	Muerte de Nasser.
1973	Independencia de Bangladesh, que se separa de Pakistán. Guerra de Kippur. Inicio del terrorismo en Palestina.
1974	Independencia de Guinea-Bissau.
1974	Portugal: Revolución de los Claveles.
1975	Acuerdos de Lomé, de cooperación económica entre Europa, África y las islas Caribe.
	Independencia de Angola.
	Marcha "verde" hacia el Sahara occidental.
	Independencia de Surinam.
	Principio de la guerra civil en el Líbano.
1978	Negociación Israel-Egipto en Campo David.
1979	Vietnam invade Camboya.
	Invasión de Afganistán.
	Revolución islámica en Irán.
	"Descolonización" de Rhodesia.
1980	Principio de la guerra Irán-Irak.
1982	Guerra de las Malvinas.
1984	Guerra del Líbano.
1985	Lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica.
1986	Ley sobre el estatuto de Nueva Caledonia.

1990	Dislocación de la URSS
1991-1993	Formación de la CEI.
	Abolición del régimen comunista en Europa oriental y en Rusia.
	Desintegración de Yugoslavia.
	Guerras en el Cáucaso.
1994	Fin del *apartheid* en África negra.
	Principio de la autonomía palestina.

SELECCIÓN FILMOGRÁFICA*

Adieu, colonies, Henri de Turenne, 1970, (**A**), Francia. (9)**
African Queen (La reina africana), John Huston, 1951, (**F**), Estados Unidos. (4)
Algérie en flammes (L'), René Vautier, 1958 (**A**), Francia. (9)
Algérie 1954. La révolte d'un colonisé, Marie-Louise Derrien, Marc Ferro, 1970, (**A**), Francia. (9)
Apartheid, Jean-Michel Meurice, 1993, (**A**), Francia. (4)
Appel du silence (L'), León Poirier, 1936, (**D**), Francia. (3)
Atlantide (L'), Jacques Feyder, 1921, (**F**), Francia. (3)
Aube, Omar Khlibi, 1960, (**F**), Túnez. (4)
Avoir vingt ans dans les Aurès, René Vautier, 1972, (**F**), Francia (9)
Batatou et les Trois Conseils, Jean Rouch, 1975, (**D**), Francia. (6)
Bandera (La), Jean Duvivier, 1935, (**F**), Francia. (5)
Bataille d'Alger (La), (La batalla de Argel), Gillo Pontecorvo, 1966 (**F**), Italia-Argelia. (9)
Black Hills Are not to Sell (The), Sandra Osawa, 1978, (**D**), Estados Unidos. (6)
Bled (Le), Jean Renoir, 1929, (**F**), Francia. (6)
Bourrasque, René Villon, 1935, (**F**), Francia. (4)
Ceddo, Sembene Ousmane, 1977, (**F**), Senegal. (6)
Carga de la brigada ligera (La), Michael Curtiz, 1936, (**F**), Estados Unidos. (5)
Chronique des années de braise (Crónica de los años de brasa), Mohammed Lakhdar Hamina, 1975, (**F**), Argelia. (9)
Come Back Africa, Lionel Rogosin, 1959, (**F**), Sudáfrica. (4)
Crabe-Tambour (Le), (El cangrejo-tambor), Pierre Schoendoerffer, 1977, (**F**), Francia. (9).
Dix-septième Parallèle, Joris Ivens, 1967, (**D**), Francia. (9).
Escadron Blanc (L'), Joseph Peyre y A. Genina, 1934, (**F**), Italia. (3).
Fond de l'air est rouge (Le), Chris Marker, 1977, (**A**), Francia (**general**).

* **A:** películas de archivos, de montaje.
D: documentales, reportajes.
F: Ficción.

** Los números en negrillas entre paréntesis indican los capítulos en los que estas películas se mencionan.

Française chez les guerriers du Yémen (Une), Troeller y G. Deffarge, 1964, (D), Francia. (8)
Gandhi, Richard Attenborough, 1985, (F), Gran Bretaña. (9)
Goha, Jacques Baratier, 1958, (F), Francia. (4)
Guerre d'Algérie (La), Yves Courrière y Philippe Monnier, 1972, (A), Francia. (9)
Guerre de pacification en Amazonie (La), Yves Billon, (D), Francia. (4)
Guerre sans nom (La), Bertrand Tavernier y Patrick Rotman, 1992, (D), Francia. (9)
Gunga Din, George Stevens, 1939, (F), Gran Bretaña. (5)
Hora de los hornos (La), F. Solanas, 1973, (D), República Argentina. (11).
Histoire de la médecine (Une), Jean-Paul Aron y Marc Ferro, realización Jean-Louis Fournier, Pierre Gauge, Claude de Givray, 1980, (D), Francia. (4)
Indonésie appelle (L'), Joris Ivens, 1946, (D), Francia. (8)
Itto, Jean Benoît-Levy, 1934, (F), Francia. (4)
Lawrence de Arabia, David Lean, 1962, (F), Gran Bretaña. (3)
Maison du Maltais (La), Pierre Chenal, 1938, (F), Francia. (4)
Maîtres fous, Jean Rouch, 1968, (D), Francia. (6)
Mandat (Le), Sembene Ousmane, 1968, (F), Senegal. (6)
Mémoire fertile, Michel Khleifi, 1982, (F), Palestina. (8)
Minas del rey Salomón (Las), Allan Quatermain, 1950, (F), Estados Unidos. (4)
No, o la vana gloria de mandar, Manoel de Oliveira, 1971, (F), Portugal. (1)
Nouba des femmes du mont Chenoua (La), Assia Djebar, 1978, (D), Argelia. (6)
Pépé le Moko, Jean Divivier, 1938, (F), Francia. (4)
Primer maestro (El), Andrei Mijalkov-Konchalovski, 1963, (F), URSS. (4)
Cuatro plumas (Las), Alexander Korda, 1939, (F), Estados Unidos. (4)
Roman d'un spahi (Le), M. Bernheim, 1935, (F), Francia. (4)
Sangre de Cóndor (La), Jorge Sandjines, 1969, (F), Bolivia. (11)
Serment du bois caïman (Le), Charles Najman, 1993, (D), Francia. (4)
Si, les cavaliers, M. Bakabe, 1982, (F), Niger. (6)
Sucre amer, Yann Lemasson, 1964, (D), Francia. (8)
Tempestad sobre Asia, Vsevolod Pudovkin, 1928, (F), URSS. (4)
Tierra en trance, Glauber Rocha, 1967, (F), Brasil. (11)
Tres lanceros de Bengala (Los), Henry Hathaway, 1935, (F), Estados Unidos. (4)
Túpac Amaru, Federico García, 1981, (F), Perú. (6)
Vent des Aurès (Le), Mohammed Lakhdar Hamina, 1967, (F), Argelia. (6)
Vietnam, année du cochon, E. de Antonio, 1969, (A), Francia. (9)
Visitors (The), Elia Kazan, 1972, (F), Estados Unidos. (11)
Zulu, Cyril Enfield, 1963, (F), Estados Unidos. (3)

BIBLIOGRAFIA*

Desearíamos expresar nuestro agradecimiento hacia estos autores cuya obra nos estimuló particularmente: Immanuel Wallerstein, Charles-R. Ageron, Solange Alberro, Linda Colley, Alfredo Margarido, Nathan Wachtel

Abd el-Krim et la République du Riff, Actes du Colloque international d'études historiques et sociologiques, editado por René Galissot, 18-20 de junio de 1973, París, Maspero, 1976, 536 pp. (en particular las contribuciones de D.M. Hart, A. Youssoufi, R. Galissot, A. Laroui). **(3,5,8)**

Abd el-Malek, Anouar, *La pensée politique arabe contemporaine*, París, Éd. du Seuil, 1970, 380 pp. **(8)**

Ageron, Charles-R.

1. *Politiques coloniales au Maghreb*, París, PUF, 1973, 290 pp. **(3,4)**
2. *L'Histoire de l'Algérie contemporaine 1870-1954*, París, PUF, 1979. **(3,4,9)**
3. "Les colonies devant l'opinion publique française 1919-1939", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, 1990, 286, pp. 31-73. **(10)**
4. *La décolonisation française*, París, Collin, 1991. **(9,10)**

Ageron Ch.-R. y otros, *Histoire de la France coloniale*, París, Colin, 1991, 2 vol. **(2,3,5,9,10)**

Ageron Ch.-R. y Michel Marc, *L'Afrique noire française a l'heure de l'indépendance*, París, CNRS, 1993 (sobre todo los informes generales de T. Bah, P. Isuart, E. M'Bokolo, R. Girault, Y. Paillard, E. Soumonni). **(10)**

Alatas Seyd Hussein, "Religion and modernization in South East Asia", *Archives européennes de sociologie*, 1970, pp. 265-297 (sobre todo en lo tocante a Malasia). **(8)**

_____ *The Myth of the Lazy Native*, Londres, Frank Cass., 1977, 268 pp. **(4,11)**

Alberro, Solange, *Les Espagnols dans le Mexique colonial, histoire d'une acculturation*, París, Colin, 1992, 132 pp. **(4)**

Albertini, Rudolph von, *Europaïsche Kolonialherrschaft 1880-1940*, Zúrich, 1976. **(general)**

Aldrich, Robert, *The French Presence in the South Pacific, 1842-1940*, Londres, 1989. **(3)**

Amin, Samir, *Impérialisme et Sous-développement en Afrique*, París, Anthropos, 1976, 444 pp. **(11)**

Amselle, J.-Loup, *Logiques métisses. Anthropologie de l'identité en Afrique et ailleurs*, París, Payot, 1990, 252 pp. **(3,11)**

Ansprenger, Franz, *The dissolution of the colonial empires*, Londres, Routledge, 1989, 338 pp. **(9,10)**

Arendt, Hannah, *L'impérialisme*, ed. original 1951; trad. fr. París, Fayard, 1982 **(1)**

* Los números en negrillas entre paréntesis indican los capítulos en los que se mencionan con mayor precisión los trabajos indicados.

Ashe, Geoffrey, *Gandhi, a Study in Revolution*, Londres, Heinemann, 1968, 404 pp. (**8,9**)

Aubin, Jean, "L'ambassade du prêtre Jean à D. Mauvel", *Mare Luso Indicum*, París, III, 1976, pp. 1-56 (**2**)

Augé, Marc, *Génie du paganisme*, París, Gallimard, 1982. (**6.8**)

Bailyn, Bernard, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Harvard University Press, 1967. (**7**)

Bairoch, P., "Le bilan économique du colonialisme", *History and Development*, pp. 29-42 (**11**)

Balandier, Georges, *Sociologie actuelle de l'Afrique noire*, París, PUF, 1963, 532 pp. (**6,8**)

Ballhachet, Kenneth, *Race, Sexe and Class under the Raj*, Londres, Weidenfeld, 1980, 200 pp. (**4**)

Barnadas, Joseph M., "The Catholic Church in colonial Spanish America", *The Cambridge History of Latin America*, I, pp. 511-541. (**4**)

Bastide, Roger, *Les Amériques noires, les civilisations africaines dans le nouveau monde*, París, Payot, 1968, 236 pp. (**4,11**)

Bataillon, M. y André Saint Lu, *Las Casas et la defense des indiens*, París, Julliard, "Archives", 1971, 278 pp. (**5**)

Bataillon, Marcel, "Les colons du Pérou contre Charles V: analyse du mouvement pizarriste (1544-1548)", *Annales*, 1967-3, pp. 479-495. (**7**)

Baumont, Maurice, *L'essor industriel et l'impérialisme colonial (1878-1904)*, París, PUF, 1949, 628 pp. (**3**)

Bayly, C.A., *The Local Roots of Indian Politics, Allahabad 1880-1920*, Oxford University Press, 1975, 314 pp. (**9**)

_____, "English-language historiography on British expansion in India and Indian reactions since 1945", *Reappraisals in Overseas Hy.*, Wesseling y Emmer ed., pp. 21-54 (**9**)

Benassar, B. y Benassar, L., *1492, un monde nouveau?*, París, Perrin, 1992, 272 pp. (**1,2**)

Benassar, Bartolomo, *Histoire des espagnols VIe-XXe siècle*, París, Laffont, 1985, 1 128 pp. (**2,4**)

Bender, Gerald J., *Angola under the Portuguese*, Londres, Heinemann, 1978, 288 pp. (**3,4,9**)

Bennigsen, Alexandre, *Russes et Chinois avant 1917*, París, Flammarion, 1974, 186 pp. (**3**)

Bennigsen, Alexandre y Ch. Quelquejay, *Les Mouvements nationaux chez les musulmans de Russie*, París, Mouton, 1960. (**8**)

Benot, Y., *La Révolution française et la fin des colonies*, París, La Découverte, 1989, 272 pp. (**3**)

_____, *La démence coloniale sous Napoléon*, París, La Découverte, 1992, 408 pp. (**3**)

Bernand, Carmen y Serge Gruzinski, *Histoire du Nouveau Monde*, París, Fayard, 2 vol., 1991 y 1993. (**2,4**)

Berque, Augustín, "Les paysans à Hokkaydo. La chaîne culturelle d'une colonisation", París, *Annales*, 1974-6, pp. 1425-1449. (2)

Berque, Jacques, J.-P. Charnay, *De l'impérialisme à la colonisation*, París, Éd. de Minuit, 1965, 504 pp. (1,3,4)

Bessis, Sophie (bajo la dirección de), "Finalement, pillons-nous vraiment le Tiers-Monde?", *Panoramiques*, 1992, artículos de Guy Henebelle, J.-C. Guillebaud, G. Cormi, y otros (11)

Bethell, Leslie, *The Cambridge History of Latin America*, 1; 1984, 646 pp.; 2: 1984, 912 pp.; 3: 1985, 942 pp. (2,3,4,7)

Beti, Mongo, *La France contre l'Afrique. Retour au Cameroun*, París, La Découverte, 1993, 208 pp. (11)

Beyssade, P., *La Ligue arabe*, París, Planète, 1968. (8)

Bidwell, R., *Morocco under Colonial Rule*, Londres, Frak Cass., 1973. (3,8)

Blum, Alain, *Naître, vivre et mourir en URSS*, París, Éd. du Cerf, 1993. (10)

Blussé, L., G.D. Wetterling y G.D. Wirius, *History and Underdevelopment*, Leiden Centre for the Hy. of Europe Expansion, M.S.H., 1980, 160 pp. (11)

Bobrie F., "Finances publiques et conquêtes coloniales: le coût budgétaire de l'expansion française de 1850 à 1913", *Annales E.S.C.*, 1976 6, pp. 1125-1244. (10)

Bocanegra G. y J.A. Ortiz, *Les 500 années de l'Amérique latine 1492-1992* (colectivo), París, Éd. Page et Image, 1993, 322 pp. (3,4)

Boisvert, Georges, "Intégration et évaluation des grandes découvertes portugaises dans les oeuvres des penseurs et écrivains du siècle des Lumières", Comunicación en el Coloquio "Descobrimentos e Encontros de culturas Historia y Memoria, p. sec. XV-XIX", Lisboa, 1991. (5)

Botte, Roger, "Les rapports Nord-Sud, la traite négrière et le Fouta Jalon à la fin du XVIIIe siècle", *Annales E.S.C.*, 1991-6, pp. 1411-1455. (2,6)

Bouche, Denise, *Histoire de la colonisation française*, París, Fayard, 1991, 2 vol. (**general**)

Bouchon, Geneviève, "Les musulmans de Kerala à l'époque de la découverte portugaise", *Mare Luso Indicum*, pp. 2 y 1-60, Ginebra, Droz, 1973. (2)

_____, "Mamale de Cananor, un adversaire de l'Inde portugaise", Ginebra, Droz, 1975, 224 pp. (2)

_____, "Le premier voyage de Lopo Soares en Inde, 1504-1505", *Mare Luso Indicum*, III, 1976, pp. 56-84. (2)

_____, *L'Asie du Sud à l'époque des grandes découvertes*, Londres, Variorum Reprints, 1987, 334 pp. (2)

Boughedir, Ferid, "Cinémas de Maghreb", *Cinéaction*, 1985. (5,6)

Boulanger, Pierre, *Le Cinéma colonial*, París, Seghers, 1975, 290 pp. (5,6)

Bourdieu, Pierre, *Travail et travailleurs en Algérie*, París, PUF, 1958. (4)

Bourges, Hervé y Claude Wauthier, *Les cinquante Afriques*, París, Éd. du Seuil, 1979, 2 vol., 680 pp. y 684 pp. (**general**)

Bouvier, J., R. Girault, J. Thobie, *La France impériale 1880-1914*, París, Megrelis, 1982, 320 pp. (3,5)

Boxer, M.C.R., *Mary and misogyny. Women in Iberian expansion Overseas 1415-1815. Some Facts, Francies and Personalities*, Londres, Duckworth, 1975, in-8°, 142 pp. (4)

Braudel, F., *La Méditerranée à l'époque de Philippe II*, París, 1948 [en esp., *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 2 vol.](**1,2,3**)

_____, *Civilisation et capitalisme*, T. 1: *Les structures du quotidien*, T. 2: *Les jeux de l'échange*, T. 3: *Le temps du monde*, París, Colin, 1979, 736, 832 y 606 pp. (**2,3**)

Bromberger, Merry y Serge, *Les 13 complots du 13 mai*, París, Fayard, 1959, 444 pp. (**7**)

Brunschwig, Henri, *Mythes et réalités de l'impérialisme colonial français, 1871-1914*, París, Colin, 1960, 200 pp. (**3**)

_____, *L'avènement de l'Afrique noire*, París, Colin, 1963, 246 pp. (**3,5**)

_____, *Le partage de l'Afrique noire*, París, Flammarion, 1971, 186 pp. (**3**)

Cahen, Michel, *Villes et Bourgs en Afrique lusophone*, París, L'Harmattan, 1988. (**4,9**)

Cain, P.J. y A.G. Hopkins, *British Imperialism*, Longman, 1993, 2 vol. (**general**)

Callick, Rowan, *Le casse-tête juridique du droit des aborigènes*, trad. del *Financial Times*, Courrier, pp. 18-19, núm. 143. (**1**)

Carlier, Omar, "*Socialisation et sociabilité; les lieux du politique en Algérie 1895-1954*", Oran, URASC, 1992. (**9**)

Carré, O. y G. Michaud, *Les Frères Musulmans, 1928-1982*, París, Gallimard, "Archives", 1983, 240 pp. (**8**)

Carrère d'Encausse, Hélène y Schram Stuart, *Le marxisme et l'Asie*, París, Colin, 1965, 494 pp. (**8**)

Carrère d'Encausse, Hélène, *Reforme et Révolution chez les musulmans de l'Empire russe*, París, Colin, 1966, 312 p. (**8**)

Cerkasov, P.P., *La caída del impereio colonial francés, 1939-1985* (en ruso), Moscú, 1985, 326 pp. (**9,10**)

Cervenka, Zdenek, *The Unfinished Quest for Unity: Africa and the OUA*, Londres, Friedmann, 254 pp. (**10**)

Césaire, Aimé, "Discours sur le colonialisme", *Présence africaine*, 1955. (**1**)

Chaffard, Georges, *Les carnets secrets de la décolonisation*, París, Calmann-Lévy, 1965, 342 pp. (**9,10**)

Charmley, J., *Churchill. The End of Glory, a Political Biography*, Londres, 1993, 742 pp. (**9,10**)

Chaunu, Pierre, *Séville et l'Amérique aux XVIe-XVIIIe siècles*, París, Flammarion, 1977, 368 pp. (**2,4**)

Chauvelot, Robert, *En Indochine; aquarelles de Hubert Robert*, Grenoble, Arthaud, 1931, in-4°, 160 pp. (**5**)

Chesneaux, Jean, "L'implantation géographique des intérêts coloniaux au Vietnam et ses rapports avec l'économie traditionnelle", en Berque-Charnay, pp. 101-117. (**4**)

_____, *Une lecture politique de Jules Verne*, París, Maspero, 1971, 194 pp. (5)
Chevaldonné, François, "Notes sur le cinéma colonial en A.E.N.: naissance et fonctionnement d'un code?", en Dallet S., *Guerres révolutionnaires*. (5)
Chirol Valentine, *The Egyptian Problem*, Londres, 1921, 332 pp. (8)
Chomsky, Noam y E.S. Herman, *The Washington Connection and Third World Fascism*, Boston South End Press, 1979, 441 pp. (11)
Chrétien, J.-P., "Une révolte au Burundi en 1934", *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre de 1970. (6)
_____, *Burundi, l'histoire retrouvée*, París, Karthala, 1993, 510 pp. (11)
Cirkin, G.E., "La colonización de Siberia en la segunda mitad del siglo XIX", en *Platonov* (en ruso), 1927, pp. 79-132. (3)
Clastres, Hélène, "Introduction" al *Voyage au nord du Brésil*, de Yves d'Évreux, 1613-1614, París, Payot, 1985, 286 pp. (2)
Cohen, Jean, "Colonialisme et racisme en Algérie", *Les Temps Modernes*, 1955, t. 11, vol. II, pp. 580-590. (4)
Coles, Paul, *The Ottoman Impact on Europe*, Londres, Thames Hudson, 1968. (8)
Colley, Linda, *Britains, Forging the Nation, 1707-1837*, Yale University Press, 1992, 430 pp. (1)
Colonna, Fanny, *Instituteurs algériens 1883-1939*, París, Presses de la FNSP, 1975. (4)
Coquery-Vidrovitch, Catherine, *Afrique noire, permanences et ruptures*, París, Payot, 1985, reed. L'Harmattan, 1993. (general)
Coquery-Vidrovitch, C. y O. Goerg, *L'Afrique occidentale au temps des Français*, París, La Découverte, 1993. (general)
Coquin, F., *La Sibérie, peuplement et immigration du pays au XIXe siècle*, París-La Haya, Mouton e Institut d'Études slaves, 1969, 790 pp. (4)
Corm, Georges, *L'Europe et l'Orient*, París, La Découverte, 1989, nueva ed. 1991, 386 pp. (1,3)
Cornevin, Marianne, *L'apartheid, pouvoir et falsification historique*, París, UNESCO, 1979, 156 pp. (4)
Crosby, A.W. Jr., *The Columbian Exchange, Biological and Cultural Consequences of 1492*, West Port, Greenw. Press, 1972, 270 pp. (4,6,11)
Crouzet, Fr., "Commerce et Empire: l'expérience britannique de lire échange à la première guerre mondiale", *Annales E.S.C.*, 1964-2, pp. 281-311. (10)
Curtin, Philipp, *Economic Change in Precolonial Africa. Senegambia in the Era of the Slave Trade*, Madison, University of Wisconsin Press, 1975, 364 pp. (2,3)
Dallet, Sylvie (bajo la dirección de), *Guerres révolutionnaires, Histoire et Cinéma*, París, L'Harmattan, 1984, 360 pp. (5)
Darwin, John, *The End of the British Empire, the Historical Debate*, Oxford, Blackwell, 1991, 128 pp. (10)
Davidson, Alistair, *The Invisible State. The Formation of the Australian State, 1788-1901*, Cambridge University Press, 1991, 329 pp. (4)
Debbasch, Yvon, "Le marronage, essai sur la désertion de l'esclave antillais", *Année sociologique* 1961, pp. 1-195. (4)

Décolonisations comparées, Coloquio Aix-en-Provence (Université de Provence, 1993, e IHTP). (**10,11**)

Decraene, Philippe, *Le panafricanisme*, París, PUF, "Que sais-je?", 1959, 128 pp. (**8**)

Degregori, Carlos Ivan, "Sendero luminoso: los hondos y mortales desencuentros", en Ballon (ed.), *Movimientos sociales y crisis*, Lima, 1986. (**9**)

"De la royauté à l'État dans le monde indien", estudios reunidos por J. Pouchepadass y H. Stern, *Purusartha 13*, París, EHESS, 1991, 310 pp. (**2**)

Del Boca, A., *Gli Italiani in Africa Orientale*, Bari, Laterza, 1976, 4 v. (**3**)

Der Thiam, Iba, "Histoire de la revendication d'indépendance", en Ageron-Michel, pp. 663-689.

Devillers, Ph., *Histoire du Vietnam de 1940 à 1982*, París, Éd. du Seuil, 1952, 480 pp. (**8,9**)

Disease, Medecine and Empire, Perspectives on Western Medecine and the Experience of Europa-Expansion, ed. por Roy Macleod y Milton Lewis, Londres, Routledge, 1988, 336 pp. (**3**)

Dmytryshyn, Basile, "Russian expansion to the Pacific, 1580-1700, a historiographical review", *Siberica*, 1, 1990, París, IMSECO. (**3**)

Donghi, Tulio Halperin, *Histoire contemporaine de l'Amérique latine*, ed. fr., París, Payot, 1972, 324 pp. (**11**)

Dower, John W., *War Without Mercy, Race and Power in the Pacific War*, NY, Pantheon Books, 1986, 400 pp. (**3,7,8**)

Dresch, J., "Lyautey", en *Les techniciens de la colonisation*, pp. 133-156. (**3**)

Dreyfus, Simone, "Les réseaux politiques indigènes en Guyane et leurs transformations aux XVIIe-XVIIIe siècles", *L'Homme*, abril-diciembre de 1992, núm. 122-124, pp. 75-99. (**4**)

Dubois, Colette, "L'Italie, cas atypique d'une puissance européenne en Afrique", in *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, núm. 32-33, *Colonisation en Afrique*, París, BDIC, julio-diciembre de 1993, pp. 10-14. (**3**)

Duchet, Michèle, *Anthropologie et histoire au siècle des Lumières*, París, Maspero, 1971, 562 pp. (**5**)

Duchet, Michèle y Claude, "Un problème politique: la scolarisation de l'Algérie", *Les Temps Modernes*, t. 11, 1955-1956, vol. II, pp. 1387-1421. (**4**)

Dumont, René, *L'Afrique noire est mal partie*, París, Éd. du Seuil, 1962. (**11**)

Duverger, Christian, *La conversion des indiens dans la Nouvelle Espagne*, París, Éd. du Seuil, 1987, 280 pp. (**4,5**)

Elgey, Georgette, *La République des contradictions 1951-1954*, París, Fayard, 1968, 650 pp. (**9,10**)

_____, *La République des tourmentes 1954-1959*, París, Fayard, 1983, t. 1, 674 pp. (**9,10**)

Eliott, J.H., "The Spanish conquest and settlement of America", *The Cambridge History of Latin America*, I, pp. 149-207. (**2,3**)

_____, "Spain and America in the 16th. and 17th.", *The Cambridge Hy. of Latin America*, pp. 287-341. (**2,3**)

Elkin, A.P., *Les aborigènes australiens*, París, Gallimard, 1962, 452 pp. (4)
Erikson, Erik H., *Gandhi's Truth on the Origins of Militant Non-Violence*, NY, Norton, 1969, 474 pp. (9)
Esclave à Alger, relato de cautiverio de J. Mascarenhas (1621-1626), presentado por Paul Teyssier, París, Chandeigne, 1993, 244. (5)
Fabre, Michel, *Esclaves et planteurs*, París, Julliard, "Archives", 1970, 300 pp. (4)
Fall, Bernard B., *The Two Vietnams*, NY, Praeger, 1967. (8,9)
Fanon, Frantz, *Peau noire, masques blancs*, París, Éd. du Seuil, 1952, reed. 1972. (5)
_____, *Les Damnés de la terre*, París, Maspero, 1963. (1,5)
_____, "Analyse critique par A. Margarido", *Annales*, 1974-2, pp. 297-302. (5)
Favier, Jean, *Les grandes découvertes d'Alexandre à Magellan*, París, Fayard, 1991. (2)
Favre, Henri, "Pérou, Sentier lumineux et horizons obscurs", en *Problèmes d'Amérique latine*, 1972. (9)
Femme dans les sociétés coloniales (La), Études et Documents, num. 19, Aix-en-Provence, 1984, 329 pp.; Institut d'histoire des Pays d'Outre-Mer et du Centre d'histoire de l'expérience européenne de Leyde (Países Bajos). (4)
Forest, A. y Tsuboï Yoshiharu (ed.), *Catholicisme et Sociétés asiatiques*, París, L'Harmattan/Tokyo, Sophia University, 1988, 222 pp. (con la colaboración de Yoshiaki Ishizawa, Jacques Gernet). (2)
Ferro, Marc, *La Révolution de 1917*, París, Aubier, 1967-1976, 2 vol., 804 y 680 pp. (4)
_____, *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde entier*, París, Payot, 1981-1992, 330 pp. (4,5)
_____, *L'Histoire sous surveillance*, París, 1987, "Folio-Histoire", 254 pp. (6)
Fourcade, Marie, "Les dénommés tribus criminelles dans l'Inde britannique. Violence coloniale, violence traditionnelle", *Purusartha 16*, t. 187-213; París, EHESS, 1994.
Fourniau, Ch., *Les contacts franco-vietnamiens en Annam et au Tonkin de 1885 à 1896*, Aix-en-Provence, tesis, 1983. (3)
France colonisatrice (La), textos reunidos por Nicole Priolaud, prefacio de Patrice de Beer, París, Messinger, 1983, 254 pp. (5)
Freyre, Gilberto, *Casa grande e senzala*, trad. fr.: *Maitres et Esclaves*, París, Gallimard, 1952. (4)
Friend, Th., *Japan against the West in Java and Luzon*, Princeton University, 1988, 320 pp. (8,9)
Gaikwad, V.R., *The Anglo-Indians. A Study in the Problem and Processes Involved in Emotional and Cultural Integration*, Londres, Asia Pub. House, 1967, 296 pp. (4)
Galissot, R., cf. *Abd el-Krim*. (3,5,8)
Gallo, Max, *L'affaire d'Éthiopie*, París, Éd. du Centurion, 1967. (3)
Gammer, Moshe, "Was Klüge von Klugenau Shamil's Desmichels?", *CMRS (Cahiers du monde russe et soviétique)*, 1992. (3,4)
Gandhi, M.K., *Expérience de vérité*, París, Éd. du Seuil, 1950, 678 pp. (8,9)
Ganiage, Jean, *Les Origines du protectorat français en Tunisie*, París, PUF, 1959. (3)

_____, *Histoire contemporaine du Maghreb de 1830 à nos jours*, París, Fayard, 1994, 822. (**4,9**)

Grasoïan, Nina, "L'indépendance retrouvée. Royaume du Nord et Royaume du Sud, IXe-XIe siècle", en *Histoire des Arméniens*, colectivo bajo la dirección de G. Dedeyan, Tolosa, Privat, 1982, 704 pp., pp. 215-247. (**1**)

Gautier, Arlette, *Les Soeurs de la solitude*, París, Éd. du Cerf, 1985. (**4**)

Gautier, E.F., *L'Afrique blanche*, París, Fayard, 1939, 320 pp. (**1,4**)

Geiss, Immanuel, *The Panafrican Movement*, Londres, Methuen, 1974, 570 pp. (**8**)

Gellner Ernest, "Pouvoir politique et fonction religieuse dans l'Islam marocain", *Annales*, 1970-3, p. 699-714. (**8**)

Gernet Jacques, "Problèmes d'acclimatation du christianisme dans la Chine du XVIIe siècle", en Forest, p. 35-47. (**2**)

_____, *Chine et Christianisme, action et réaction*, París, Gallimard, 1982, 320 pp. (**2**)

Gerrit, W. Gong, *The Standard of Civilization in International Society*, Londres, Clarendon, 1984, 268 pp. (**1,11**)

Girardet, Raoul, *L'idée coloniale en France 1871-1962*, París, La Table Ronde, 1972, 338 pp. (**1,10**)

Gurand, François, "Viol et société coloniale; le cas de la Nouvelle Espagne au XVIIIe siècle", *Annales*, 1986-3, pp. 625-639. (**4**)

Girault René, *Diplomatie européenne et impérialisme* (en colaboración), París, Belin, 1979-1990. (**1,3**)

Godement, François, *La Renaissance de l'Asie*, París, Odile Jacob, 1993, 380 pp. (**8,9,11**)

Godinho V. Magalhaes, *L'Économie de l'Empire portugais aux XVe et XVIe siècles*, París, EHESS, 1969.

_____, *Les Découvertes, XVe, XVIe: une révolution des mentalités*, París, Autrement, 1990. (**1,2**)

Goitein S.D., "From the Mediterranean to India", *Speculum*, 29, 1954, pp. 181-197. (**1,2**)

Gollwitzer, Heinz, *L'Impérialisme de 1880 à 1918*, París, Flammarion, 1970 (ed. inglés 1969), 216 pp. (**1,3,5**)

Gourou, Pierre, *Les pays tropicaux*, París, PUF, 1947, reed. 1966, 270 pp. (**4**)

Greenberger Allen, J., *The British Image of India: a Study in the Literature of Imperialism, 1880-1960*, Oxford University Press, 1969, 234 pp. (**4,5**)

Gruzinski Serge, *La colonisation de l'imaginaire. Sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol des XVIe-XVIIIe siècles*, París, Gallimard, 1988, 375 pp. (cf. asimismo a Bernaud y Gruzinski). (**4,6**)

Guillebaud, J.-Claude, *Les confettis de l'Empire*, París, Éd. du Seuil, 1976, 250 pp. (**11**)

Hagége, Cl., *Le Souffle de la langue. Voies et dessins des parlers d'européens*, París, Odile Jacob, 1992, 286 pp. (**general**)

Halévy E., *Histoire du peuple anglais au XIXe siècle*, París, Hachette, 1926, vol. 1, 2 y epílogo. (**1**)

Hammond, Ch. T., *The Anatomy of Communist Takeovers* (prefacio de C.E. Black), Yale University Press, 1975, 660 pp. (3)

Hamnett Brian, R., *Politics and Trade in Southern Mexico*, Cambridge Latin America Studies, 1971, 214 pp. (4)

Hamoumou, Mohamed, *Et ils sont devenus harkis*, París, Fayard, 1993, 364 pp. (9)

Harbi, Mohammed, *Archives de la révolution algérienne*, Jeune Afrique, 1981, 585 pp. (9)

Hargreaves, John, *Decolonization in Africa*, Londres, 1988. (**general**)

Harrison, J.B., "Five Portuguese historians", in *Historians of India, Pakistan and Ceylan*, Oxford University Press, 1961, pp. 155-170. (1)

Hauser, H. y A. Renaudet, *Les débuts de l'âge moderne*, París, Alcan, 1929, 634 pp. (2)

Heers, J., *Christophe Colomb*, París, Hachette, 1981. (1,2)

Hennebelle, Guy y Catherine Ruelle, *Cinéastes d'Afrique noire*, *Cin'action*, 1980. (6)

Histoire de l'Empire ottoman, bajo la dirección de Robert Mantran, París, Fayard, 1989, 806 pp. (sobre todo los capítulos redactados por N. Baldiceami, G. Veinstein, A. Raymond). (8)

History and Underdevelopment, bajo la dirección de L. Blussé, H.L. Wesseling, G.D. Winius, Leyde, MSH, 1980, 160 pp. (artículos de P. Bairoch, Van Dam, Zhang-Zhi-Lian). (11)

Hobsbawm, Eric, *The Age of Empire*, 1987 [ed. en esp., *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor, 1988, 392 pp.] (1,3)

Hodeir, Catherine y Michel Pierre, *L'Exposition coloniale*, Bruselas, Complexe, 1991, 170 p. (6)

Holland, Robert, *European Decolonization 1918-1981, an Introduction Survey*, Londres, 1985. (**general**)

Hourani, Albert, *Histoire des peuples arabes*, París, Éd. du Seuil, 1993, 710p. (**general**)

Hughes, Robert, *The Fatal Shore* (autraliano), Pan Books, 1988, 688 pp. (4)

Huttenbach, H.R. (ed.), *Soviet Nationality Policies, Ruling Ethnic Groups in the URSS*, Mansell, 1990, 302 pp. (4)

Ienaga, Saburo, *The Pacific War, 1931-1945, a Critical Perspective on Japan's Role in WW II*, ed. inglesa N.Y., Pantheon Books, 1978, 318 pp. (Tokio 1968). (3,9)

Images et colonies (1880-1962), bajo la dirección de N. Bancel, P. Blanchard y L. Gervereau, París, ACHAC, 1993, 304 pp., 800 ill. (5)

Ishizawa, Y., cf. Forest.

Jaulin, Robert, *La paix blanche (introduction à l'ethnocide)*, París, Éd. du Seuil, 1970. (2)

_____, *le Livre blanc de l'ethnocide en Amérique*, París, Fayard, 1972 (colectivo, sobre todo J. Piel), 432 pp. (2)

Julien, Ch.-A. (bajo la dirección de), *Les techniciens de la colonisation, XIXe, XXe siècle*, París, PUF, 1947, 320 pp. (3)

_____, "Bugeaud", en *Les techniciens de la colonisation, XIXe, XXe siècle*, pp. 55-75. (3)

_____, *L'Afrique du Nord en marche. Nationalismes musulmans et souveraineté française*, París, Julliard, 1952, nueva ed., 1972, 440 pp. (**8,9,10**)

Julliard, Jacques, *La IVe République*, París, Calmann-Lévy, 1968, 378 pp. (**9,10**)

Kabou, Axelle, *Et si l'Afrique refusait le développement...*, París, L'Harmattan, 1991, 160 pp. (**11**)

Kalfon, P. y J. Leenhart, *Les Amériques latines en France*, París, Gallimard, 1992, 156 pp. (**12**)

Kappeler, Andreas, *La Rusie, Empire multi-ethnique*, París, Institut d'études slaves-Irenise, 1994. (**general**)

Kaspi, André, *L'Indépendance américaine, 1763-1789*, París, Gallimard-Julliard, "Archives", 1976, 250 pp. (**7**)

Kato, Eiichi, "Adaptation et élimination. Comment le christianisme a-t-il été reçu au Japon", in Forest, pp. 79-105. (**2**)

Kniebiehler, Yvonne y Régine Goutalier, "Femmes et colonisation", in *Rapport terminal au ministère des Relations extérieures et de la Coopération, Études et Documents*, Institut d'histoire des pays d'Outre-Mer, Aix-en-Provence, 1987, 356 pp. (**6**)

Kolarz, Walter, *Russia and her Colonies*, Londres, Philip, 1952, 354 pp. (**3**)

Korinmann, Michel, *Deutschland uber alles*, París, 1999.

Kurz, B.G. y E.I. Kypy, *Relaciones ruso-chinas en los siglos XVI, XVII y XVIII*, ed. del Estado de Uzbek (en ruso), 1929. (**3**)

Lacouture Simonne y Jean, *L'Égypte en mouvement*, París, Éd. du Senil, 1956, 470 pp. (**8,10**)

Lacouture Jean, *Hô Chi Minh*, París, Éd. du Seuil, 1967, 252 pp. (**9**)

Lagana, Marc, *Le parti colonial français*, Quebec, 1990, 188 pp. (**2**)

Landes, David S., *Banquiers et pachas, finance internationale et impérialisme en Égypte*, París, Albin Michel, 1993, p. (**3**)

Lanternari, Vittorio, *Les mouvements religieux des peuples opprimés*, París, Maspero, 1963. (**8**)

Laqueur, W.Z., *Communism and Nationalism in the Middle East*, Londres, Routlegde, 1956, 362 pp. (**8**).

Laran, U. y J. Saussay, *La Russie ancienne*, prefacio de F. Braudel, París, Masson, 1975, 334 pp. (**1,3**)

Laroui, Abdallah, *L'histoire du Maghreb*, París, Maspero, 1970, 390 pp. (**6**)

_____, *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain, 1830-1912*, París, Maspero, 1977, 482 pp. (**8**)

Lavrin, Asuncion, "Women in Spanish American colonial society", *The Cambridge History of Latin America*, II, pp. 321-357. (**4**)

Lesure, Michel, *Lépante*, París, Julliard, "Archives", 1972, 280 pp. (**1**)

_____, "La France et le Caucase à l'époque de Chamil, à la lumière des dépêches des consuls français", *CMRS* XIX (1 y 2) junio de 1978, pp. 5-65. (**3**)

Le Thanh, Khoi, *Le Viêt-nam, histoire et civilisation*, París, Ed. de Minuit, 1954, 584 pp. (**6,8**)

Lévi-Strauss, Claude, *Histoire de lynx*, París, Plon, 1991, 364 pp. (**2**)

Lewis, Bernard, *Race et couleur en pays d'Islam*, París, Payot, 1982 (ed. original Harper and Row, 1971). (**5**)

_____, *Comment l'islam a découvert l'Europe*, París, La Découverte, 1984 (ed. en inglés. 1982). (**1,2**)

_____, "Watan", *Journal of Contemporary History*, 1991, 3-4, pp. 523-535. (**8**)

Lichtheim George, *De l'impérialisme*, París, Calmann-Lévy, 1972, 266 pp. (ed. original *Imperialism*, Praeger, 1971). (**1**)

Lisbonne hors les murs (1415-1580, l'invention du monde par la navigation), dirigido por Michael Chandeigne, París, Autrement, 1990, 285 p. (sobre todo los artículos de Paul Teyssier, Luis de Albuquerque y Annie Marquès dos Santos y Joa Rocha Pinto). (**1,2**)

Lombard, Denys, *Le carrefour javanais*, París, EHESS, 1990, 3 vol.: 267, 423, 337 pp. (**3,4,8**)

Low, D.A., *Eclipse of Empire*, Cambridge University Press, 1991, 380 pp. (**9,10,11**)

Lyons, Maryinez, "Sleeping sickness, colonial medecine and imperialism: some connections in Belgian Congo", en *Disease*, pp. 242-257. (**4**)

Mac Leod, Roy y Milton Lewis, *Disease, Medecine and Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 1988, 340 pp. (**4**)

Machkin, M.N., *Los socialistas franceses y los demócratas frente a la cuestión colonial, 1830-1871*, Moscú, 1981, 316 pp. (en ruso). (**5**)

Madjarian, Grégoire, *La question coloniale et la politique du parti communiste français, 1944-1947*, París, Maspero, 1977, 278 pp. (**8**)

Mahn Lot, Marianne, *La Découverte de l'Amérique*, París, Flammarion, 1970, 140 p. (**1,2**)

Maitra, Kiran, *Roy Comintern and Marxism in India*, Calcuta, 1991, 280 pp. (**9**)

Malowist, Marian, "Un essai d'histoire comparée: les mouvements d'expansion en Europe aux XVe et XVIe siècles", *Annales E.S.C.*, 1962-5. (**1,2**)

Manchester, William, *Winston Churchill, rêves de gloire, 1874-1932*, París, Laffont, 1985, 792 pp. (**10**)

Mandouze, André, *La Révolution algérienne par les textes*, París, Maspero, 1965. (**9**)

Mannoni, O., *Psychologie de la colonisation*, París, Éd. du Seuil, 1961. (**5**)

Mantran, Robert, *Histoire de l'Empire ottoman*, París, Fayard, 1989, 810 pp. (**general**)

Marcovich, Anne, "French colonial medecine and colonial rule", en *Disease*, pp. 103-119. (**4**)

Margarido, Alfredo, "La décolonisation", en *L'Histoire, de 1871 à 1973*, bajo la dirección de Marc Ferro, pp. 144-170, París, *Les dictionnaires du savoir moderne*, 1971. (**general**)

_____, "Réciprocité paysanne au Brésil", *Annales*, 1974-6; así como los informes en la misma revista (1970-1980). (**4**)

Markovits, Cl. (bajo la dirección de), *Histoire de l'Inde moderne (1480-1950)*, París, Fayard, 1994, 728. (**general**)

Markovitz, Cl., "L'Inde coloniale: nacionalisme et histoire", *Annales E.S.C.*, 1982-4, pp. 648-670. (**8,9**)

Marks, Shula y Neil Andersson, "Typhus and social control: South Africa 1917-1950", en *Disease*, pp. 257-284. (**4**)

Marr, David G., *Vietnamese Anticolonialism*, Berkeley, U.P., 1971, 322 pp. (**6,9**)

Marseille, Jacques, *Empire colonial et capitalisme français. Histoire d'un divorce*, París, Albin Michel, 1985, 462 pp. (**10**)

Maspero, François, *L'honneur de Saint-Arnaud*, París, Plon, 1993, 438 pp. (**3**)

Mauro, F., "Voyages de découvertes et premières colonisations: les comportements portugais et français comparés", en Colloque de Lisbonne, junio de 1991. (**1**)

M'Bokolo, Elikia, *Afrique noire, histoire et civilisation*, t. II, *XIXe-XXe siècle*, París, Hatier Aupelf, 1993, 576 pp. (**general**)

Merle, Marcel, *L'anticolonialisme européen de Las Casas à Marx*, París, Colin, 390 pp. (**5**)

Meyer, J.-A., *La Révolution mexicaine*, París, Calmann-Lévy, 1972. (**7**)

Meyer, Jean, *L'Europe et la Conquête du monde, XVIe-XVIIIe siècle*, París, Colin, 1990, 368 pp. (antiguamente: *L'Europe et les Autres, de Cortès à Washington*, París, Colin, 1975). (**general**)

Michel, Marc, *Décolonisation et émergence du Tiers-Monde*, París, Hachette, 1993, 280 pp. (**general**)

Miège, J.-P., *Expansion européenne et Décolonisation de 70 à nos jours*, París, PUF, 1973 (**general**)

Moquin, W. y C. Van Doren, *A Documentary History of the Mexican-Americans*, Praeger, 1971, 510 pp. (**6**)

Morazé, Charles, *Les bourgeois conquérants*, París, Colin, 1957, 486 pp. (**3**)

Mormanne, Thierry, "Le problème des Kouriles, pour un retour à Saint-Pétersbourg", *Cipangu*, Cahiers d'études japonaises, París, INALCO, 1, junio de 1992, pp. 59-90. (**3**)

Morner, Magnus, *Le métissage dans l'histoire de l'Amérique latine*, prefacio de H. Favre, París, 1971, 209 pp. (**4**)

Morris Jones, W.H. y George Fischer, *Decolonization and After*, Londres, Frank Cass., 1976. (**general**)

Mouradian, Claire, *L'Arménie soviétique de Staline à Gorbatchev*, París, Ramsay, 1991, 360 pp. (**9**)

Mus, Paul, *Vietnam, sociologie d'une guerre*, París, Éd. du Seuil, 1951. (**9**)

Mutwa, Credo, *My People*, Londres, Bland, 1969 (Sudáfrica), 257 pp. (**2,6**)

Myrdal, G., *Le drame de l'Asie, enquête sur la pauvreté des nations*, París, Éd. du Seuil, 1968, 408 pp. (**11**)

Naraghi, Ehsan, *Enseignement et changements sociaux en Iran du VIIe au XXe siècle*, París, M.S.H., 1992, 224 pp. (**4,8**)

Nehru, P.J., *Ma vie et mes prisons*, París, Denoël, 1952. (7)
Neil, Bruce, *Portugal the East Empire*, Vancouver, David et Charles, 1975, 160 pp. (9)
Ninomiya, Hiroyuki, "L'époque moderne", pp. 301-325, en *Histoire du Japon*, bajo la dirección de Francine Horail, Lyon, Horwath, 1990, 630 pp. (2)
Nkrumah, Kwame, *Neo-Colonialism, the Last Stage of Imperialism*, Londres, 1965-1971, 250 pp. (11)
Nolde, Boris, *La formation de l'Empire russe, études, notes, documents*, París, Institut des Études Slaves, 1952, 2 vol., 276 y 300 pp. (2,3)
Nora, Pierre, *Les Français d'Algérie*, París, Julliard, 1961, 250 pp. (4)
Nouschi, A., *La naissance du nationalisme algérien*, París, Éd. de Minuit, 1962, 164 pp. (9)
Ortiz, José A., "La conquête des pays du Rio de la Plata", en *Les 500 années* (cf. Bocanegra), pp. 73-78. (2)
Panikkar, K.M., *L'Asie et la domination occidentale*, París, Éd. du Seuil, 1952. (6).
_____, *Histoire de l'Inde*, París, Fayard, 1958. (**general**)
París, Robert, "Sur Mariategui", *Annales*, 1968. (9)
Park, Mungo, *Voyage à l'intérieur de l'Afrique (1800)*, París, Maspero, 1980, 354 pp. (1)
Paton, Alan, *Pleure, ô mon pays bien-aimé*, París, 1955. (6)
Paudrat, J.-L., "Afrique", en *Le primitivisme dans l'art du XXe siècle*, bajo la dirección de W. Rubin, París, Flammarion, 1984, reed. 1987, pp. 125-145. (11)
Payne, Robert, *Gandhi*, París, Éd. du Seuil, 480 pp. (9)
Pearson, M.N., *The Portuguese in India*, Londres, 1987, 180 pp. (2)
Pelissier, René, *Le naufrage des caravelles. Étude sur la fin de l'Empire portugais*, Éd. Pelissier, 78630 Orgeval, 1979. (9)
Person, Yves, *Samori, une révolution Dyula*, Dakar, IFAN, 1968-1975, 3 vol., 2 378 pp. (6)
Pierre, Michel, *Terre de la grande punition, la Guyane*, París, Ramsay, 1982, 316 pp. (4)
Pipes, Richard, *The Formation of the Soviet Union Communism and Nationalism, 1917-1923*, Harvard University Press, 1957, 356 pp. (4)
Platonov, S.F., "Inozemci na russkom severe (XVIe-XVIIIe)", en *Ocerki po istorii Kolonizacii severa i Sibiri*, Petrogrado, 1922, 136 pp. (pp. 5-17). (2)
Politiques d'expansion impérialiste (Les) (bajo la dirección de Chr.-A. Julien), París, PUF, 1947. (3)
Pouchepadass, J., *L'Inde au XXe siècle*, París, PUF, 1975, 214 pp. (**general**)
Pouchepadass, J. y H. Stern "De la royauté à l'État dans le monde indien", intr. al núm. 13 de *Purusartha*, 1991; París, EHESS, pp. 9-25 (1,7)
Prunier, Gérard, "L'Égypte et le Soudan (1820-1885). Empire tardif ou proto-colonisation en Afrique occidentale?", *Hérodote*, 2do-3er trimestre, 1992, pp. 169-191. (3,8)
Queiroz Mattoso, Katia, "Les marques de l'esclavage africain", en *L'Amérique*

du Sud aux XIXe et XXe siècles, bajo la dirección de Henri Rivière d'Arc.
Quested, R.K.I., *The Expansion of Russia in East Asia, 1857-1860*, Kuala Lumpur, Oxford University Press, 1968, 340 pp. (3)
Racisme et société (bajo la dirección de P. de Comarmond y Cl. Duchet), París, Maspero, 1969, 352 pp. (4)
Ramasubban, Radhika, "Imperial health in British India", en *Disease*, pp. 38-60 (4)
Ramos Guerreiro, *Sociologia critica brasileira*, Rio de Janeiro, 1957. (4)
Randles, W.G.L., "Les Portugais en Angola: de la traite à la colonisation", *Annales*, 1969-2, pp. 289-305. (4)
_____, "Échanges de marchandises et échanges de dieux, ou chassé-croisé culturel entre Européens et Bantu", *Annales E.S.C.*, julio-agosto de 1975, pp. 635-653. (4)
_____, "'Peuples sauvages' et 'États despotiques'. La pertinence, au XVIe siècle, de la grille aristotélicienne pour classer les nouvelles sociétés révélées par les découvertes au Brésil, en Afrique et en Asie", en Colloque "Descobrimientos...", Lisboa, 1991. (1,4)
Rani, *Abbakka*, Bombay, IBHE, 1980, éd. Michandani, 30 pp. (2)
Raulin Henri, "Psychologie du paysan des tropiques", *Études rurales*, 7, 1962, pp. 59-83. (1,4)
Raymond, André, "Les provinces arabes", en Mantran, pp. 341-421. (8)
_____, *Le Caire*, París, Fayard, 1993. (8)
Reappraisals in Overseas History, P.C. Emmer y H.L. Wesseling (eds.), Leiden University Press, 1979, 246 pp. (**general**)
Rémond, René, *Introduction à l'histoire de notre temps*, París, Éd. du Seuil, 1970-1974, 3 vol. (**general**)
Richards, Jeffrey, *Visions of Yestarday*, Londres, Routledge, 1973. (5)
Ridley, Hugh, *Image of Imperial Role*, Londres, Groow-Helm, 1983, 180 pp. (5)
Rioux, J.-P., *La guerre d'Algérie et les Français* (coloquio, bajo la dirección de), París, Fayard, 1990. (5,9,10)
Rioux, J.-P. y J.-F. Sirinelli, *Les intellectuels français et la guerre d'Algérie*, Bruselas, Complexe, 1991. (5,9,10)
Rivet, Daniel, "Le commandement français et ses réactions vis-à-vis du mouvement rifain", en *Abd el-Krim*, p. 101-137. (5)
Rivière d'Arc, H. (bajo la dirección de), *L'Amérique du Sud aux XIXe et XXe siècles*, París, Colin, 1993, 270 pp. (11)
Rizzi, B., *La bureaucratisation du monde*, París, 1939. (11)
Rodinson, Maxime, "Racisme, xénophobie, ethnisme", en *L'Histoire*, bajo la dirección de Marc Ferro, CEPL, 1971, t. 1, pp. 392-411. (1,4)
_____, *Marxisme et monde musulman*, París, Éd. du Seuil, 1972, 680 pp. (8)
_____, *L'Islam politique et croyances*, París, Fayard, 1993, 320 pp. (**general**)
Romano, Ruggiero, *Les mécanismes de la conquête coloniale. Les conquistadores*, París, Flammarion, 1972, 180 pp. (2,3)

Rose Deborah Bierd, *Hidden Histories (Black Stories from Victoria River Downs, Humbert River and Wave Hill Stations)*, Canberra, Aboriginal Studies Press, 1991, 268 pp. (**4,5**)

Rosstiskie, *Putesestvenniki v. indii* (siglos XIX y XX) (Viajeros en India), Moscú, 1990, 300 pp. (**2**)

Rouet, J., "Des puritains aux yankees", *Annales E.S.C.*, 1973, pp. 1131-1142. (**7**)

Rowbotham, Sheila, *Féminisme et révolution*, París, Payot, 1972, 316 pp. (**5**)

Roy, P. y D. Perrot, *Ethnocentrisme et histoire*, París, Anthropos, 1975, 375 pp. (**general**)

Sarinov, J., *La lutte des travailleurs du Tadjikistan pour le renforcement du pouvoir soviétique pendant la période d'activité du Comité révolutionnaire de la République de Tadjikistan*, Stalinabad, 1955, 2 vol., 83 pp. (**4**)

Saul, S.B., *Studies in British Overseas Trade 1870-1914*, Liverpool, 1960, 246 pp. (**3**)

Schreuder, D.M., *The Scramble for Southern Africa, 1877-1895. The Politics of Partition Reappraised*, Cambridge University Press, 1980, 386 pp. (**3**)

Schumpeter, Joseph, "Zur Soziologie der Imperialism", *Archiv für Sozialwissenschaft und social Politik*, 46, p. 1-39 y 275-310, 1941; trad. fr. *Impérialisme et classes sociales*, presentación de J.-Cl. Passeron, París, Éd. de Minuit, 1972. (**1**)

Seton, Watson H., *Nations and States, an Enquiry into the Origin of Nations and the Politics of Nationalism*, Londres, Methuen, 1977, 564 pp. (**general**)

Sicroff, Albert A., *Les controverses des statuts de "pureté de sang" en Espagne du XVe siècle au XVIIe siècle*, París, Didier, 1960, 318 pp. (**4**)

Siegfried André, *La crise britannique au XXe siècle*, París, Colin, 1931, 216 p. (**10**)

_____, "A. Wakefield", en *Les techniciens de la colonisation*, pp. 175-194 (**3**)

Singer, Barnet, "Lyautey", *Journal of Contemporary History*, 26-1, enero de 1991, pp. 131-159. (**3**)

Sivan, Emmanuel, "Modern Arab historiography of the crusades", *Asian and African Studies*, VIII, 1972, pp. 109-149. (**1**)

Slavin, D.H., "The French left and the Riff war 1924-1925; racism and the limits of internationalism", *Journal of Contemporary History*, 26-1, enero de 1991, pp. 5-32. (**5,6**)

Soinbaelv, T.J., "K Voprosy o prisoedinenii srednego juza k Rossii", en *Vorposy istorii Kazakhstana i vostocnogo Turkestana*, pp. 41-60, Alma Ata, 1962, 206 pp. (**4**)

Soustelle, Jacques, *Aimée et souffrante Algérie*, París, Plon, 1963. (**7,9**)

Souyri, Pierre, *La dynamique du capitalisme au XXe siècle*, París, Payot, 1983, 270 pp. (**1,11**)

Souyri, Pierre-François, "Une forme originale de domination coloniale: les japonais et le Hokkaido avant l'époque Meiji", París, Irenise (en prensa). (**2**)

Spear, Percival, *The Nababs, a Study of the Social Life of the English in XVIIIth. Century India*, Oxford University Press, 1963, 212 pp. (**4,5**)

_____, *The Oxford History of Modern India 1740-1947*, Oxford University Press, 1965, 426 pp. (**general**)

Spring Derek, W., "Russian imperialism in Asia in 1914", *Cahiers du monde russe et soviétique*, 3-4, julio-diciembre de 1979, pp. 305-322. (3)

Stengers, Jean, *Congo, mythes et réalités*, Lovaina, Duculot, 1989. (10)

Stora, Benjamin, *Messali Hadj, 1878-1974*, París, Le Sycomore, 1982, 300 pp. (9.10)

_____, *Histoire de la guerre d'Algérie*, París, La Découverte, 1992, 160 pp. (9,10)

Szyliowicz, Joseph S., *Education and Modernization in the Middle East*, Ithaca, Cornell University Press, 1973, 478 pp. (8)

Tardits, Cl., "La scolarisation des filles au Dahomey", *Cahiers d'études africaines*, 1962, 10, pp. 266-288. (4)

Tawney, R.H., *Religion and the Growth of Capitalism*, Londres, 1950. (1)

Taylor, W.B., *Landlord and Peasant in Colonial Oaxaca*, Standford University Press, 1972, 287 pp. (4)

_____, *Drinking, Homicide and Rebellion in Colonial Mexican Villages*, Standford University Press, 1979 [ed. en esp., *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987] (4)

Techniciens de la colonisation (Les), XIXe-XXe siècle, bajo la dirección de Charles-A. Julien, París, PUF, 1947, 324 pp. (3)

Ter Minassian, A., "Le mouvement révolutionnaire arménien", *Cahiers du monde russe et soviétique*, 3 y 4, 1974. (9)

Terray, Emmanuel, "Asante au XXe siècle", *Annales E.S.C.*, marzo-abril de 1977, pp. 311-325. (3,5)

Thobie, Jacques, *La France impériale*, t. 1, *1880-1911*, primer volumen del colectivo, J. Bouvier, R. Girault, J.T., París, Megrelis, 1982, 326 pp. (3)

_____, *Ali et les 40 voleurs*, París, Messidor, 1985, 372 pp. (3)

Thornton, John, *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1680*, Cambridge University Press, 1992, 309 pp. (5,6)

Thrupp, S.L., "Millenian dreams in action. Essays in comparative study", *Comparative Studies in Society and History*, suplemento 2, 1962, p. 11-31. (8)

Todorov, Tzvetan, *La conquête de l'Amérique, la question de l'autre*, París, Éd. du Seuil, 1982, 280 pp. [ed. en esp., *La conquista de América, el problema del otro*, México, Siglo XXI, 1987](2)

Touchard, Jean, *Le Gaullisme, 1940-1969*, París, Éd. du Seuil, 1978, 370 pp. (10)

Trigger, Bruce, *Les indiens, la fourrure et les blancs. Français et amérindiens en Amérique du Nord (natives and newcomers)*, Boréal-Éd. du Seuil, 1985, 537 pp. (2)

Tsypkin, G.V., *Etiopía en las guerras anticoloniales*, Moscú (en ruso), 1988, 311 pp. (3)

"Un Algérien raconte sa vie", en *Socialisme ou Barbarie*, 1959, 28 y 29. (4)

Valensi, Lucette, *Le Maghreb avant la prise d'Alger*, París, Flammarion, 1969, 142 pp. (1)

_____, *Fellahs tunisiens. L'économie rurale et la vie des campagnes aux XVIIIe et XIXe siècles*, La Haya-París, Mouton, 1977, 422 pp. (4)

_____, *Fables de la mémoire. La glorieuse bataille des 3 rois*, París, Éd. du Seuil, 1992, 280 pp. (1)

Van Onselen, Charles, "Paternalisme et violence dans les fermes du Transvaal de 1900 à 1950", *Annales E.S.C.*, enero-febrero de 1992, 1, pp. 5-53. (4,7)

Veinstein, Gilles, "L'Empire ottoman dans sa grandeur", en Mantran, pp. 159-227. (8)

Vergès, Jacques Me, *De la stratégie judiciaire*, París, Éd. de Minuit, 1968, 212 pp. (5)

Vernadsky, George, *A Source Book for Russian History from Early Times to 1917*, Yale, 1972, 3 vol. (**general**)

Vidal-Naquet, Pierre, *La Torture dans la République*, París, Éd. de Minuit, 1972. (5)

Vigie, Marc, *Dupleix*, París, Fayard, 1992. (3)

Vincent, Bernard, *1492, "l'année admirable"*, París, Aubier, 1991, 226 pp. (1,4)

"Violences et non-violences en Inde", bajo la dirección de D. Vidal, G. Tarabout, E. Meyer, *Purusartha 16*, París, EHESS, 1994, 288 pp. (8)

Viollis, Andrée, *L'Afrique du Sud, cette inconnue*, París, Hachette, 1948, 254 pp. (4)

Wachtel, Nthan, "La vision des vaincus, la conquête espagnole dans le folklore indigène", *Annales E.S.C.*, 1967-3, pp. 554-586. (6)

_____, *Le retour des ancêtres. Essai d'histoire régressive*, París, Gallimard, 1990, 690 pp. (6)

Wallerstein, Immanuel, *The Modern World System*. I. *Capitalism Agriculture and the Origins of the European World Economy in the 16th. Century*, Academic Press, 1974, 412 pp. [ed. en esp., *El moderno sistema mundial*. I. *La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1979] (2,3)

_____, *The Modern World System*, II. *Mercantilism and the European World Economy 1600-1750*, Academic Press, 370 pp. [ed. en esp., *El moderno sistema mundial*. II. *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, México, Siglo XXI, 1984](2,3)

_____, *The Modern World System*, III. *The Second Era of the Capitalist World Economy 1730-1840*, Academic Press, 1989, 370 pp. [ed. en esp., *El moderno sistema mundial*. III. *La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, México, Siglo XXI, 1998](1,2,3)

Wandjuk, Marika, *The Aboriginal Children's History of Australia*, Melbourne, 1977, 150 pp. (4)

Weber, Eugen, *La fin des terroirs. la modernisation de la France rurale*, París, Fayard, 1983, 840 pp. (**general**)

Werth, Alexander, *France 1940-1955*, Londres, Robert Hale, 1956, 764 pp. (9)

Westermann, D., *Autobiographies d'Africains*, París, Payot, 1943, 336 pp. (6)

Wicks, I., *Asante in the 19th. Century*, Cambridge University Press, 1975, 800 pp. (3,5)

Wieviorka, Michel, *Sociétés et terrorisme*, París, Fayard, 1988, 566 pp. (9)

Winock, Michel, *La République se meurt, chronique 1956-1958*, París, Éd. du Seuil, 1978, 258 pp. (9, 10)

Wobeser, Gisela von, *La formación de la hacienda en la época colonial. El uso de la tierra y el agua*, México, UNAM, 1983, 212 pp. (4)
Woeikof, A., *Le Turkestan russe*, París, Colin, 1914, 360 pp. (3)
Wood, Gordon S., *The Creation of the American Republique 1776-1787*, The University of North Carolina, 1969. (7)
Wray, Harold, *Changes and Continuity in Japanese Image of the Kokutai and Attitudes and toward the Outside World*, Hawai, University of Manoa, 1971, *Roles* (3)
Yacine, Kateb, *Nedjma*, y su teatro, París, Éd. du Seuil, 1954. (4)
Yazawa, Toshihiko, "Une analyse des persécutions du catholicisme en Chine", en Forest, pp. 31-47. (2)
Zorgbibe, Charles, *L'après-guerre froide dans le monde*, París, PUF, 1993, 128 pp. (11)

A estas obras, hay que agregar las antiguas y grandes colecciones, en particular *Peuples et Civilisation*, París, PUF, sobre todo los volúmenes IX, *La Prépondérance espagnole*, por H. Hauser; XI, *La Prépondérance anglaise*, por P. Muret; XVIII, *L'essor industriel et l'impérialisme colonial*, por M. Baumont. Así como:

Cambridge History of India (The), 1983, 2 vol.
Cambridge History of Islam (The), 1970, 804 p.
Cambridge History of Latin America (The), 1986, 2 vol.

ÍNDICES

Los índices indican los pasajes en los que se hace referencia a las personas o los lugares que constituyen esta historia.

ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAS

Abbakka, Rani (reina de los ullal), 49-50
Abbane, Ramdane, 364, 365
Abbas, Ferhat, 165, 182, 291, 318n, 353, 354, 356, 357-358, 363, 364, 386, 402
Abd Alrazeq, Alí, 313
Abd el-Aziz Taalbi, 307
Abd el-Kader, 32, 105, 113, 124, 125, 254
Abd el-Krim, 123, 254, 255
Abd el-Malek, 311
Abdallah Al-Nadim, 311
Abdo, Mohammed, 313
Adams, John Quincy, 31, 271
Adams, Samuel, 276
Afzal Kan, 334
Ageron, Charles-A., 253
Aggrey, Joseph, 320
Ahidjo, Ahmadou, 407-408
Ahmed, Mohammed, 102
Ait Ahmed, Hocine, 352, 353, 362
Akbar (emperador), 261
Akmed Kan, 209
Al-Ghûrî, 309
Alberro, Solange, 155
Albuquerque, Alfonso de, 26, 49-53, 82
Alejandro de Rodas, 128
Alejandro el Grande, 68, 208-209
Alejandro I (zar), 203
Alejandro II (zar), 142
Alejandro III (zar), 127
Alejandro VI Borgia (papa), 48-49, 62, 82
Alessandri (general), 331
Allal el-Fassi, 255, 350
Allende, Salvador, 374
Almagro, Diego de, 241
Almeida, don Francisco d', 52
Alsop, Houri (periodista norteamericano), 342
Amamullah (rey de Afganistán), 208
Amery (Lord), 385, 400
Amin Dada, 99
Amrouche, Jean, 405
Amselle, Jean-Loup, 298
Andrade, Mario Pinto de, 184, 367
Andropov, Yuri, 412
Annabella, 215n
Anson (almirante), 88
Antoun Sa'adah, 312
Apithy, 299
Apollinaire, Guillaume, 433
Arabi Pachá, 102
Arafa, Ben, 342, 351
Arboussier, Gariel d', 405-406
Archinard, Louis, 248
Argenlieu (almirante d'), 332, 402
Aristide (abad), 153
Aristóteles, 112, 219-220
Arkoun, Mohammed, 236
Arnault, Jacques, 231
Aron, Raymond, 382
Arturo (gobernador), 194-195
Assalé, 424
Atahualpa, 58, 60, 243
Ataturk, Kemal, 135, 204, 254, 432
Aurangzeb, 90
Auriol, Vincent, 347
Avicena, 208

Badian (autor dramático), 250
Badie, Mustafá, 252
Bagratian, 24
Bainville, Jacques, 315
Bairoch, Paul, 40, 428
Bakabé, Mahamane, 251
Bakunin, Mikhail, 430
Baldwin, Stanley, 399
Balfour (Declaración), 135
Bankimkandra Chatterjee, 262
Banning, Édouard, 120
Bantén (sultán de), 71
Bao-Dai (emperador de Anam), 297, 328-330, 343
Barangé (ley), 181
Barrat, Robert, 230-231
Barrès, Maurice, 112
Barros, João de, 31, 183
Bastide, Roger, 154
Bataillon, Marcel, 266
Battimansa (rey), 48
Baudelaire, Charles, 112
Baumont, Maurice, 248
Beauharnais (gobernador), 94
Bechara Khoury, 137
Béguin, Albert, 260
Behanzín (rey de Dahomey), 249
Behn Afbra (Mrs.), 221
Behr-Baudelin, Felix, 118
Belain d'Esnambuc, Pierre, 68
Belaúnde (presidente), 372
Bellounis (asunto), 365
Ben-Abi, Malek, 162
Ben Bella, Ahmed, 294, 363, 365, 366
Ben Gurión, 395,
Ben Khedda, Mohammed, 363
Benassar, Bartolomeo, 240
Benot, Yves, 97
Bentham, Jeremy, 192
Bernstein, Edward, 226
Berque, A., 77
Berque, Jacques, 232
Berryer, N.R., 93
Berthollet, Claude, 97
Besant, Annie, 337
Bessner (barón), 222
Béthencourt, Juan de, 19
Beti, Mongo, 425
Bezobrazov, A., 132
Bhave, Vinova, 339
Biaggi (abogado), 295
Bidault, Georges, 345, 382-383, 404, 405
Bigeard, Marcel (coronel), 365
Billon, Pierre, 215
Birla (dinastía de los), 299
Bismarck, Otto von (príncipe de), 104, 107-111, 118-120
Blachette, J., 293
Black, Eugène, 388
Blackstone, William, 276
Blum, León, 136
Bodin, Jean, 38
Bogomolov, Alejandro, 401
Bolivar, Simón, 279
Bonaparte, 97, 98, 153
Bonchamp (explorador), 111
Boniface, Philippe, 288, 351
Borbones (de España), 277-278
Borgeaud, Henri, 288, 293
Borgnis-Desbordes, J., 109
Boscawen (almirante), 91, 95
Bose, Chandra, 329, 339
Bouchon, Geneviève, 26-27, 50, 52
Boudiaf, Mohammed, 355, 362
Bougainville, Louis, 220
Boughedir, Ferid, 251
Boukman, 153
Boulainvilliers, Henri de, 223
Boulganin (mariscal), 396
Boumedienne, Houari, 319
Bourdet, Claude, 228-229, 230
Bourgès-Maunoury, Maurice, 394, 397
Bourget, Paul, 112

Bourguiba, Habib, 329, 347, 348, 351, 359, 386, 397
Bourlamaque (fisiócrata), 95
Boyce (doctor), 176-177
Boyer-Banse, 295
Braudel, Fernand, 25, 47, 70, 79
Brazza, Savorgnan de, 31, 106-111, 120, 433
Brezhnev, Leonid, 412
Brissot, Jean-Pierre, 224
Brisvert, G., 29
Brownlee (gobernador), 282
Brune, Georges, 347
Brunschwig, Henri, 110
Bugeaud, general, 112-114
Burdett, Wilfrid, 342
Burke, E., 34, 270, 376
Bussy, 91, 92
Butler, R.A., 338

Cabot, John (o Juan Caboto), 60-61, 72
Cabral, Amilcar, 324n, 367
Cabral, Pedro Álvares, 50
Caetano (general), 186
Cahen, Michel, 326
Cain, P.J., 39
Calixto III (Borgia), 82
Calleuchima, 238
Camoens, Luis de, 49-50, 220
Camus, Albert, 383, 403
Cão (Cam), Diego, 31, 47
Capillar, 64
Caprivi, Leo de (canciller), 110
Carey, William, 261
Carlos II (de España, Borbón), 87
Carlos III, 267, 277-278
Carlos V (de España), 38, 56, 220, 265
Carlyle, Thomas, 211
Carnatic (nabab de), 91, 92
Carpini, Giovanni di Plano, 260-261
Cartier, Jacques, 66, 67
Cartier, Raymond, 222, 382
Castro, Fidel, 368, 423-424
Castro, Josué de, 428
Catalina II (Rusia), 97-98, 199, 201, 202
Catroux (general), 136, 137, 292
Cavelier de La Salle, René Robert, 69
Césaire, Aimé, 16, 232, 320 ,402
Cetshwayo, 284-285
Chaka (rey de los zulúes), 187, 249, 250, 285
Challe (general), 366, 405
Chamberlain, Houston, 45
Chamberlain Joe, Joseph, 35, 43, 138
Chamfort, Sébastien, 212
Chamil (imán), 124, 125
Champlain, Samuel de, 30, 66, 67
Chancellor, Richard, 73
Chang Kai-chek, 318, 331, 338
Charner (almirante), 129
Chasseloup-Laubat (conde de), 129
Chataigneau, Yves (gobernador), 402
Chateaubriand, René de, 212
Châtelet, François, 231
Che Guevara, 324n
Chen Du Xiu, 306
Chernenko, Constantín, 412
Chesneaux, Jean, 170, 213
Chesterfield, P.D.S., 88
Chevallier, Jacques, 293
Cheverdnadze, 205
Chilembwe, John, 302
Choisseul (duque de), 91-96
Chomsky, Noam, 423-424
Chomyakov, 211
Choukri Kwaltly, 137
Chrétien, Jean-Pierre, 422
Churchill, Winston, 277, 329, 386, 391, 398-402

Clarke, Arden, 410
Clarkson, Thomas, 224
Clemenceau, Georges, 104, 130
Clemente XI (papa), 64
Clifford (gobernador), 439-440
Clive, Robert, 91
Clugny (señor de), 221
Cobden, Richard, 385
Cocteau, Jean, 433
Coen, Jan Pieterszoon, 71
Cogny o Coigny (general), 295
Cohen, Jean, 166, 231
Coillard, 303
Colbert, Jean-Baptiste, 38, 68
Colley, L., 33
Colman, R., 212
Colón, Cristóbal, 25-26, 31, 47, 54, 55, 66, 82-83, 145, 239
Colonna, Antoine, 288-289
Colonna, Fanny, 182
Condorcet, Marie-Jean de, 224
Confucio, 64
Conrad, Joseph, 212
Cook, James, 34, 193, 194
Cooper, Fenimore, 212
Coquery-Vidrovitch, Catherine, 302
Cornélis, P., 84
Cornevin, Marianne, 189
Cornwallis, Charles Mann, 158-159
Cortés, 55-60, 144, 238
Coty, René, 296
Court, sir Richard, 198
Cramb, J.A., 45
Crémieux, Isaac, 164-165, 253
Cripps, Stafford, 386, 400, 410
Crispi, Francesco, 133
Croker (novelista), 159
Crosby, A.W.Jr., 239
Crouzet, François, 377
Cugoano, Ottobah, 320
Cuneo, Miguel de, 55
Curtiz, Michael, 216
Curzon (Lord), 127, 157, 340, 384
Dalio, 215n
Dalton, Hugh, 379-380
Dan Xuan Khu (o Truong Chinh), 331
Daniel, Jean, 230
Darlan (almirante), 136-137
Darwin, Charles, 44
David, E., 227
Davidson, Alistair, 197
Dayan, Georges, 292
De Gasperi, Alcide, 344
De Klerk, 412
De Malten, 43-44
Debaghine, Lamine, 353
Debbasch, Yves, 151
Debré, Michel, 295-296, 402-403
Dechezelles, Yves (abogado), 230
Defferre, Gastón, 174, 384, 397, 406
Delany, Martin R., 322
Delcassé, Théophile, 105
Dentz (general), 136-137
Desmichels, Louis Alexis (barón), 124-125
Diagne, Blaise, 323
Díaz, Bartolomé, 48, 82
Dickens, Charles, 192
Dickinson, 270
Diêm, Ngô Dinh, 328, 343
Diez (dominico), 64
Dilthey, Wilhelm, 45
Diop, jeque Anta, 299
Disraeli, Benjamin, 35, 36, 104
Djalili (dinastía de los), 310
Djebar, Assia, 233
Don Sebastián, 20-21
Doriot, Jacques, 228, 255
Dost, Alí, 90
Doumer, Paul, 211, 257, 258
Drake, Francis, 73
Du Bois, W.E.B., 322, 323
Dubois (padre), 320
Duchet, Michèle, 221
Dulles, Foster, 388, 395

Dulmo, Fernão, 31
Dumas, Benoît, 90
Dumont, René, 421
Dundas, Henry, 156
Dupleix, Joseph-François, 90-93
Dupuis, Jean, 129, 130
Duvivier, Julien, 216
Dzerjinski, F., 371-372

Eanes, Gil, 48
Eden, Anthony, 314, 391, 392, 394, 398
Einstein, Carl, 433
Eisenhower, Dwight (general), 351, 396
El Hadj Omar, 114
Elení (reina de Etiopía), 25, 26
Elgey, Georgette, 292
Elkin, A.P., 193-194
Emín Pachá, 110, 118-119
Ennery (conde de), 221
Enrique el Navegante, 47, 79-82
Enrique IV (rey de Castilla), 19
Enrique IV (rey de Francia), 19
Enrique VII (rey de Inglaterra), 72
Ermak (el atamán), 76
Étienne (Eugène), 211
Eugenia (emperatriz), 393
Eyma, Xavier, 151

Faidherbe, Louis (general), 112, 114, 115,121
Faisal (rey), 135, 385
Fanon, Frantz, 14, 154, 160, 221-222, 232, 324, 411-412
Farès, Temfik, 252
Faruk (rey), 388
Faure, Edgar, 294, 352
Felipe II (rey de España), 24, 62, 83, 89, 220-221
Felipe V (rey de España), 87
Fénelon, François, 222
Fernando (rey de España), 144
Ferro, Marc, 167, 291-292
Ferry, Jules, 30, 33, 37, 104, 130, 138
Feyder, Jacques, 214
Fielding, Henry, 192
Figuères, Léo, 343
Firdusi, 208
Fleury (cardenal), 88
Forest, A., 63
Fosse, Eustache de La, 31
Fourcade, Marie, 44
Fourniau, Charles, 130
Francis (doctor), 357-358
Francisco de Asís, 260-261
Francisco José (emperador), 30
Francisco Xavier, 62, 65, 77, 260
Francisco I, 38, 66, 246
Franklin, Benjamín, 270
Freyre, Gilberto, 149-151, 184
Fromentin, Eugène, 99-100
Fujimori (presidente), 369

Gafurov, Bobozdhan G., 208-209
Gage (general), 271
Gaillard, Félix, 296
Galán, 278-279
Gallieni, Joseph (general), 111, 121, 248
Gama, Vasco de, *véase* Vasco de Gama
Gambetta, Leon, 103, 129-130
Gammer, 124
Gandhi, Mahatma, 166, 188, 226, 297, 329, 332-341, 395, 399
Ganiage, Jean, 103
García, Federico, 374
Garnier, Francis, 129, 130
Garvey, Marcus, 321-324
Gaspar de San Agustín (hermano), 438-439
Gauguin, Paul, 433
Gaulle, Charles de, 137, 230-231, 288-289, 295, 296, 330-332,

354-355, 366, 377, 383, 384, 398-408, 413, 425
Gautier, Arlette, 149
Geoffroy Saint-Hilaire, Étienne, 97, 150
Gernet, Jacques, 63
Ghartney, J.R., 321-322
Giap, Võ Nguyên, (general), 290, 328, 331-332, 342
Gibbon, Edward, 34
Gide, André, 112, 302
Giers (ministro), 126
Giesbert, Franz-Olivier, 293
Gilbert, Humphrey, 73-74
Girardet, Raoul, 32, 384
Giraud, F., 146
Giraud (general), 348
Givray, Claude de, 179
Gladstone, William Ewart, 104, 222, 385
Glubb, Pachá, 391, 394
Godeheu (comisario), 91
Gokhale, 262, 299
Goldmann, Annie, 232-233
Gómara, López de, 54
Gómes, Diego, 246
Gonzalo (camarada), *véase* Abimael Guzmán
Gorbachov, Mijail, 412, 416, 417, 419, 420
Gordon, Pachá, 34, 199, 102, 390-391
Gorchakov (príncipe canciller), 36
Gorter, Jan, 228
Gouraud (general), 248
Gran Mogol, 334, 335
Grant, Cary, 216
Grenville (Lord), 270
Grichka el enclaustrado, 199-200
Grimshew (informe), 172
Gruzinski, Serge, 242
Guesde, Jules, 226, 227
Guillaume (general), 350, 351
Guillermo I, 118
Guillermo II, 45, 106, 131-132, 136, 349, 423
Guohviren (el catequista), 65
Guzmán, Abimael, 369, 371

Habsburgo (dinastía de los), 24
Haffkine, Waldemar, 179
Haldane (Lord), 45
Halifax (Lord), *véase* Irwin (Lord)
Halperín-Donghi, Tulio, 421, 423
Hall, Prince, 322
Ham Nghi (emperador), 257
Hamnett, Brian R., 280
Hansi (llamado Jean-Jacques Walk), 30
Harbi, Mohammed, 355,362
Hariot, Thomas, 239
Harvard, 74
Hatta, Mohammed, 319
Hauteclocque, Jean de, 350
Haya de la Torre, Víctor, 319
Hein, Piet, 84
Helleu, Yves, 137
Henry, Patrick, 271
Hersant (prensa), 474
Herskovits y Frazier, 154
Herzog, Werner, 56
Hidalgo (cura), 156, 279
Hideyoshi, Shogun Toyotomi, 65, 78
Hildebrand, Rudolf, 37
Hilferding, R., 227
Hitler, Adolfo, 16, 137, 339, 391, 393, 399
Ho Chi Minh, 254, 318, 330-332, 342-344, 386, 402
Hoare Samuel (sir), 399
Hobson, J.A., 37, 226
Hogendorp, 439
Holden, Roberto, 368
Hopkins, A.G., 39
Houphouët-Boigny, Félix, 402, 406, 408

Houtman, 84
Huáscar, 58
Hughes, Robert, 192, 193
Hussein (jerife), 135, 314
Hyndman, 226
Hyppolite, Hector, 434

Ibn Al-Athir, 24
Ibn Battuta, 51
Ibn Seud, 391
Ibsen, Henrik, 99-100
Ieyasu, 77
Iraklievich, Jorge, 203
Irwin (Lord), 337, 399
Isabel (reina de España), 144
Isabel (de Inglaterra), 73
Ishizawa, Y., 63
Ismail, 99
Iturbide, Agustín de, 279
Iván III (de Rusia), 199
Iván IV (de Rusia), 75, 199

Jabavu, Tengo, 284
Jacobo I, 74
Jahangiri, G., 208
Jameson, 117
Jardim, Jorge, 287-2877
Jaurès, Jean, 226, 227, 435
Jefferson, Thomas, 271, 276, 321
Jenkinson, T., 73
Jinnah, Muhammad 'Ali, 340, 341
Joffre, Joseph (general), 248
Jomeini (imán), 431, 438
Jorge III (Inglaterra), 192
Jorge V (Inglaterra), 16
José II, 97-98
Jouhaud (general), 404
Jrushov, Nikita, 205
Juan (Reino del Preste), 26
Juan II (de Portugal), 29, 47
Juan III (de Portugal), 261
Juan Pablo II, 374
Juin (general), 346, 350, 351
Julio II (papa), 82

Ka, A.A., 250
Kabou, Axelle, 236
Kadafi (coronel), 319
Kamakura (época de), 77
Karski, 226
Kasavubu, 410
Kaunda, Kenneth, 286
Kautsky, Karl, 37, 226, 227
Kenyatta, Jomo, 302
Kerenski, Alexandre, 413
Keynes, John Maynard, 436
Khereddine, 103
Khider, Mohammed, 363
Kipling, Rudyard, 159, 212, 399
Kitchener, Horatio Herbert, 110, 111, 399
Kliuchevski, M., 19
Klugenau (von), 124-125
Koch, Robert, 176
Komaki Tsunekichi, 140
Kovacs (doctor), 295
Krim Belkacem, 364
Kropotkin, Piotr A., 436
Kruger (presidente), 117, 283
Kurbski (príncipe), 199
Kuropatkine (general), 132
Kutchum (kan), 76
Kuusinen (presidente), 315

La Bollardière (general de), 365
La Bourdonnais, François Mahé de, 91
La Myre de Vilers, 130
La Verendrye, 94
Labat (padre), 148
Lacoste, Robert, 292-296, 384, 393, 395
Lacouture, Jean, 330
Lafargue, Paul, 440
Lafitan (padre), 220
Lagaillarde, 404

Lagarde, Léonce, 111
Lakhdar Hamina, Mohammed, 164, 182-183, 252
Lally-Tollendal, Thomas, 91
Lambert (obispo), 128
Lamine-Gueye, 299
Lamsdorf (conde de), 132
Laperrine d'Hautpoul (comandante), 111
Larbi Ben M'Hidi, 365
Las Casas, Bartolomé de, 62, 217-222, 278, 374
Lattre de Tassigny, de, 334
Laurent, Jacques, 384
Lavigerie, Monseñor (obispo de Argel), 32, 303, 354
Law, John, 69, 90
Lawrence (coronel), 314
Lawrence, gobernador, 95
Le Testu, Guillermo, 73
Leclerc (general), 331, 343, 402
Legentilhomme (general), 136-137
Lemaitre, Jules, 214
Lenin, Vladimir Ilich, 37, 39, 112, 204-206, 226, 228, 315-317, 336, 352, 362, 370, 436
Lenoir, Pierre Christophe, 90
León XIII (papa), 121
Leopoldo I, 119-121, 176
Leroy-Beaulieu, Anatole, 33
Lescarbot, 68
Lesseps, Ferdinand de, 99, 389, 393
Levada, Yuri, 438
Lévi-Strauss, Claude, 238
Lewis, Bernard, 25, 235, 312
Linlithgow (Lord, virrey de las Indias), 337-338
Lister (doctor), 176
Livingstone, David, 234
Lloyd, Selwyn, 394
Lobenguela (rey), 116-117
Locke, John, 276, 279, 376-377
Lombard, Denis, 305
Loti, Pierre, 212
Luderitz, 109
Luis XIII, 68
Luis XIV, 87-89
Luis XV, 221
Luis XVI, 271
Lumumba, Patrice, 302, 367, 410
Lyautey, Louis Hubert (mariscal), 112, 121-123, 161-165, 254, 255, 349
Lyttleton (Lord), 137

M'Bokolo, Elikia, 172
Mac Cartway (embajador), 34
Maccio (cónsul), 103
Machel, Samora, 367
Macias, Enrico, 405
Mackenzie, John, 116
Macmillan, Maurice Harold, 286-287, 385
Magallanes (Fernão de Magalhaes), 31, 82-83
Mahdad (Abd el-Kader), 231
Makanna, 191
Makoko (príncipe), 107, 120
Malamine (cabo), 121
Malan (doctor), 189
Malatesta, 430
Malaviya (el pandit), 336
Malcolm X, 324n
Malenfant (escritor), 151
Malouet, Pierre-Victor, 222
Malowist, Marian, 28
Mamal de Cananor, 52-53
Manco, 241
Mandela, Nelson, 189, 411, 412
Mandouze, André, 230-231
Mankoarane, 116
Mannoni, Octavio, 212
Manuel (rey), 52
Mao Tse-tung, 319, 343, 353, 362, 367, 369, 370
Mapondera, 249

Marchand (capitán), 110, 111
Marco Aurelio, 112
Marco Polo, 24-25, 50
Marcovich, Anne, 175
Mariátegui, José Carlos, 369, 373, 374
Markovits, Cl., 259n
Marr, David, 256
Marseille, Jacques, 171, 381
Marshall, *véase* Plan
Martel, Robert, 295, 404
Martin (doctor), 295
Martin, Francisco, 69
Martinaud-Deplat (ministro del Interior), 288-289, 347, 384
Martinho de Melo e Castro, 185
Martov, Juri, 315
Marx, Karl, 44, 126, 192, 207, 367, 370, 436
Mason, James, 216-217
Maspero, François, 230
Massigli (embajador), 137
Massignon, Louis, 229
Massu (general), 365, 366
Mateus (metropolita), 26
Matisse, Henri, 433
Matsumae (familia), 77
Maurepas, Jean-Frédéric de, 93
Mauriac, François, 230, 392
Mayer, René, 288-289, 293, 344, 347
Mbandzeni (rey de los swazi), 284
Mehemet Ali, 98, 99, 311
Mehring, Franz, 45, 435
Memmi, Albert, 232
Mendès France, Pierre, 230-231, 289, 294, 346, 351-352, 397, 402
Mendoza, don Antonio de, 266
Menelik (emperador de Etiopía), 111
Messali Hadj, 307, 318n, 319, 354, 362, 364-366
Messmer, Pierre, 174, 377
Methuen (tratado de), 88
Meyer, Jean, 68
Mezerna, 365
Miché (Monseñor), 32
Mikoian, Anastas, 205
Mill, James, 262
Milner, Alfred, 45, 112, 285, 384
Mimouni (Abd el-Kader), 231
Ming (dinastía de los), 63
Miranda, Francisco de, 279
Mitterrand, François, 291-294, 383, 384, 392, 405, 406
Moctezuma (emperador), 56-58, 62, 237-238
Mofolo, Thomas, 250
Mogol (el), 74
Mohammed (El-Habid), 111
Mohammed V (Marruecos), 289, 349, 359
Mollet, Guy, 230-231, 292-294, 362, 389, 396, 397
Monge, Gaspard, 97
Monnerot, 355
Monroe (doctrina de), 124, 423
Montcalm (marqués de), 93, 95
Montesquieu, Charles-Louis, 223, 256
Morelos (cura), 156, 279
Morgan (banca), 382
Morley-Pinto, 335
Morlière (general), 342
Mörner, Magnus, 147
Mossadegh, Mohammed, 308-309, 359, 387, 398
Mota, A. de T. da, 246
Moulay Hassan (sultán), 405
Mountbatten (Lord), 341
Moussa, Pierre, 382
Moutet, Marius, 332, 343
Msiri [en Katanga], 249
Mufti de Jerusalén, 304
Mungo Park (doctor), 34, 247
Muni, Paul, 215n

Münzenberg, Willy, 319
Muraviev, 126
Murdoch (prensa), 434
Murphy, Robert Daniel, 386
Mus, Paul, 329
Mussolini, Benito, 133
Mutwa, Credo, 72
Muzaffar, Hanafi, 92, 317

Naegelen, Raymond, 358
Nahas Pachá, 314
Naoroji, Dadabhai, 226
Napoleón I, 89, 98, 225, 256
Napoleón III, 252-253, 298, 353-354
Nassau, Maurice de, 84
Nasser, Gamal Abdel, 294, 308-309, 314, 365, 383, 388-398
Navarre (general), 342, 344
Neguib (coronel), 314, 390
Nehru, Jawaharlal, 319, 332-340, 365, 392
Neto, Agostino, 367
Newcastle (conde de), 88
Ngô Dinh Diêm, *véase* Diêm
Nguyên Ai Quôc, *véase* Ho Chi Minh
Nguyên Hai Thân, 331-332
Nguyên-Ahn, 128-129
Nhiek Tioulong, 347
Nicolai, Pierre, 292, 293
Nicolás II, 127
Nicoll, D.J., 121
Nietzsche, Friedrich, 45
Nikitín, Afanasi, 27, 76
Ninomiya, Hiroyuki, 78
Nixon, Richard, 424
Nizam, Al-Jadid, 98
Nkrumah, Kwame, 324, 410, 427
Nobili, Roberto de, 261
Nogueira, Franco, 183
Nora, Pierre, 167
Norodom (rey de Camboya), 129
Northcliffe (Lord), 256
Noske, Gustav, 227
Nouschi, André, 163-164
Nuno, Tristão, 245-246
Nury Saíd, 313
Nyerere, Julius, 287

Oliveira, Manoel de, 29
Oppenheim, Lass, F.L., 43-44
Orry, Philibert, 90
Osmena, 299
Ottobah Cugoano, 320

Pacheco, Duarte, 52
Padmore, George, 320
Paine, Thomas, 271
Pal, B.C., 263
Pal Bipin, Chandra, 262
Pallu, François, 128
Panikkar, K.M., 259-263
Pannekoek, Anton, 228
Pantoja, Diego de, 63
Paris, E. y F. Mejan, 304
Paskievich (general), 124
Pasteur, Louis, 176, 437
Pathé noticiario, 215
Pavel, 339
Pabellones Negros, 129, 130
Pavie, Auguste, 112, 131
Pedro el Grande, 200, 201
Peel, William Robert, 192, 195-196
Péguy, Charles, 172, 429-430
Pelabon (informe), 292
Peres, Shimón, 394, 395
Périllier (gobernador), 350
Perrin, Alice, 159
Person, Yves, 248
Pétain, Philippe, 383
Peters, Carl, 110, 117-119
Petty, William, 223
Peyrouton, Marcel, 348
Pham Quynh, 297
Phan Boi Chau, 257, 258, 306, 328

Philips (gobernador), 196
Piaf, Édith, 405
Pigneau de Behaine, 129
Pignon, Léon, 331
Pila, Ulysse, 129
Pinay, Antoine, 347
Pineau, Christian, 392, 394
Pinzón, Martín Alonso, 239, 276
Pitt, William, 270, 400
Pizarro, Francisco, 58, 60, 144, 238, 241, 244
Pizarro, Gonzalo, 266-267
Plasson (abogada Renée), 230
Pleven, René, 345
Pol Pot, 369, 370
Pompidou, Georges, 288-289, 425
Potiomkin (principe de), 202
Pouchepadass, Jacques, 297
Preste Juan, 31
Pretorius, S.W., 283
Prévost-Paradol, Lucien Anatole, 33
Privat, Eugène, 315
Puaux, Gabriel, 136, 288, 382
Puginier (monseñor), 130

Quesnay, François, 223
Quezón, Manuel Luis, 299
Quizquiz, 238

Rabah (jefe africano), 114, 249
Rachid Alí, 136, 313-314
Radek, Karl, 316
Rainer, Louise, 245n
Raleigh, Walter, 220
Ram Charan Das, 336
Ramadier, Paul, 344
Ramdane, Abdelmalek, 362
Randles, W.G.L., 191, 250
Ranke, 45
Raseta (doctor J.), 402
Rasputín, 437
Raulin, H., 40-41
Ravelojaona (pastor), 321
Raynal (abad), 29, 93, 221, 222
Reinel, Pedro, 47-48
Renoir, Jean, 214
Rhodes, Cecil, 109, 115-117, 119, 285
Rhodes, Frankie, 117
Ribot, Alexandre, 315
Ricci, Mateo, 63
Richards, Jeffrey, 216
Richelieu (cardenal de), 38
Rifa'a Rafi El-Tah Tawi, 311, 312
Rigault de Genouilly (almirante), 129
Rivière, H. (comandante), 256
Roberts (Lord), 127
Robinson (sir Hercoles), 116
Roche, Émile, 288
Rockefeller, John Davison, 440
Roe (sir Thomas), 74
Rogier (abogado), 288
Romano, Ruggiero, 54
Rommel (general), 389-390
Roosevelt, F.D., 329, 340, 349, 386, 395, 399-400, 436
Roosevelt, Teodore, 423
Roseberry (Lord), 117
Ross, Ronald (doctor), 179
Ross, sir John, 176-177
Rousseau, Jean-Jacques, 256, 276, 279
Rowlatt (leyes), 337
Roy, Manabendra, 317, 318
Rubattino (compañía), 103
Ruskin, John, 115
Rutledge, Edward, 271
Ryad, Solh, 137

Saavedra, Ángel, 279
Safarov, Georgi, 316
Sagan, Françoise, 159
Said, Mohamed, 99
Saint-Arnaud (general de), 113
Saint-Just, 371-372

Saint-Phalle, Charles Thomas de, 128
Sainteny, Jean, 330, 332n, 343, 402
Salah Ben Youssef, 329, 359
Salah Louanchi, 363
Salan (general), 290, 295, 344, 345, 404, 413
Salazar, Antonio de Oliveira, 183, 245, 368-369, 377
Salisbury (Lord), 104
Samori [o Samory], 114, 248, 249
Samorín de Calicut, 52
San Luis (rey), 24
Sanmarco, L., 173
Sartre, Jean-Paul, 229-230, 344, 403
Sat Bhai, 159
Saunders, Thomas, 92
Savary, Alain, 229, 397
Savary (siglo XVIII), 97
Savimbi, Jonas, 368
Sayid Amil el-Husseini, 136
Schacht (doctor), 436
Scheler, Max, 45
Schiaffino (senador), 293
Schnitzler, Edward *véase* Emín Pachá
Schoelcher, Víctor, 114
Schuman, Robert, 289, 345
Schumpeter, Joseph, 35
Scott, Robert Falcon, 126
Seigneley, J.-Baptiste, 69
Sekou, Touré, 408
Semado, Álvaro, 63
Sembene, Ousmane, 251
Senghor, Léopold Sédar, 299, 319, 402, 406, 408
Sepúlveda (doctor), 219
Serigny, Alain de, 293, 295
Serionne, Accarias de, 269
Serpa Pinto, 47
Shaka, *véase* Chaka
Shakespeare, 214
Sharp, Grenville, 224, 322-323
Shelburne (Lord), 270
Shelley, Percy Bysshe, 112, 121
Shippard, Sydney, 116
Shivahi, 334
Siberg, J., 439
Siegfried, André, 379
Smith, Adam, 279
Smith, Ian, 287
Smuts (general), 188, 286
Sobtchak, Anatole, 419
Solf, Wilhelm, 119
Solimán I (sultán), 309
Solimán II (Kanouni), 24
Solís, Juan Díaz de, 60-61
Soloviev, Vladimir, 429
Sorlin, Pierre, 215
Soto, Domingo de, 62
Soustelle, Jacques, 229, 294, 295, 356, 364, 383, 392, 401, 402-403, 405
Spaak, Paul-Henri, 344
Spears (coronel), 137
Spengler, O.S., 45
Spinola (general), 368
Spitanem, 208-209
Springer (prensa), 434
Stalin, José, 205, 209, 317, 329, 355, 400
Stanley, H.M., 31, 106-107, 109, 110, 120, 121
Stark, H.A., 157
Steel, Annie, 159
Stenka Razin, 199
Stéphane, Roger, 291, 292
Stibbe, Pierre, 228, 230
Stora, Benjamin, 293
Strickland (policía), 159
Stroganov (hermanos), 75
Stuyvesant, Peter, 150
Sukarno, Ahmed, 305, 306, 365
Sultán-Galiev, 204, 317-319
Sun Yat-sen, 306, 319, 328
Suraj-ud-Daula, 91

Surat Kan, 216-217
Surendranath, Banerjea, 262
Susini, 404
Swami Shradd Hanand, 340
Sykes-Picot, 135

Tagore, Rabindranath, 304
Taha Hussein, 312
Talleyrand (príncipe de), 97
Tan Malaka, 318
Tata (dinastía de los), 299
Tawney, R.H., 260
Teitgen, Paul, 365
Teitgen, Pierre-Henri, 406
Tej Baradhur Sapru, 400
Telemaque, Hervé, 434
Temple, W., 70
Teng Hsiao-ping, 369
Thalcave, 212-213
Thatcher (Mrs.), 36
Thiam, Iba Der, 324
Thiers, Adolphe-Louis, 112
Thobie, Jacques, 105
Thorez, Maurice, 318n
Thornton, John, 247
Tilak, Balgangadhar, 299, 333-334
Tile, Nehemiah, 284
Tillion, Germaine, 230
Tillon, Charles, 231, 354-355
Tiuttchev, 211-212
Tippoo-Sahib, 97
Tjoroaminoto, 305
Todd, John, 176-177
Todorov, Tzvetan, 55, 57
Tokugawa Ieyasu, 65
Tolstoi, León, 336
Toussaint-Louverture, 153, 320
Toynbee, Arnold, 45
Trigger, G., 67
Trollope, Anthony, 282
Trotski, León (trotskismo), 328, 355, 370
Tshombé, Moisés, 410
Tu Duc (emperador), 129
Tudesq, André, 256
Túpac Amaru II, 60, 241, 374, 436
Turati, 226
Tursun, Zade, 209

U Ba Pe, 299
U Ottama, 304
Urquhart, David, 125

Valdivia, Pedro de, 60, 61
Valensi, Lucette, 14, 29
Valignano (padre), 65
Valluy (general), 332, 344
Van Houtman, 70
Van Kol, 226, 227
Van Neek, 70
Van Noort, Olivier, 70
Van Onselen, Charles, 190
Van Riebeeck, 71
Vanderlinden, J., 410
Vandervelde, 226, 227
Vargas, Getulio, 184
Vasco de Gama, 24-25, 48-49, 50, 259
Vaudreuil (marqués de), 95
Vaujour, Jean, 292
Vela, Blasco Núñez, 266
Velázquez, Diego, 56
Verdi, Giuseppe, 102
Vergennes (Charles Gravier, conde de), 96
Vergès, Jacques (abogado), 230
Vernadski, 36
Verne, Julio, 212, 213
Victoria (reina), 335
Vidal-Naquet, Pierre, 228
Vigié, Marc, 92
Villars, Claude Louis, 87
Villet, Victor, 103
Vitoria, Francisco de, 217, 303
Vlaminck, Maurice, 433
Voltaire, 88, 93, 222, 256, 375

Wachtel, Nathan, 240
Waddington, William Henri, 104
Wakefield, Edward Gibbon, 112, 195
Walker (grupo), 382
Wallerstein, Immanuel, 73, 84-85
Walpole, Robert, 88
Walters, Alexandre, 322
Wandjuk, Marika, 194
Warren, Hastings, 34
Washington, B.T., 323
Washington, George, 95, 270, 271
Weber, Max, 35
Weizmann (doctor), 135
Welenski, Roy, 287
Werth, Alexandre, 351
Wheaton, H., 43-44
White, John, 193
Wilberforce, William, 192, 224, 320, 322-323
Wilkinson, Spencer, 45
Willekens, 84
Wilson, Harold (G.B.), 287
Wilson (presidente de Estados Unidos), 135
Witte (conde), 132
Woeikov, 124
Wolf, P.-R., 291-292
Wolfe, James, 95
Wood (cónsul), 104
Wood, Gordon, 276

Yamagata, Arinoto, 138
Yassef Saadi, 365
Yeltsin, Boris, 416, 417, 419
Yersin, Alexandre, 176
Yonghal (Miss), 159

Zapata, 279
Zeller (general), 404
Zinoviev, Grigori, 316, 317
Zola, Émile, 99
Zotov (viajero ruso), 27
Zuñiga, Cortiz de, 241
Zurara, Gómes Eanes de, 47

ÍNDICE DE GEOGRAFÍA HISTÓRICA

Abisinia, *véase* Etiopía
Abjasia, abjases, 124, 125, 376, 418
aborígenes, 16, 44, 193-197
Acadia, 94-95
Accra, 410
Adelaida, 193
Adén, 53, 287
Adua (batalla de), 111
Afganistán, 123, 208-210, 263
África, 16, 19, 25-28, 30, 31, 34
África del Norte, 79, 143, 145, 344
África negra, 24, 25, 40, 106-111, 172, 232-235, 244-251, 297-298, 302, 304, 375, 376, 384, 405-409, 421, 425, 426
África oriental, 42
afrikaners, 188-191, 282-287, 411; *véase también* bóers
Agadir, 106, 133
agni, 40-41
Agra, 261
ainús, 77
Aix-la-Chapelle, 91, 94-95
Alaska, 123-124
albaneses, 99
Alcaçovas (tratado de), 82
Alcazarquivir (batalla de), 20-21, 29
Alejandría, 25
alemanes del Volga, 206
Alemania, alemanes, 30, 39, 99, 104-106, 109-111, 123, 136, 146, 226, 227, 285, 303, 338, 345, 431, 436, 439-440
Alep, 136, 309
Algeciras (conferencia de), 106
Allahabad, 336
Alma-Ata, 416
Alsacia-Lorena, 30
Alto-Veld, 191
Amalfi, 79
Amberes, 28, 69
América del Sur, 15, 115
América Latina, 38, 42, 386, 421-424
Amsterdam, 28, 69-72, 85
Amur (río), 30 ,76
Anatolia, 127,
Andalucía, 145
anglo-indios, 156-159
Angola, 14-15, 107-111, 143, 148, 150-154, 183-187, 246, 280, 326, 366-369, 428
Anam, anamitas, 13, 97, 128-131, 169, 171, 234, 330, 333, 343
ansar, 391
Antillas, 14-15, 34, 68, 69, 89, 96, 114, 129, 148-154, 269, 320, 377, 378
Anoual, 254
árabes, 13, 21-28, 38, 40, 49-51, 79, 104, 106, 113, 133-138, 160-167, 175, 230-235, 246, 247, 297, 305, 308-316, 319, 333, 391, 438
Arabia Saudita, 135, 235, 314, 426
araucanos, 60
arawaks (trubus), 239
Argel, 25, 98, 160-167, 265, 290-296, 354, 365, 401
Argelia, 32, 36, 41, 42, 97, 102-106, 113, 114, 133, 137, 160-173, 175, 180-182, 229, 230, 251-253, 255, 268, 290-296, 298, 304, 308-

314, 352-366, 371, 376, 392, 397, 402-404, 424, 432
Argentina, 42, 422, 433
Arizona, 297
Arkángelsk, 73
Armenia, armenios, 24, 124-126, 135, 201, 204, 206, 315, 376, 412, 416, 438
Arnhem, 394-395
Asante [o Ashanti] (reino), 249
ashantis, 214
Asia central, 123-128, 205-210, 314-318, 416-419
Astracán, 27, 200
Asturias, 21-22
Asuán (presa de), 388, 389
Asunción, 61, 87-88
Atenas, 19
Atjeh, 84
Aurés, 360, 366
Australia, 16, 32, 34, 44, 139, 140, 185, 192-197, 213, 277, 377, 380, 384, 385
Ayacucho, 371
Aygun, 128
Ayos, 174
Azerbaiyán, 205, 416, 417
azerbaiyanos, 376, 416-418, 438
Azores, 31, 48, 49, 146, 246-249
Azov, 76, 79, 201
aztecas, 56-60, 218, 238

Bab el-Oued, 294, 404
bachkires, 199, 201
Bagdad, 136, 163, 387-388
Bahamas, 48-49, 217
Bahía, 150-151
Bahía de Cochinos (Cuba), 423
Bahr el-Ghazal, 111
Baia dos Vaqueiros (Bahía de los vaqueros), 48
bakongo, 368
Bakú, 205, 307
Balcanes, 30
balineses, 71
Báltico (mar), 72, 76, 85
bálticos (países), 37, 206, 207, 413, 418-419
Bamako, 109
Bambara (país), 41, 148
Bandung, 397
bantúes, 191, 282-287
Bantustán, 189
bapedi, 284
bara, 41
Barbados, 320, 322, 432
Barcelona, 28, 69
Bardo (tratado de), 104
basmashis, 208
Basotolandia [o Basutolandia], 281-286
Batavia, 71, 228
Bechuanalandia, 46, 116
Bélgica, 107-109, 118, 177, 227
Beluchistán, 125
Bengala, 91
Benín, 15, 31, 302; Dahomey, 233-234, 249
berberiscos, 298, 305
Berguent, 105
Berlín, 107-109
beté, 41
Biàn Hoa, 129
Bihar, 91
Bindiah, 170
Birmania, 15, 129, 130-131, 304-305, 306, 325-326, 329, 339-340, 376, 379-380, 400
Birobidján, 205-206
Bizancio, bizantinos, 24, 79, 389-390
Blood River, 187, 250
Bobo-Diulasso, 382
bóers, 36, 39, 72, 83, 117, 187-191, 250, 281-287, 399
Bogotá, 279
Bojador (Cabo), 48

Bolivia, 61, 369
Bombay, 90, 307, 335-341
Bône-Guelma (ferrocarril), 103
Bonin, 139
Borgoña, 28
Borneo, 382
Bósforo, 132
bosh [o bush-negroes], 153
bosquimanos, 44
Bosnia-Herzegovina, 133
Boston, 271, 275
Botany Bay, 34, 194-195
Bougie, 354
boxers, 131-132, 423
Brasil, 47, 49, 83, 87-88, 146, 147, 149-153, 167-170, 183-185, 225, 245, 438
Brazzaville, 176, 302, 329-330, 354, 383, 408
Bremen, 109
Brest-Litovsk, 332
Bretón (Cabo), 72, 89
Bristol, 15, 87-88
Brujas, 79
Bruselas, 432
Budapest, 397
Buena Esperanaza (Cabo de), 48, 185
Buenos Aires, 61, 87-88, 279, 433
Bujara (emirato de, kanato de), 27, 127, 204, 208
Bulawayo, 116-117, 287
búlgaros, 132-133
Burdeos, 15
Burgos, 266
Buriato, 418
Burundi, 302, 422
Busoga, 177

Cabo (El), 71, 83, 109, 110 ,115-117, 187, 188, 281-286
Cabo Verde, caboverdines, 186, 187, 367-369
Cádiz, 156
Caffa, 79
cafres, 72, 283
Cairo (El), 181, 235, 305, 309-310, 365
Calcuta, 91-93, 335
Calicut, 24-25, 49-523
California, 124
Canberra, 195
Camboya, 129-131, 234n, 330, 347, 369, 421
Camerún (Kamerún), 109, 110, 173-174, 424, 425
Campha, 170
Camulcos, 200, 205
Canadá, 14, 19, 30, 34, 66, 67, 88, 93-97, 238, 239, 277, 281-282, 378, 384
Cananor, 51-54
Canarias, 19, 31, 245
Carelia, 207
Caribe, 36, 42, 88, 149-154, 168, 320-322, 324, 385, 426
Carolina, 269
Casablanca, 122, 233, 350-351
Caspio (Mar), 73
Castilla (reino de), 54-55, 61, 65, 75, 82, 83, 144-148
Cáucaso, 25, 30, 36, 98, 123-127, 315-318, 412-416, 418, 421
Ceilán, 14, 83, 169, 239, 299, 377, 379-380
Célebes, 71
Centroamérica, 15, 297, 369, 374, 422, 423
Ceuta, 28, 79-80, 185
Chaco (el), 87-88
Chad, 109-111, 248-249, 425
Champaña (la), 79
Chandernagor, 91
Chari (Alto), 302
Chechenia, chechenos, 413, 420
Checoslovaquia, 388, 394

Cherchell, 113
cheremises, 198-201
cherkesos, 99
Chesapeake (bahía de), 74
Chiapas, 219
chibchas, 150
Chicachas, 94
Chile, 60, 61, 197n, 267, 278, 374
China, chinos, 14, 24-25, 30, 34, 38, 44, 51, 62-65, 71, 78, 128-132, 138-140, 227, 257-259, 299, 306, 316, 325, 329-332, 343-346, 352-353, 368, 370, 375, 387, 388, 439
Chipre, 132-133, 384
Choupot (barrio de Orán), 294
chupachos, 241
chuvaches, 199-201
Cipango, 47; *véase también* Japón
cipayos, 334-335
circares (Costa de los), 91-93
Circasia, circasianos, 98, 125, 235
Cirenaica, 133, 134
Cochín, 49-51
Cochinchina, 32, 129, 169-171, 328, 342
Cod (Cap), 74
Collo, 356, 393
Colomb-Bêchar, 105
Colombia, 369, 435
Cong (país de), 249
Congo, 48, 106-111, 119-121, 172, 176, 177, 227, 245, 302, 368, 383, 409
Constantine, 253; Plan de, 164
Córcega, 431-432, 438
Corea, 43, 78, 132, 138-142, 306, 327, 343, 387, 402, 424, 426-427
Coromandel (costa de), 91-92
Costa de Oro (Ghana), 150, 214, 247, 249, 286, 320, 321, 380, 409, 410
Gold Coast *véase* Costa de Oro
Creta, 133, 310
Crimea, 310, 400 (*véase* guerra de)
Cuba, cubanos, 96, 218, 225, 368, 423, 431
Cujila, 154
Curazao, 84, 85
Cuzco, 58, 240, 241, 267-374

Daguestán, 124, 201
Dahomey, *véase* Benin.
Dakar, 299
Damasco, 25, 79, 136, 181, 309-310, 387
Dar es-Salaam, 118
Dardanelos, 132
Decán, 91, 92
Delhi, 51, 340
Denain (Villars de), 87
Dien Bien Fu, 253, 290, 295, 342, 346, 359, 404
Dieppe, 71
Disangue, 174
Diu (puerto de), 52
Dniéper, 19-20
Dông Triêu (minas de hulla), 170
Duchambé (Stalinabad), 208
Duina, 20
Durban, 166, 178
dyula, 248

Egipto, egipcios, 21n, 39, 49, 53, 90, 97-102, 104, 124, 132-133, 163, 308-314, 385, 399, 423
El-Alamein, 137
El-Oued, 181
Ereván, 205
Escocia, 34, 150
eslovenos, 438
España, 19, 20, 28, 29, 48, 53-61, 66, 70, 77, 98, 123, 144-150, 155, 218, 220, 237-243, 277-280, 373, 422, 438
Española (La), 144, 217

Estados Unidos, 31, 36, 42, 74, 96, 137, 186, 198, 227, 264, 268-277, 320-324, 345, 346, 374, 386-398, 410, 433
Estonia, estonios, 75, 438
Etiopía, 26, 53, 98-102, 111, 133
Eton, 73-74
evenkes, 418
Évian (acuerdos de), 404
Extremadura, 61, 145

Fachoda (encuentro de), 46, 89, 110
Falkland (islas), *véase* Malvinas
fanti, 153, 249, 320
Fernando Po, 83
Fez, 79, 160, 254
Figuig, 105
Filadelfia, 270
Filipinas, filipinos, 61, 66, 71, 88, 96, 139, 259, 308, 325-326, 423, 426-427, 438-439
Finlandia, finlandeses, 203, 204, 431
Flandes, 82, 383
Florencia, 82
Florida, 33, 218, 221, 239
Fontainebleau, 342, 343
Formosa, 131, 138; *véase también* Taiwán
Fort Necessity, 95
Fort Saint-Davit de Madrás, 158
Francia, 19, 28-33, 42, 103-107, 111, 120-122, 135-137, 148, 153, 160-163, 169-171, 180-182, 213-214, 221-232, 251-258, 288-296, 299-304, 307, 323-324, 328-332, 342-366, 380-384, 392-397, 401-408, 425, 438
Freetown, 109, 225, 320
Fuan, 64
Fuerte Duquesne, 95
Fuerte Frontenac, 93, 95
Fuerte Pickawillany, 95

Gabón, 109, 120, 176, 424-425
Gambia, 109, 246
Génova, 19, 28, 69, 79, 82
Georgia, georgianos, 24, 109, 124, 125, 202-206, 235, 376, 412, 413, 418-419, 431
Ghana, *véase* Costa de Oro
Gibraltar, 384
Ginebra, 346, 402
Goa, 49, 83, 128, 261
Gold Coast, *véase* Costa de Oro
Gorée, 299
Gran Bretaña, 32-38, 104, 107-110, 1281-131, 178, 213, 224-225, 246-247, 262-264, 268-277, 281-287, 303, 305, 318-322, 326, 332-341, 375-381, 384-386, 387-401, 410, 411, 422-424, 438
Granada, 20-21
Grecia, 14, 124, 132-133, 201, 218, 389-390
Greenwich (grado 0), 140
guaranies (indios), 61, 267
Guatemala, 304, 374, 422
Guayana, 84, 143, 150, 152, 168, 192
Guelma, 354
Guinea, 47-49, 76, 83, 244, 367
Guinea-Bissau, 183, 367, 368
Gujerate, 49, 51

Ha Tinh, 171
Haifong, 129, 170, 324, 332
Haití, 42, 96, 150, 153, 154, 157, 279, 320, 422
Halifax (ciudad), 94-95
Hamburgo, 176-177
Hanoi, 129, 330, 331
Hansa (la), 79
Hedjaz, 98-105, 314
Heligolandia, 110
hereros, 227
Hiroshima, 330

Hobart, 194-195
Habomai (isla), 140-141, 142
Hokkaido-Yeso, 14, 77, 138, 140-141, 142
Holanda, holandeses, 29, 66, 68, 70-72, 77, 83, 89, 117, 140, 187-191, 281-282, 305, 438
holli, 302
Hon Gay (minas de hulla de), 170
Honduras, 88
Hong Kong, 128, 426-427
Hornos (Cabo de), 83
hotentotes, 72, 187
Hudson (el), 74
Hué, 256
húngaros, 438
hurones, 66
hutú, 422

ibos, 148
Ienissei, 76
Inca (Imperio), 58-61, 238, 243, 244, 374
India de los Príncipes, 335, 338
Indias holandesas, 299, 305; *véase también* Indonesia
Indias orientales, 71, 85, 382
Indias, 14-15, 19, 21, 24-25, 26, 27, 34, 36, 39, 40, 48-53, 73-74, 82, 89, 96, 97, 127, 146, 157-159, 169, 174, 178, 179, 184, 216, 226, 228, 245, 259-263, 277, 297, 298-299, 304, 317-319, 326, 332-341, 376, 384, 390, 395, 399, 400, 428, 432, 436
Indios (América), 53-62, 74, 144-147, 217-220, 226, 227, 237-243, 265-267, 271, 277-280, 371-374
Indo-británicos, *véase* anglo-indios
Indochina, 14, 37, 122, 128-131, 139, 169, 171, 256-258, 326-332, 342-346, 381, 421; *véase también* Vietnam
Indonesia, 42, 84, 169, 305, 306, 326, 387, 410, 424
Inglaterra, 19, 28, 30, 33, 40, 68, 72-74, 77, 115, 157-159, 188, 279; *véase también* Gran Bretaña
inguches, 206
Insulindia, 71, 84, 97; *véase también* Indonesia
Irak, 135, 310, 313-314, 388-398, 424-425
Irán, 15, 314, 387, 417, 426, 431, 437, 438
Irlanda, 34, 37, 94, 281, 399
iroqueses, 67
Irrauadi, 305
Irtych, 76
Isly (batalla de), 113
Israel, 24, 388-389, 394-396
Italia, 103, 104, 136, 226, 239, 430, 431

Jamaica, 87, 152, 218, 225, 275, 323
Jamestown, 74
Japón, japoneses, 14, 30, 43, 47, 62, 65, 66, 126-128, 137-142, 204, 236, 256, 257, 326-328, 339, 380, 386, 400
Jarkov, 207
Jartúm (ciudad), 99
Java, javaneses, 226, 328, 428, 438
Jerusalén, 26, 393-394
Jibuti, 111
jmer, 131
Johannesburgo, 166, 410
Jónicas (islas), 36
Jordania, 388
judíos, 49, 84, 136, 164-165, 205-206, 217n, 232, 233, 253, 304, 313, 339, 439-440

Kabilia, kabilas, 162-163, 252-253, 353, 360, 432
Kabul, 127, 209

Kama, 75, 76
Kamerún, *véase* Camerún
Kamchatka, 76, 142
Karabagh, 412
Karafuto, *véase* Sajalín
Karikal, 91
Katanga, 107
Kazajstán, kazakos, 205, 416, 418, 438
Kazán, 75, 199-201, 307
Kebir, *véase* Mers el-Kebir
Kenia, 110, 287, 302, 324, 375, 384, 385, 411
Kerala, 50, 51
khatima, 391
Ki-Hon (batalla), 256
Kiao-cheu, 131
Kiev, 207
Kimberley, 115, 178, 282-285
Kioto, 62, 140
Kirghiz, kirghices, 201, 317
Kiva, 27, 30, 126, 127
Kodjent, 126
Kokand, 30, 208
Koldja (tratado de), 128
Kolyma, 76
Korhogo, 41
Koweit, *véase* Kuwait
Krasnoiarsk, 418
Kuang-cheu-Wan, 131-132
Kubán, 420
Kufra, 133
Kulikovo, 19
Kumasi, 249
Kumming, 170
Kupang, 84
kuravar, 44
Kurdistán, kurdos, 99, 127, 316, 432
Kuriles (islas), 16, 36, 140-142, 416
Kuwait, 181

La Clue, 95
Labrador, 72
Lagos, 95, 323, 324
Lalla Marnia, 105
Lancashire, 46
Lang-sön, 130
Laos, 130, 330, 421
Lausana, 135
Leningrado, 317
Lepanto (batalla de), 24, 259
Lexington (batalla de), 271
Lia-tung, 131
Líbano, 135-137, 255, 311, 313-314, 319, 329, 396
Liberia, 321, 323
Libia, 133, 319, 355, 367
Lille, 87
Lima, 369-373
Limpopo, 116
Lisboa, 26, 28
Lituania, 207
Liverpool, 88, 176-177
Livonia, 76
loango, 302
Lomé, 382
Londres, 16, 72-73, 176-177, 378, 380
Luanda, 185, 366-367
Lucayas (islas) [o Bahamas], 48-49
Louisbourg, 95
Luisiana, 31, 69, 93-95

Macao, 78, 146
Macasar, 71
Madagascar, 41, 121, 321, 324, 326, 386, 406
Madera, 48
Madrás, 44, 91, 158
Mahé (India), 90
Malabar, 50, 260
Malaca, 50, 52-53, 83
Malasia, malasios, 71, 259, 299, 319, 375, 380, 385, 390, 427, 439-440
Maldivas, 52-53

Malgache(s), *véase* Madagascar
Malí, 48, 236, 245, 246, 408
Malvinas (Falkland), 36, 384, 392
Manchuria, 126-128
Manila, 65
manja, 302
Mantunba (Lago), 172
maoríes, 213, 281, 384
mappilla, 50, 51
mapuches, 60, 197n
Maranhão, 84
maratos, 90, 263, 334
Mardj Dābik, 309
marii, 199, 431
Marruecos, 28, 29, 41-42, 105, 113, 122, 123, 137, 146, 161-165, 169, 215, 254, 255, 289, 305, 309, 347-352, 354, 367, 376, 386, 397, 402, 426, 438
Marsa (convención), 104
Marsella, 13
Martinica (la), 114, 225
Maryland, 75
Mascate, 83
masikoro (de Madagascar), 41
Massachusetts, 74, 94-95, 150
Matabele, 116, 147
mau-mau, 287, 302, 385, 394
Mauricio (isla), 168
Mauritania, 235
mayas, 57, 60
Mazagán, 20-21
Mazuria, 29
Meca (La), 53, 114, 135
Medellín, 374
Meluza, 365-366
merindios, 309
Mers el-Kebir, 294
Merv, 127
México (ciudad), 56, 57
México (país), 57, 87, 145, 219, 237-243, 248, 266, 278-280, 297, 426, 427
Mfumbiro (montes), 110
Miami, 373
micmacs, 67
minianka, 41
Mississippi, 69
Moldavia, 416
Molucas, 62, 146
mongol(es), 256, 260
montañeses, 67
Montreal, 76, 95
mordvos, 20, 75, 199-200, 431
Moscovia, 73
Mosquitos, 88
Mossis (los países), 249
Mostaganem, 403
Mozambique, 107, 183, 245, 287-288, 367, 369
Múnich, 332
Murmansk, 420
Murray (islas), 197
My Tho, 129
Mysore, 97, 335

N'Kongsamba, 174
Nankín, 63
Nantes, 15, 68
Nápoles, 239
Natal, 178, 188, 281-285, 323
natchez, 94
nayar, 50
Ndebele (territorio), 283
nemencha, 392
Nepal, 177
Nerchinsk (tratado de), 76
New Amsterdam (Nueva York), 86
Nghe An, 171
Niassalandia, 286, 302
Nicaragua, 304, 374, 423-424
Níger, 34, 109, 236, 246, 251
Nigeria, 110, 320, 321, 376, 380, 425-427
Nilo, 98, 99, 110, 111
Novgorod, 20, 75

Nueva Amsterdam (isla), 85, 150
Nueva Caledonia, 32, 192
Nueva Escocia, 94-95
Nueva Gales del Sur, 93
Nueva Granada, 150, 278
Nueva Guinea, 139
Nueva Inglaterra, 74, 95, 239, 269
Nueva York, 269
Nueva Zelanda, 139, 196, 213, 277, 281, 377-380, 384, 385
Nuevo México, 297

Oaxaca, 280
Ogoué, 119, 120
Omán (golfo de), 83
Omsk, 420
Orán, 160, 164, 167, 233, 291-292, 354
Orange, 116, 187-191, 281-286
Orissa, 91
Ormuz, 49, 83
Otomanos, 20-29, 97-102
Ottawa (acuerdos de), 379
ovimbundu, 368
Oxford, 44-45, 73-74, 115, 216-217, 410

Países Bajos, *véase* Holanda
Pakistán, 340, 417, 426
Palestina, 115, 135, 310, 379-380, 385
Pamir, 208
Panamá, 73, 88, 423
Paraguay, 221, 267, 303
Paranaguá, 87-88
parsis, 335
Pearl Harbor, 338-339
Pekín, 34, 128-131
Pendjeh, 127
Pensilvania, 269
Perm, 20
Pernambuco, 185-186
Persia, persas, 83, 123-126, 206, 208, 263, 314, 316, 387-392, 438
Perth, 16
Perú, 42, 57-61, 73, 88, 147, 218, 237-245, 266, 277-280, 319, 369-374, 422, 428, 438
Petchora (península de), 20
peules, 41
Philippeville, 393
Piamonte, 298
Pisa, 79
Plassey (batalla de), 91
Plata (Río de la), 61
Plymouth, 74
Poitiers (batalla de), 21n
polinesios, 303
Polonia, polacos, 28, 198, 207, 315-316, 435
Pondichéry, 69
Portsmouth (paz de), 132
Portugal, portugueses, 19-21, 24-31, 40, 65, 66, 70-72, 74, 82-86, 107-101, 121, 146, 147, 183-187, 245-247, 267, 280, 422
Potosí, 60-61
Pretoria, 166
Prusia, 398
Puerto Arturo, 131, 132
Puerto Elizabeth, 48
Pugachev, 199
Pyskor (convento de), 76

Quang Ngai (el), 171
Quebec, 33, 66, 67, 438
quechua (Imperio Inca), 58, 243
Queensland, 197
Quetzalcóatl (tesoros de), 56
Qui-nhon, 170

Rabat, 295
Rand, 281-286
Reunión, 129, 168
Rhodesia del Norte y del Sur, 286
Rhodesia, 281-287, 303; *véase también* Zimbabwe

Riff, 20-21, 123, 253-255, 349
Riga, 387
Río de la Plata, 277-279
Río del Oro, 105
Rochelle (La), 148
Rodas, 133
Rojo (mar), 26
Rojo (río), 129
romanos, 218
Ruanda, 110, 422
Rufisque, 299
rumanos, 438
Rusia, rusos, 19, 27, 33, 38, 73-76, 106, 131, 132, 198-210, 258, 326, 413, 418-419, 426; *véase también* URSS
Ryu-Kyu (islas), 78, 138

Sahara, 109-11, 148n, 382, 425
saharahuíes, 432
Saigón, 129, 332
Saint-Jean-de-Marienne, 135
Saint-Louis (de Senegal), 114, 299
Sajalín (isla de), 14, 132, 138, 140
Salamanca, 219
Samarcanda, 27, 30
samoyedos, 76
San Cristóbal, 68
San Francisco, 142
San Gregorio (convento de), 219
San Juan (isla danesa de), 151
San Lorenzo (el), 66, 67, 94-95
San Petersburgo, 142
San Vicente, 151
Santa Catalina (isla), 83
Santa Lucía (bahía), 285
Santo Domingo, 151-154, 168, 422
Santo Sacramento (territorios de), 83
São Tomé, 49, 185, 243, 244, 246, 247
Saransk, 75
Sarawak, 410
Sarrat (ued), 310
Schweitzer-Reneke (distrito de), 190
Sedán, 30
Senegal, 32, 97, 114, 115, 119, 246, 324, 403
Senegambia, 245-247
senufo, 41
senusis, 133
Serbia, 132-133
Serra Leoa, *véase* Sierra Leona
Setif, 230, 324, 354, 357, 402
Sevilla, 15
Sèvres (convenciones de), 394
Shikotán, 140-142
Shimoda, 140
Shimonoseki (paz de), 138
Siam, 44, 129, 375
Siberia, 20, 75, 76, 123-124, 143, 205-206, 213, 418
Sicilia, 24
Sidney, 213
Sierra Leona, 48, 224-225, 249, 320, 321, 385
sikhs, 335, 341
Sind, 25
Singapur, 43, 426-427
Sinkiang, 127
Siria, 24, 135-137, 308-314, 319, 388-389, 393, 398, 401
smirna, 135
Smolensk, 200
Socotora (isla de), 49
Sonda (islas de la), *véase* Insulindia
sothos, 187
Souk Ahras, 254
Soweto, 411-412
Sri Lanka, 169
Stanley Pool (la), 120
Stellalandia, 281
Sterkstroom, 178
Stuttgart (congreso de), 227
Sudáfrica, 36, 39, 42, 71, 143, 177-178, 187-191, 277, 281-288, 326, 368, 379, 380, 411, 421

Sudán, 99, 110, 111, 114, 121, 248, 305, 376, 390, 403, 408
Suecia, 38, 198, 302
Suez (canal de y crisis), 25, 99, 116, 294, 295, 375, 385-398, 405, 409, 431
Suiza, 382
Sumatra, 328, 382
Summam, 366
Surabaya, 84
Surinam, 84, 152, 221
Suzdal, 19, 75
swazi, 187

T'ien-tsin (tratado de), 130
Tayikistán, 127, 207-210, 417
Tafna (batalla de la), 113
Tahití, 212
Taiwán (Formosa), 43, 426-427
tamiles, 169
Tammersford, 207
Tan Thao, 331
Tanganica, 110, 287, 385, 411
Tánger, 21-21, 106, 136, 349
Tanzania, *véase* Tanganica
tártaros, 20, 198-201, 213, 317, 413, 431
Tashkent, 30, 357
Teherán, 417
Tel Aviv, 393
Ternato, 73
Terranova, 73-74
Teziutlán, 217
Tibet, 14, 132
Timor, 83, 84, 184
tlaxcaltecas, 56-58
Tlemcen, 309
Tobago, 33
Tonkín, 33, 122, 128-130, 169-171
Tordesillas (tratado de), 82
totonacas, 56-58
Toucouleurs, 114-115
Transjordania, 313-314
Transkei, 283, 284
Transvaal, 116, 117, 187, 188, 281-286
Trebisonda, 124
Trinidad, 154, 168
Tripolitania, 104, 133, 309
tswana, 187, 283
Tucapel (ciudad), 60
Tugs, 44, 216
Tukmandchai, 124
Túnez (ciudad), 24, 103, 181, 348
Túnez (país), 102-105, 133, 161-167, 226, 233, 235, 252, 255, 289, 307, 309, 346-352, 367, 376, 397, 406, 423, 426
Túnez-La Goulette (camino de), 103
Tourane, 129
turcomanos, 317
turcos, 14, 20, 39-40, 42, 99, 104, 124-126, 136, 201, 206, 212, 220, 255, 314, 316, 388-398
Turquestán, 143, 205, 317-318, 357
Turquía, *véase* turcos
tutsi, 422
Tuva (república de), 418
Tver, 27

Ubangui-Chari, 111
Ucrania, ucranianos, 203-206, 412, 418, 431
Uganda, 109, 110, 119, 177, 303, 411
Ujto-Ostrov, 20
uolofs, 150, 251
Ural, 19, 75
Udenarde, 87
URSS, 137, 203-210, 340, 341, 357, 375, 383, 387-398, 413-420, 435, 436; *véase también* Rusia
Usuri (río), 30
Utrecht (paz de), 87
Uzbekistán, 127, 208, 357, 416, 417

Valonia, 431
vasco (país), 148; español, 141

Venezuela, 277, 423
Vichy, 327, 329, 330
Victoria (lago), 118-119
Viena, 24, 203, 310
Vietnam, vietnamitas, 15, 42, 130, 169-171, 233n, 256-258, 290, 297, 299, 306, 327, 332, 343-346, 375, 387, 410, 424
Virginia, 74, 95, 269, 271
Vladivostok, 131
Volga, 21, 75
Volta (Alto), 302
Vutulú, 25

wahabitos, 98
wasa, 249
wik, 197
Witwatersrand, 285

Xicoténcatl, 56-57
xhosas, 72, 187-191, 284, 412

Yalta (acuerdos de), 387, 400
Yakutia, 418
Yakutsk, 76
Yanaón, 91
Yemen, 309, 392
Yen Bai, 171
Yeso, Hokkaido (isla de), 14, 77
yorubas, 148-154
Yucatán, 218
yugia, 20
Yunán, 170
yura, 20

Zaire, 48, 246, 302
Zambeze, 116, 117, 283, 285
Zambia, 287; *véase también* Rhodesia del Norte
zamorinos, 49
Zanzíbar, 109, 120, 121, 234, 323
Zavoloch'e, 20
Zellidja (minas de), 382
zemstvos, 419
Zimbabwe, 191, 265, 287, 367, 412
zoco, 284
Zuiderzee, 382
Zulficar (el paso de), 127
zulúes, 187-191, 250, 251, 281-287, 412

ÍNDICE TEMÁTICO

aborígenes, 16, 44, 193-197, 384
Actas de navegación, 38, 85, 269
African Association, 34
African National Congress (ANC), 189, 411
Afrique française, 214
Afrique noire est mal partie (*L*), 421, 424
Aída, 102
Al-Hidad al-Mislimin, 307
Amazoulous (*Les*), 250n
American Colonization Society, 321
Anglo-Indian Review, 157
Anglo-Iranian Company, 209
Annales de Cakchikeles, 239
Anversoise (La), 172
Anzus (pacto), 385
apartheid, 188-191, 411, 412
Apologetica Historia, 218
Arithmétique politique (*L*), 223
Asahi, 139-140
Asie et la domination occidentale (*L*), 259-264
asiento, 87, 150
Asociación (de Leopoldo), 107-111, 120, 121
Asociación de los usuarios del Canal de Suez, 395
ayllu, 240

B.B.B. (Berlín-Bagdad-Bahn), 135
Baas (sirio), 314
Back to Africa Movement, 321
Banco de Indochina, 169-171, 381
Bancos, 35-38, 102-111, 388, 422-424, 427, 430-431
Bandera (*La*), 162, 211, 215
Baptist Missionary Society, 225
bautistas, 225, 261
Bhagavad Gita, 262
BIRD, 388
Black Hills Are not for Sale (*The*), 435-436
Bled (*Le*), 214
Bloc-Notes (F. Mauriac), 392
Bombay-Burma Company, 130-131
Bourrasque, 215
boxers, 131-132
Brevísima relación de la destrucción de las Indias, 217
British South Africa Company (Chartered), 285-287
budismo, 63, 122, 303-305
bula *Inter Cactera*, 82
Bund, 307

Cahiers de la Quinzaine, 172
Canada Act, 34
caodaístas, 306, 325, 328, 329
Carga de la brigada ligera (*La*), 216-217
Carta del Atlántico, 310, 400
Cartierismo, 181, 382
Casa de Contratación, 144
Casa de vapor (*La*), 213
Casa grande e senzala (*Maitres et Esclaves*), 149, 183-184
católicos y protestantes, 38, 68, 74, 154, 260-262, 374
Ceddo (*Los*), 251, 435-436
CEI, 413-420
Central African Federation, 385

CIA, 423-424
cimarrones, 151-154
cine, 29, 162, 214-217, 251-253, 391-392, 434, 435
cipayos, 90, 91, 159
Código Negro, 152, 320
colonización, alemana, 107-111, 117-119, 285; árabe, 21-26, 98-102, 235, 236; belga, 106-109, 118-120, 176, 177, 409, 410; danesa, 149, 150; egipcia, 98-102; española, 53-61, 82, 83, 143-149, 167-169, 241, 244, 254, 255, 259, 277-280, 422-427; francesa, 19, 66-69, 89-94, 96-98, 102-105, 112-115, 128-131, 159-167, 169, 250, 251, 256-258, 326, 330, 331, 383, 384, 392-394, 402-408, 427, 428; holandesa, 70-72, 83-86, 305, 325-327, 382, 383; inglesa y británica, 38, 72-74, 84-97, 115-118, 156-159, 167-171, 174, 175, 192-198, 246-250, 261-264, 267-277, 281-287, 297, 298, 326, 377-381, 384-386; italiana, 103,104,132-135; japonesa, 77, 78, 131, 132, 137-142, 326, 327; otomana y turca, 15, 21-27, 39-43, 97-102, 106, 124-127, 132-135, 309-315; portuguesa, 21-26, 47-53, 82, 83, 143-149, 167-169, 183-186, 244-247, 259, 366-369; romana y bizantina, 21-25, 39-40, 46, 133; rusa y soviética, 19, 20, 75, 76, 123, 127, 131, 132, 198-210, 412, 420
Coloured People's Organization, 189
Comercio triangular, 78, 80, 81, 88, 320
Common Sense, 271
Commonwealth, 277, 286, 287
Compañía de las Indias occidentales, 84
Compañía de las Indias orientales, 84, 260-262
Compañía de las Islas de América, 68
Compañía de los Sultanatos del Alto Ubanguí, 172
Compañía del Congo para el comercio y la industria, 172
Compañía inglesa de la bahía de Hudson, 94
comparación entre las colonizaciones, colonización e imperialismo, 28-46; española y portuguesa, 146, 245; francesa y británica, 55, 89, 95, 173, 326; inglesa y española, 55, 75, 88; rusa y francesa, 55, 198; soviética y las demás, 203-206, 356, 357, 413-420
comunismo, 136, 289, 305, 314-319, 330, 344, 356-359, 383, 413-420
Condenados de la tierra (*Los*), 160
conferencias, de Accra, 319-320; de Alejandría, 314; de Bandung, 397; de Berlín, 107-111; de Brazzaville, 329, 383, 401-402, 408; de Dalat, 332; de Fontainebleau, 342, 343; de Ginebra, 346, 347; de Lagos, 323, 324; de las Nacionalidades de Lausana, 315, 348; de Madrid, 105; de Postdam, 331; de Simla, 400; de Tan Thao, 331; de Tokio, 327; panafricana de Londres, 319-320;
Congregación de la propaganda, 62
congresos, de Bakú, 316-318; de Bruselas, 319; de Tours, 328
conquistadores, 55-61, 144-147, 266, 267
Consciences Algériennes, 231
Corán, 22, 25, 97, 251
cosacos, 75, 76
criollos, 143, 155, 156, 277-280, 373

Crisis de 1929, 39
cristianismo, 19-27, 38, 43-44, 128, 229, 243, 260-262, 303-305
Crónica de Guinea, 47
Crónica de los años de brasa, 252
cruzadas, 20-29, 79, 259
cuáqueros, 221, 322
Cuatro plumas (*Las*), 216
Chaka, 249, 250
Chartered (compañías), 90, 116
Chilam Balam, 237
Chiloli, 243, 244
Church Missionary Society, 225

Daily Mail, 37, 256
Danza de la conquista (*La*), 243-245
Declaración de independencia de Estados Unidos, 272-276, 330
Declaración de los Derechos del Hombre, 330
Declaratory Bill, 270
Déracinés (*Les*), 252
Derecho a la pereza, 440
Derecho de las naciones a disponer de sí mismas, 314-315
Dernière Image (*La*), 164, 182-183
descubrimientos (grandes), 16, 19, 20-29
Destour, 299, 348
Deutsche Ostafrikanische Gesellschaft, 109, 110, 117-118, 119
Deutscher National Verein, 211
Diez consejos para comprar hombres y mujeres esclavos, 234
dominicos, 62-65, 217
dominios, 277

ecología, 438
Écho d'Alger (*L*), 293
Éditions de Minuit, 230
encomienda, 146-154, 219, 266, 267
enfermedades, 174-179, 238-240
Esclave blanche (*L*), 215n
esclavitud, 98, 147-155, 220-225, 234-236, 246-249
escuela, 180-183
especias, 20-27, 168, 169, 245, 382
Espíritu de las Leyes, 436
Esprit, 229-230, 260
Estado Novo, 280
Étoile nord-africaine (*L*), 307
exposición colonial, 383
Express (*L*), 229-230, 290

Fables de la memoire, 29
Famille Hernandez (*La*), 293
Fellowship of Merchant Adventurers, 72-73
Femmes du mont Chenoua (*Les*), 233
ferrocarriles, 99, 126, 131-132, 170-171, 282, 333, 382, 436
Filles de Mardochée (*Les*), 232-233
Finanz Kapital (*Das*), 37
FLN (Argelia), 268, 293-296, 351-366, 370, 392, 397, 409
FLNA, véase Angola
France-Magreb, 229
France-Observateur, 229-230
franciscanos, 62-64, 155
Fraternité Algérienne, 361
Free African Lodge (The), 322
Frelimo, 367

Gesellschaft für deutsche Kolonization, 118
Good Earth (*The*), 215n
Government India Act, 337
Grand Durbar (Le), 15
Grand Jeu (Le), 162, 214
guerras, anglo-bóers, 285-287; de Argelia, 229-232, 288-296, 352-366, 382-398, 401-405; de Co-

rea, 342-347; de Crimea, 123, 198-202, 206; de Indochina, 228, 327-332, 342-347; de Vietnam, 424; del Riff, 228, 253-255; del Sinaí, 394-398; fría, 343, 357, 383, 387-398; mundiales, 38, 228, 313-314, 326, 331, 335, 339-341, 377-385
Gunga Din, 159, 216

hacienda, 167-169, 240-243, 279, 280
Harijan (huelgas), 399-400
Hermanos Musulmanes, 313, 390
Hierro-Piedra-Red, 321
Hijos del Capitán Grant (*Los*), 212-213
Histoire de Lynx, 238
Histoire philosophique et politique [...] les deux Indes, 221-222
Histoire sous surveillance (L), 264
History of British India, 262
Horda de oro, 75
Hors-la-loi (*Les*), 252
Hümmet (partido), 307

Iglesia, 62-66, 153, 217-220, 224, 225, 243, 266, 267, 277, 278, 299-305, 325, 374, 409, 417
Imperialism, a Study, 37
imperialismo, 14-15, 16, 19, 21, 29-43, 126, 133-135, 225-228, 234, 318n, 357, 377
Imperialismo, fase superior del capitalismo (*El*), 37, 226
imperialismo multinacional, 424-427
India Act, 34
India Bill, 399
India Defense League (*one man*), 400
Indian Civil Service, 335
Indian Medical Service, 174
Indian Struggle (*The*), 339
indigenismo, 369-374
Inkle and Yarico, 212
inquisición, 261
Institut für Schiffs und Tropenkrankheiten, 176-177
Institut Pasteur, 176-177
Instituut vor Christelike-nasionale Ouderwys, 189
Intérêts des Nations ..., 269
Internacional (II), 225-229, 314-315 [Para la III, *véase* Komintern]
Islam, 20-28, 50-53, 122, 132-135, 162-166, 229, 235, 248, 251, 254, 263, 298, 303-305, 307-313, 325; en la India, 325-341, 358, 398, 409, 417, 418, 428, 435
Istiqlal, 350, 351
Itto, 162

jesuitas, 62-65, 185, 261, 267, 268
Jeune Indienne (*La*), 212
Journal, 256
jóvenes tártaros, 228, 307
jóvenes turcos, 228, 307
Juif Süss (*Le*), 217n
Justice pour les Malgaches, 228-229

Kempetai, 327
Komintern, 255, 307, 315-319, 324, 326, 328, 329, 383
Krestintern, 328
Kuo Ming Tang, 306, 328

Laborista (Partido), 228, 287
Lassismo, 302
Lebensphilosophie (*Das*), 45
lengua (cuestión de la), 428
Letter from Sydney (*A*), 195
Liga árabe, 289, 313, 314, 351
Liga de los Derechos del Hombre, 13
Liga musulmana, 340, 341
Ligue Maritime et Coloniale (*La*), 288

Lusiadas (*Los*), 220
lusotropicalismo, 183, 184

maestros, 180-183
Maîtres et Esclaves, 149, 183-184
Manifiesto de los 121, 229-230
Marseillaise (La), 214
marxismo, 37-39, 43-46, 126, 207, 225-227, 336, 367, 370
Mathias Sandorf, 213
Mayflower, 74
medicina, *véase* enfermedades
Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II (*El*), 25
MEDO, 388-404
Memorias (C. de Gaulle), 401
Mercados coloniales, 288
mercantilismo, 34, 68, 69, 223
mestizos, 144-149
metales preciosos, 19-26, 88, 115, 278, 282, 285
metodistas, 224
Mil y una Noches (*Las*), 234
milenarismo, 302
misiones, 62-66, 120, 250, 303
MNA, 364, 365
Molasses Act, 269
mpadismo, 302
MPLA, 366, 368
Mrs. Branican, 213
MTLD, 355-366
mujeres, 55, 69, 144-151, 156-159, 232-235
Murs (*Les*), 391-392
musulmanes, *véase* Liga, Islam

Nacionalismo, Islam, Marxismo (Sukarno), 306
Nation's Awakening (*The*), 45
"navío de permiso", 87-88
Native Act, 187-188
neocolonialismo, 41-43, 236, 251, 280, 424-430
New-Zealand Company, 195-196
no violencia, 334, 336-338
No, o la vana gloria de mandar, 29
North West Company, 34
Notes on the State of Virginia, 321
Nuit a peur du soleil (*La*), 252

O Mundo Portuguez, 184
O mundo que o Portuguez criou, 184
OAS, 253, 366, 377, 404
ONU, 364, 368, 396, 400, 407, 408
Oost Indische Kompagnie, 70
Orán républicano, 361
Origin and Destiny of Imperial Britain (*The*), 45
Oroonoko, 221
OTASE, *véase* SEATO

Pacto de Bagdad, 389-392
Padres Blancos, 303, 354
PAIGC, 367
panafricanismo, 308, 319-324
papado, 24, 26, 82, 83, 217, 303, 374
Paris-Normandie, 291-292
PCA (Partido Comunista Argelino), 318n, 357-359
PCF (Partido Comunista Francés), 228-232, 255, 318n
Peau noire, Masques blancs, 154
Pépé le Moko, 214
perestroika, 205, 412-420
petróleo, 135, 382, 387, 388-389, 394, 398, 425
PIDE, 280, 367-368
pieds-noirs, 143, 166, 167, 290, 356, 366, 403-405
Pilgrim Fathers, 74
Plan Marshall, 344
plantaciones, 114-116, 167-173
presidio (convicts, degradados), 185, 186, 192-198
Preuves, 229-230

Psychologie de la colonisation, 212

Qasida wataniyya misriyya, 312
¿Qué hacer?, 352, 362
Quebec Act, 271

racismo, 15, 32-34, 43-46, 138-140, 155, 159, 178, 183-187, 215-217, 234-236, 287-289
Ramayana, 262
RDA (Agrupamiento democrático africano), 406
reducciones, 267
Relaciones geográficas de Indias, 240
Relazione della grande monarcha della Cina, 63
Religion and the Growth of Capitalism, 260
Retrato del colonizado, 232
Revoluci mental, 439-440
Revolución argelina, 230, 268, 352-366, 392
Revolución china, 227, 370
Revolución francesa, 225, 279, 331, 353, 432
Revolución iraní, 228
Revolución islámica, 417, 418
Revolución norteamericana, 265-277, 279
Revolución rusa, 308, 314-320, 376-377
Revue Apologétique, 173
rhakismo, 302
River War (The), 399
Robinson Crusoe, 212
Roman d'un spahi (Le), 162, 215
Round Table (círculo de la), 211
Royal Niger Company, 109
Ruta de las Indias, 24-31, 72-74, 96

salafismo, 255, 305
Samori, 251
Sarekat Islam, 305
satyagraha, *véase* no violencia
SEATO, 387-388
"Sendero luminoso", 326, 369-374
Si les cavaliers, 251
Siècle de Louis XIV (Le), 88
Siete victorias (Las), 63
Silence de la mer (Le), 257
sionismo, 135
socialismo, 225-229
Sociedad de las Naciones, 349
Sociedad de los Amigos de los Negros, 223-224
Sociedad General, *véase* bancos
Società nazionale, 211
Solidarnocz, 435
South Arabian Federation, 376
South Australian Committee, 195
Stamp Act, 270
Sueur noire, 252
Suez, crisis de, 294, 386-398
sufis, 307
Suplemento al viaje de Bougainville, 212

Täglische Rundschau, 37
Tan Vietnam, 258
Tea Party, 271
Témoignage Chrétien, 229-230, 344
teologías de la liberación, 374
tercer mundo, 319, 397, 398, 424-430
terrorismo, 352-357, 360, 369-374, 404, 405
Tragedia del emperador Carlomagno, 243, 244
trata de negros, 69, 87, 98-102, 147-155, 186, 220-225, 234-236, 243-250
Tratado Comprobatorio, 218
tratados, Aix-la-Chapelle, 91, 94-95; Alcaçovas, 82; Andrinópolis, 124; Aygun, 128; Bardo, 104; Breda, 85-86; Koldja, 128; Lalla

Marnia, 105; Lausana, 134-135; Makoko, 107; Methuen, 87-88; Pareto, 83; París, 34, 91, 95, 96, 268; Portsmouth, 132; San Francisco, 142; San Ildefonso, 83; Sèvres, 135; Shimoda, 142; Shimonoseki, 131; T'ien-tsin, 130; Tordesillas, 82; Tukmandchai, 124; Unión (de), 34; Utretcht, 86, 87; Versalles, 95
Trece complots del 13 de mayo (*Los*), 296
Triangular, *véase* Comercio, Tricontinental
Tricontinental (La), 326
trotskismo, 328, 355, 370
Túpac Amaru, 60, 241, 374, 436

UDMA, 357-366
ulemas, 162-165, 352-358, 435
UNEF, 361n
Unión Francesa, 345, 347, 376
UPA, 368
upanishads, 261

Vent des Aurès (*Le*), 252
Vie est à nous (*La*), 214
Viet Minh, 325, 329-332, 343-346
Vietnam Quoc Dan Dang, 328
Vietnam Vong Quoc Su, 257
Visages d'Orient, 215n
Visions of Yesterday, 216
Voix des Arabes (*La*), 314, 389, 393
Voyage à l'intérieur de l'Afrique, 247
Voyage au Congo, 112, 302
Vudú, 153, 154
Vy voto Sakelika, 321

WAFD, 255, 307, 390, 391
Watan, 308 314
Welfare State, 179, 384, 385, 426, 438
wesleyeno, 284
West Indian Federation, 376

Young Men's Buddhist Association, 305
Yucar, 77

zamindares, 297

Por primera vez, un historiador presenta y analiza el conjunto de fenómenos de la colonización desde su origen hasta su fin –o su supervivencia, si es el caso.

Marc Ferro aborda en esta obra, desde luego, todas las prácticas coloniales de los europeos, pero también las de la colonización árabe, turca y japonesa, para establecer sus puntos en común y sus diferencias. Naturalmente, se presenta el punto de vista de los ex colonizados, y no sólo la visión eurocéntrica de la historia o la de los vencedores –con los silencios de unos y otros…

Poniendo el acento en el nuevo tipo de sociedades y de economías originadas por esta expansión y luego por este repliegue, muestra por último la manera en que chocaron de frente los efectos de los movimientos de independencia debido a la mundialización de la economía y, más recientemente, a un fenómeno que él denomina *imperialismo multinacional.*

Marc Ferro es director de investigaciones de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, es especialista en la Revolución rusa y en la Unión Soviética. Autor de numerosas obras, también es pionero en los estudios y la reflexión sobre las relaciones entre cine e historia.

creative commons

956-23-2222-7

9 789682 322228

siglo veintiuno editores